REVISTA

PINTORESCA

DEL

Avisador Malagueño.

V

MATERIAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1850.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

El Castor.=Emigracion de las aves.=El Tigre.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Prision de Motezuma.=Ultima noche de una Reyna.=Incendio de Moscow.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

El Conde de Toreno.=Garcia de Paredes.=D. Agustin Argüelles.=Federico II de Prusia.=Luis Felipe de Orleans.=D. Melchor de Macanaz.=D.ª Gertrudis de Avellaneda.=Haydn.

VIAJES.

Jalisco.=Túnez.=Tánger.=Tepic.=Tiendas árabes.=Los Andes.=Ciudad de las Palmas.=Oajaca.=Santiago de Cuba.=Bóston.=Lo que queda de Babilonia.=Albani.

COSTUMBRES.

Trajes árabes.=Príncipe árabe á caballo.=Tribunal doméstico de justicia de los Montenegrinos.=Una procesion en Murcia.=El Dervis.=Bailarinas árabes.=Trajes de judias.=Costumbres judiciales en el Japon.=Moros en camino.=Simulacro de combate entre los árabes.=Músicos asiáticos.=Separacion.

LEYENDAS HISTÓRICAS

El príncipe por un dia.=El caballero del Cisne.=El triunfo del Ave Maria.=Las hijas de Guillermo de Abanak.=Vannina de Ornano.=Los Demirdost.=Una ejecucion. Juana Grey.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

Cric.=Efectos de una mentira.=La hija de un bracma.=Las obleas.=El soldado de Irlanda.=Un mal pensamiento.=Una sorpresa á tiempo.=El Vibac.=Nápoles y Sicilia.=El arco del violinista Fiorello.=Las dos mugeres del marinero.=Un capítulo inedito.=La condesa de Chantal.=La Hospitalidad.=El prestigio del teatro.=El lenguaje de las flores.=Un vaso de agua.=Noche negra.=Historia de la sultana Zahara y del príncipe Abul-bensaid-ben-allá.=Un párroco con dos conciencias=Lo que vale un buen padrino.=El cazador de piedras preciosas.=El desafio y el flageolit.=El pintor.=El duende de la quinta.=Cárlos Seymur.=Harri Spalding.=John Landen.=Un imposible.=Historia de un puñal.=La linda criolla.=El cuadro del fraile.=Sociedad del spleen en Inglaterra.=Los dos plantadores.=Un hombre de partido.=La desposada de Irlanda.=Cuento indio.=El castillo de los Apeninos.=El banquero de cera.=Scipion.=El ermitaño de la roca.

POESÍAS.

A D. M. R. de B., Elegía.=El Carnaval, romance.=La Noche, romance.=A Cristobal Colon.=La Golondrina.=En el aniversario de la muerte de la Sra. D.ª Rafaela Rosado.=El Arroyo, romance.=A una rosa.=A Andalucía.=La Palmera.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

Iglesia de la Vera-Cruz.=La Universidad de Santiago.=La Catedral de Bourges.=Baños árabes de Córdoba.=Estátua de Enrique IV en Paris.=Claustro de la Catedral de Zamora.=La casa de Jacome-Trezzo.=Academia de dibujo en la ciudad de Vitoria.

MISCELANEA.

El Orbe.=Fac-simile de las firmas de varias personas célebres.=Figura hecha por el Sr. Arana.

LAMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1850.

Adorno de plana.=Iglesia de la Vera-Cruz en Segovia.=Iglesia y pueblo de Jalisco.=El conde de Toreno.=Prision de Motezuma.=Alegoria del Carnaval.=El demonio del amor.=Encuentro amoroso. El solteron.=El marido.=El baile.=El jóven raposo.=El cesante.=Ultimo cumplido.=La Universidad de Santiago.=La Catedral de Bourges.=Vista de Túnez.=El Vibac.=Trajes árabes.=Vista de Tánger.=Vista de Tepic.=Capilla del Campo Santo en Tepic.=Convento de la Cruz en Tepic.=Interior de una casa en Tepic.=Baños árabes de Córdoba vista 1.ª=Id. id. vista 2.ª=Tiendas árabes.=Estátua de Enrique IV en Paris.=Vista de los Andes.=Fac-simile de las firmas de varias personas célebres.=Cuidad de las Palmas en la Gran Canaria.=Claustro de la Catedral de Zamora.=Vista campestre.=Príncipe árabe á caballo.=Vista de Oajaca.=Figura hecha por el Sr. Arana.=El Tigre.=Raymundo y Teresa.=La casa de Jacome-Trezzo.=Los españoles preparan su expedicion contra Méjico.=Cárlos Seymur en San Petersburgo.=D. Agustin Argüelles.=Una procesion en Murcia.=Federico II de Prusia, en la batalla de Hohenkirchen.=Dervis ó santon egipcio.=Una vista de Boston.=Bailarina árabe.=Academia de dibujo en la ciudad de Vitoria.=Combate de Garcilaso.=Luis Felipe de Orleans.=Trajes de judias.=Vista de la ciudad de Albany.=Moros en camino.=Simulacro de combate.=D. Melchor de Macanaz.=Funeral irlandés.=D.ª Gertrudis de Avellaneda.=Músicos asiáticos.=Separacion.

REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1854.



EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
Juan Temboury
MALAGA
R. 939-b)

MÁLAGA

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Marques, n.° 10 y 12.

1854.

REVISTA SEMANAL

PUNTO ORTOGRÁFICO

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

correspondiente de la Española

de literatura, filosofía, ciencias, artes, noticias

y anuncios.

AÑO 1887.

BIBLIOTECA

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Cheapun, núm. 13.

1887.


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1851



REVISTA
PINTORESCA.

LOS HERMANOS DE WITT.



Este famoso y desgraciado político holandés nació en Dort, ó Dortrech, ciudad de Holanda, en 1625. Su padre era burgomaestre de Dort, y zeloso republicano, por lo que se opuso al príncipe de Orange Guillelmo II, cuando este aspiró al mando de las Provincias Unidas con el título de Estatuder, causa de haber sido perseguido por este príncipe, y encarcelado por algun tiempo. Juan heredó de su padre, no solo sus principios republicanos mas tambien un odio implacable á la casa de Orange. Despues de haber cultivado sus talentos con el mas asiduo estudio, particularmente en el arte oratoria, entró al servicio de su pais, habiendo sido elejido diputado por los estados de Holanda en 1652, para ir en comision á Zelanda, á fin de disuadir á esta provincia del proyecto de conferir la capitanía general de las Provincias Unidas al jóven príncipe de Orange Guillelmo III. Este tenia solo dos años de edad, y De Witt, conocia no solo el abuso que se habia de hacer de tan importante dignidad durante la minoridad, mas preveia al mismo tiempo el mando absoluto con que la habia de ejercer el príncipe cuando fuera de edad. La vehemente elocuencia de Witt le ganó la confianza universal del pueblo, y puesto ahora á la cabeza del partido republicano, entró en la lucha feroz que tanto turbó la tranquilidad de los Estados generales. Holanda se hallaba entonces en guerra con In-

glaterra; un partido poderoso pretendia conferir al príncipe no solo los honores de la dignidad, mas un pleno poder, á los que habian de ejercerla; mientras que otro partido, bajo la direccion de Witt, procuraba despojar la familia de Orange de toda autoridad, y abolir para siempre el estatuderato de Holanda.

La guerra marítima en que estaba Holanda empeñada contra Inglaterra, aunque algunas veces lisonjeaban al pueblo las victorias sobre las escuadras inglesas, otras veces esperimentaba reveses muy considerables, porque si los almirantes holandeses tenian la ventaja en habilidad y aun en valor, los almirantes ingleses tenian mas recursos para reparar prontamente sus pérdidas. Pero la Holanda era un pais que peleaba, no tanto por la gloria nacional como por las ventajas del comercio, siendo este el único canal de sus riquezas, y como este se iba arruinando, aquel industrioso pueblo, arrastrado por la elocuencia de Witt, abandonó la casa de Orange, é hizo un tratado de paz, en 1654, con Oliverio Cromwell, el protector de Inglaterra, con la condicion secreta de que la familia de Orange quedase escluida de todos los puestos de autoridad en la república.

Esta victoria del partido republicano, ganada por los esfuerzos de Witt, le subió al pináculo de su gloria, y con el título de Gran Pensionario, quedó reconocido como jefe de las Provincias Unidas, y siendo un verdadero patriota, empleó el tiempo de la paz en curar las heridas que una guerra desigual habia hecho al pueblo y comercio holandés. Cuando Cárlos II, por la muerte de Cromwell, tomó posesion de la corona de su padre, De Witt se inclinó al lado de Francia, y esta inclinacion vino á ser mas poderosa, cuando en 1665, se renovó la guerra entre Inglaterra y los Estados generales. El Obispo de Munster al mismo tiempo tomó armas contra la Holanda, y como los pueblos cuando se hallan amenazados con peligros, se hacen impacientes contra las autoridades elejidas por ellos, el descontento de los holandeses contra De Witt se hizo tan grande, que este se vió obligado, á fin de apaciguarlos, á conceder algunos privilegios á la casa de Orange, y concluir una paz con Inglaterra en 1667, no muy gloriosa para el Gran Pensionario, pues que Cárlos II obtuvo el objeto que se habia propuesto en la guerra, cual era favorecer á la familia de Orange, de quienes habia recibido, durante su fuga de Inglaterra, muchos beneficios.

La situacion de Witt iba creciendo en peligros, y fue agravada cuando Luis XIV de Francia empezó á manifestar el designio, que este ambicioso Monarca habia tenido oculto, de apoderarse de los Paises Bajos, dominios del Rey de España. Alarmado el partido de Orange con las intenciones de la Francia, insistió en elevar al príncipe Guillelmo á la dignidad de sus antepasados. De Witt, sin embargo, tuvo todavia influencia bastante en los Estados para conseguir separar los dos oficios de estatuder y de capitan general, dejando al príncipe gozar el primero, pero escluyéndole enteramente del segundo. Cuando un partido gana una ventaja considerable sobre otro, lejos de quedar satisfecho aspira á obtener otra; el partido de Orange queria poner el ejército bajo la direccion del estatuder, lo que De Witt habia resuelto no consentir, y para salir de este apuro hizo una alianza con Inglaterra y Suecia contra el Rey de Francia. Los embajadores de las tres potencias se juntaron en Aix-la-Chapelle para arreglar y concluir la paz, pero las intrigas del gabinete de las Tullerias disolvieron aquel tratado antes que la tinta de las rúbricas se hubiese secado. Como las naciones no escuchan mas que á sus intereses, al mismo tiempo que el plenipotenciario inglés estaba en Aix, ajustando el tratado contra Francia, un embajador francés hizo en Lóndres un tratado de alianza con Inglaterra para invadir los dominios españoles en los Paises Bajos, cuya negociacion fue comunicada al plenipotenciario en Aix, cuando apenas habia soltado la pluma con que acababa de firmar otro tratado contrario.

La mortificacion de Witt no paró en el mal suceso de aquella negociacion, porque los enemigos de este político consiguieron el mando en jefe del ejército aliado contra la Francia para el príncipe de Orange, en quien sus amigos suponian un gran talento militar. De Witt se halló obligado á someterse á un nombramiento que hasta entonces habia hecho cuanto le era posible para evitarlo. La primera campaña fue desgraciada para los holandeses, y en lugar de atribuir los malos resultados á la impericia del general, imputaron las desgracias de las batallas á De Witt; el pueblo se amotinó, y el Gran Pensionario, á fin de apaciguar el tumulto,

do, que tambien la sancionó; sin que se levantase una sola voz en favor de la República. El dia 26 los dos cuerpos supremos del Estado llevaron el nombramiento de Emperador á Faustino, y le presentaron una corona y una cruz, espresando su mision en los mismos términos que podia haberlo hecho cualquiera de las antiguas monarquias de Europa. Debe tenerse presente que este título no es una servil imitacion por el estilo de la de Napoleon: en Haiti solo sirve para designar una autoridad, á la que se debe mas respeto que á la de Presidente, y que recuerda á aquellos naturales la grata memoria de Desallines, el cual fue proclamado Emperador en recompensa de sus eminentes servicios.

Faustino Soulouque tiene 61 años de edad, aunque solo representa 50. Es de estatura mediana, de pecho levantado, ancho de espalda y de cintura; á pie parece menos alto de lo que realmente es, á causa de su obesidad, pero á caballo se presenta con ventaja, porque es muy buen ginete. Su color es negro atezado, pero sus facciones no tienen aquel aire estúpido y salvage que se nota en algunos naturales de Africa. Sus miradas denotan inteligencia, y su sonrisa es atractiva. Viste por lo general un uniforme verde perfectamente ajustado á su cuerpo, charreteras de oro adornadas con doce estrellas de plata, y otra estrella en el pecho, que provisionalmente es de cristal, espada y sombrero de tres picos. Aunque naturalmente taciturno, habla con oportunidad y con cierta dignidad. Se ha dicho que no sabe leer ni escribir, pero no es cierto. Escribe su nombre de un modo inteligible, y en caso necesario puede escribir una carta. Todas las noches lee sin ayuda de nadie la historia de Haiti, obra de un natural de la isla llamado Madion, que hace poco recibió el título de baron.

Respecto á las caricaturas burlescas que acerca de su persona se hacen en Paris y Lóndres, es mas delicado y propenso á ofenderse que un americano. El tránsito repentino de esclavo á ministro y aun á soberano, tan frecuente en Asia, lo es ya tambien en América.

Desde su ascenso á Emperador parece haber comprendido Faustino el papel que debia representar: inmediatamente creó órdenes y títulos de nobleza, con lo cual ha adquirido crédito; porque los naturales de Haiti, lo mismo que sus antecesores, fundan cierta especie de vanidad en su constitucion. Al presente hay dos órdenes de caballeria en el Imperio: la órden militar de San Faustino y la civil de la Legion de Honor. El Emperador es gran maestre de ambas, y ha creado grandes cruces, comendadores y caballeros.

Los títulos que Faustino ha creado son, los de príncipe, duque, conde, baron y caballero. Los príncipes y duques los ha sacado de entre sus generales de division y vice-almirantes: los condes, de entre sus generales de brigada y gefes de escuadra: los barones de entre sus mayores generales, coroneles y capitanes de navio, y los caballeros de entre sus tenientes coroneles y capitanes de fragata. Nada hay mas sencillo, ni mas fácil de formar que semejante nobleza. Para asimilar en algun modo los destinos civiles á los militares, los senadores, miembros del parlamento, jueces é intendentes, son todos barones. Para las mugeres, ademas de los títulos de sus maridos, se ha creado espresamente el título de marquesa.

Por el primer decreto creó Faustino 4 príncipes y 57 duques. Los príncipes fueron los generales Pierrot, Luzare, Souffrant y Bobó, los que fueron nombrados al mismo tiempo mariscales del Imperio, y recibieron el tratamiento de Alteza Serenísima, y de Monseñor. Al título de duque estaba anexo el tratamiento de Su Gracia y de Monseñor, con el nombre de algun estado ó tierras.

Nuestros lectores no habrán olvidado el efecto que produjeron en Europa algunos de estos títulos, como el de duque de Marmelada, de Limonada; títulos que no hacian referencia á esta clase de dulces y bebidas, sino á ciertas haciendas de campo que se hallan todavia en los antiguos mapas de Sto. Domingo.

Cuando el Emperador Faustino supo la burla que hacian en Paris de semejantes títulos, dijo: «Los franceses se rien de mi «Marmelada y de mi Limonada, sin acor«darse que tienen un príncipe de Chicharos «(príncipe de Pois) y un duque de caldo «(duque de Bouillon."

Todos los príncipes y duques son grandes cruces de las órdenes de San Faustino y de la Legion de Honor. Otro decreto produjo de un golpe 91 condes con el título de Excelencia. Estos, á imitacion de los duques, titulan sobre haciendas de campo, cuyos nombres dan tambien márgen al ridícu-

lo, v. g. conde de la Geringa, de las Abispas, &c. Todos los condes son comendadores de las órdenes civil y militar.

Aumentando su prodigalidad á proporcion que se acerca al estremo de la escala aristocrática, el Emperador ha creado un ejército de los barones y caballeros. Pero en lo que mas se distingue Faustino I, es en los empleos honoríficos de su palacio, donde hay capellan mayor, despensero mayor, gran mariscal de palacio, administrador mayor, gentiles-hombres y gobernadores de palacio, pages, maestros de ceremonias, bibliotecarios, reyes de armas, intendentes y diputados de fiestas.

La Emperatriz Abelina tiene su servidumbre aparte, que se compone de un capellan mayor, dos damas de honor, dos camaristas, cincuenta y dos damas de palacio, veinte y dos damas de su oratorio, todas señoras distinguidas, con una infinidad de chambelanes, escuderos y pages.

La princesa imperial Olivia Faustina tiene tambien una servidumbre brillante. Su aya es la señora Felicidad.

El trage que debe usar la nobleza está ordenado con el mayor cuidado. Los príncipes, duques y condes deben llevar una casaca ó túnica blanca: los barones encarnada y los caballeros azul. Tambien se distinguen por las plumas de los sombreros; los príncipes llevan nueve, los duques siete, los condes cinco, los barones tres, y los simples caballeros dos.

Un decreto esplica todos los pormenores de la etiqueta de la corte, donde los hombres se deben presentar de uniforme y las señoras peinadas.

Los nobles deben llevar espada como su mejor ornamento.

Los príncipes y princesas se sirven para sentarse de taburetes, y los demas nobles de banquillos. La única ambicion de Faustino es poner á Haiti al nivel de las antiguas monarquías de Europa, y las ideas guerreras son las que ocupan el primer lugar en su imaginacion.

Su mayor deseo es borrar la mancha de la derrota de Azua, donde parte de su ejército fue sorprendida y completamente derrotada por los republicanos de Santo Domingo.

Lo que mas anima el espíritu guerrero de Faustino, es el aumento considerable que ha tenido la venta de café de resultas del monopolio establecido por Salomon, su ministro de Hacienda. Sistema contrario á todos los principios de buena economía y á la libertad de comercio.

Las rentas de Haiti ascienden á unos 25 millones de reales vellon anuales, de los cuales el Emperador recibe 504,000 reales. La Emperatriz, 104,000. Y cada uno de los ministros, 11,400.

D. C. P.

A MI QUERIDO AMIGO

D. RAFAEL MEDINA É ISASI.

LA DESPEDIDA.

ROMANCE.

Perdona que hoy brote triste
Una lágrima en mis ojos,
Y que del dolor las nubes
Cubran de sombras mi rostro.

—

Y perdona si mi acento
Desfallece entre sollozos;
Que las lágrimas alivio
Son en los pesares hondos.

—

Lanzóme al mundo el destino
Por una senda de abrojos,
Y el pesar me dió en herencia,
Y el dolor en patrimonio.

—

Y hubo un dia que mis penas
Tú consolaste tan solo:
Tú, que pagaste mi afecto
Con tu afecto generoso.

—

Vínculos de amistad tierna
Nos unieron á nosotros;
Por eso en tu despedida
Siento mi corazon roto.

—

Mas ¡qué importa que mis dias
Pasen en triste abandono,
Si es tu bien mas apreciable
Para mí que el mio propio!

—

Vuelve de tu amada patria
Al asilo venturoso;
Asilo que es á tu pecho
De mil afectos tesoro.

—

Mil corazones anhelan
En ella estrecharte ansiosos,
Y al tuyo tiernas memorias
Harán palpitar de gozo.

—

Vuelve á la tierra encantada
Que con su cristal undoso,
El Guadalhorce fecunda
Entre campiñas y sotos.

—

A aquel ambiente tan puro,
A aquel cielo tan hermoso,
A aquel suelo que las brisas
Halagan con blando soplo.

—

Donde corren transparentes
Las linfas de los arroyos,
Y fresca sombra los bosques
Dan bajo sus verdes toldos.

—

Allí se hallan ricos valles
Y prados siempre frondosos,
Y embalsamados vergeles
Que nunca marchita Agosto.

—

Golondrina que al Oriente
Alza su vuelo en Otoño,

Y del campo do naciera
Se acoge al tutelar tronco,

—

Eres tú: plegue á los cielos
Que sea tu viage próspero,
Y en el pátrio asilo encuentre
Tu corazon su reposo.

—

Ay! yo tambien aunque en vano
Esa ventura ambiciono:
Ventura que inexorable
El cielo niega á mis votos.

—

Allí está Málaga: cuna
De mis ensueños de oro,
Mansion de mi bien en dias
Por desventura tan cortos.

—

Flores fueron de esperanza
En aquel tiempo dichoso,
Las que hoy miro convertidas
En hojas secas y en polvo.

—

A Dios: cuando allí en tus manos
Suene la lira de Apolo,
Que un recuerdo de tu amigo
Espire en sus dulces tonos.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid.—Noviembre.—1850.

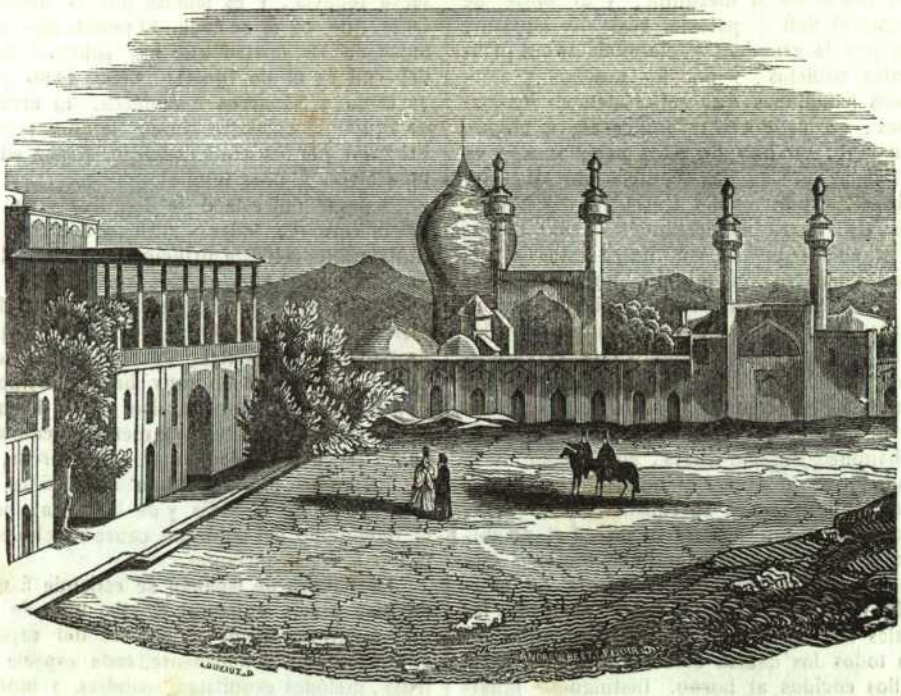
ISPAHAN.



Esta ciudad, antigua capital del reyno de Persia, se halla situada en una dilatada llanura, cerca de la margen izquierda de Zendehrud. Si bien en la antigüedad no parece haber tenido grande importancia, algunos autores creen que es la *Hecatompylos* (ciudad de cien puertas) de los griegos, pero el sitio que ocupa corresponde mas bien á la *Aspadana* de Ptolomeo. No fue capital de la provincia de Irac hasta que pasó al dominio de los califas de Bagdad, desde cuya época se fue engrandeciendo, y llegó á ser opulenta y mercantil. En este estado de naciente prosperidad sufrió un terrible reves cuando la invasion de Timur, que la tomó en 1387, pasando á cuchillo á 70,000 habitantes. Fue reparando poco á poco sus pérdidas bajo el gobierno de los Sofis, quienes sin embargo no fijaron en ella la silla de su imperio, y no adquirió el título de capital de Persia, ni fue embellecida con un sin número de magníficos edificios, hasta el reynado de Chah-Abbas I, el mas grande de los príncipes de esta dinastia, que valiéndose de todos los medios atrajo á Ispahan negociantes, artistas, operarios y labradores de todos los paises de Asia, de modo que á fines del siglo VI era ya el depósito mas considerable del Oriente, y una de las capitales mas florecientes y populosas del mundo. Chardin, que la visitó en tiempos de Abbas II, calculó la poblacion en 600,000 habitantes, y otros autores pretenden que ascendia á 1,100,000. Este estado de esplendor á que se vió levantada, fue efímero, pues ha-

biendo caido en 1722 en poder de los afganeses, estos bárbaros destruyeron muchísimos de los mejores edificios que la embellecian. Nadir-Chah se apoderó de ella en 1727, pero no procuró hacerle recobrar su antiguo esplendor. Posteriormente dejó de ser ya la capital del reyno, y las revoluciones en que despues se vió envuelta la Persia, de las cuales fue víctima varias veces, la condujeron al estado de decadencia en que hoy se halla.

Segun los persas, en la época en que Ispahan era la ciudad mas grandiosa y floreciente del mundo, comprendia un circuito de 9 $^{2}/_{3}$ leguas: hoy apenas tiene 2 $^{1}/_{4}$ la parte habitada, y el resto de este espacio solo presenta un cúmulo de ruinas y de escombros. El arrabal de Abbas-Abad que era uno de los mas hermosos, y que ocupaba toda la parte occidental de la ciudad, y el de los guebros, situado á la de mediodia,



Vista de la plaza de Ispahan.

sobre la márgen derecha del rio, han desaparecido enteramente, y solo existe el de Djulfa, situado tambien en la márgen derecha del rio, y en el cual, de 12,000 habitantes que contenia solo tiene en la actualidad 800. Las murallas de tapia que circuyen á Ispahan son ruinosas en algunos puntos, están flanqueadas de torres, desprovistas de artilleria, y tienen trece puertas. El interior de esta ciudad solo es notable por los edificios públicos que aun conserva: las calles son estrechas, tortuosas, y no están empedradas, por cuyo motivo están muy sucias en tiempo lluvioso, y cubiertas de polvo en la estacion seca: las casas, construidas casi todas de tapia ó de ladrillo secado al sol, son de mezquina apariencia, pero en lo interior bastante cómodas. Entre los monumentos que dan una alta idea del antiguo esplendor de esta ciudad, debemos citar el Meidan, gran plaza, en donde se celebraban las corridas de toros y de caballos; la cual forma un espacioso cuadrilongo, que aunque no está enlosado, es muy compacto, y lo circuye un ancho foso, seco en la actualidad, á causa de estar arruinados los canales por donde recibia el agua. En el centro de esta plaza se levanta el árbol de

justicia, en el cual se ven cuatro pilares cilíndricos de granito de 2 $^1/_2$ metros de alto, labrados con bastante elegancia; al S. del Meidan se ve el pórtico esterior de la mezquita real, que es la mas grande y hermosa de Ispahan, cuyas bases son de marmol transparente, y tiene las cúpulas doradas por la parte interior, y las puertas guarnecidas de plata. Al norte de esta plaza está el Kaisserie, cuyo pórtico embellecido con pinturas, no es menos digno de atencion que el de la mezquita, y al oeste se levanta el Sefi ó palacio real de Ispahan, que por la grandeza y elegancia de sus principales edificios, y por los muchos y hermosos pabellones que sobresalen en los jardines, no cede en magnificencia á ningun sitio real: en uno de estos pabellones se ve la famosa puerta del sepulcro de Alí, que Abba-el-Grande mandó trasladar del Nedjed á Ispahan para condescender á los deseos del pueblo supersticioso. Entre estos diversos edificios se ven tambien largas fachadas de viviendas de igual construccion y proporciones, que estaban antiguamente destinadas á las personas que componian la servidumbre y guardia real, y se encuentran en la actualidad inhabitadas y ruinosas. El palacio nuevo construido por el funcionario Hadji-Mohammed-Hussein-Khars, gobernador de la ciudad, es tambien digno de mencionarse por la elegancia de su construccion, y particularmente por admirarse en él el magnífico salon del trono. Contiene tambien esta ciudad muchas mezquitas, plazas de mercado y hospederias, la mayor parte de las cuales son hermosas, y están construidas como todos los demas edificios públicos de ladrillos cocidos al horno. Distínguese igualmente el paseo de Tchar-bagh, que se prolonga desde la ciudad hasta el puente de Djulfa: es muy ancho, y está compuesto de cuatro hileras de crecidos y hermosos plátanos, y se ven en él varios canales y surtidores, de diferentes formas y dimensiones, alimentados con las aguas del Zendehrud, que mantienen un verdor y frescura agradables. La entrada de este paseo estaba adornada con magníficos edificios, destruidos en la actualidad; pero el jardin que hacia parte del palacio llamado Hezardjerib, se conserva todavia, y es famoso por la delicada fruta que en él se coge. El puente mas hermoso de los cuatro que hay sobre el Zendeh-rud es el de Djulfa: tiene 1166 pies de largo y 34 arcos magníficos. El arrabal de Djulfa se conserva algun tanto, y está habitado por los armenios, que tienen en él un Obispo y doce iglesias.

A pesar del estado de decadencia de Ispahan conserva todavia gran parte de su industria, que consiste principalmente en fábricas de primorosos tegidos de algodon, de seda, de oro y plata, de quincalla, fusiles, pistolas, hojas de sable de excelente temple, de papel, de cristales, de vidrio de color, &c., y hay asimismo muy buenos artífices, que fabrican por un módico precio hermosas obras de madera y de metal. Hácese aun ahora en esta ciudad mucho comercio, y los mercados públicos están abastecidos de mercancias de la India y de la Persia; pero el monopolio del gobierno causa mucho perjuicio á los negociantes.

La llanura de Ispahan se estiende á mas de diez y seis leguas al E. Es una de las mas fértiles y mejor cultivadas del reyno, y produce particularmente toda especie de fruta, melones esquisitos, sandías, y mucho algodon.

D. G. U.

LA CAVERNA DEL TIGRE.



En 1826 fuí al Perú para cuidar á nombre de una compañía formada en Lóndres, de la esplotacion de ciertas minas. Su exámen me hizo conocer que mis principales habian sido engañados; pero antes de volver á Europa quise aprovechar el inmenso viage que habia hecho, á lo largo de las costas del mar Atlántico y del Pacífico, para mi curiosidad y mi instruccion, y resolví con mis dos compañeros, MM. Warton y Lincoln, visitar la mas alta y mas imponente montaña del Perú, el *Chimborazo*. Un dia, despues de haber pasado la noche en una aldea de indios, continuábamos circulando al rededor de la ancha base de este gigante de los Andes, cuando al levantar la vista observé que el resplandor de que las nieves eternas rodean su cumbre desaparecia bajo una espesa niebla. Los indios que nos servian veian alarmados estos vapores siniestros, y meneando la cabeza aseguraban que muy pronto reventaria sobre nosotros una violenta tempestad. Sus temores no tardaron en realizarse. Desenvolviéndose la niebla, se estendió rápidamente por las faldas de la montaña, y quedamos sumergidos en espesas tinieblas. La atmósfera nos sofocaba, aunque era tan húmeda que el acero de nuestros relojes se cubrió de moho, y los relojes se pararon. El rio, cerca del cual andábamos, corria con doble impetuosidad. Repentinamente, y como por encanto, saltaron de los peñascos que habia á nuestra izquierda una muchedumbre de arroyos que arrastraban consigo troncos de árboles y de arbustos que habian desarraigado; entre ellos vi tambien una enorme culebra que pugnaba y hacia esfuerzos inútiles para resistir la fuerza de las aguas. A poco rato comenzaron los truenos, respondiendo á su estallido todos los ecos de la montaña. A cada instante nos deslumbraban los relámpagos que rasgaban la nube encima de nosotros y á nuestro lado, pareciendo que nadábamos en un mar de fuego. Nos abrigamos á la sombra de un gran árbol, mientras que uno de nuestros guias nos buscaba un asilo mas seguro. No tardó en volver, anunciándonos que habia visto una caverna espaciosa en donde hallariamos suficiente amparo contra la violencia de los elementos. Al punto tomamos su camino; pero tuvimos mucho trabajo y no poco peligro hasta llegar á ella. La tempestad se prolongaba con un ruido tan espantoso que no nos podiamos oir unos á otros. Yo me habia colocado en silencio á la entrada de la caverna, y por la abertura, que era larga y estrecha, observaba la escena de afuera. Los cedros mas altos, ó se rompian ó se doblaban como cañas. El suelo estaba sembrado de monos y de pájaros muertos por la caida

de las ramas: los arroyos se habian hecho grandes rios que surcaban en todas direcciones las faldas de la montaña. Pero es imposible describir bien esta escena. Quien no haya visto una tempestad en la América meridional no podrá formarse idea de ella. Seguramente que no sin razon se le dió á aquel hemisferio el título de *Nuevo Mundo*. Al ver estos soberbios accidentes de la naturaleza se puede decir que alli tiene todo el vigor de la juventud, se enerva y entumece en el antiguo continente. El espectáculo que tenia delante de mis ojos me hacia temer nos viésemos obligados á pasar algunos dias en la caverna. Sin embargo, cuando la tempestad aflojó un poco su violencia, nuestros guias salieron para ver si podiamos continuar nuestro camino. La gruta en que nos guareciamos era tan oscura que separándonos de la entrada nada veiamos en su interior. Mientras que discurriamos sobre los apuros de nuestra situacion, unos gritos y ahullidos lastimeros, salidos de lo hondo de la caverna, llamaron nuestra atencion. Mr. Warthon y yo escuchábamos con una sensacion de espanto estos gritos siniestros; pero nuestro jóven y aturdido Lincoln, poniéndose á cuatro pies, se fue arrastrando con Frank, mi cazador, á lo largo de la caverna para reconocer la causa de este ruido. Apenas habian andado algunos pasos le oimos una esclamacion de sorpresa; y muy luego volvieron cada uno con un animal manchado irregularmente y del tamaño de un gato pequeño, cuyas mandíbulas estaban armadas de dientes incisivos formidables. Los ojos de estos animales eran de un color verdoso; los pies y las manos tenian largas uñas; su lengua, de color de sangre, colgaba fuera de su boca.

Apenas Mr. Warthon los hubo examinado, cuando esclamó: «¡Justo cielo! estamos en la caverna de un.....» pero en el mismo instante fue interrumpido por las voces de nuestros guias, que corrian hácia nosotros gritando: «Un tigre!!» Y al punto se encaramaron en lo alto de un cedro que estaba junto á la caverna, y se escondieron en su copa. La primera impresion de horror y sorpresa me habia llenado de espanto; pero á poco del primer susto acudí á mis armas de fuego.

Mr. Warthon se habia tambien recobrado, y nos llamó para ayudarle á tapar la boca de la caverna con una enorme piedra que dichosamente se hallaba cerca. El sentimiento del próximo peligro acrecia nuestra fuerza, porque comenzábamos á oir claramente los rugidos del animal, y éramos perdidos si llegaba á la puerta de la caverna antes de cerrarla. No habiamos aun acabado, cuando le vimos venir brincando hácia su cobacha. En este momento terrible, redoblamos nuestros esfuerzos, y la gran piedra, interpuesta entre él y nosotros, nos puso á cubierto de su ataque. Habia sin embargo, un pequeño espacio vacio entre esta piedra y lo alto de la abertura, por la cual podiamos ver la cabeza del tigre, cuyos ojos chispeaban lanzando sobre nosotros miradas furiosas.

Sus rugidos retumbaban en lo interior de la caverna, y los cachorrillos respondian con agudos ahullidos. Nuestro temible enemigo intentó primero quitar la piedra con sus poderosas garras, y despues moverla con su cabeza: la inutilidad de sus esfuerzos aumentó su rabia. Dió un grito mas penetrante que los demas, y parecia que el centelleo de sus ojos echaba luz en la espesa oscuridad de nuestro asilo.

Momento hubo en que tuve lástima de él, porque el sentimiento de paternidad era el que irritaba su cólera.

«Ya es tiempo de tirarle» me dijo Mr. Warthon con su imperturbable serenidad: «apunte V. á sus ojos; la bala atravesará su cerebro, y tendremos la buena suerte de librarnos de él.» Frank tomó su escopeta de dos cañones y Lincoln sus pistolas. El primero puso la boca de su arma á algunas pulgadas del tigre, y el segundo hizo lo mismo. A la señal de Mr. Warthon uno y otro tiraron del gatillo, pero no salió el tiro.

El tigre, que al oir el rastrillazo se apercibió de que era un ataque contra él, dió un brinco de costado; pero viéndose sin lesion, volvió á su primer lugar con doble furia. La pólvora de los dos cebos estaba mojada. Mientras que Frank y Lincoln la quitaban por inútil, Mr. Warthon y yo buscábamos los frascos de las municiones Estaba tan oscuro que teniamos que buscarlos á tientas. En esto tropecé con los cachorros, y oí un ruido como el de la frotacion de un metal; y al punto eché de ver que aquellos animales jugaban con nuestros frascos de pólvora, vertida ya en el suelo é inútil tambien. Tan cruel descubrimiento nos sumergió en la mayor consternacion. ¡Estamos perdidos!, exclamó Mr. Warthon, no nos queda otra eleccion que la de morir de

hambre con los animales encerrados aqui, ó acortar nuestros padecimientos, dejando entrar en la caverna el monstruo que pugnaba por reunirse con sus cachorros. Hablando asi se puso cerca de la piedra que nos protegia, y fijó intrépidamente la vista sobre los ojos centelleantes de la fiera. El jóven Lincoln desesperado, echaba mil imprecaciones. Frank, que tenia mas serenidad, tomó un pedazo de cuerda que llevaba en su faltriquera, y se fue al cabo de la caverna sin decirnos á qué. Al punto oimos un silbido agudo, y el tigre que tambien le habia oido pareció mas agitado. Se paseaba delante de la boca de la caverna con un aire distraido y furioso; despues se detuvo repentinamente, y dirigiendo su cabeza hácia el bosque, dió ahullidos muy fuertes. Nuestros dos guias indios aprovecharon esta ocasion para tirarle flechas desde el árbol en que estaban escondidos. Le tocaron muchas veces; pero su gruesa piel rechazaba estos tiros inofensivos; sin embargo, una de estas flechas se le clavó junto á un ojo. Entonces su furor llegó á su colmo; se abalanzó al árbol, y poniéndose de manos en su tronco y clavando en él sus garras, parecia quererle derribar; pero luego que se sacudió de su flecha quedó mas sosegado, y se volvió á colocar á la entrada da la gruta.

Entonces se presentó Frank, y vimos lo que acababa de hacer: en cada mano traia un tigrecillo colgado de la cuerda con que los habia ahogado, y antes de que se conociese lo que iba hacer, se los echó al tigre por la abertura El animal en cuanto los vió comenzó á examinarlos atenta y silenciosamente, volviéndolos con precaucion de un lado y otro. Luego que se convenció de que estaban muertos dió un grito de desesperacion tan penetrante, que nos vimos obligados á taparnos los oidos. Cuando yo reconvine á mi cazador por este acto de barbarie gratuita, eché de ver, por la aspereza de sus respuestas, que habia perdido toda esperanza de salvacion, y que desde entonces miraba como disueltas las relaciones de subordinacion de criado á amo. Por mi parte sin saber por qué razon, conservaba siempre la esperanza de que algun socorro inesperado me sacaria de la horrible situacion en que me hallaba. La tempestad habia pasado; y un aire suave y apacible habia sucedido al huracan. Comenzaban ya á resonar en el bosque los cantos de los pájaros, y las gotas de lluvia, heridas por los rayos del sol, brillaban sobre las hojas como millares de diamantes. Por la abertura de nuestra cueva veia renacer doblemente hermosa la naturaleza, despues del tumulto de los elementos; y el contraste de la escena tranquila con nuestra penosa situacion, nos la hacia mas horrible. Estábamos en un sepulcro de donde parecia que nada en el mundo podia sacarnos; porque un monstruo mas espantoso que el cerbero de la fábula, guardaba la entrada. Estaba echado junto á sus cachorros. Era soberbio animal y de una talla enorme: sus miembros tendidos á lo largo dejaban ver la fuerza prodigiosa de sus músculos. De sus mandíbulas, armadas de grandes colmillos, caian gruesos copos de espuma. Repentinamente se oyó á lo lejos un largo rugido; el tigre respondió á él con un ahullido lamentable; y los indios dieron un grito que nos amenazaba otro nuevo peligro. Nuestros temores se confirmaron al cabo de pocos minutos, porque vimos un tigre menos grande que el primero que se dirigia corriendo al paraje donde estábamos.

«Este enemigo será aun mas peligroso que el otro, dijo Mr. Warthon, porque es la hembra, y las de estos animales son implacables para quienes les quitan sus hijos.»

Los rugidos de la tigre, cuando examinó los inanimados cuerpos de sus cachorros, sobrepujaron á todo lo que ya habiamos oido, y el tigre mezcló con ellos sus ahullidos lamentables Repentinamente cesó su griteria: á la hembra no se le oia mas que un oscuro murmullo, y vimos que bufando acercaba su hocico por la abertura, mirando á todos lados, como para descubrir quien habia muerto sus cachorros; sus miradas cayeron sobre nosotros, y saltó hácia dentro queriendo penetrar en el lugar de nuestro refugio. Tal vez hubiera conseguido con su prodigiosa fuerza desviar la piedra, si nosotros no hubiésemos reunido todos nuestros esfuerzos para retenerla. Cuando la tigre vió que no podia apartarla, se acercó al macho, y durante algunos instantes pareció consultar con él; despues de lo cual se alejaron juntos con un paso rápido, y desaparecieron de nuestra vista. De tiempo en tiempo, á medida que se alejaban, sus rugidos eran menos perceptibles, y muy pronto dejaron de oirse.

Luego que se alejaron, nuestros guias indios vinieron á la boca de la caverna, y nos instaron á aprovechar huyendo la única

ocasion qua teniamos de salvarnos, porque los tigres habian ido á buscar á lo alto de la montaña otra abertura, que sin duda ellos conocian, para penetrar en lo interior de la gruta. En consecuencia, todos nos apresuramos á quitar la piedra que tapaba la entrada, y salimos de aquella sepultura en que creimos quedar enterrados vivos. Mr. Warthon fue el último que salió, porque no quiso hacerlo hasta haber encontrado su escopeta de dos cañones, nosotros no pensábamos mas que en escapar.

Volvimos á oir de nuevo los rugidos de los tigres, aunque distantes, y siguiendo la huella de nuestros guias echamos por una senda lateral. El gran número de raices y ramas de que lo tempestad habia cubierto el camino que seguiamos, hacia nuestra fuga lenta y difícil. Mr. Warthon, aunque marino lleno de valor, no dejaba de andar con trabajo, y por no dejarle atras nos veiamos obligados á detenernos de rato en rato.

Haria un cuarto de hora que marchábamos de esta manera, cuando un grito penetrante, dado por uno de los indios, nos hizo saber que los tigres seguian nuestras pisadas. Nos hallábamos delante de un puente de cañas, echado sobre un torrente. Nadie mas que los indios con su paso ligero pueden andar sin miedo sobre esta clase de puentes, que crugen y se bambolean á cada paso que se da. El torrente corria con violencia por debajo á mucha profundidad, encajonado entre sus escarpadas orillas, sembradas de rocas puntiagudas. Lincoln, Frank y yo atravesamos este puente sin accidente alguno; pero Mr. Warthon estaba aun en medio de él procurando guardar su equilibrio, cuando los tigres desembocaron del bosque vecino: al punto que nos vieron brincaron hácia nosotros dando ahullidos espantosos. Sin embargo, Warthon habia pasado el puente sin contratiempo alguno; yo, juntamente con Frank y Lincoln y mis dos guias, estábamos afanados en escalar los peñascos que teniamos delante. Mr. Warthon, aunque los tigres estaban ya muy cerca de él, no perdió su valor ni su presencia de espíritu. Luego que llegó al otro lado del puente sacó su cuchillo de monte y cortó las cuerdas que le ataban á la orilla; de este modo pensaba poner un obstáculo invencible á la persecucion de nuestros enemigos; pero apenas habia cumplido su intento, cuando vimos á la tigre precipitarse hácia el torrente y tentar trasponerle de un salto. Fue ciertamente espectáculo curioso ver á este terrible animal suspendido un instante sobre el abismo; pero esta escena pasó como un relámpago. Su fuerza no era igual á la distancia: antes de llegar á lo hondo del torrente habia ya sido despedazada por las puntas de los peñascos. Esta catástrofe no desanimó á su compañero, el cual de un vigoroso salto salvó el precipicio; pero no alcanzó la orilla opuesta mas que con sus garras delanteras. Suspendido de este modo sobre el abismo, se esforzaba en hacer pie. Los indios dieron de nuevo un grito salvage, como si toda esperanza estuviese perdida; pero Mr. Warthon, que estaba cerca del fiero animal, se llegó denodadamente á él, y le metió un cuchillo de monte en el pecho. Furioso mas de lo que puedo decir, el monstruo, reuniendo todas sus fuerzas, fijó sus garras delanteras sobre la roca, y llegó á coger á Mr. Warthon por un muslo; pero mi heróico amigo conservó toda su intrepidez: asió con la mano izquierda un tronco de árbol para apoyarse, y volvió á hundir vigorosamente su cuchillo de monte en el pecho del tigre.

Todo esto fue obra de un minuto. Los indios, Lincoln, Frank y yo corrimos á ayudarle; Lincoln, cogiendo la escopeta de Warthon, que estaba junto á él, asestó un culatazo tan vigoroso sobre la cabeza del tigre, que el animal, aturdido del golpe, se soltó y cayó con estrépito en el torrente. Pero el infeliz jóven no habia calculado la fuerza de su golpe; el esceso del empuje lo venció hácia adelante; se le resbalaron los pies, y no encontrando sus manos punto de apoyo, cayó tambien en el torrente. Vímosle un momento luchar con la muerte en las aguas de aquel abismo; y se hundió despues para no volver á parecer jamas.

Nuestro primer movimiento fue un grito de desesperacion: despues durante algun tiempo guardamos un melancólico silencio. Luego que volví de mi espanto eché de ver al pobre Warthon desmayado al pie del precipicio. Examinamos su herida: era profunda; y la sangre corria de ella en abundancia. Los indios cogieron algunas plantas cuya aplicacion detuvo la hemorragia. Warthon continuaba sin sentido, pero su pulso estaba muy agitado. Habiendo anochecido, tuvimos que resignarnos á pasar la noche en este parage al abrigo de un peñasco.

Los indios encendieron fuego para alejar de nosotros las bestias feroces. Yo comí algunas frutas que nuestros guias me dieron,

y esta fue sin duda la mas triste comida que hice en mi vida. No pude pegar los ojos en toda la noche: sentado junto á Warthon escuchaba con espanto su respirar fatigoso. A la mañana siguiente nuestros guias pensaron que lo mejor que podiamos hacer era trasportar á nuestro infeliz amigo al lugar en que habiamos hecho noche el dia precedente: en consecuencia, con ramas y cañas construyeron ligeramente un pequeño puente para volver á pasar el torrente. Cuando llegamos al lugar, Warthon no volvió en sí, apesar de todos nuestros cuidados. Al tercer dia sus miembros esperimentaron repentinamente un estremecimiento convulsivo, se incorporó, pronunciando algunas palabras confusas, volvió á caer al instante sobre una almohada, y algunos minutos despues ya no existia.

Tal fue el éxito de mi triste viage al Chimborazo.

Luego que cumplí con los últimos deberes respecto á Mr. Warthon, me apresuré á alejarme de los lugares en que dejaba tan crueles memorias, y aproveché la primera ocasion para volver á Europa.

G. D.

EL MAYOR ANDRÉ.



Entre los variados acontecimientos de la guerra de los Estados-Unidos contra la Inglaterra, resalta uno en estremo interesante, tanto por los distinguidos personages que en él tomaron parte, como por la vileza é infamia de unos, y el valor y la nobleza de otros: tal es la muerte del mayor ingles André, á consecuencia de la traicion del general americano Arnold. Daremos una ligera idea del carácter de estos personages tan distintos.

De baja esfera, dotado de estraordinario valor, de audacia y ambicion sin límites, habia conseguido Arnold llegar al grado de general, á fuerza de viles intrigas y de hechos heróicos. Al principio de la guerra ya tuvo varias contiendas con el consejo del Massachussets y con el gefe de los montañeses Ethan-Allen, queriendo hacerse superior á las Autoridades constituidas y apoderarse del mando de todas las fuerzas del distrito. Estos debates llegaron á noticia de Washington, el cual, queriendo aprovechar sus buenas cualidades, le confirió el mando de dos mil hombres; con ellos atravesó distancias insuperables, sitió á Quebeck, distrajo á considerable porcion de egército ingles del teatro de las hostilidades, y proporcionó grandes triunfos á la causa de la independencia. El general Gates, satisfecho de su actividad, le confió el mando de un punto importante, y dió en él pruebas de valor, pero no se hizo mencion de él en el parte, y su orgullo se ofendió altamente: en la batalla de Behmus hizo tales proezas, contraviniendo á las órdenes del general, que este tuvo que hacer mérito de su valor, y el congreso, á instancias de Washington, le nombró general. A pesar de haber obtenido esta honrosa distincion, no consiguió rehabilitarse á los ojos de sus conciudadanos, que le miraban como un intrigante, malversador de caudales pú-

blicos, y mas cuidadoso de su medro personal que de los intereses generales, nota que en los Estados-Unidos, donde las virtudes públicas se miran con un respeto de que por desgracia no hay vestigios entre nosotros, equivale á la muerte civil; de aqui los poderosos obstáculos que se le oponian, y el desprecio con que generalmente era mirado, hasta que llegó al punto de ser apedreado un dia por el pueblo de Filadelfia. En vano acudió al Congreso achacando este ultrage al gran consejo de la Pensilvania y pidiendo venganza: el atrevimiento y la cólera de que rebosaba su mensage, solo le valieron una reconvencion del gobierno y otra de Washington. Desde entonces declaró guerra á muerte á su pais.

Habiase casado durante su residencia en Filadelfia con una hija del ingles Shippen, la cual conservaba antiguas relaciones de amistad con un oficial ingles llamado André. Para el mejor logro de sus intentos, animó Arnold á su muger á que siguiese la correspondencia que tenia entablada con él, y lo que para André era una demostracion de cariño, un amistoso recuerdo, fue el primer lazo que le tendió Arnold para enredarle en una trama, cuyo resultado tan favorable al traidor, y tan desdichado para el leal ingles, no se comprenderá bien sino esplicándolo detenidamente.

André, dotado de un carácter dulce y simpático, habia nacido en Génova, donde vivió hasta los diez y seis años; pasó luego á Lóndres y entró en una casa de comercio: su aficion á la poesía le hacia penosa aquella situacion, y uniéndose á esto el casamiento de una jóven á quien amaba en estremo, se decidió á abandonar el comercio, alistándose en las tropas que partian para la América. A poco de haber llegado cayó prisionero, y algunos meses despues fue cangeado. «Todo me lo han quitado, escribia á un amigo suyo, solo he podido conservar el retrato de Leonora hecho por mí, metiéndomelo en la boca, con lo cual me creo afortunado." Efectivamente, era muy buen pintor á mas de escelente poeta. El general Clinton, enamorado de sus bellas prendas, le nombró ayudante-general-mayor, y le miró mas como á confidente y amigo, que como subalterno.

Este grado tenia André cuando en las cartas que le escribia la muger de Arnold comenzó este á hacer algunas insinuaciones que descubrian bien á las claras sus intentos de traicion. André lo comunicó al general; éste, conocedor del desprecio con que era mirado Arnold entre sus patriotas, no hizo ningun caso al pronto, pero cuando el americano obtuvo el mando de West-Point, á pesar de la repugnancia de Washington, creyó Clinton que podia sacar algun partido aceptando sus proposiciones.

West-Point era un punto importantísimo; la clave de una dilatada comarca, el principal arsenal de los americanos, y apoderándose de él se impedia la navegacion por el Hudson y la comunicacion entre los Estados del Centro con los del Este: Arnold pidió avistarse con un oficial inglés de su confianza para fijar las *condiciones de la entrega y convenir en los intereses del capital*; al efecto indicaba á André; éste rehusó.

El general ingles se opuso tambien á que André acudiese disfrazado al campamento americano, é hizo varias tentativas para ver si de otro modo podrian convenirse, pero Arnold insistió con tenacidad, y por fin se decidió André á situarse en el navío *el Buitre* estacionado en el Hudson y verificar la entrevista en medio del rio, por la noche, en una lancha. Arnold envió desde la orilla la que debia conducir á André, y bajo pretesto de que no habia podido proporcionarse otra, se quedó escondido en la maleza; allí fue á buscarle el ingles y le propuso sus condiciones: Arnald presentó tales dificultades que pasó la noche sin que hubiesen convenido en nada, y André tuvo que refugiarse en la cabaña de un confidente de Arnold llamado Smith: continuaron allí la conferencia; Arnold pidió una gran suma, y André se la concedió; entonces esplicó su plan que estaba hábilmente combinado, y que debia alejar todas las tropas americanas del territorio de West-Point. Para facilitar la egecucion de este proyecto recibió André de su cómplice varios mapas é instrucciones, y los colocó dentro de las medias en la planta de los pies: asimismo se disfrazó con un trage de Smith para ocultar los vivos colores de su uniforme y no causar sospechas, incurriendo así en las dos faltas que Clinton le habia encargado evitase; aceptar un disfraz y llevar consigo papeles que probaban la conspiracion.

Creia André que le iban á conducir al navío, pero Arnold se opuso diciendo que habia mil obstáculos, y que tendria que partir por tierra. De ese modo esponia á An-

dré á una muerte casi inevitable, ó si llegaba al campamento ingles veia asegurada con su traicion su fortuna. ¿Tenia Arnold interés en que se realizase el primero de estos estremos? El poco cuidado que tomó por la salvacion de su cómplice nos hace creer que sí.

Provistos André y Smith de pasaportes firmados por él se pusieron en marcha: un sombrío presentimiento aquejaba al primero; en vano Smith probaba á distraerle: el ingles callaba: una partida americana les detuvo en mitad de su camino, les examinó y advirtió que los *vaqueros*, bandidos partidarios de la Inglaterra, infestaban las llanuras, y que era muy espuesto viajar de noche por aquel pais; hicieron alto y durmieron en casa de un amigo de Smith: André no pudo cerrar los ojos; al amenecer se pusieron en marcha, y así que hubieron atravesado las líneas, André dió rienda suelta á su imaginacion, despertáronse en él el artista y el poeta, y ya no necesitó Smith animarle. Junto al puente de Pin se separaron, volviendo el americano á dar cuenta á Arnold, y continuando el otro su viage.

El territorio neutral de los llanos que atravesaba André estaba infestado de bandidos que pertenecian al uno ó al otro partido. Aquella misma mañana algunos de los americanos habian hecho una escursion en el territorio de los ingleses, y estaban situados en un cerro inmediato al camino: uno de ellos, al divisar á André bajó, cogió el caballo de la brida, y apuntándole con su carabina, le dijo: —¿Dónde vais?

—Somos del mismo partido, dijo André creyéndolos ingleses.

—¿De qué partido?

—El de los *vaqueros*. Soy oficial ingles y estoy encargado de una mision urgente. Y al decir esto sacó el reloj, bien para indicar que se le hacia tarde, bien para que su hechura inglesa les convenciese de la exactitud de sus palabras.

—Pie á tierra, gritó uno de los bandidos.

—No puedo pararme un momento.

—¿Cómo os llamais?

—Juan Anderson.

—¿Llevais pasaporte?

—Sí, del general Arnold.

Esta imprudencia perdió á André: despues de haber dicho que era ingles, el pasaporte de Arnold debia parecer sospechoso á los bandidos, y así sucedió; lo internaron en el monte, lo registraron de pies á cabeza, y encontraron por fin los papeles en la planta de los pies. En vano les ofreció un gran rescate: convencidos por esto mismo de que era un personage de importancia el que acababan de coger, lo condujeron á Northcastle y lo entregaron al gobernador.

Esto sucedia en 25 de Setiembre de 1780: aquel mismo dia insertaba la Gaceta real de Nueva-Yorck un poema cómico de André en el que bajo el título de *la caza de vacas* se burlaba del enemigo. «A la verdad (decia en conclusion) seria particular que alguno de esos pastores me atrapase." Aquel mismo dia, *lo atraparon los pastores*. La casualidad se permite licencias ante las cuales cejaria el mas osado novelista.

El comandante de Northcastle era hombre de pocas luces, y poco faltó para que creyendo las patrañas que inventaba André le enviase al cuartel general de Arnold, pero el mayor Tallmadge que se hallaba allí comisionado por Arnold con este objeto se enteró de los papeles, conoció la importancia de la captura y decidió al comandante á mudar de opinion. Entonces André escribió una carta á Washington, en la cual, con sencilléz y nobleza, le esponia su nombre y su situacion sin nombrar á Arnold." Como quiera que se me deba juzgar, decia, ruego á V. E. se me tengan las consideraciones necesarias para que no se crea que mi proceder ha sido infame y deshonroso." Acababa pidiendo permiso para dirigir una carta abierta al general Clinton y proponiendo se le cangease con algunos americanos de Charlestown que tenian prisioneros los ingleses.

Arnold aguardaba á almorzar el 24 de Setiembre á Washington, Lafayette y todo su estado mayor, pero el general no podia asistir hasta muy tarde y envió dos ayudantes á avisar que no le aguardasen; sentáronse estos á la mesa y á la mitad del desayuno recibió una carta; así que la leyo, mandó ensillar un caballo, llamó á su muger á un gabinete, y le dijo:

—¡Tengo que partir; quizá no nos volvamos á ver; mi vida depende de estos momentos: si dentro de poco no he salido del territorio americano estoy perdido!

Cae ella desmayada; Arnold sale, monta á caballo, atraviesa á escape la distancia que separa la ciudad del Hudson, de-

samarra una lancha, llama á seis marineros, les promete una gran recompensa si la travesía es rápida, agita en el aire un pañuelo blanco como si fuera á parlamentar y llega por fin á bordo del *Buitre*: hace subir á los marineros y les declara que son prisioneros de guerra. «Nosotros hemos venido como parlamentarios, dice uno de ellos; y nos volveremos á tierra," esclama uno de ellos. Arnold insistia; los ingleses fueron mas generosos y los dejaron en libertad.

Cuando Washington llegó á West-Point recibió la noticia de la prision de André, su carta y los papeles que se le habian encontrado. Leyólo todo con su serenidad habitual y sin manifestar ninguna emocion: poco despues le fue entregada una carta de Arnold insolente en estremo. Decia en ella: «que no queria tomarse la molestia de justificar su conducta; que aunque el vulgo la reprobase, la rectitud de su conciencia le serviria de consuelo, y concluia pidiendo para su muger el permiso de retirarse á Filadelfia."

«Desde que André escribió á Washington hasta su muerte no me he separado de él; dice el mayor Tallmadge en su relacion: le he acompañado hasta el pie del cadalso vivamente conmovido al ver á tan digno militar sufrir la muerte de los infames. En ningun hombre he visto mas gracia, mas afabilidad, mas talento, varias veces en medio de una entretenida conversacion he reflecsionado que tanta elocuencia, tanta amenidad, tantos conocimientos debian acabar en un cadalso; y no he podido menos de enternecerme."

«Durante el camino me habló de sus planes; me esplicó sus proyectos y lo que hubiera hecho despues de tomar á West-Point.

—«¿Qué recompensa esperábais? le pregunté."

—«La gloria, y la aprobacion de mis gefes y del Rey."

—«¿Qué concepto formais de mi situacion? me preguntó en Tappan."

La contestacion era dificil.

—«¿Bajo qué aspecto creeis que mirarán el asunto el general Washington y el consejo?"

«Le respondí evasivamente; pero no dándose por satischo, le dije, no sin trabajo:

—«Tenia yo un amigo que se llamaba Nathan-Hale: despues de la batalla de Long-Island quiso el general saber la situacion del enemigo; Hale se encargó de averiguarlo; se introdujo en el campamento ingles y á su regreso fue hecho prisionero; ¿sabeis cuál fue su suerte?"

—«Fue ahorcado como espía... ¿Pero creeis que es igual el caso."

—«Enteramente igual, é igual será el castigo."

«Continuamos hablando, pero se conocia el efecto que le habian hecho mis palabras."

Washington concilió la severidad de las leyes militares con el respeto debido á la desgracia. Los americanos no pudieron menos de interesarse por el bizarro André, mucho mas al compararle con la infamia y bajeza de Arnold: hasta en el consejo militar encontró simpatias: se le preguntó si al pisar el territorio americano se creia protegido por la bandera inglesa y el título de parlamentario. «No, respondió, vine de oculto y creí poder retirarme lo mismo." Su delicadeza no le permitió acusar á nadie; apenas hizo mencion de Arnold en los varios interrogatorios que sufrió: el proceso fue corto; en vano escribió Clinton alegando con el testimonio de Arnold que André habia ido como parlamentario llamado por el gobernador de West-Point. El consejo le declaró espía y le condenó á ser ahorcado. Asi que André supo la sentencia escribió á su general una carta sencilla y sublime; en ella procuraba desvanecer el remordimiento que pudiera tener Clinton. «Esta desgracia me sobreviene, decia, por haber contravenido á vuestras órdenes... Estoy tranquilo; un celo honroso por el servicio del Rey me ha perdido... Tengo una madre y dos hermanas sumidas en la desgracia, que se les aliviaria con mi sueldo: no necesito esplicarme mas."

Washington, vivamente conmovido, quiso tentar un último esfuerzo antes de firmar la sentencia: envió un emisario á Clinton para saber si consentiria en cangear á Arnold por André; pero el honor nacional se oponia á ello, y el ingles se vió precisado á constestar que Arnold, al abandonar la causa americana, no habia hecho mas que reconocer á su legítimo soberano. Entonces no hubo ya remedio de mejorar su suerte, y el general tuvo que comprimir los impulsos de su corazon y condenar á André. Este pidió con instancia ser fusilado, pero no obtuvo contestacion, y se preparó á morir como soldado; hizo venir su uniforme de Nueva-Yorck, y pasó su último dia resignado y sereno entre algunas personas que se interesaban por

él: solo se conmovia al pensar que podia causar su triste fin algun amargo recuerdo, algun remordimiento al general Clinton; entonces se espresaba con profunda y patética elocuencia. En sus últimas horas trazó con una pluma su retrato maravillosamente parecido y lo dió á un oficial americano llamado Tomlinson.

La egecucion estaba fijada para el 2 de Octubre á las doce del dia. André llamó á las diez á su criado, y habiéndose este presentado llorando, le dijo: Idos y volved cuando tengais mas ánimo. Luego, habiéndose afeitado y vestido, dijo á los oficiales de la escolta:

—Señores, cuando gusteis.

Dos de estos le dieron el brazo, y salió á pie de la cárcel cual si fuera á una diversion, saludando á sus conocidos y sonriendo á la multitud que admiraba enternecida su heroismo. Al ver el cadalso palideció: «¿Qué teneis?" le dijeron. «No me asusta la muerte, contestó, pero detesto ese género de suplicio;" é inmediatamente comenzó á prepararse.

—Si quereis podeis hablar, le dijo el gefe que mandaba las tropas.

Entonces levantó el pañuelo que le cubria los ojos y dijo: «Sed testigo de que muero como un bravo soldado:" al momento la carreta que le sostenia se apartó y dejó su cuerpo oscilante en el espacio.

Hoy se encuentran sus restos en Westminster, entre los de los Reyes, sábios y héroes de la Gran-Bretaña.

Arnold vivió largo tiempo abrumado con el desprecio universal. ¿Cómo me tratarian vuestras tropas si me cogiesen? preguntó á un prisiodero americano.

—Os cortarian esa pierna que ha recibido una herida en defensa de la patria, la enterrarian con honor, y lo demas del cuerpo lo colgarian de un cadalso.

La posteridad ha sido justa: su fallo nos señala á Arnold como un traidor, y á André como un modelo de valor, timbre y gloria de su esclarecida patria.

R. F.



Un egipcio en medio de su familia.



La gravedad de los egipcios es proverbial. En todas las situaciones de la vida, observan por lo comun el mismo continente serio y reservado; pero donde llega á mas alto punto el caracter de gravedad de que se revisten es cuando se hallan en medio de su familia. Allí se muestra el egipcio estraño á todo lo que le rodea, y nunca toma parte en las inocentes distracciones de los que le están sometidos. Cuando mas contesta con monosílabos á las pocas preguntas que se le dirigen. Como un señor enmedio de sus esclavos, asiste á los pasatiempos que tienen lugar en el hogar doméstico, y con su mirada entre compasiva y severa parece quiere decir que reprueba aunque la compadece la debilidad de la muger y de los niños que asi pueden pasar el tiempo en cosas tan fútiles. Su pensamiento está ocupado en cosas mas altas, como, por ejemplo en ver elevarse formando mil graciosas espirales el humo que se desprende de su pipa, y calcular el mayor ó menor aroma de su tabaco. Cuando el egipcio se halla en tan interesante ocupacion, en sus ratos de ocio, en vano es que la madre chille y alhague al niño á quien da el pecho para que no llore; en vano que los demas muchachos salten á su alrededor gritando y riyendo: el impasible egipcio sigue fumando su pipa, sin que al parecer eche de ver nada de lo que pasa en torno suyo.

S. J.

DOS HERMANAS.

TRADICION FLAMENCA DEL SIGLO XVII.



Pharalide habia visto deslizarse los años de su juventud en medio de todo cuanto puede hacer nuestra felicidad en la tierra. Sus riquezas eran considerables; sus campos y dilatadas haciendas presentaban en todas estaciones mil árboles y plantas colmados de esquisitos y sazonados frutos; sus espaciosos y sólidos graneros amenazaban á todas horas hundirse bajo el peso de las cosechas amontonadas en ellos. Su bolsa, vaciada á cada momento por la caridad, volvia á llenarse inmediatamente por la abundancia. Pero no era esto solo; poseia ademas lo que vale mas que todos estos bienes perecederos, destinados á satisfacer nuestros caprichos y vanidades; poseia un marido bueno y fiel, valiente y generoso, con el cual vivia en la paz del Señor. Tres blancos y rubios niños de dorada cabellera eran el fruto de esta union, y juntando sus manecitas entre las manos de su madre, aprendian á bendecir á Dios; á Dios, tan bondadoso para los inocentes como terrible para los malos.

Un solo dia bastó para echar por tierra tanta felicidad. Los normandos se lanzaron sobre la morada de Pharalide como los milanos sobre un nido de palomas, y en un momento la casa fue reducida á ruinas, incendiadas las mieses y talados todos los campos; las naves de los bandidos cargáronse de oro y muebles preciosos, mientras que Sigiberto el esposo de Pharalide caia muerto de un golpe de hacha en el acto de arrancar al mas pequeñuelo de sus hijos de los nervudos brazos del gefe de aquellos bandidos.

A poco la noche tendió su fúnebre gasa sobre este cuadro de desolacion y crímen; Pharalide, sola con sus hijos y junto al mutilado cadáver de su esposo, sentóse sobre los escombros del hogar; en tanto que los piratas huian en sus ligeros barcos, y en el mismo instante en que sus báquicos cantares llegaban hasta ella en alas de la brisa, mira en rededor y esclama estrechando á sus hijos contra el pecho: « El Señor me lo habia dado todo: el Señor me lo quita: sea su nombre bendito y alabado! »

Desde este dia, el trabajo, la miseria y la soledad fueron el único patrimonio de la desvalida viuda. Abandonó para siempre el pais testigo de su pasada ventura y fue á refugiarse en Gante su suelo natal, y en donde esperaba encontrar algunos recursos contra la miseria, suspendida ya sobre su cabeza como la espada de Damocles. Retiróse á vivir en una choza de barro y paja, y allí, desde el alba hasta la media noche, hilaba la lana y el lino que la suministraban algunos mercaderes, sus amigos en otro tiempo. No abandonaba ni un instante siquiera su trabajo sino para enseñar á sus hijos, siempre agrupados á su alrededor, la ley de Dios ó para leer algun rato en los santos Evan-

gelios, único resto que habia podido salvar de su antigua riqueza. Pharalide encontró este manuscrito, despreciado de los normandos, entre los escombros de su quinta, y guardólo con cierta alegria mezclada de tristeza al recordar aquellas palabras que habia oido muchas veces:

«Nadie deje de leer las santas Escrituras: «cuando la pobreza os aflija, cuando la muer«te de vuestros deudos ó hermanos entris«tezca vuestro corazon, cuando las flechas «del enemigo os atraviesen de parte á parte, «buscad en estos santos oráculos las armas «que os ofrecen para la defensa.»

Pharalide halló en ellos efectivamente el único consuelo que podia esperar: la conformidad con la voluntad de Dios. Pero esta santa paciencia, esta resignacion absoluta, este olvido de todos los bienes terrenales se debilitaba cuando veia retratados los padecimientos en el escuálido semblante de sus tiernos hijos, antes tan lozanos y joviales; los lloros que á estos infelices les arrancaba la carestía eran las heces mas amargas del cáliz de su infortunio. Entonces redoblaba sus oraciones y tareas: hacía esfuerzos desesperados y el alba la sorprendia trabajando sin descanso á la luz de trémula lamparilla que alumbraba su faena nocturna. Pero llegó un dia, un terrible y temido dia en que habia de faltarle hasta este mezquino recurso... Separóse con las manos vacías del mercader que hasta allí la diera trabajo; y distribuyó á sus hambrientos hijos, con un suspiro y un beso, su último pedazo de pan. La rueda del torno no volvió á girar con sordo zumbido, ni aquellos infelices entretuvieron mas su hambre contemplando al huso, subir y bajar pausadamente: Pharalide, despues de haberlos abrazado con ternura, salió otra vez, y no regresó hasta muy entrada la noche, con muestras de gran fatiga y de mayor abatimiento que nunca: sus gestiones habian sido infructuosas; á pesar de sus ardientes instancias, no halló quien la proporcionara trabajo. Púsose á orar un rato; levantóse despues mas tranquila, y acostando á sus niños en una miserable cuna, sentóse á su lado y comenzó á leer la vida de Jesucristo. Cuando llegó á la pasion, á ese trágico y sublime drama, tornó hácia sus hijos sus ojos arrasados en lágrimas y esclamó:

Al despertarse los niños por la mañana pidieron sollozando *pan*. Pharalide, partido el corazon de dolor los colmó de ardientes besos; animólos con sus carícias, y para distraerlos algun tanto, procuró recordar canciones y cuentos de la juventud.

Las horas trascurrian haciéndose mas horribles cada vez. Al cabo de algunas los niños ya no hablaban, ni lloraban, estenuados, cadavéricos, ateridos de frio, se estrechaban los unos contra los otros y volvian hácia su infeliz madre sus apagados y suplicantes ojos. Un espantoso silencio sucedió á las angustiosas esclamaciones en esta familia, que parecia ya encerrada en su sepulcro, y olvidada para siempre de los vivos. Por fin Pharalide se sintió animada de una enérgica y repentina resolucion; levantóse pálida, vacilante, estrechó á sus hijos y les dijo con el acento de la desesperacion:

—»Hijos mios, esperad un momento, rogad á Dios... no tardaré en volver, y volveré con pan.»

—»Ah! si, si, mamá! (balbucearon aquellas espirantes criaturas) ¡tenemos tanta hambre!..»

Ya en la puerta, su madre detúvose, y alzando las manos al cielo: «Angeles del Señor, murmuró en voz baja, no los abandoneis! y se alejó con toda la celeridad que le permitian sus desfallecidas fuerzas.

Pharalide tenia una hermana llamada Bertila, que la profesaba desde su infancia un odio tan feroz como infundado. Esta muger, casada á la sazon con un capitalista de la ciudad de Gante, no pudo perdonar á Pharalide, cuando jóven, su fresca y deslumbradora belleza; mas tarde vió con celos su felicidad doméstica, el amor que la profesaba su esposo y el respeto que habia sabido grangearse con su caridad y sus virtudes. La desgracia de la viuda de Sigiberto no fue parte á conmover su corazon empedernido: la miseria que rodeaba á su hermana humillaba su orgullo; avergonzábase de verla trabajar como una esclava, y su vanidad herida acabó de irritar y fortalecer su negro encono. Pharalide con su natural dulzura solo habia opuesto á esta implacable animosidad su cariño fraternal, pues tenia siempre presentes en la memoria aquellas palabras que solo pudieron ser dictadas por un Dios: «Si al presentar tu ofrenda en el »altar recuerdas que tu hermano tiene alguna »queja de tí, déjala al pie del ara, ve á »reconciliarte con él y vuelve á ofrecer el »don.»

Habia suplicado á Bertila, por el amor

de Jesucristo, en nombre de su Madre, que depusiese su injusta enemiga y la mirase como hermana. Pero el benéfico rocio del cielo ¿es acaso poderoso á fertilizar las áridas rocas? Bertila, á las amorosas palabras de su hermana, no habia dado por toda respuesta sino injurias y sarcasmos. Hacia tiempo que Pharalide no se acordaba de ella mas que en sus oraciones; y solo impelida por el aguijon de la mas estrema necesidad podia resolverse á ir de nuevo á implorar su socorro. Caminaba, pues, palpitándole el corazon y pidiendo por el camino á Dios que le dictase las palabras de salvacion que pudieran arrebatar á sus hijos de una próxima muerte. Descubrió por fin la balaustrada de hierro y las altas ventanas de la casa de Bertila: procuró serenarse, y subió lentamente la magnífica escalera de granito que conducia á la puerta principal, á la sazon entreabierta. Empujóla vacilante, y se encontró en una espaciosa sala, en donde Bertila, rodeada de doncellas, examinaba el trabajo del dia y daba sus instrucciones para el del siguiente. Echó nna mirada á Pharalide, estenuada y andrajosa, y le dijo con voz altanera:

—¿Qué quiere esa pordiosera?... Muger, nada teneis que hacer aquí; idos al punto, ó haré que mis criados os arrojen por la ventana.

—Hermana mia, soy yo, Pharalide, dijo la pobrecita viuda, que vengo á tí llena de confianza; no tengo ya otro apoyo; desde ayer que no hemos comido, y venia á pedirte un pedazo de pan para mis hijos.

—Por qué no trabajas: ¿tengo yo acaso obligacion de manteneros?

—Hermana mia, no hay quien me dé trabajo. Desde que el Señor llamó á sí á mi querido esposo, desde que perdí en un solo dia mis bienes y mi felicidad, mis manos no han permanecido ociosas un instante siquiera... he ganado el sustento necesario para mis hijos... pero hoy no tengo mas amparo que el tuyo. ¿Tendrias corazon para rechazarme?... para rechazar á la hija de tu madre? Oh! hermana mia! piensa que una misma sangre corre por nuestras venas, que no te resta otro pariente mas que yo; yo, que siempre te he amado tantanto! Ah! si por acaso en mi niñez pude involuntariamente ofenderte, dignate hoy perdonarme, y débate mas que la vida, el pan para mis hijos!

—No estás contenta aun con humillarme todos los dias, ofreciendo al público la vista repugnante de tu miseria y tus harapos? márchate, no tengo nada que darte.

—Bertila, hermana mia, no me arrojes asi de tu casa, no me obligues á espirar en el dintel de tu puerta! Ah! piensa en tus hijos: no te regocijas tú cuando los miras sentados á la mesa, cubierta de abundantes manjares, cuando los contemplas dormidos dulcemente en blando lecho de plumas? pues los mios se hallan acostados sobre un puñado de paja... ¡Oh Bertila! has por mí lo que yo haria ciertamente por tí si te viese en mi triste situacion... En nombre de tus sobrinos, pan, un mendrugo de pan para mis hijos!...

Y la infeliz cayó de rodillas á los pies de su hermana. Bertila la miró con sonrisa sarcástica y sombria, y le dijo·

—Mira, ves aquel armario? pues está lleno de pan; *pero se convertirá antes en piedra*, que tú llegues á gustar una sola migaja de él.

Pharalide conoció que nada tenia que esperar: levantóse, encaminóse á la puerta, y pálida como una muerta, pues la vida la abandonaba:

—Ojalá no te castigue el cielo en tus hijos! esclamó tendiendo su mano hácia Bertila.

Quedose esta sola; las doncellas, testigos de esta escena, llenas de espanto, se habian retirado.

Entonces comenzaron á nacer en su alma cierta inquietud y ciertos vagos remordimientos; pero bien pronto el odio y el orgullo, inspirados por el infierno, ahogaron este movimiento saludable. Entregose de nuevo á sus ocupaciones domésticas, y llamando á sus doncellas, hizo que continuasen trabajando á su alrededor, reprendiéndolas con su dureza y acritud acostumbradas. Abrióse la puerta otra vez y se dejó ver el dueño de la casa, Otto, el marido de Bertila. Era este un hombre virtuoso y temeroso de Dios, que habia procurado en distintas ocasiones, aunque siempre en vano, inspirar á su muger con persuasivas palabras sentimientos mas apasibles y fraternales: volvia en aquel instante de un largo viage, durante el cual habia recorrido las quintas y fábricas de sus numerosos corresponsales, situadas á las orillas del Lis y del Escalda.

—Salud, esposa mia, dijo cordialmente, abrazando á Bertila.

—Y tú, querido esposo, ¿has tenido un viage feliz?

—Sí, vuelvo en estremo satisfecho; mira, añadió, enseñándole un saco de cuero que llevaba oculto debajo de la capa, hé aquí una buena cantidad que puedes guardar.

Diciendo estas palabras, se acercó al armario donde se guardaban las provisiones del dia, y bebió un vaso de vino; quiso tomar tambien un pedazo de pan, porque venia desfallecido; pero no bien hubo tocado uno que se hallaba colocado sobre un plato, cuando arrojó un grito, y dirigiéndose á Bertila, esclamó con un tono vehemente y espantado:

—Muger, la cólera de Dios ha entrado en nuestra casa!... ven, mira!

Acercóse Bertila, y vió con horror que el pan que habia tan cruelmente negado á Pharalide, se habia, segun sus propias palabras, convertido en piedra. Trémula, y poseida de aquel terror que es el único remordimiento de los malos, balbuceó confusamente:

—No sé á qué atribuir este prodigio... y vos, esposo mio? ..

Miróla severamente Otto.

—Has negado el pan á algun pobre? le dijo; en fin, Bertila, no mientas, por tu salvacion!

—Sí, á mi hermana Pharalide... vino hecha una pordiosera, imploró mi caridad... y la despedí.

—Miserable! esclamó Otto; maldito sea el dia en que me uní á tí!..... Escucha, añadió de allí á algunos instantes de silencio: un medio te resta solamente de merecer mi perdon: toma esta bolsa y corre á llevársela á Pharalide; consuélala en sus necesidades, implora de rodillas su perdon, y el cielo te inspire un síncero arrepentimiento...!

El acento de Otto era tan resuelto, tan imperativo, que Bertila no se atrevió á replicar. Llena de rabia, porque la avaricia y la crueldad habitaban juntas entre los negros pliegues de aquella alma gangrenada, dirigióse á la choza de su hermana. Pero la mirada del juez inexorable la seguia: los oidos que no pueden engañarse escuchaban las secretas maldiciones de la fratricida. A medida que seguia su camino, el cielo, hasta entonces tranquilo y sereno, se cubria de espesas sombras. Grandes nubarrones iban estendiéndose velozmente, y los relámpagos, rápidos y frecuentes, brillaban con siniestro resplandor. Hallábase ya Bertila á la puerta de la cabaña de Pharalide, cuando un trueno, acompañado de pavoroso fragor, vino á estallar sobre su cabeza: viósela por un momento envuelta en un fuego lívido que se enroscaba al rededor de su cuerpo, en figura de serpiente, y cuando el pueblo corrió hácia aquel lugar, solo encontró un cadáver ennegrecido y reducido casi á pavesas.

De allí á poco serenóse el cielo; algunas blancas nubecillas tapizaron de nuevo su azulado manto, y como él, la justicia divina, despues de haber llenado sus designios, volvolvió á seguir su curso inmutable y magestuoso.

El pueblo, instruido ya del prodigio obrado en la casa de Otto, corrió en tropel hácia la pobre morada de Pharalide. Veíanse un número considerable de mugeres caminando precipitadamente en la misma direccion, cargadas las unas con grandes vasijas de leche y de vino, y las otras con canastillos colmados de pan y de viandas. Abrieron la puerta de la cabaña, y se ofreció a la vista el mas triste y maravilloso espectáculo: Pharalide estaba acostada en el suelo, rodeada de sus tres niños, á quienes en el estertor de su agonía habia agrupado y estrechado contra su pecho. Todos estaban muertos; pero de aquellos cuatro cuerpos se desprendia tal resplandor, un aroma tan fragante y lleno de suavidad, que por un movimiento espontáneo todos los circunstantes se postraron de rodillas y entonaron un himno al Señor; al Señor, que castiga y recompensa, que habia confundido con su ira á la despiadada Bertila, y llamado asi á Pharalide y sus tres hijos, para gozar, en recompensa de su virtud, de la bienaventuranza eterna.

B.

NOTICIA

DEL PINTOR MURILLO Y SUS OBRAS.

Bartolomé Esteban Murillo, célebre pintor español, nació en 1618, en un lugar pequeño, llamado Pilas, junto á Sevilla. Desde su mas tierna juventud dió á conocer su buen natural, probidad y talentos con que la naturaleza le habia dotado. Juan del Castillo, su tio, le dió la primera instruccion en la pintura, quien conociendo la habilidad del sobrino, y que requería un maestro de mas capacidad de la que el modesto Castillo creia poseer, le puso bajo la enseñanza de Palomino, el mejor pintor de Sevilla en aquel tiempo, y conocido despues por sus obras sobre el arte de la pintura; pero el talento del jóven Murillo se desplegaba tan rápidamente que á los diez y seis años de su edad, no habia maestro en Andalucía que pudiese enñarle mas de lo que sabía. A este tiempo llegó á Sevilla otro pintor español de bastante reputacion, llamado Moya, que habia viajado en la Flandes, y perfeccionándose en el arte bajo la instruccion del célebre Vandick, establecido en Lóndres. Murillo fue introducido á Moya, y Moya conoció bien pronto el mérito de Murillo, y sin dejarse llevar de aquella mezquina rivalidad que frecuentemente reyna entre los de la misma profesion, enseñó al jóven sevillano todos los misterios del pincel y colorido que habia aprendido en la escuela de Vandick, quien habia declarado que Moya era su mejor discípulo. Este pasó á Cádiz para establecerse allí, y Murillo quedó en Sevilla mas avanzado en su profesion. Sevilla, ciudad rica y populosa antes, vino á ser despues del descubrimiento de América, el emporio del comercio de toda España con las Indias. Los españoles establecidos en Ultramar pedian incesantemente cuadros, y sus agentes de esta parte del Atlántico daban priesa á cuantos pintores conocian para obtener cuantas obras pudieran ejecutar; pero estas obras aceleradas no podian ser pinturas bien trazadas ni ejecutadas, eran solo obras de feria, que pasaban de mano del autor á las del público por medio de un tratante, á quien naturalmente redunda toda la utilidad. Es probable, que en este tiempo pintó Murillo centenares de cuadros de la Vírgen, Jesus y otros asuntos de devocion, y que por este medio adquirió aquella admirable facilidad en delinear sus figuras. Pero Murillo no podia sufrir la idea de ejercer su talento de un modo en que necesariamente se habia de confundir con los pintores adocenados; y asi resolvió viajar en Italia, para conocer los grandes pintores de aquella nacion y las obras de los maestros antiguos. Con esta determinacion partió de Sevilla, y llegado á Madrid fue recibido con mucho agazajo por Velasquez, el pintor mas eminente de su siglo, ocupado entonces en las pinturas del Escorial. Este grande artista, conociendo la originalidad y capacidad del joven Murillo, le disuadió de pasar á Flandes ni á Italia, con pretexto de que habia en Madrid la mejor

coleccion de cuadros de todos los maestros, tanto nacionales como estrangeros; y es de presumir, que Velasquez queria evitar que el jóven y modesto Murillo viniese á ser un imitador servil de una escuela estrangera, mientras que dejado á sus recursos podia ser el mejor ornamento de la escuela española, y el tiempo, verificando su conjetura, justificó su intento. Murillo quedó en Madrid por cuatro años, practicó su arte bajo la inspeccion de aquel primer pintor del Rey, y regresó luego á Sevilla.



Bartolomé Esteban Murillo.

El talento de Murillo como pintor histórico no era todavia bien conocido en su patria; su primera obra de consideracion, á su regreso, fue un juego de cuadros para el claustro de san Francisco, y entre ellos, la muerte de santa Clara, y Santiago distribuyendo limosnas á los pobres, escitaron la admiracion del público, y establecieron la reputacion de su autor. Se ha observado que los grandes artistas, luego que han adquirido grande crédito se hacen negligentes, ó por confiar en su maestría, ó engreidos con el aura popular; Murillo se mantuvo libre de una y otra imputacion; su modestia fue una barrera contra la vanidad, y la primacía que obtuvo sobre todos sus contemporáneos, solo sirvió para estimularle mas en su estudio sobre la naturaleza. Cada nuevo cuadro que hacia le grangeaba mayor fama; en el cuadro del casamiento de santa Catalina que hizo en Cádiz, Murillo pareció escederse á sí mismo; y la Concepcion, la santa Isabel de Ungría, y el Hijo pródigo que hizo despues para la casa de la Caridad en Sevilla, han sido declarados por los inteligentes superiores á aquel famoso cuadro de santa Catalina. En Cádiz tuvo la desgracia de dar una caida del andamio, cuyas resultas fueron el injuriar su constitucion, causarle mucho padecer, y acelerar su vida, la que terminó en 1682, á los 64 años de una constante aplicacion y del mas incesante trabajo.

Las obras de Murillo fueron tan nume-

rosas, que apenas hay iglesia en el reyno de Sevilla donde no haya algun cuadro que publique la escelencia de su pincel. Ademas de las obras maestras de este artista que hay en Madrid, casi todas las galerías en las capitales de Europa están ennoblecidas con cuadros de Murillo. En el Museo del Louvre en París hay cinco obras famosas suyas: 1. El niño Jesus sentado sobre las rodillas de la Virgen, y jugando con un rosario en las manos. 2. Dios Padre y el Espíritu Santo contemplando la Sacra Familia. 3. Jesus haciendo oracion sobre el monte de las Olivas. 4. San Pedro implorando perdon. 5. El muchacho mendigo.

Está pintado este cuadro en su primer estilo; y como la naturaleza fue siempre el único modelo de Murillo, la simplicidad de la actitud en que está representado este jóven vagabundo, el relieve que aparece en la figura, la brillantez de la luz, la firmeza de mano que muestra cada pincelada, y el vigor que muestra el todo, la han clasificado entre las obras maestras del arte. La cabeza y todas las partes desnudas del pobrecillo holgazan están sumamente animadas, y los andrajos que cubren parte de su cuerpo parecen sobrepuestos. En las manos, en las rodillas, en las piernas y pies espresa el cuidadoso artista las menudencias de la pintura mas acabada; la aspereza que representa el cutis muestra claramente el abandono del infeliz muchacho, y todos sus miembros dan testimonio del desaseo consiguiente á la pordiosería de su vida.

Otro cuadro de esta naturaleza hay en la galería de Dulwich en las cercanías de Lóndres. Representa dos muchachos pobres que han estado, al parecer, jugando en el campo, el uno está todavia sentado en el suelo, y mirando al otro que está mordiendo un pedazo de pan, y ambos con una espresion admirable. Pero es de advertir que Murillo hacía estas pinturas por su diversion, sin imaginar jamás que pudieran venir á ser ornamentos en las galerias de las capitales de Europa, por lo que no es estraño se advierta algun descuido del artista en el fondo de estos cuadros fugitivos de su pincel; pero en el contorno de las figuras, que era su único objeto, el mas severo crítico ó el mas descontentadizo aficionado al arte no hallará el mas mínimo defecto.

Todos los artistas, así como los escritores en los varios ramos de literatura, exceden en aquellas obras mas consonantes con sus hábitos de vida, mas conformes á sus genios, y mas agradables á sus gustos. Esta correspondencia de las obras con sus autores está mas patentizada en Murillo que en ningun otro artista: religioso sin hipocresía, no hallaba mayor contento que en visitar las iglesias; y la pureza de su vida no hallaba mas gloria en la tierra que la contemplacion y la espresion de la virtud. No siendo cortesano, no tenia ni oportunidad ni empeño en exhibir aquel refinamiento magestuoso del Ticiano, ni la naturaleza de sus cuadros requería la espléndida brillantez del pincel de aquel inmortal veneciano. Las obras de Rafael y los sugetos para quienes las hacía, exigian toda la dignidad del pincel para contentar á los magníficos Médicis. El genio atrevido de Caracci no podia dejar de dar grandeza á sus obras; pero Murillo era un artista devoto, era empleado por bienhechores de las iglesias, y sus obras eran para los altares, eran misterios, eran santos, y muchos de ellos en acto de penitencia; asi pues su anhelo era espresar la virtud y la santidad, cuyos símbolos habian de ser las representaciones de su pincel. Estas circunstancias pedian un estilo original en el artista; tal fue el de nuestro Murillo. La representacion enérgica de la verdad viva, la suavidad y dulzura en los semblantes de sus figuras, y la brillantez del claro escuro en sus escenas, fueron las cualidades preeminentes de su genio y de su pincel, y en estas no se le conoce rival. Cuatro cuadros de Murillo consiguió el Mariscal Soult en Sevilla, los que presentó á Luis XVIII, en 1814; pero aunque dados al General francés por las Autoridades de aquella ciudad, los Aliados en 1815 insistieron en que se habian de restituir, para que no quedara España privada de estas cuatro obras maestras de su mas famoso pintor.

Si el mérito de Murillo como pintor histórico fue preeminente, con respecto á la composicion, diseño, espresion y colorido de sus figuras, fue todavia mas distinguido en la pintura de flores, frutas y animales que introducia ocasionalmente en sus cuadros, como lo acreditan muchos que existen en algunas casas particulares de Sevilla.

E. I.

EL AMOR MEDICO.

En las cercanias de Paris á poca distancia de Morfontaine y de Ermenonville, habia una linda casa de campo edificada con cuidado y adornada con gusto; los viajeros se detenian pasando para verla, como se mira toda mansion donde parece habitar la comodidad, la paz y la felicidad.

Esta habitacion no tenia ni la apariencia de un castillo, ni el lujo de una ciudad; no era tampoco una quinta, menos todavia una choza, era una casa particular, pero que habia servido de recreo á un artista, y las inspiraciones del talento habian pasado por allí; porque las personas que cultivan las artes, tienen un secreto para dar encanto á las cosas mas simples.

La casa del pintor, el jardin del poeta, el pabellon del músico, por mas modesto que sea, tendrán siempre un aspecto que el rico capitalista no puede dar á su suntuosa propiedad.

Y por otra parte, qué mas hermosa morada podeis escojer si quereis huir del bullicio de la ciudad, que una villa, situada entre Morfontaine y Ermenonville?

Morfontaine, paraje delicioso, donde tantos soberanos vinieron á descansar de sus cuidados, y buscar á la sombra cerca de sus aguas algunas horas de calma, de reposo y de dicha ¡Ermenonville! cuyo nombre solo recuerda el gran escritor, el filósofo célebre, cuya tumba es para los franceses y los estranjeros un término frecuente de peregrinacion.

Así era con un dulce gozo que el poeta Delvigny se habia retirado á esta hermosa habitacion, de que no os describiré todos los encantos, porque una descripcion no da jamas sino una pálida imágen de la realidad; os diré solamente que nada le faltaba de lo que puede en el campo aumentar los encantos de la existencia, que tenia un lindo salon con un piano, una grande sala con un billar, un lindo jardin con grutas abiertas, una pieza de agua y todo lo necesario para pescar, porque viviendo en el campo no seria prudente renunciar á lo que puede hermosear ó encantar la vida.

El verdadero sábio, se dice, es el que usa de todo sin abusar de nada. Delvigny habia dejado la ciudad despues de haber perdido una esposa que adoraba; jóven todavia no habia podido consolarse de la pérdida de aquella que esperaba tener por compañera y por amiga hasta el fin de su carrera. Esto prueba que hay todavia maridos que lloran la muerte de sus esposas.

Es verdad que este era poeta, y que esto exalta la imaginacion.

Un hijo solo, era la prenda de amor que el himeneo le habia dejado á Delvigny, un niño hermoso como su madre, y que anunciaba tener tambien su dulzura.

El niño Adolfo era el ídolo de su padre, que se prometia ya formar de él un artista célebre, y que veia brotar de su frente todas las ciencias, el genio y las artes. Con un poco de buena voluntad no hay nada mas fácil en un poeta que encontrar esas prendas en sus hijos y sus amigos.

Pero la muerte, que destruye siempre nuestros proyectos, no permitió á Delvigny cumplir sus deseos para la educacion de su hijo; el poeta murió tres años despues que su esposa, no dejando para velar sobre el niño Adolfo sino dos buenas tias que habian dejado su provincia para venir á cuidarle todo el tiempo de la enfermedad.

Ved ahí pues un niño de cinco años que queda al cuidado de dos solteras, de las cuales, una no habia sido jamas sino apasionada á los confites, y la otra no tenia mas que una inclinacion muy presumida por el juego de ganso.

No creais por eso que el niño sea desgraciado, lejos de eso, sus dos tias le quieren, le idolatran, le acarician, lo atienden, le hacen jugar, lo crian mimado.

Por cuidar al niño Adolfo, la tia Ursula se olvida algunas veces de comer confites, y la tia Babollete descuida el juego de ganso.

Delvigny habia dejado á su hijo mil pesos de renta, no es poco para un poeta; cada tia poseia otro tanto; todo esto algun dia debia poseerlo el jóven Adolfo.

Podia ser bastante rico y vivir feliz; no se trataba ya sino de apartar de su alma toda inclinacion viciosa, toda idea de ambicion, á fin que él se contentase con lo que la fortuna le habia concedido.

Las dos buenas tias educaban al niño como á una niña; no le dejaban leer la historia griega, temerosas que se apasionase de la guerra; escondieron la historia romana, temiendo que de ella sacase inclinaciones feroces y bárbaras; no le enseñaron la mitologia, porque la historia de los dioses y de las diosas les parecia muy escandalosa; no hicieron que aprendiese dibujo, porque era menester copiar cuadros.

Las dos viejas solteras suprimieron todavia una porcion de estudios, que juzgaron inútiles ó perjudiciales al niño Adolfo; pero en desquite el lindo niño aprendió á cantar, á leer en libros muy respetables, y le infundieron temprano el amor al juego de ganso, y á los confites.

Entretanto Adolfo crecía; era hermoso como un Cupido, dócil como una niña, ó mas bien como un corderito; porque todas las niñas no son dóciles; bajaba los ojos cuando lo miraban, y se sonrojaba cuando le hablaban.

No era ni muy sábio, ni muy trabajador, pero en desquite amaba los confites, comía la espuma cuando se hacía, y pasaba gustoso una hora ó dos jugando al juego del ganso, riendo como un loquito, cuando su tia Babollete caia en la prision ó en el pozo.

Las dos viejas tias estaban encantadas con su educando.

«Es una alhaja, un verdadero ángel, decian ellas, sabe lo necesario para ser dichoso, pues la dicha se compone mas bien de la ignorancia que del saber.» Adolfo alcanzó asi la edad de diez y ocho años, no saliendo jamas sino con sus tias, para ir á dar algunos paseos en las cercanias. Las buenas tias creyeron que su hermoso sobrino pasaria asi su vida sin tener otra idea, otros pensamientos, ni otros deseos. Estas pobres solteronas no habian jamas amado sino el juego de ganso y los confites, y pensaban que era bastante para la felicidad. Pero pronto llegó la fiesta de la aldea de Emenonville! un campesino habia dicho algunas palabras de esta funcion delante del jóven Adolfo; y éste suplicó á sus tias que lo llevasen allí, y ellas lo consintieron, sin preveer que en una fiesta de aldea su lindo sobrino pudiese encontrar otras inclinaciones.

El buen Lafontaine lo ha dicho: Nunca le ocurre todo á uno.

Adolfo abria tamaños ojos al ver esta gente, estas tiendas, este baile; los abria todavia mucho mas grandes, mirando las jóvenes aldeanas frescas, lindas, vestidas con coqueteria; pero los bajó de repente sonrojándose de emocion, de turbacion, de gozo, delante de un semblante tan lindo, tan suave, tan gracioso, que parecia mas bien ser la creacion ideal de un artista, que la obra de la naturaleza.

Este hermoso semblante era el de Clotilde, y Clotilde no era mas que una jóven campesina, hija de un pobre pero honrado labrador; ella era el solo apoyo, la sola esperanza de su anciano padre; trabajaba constantemente de dia y de noche; cuidaba bien su casa, y cuando algun dia de fiesta Clotilde podia ponerse su lindo vestido de zaraza rosado, su solo y único adorno; y llevar á su anciano padre del brazo, oh! entonces la jóven se encontraba tan dichosa como si fuese reyna. Es muy probable que ella lo era mas.

Despues de haber bajado los ojos delante de la linda moza, Adolfo los alzó de nuevo; despues se animó á llevarlos otra vez sobre aquel rostro tan lindo, tan cándido y tan puro, cuya sola vista le habia causado

una viva sensacion. Por una singular casualidad, en ese momento Clotilde miraba tambien al hermoso jóven que estaba cerca de ella. El amor atrae á menudo estas casualidades. Clotilde se sonrojaba tambien y suspiraba sin saber por qué, pero la niña mas inocente puede suspirar; lo principal es que ella no sepa por qué Adolfo no podia alejarse de Clotilde. Se bailaba, y él no quiso bailar, porque la jóven no bailaba por no salir del lado de su padre. Estos la solicitaban de tomar parte en la diversion de su edad. Adolfo, que oyó esto, se apresuró á invitar á Clotilde á bailar con él, diciéndole que tendria cuidado de colocarse delante de su padre. Esto no era muy malo para un jóven. Clotilde aceptó temblando la mano del jóven caballero; durante el baile se dirigieron pocas palabras. Adolfo supo solamente que el padre de la jóven se llamaba Dumont, y que era muy pobre; Clotilde supo que su compañero se llamaba Adolfo Delvigni, y que era muy rico La jóven suspiró de nuevo y mas profundamente. Puede ser que esta vez supiese por qué.

El baile duró mucho tiempo, es decir, que Adolfo empezó de nuevo á bailar varias veces con su linda compañera, á la que invitaba de antemano. Entretanto la fiesta tocaba á su fin: las dos tias quisieron irse, y se llevaron al jóven. Pero alejándose de Clotilde, Adolfo volvió la cara varias veces para verla; cada vez la paisanita hacia otro tanto por su parte; ya no era la casualidad que la hacia mover asi. Al dia siguiente Adolfo almorzó poco y comió mal; parecia triste, inquieto; no queria hacer nada, en fin rehusó jugar al juego de ganso, y de comer confites recienhechos.

Este pobre jóven está enfermo! dijeron sus dos tias, y con este motivo hicieron mil preguntas á Adolfo.

—Adonde te duele, mi querido? qué es lo que sientes!

—A todas estas preguntas Adolfo se contentaba con responder:

—Yo no sufro... no me duele nada; yo no estoy enfermo.

—Entónces, por qué estás triste!

—Yo no lo sé.

—Por qué no quieres probar los confites?

—Porque no tengo gana.

—Oh! ciertamente, estás enfermo, mi querido sobrino.

Muchos dias pasaron asi. Adolfo cambiaba de un modo visible; perdia su color, sus ojos no tenian ya brillo, y una languidez mezclada de tristeza habia reemplazado su alegria y su viveza natural. Las dos buenas tias se desconsolaban; mandaron buscar un médico, el mejor que habia en las cercanias.

El doctor examinó al jóven, le tomó el pulso, le golpeó la espalda, le hizo sacar la lengua, y meneó la cabeza murmurando:

—Es muy estraño! este jóven no tiene nada.

—Entretanto, señor, se enflaquece, cambia por momentos, dijo la tia Ursula, llorando.

—Ya no canta, ya no come, ya no quiere jugar, añadió la tia Babollete llevando su pañuelo á los ojos.

—Es menester que haya una causa oculta, dijo el doctor

—Por qué no nos lo dirá! á nosotras sus tias, que lo queremos tanto, que nada le negamos! Al cabo de algunas semanas Adolfo se debilitó tanto que le fue necesario hacer cama.

Sus dos tias le preguntaban sin cesar si apetecia algo. Pero Adolfo no queria nada, solamente preguntaba á menudo cuando volveria la fiesta de Ermenonville.

—Dentro de un año, le decian.

Entonces el pobre jóven suspiraba, y se decia á sí mismo:

—Dentro de un año!.. es muy largo! viviré hasta ese tiempo?

Pero habiéndole oido el médico un dia á su enfermo esta misma pregunta, se apresuró á preguntarle qué habia hecho en esa fiesta, y él contestó con voz apagada:

—He bailado con Clotilde Dumont.

El doctor fue en el acto á ver á las dos tias, y les dijo frotándose las manos:

—Yo creo haber encontrado el secreto que mina la salud de vuestro sobrino.

—Oh! buen doctor! lo salvais entónces?

—No.

—Cómo no!

—Es decir, que no seré yo quien lo salvaré, será una jóven de Ermenonville llamada Clotilde Dumont.

—Qué quereis decir, doctor.

—Que vuestro sobrino está enamorado de esa jóven aldeana, y que esta pasion que lo domina lo conducirá á la tumba, si no se logra el casarlo con la que ama.

—Nuestro sobrino enamorado! Vamos, doctor, es imposible! No ve mas que á nosotras.

—Yo se muy bien que él no está enamorado de VV.; pero, haced venir á Clotilde Dumont y sanareis á vuestro sobrino.

Las dos tias se miraron un momento en silencio; pero Adolfo sufria, y ellas no podian vacilar por mas tiempo.

Al dia siguiente por la mañana el jóven estaba en su cama, sus dos tias lo rodeaban, el doctor le asistia, cuando se anunció una visita.

Era Clotilde que venia con su padre á la invitacion que habia recibido, sin saber todavia por qué la mandaban llamar, pero se quedó inmóvil y temblando, al encontrarse en el cuarto del jóven enfermo.

Al apercibirse la jóven campesina, Adolfo hizo un movimiento como para precipitarse hácia ella. Despues volvió á caer en la cama, pero su corazon latía con fuerza, y sus ojos habian recobrado todo su brillo.

—Yo no me habia engañado, dijo el doctor á las dos tias; vuestro sobrino estaba enfermo de amor; y como esta pasion se trata por el sistema homeopático, es con el amor solo que puede sanar.

Las dos tias hubieran sacrificado todo por la dicha de su sobrino; ellas pidieron al viejo Dumont la mano de su hija para Adolfo; en seguida presentaron la linda moza al enfermo, diciéndole:

—Clotilde será tu muger tan luego como sanes.

La salud no se hizo aguardar; porque el mal de amor se va tan pronto como viene.

C. M.

LA GRUTA DE ELIAS,

EN EL MONTE CARMELO.

La lámina que acompaña á este artículo, representa una de las grutas del monte Carmelo, en la que habitó el profeta Elias. El célebre poeta Lamartine hace mencion de ella en su *Viage á Oriente*, y con este motivo reproducimos aquí uno de los trozos de la poética descripcion que hace del Carmelo en la citada obra.

«El dia 21 de Octubre de 1832 á las seis de la mañana, salimos de Nazareth. Todos los religiosos españoles é italianos del convento reunidos en el patio, nos rodearon cuando íbamos á montar á caballo, ofreciéndonos, unos sus votos y oraciones para el éxito de nuestro viage, y otros provisiones frescas, pan excelente, cocido aquella misma noche para nosotros, aceitunas y chocolate de España. Al salir de Nazareth, costeamos una montaña cubierta de nopales é higueras; á mano izquierda se abre un valle verde y umbroso; una linda casita de campo que recordaba al verla las quintas de recreo de nuestra Europa, estaba sola y puesta como en un cuadro sobre el declive del valle. Habíamos andado dos horas de camino cuando entramos en una serie de pequeños valles que circulaban graciosamente entre montecillos cubiertos de hermosas selvas y de monte bajo. Estas selvas separan las llanuras de Kaipha del pais de Nazareth y del desierto del monte Tabor. El monte Carmelo, cordillera elevada de montañas que empieza en la corriente del Jordan, y viene á rematar en pico sobre el

mar, se dibujaba ya sobre nuestra izquierda; su línea, de un verde sombrío, se desprende y destaca sobre un cielo de un azul subido, atelarañado con los vapores cálidos parecidos á los que salen de la boca de un horno. Sus costados escabrosos están sembrados de una vegetacion fuerte y vigorosa. Por todos lados hay una capa forrada de arbustos dominados acá y allá por las cabezas elevadas de los robles; manchas pardas, cortadas naturalmente en formas estrañas y colosales, atraviesan de tiempo en tiempo esta capa de verdura, reflejando juntamente los rayos del sol. Esta es la perspectiva que teniamos á perder de vista sobre nuestra izquierda, á nuestros pies los valles por donde caminábamos bajaban en pendiente suave, y comenzaban á estenderse por la hermosa llanura de Kaipha. Trepamos por los últimos conos de tierra que nos separaban de ella, y no la perdimos de vista sino para descubrirla de nuevo. Estos montones de tierra entre la Palestina y la Siria marítima, son unos parajes los mas dulces y al mismo tiempo mas solemnes que habíamos contemplado en todo el viage. Aquí y allí los bosques de robles abandonados á su vegetacion silvestre forman claros estensos cubiertos de una alfombra tan aterciopelada como en nuestros prados de occidente; por detrás, la cima del Tabor se eleva como un magestuoso altar coronado de verdes guirnaldas en un cielo de fuego; mas allá la cima azulada de los montes de Gelboë y de las colinas de Samaria se destacan trémulas en el vago horizonte. El Carmelo corre su cortina con grandes pliegues sobre uno de los lados de la escena, y las miradas, al seguirla, llegan hasta el mar que lo termina todo, como un cielo en último término de un hermoso cuadro de paisage.

«Fuimos sorprendidos en medio del dia por una tormenta; nunca he visto otra mas terrible; las nubes se elevaron perpendicularmente como torres por cima del monte Carmelo; poco despues cubrieron toda la larga cresta de esta cadena de montañas, las que poco antes tan serenas y brillantes, fueron poco á poco sumergidas en olas arrolladas de tinieblas, que surcaban acá y allá por regueros de fuego. En pocos momentos el horizonte se rebajó, estrechándose sobre nosotros, no se oian truenos, sino un especie de redoble magestuoso, continuo y atronador, como el ruido de las olas sobre las costas durante una borrasca. Los relámpagos serpenteaban verdaderamente como torrentes de fuego en el cielo por cima de las negras faldas del Carmelo; los robles de las montañas y de las colinas por donde caminábamos todavia, se doblaban como si fuesen cañas; nos hubiera arrebatado el viento que salia de las gargantas y de las cabernas, á no habernos apeado de nuestros caballos, y si no hubiésemos encontrado un abrigo detrás de una alta peña, en el cauce seco de un torrente. Las hojas secas de los árboles arrebatadas por el uracan caian arremolinadas sobre nuestras cabezas. Acordeme entonces de la Biblia y de los prodigios de Elias, del profeta esterminador sobre el monte, y cuya gruta no estaba de allí muy lejos.

«La tormenta no duró mas de media hora, bebimos el agua llovediza que habia caido en las mantas de fieltro de nuestros caballos. Descansamos algunos momentos en la mitad del camino de Nazareth á Kaipha, y volvimos á ponernos en marcha siguiendo por la falda del monte Carmelo, la montaña que estaba á nuestra izquierda, y una vasta llanura con un rio á la derecha. El Carmelo que ibamos costeando de esta manera por espacio de cuatro horas de camino, nos presentó por todas partes el mismo aspecto severo y solemne, parecido á un muro gigantesco casi cortado á pico, y revestido por todas partes de una capa de arbustos y de yerbas olorosas; en ninguna parte se le ve despojado; algunos fragmentos desprendidos de lo alto han rodado hasta el llano como ciudadelas, que allí ha puesto la naturaleza para que sirvan de defensa y abrigo á las aldeas de los labriegos árabes. A las siete de la tarde ya nos ibamos acercando á Kaipha cuyas cúpulas, minaretes y blancas murallas forman, como en todas las ciudades del oriente, una vista alegre y brillante á cierta distancia. Kaipha se eleva al pie del Carmelo en una playa de blanca arena en las orillas del mar. Esta ciudad forma la estremidad de un arco cuya otra estremidad la forma San Juan de Acre. Un golfo de dos leguas de ancho las separa: este golfo es la playa mas deliciosa que han visto ojos de navegantes· San Juan de Acre con sus fortificaciones guarnecidas y como endentadas por los cañones de Ibrahim Bajá y de Napoleon, con la cúpula calada de su hermosa mezquita desplomada, con el sin número de velas que están continuamente entrando y saliendo de su puerto, llama la atencion so-

bre uno de los puntos mas importantes que se han ilustrado por la guerra: al fondo del golfo vése una vasta llanura cultivada; el monte Carmelo proyectando su gran sombra sobre ella; y mas allá á Kaipha como una hermana de San Juan de Acre, abrazando el otro lado del golfo, y adelantándose en el mar con su pequeño muelle, donde se balancean algunos bricks árabes; por cima de Kaipha, una selva de olivos corpulentos, y mas arriba todavía, un camino abierto en la peña y lindando con el vértice del cabo del Carmelo.

«El monte Carmelo empieza á elevase á algunos minutos de camino de Kaipha, le trepamos por camino bastante hermoso, cortado tambien en la peña sobre la punta misma del cabo; cada paso que dábamos nos descubria un nuevo horizonte sobre el mar, sobre las colinas de la Palestina, y sobre las playas de Idumea. En la mitad del camino encontramos á un padre del Carmelo, que hace mas de cuarenta años que habita una casita que sirve de hospicio á los pobres de la ciudad de Kaipha, el cual sube y baja dos veces al dia la montaña para ir á orar por sus hermanos. Llamónos la atencion la dulce espresion de serenidad que reina en su alma y la alegría de corazon que brillaba en todas sus facciones venerables. Esta espresion de dicha tan apasible é inalterable no se encuentra mas que en hombres de vida sencilla, laboriosa, y entregada á generosas resoluciones.

«A la puerta del hermoso monasterio que se levanta hoy dia, nuevamente reedificado desde sus cimientos, y deslumbrando con su blancura, nos esperaban ya dos religiosos que eran unos habitantes de este vasto y magnífico retiro de cenobitas; fuimos recibidos por ellos como compatricios y amigos. Pusieron á nuestra disposicion tres celdas, provistas cada una de cama, mueble raro y nada usado en oriente, un silla y una mesa, y nuestros árabes se situaron con nuestras caballerías y equipages en los grandes patios interiores del monasterio. Diéronnos de cenar pescado fresco y legumbres cultivadas entre las peñas de aquellas montañas. Pasamos una velada deliciosa, despues de tantas fatigas, sentados en los anchos balcones que dominan el mar y las cavernas de los profetas. Una luna serena vagaba dulcemente sobre las olas, cuyo murmullo y frescura llegaba hasta donde nosotros estábamos. Determinamos quedarnos allí todo el dia siguiente para dar algun descanso á nuestros caballos y hacernos de provisiones; íbamos á entrar en una tierra enteramente nueva y desconocida para nosotros, donde no encontrariamos ya ni ciudades ni aldeas, y raras veces manantiales de agua dulce: veia-



Gruta de Elias.

mos cinco jornadas de desiertos estenderse delante de nosotros. ....

.....

«Dia de reposo, pasado en el monasterio del monte Carmelo, y ocupado en recorrer los puntos mas interesantes de la montaña y las grutas de Elias y los demas profetas que las habitaron. La principal de estas grutas, evidentemente tallada por la mano del hombre en la roca mas dura, es una sala de una prodigiosa elevacion; no tiene mas vistas que la del mar sin límites, y no se oyen en ella mas que el ruido de las olas que se estrellan continuamente contra la arista del cabo. Cuentan las tradiciones que aquella era la escuela donde Elias enseñaba la ciencia de los misterios y de las sublimes poesias. No podia haberse escogido sitio mas á propósito, yla voz del anciano profeta, señor de una innumerable generacion de profetas, habia de resonar magestuosamente en el socavado seno de la montaña que surcaba con tantos prodigios, y á la cual iba á dejar su nombre! La historia de Elias es una de las mas maravillosas de la antigüedad sagrada; Elias es el gigante de los bardos sagrados.»

V. O.

UN DUELO.

«*Cárlos Melville á Eduardo Verinillier.*



aro amigo, creo estar en Paris el 25, y tener el gusto de apretarte fuertemente la mano. Adolfo no me acompañará; se queda en Baele, cerca de mi linda prometida Eugenia Duval, encargada de mi felicidad. Me ha sido necesario hacer un gran esfuerzo, y consideraciones bien poderosas para decidirme á emprender este viaje y á esta separacion por corta que sea. Tú recuerdas sin duda que huérfanos desde la edad de ocho años, mi hermano y yo, fuimos recojidos por mi tia que fue para nosotros una verdadera madre, nos prodigó los mas afectuosos, tiernos y constantes cuidados. Su piadosa solicitud, no ha sido jamás desmentida, y cuando obligada por intereses superiores, se vió en la necesidad de establecerse en Paris, mientras nosotros corriamos el mundo en todo sentido buscando inspiraciones, ella, tanto de cerca como de lejos, ha velado sobre nosotros sosteniéndonos con sus consejos y elogios, enorgulleciéndose de algunos sucesos favorables que obteniamos en la pintura... Para tan tierno amor la indiferencia ó el olvido, hubiese sido mas que una mala accion; por esto no he querido contraer este himeneo, del que depende todo mi porvenir, sin ir á pedir á mi segunda madre su consentimiento, que será muy feliz en acordarme.

«Tú no conocias aun á Eugenia Duval, dos palabras me bastarán para pintártela. Por su belleza es una señorita interesante, por su corazon un ángel. No es solo amor lo que siento por ella; es delirio, idolatria. Y sin embargo, si fuese necesario dejarte ver hasta el fondo de mi conciencia y pensamiento, te lo manifestaria; tiemblo de contraer esta union que llena todos mis votos, porque la voz de mi corazon me dice que no soy yo el único que ama á Eugenia... Mi hermano la ama tambien, y por una sublime abne-

gacion, afecta cerca de ella tranquilidad é indiferencia... Mi frente se cubre de sudor trazando estas líneas; mi mano tiembla, mis ojos se nublan. Qué ¡para conseguir la felicidad, debo herir las afecciones en que la habia cifrado hasta hoy! Y en efecto, cómo no habia de sentir Adolfo, la misma pasion que á mí me consume? Jemelos de nacimiento, no hemos tenido siempre los mismos sentimientos y pensamientos? La semejanza de nuestras fisonomias, no la ha puesto tambien Dios en nuestros corazones... Yo he sorprendido á Adolfo llorando en la soledad, le he visto palidecer al escuchar nuestras palabras de amor. Oh! dime que me engañó, pruébame que soy víctima de una terrible ilusion, inspirame la fuerza de no sondear este misterio; porque, lo siento, la abnegacion y generosidad me es imposible y disputaria á Eugenia al mismo Dios!

«Cárlos Melville."

Eduardo Vernillier leyó esta carta con la mas viva emocion, pues estaba sínceramente ligado á los dos hermanos, y examinando la estraordiuaria armonía, el acorde maravilloso, que la naturaleza habia establecido entre ellos, estaba inclinadísimo á creer en la realidad de la desgracia que Cárlos le señalaba.

El envio de esta carta no precedió sino tres dias á la llegada del que la escribió. Este era un jóven de 25 años, bello y elegante; su frente denotaba sus brillantes facultades, y en sus ojos negros que espresaban, ya un caimiento melancólico, ya una impetuosa vivacidad, se veia un alma sensible y apasionada.

Los dos jóvenes se abrazaron estrechamente, y se entregaron á esa conversacion inhumana que no oculta pensamientos ni secretos.

Eduardo Vernillier pocas cosas tenia que contar á su amigo, su vida estaba exenta de esos tormentos del corazon que tienen el solo privilegio de sublevarlo profundamente. No sucedia lo mismo á Cárlos Melville: todos sus pensamientos, sus ambiciones, sus esperanzas, las habia colocado en la posesion de la señorita Eugenia Duval!

Dotada de una educacion perfecta, de una figura encantadora, y de un carácter lleno de sensibilidad, Eugenia era verdaderamente una muger completa. Su padre, despues de una carrera laboriosa en la medicina, se habia retirado á disfrutar en la linda y pequeña villa de Bade, de la fortuna que sus talentos le habian proporcionado. Lejos de impedir la inclinacion que Eugenia sentia por Cárlos Melville, M. Duval habia protejido sus amores; pues todo se reunia para hacer esta union posible y honrable; las conveniencias de posicion, de edades y sentimientos.

Entre los dos hermanos, Eugenia dió la preferencia á Cárlos Melville, no porque hiciese entre estos una distincion, que era verdaderamente imposible de establecer, sino porque Cárlos mas espansivo, se habia atrevido el primero á apretarle la mano, y á elegirla por dueña de su destino.

Mas valiente, ó mas tímido Adolfo, se habia contentado con sufrir y amar; dichoso de aceptar el papel del dolor en un drama en que su hermano desempeñaba el de la felicidad.

Se ve pues que Cárlos habia conocido, aunque vagamente, estos heróicos sufrimientos; en vísperas de unirse á Eugenia, se espantaba del golpe que iba á asestar contra Adolfo; él contó pues sus tormentos á Eduardo, y este procuró tranquilizarlo diciéndole, que á pesar de la admirable semejanza que le unia á su hermano, nada habia que pudiese obligarlos á creer que debiesen tener inevitablemente las mismas afecciones. El deseo obra con tanta facilidad sobre el corazon para persuadirlo!

Estas palabras hicieron desaparecer por un momento la melancolía de Cárlos Melville, y convinieron que el dia terminase yendo á la ópera. Fueron en efecto allí, y no consiguieron sino con mucha dificultad dos lunetas en la orquesta. Pero, que hilo fragil y misterioso está unido á la existencia humana! Al volver al teatro despues de un intermedio Cárlos Melville, se apercibió que su asiento estaba ocupado, se acercó á la persona que se habia apoderado de él, y con mucha política le advirtió que habia sufrido una equivocacion, por lo que le suplicaba le cediese este lugar, desde que él tuviese el suyo, y de entregarle sus guantes que debian hallarse allí.

La persona á quien se dirijian estas observaciones, tenia una figura altiva y sombría. Sus espesos vigotes cenicientos, la corbata negra que rodeaba su cuello con una rijidez escesivamente militar, su redingote estrechamente abotonado, su cinta colorada, su andar imperioso y decidido no de-

jaban duda alguna sobre su profesion.

Oyendo las palabras de Cárlos, volvió la cabeza, arqueó lijeramente las cejas y le arrojó, sin responderle, una mirada desdeñosa y provocativa.

—Ese asiento es mio, señor, dijo Cárlos, con una voz alterada por la cólera... Quereis hacerme la gracia de dispensarme de exijirla?

—Es vuestro... qué importa, yo lo guardo?

—Tendreis á bien que lo recupere, replicó Cárlos Melville, agarrando por el cuello al desconocido.

- Mas en este mismo momento, la mano de este último cayó sobre su cara.

—Una cita fue resuelta sin gritos ni amenazas; solamente á la conclusion del espectáculo, el desconocido pasando por delante de Cárlos lo contempló fijamente, y le dijo observando el efecto que sus palabras producian.

—Hasta mañana, señor, yo soy el general D.***

Este nombre, Cárlos lo conocia como todo el mundo; porque el que lo llevaba habia adquirido en Francia, en Paris sobre todo, una terrible celebridad. Nadie ignoraba en efecto que, gracias á una destreza mortífera, secundada siempre por la suerte, todos los desgraciados que se habian parado delante de este hombre como adversarios, habian sido sus víctimas.

Cualquiera que sea la fuerza de alma de que uno esté dotado, son bien crueles los instantes que preceden á un duelo: porque entonces los diversos lazos que nos ligan al mundo, se cierran estrechamente al derredor nuestro. Cárlos pasó la noche entera en escribir y pensar, mas de una pena y de un recuerdo quizas vinieron á hacer titubear su valor. El dia amaneció, la prueba estaba terminada, y el divorcio cumplido. El hombre se encontró dueño de si mismo.

Juzgando que la injuria recibida por Cárlos Melville, hacia imposible toda conciliacion, Eduardo Vernillier se limitó al papel de testigo sin ensayar el de pacificador. No ignoraba tampoco que Cárlos era uno de aquellos hombres que unen la ciencia á la firmeza; que se batia, y sabia batirse. No descuidó ninguna de las precauciones que le imponia la mision que habia aceptado, arregló las condiciones del combate, de acuerdo con los testigos del general, y se convino que este tendria lugar en el bosque de Vincennes, cerca de la Villa de Saint-Mandé; que los adversarios se colocarian á veinte pasos de distancia uno de otro, y en fin que la suerte decidiria cual de los dos tendria el derecho de tirar el primero.

Cárlos, antes de partir para el lugar de la cita, remitió á Eduardo una carta, suplicándole que en el caso que esta lucha tuviese un resultado fatal para él, la llevase á su hermano Adolfo Melville.

Tú le dirás que su nombre y el de Eugenia, han espirado en mis labios con mi vida.

Eduardo apretó vivamente la mano de su amigo, en señal de promesa.

—Gracias, dijo Cárlos, con una sonrisa dulce y melancólica.

Despues de esto, partió acompañado de sus testigos. El general, que los esperaba ya en el terreno señalado, se dirigió á Cárlos, así que lo percibió, le saludó con una fria política, y siguió fumando, con tanta impasibilidad como si fuera completamente estraño á la escena sangrienta que se preparaba.

Una pieza de cinco francos fue arrojada al aire, y la suerte favoreció á Cárlor Melville. Seguro de su destreza, comprendió desde luego que su adversario estaba perdido; pero cuando se vió dueño de la existencia del hombre que tan cruelmente le habia ofendido, su resentimiento se estinguió: se horrorizó de llevar la muerte á donde Dios habia puesto la vida: se preguntó quizas si osaria conducir á Eugenia al altar con la mano que acababa de cometer una muerte, y estendió el brazo, diciendo:

—General... á la copa de vuestro sombrero!

La bala silvó y llevó el objeto indicado.

Mr. D.**** no hizo ningun movimiento de terror, de sorpresa ó gratitud: su continente permaneció amenazador, su mirada inmóvil, su lábio irónico.

—Erais hábil, le dijo friamente.... á vos ahora, señor, el quinta boton de la izquierda.

El tiro salió y Cárlos cayó: la bala le habia atravesado el corazon.

—Este es un asesinato, un crímen odioso! esclamó Eduardo Vernillier, pálido de dolor é indignacion.

Para qué tanta camorra, jóven, dijo Mr. D.*** con una voz helada: cada uno usa

inocente de la muerte de la jóven Teresa, y que no obstante, lamia dulcemente su cara inmóvil que brillaba cual fragante rosa enmedio del verdoso follage; despues trasportamos á la mansion su cadáver desfigurado.

Pasaré por alto el sentimiento que infundió en los negros y criados indios. Pero sí diré cuan admirable fue la resignacion que mostraron en casa de D. Garcias al primer momento de impresion. El anciano hizo depositar los restos de su hija adoptiva en una pequeña ermita, y volvió en seguida á la Mision. La tormenta duraba aun, y dió órdenes para que prestasen pronto socorro, caso que la mansion fuese incendiada por el rayo, ó que el lago saliese de madre si continuaba tan fuerte la lluvia; pero estas previsiones fueron inútiles. A las cuatro de la mañana, el rayo, satisfecho en la jóven víctima que cogiera en el bosque, detuvo el curso de sus desastres. Una brisa fresca y suave recorria la atmósfera, y despues de una ligera lluvia, asomó el rubio Febo en el oriente, con su carro de oro y rubíes anunciando un dia sereno Unicamente Teresa no existia; pero sin duda su alma descansaba ya entre los bienaventurados.

A las nueve, la campana de la ermita anunciaba con sus tristes tañidos el entierro de Teresa, y sus despojos mortales fueron enterrados por las mugeres de su nacion. Una de las indias cantó un recitado melancólico, y sus compañeras lo repetian en coro; el aire era monótono; el lenguage ininteligible para mí; pero por las pantomimas espresivas que acompañaban á este canto fúnebre, interpretaba el sentimiento con elocuencia. Siguiendo el uso inmemorial de estas tribus, uso que encontré tambien en las escabrosas montañas de la América del Norte, así como en los bosques situados entre el Orinoco y el rio de las Amazonas, cada una de estas mugeres arroja en la huesa algunos objetos preciosos, cuyo sacrificio lo hacen en señal de dolor y sentimiento.

En esta lúgubre ceremonia no sabia qué me causaba mayor impresion, si el dolor general de los indios, ó la dignidad con que allí presidia D. Garcias. Pero otra circunstancia nos arrancó nuevas lágrimas: detras del ataud de Teresa vimos á su corzo favorito que seguia al fúnebre cortejo. Este pobre animal vió con inquietud descender su jóven ama á la huesa, y luego que la cubrió la tierra, dió un doloroso bramido y corrió hácia el bosque.

«..... Ocho dias despues, dijo concluyendo el abate M.*, cuando abandoné la Mision de San Francisco, rezaban sobre una tumba, donde D. Garcias habia trazado sobre una sencilla cruz el nombre de Teresa, apellidada cristiana de la pobre Myhanbak.

M. M.



ARQUITECTURA CIVIL.

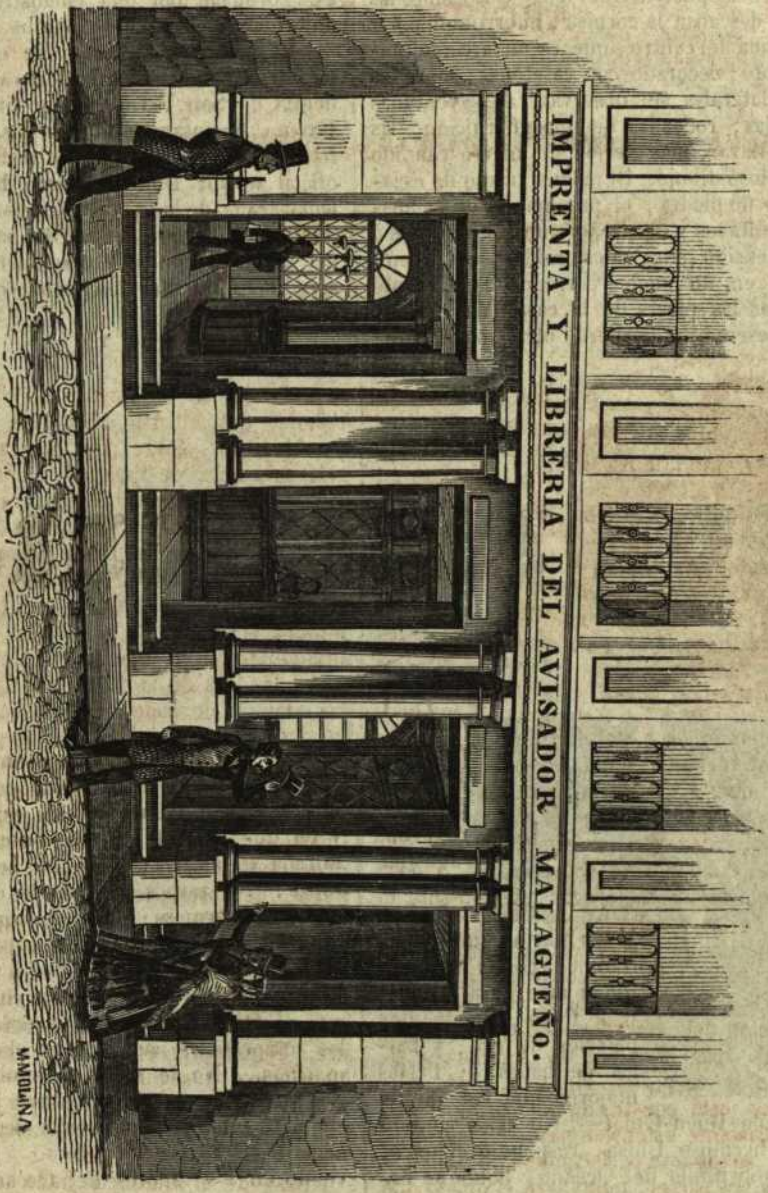
NUEVA CASA CONSTRUIDA PARA LA IMPRENTA Y OFICINAS DEL

AVISADOR MALAGUEÑO.



No hay duda que de algunos años á esta parte, va introduciéndose en esta ciudad el buen gusto, tanto en la construccion de nuevas casas como en la reforma de las antiguas. Muchas pudieran citarse que por sus buenas proporciones y por su decoracion, merecen una recomendacion especial; pero esto seria demasiado difuso para nuestro objeto: baste decir que se va desterrando el mal gusto, y que aun cuando todavia se observa tal cual edificio sobrecargado ó poco simétrico, se ha mejorado notablemente lo general de las construcciones. Mas, aunque prescindiendo de hacer el exámen de los edificios recientemente construidos, haremos una ligera reseña del de la casa-imprenta y redaccion del *Avisador Malagueño*, propia de D. José Martinez de Aguilar, y situada en la calle del Marques. Este edificio que está construido en un perimetro de bastante estension pero de figura irregular, se observa perfectamente distribuido en todas sus partes, tanto para el objeto que se propuso el propietario al destinarlo para su casa-habitacion, como para la imprenta y demas oficinas que contiene. La decoracion de su fachada es sencilla y elegante; consiste en un basamento dividido en zócalos de dos hiladas de silleria lisa de jaspon blanco, sobre los cuales se elevan seis columnas de marmol blanco pareadas y aisladas, notándose en los muros la indicacion de la silleria y arquidientes de los bonos, sobre los cuales hay targetones para entretener los lisos que en ellos resultan: en los estremos hay dos pilastras que como las columnas sustentan el alquitrabe, y en cada uno de los intercolumnios, una puerta, de las que, las tres de la izquierda dan entrada á las oficinas de redaccion y libreria, y la de la derecha sirve de ingreso al patio, escaleras y demas departamentos: sobre este cuerpo descansa el entresuelo, con balcones antepechados de bonito dibujo, y perpendiculares á las columnas hay unos recuadros resaltados, concluyendo con una imposta que corona este piso. El cuerpo que se eleva sobre la imposta comprende toda la altura del edificio, y está decorado con cinco pilastras resaltadas de órden toscano distribuidas en el lienzo de la fachada, con su correspondiente cornisa y sotabanco de piedra. Este cuerpo está dividido en dos pisos, el principal y segundo, cada uno con cuatro balcones volados sobre repisas de jaspon blanco, teniendo dos miradores ó cierros de cristales en el piso principal.

Pasando al interior se halla la escalera en el centro del edificio: la decoracion de su entrada es sencilla y bien adecuada á su posicion y dimensiones. A derecha é izquierda de su arranque hay dos vanos, que el uno da en-



Primer cuerpo de la casa-imprenta del Avisador Malagueño.

trada á varias oficinas de la imprenta y al patio segundo, y el otro está destinado para almacen; á ambos lados se encuentran dos pilastras resaltadas y estriadas, formados sus capiteles de ojas de acanto; en los estremos dos medias pilastras de igual clase sobre las cuales descansa la cornisa, interrumpida por la entrada del centro, que es un arco de medio punto, decorado con casetones; sobre los vanos laterales se observan dos ventanas apaisadas, rodeadas de una guarnicion, las cuales llevan unas verjas de hierro fundido de gracioso dibujo. El primer tramo de escalera es de piedra; el pasamano, de balaustres abultados y de proporciones adecuadas á su dimension, gira en espiral hasta su desembarque en un ancho corredor equidistante de todas las piezas de la casa. Ya en este piso presenta la escalera otra decoracion: á la altura de los antepechos de la balaustrada, y sobre dos pedestales, descansan cuatro columnas de mármol blanco, pareadas, de las cuales arrancan cuatro arcos de medio punto; sobre estos se halla la cornisa, que está coronada por una balaustrada igual á la anterior, haciendo el todo muy buen efecto.

La planta y direccion de esta obra ha estado á cargo del arquitecto por la Academia de San Fernando, y titular de este Excmo. Ayuntamiento Don José Trigueros; hallándose al frente de los trabajos, como oficial mayor Don Francisco Requena. La balaustrada de la escalera, asi como una linda puerta gótica que separa la sala principal del gabinete han sido desempeñadas por el acreditado maestro de ebanisteria Don Francisco Gallegos.

POR IR A PARIS.



¡Quiero ir á París! decia llorosa una aldeana de Bretaña á un jóven marino que la contemplaba con la mas profunda amargura. Quiero ir á París, donde hay palacios de oro, y bailes de hadas, y fiestas mejores que las de la Virgen de Buen-Guia.—¿No estás contenta, mi hermosa Luisa, respondió el jóven, con el murmullo del Océano, donde se escuchan las plegarias de los marinos, y donde tu padre hizo resonar el último gemido de su agonia? ¿Has olvidado acaso, pobre niña, aquellas noches de luna, en que cogida de mi mano vagabas conmigo por la ribera del mar, jugueteando con las olas que venian á besar sumisas nuestros pies, y en que inocente todavia buscabas en mi mirada tu alegria, y en mi beso tu esperanza? No zarpes áncora de estas aguas, huérfana hermosa; pues como pequeño bote no podrás resistir la pleamar que tienes que atravesar entre los escollos y canales de París. Me han dicho que esa ciudad es peor que el Océano atlántico, cuando Dios envia las tempestades para probar el valor de los marinos... No te hagas á la vela por Dios. —Yo soy hermosa..... replicó Luisa.—Sí, como la luna en una noche de calma.—Y brillaré en París.—Sí, como el faro envuelto en los vapores del Océano en una noche de averías.—Y seré rica y poderosa. —Tambien navega por las soledades del mar orgulloso un bergantin de alta arboladura; una brisa suave, como el aliento de un

niño; hincha sus velas, y le hace deslizar sobre la olas, como una paviota. Lleva flotante en el tope la altiva bandera de Francia, y mecido, como si el mar fuera una cuna, se lanza por esas soledades, dominando al viento, para cruzar de un mar á otro, de un polo á otro. Pero Dios desata entonces los huracanes que obedecen su voz: ¡pobre bergantin! el primer aliento de la tempestad rompe su arboladura; gime el infeliz, como una niña lejos de su madre, y arrebatado cual si fuera una caña, se va á pique, y desaparece su equipage, para dormir su último cuarto en el fondo del mar.—Pues bien, el bergantin hará este viage y no perecerá.—¿Y mi amor? ¿y la estrella que guia mi rumbo?—Se eclipsa, amigo mio..... á Dios, á Dios. Quédate con tus montañas y tus rocas, con tu cielo y con tu Océano.—No, no, que vas á naufragar.....

Luisa habia desaparecido: Luisa llegó á París, á esa ciudad babilónica, donde el placer y el vicio, la virtud y el crímen, el saber y la ignorancia tienen tantas formas, tantos atractivos, tanta seduccion. Aquella misma noche vió palacios iluminados, coches magníficos, y oyó voces dulces que halagaron sus oidos de una manera que le era grata, porque la eran desconocidas: aquella noche no pudo dormir. Al dia siguiente se dirigió á la elegante casa de un jóven á quien conoció en su niñez: le habló, y cuando le presentó las flores de la Bretaña, el jóven creyó ver una hada, una musa, una sílfide. Cuando Luisa salió de aquella magnífica estancia ya no respiraba con alegria: llevaba los ojos bajos, las megillas pálidas, y no miraba los coches, ni los palacios, ni hacia caso de las voces agradables que zumbaban otra vez en sus oidos. El bergantin comenzaba á correr la tempestad. Aquel dia permaneció Luisa abatida, encerrada en su cuarto; cualquiera diria que la vergüenza habia cerrado sus ojos, y oprimido su corazon. Ya estaba sola; París no era ya bello, los palacios de oro no ofrecian encanto; los bailes de las hadas se habian concluido. Pero una muger de suntuoso trage la hizo creer que era la protectora de las huérfanas y de las jóvenes estrangeras, y Luisa abrió el corazon á la esperanza, siguió á la muger, y se dijo para sí: Mi falta no tiene remedio. ¿Cómo me presento otra vez á las jóvenes de mi aldea? Adelante, adelante.—Y la pobre desgraciada suspiró sin embargo. Pero aquel suspiro no se repitió. Pocos dias despues la vió el jóven, á quien habia visitado, cubierta con magnífico trage ocupando los blandos almohadones de un coche: el jóven se sonrió y pasó adelante. Luisa era rica, adorada, y no resonaban ya en su oido los bramidos del Océano ni el rugido de la tempestad; Luisa era feliz.

Pasados eran, sin embargo, algunos años cuando el marino se dirigió tambien á París, para recibir el premio de sus servicios; su valor habia sido aplaudido. Un dia paseaba por las inmediaciones de un hospicio y creyó oir una voz que le recordó otros dias, otras ocupaciones y otros placeres. Aquella voz era la de Luisa: ¡ah! el bergantin habia naufragado. El marino no la podia reconocer; pero cuando una muger enferma, le dijo: Dios ha desatado los huracanes que obedecen á su voz; y el pobre bergantin se ha ido á fondo al primer aliento de la tempestad ¡el bravo marino lloró; y lloró porque reconoció á Luisa! Era una flor agostada, era una luz moribunda; era la luna velada por las nubes de una noche de invierno. ¿París era todavia brillante y seductor para aquella alma dolorida? No; porque la vida es risueña para la inocencia; pálida para el arrepentimiento. Luisa volvió á la aldea: el marino no olvidó hasta su muerte enviarla abundantes recursos para que prolongase sus dias. Pero no se veian; porque Luisa no podia sufrir sin tormentos la mirada de su antiguo amante; y el jóven no gozaba delante de ella la tranquilidad, que los combates, ni el furor de los elementos bastaban para turbar. Las aldeanas solo visitaron á Luisa, cuando murió; y aun arrojaron flores sobre su sepulcro; porque Luisa habia muerto cristianamente.

E. F.

BIOGRAFIA DE JUAN WOLFGANG GOETHE.

El 28 de Agosto de 1749 nació en Francfort este célebre poeta, y en dicha ciudad pasó sus primeros años dedicado al estudio de la jurisprudencia, bajo la direccion de su padre, que era á la sazon uno de los mas distinguidos jurisconsultos de Alemania. A la edad de 14 años abandonó su pueblo natal, y pasó á continuar sus estudios en las universidades de Leipsick, Strasbourgo y Wetzlar; pero ni el bullicio de estas ciudades pudo hacerle olvidar su patria querida, ni el estudio del Digesto podia reemplazar en su corazon al culto que profesaba por las letras y las artes.

La mitad del siglo XVIII iba ya trascurrida y aun no podian los alemanes vanagloriarse de poseer una literatura propia y nacional: habian visto, es cierto, los triunfos de Gessner, podian citar con orgullo los nombres de *Wieland* y de *Klopstock*, pero las obras del uno eran un remedo de la antigua literatura francesa, y el otro no habia hecho mas que imitar á los grandes poetas de Inglaterra.

Entre los grandes obstáculos que se oponian al completo desarrollo de la literatura alemana, señala *Schiller* como el primero la fatal influencia del Rey Federico. «La poesia, dice, desdeñada por el primero de los hijos de la patria, se alejó de un trono que no la protegia: deseosa, empero, de deberse á sí misma su futura gloria, el canto de los bardos de la Germania resonó sobre la cúspide de las montañas; y se precipitó despues como un torrente sobre los valles y los pueblos. El poeta independiente no reconoció mas ley que las impresiones de su alma, ni mas soberano que su genio.»

Aun cuando las obras de *Lessing* sean dignas del mayor elogio, y procurase inculcar en ellas á sus compatriotas la necesidad de sacudir el yugo literario que otras naciones le imponian, la gloria de realizar tan colosal empresa estuvo reservada para Goëthe.

Conociendo que su decidida aficion á las bellas letras le impedian dedicarse á otra carrera, regresó á Francfort y allí compuso y publicó sus primeras obras. La novela titulada *Werter* fue sobre todo la que acabó de poner el sello á su reputacion colosal, coincidiendo con su publicacion la favorable circunstancia de hallarse á la sazon en Francfort el príncipe de Sajonia-Weimar, cuyo primer cuidado, al tomar las riendas del gobierno en 1776, fue llamar á su lado al ilustre literato, de cuya persona y talento habia quedado prendado. En Weimar, pues, vivió Goëthe durante cincuenta años, cercado de gloria, visitado por los estrangeros, colmado de honores, y empleando en favor de las letras, las ciencias y las artes, el inmenso favor que le dispensaba el soberano.

A escepcion de Voltaire, ningun escritor ha conseguido una existencia tan brillante, ni sido objeto de tantas distinciones y admiracion. El entusiasmo de los alemanes por todo lo que escribia era casi supersticioso, y segun madama Staël «aun en el simple sobreescrito de una carta creian reconocer el talento de su poeta favorito.» Napoleon, que no se admiraba fácilmente de nada ni de nadie, tuvo con Goëthe una

larga y animada conferencia durante su estancia en Esfurth en 1808, y al terminarse desató de un ojal de su levita la cruz de la legion de honor y la colocó sobre el pecho del poeta.

El 23 de Octubre de 1844 se verificó en Francfort la inauguracion de la estatua de Goethe. Todas las ciudades alemanas enviaron sus respectivas diputaciones y el íntimo amigo del poeta, el canciller Müller, fue espresamente desde Weimar para asistir á la ceremonia, aumentando con su presencia el entusiasmo de la multitud.

La estatua, debida al cincel de Schwanthaler, ha sido universalmente admirada, tanto por su nobleza y sencillez, cuanto por la originalidad que la distingue. Su pedestal se halla adornado con cuatro bajos-relieves, que son otras tantas alegorías en que figuran los personages de las principales obras que produjo su fecundo ingenio en los diversos géneros de la *Epopeya*, la *Tragedia*, la *Poesía lírica* y el *Poema pastoral*.

« *El* 28 *de Agosto de* 1749 *nació en esta casa Juan Wolfgang Goëthe.*"

Tal era la inscripcion que en letras de oro, sobre una plancha de mármol, se leia al dia siguiente en la fachada de la habitacion en que vino al mundo el gefe y fundador de la literatura alemana.

R. de C.

EL HABITO HACE AL MONGE.



Erase un mozo de larga y perfumada cabellera, metido en ondulosa corbata, prensado por un elegante chaleco, y cabalgando sobre botas charoladas, con todo el aire de un vencedor ó de un opulento bolsista. Manejaba un grueso baston con puño dorado, y recorria estirado y ligero como el gas los anchos andenes de los boulevards de París. Llamábase á sí mismo el vizconde Roger de Cancale, y se preciaba de ser un tipo de la elegancia, y el mas estricto observador de la moda. Al ver su aire de importancia y la flexibilidad de su vaporoso talle, cualquiera le hubiese creido un secretario de embajada, ó un jóven miembro de la cámara alta, ó bajando algunos grados, le tendriais por un personage intermedio entre un agente de bolsa y un rico artesano. Así por lo menos le juzgaban las gentes al pasar por su lado, sin que ninguno le conociera; porque su posicion social era para todos un profundo misterio, y pocos hubieran podido asegurar en qué latitud del mundo parisiense habia fijado su luminosa morada. No faltó quien quisiera mas de una vez sondear su verdadera existencia; pero el vizconde parecia esquivar siempre este recuerdo que le producia la mas desagradable sensacion. Solo en algunos momentos de espansion dejaba deslizar algunas frases aisladas, queriendo indicar que era dueño de hermosas propiedades, cuyo producto le bastaba para mantener su fastuosa existencia. Verdad es que ninguno habia conseguido respirar la brisa de la primavera á la som-

bra de sus bosques; porque tampoco se habia dignado indicar el vizconde el punto preciso, ni el nombre de sus posesiones. Alguna vez decia que se hallaban situadas en Normandía; otras que en una comarca del Mediodia de la Francia entre los restos de los antiguos provenzales. Como quiera que sea, su porte le presentaba como un millonario mecido por todas las felicidades de este pícaro mundo. Sin embargo, este jóven elegante, rizado, perfumado, apretado y aéreo no era mas que un escribiente de registros, cuyo sueldo anual no escedia de mil doscientos francos; pero deseoso de brillar, de dejarse ver, de querer presentarse como una notabilidad, como una especialidad y un hombre de gran sociedad, formó el siguiente plan, conocido, adoptado, reformado y admitido por otros muchos. Dotado de una insinuacion melosa, de voz perfilada y de un lenguage melífluo, habia sabido introducirse en varias de las principales casas de París, cuyos salones, con rara escepcion, se hallan abiertos casi siempre á esta raza de hombres volátiles, donde no tardó en grangearse por su infinita complacencia la intimidad y la confianza, como el perrito faldero la de su señora. Alguna vez verificaba algun paseo al bosque de Bolonia montado en alazan prestado, y su mirada insinuante y la elasticidad de sus saludos parecia decir á cada uno: He aquí al vizconde de Cancale, al mas elegante jóven de París. El resultado de esta existencia esplendorosa eran las numerosas ocasiones que se le ofrecian para comer á costa agena: era una planta parasita que vivia por su follage. Pero en los dias en que su estómago debia tomar parte en los solaces gastronómicos del pueblo, se encaminaba silenciosamente hácia una de las calles secretas contiguas al Palais Royal y se deslizaba en algun sótano asqueroso, mugriento y nebuloso para hacer un gasto que ascendia á la suma de diez sueldos. En seguida aparecia en los boulevards, paseando por su blanca dentadura el mondadientes, y meciéndose como un junco, á fuer de hombre que acaba de apurar algunas botellas de Champaña: al verle en aquel estado vacilante, decian los transeuntes: he ahí un hombre de los del dia, que pasará tal vez en las orgías mas escandalosas consumiendo en una sola comida la suerte de veinte familias.

En seguida entraba en un estanco, pedia un cigarro de quince céntimos, y al tiempo de pagar sacaba, entre gruesas monedas vulgares, una de oro, cuyo objeto era siempre aparecer y desaparecer para deslumbrar. Llegada la noche, colocábase el vizconde en el peristilo del teatro de la ópera y paseábase con magestad como un hombre que acaba de salirse como fastidiado de la funcion y que espera á sus criados. Concluido el teatro, despues de haberse informado de todos los pormenores ocurridos durante la funcion, se dirigia á alguna elegante tertulia donde, segun costumbre, se le preguntaba inmediatamente:

—¿Cómo tan tarde, amigo mio?

—¡Oh! vengo del palco de la marquesa.

—¿Estaba interesante la Grissi?

—¡Oh! ¡admirable!

—¿Y Lablache?

—¡Oh! ¡admirable!

—¿Y Mário?

—¡Oh! ¡delicioso!

—Con que segun eso venis muy complacido.

—Decid mas bien entusiasmado, sorprendido, galvanizado.

Inútil es advertir que el vizconde frecuentaba las corridas de caballos, y sorprendian sus profundos conocimientos, pues no habia un solo caballo célebre que no conociera por su nombre.

Su trage, empero, era el resultado mas severo de sus análisis económicas: vestia á razon de sesenta francos por pieza, y él era el único que sabia perfectamente los medios de aprovechar la venta de un frac, de un pantalon, de un sombrero, y otras cosas de las que los innumerables calaveras ú hombres-truenos de París suelen desprenderse por haber tronado. Habitaba una bohardilla de cuya ventana se distinguian los techos de la catedral, la fachada del Panteon y los balcones de las Tullerías. A esta morada venia en las altas horas de la noche á concluir el dia para despojarse de su brillante aparato y dejar ver un hombre interior, pero remendado, grasiento y estenuado; y acostarse en lecho mezquino sin una idea en la cabeza, sin mas pensamiento que el de figurar. Vacio de uso y vacio de estómago, era sin embargo un elegante; y como hay tantos vacios como él, podia repetir todos los dias al dormirse: En este mundo el hábito hace al monge.

E. F.

SEMANA SANTA.

FUNCION DEL SANTO SEPULCRO EN LEBRIJA.

La España debe con razon gloriarse de haber recibido la Religion cristiana casi desde el momento en que se consumó la redencion del mundo. ¡Admirable prodigio! Aun se descubrian sobre la cima del Gólgota las gotas de sangre de nuestro divino Redentor; aun vivia la Santísima Virgen; aun predicaba el infatigable San Pablo á los habitantes de Corinto y Tesalónica, y anunciaba por todas partes los misterios y los preceptos de la ley de gracia, y ya la antorcha de la fe habia alumbrado el horizonte hispano, ya nuestro suelo habia sido santificado por la sangre de los mártires. Esta preciosa semilla comenzó á fructificar tan estraordinariamente, que muy poco tiempo despues la España era cristiana, cayendo por tierra las falsas deidades de la gentilidad ante el nuevo estandarte de la Cruz.

Pero la invasion de los bárbaros, las doctrinas que estos introdujeron, y las incesantes guerras posteriores, ofrecieron poderosísimos obstáculos para generalizar y radicar la verdadera religion en toda su pureza; y aunque desde el reynado de Recaredo logró ya una decidida proteccion del gobierno, la funestísima invasion de los árabes sofocó el cristianismo en casi toda la Península, sustituyendo los groseros errores del Alcoran á la sublime y divina moral del Evangelio.

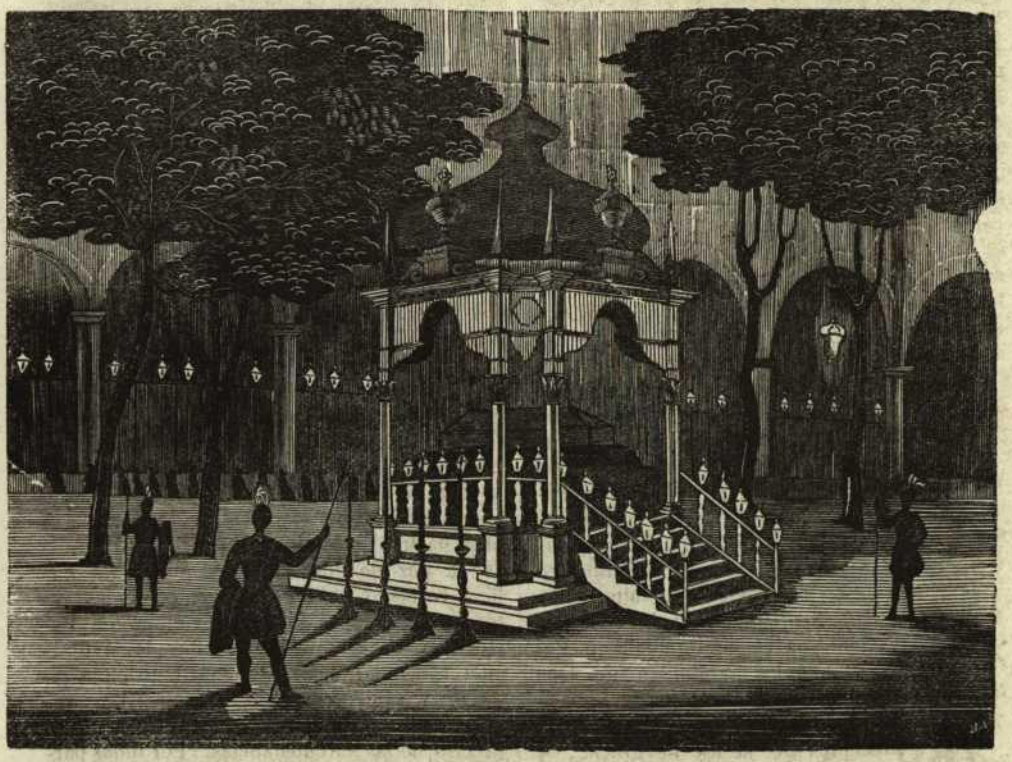
Comenzó entonces una desastrosa y sangrienta guerra de seis siglos, que ofreció á los españoles el glorioso resultado de restaurar su patria, y restablecer en toda ella la religion del Crucificado.

Lanzados los sectarios de Mahoma á la otra parte del Mediterráneo, y asegurada asi la paz de que tantas generaciones habian carecido, volvieron á florecer las artes, abandonadas por aquel tiempo en España, y progresando con ellas la civilizacion, fue al mismo tiempo adquiriendo riqueza y esplendor el culto religioso, que antes era desaliñado y pobre por un efecto preciso de las circunstancias. Por todas partes se levantaban iglesias y creaban hermandades, dedicadas unas á la Santísima Virgen, y otras á diversos Santos, notándose desde luego con mucha generalidad el mayor entusiasmo religioso por el Santo en cuyo dia habia sido reconquistado cada pueblo, y al que elegian por su tutelar y patrono para memoria de tan fausto suceso.

Pero entre tantas devociones promovidas por la piedad de los cristianos, ninguna mayor, y con razon, que la de venerar la sagrada Pasion y muerte de nuestro divino Redentor. Asi es que la Semana Santa ha sido siempre y es en todos los pueblos, la época de mas movimiento religioso, y en la que todas las iglesias apuran sus recursos para solemnizar los divinos oficios.

No es nuestro ánimo hablar detenida-

mente de estas funciones religiosas, cuando en todos los pueblos se celebran igualmente con mas ó menos lucimiento, segun la posibilidad ó el gusto de cada uno. Nos limitaremos por tanto á dar noticia de una de ellas, la cual, por las circunstancias particulares que la rodean, hace sea admirada de todos los forasteros; tal es la funcion del Santo Sepulcro en la iglesia parroquial de la *Villa de Lebrija*, provincia de Se-



El Santo Sepulcro en Lebrija.

villa. Haremos brevemente su descripcion.

Una antigua hermandad, compuesta de individuos que ella misma nombra, dirije y costea la funcion: y como esta, segun se verá, no está sujeta á ningun ritual, va adquiriendo, como ha sucedido en estos últimos años, muchas mejoras, que aumentan su celebridad y lucimiento.

Acabados los maitines ó tinieblas en la tarde del Viérnes Santo, y colocada con anticipacion en el presbiterio una devota imágen del Señor crucificado, se hace el descendimiento, mientras se predica un sermon sobre tan tierno y patético acto; y concluido, se coloca la sagrada imágen en una elegante y bellísima urna, mas apreciable aun por su mérito artístico, que por la materia de ébano y plata de que está construida.

Antiguamente poseia la hermandad un rico sarcófago de plata, que si bien carecia de gusto por haberse hecho en el tiempo de la corrupcion de las bellas artes, era sin embargo una alhaja de estraordinario valor. Mas desapareció en 1810 durante la invasion francesa, construyéndose la actual, la cual es digna de todo elogio por el buen gusto que resalta en toda su obra.

Sobre un zócalo que marca la planta de la urna, se levanta un cuerpo de órden

compuesto, con columnas estregadas, y pedestales de igual clase. Sobre este cuerpo corre una balaustrada sostenida y apoyada en otros pedestales, que sobresalen en la direccion de las columnas: y estos pedestales están coronados de preciosas pirámides. Por la parte interior de la balaustrada, descansa sobre el mismo cornisamento la tapa en forma ochavada, y con elevacion proporcionada, imitando con mucha gracia y propiedad las urnas romanas. La materia principal de su fábrica es ébano muy fino; pero la basa y capiteles de las columnas, los vivos de las fajas del arquitrabe, y los modillones, son de plata, asi como son del mismo metal los atributos de la pasion, que primorosamente trabajados aparecen de bajo relieve en los pedestales de las columnas. Los intercolumnios cerrados de cristales, ofrecen bastante espacio para ver la sagrada imágen envuelta en una sábana, y recostada sobre colchon y almohada, todo primoroso y rico, cual corresponde á la suntuosidad de la urna.

Dispuesto asi el misterio, sale el santo Entierro llevando delante la misma cruz en que el Señor estaba crucificado: síguenle todas las cofradias del pueblo con sus pendones, presidiendo la de esta funcion, y últimamente el clero cantando el salmo 113, y llevando la sagrada urna con el rico aparato fúnebre de terno, bandera del Cordero, pálio y demas, todo tan suntuoso, que mas bien parece de una opulenta catedral, que de una parroquia de pueblo subalterno.

Ordenada asi la procesion, sigue por la misma carrera destinada para la del Corpus; y se combina el tiempo, para que al anochecer llegue al sitio de la funcion. Aqui es donde se presenta, especialmente al forastero que lo ve por primera vez, la perspectiva mas bella y encantadora que puede darse

El sitio ó lugar de que hablamos es el patio llamado de los Naranjos, contiguo á la misma iglesia. Este patio, de bastante estension y cuadrado, está cerrado en todos sus cuatro lados de una hermosa galeria de arcos sobre columnas aisladas. Un antepecho, que se eleva á la altura de los pedestales, separa el patio de las galerias, sin impedir la vista de todo el edificio. Sobre el antepecho corre una balaustrada apoyada en las columnas, y coronada toda ella de preciosos faroles. Los claros de los arcos están adornados con ricos fanales, que hermosean estraordinariamente el sitio y aumentan la iluminacion. Las paredes de las galerias y las interiores del patio, se visten de espejos y cuadros pintados, algunos de mucho mérito. En el centro del patio, sobre un zócalo de piedra, se ve el Santo Sepulcro, que es un bello y esbelto templete de ocho columnas que sostienen la cúpula, y sobre ella una cruz que casi se oculta entre los mas altos pimpollos de los naranjos; debiendo advertir, que los de este patio, por razon de la sombra del edificio, tienen mas de doble altura que los comunes.

Todo el templete aparece vistosamente iluminado, y al mismo tiempo adornado con mucho gusto el cuerpo principal donde está una gran mesa dorada, con almohadones de terciopelo carmesí y franjas de oro, para recibir la sagrada urna. Al derredor del sepulcro se ven ricos candelabros de plata con hachas de cera. Todo el pavimento del patio y las galerias se encuentra cubierto de arrayan y de yerbas aromáticas. En uno de los ángulos está la orquesta, que rompe su lúgubre música al llegar la manga ó cruz que precede al clero, y sigue tocando mientras se coloca la urna en el sepulcro. En este acto se presenta una compañia de soldados vestidos á la romana, la cual se encarga de dar la guardia, colocando sus centinelas en el patio como se ve en el grabado.

Acabada la procesion, se retiran todos por un corto rato para volver á acompañar al Señor. Entonces las galerias se llenan de gente, con separacion de sexos: y el clero, los individuos de la hermandad, y los convidados ocupan los asientos del interior del patio; y dura la funcion hasta la media noche, mientras la música canta las lamentaciones de Jeremias, y varios motetes sobre la pasion del Señor.

Tanta magestad cautiva el alma y la embelesa; la vista del sepulcro entre corpulentos naranjos, que semejan con toda propiedad un huerto; el silencio de la noche, y la bien entendida distribucion de innumerables luces; la vista del Señor en la urna; los acentos de una música lúgubre y sombria, y el suave olor que exhala el pavimento, todo enagena y arroba el alma, llenándola de una cristiana devocion, y la lleva insensiblemente á contemplar el suceso

mas memorable del mundo; aquel misterioso acto, en que Dios mismo hecho hombre, dió voluntariamente su vida por la salud del género humano.—*A. S. de Alba.*
(*S. P.*)

UNA VENGANZA CONYUGAL.



Era en 1778. Dugazon, actor de mucha popularidad, y que hacia algun tiempo se habia casado con Mad. Lefèvre, actriz de los Italianos, habia sido presentado por Alberto de C... en la tertulia del rico capitalista Mr. de C... padre de Alberto. La aficion de este á las farsas, y la reputacion de bufon de que gozaba el artista, sirvieron de pretesto á esta presentacion.

Algunos dias se pasaron en una apacible tranquilidad hasta que llegó uno en que *tirando el diablo de la manta...* qué dirán VV. que vió Dugazon? A su muger haciendo ciertas señas de inteligencia al jóven abogado Alberto. La imaginacion del actor, siempre trabajando por encontrar los medios de hacer reir, solo se ocupó ya en combinar el *plan de ataque* para convencerse de su desgracia. Tomada su determinacion, se presentó una mañana muy temprano en casa de su infiel amigo; como los criados estaban acostumbrados á verle entrar á cualquiera hora para ensayar con su amo las farsas que debian representar en la tertulia del capitalista, le fue fácil á Dugazon penetrar hasta el cuarto de Alberto, que á la sazon se hallaba en la cama.

Despues de cerrar todas las puertas, el ofendido esposo se precipitó sobre su rival, y poniéndole una pistola al pecho, le obligó á entregarle las cartas y el retrato que de Mad. Dugazon poseia. Conseguida esta primera ventaja salió de la habitacion con la mayor sangre fria; pero ¡oh desgracia! Apenas empieza á bajar la escalera, cuando Alberto, vuelto de su espanto, gritaba desde arriba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Al asesino ¡Al ladron! Detenedle, muchachos, matadle!

Empero Dugazon lejos de precipitar su marcha, como cualquiera lo hubiera hecho en su lugar, se detuvo en el último escalon, diciendo al desconcertado amante:

—Bien, amigo mio, perfectamente! es una escena magnífica, y de tanto efecto, que vuestros criados se llegarian á poseer de ella si no estuvieran habituados á ver todos los dias otras del mismo género.

En efecto, en vez de detener al actor, prorumpieron en estrepitosas carcajadas al ver la grotesca figura que hacia su amo en calzoncillos y con gorro de dormir, gesticulando ridículamente en lo alto de la escalera.

En tanto Dugazon habia ganado la puerta, pero no se creia aun suficientemente vengado, así es que hallándose algunos dias despues en el teatro de la ópera, no lejos del asiento que ocupaba Alberto, aguardó á que nadie pudiese verle, y descargó sobre el abogado algunos bastonazos con todo el rencor de un esposo burlado, y en seguida tomó la actitud de un hombre absorto en sus reflexiones. A tan ruda interpelacion volvió Alberto la cabeza, y al encontrarse con Dugazon, juró, amenazó y pidió auxilio á algunas personas, que impelidas por la curiosidad se acercaron.

—Defendedme de ese pillo que acaba de apalearme, les dijo señalando á Dugazon.

—Cada dia haceis maravillosos adelantos, contestó este.

—Señores, yo no me chanceo, ese hombre me ha maltratado cruelmente!

—Seguramente que si no se supiese que un histrion como yo es incapaz de tomarse semejantes libertades con los grandes señores, vuestro aire y vuestro acento serian suficientes para convencer á todo el mundo.

Al oir estas palabras, dichas con mucha formalidad, la hilaridad se apoderó de los espectadores.

—Os juro que es un asesino, gritaba desesperado Alberto.

—Muy bien, muy bien! prosiguió el actor: acaloramiento, conviccion: ciertamente que es una lástima que no se dedique al teatro un hombre dotado de semejantes disposiciones, de tanto talento dramático! Aunque á decir verdad, hubiérais sido para mí un rival asaz peligroso.

Alberto, objeto de las burlas del auditorio, tomó el partido mas prudente, esto es, marcharse.

En vano se esforzó para hacer castigar á Dugazon; nadie quiso creer la aventura de los bastonazos, viéndose precisado á confesar *in petto,* que como dice Gavarni: No todos los maridos sirven para hacer reir.

L. E.

EL FERRO-CARRIL DE ARANJUEZ.



Desde que se verificó la inauguracion del Ferro-carril de Aranjuez, pensamos dar á nuestros suscritores una ligera idea de él en la Revista, como ahora lo verificamos; no habiéndolo hecho antes á causa de no habernos concluido hasta hace poco los dos grabados que acompañan este artículo. Consideramos el conocimiento de esta clase de vias de sumo interés en la actualidad, en que se han hecho en España ensayos de tan feliz éxito como los de los ferro carriles de Mataró y Aranjuez, no porque demos á estos ferro-carriles una excesiva importancia en sí mismos, sino en lo que tienen de ser un principio feliz de esta nueva clase de comunicaciones, que sacando á los españoles de esa apatia y negligencia con que se miran y se tratan desgraciadamente en nuestro pais las cosas mas útiles, es posible que dentro de algunos años produzca muy grandes resultados; aumentando el movimiento y la vida casi parados en nuestras provincias interiores, y llevándolos con nuevas creces á las ahora activas y prósperas.

Dos grandes medios, el vapor y la maquinaria puestos en combinacion han dado los resultados asombrosos que se ven ya en las comunicaciones de mar y tierra, y los nuevos, quizá aun mas asombrosos que guarda el porvenir: los descubrimientos y los adelantos se han sucedido combinándose entre sí para producir las maravillas que hubieran creido fabulosas nuestros abuelos, pero que nosotros vemos realizarse diariamente como la cosa mas sencilla. En el año 1198 se descubrió casi de un modo milagroso el carbon de piedra, que habia de tener tanta parte en todos los nuevos adelantos de la maquinaria y de la industria. En 1543 Blasco de Garay hizo prueba de una máquina de vapor aplicada á la navegacion, la que se olvidó ó no tuvo completo éxito. En 1695 el cerragero ingles Newcomen inventó la primera

máquina de que se tiene conocimiento en que se empleó el vapor como fuerza motriz: en 1770 se reemplazaron por carriles de hierro los de madera que se empleaban en las minas de New-Castle, y por este tiempo se hacia en Francia el primer experimento de un carruage movido solo por la fuerza del vapor: en 1804 unos ingenieros ingleses inventaron una locomotriz que aplicaron á los caminos de hierro. En 1807 el americano Fulton tuvo la gloria de hacer surcar las aguas del rio Hudson por el primer barco de vapor. Principiando, pues, desde el descubrimiento de ese agente poderoso, cuántos experimentos no se han hecho, cuánto no se ha trabajado, y qué de resultados tan inmensos no ha alcanzado la humanidad! Resultados que ya se dejan sentir, pero cuya estension no puede conocerse, y que el menor de ellos será hacer partícipes á cada uno de los pueblos del globo de las producciones de todos los otros, y el mayor alejar de las naciones toda idea de guerra, y de animadversion, uniéndolas con los lazos de la frecuente comunicacion y del comercio.

En ese gran movimiento universal, destructor de preocupaciones y prevenciones antiguas, procreador de grandes intereses, que da vida y poder á las naciones y utilidad á los individuos; en esa lucha del vapor contra los inconvenientes de la distancia y del tiempo, en esa gran campaña industrial que inaugurada en Inglaterra, se ha extendido á Bélgica, Francia, Alemania y otras naciones del antiguo y nuevo continente, permanecia España estacionaria y apática. Verdad es que la discordia habia arrojado en ella su tea, y encendido los odios políticos, que quitan á las naciones los medios, y amortiguan los deseos de las empresas grandes y atrevidas. Pero no bien se hubo calmado el horizonte político, y empezado á renacer la paz, y con la paz la confianza pública, volviéronse todas las miradas hacia los grandes intereses nacionales tan descuidados; y los ferro-carriles hirieron vivamente la imaginacion de los españoles como una de las necesidades de la época aun no satisfecha.

Cataluña fue la primera provincia de España que tuvo la gloria de inaugurar en ella estas nuevas vias de comunicacion, abriendo el ferro-carril de Barcelona á Mataró. A la primera provincia de España en el órden industrial, pues á la industria corresponde la supremacia del siglo, debia seguir la primera provincia en el órden gerárquico. Madrid, la capital de España, que como todas las cortes es el centro del lujo, y donde los productos de la industria tienen su mayor mercado, debia, parte por orgullo, parte por necesidad, si no dar, seguir el impulso; y asi ha sido efectivamente. La inauguracion del camino de hierro de Aranjuez ha sido el conductor eléctrico á cuyo contacto se han conmovido todas las provincias. Cataluña obtiene nuevas autorizaciones para seguir la obra comenzada: el ferro-carril de Mataró se prolongará hasta Arcins del Mar; de Barcelona partirá otro á Molins del Rey; se proyecta otro para Reus; Valencia continúa con notable actividad el suyo del Grao; Cartagena reclama la preferencia para el que debe abrirse desde la corte al litoral del Mediterráneo, y las provincias del Mediodia como las del centro y Norte, empiezan á agitarse, comprendiendo que compromete gravemente sus intereses la que atrás se quede en esa lucha incesante de actividad y movimiento, que es el alma del siglo XIX.

Digamos ahora algo acerca del ferro-carril de Aranjuez, que es el que ha motivado este artículo.

El 4 de Mayo de 1846 se dieron principio á los trabajos por cuenta de una compañia anónima á la que nuestro conciudadano el Sr. D. José Salamanca trasmitió la concesion que para hacerlo por la suya habia obtenido en Abril de 1845 En breve, gracias á la actividad que se desplegó y al gran número de trabajadores adelantaron, las obras notablemente. Circunstancias desgraciadas hicieron que los trabajos se paralizasen primero y que se parasen del todo despues en 1848, hasta que á principios de 1850, se comenzaron de nuevo para no ser ya interrumpidos hasta su conclusion.

Llegó por fin el 9 de Febrero de este año, dia señalado para la inauguracion, y todo Madrid se puso en movimiento, dirigiéndose hácia la puerta de Atocha, donde se halla la *estacion principal de Madrid*, y el *Embarcadero*, constituyendo una y otro varios edificios de grande estension. En el del embarcadero hay grandes salones en los que el público aguarda la hora de partida; hay tambien estensas galerias cubiertas, desde cuyos dos andenes laterales pasan los viageros á ocupar su puesto en los carruages que les corresponden. Encierra ademas este edificio otras varias oficinas para el servicio del público y de la empresa, y ocupa todo él una superficie de unos 100,000 pies cua-

drados. Los demas edificios que componen esta *estacion* sirven para los carruages, para las máquinas, para almacenes, fraguas, talleres, &c.

Al solemne acto de la inauguracion asistieron SS. MM., real familia y gefes de palacio y las personas mas notables de Madrid. Ricos tapices cubrían las paredes de la estacion; y en uno de los andenes ademas de los regios asientos para SS. MM. habia preparado un altar para celebrar la ceremonia de la bendicion del camino. S. M. la Reyna llegó á las once de la mañana, siendo recibida en un salon preparado al efecto por el Sr. D. José de Salamanca y la junta de Gobierno de la empresa del ferro-carril. A poco, pasó en union de su augusto consorte á ocupar el regio dosél; varias músicas militares poblaron el aire con sus sonoros ecos á los que se unian los de numerosas voces que entonaban nuestra antigua marcha real, y una tras otra empezaron á desfilar las locomotoras por delante del altar, recibiendo la bendicion de manos del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, que tambien bendijo el camino. Este acto solemne produjo en el inmenso pueblo allí reunido una emocion difícil de describir.

Concluida la augusta ceremonia salió el convoy real para Aranjuez á las doce en punto, y otros dos que conducian hasta mil convidados. A la locomotora seguia el *tender* que es el depósito del agua y del combustible. Iba despues un gran coche salon conduciendo á los ministros, presidente del Congreso y mesas de los cuerpos colegisladores. Seguia el coche real, y otros de distintas clases con el resto de los convidados.

El coche real que ha construido la empresa del ferro carril es de un lujo y elegancia estraordinaria. La parte esterior está charolada y la interior tapizada de terciopelo, ambas de color azul, y adornadas con profusion de dorados y armas reales. Por lo que respecta á su distribucion y belleza interior, mas que carruage es un lindísimo aposento con las mayores comodidades.

El primer convoy tirado por la locomotora *Isabel II* se componia de seis coches: ocho formaban el segundo que dirigia la locomotora *Hernan Cortés*; y ocho el tercero tirado por la locomotora *Cristina*.

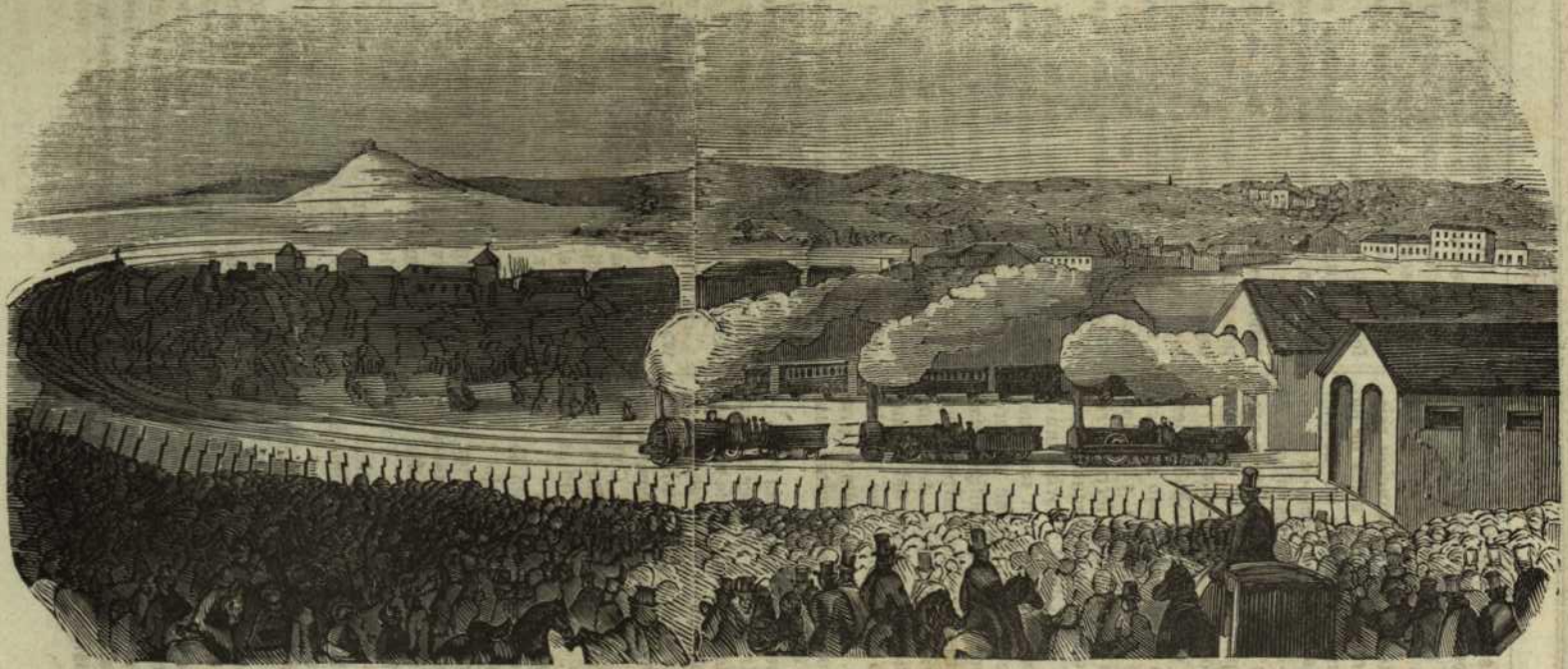
A la una llegaba el convoy régio á la espaciosa estacion de Aranjuez que está situada delante y á gran distancia del palacio de los reyes. Sin embargo, S. M. no tuvo que apearse en la estacion; pues por una delicada atencion de la empresa, se habian prolongado los ferro-carriles hasta el mismo pie de las escaleras del palacio; de modo que al salir la Reyna del wagon real pisó ya las alfombras de su morada.

En una hora habia salvado el vapor la distancia de ocho leguas que separan á Madrid de Aranjuez. Este resultado que por mas conocido que sea, no deja de causar siempre admiracion, causó la mayor alegria en todos los convidados, y en el inmenso pueblo que habia venido á Aranjuez de Toledo y de la Mancha, atraido de la novedad y ansioso de gozar de un espectáculo, tan nuevo como sorprendente para aquellos habitantes.

En Aranjuez pararon SS MM. y demas convidados á la solemnidad, hasta las cinco y media de la tarde. Mientras la Reyna daba en su palacio un banquete, al que tuvieron la honra de asistir varios personages. El Sr. Salamanca, gefe ó mas bien alma de la empresa del ferro-carril, con ese desprendimiento y munificencia que tanto lo distinguen, habia convidado á comer á las mil personas que formaban parte de la escursion en otro banquete mónstruo en el que se sirvieron los manjares mas suculentos y delicados y los vinos mas esquisitos del pais y extrangeros.

De vuelta SS MM. de paseo subieron al wagon real á las cinco y media: otros dos convoyes con el resto de los convidados, marcharon bastante despues. El que llevaba á la real familia se detuvo largo tiempo en Pinto, por el deseo manifestado por S. M. de ver pasar á los otros, de suerte que entró en Madrid á las siete y media, apeándose los reyes en el embarcadero que estaba iluminado, y enmedio de los vítores de la multitud, de las salvas de artilleria y de los ecos de las músicas militares. A lo largo del ferro-carril, tan luego como la noche empezó á estender sus sombras, se colocaron de trecho en trecho soldados que alumbraban con hachones de viento, formando una estensa iluminacion á lo largo del camino.

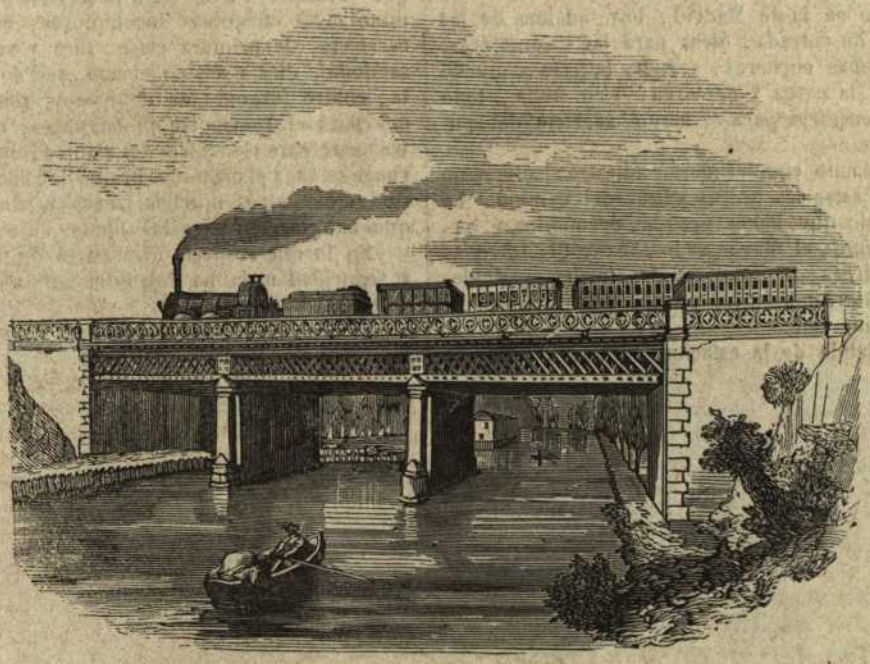
Así empezó y terminó esta ceremonia, que por lo que representan las de esta clase, es sin disputa una de las mas grandes que pueden tener las naciones en estos tiempos. Reducir las distancias casi á la nulidad es el mayor invento de los siglos. Los bienes que reportará de ello la humanidad serán inmensos.



Vista del embarcadero del ferro-carril de Aranjuez, en Madrid, en el acto de la inauguracion.

El ferro-carril de Aranjuez tiene nueve leguas menos cuarto de las de á 20,000 pies; y el presupuesto de sus obras con el material correspondiente de esplotacion asciende á unos cincuenta millones, que viene á ser á cinco millones y medio de reales por legua.

El camino marcha rectamente desde la estacion de Madrid hacia el arroyo Abroñigal. Antes de llegar al cerro de la Plata pasa por el pequeño puente de la Abadia, formado de un solo arco semicircular, siendo su fábrica de ladrillos y aristones de piedra. En la cumbre del cerro se halla la linda casilla de uno de los guardas del camino, todas las demas que se encuentran en el trayecto son tambien de graciosas y variadas formas. Luego que el camino sale del espresado cerro atraviesa el arroyo Abroñigal por un puente viaducto de tres arcos, cuya fábrica es de ladrillos y aristones de piedra berroqueña: es á un tiempo sólido y esbelto. Siguiendo la curva en que está situado este puente atraviesa el camino á poco otro pequeño puente llamado de Yeserias, corre hasta el desmonte del Cerro Negro, atraviesa el camino vecinal llamado de Sta. Catalina, y llega al puente oblícuo del canal, que se compone de tres tramos de madera, sostenidos por dos estribos con manguardias, y dos pilas fabricadas de ladrillo y aristones de canteria. A su solidez reune



Puente sobre el canal.

la elegancia. A poco corre el camino por el puente construido sobre el rio Manzanares, que es uno de los mas notables, corta el de Casa-Blanca, deja á la derecha el pueblo de Villaverde, atraviesa la carretera general de Andalucia, y llega á la estacion de Getafe, que está como á un cuarto de legua de la villa de este nombre. A poca distancia de Getafe el camino sigue rectamente hasta Pinto, pasando antes algunos puentes, particularmente el del arroyo de Cuniebles, y varias veredas y caminos. En la villa de Pinto hay otra estacion, con doble via para el apartadero en que deben cruzarse los convoyes que vayan y vengan. A poco atraviesa el ferro-carril por un buen puente el camino que va á Gozquez, y llega á la estacion de Valdemoro que se halla distante un cuarto de legua del pueblo de este nombre. Algo mas allá salva una gran profundidad por uno

de los mas notables viaductos del camino, y baja despues suavemente á la estacion de Ciempozuelos. Casi junto á ella está un puente oblícuo de construccion atrevida, sobre el arroyo de S. Cosme. Girando luego el ferro-carril sobre la derecha entra en la vega del Jarama, pasa por tercera vez la carretera de Andalucia, atraviesa el rio de aquel nombre por un magnífico puente que se conceptúa como la obra de mayor empeño de toda la línea, pasa por otro viaducto, entra en las alamedas de Aranjuez, atraviesa una grande acequia de riego por un bonito puente de tres arcos, y últimamente pasa el rio Tajo por otro gran puente, cuyos estribos son de silleria, y todo él de una construccion especial. De aquí á la estacion principal de Aranjuez media poca distancia. En esta como en la de Madrid, hay ademas de las vias de entrada, otras para las locomotoras, y á mas cocheras, grandes talleres, muelle para la carga y descarga, y en suma, todo lo necesario para el mejor servicio del público.

Como comprenderán nuestros lectores no son estas las únicas obras del camino: ha habido que hacer grandes desmontes y terraplenes, el mayor de los cuales tiene 51 pies de altura, é infinitas alcantarillas y dobles alcantarillones: los puntos mas notables del camino son:

Salida de la estacion de Madrid, puente de la Abadia, puente viaducto del Abroñigal, puente de Yeserias, puente sobre el canal, puente del vado de Santiago, puente de Manzanares, tres pasos del nivel de la carretera de Andalucia, puente superior de los Angeles, estacion de Getafe, ponton del Juncal, puente de Cuniebles, estacion del Pinto, ponton de las arboledas altas, puente superior de Gozquez, estacion de Valdemoros, viaducto de los prados de id., estacion de Ciempozuelos, puente oblícuo de S. Cosme, ponton de la Peñuela, puente de la vereda de las cárceles, puente superior del Gasco, puente del Jarama, viaducto de id., puente de Pico-Tajo, pontones del Bonetillo, puente del Tajo y estacion de Aranjuez.

Concluiremos este artículo manifestando que la Empresa tiene para el servicio del camino ocho máquinas locomotoras, catorce carruages de primera clase, diez y seis de segunda, diez y seis de tercera, seis de cuarta, cuatro furgones de equipages, seis trenes para el transporte de carruages, cuatro wagones para el servicio del camino, un carruage salon, y el magnífico destinado á SS. MM., sin contar otros muchos trenes y wagones que han servido para las obras.

En lo que respecta á la parte de policia y seguridad nada ha dejado la Empresa que desear.

El director de todas las obras ha sido el ingeniero Sr. D. Pedro Miranda.

S. C.

ANGELO DEL-CANO.

I.



Vamos á introducir á nuestros lectores, en uno de los lucidos y famosos soirées de la condesa de Willingi.

La noche de que hablamos, era una de las mas concurridas. Difíciles y armoniosos conciertos, habian sido tocados; mas de una melodiosa voz habia hecho resonar, en aquellos suntuosos salones, encantadoras y sensibles inspiraciones; numerosos criados con doradas vandejas, hacian circular esquisitos refrescos, y el vivo y alegre wals aleman principiaba á oirse en la orquesta; en tanto que muchas parejas de hermosos y elegantes jóvenes, esperaban ansiosos al rededor del salon, para arrojarse á girar en el estrecho espacio que la inmensa concurrencia dejaba escasamente para presenciar tan favorito y escitante baile.

La hermosa y siempre brillante condesa de Willingi se hallaba algo separada del concurso, apoyada coquetamente en el brazo de un jóven y elegante príncipe germano, que acababa de llegar de un viaje recreativo por Francia é Italia. Un poco detrás de estos, y medio cubiertos por las adamascadas y recias cortinas de una ventana, se veia un hermoso jóven sentado al lado de una encantadora señorita. Los grandes y negros ojos del primero, se fijaban con espresion de tristeza sobre algun objeto distante; por momentos, se veian sus griegas y varoniles facciones contraerse y marcar en su alteracion, el disgusto y desagrado que suelen excitar la vista de alguna persona incómoda, ó el recuerdo de un funesto accidente. Su linda pareja, por el contrario de este, mostraba en su cándido é inocente semblante la pureza de una virtud sin tacha, y la distraccion propia de un alma entregada á emociones y sentimientos gratos.

El príncipe, fijando la vista sobre esta vistosa pareja, dijo á la condesa:

—¿Puede V. decirme el nombre y rango de aquel pálido jóven, que ahora justamente se está levantando?

—Del-Cano, contestó la condesa á su Alteza.

La preciosa señorita que acompañaba al sugeto, por quien el príncipe preguntó, menos distraida que aquel, hizo un rápido movimiento de sorpresa, al llegar á sus oidos el nombre pronunciado, fijando sus ojos de

azabache sobre tan curioso investigador.

—¿Es italiano? prosiguió interrogando el príncipe, y ¿bajo qué título ó noble profesion es conocido?

—Bajo ninguna, contestó la condesa: es italiano, y solo por su hermosa presencia, esmerada educacion y maneras elegantes, le han sido abiertas todas las puertas de la alta sociedad, particularmente las de la linda y preciosa baronesa de Lindori, que es aquella que está á su lado, y cuyo corazon ha sabido cautivar.

El príncipe no quitaba los ojos del jóven, contemplando tan profundamente aquellas facciones, que seguramente le fascinaban, ó excitaban en su imaginacion algun recuerdo ó antecedente.

La condesa al mismo tiempo miraba al italiano, y á juzgar por el fuego de las miradas que dirigia á la baronesa, pudiera decirse que todo el furor de los celos se reconcentraba en su pecho; y, á no dudarlo, podemos asegurar á nuestros lectores, que esta altiva y soberbia señora, amaba secretamente á Del-Cano, y no debe estrañarse sintiese los efectos de la rabia y envidia, al contemplar al objeto de su amor al lado de una rival feliz. Con todo, el disimulo habitual de la corte la hizo aparecer tranquila, y continuó hablando á su Alteza:

—La baronesa es viuda. A los diez y seis años fue obligada por su familia á dar la mano de esposa al rico, pero brutal baron de Lindori, que felizmente para ella, murió al año y medio de matrimonio, dejándola sus inmensas riquezas y la tutoria de una hermosa y robusta niña, fruto de tan corto enlaze. Desde la muerte del baron, no se le ha conocido otra distraccion á la viudita, que el cuidado y educacion de su hija, hasta...

—Hasta que el gracioso italiano robó á la niña todo el amor de la madre ¿no es así? dijo el príncipe, sonriyéndose al tono irónico de su ilustre compañera. Pero ahora voy á esplicar á V., mi querida condesa, el motivo de mi curiosidad por ese jóven, y no por la baronesa, hasta quien ha tenido V. la bondad de estender sus informes. Tal vez se reirá V. de mí, cuando oiga mi relacion, y no lo estrañaré, porque yo tambien me río de mí mismo, avergonzándome de dar tanto crédito al poder de la imaginacion, y á los sorprendentes efectos de una semejanza.

Durante mi viaje por Italia, llegué á la ciudad de M.. donde mi médico enfermó, y no queriendo abandonarlo, pasé algunas semanas en aquel pueblo, dedicado á la asistencia de mi doliente doctor, con quien me unia una estrecha amistad.

Entre los muchos huéspedes que ocupábamos la fonda de... y con quienes precisamente tenia que alternar, habia un italiano jóven, llamado Angelo, quien por sus delicadas maneras, hermosas facciones, y sobre todo por sus dos hermosísimos ojos negros y espresivos, llamó mi atencion; y simpatizó tanto conmigo, que excitó en mí un amistoso interés. Apesar de una pequeña inflamacion ó bultito amoratado que tenia en las sienes, su semblante era afable é interesante.

Por las noches, cuando la fresca brisa de la tarde, venia á templar el excesivo calor de la atmósfera, Angelo solia tocar la guitarra con una maestria sobresaliente, y cantaba los aires de su pais, ó alguna barquerola veneciana, con tanta espresion y dulzura, que nos arrastraba su eco hasta el estremo de llevarnos á su misma habitacion, en donde aquel jóven sufria nuestra admiracion y arrebatos, con la mas amable bondad y tolerancia.

Una noche que volvia del teatro, al entrar en la fonda lo hallé todo en confusion; los criados corrian despavoridos de una parte á otra, y algunos huéspedes me recibieron tristes é inquietos. Pregunté la causa de aquel trastorno, y supe con sentimiento, que repentinamente al jóven italiano le habia atacado un mortal accidente, del que desesperaban los médicos.

No cansaré á V., mi querida condesa, con una relacion minuciosa: el pobre jóven murió aquella misma noche, y el interés que me habia inspirado su vida, me condujo á la estancia mortuoria, para verlo por última vez. ¡Ah! allí contemplé en el ataud aquellas seductoras facciones, ya destruidas por la implacable parca, que pocas horas antes eran admiradas de todos: yo ví aquellos ojos africanos, antes tan llenos de brillantez y espresion, cerrados para siempre por la única mano amiga de un fiel y anciano criado: tambien presencié cuando un notario hizo inventario y selló todos los papeles del desgraciado, sobrellavando sus cofres y maletas; y por último,

fuí unos de los que trabajaron para separar del cadáver á su respetable criado para que pudiesen clavar la caja, pasando el resto de la noche velándolo con otros huéspedes, que cual yo se hallaban interesados por tal pérdida.

Al dia siguiente, destinado para el entierro, estándose colocando la caja en los hombros de los portitores, llegó á la puerta de la fonda una silla de posta, de la cual bajó ligeramente una hermosa jóven, con rico traje de camino, y á quien acompañaban dos criados con librea. Tan luego como entró en el salon, el anciano y fiel criado palideció y adelantándose hácia ella, la hizo un saludo de respeto, pronunció balbuciente algunas palabras en italiano, y en seguida, con trémula mano, depositó en las de la estrangera un pliego cerrado que sacó del pecho. La recienvenida lo recibió con aire de superioridad, dirigiendo al anciano una mirada de arrogancia y desprecio, y sin dignarse fijar su vista en ninguno de nosotros, se adelantó hacia los portitores, mandándoles con altivez que deseaba reconocer el feretro antes que saliese de la fonda. El encargado de la parroquia y algunos de los circunstantes se resistieron á tan ridícula é impertinente demanda; pero al ver en su mano una autorizacion de la policia, fue inmediatamente obedecida.

Con asombro, y aun desprecio de todos, vimos á la estrangera, que impávida y sin mostrar ninguna clase de sensibilidad ni respeto, movió varias veces el cuerpo inanimado del desgraciado Angelo; apartó de su noble y yerta frente algunos mechones de su negro y lustroso pelo que impedian ver las facciones aun interesantes del jóven; y despues de inspeccionarlo detenidamente, dijo en tono bajo y como si hablase consigo misma:

—«Si..... él es..... no hay duda..... está muerto, y muerto de una manera positiva..... bueno.»

Se separó algunos pasos, y haciendo señas á los portitores para que volvieran á cerrar el cajon y continuasen la marcha, pidió al criado las llaves de todas las pertenencias de Angelo, y se retiró al aposento del difunto.

Apesar del dolor que me ocupaba en aquel instante, no dejó de causarme estrañeza aquella escena misteriosa; con todo, salí inmediatamente á unirme al entierro, pues ya me habia propuesto acompañar al jóven, hasta darle el postrer adios. Llegó la comitiva al último recinto de los mortales, y los portitores depositaron para siempre en una fosa abierta de antemano, los inanimados restos del desgraciado jóven Angelo, digno de mas larga vida. Los encargados del cementerio inmediatamente cubrieron de tierra el cajon, colocando encima una blanca y sencilla loza, como único indicio que recordase á los hombres la efímera y fragil ecsistencia humana.

Cuando volví á la fonda, supe que la jóven estrangera habia marchado en la misma silla de posta, llevándose todo cuanto pertenecia al jóven italiano.

La mejoria del doctor me permitió marchar de M..... aquel mismo dia; pudiendo asegurar á V., condesa, que todo aquel misterioso acontecimiento siempre ha estado presente en mi memoria, especialmente las facciones pálidas de Angelo; asi es, que al ver las de ese Del-Cano, que V. dice ha logrado cautivar el corazon de la baronesa, me las ha hecho recordar de una manera tan positiva por su semejanza, que juraria sin escrúpulo una y mil veces, que son las mismas de aquel desgraciado Angelo que ví enterrar en M. ... No tengo duda de ello, condesa, es el mismo, pues no cabe en lo posible que pueda haber dos sugetos tan perfectamente parecidos.

—¡Dios santo! esclamó la condesa ¿se chancea vuestra Alteza? Pero al ver la palidez y sobresalto del principe, retrocedió espantada participando del terror de su ilustre compañera.

El príncipe guardó silencio, no quitando la vista del objeto que así ecsitaba su espanto supersticioso. La condesa guardó tambien silencio por algunos segundos; pero repuesta de aquella estraña impresion, volvió al lado del príncipe cogiendo de nuevo su brazo, y manifestando el placer que la dominaba en poseer un secreto que perjudicaba al objeto de su despreciado amor, prorumpió en risas y coqueterias.

—¿Rie V. de mí, hermosa condesa? la dijo el príncipe algo serio; acaso ¿duda V. de mi historia? pues juro haberle dicho á V. la verdad.

—Lejos de ello, mi querido príncipe, contestó la condesa, creame vuestra Alte-

za, que estoy sorprendida de la coincidencia de casualidades, porque el Del-Cano que tanto os ha sorprendido, se llama tambien Angelo, es de Nápoles, y tiene en sus sienes la misma señal amoratada que me habeis descrito, todo lo cual prueba exactamente la regularidad de semejanza que tiene este Del-Cano, con el Angelo de la historia de vuestra Alteza.

—¡En verdad que es bien estraña esta ocurrencia! esclamó el príncipe con turbacion. Cada vez que miro á aquel jóven, encuentro fieles las facciones pálidas de Angelo, como las tenia en el féretro cuando aquella misteriosa estrangera lo inspeccionaba. Y como V. dice, condesa, es mucha coincidencia de circunstancias para dudar de la identidad del sugeto, pues no solo es su semejanza, sino el nombre, pueblo de su nacimiento, y señales de las sienes. ¡Esto es admirable y trastorna mis sentidos!

Pues oiga vuestra Alteza otra rara circunstancia mas, perteneciente á la jóven que él ama. La baronesa es oriunda de una familia estrangera en el pais, y por un siglo, segun las crónicas de los antiguos, todos los varones que nacian, ó han perecido en la temprana edad, ó han muerto violentamente en la juventud, ó han vivido para arrostrar una existencia enfermiza y desgraciada. Lo mismo ha sucedido con las hembras. La baronesa tiene un hermano loco, y aunque ella goza de la mejor salud, justamente es tan apegada á estas ideas sobrenaturales y supersticiosas, que estoy por creer, que el velo misterioso que cubre la vida de ese italiano ha sido el único aliciente que ha inspirado el amor en su corazon; pues tal es la fuerza de las ideas hereditarias de esta familia.

—Está bien, interrumpió el príncipe, indiferente á estos pormenores, y algo repuesto de su emocion. ¡Quiera Dios que sean felices, si como creo, los une un casto y puro amor! Ahora me resta suplicar á V., querida condesa, que lo que la he contado quede entre nosotros bajo un secreto sagrado, porque pudiera ser muy bien que mi fantasia acalorada por los excelentes licores del ambigú de V., se equivocara; ó tambien una ilusion de esos frecuentes casos con que somos sorprendidos por semejanzas estraordinarias.

La condesa, aparentó participar de tan justos principios, consintiendo en la necesidad del secreto que se la pedia; pero viendo que el príncipe se disponia á retirarse, porque el tiempo ocupado en su conversacion habia hecho correr las horas, y por consiguiente desocupado de concurrencia los salones, acompañó á su Alteza hasta la puerta del salon en donde se hallaba, y del que habia desaparecido Del-Cano y la baronesa sin ser apercibidos, pues tal era la interesante ocupacion de la condesa.

Tan luego como la condesa se vió libre de los cumplimientos de despedida que los pocos concurrentes al baile le tributaban, se retiró á su cuarto, y arrojándose vestida sobre su lecho, hizo retirar á las doncellas, que allí esperaban sus órdenes para despojarla de su lujoso y elegante vestido. Su corazon estaba destrozado por los celos: ella habia visto al italiano al lado de la baronesa, y no le debia ni una mirada siquiera, ni aun las precisas atenciones á que era acreedora como señora y como dueña de su casa: por otra parte se consolaba con la venganza que pudiera prestarle la relacion del príncipe; es verdad que ella amaba al italiano, y que luchaban en su pecho el amor, los celos y la venganza, pero esta última dominaba á las demas pasiones; ella estaba en un delirio imposible de descifrar, asi es que con voz agitada esclamó:

—¡Angelo! seas espectro ó realidad humana, yo te adoro con frenesí; sin ti desprecio la existencia, y si tu honor te recuerda quien eres ¿porqué ese orgullo y desprecio conmigo? ¿por qué no me amas? ¿por qué te veo á los pies de esa rival que aborrezco? ¿crees acaso que mi orgullo ofendido puede dejarte gozar tranquilamente de esa aborrecible baronesa? ¡ah, eso no! La suerte ha puesto en mis manos el instrumento de mi venganza; poseo un secreto terrible para tu felicidad; el príncipe ha sido el instrumento de mi venganza. Si, Angelo, me vengaré y de una manera horrible... ¡ah, qué feliz ocurrencia...! ¡Antonia... sí, esta es apropósito y sin comprometer mi reputacion! ¡ah baronesa, baronesa, tú no sabes, muñeca despreciable, al enemigo que has desafiado con tu amor! ¡tu sufrirás tormentos que no conoces; sí, y desde hoy, desde este instante concluyeron para siempre tus placeres con ese inmundo cadáver!

Los ojos de la condesa querian salirse

de sus órbitas, fijábalos con frenética amenaza hácia el estremo de su cuarto, como si realmente estuviesen allí los objetos de su rabia. Sus facciones horriblemente contraidas, descubrian sus blancos y hermosos dientes, unidos con fuerza por la furia, y sus delicadas manos cerradas compactamente por la agitacion de sus nervios, se levantaban en aptitud imponente; los irregulares movimientos que su frenesí le habia hecho hacer, habian descompuesto su risado y sedoso cabello, presentando el aspecto repugnante de una furia del Dante. Sus labios temblaban sin pronunciar una palabra, sus ojos se abrian y cerraban con rapidez, y sus manos se movian inciertas y sin objeto.

De pronto el semblante de la condesa perdió parte de su ferocidad, su cabeza cayó sobre su pecho, y sus manos oprimieron su corazon. Dos gruesas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas, y sus miembros volvieron á su natural elasticidad; todo cambió en su aspecto, algun destello de razon templó sus exaltadas pasiones. Un minuto despues cayó á plomo su cabeza sobre las almohadas, y su pecho se agitó con menos violencia; una de sus manos desprendida de su pecho cubrió su frente, y sus lábios pronunciaron entre sollozos y agonia:

—¡Del-Cano, Del-Cano mio, yo te adoro con locura ¿por qué me desprecias? ¿porqué en lugar de mi venganza no quieres los brazos del amor?... ¿Venganza dije?... sí ¡venganza!

II.

La baronesa de Lindori, hermosa como una mañana de primavera, se hallaba sentada al lado de la cama, donde dormia su querida hija; sus bellos ojos no se fijaban en la inocente criatura, que cual un ángel del cielo reposaba bajo un sueño tranquilo y puro; miraban, sí, con ardiente pasion los negros y rasgados de Del-Cano, que yacia en pie enfrente de ambos, contemplando con delicia los atractivos de su amor.

—¡Oh Florentina... mi mas querida Florentina! esclamó el jóven italiano; ¿por qué retardas la hora en que sea el mas feliz de los mortales? Habla, amor mio. ¿Cuando quieres que llegue el momento venturoso de llamarte esposa, de..?

—No es tiempo aun, mi querido Angelo, contestó la baronesa prorrumpiendo en llanto; ten piedad de mi irresoluta debilidad.

—¡Ah Florentina! es imposible á mi amor continuar por mas tiempo asi; dijo el italiano sentándose al lado de su amante con aspecto melancólico. ¿A qué vienen esas lágrimas y sollozos propias del dolor y tan agenas del motivo que las produce? Cesa en tu afliccion, ó me harás pensar que la idea de ser mi esposa te entristece y desespera.

—Vas á reirte de mí y á despreciarme; repuso Florentina procurando enjugar su llanto y dar otro aspecto á sus encantadoras facciones. Sí, á despreciarme cuando sepas la causa de mi afliccion. Creelo, Angel mio, me avergüenzo de referirlo, y la idea sola de que mi silencio pueda ser interpretado con perjuicio de mi consecuente pasion, me obliga á decírtelo. Escucha. Ayer visité á la famosa profetiza...

—¿A la hechicera gitana, embustera y decidora de la buenaventura? interrumpió Angelo con desprecio. Y bien, Florentina, sigue, ¿qué maravillas te hizo ver?

—Me dijo, continuó la baronesa, que amaba yo á un ser sobrenatural que ya no pertenecia á este mundo; que ella podia mostrarme la verdad de su dicho por medio de su misterioso espejo, en el cual veria lo que habia sido en tiempo de su vida, y lo que es ahora estando muerto; y por último me aconsejó rompiese los lazos que me uniesen al objeto de mi amor, pues de lo contrario sufriria una vida miserable, perderia á mi hijo, y jamás podria conseguir el descanso que el Eterno promete á las almas justas. Algunas lágrimas saltaron de mis ojos á tan horroroso porvenir, pero en lugar de modificar sus pronósticos y compadecerse de mis inocentes intenciones, se levantó enfurecida amenazándome con sus infernales conjuros, si pronto no desistia de unirme á un espíritu ideal.

—¿Y cómo es, que no ves en esa infame charlatanería un artificio despreciable para lograr desunirnos? Es imposible poder penetrar los arcanos de la naturaleza; ¿no conoces que es vedado poseerle á ningun ser humano?

—Tienes razon, Angelo mio, contestó avergonzada Florentina; perdona esta tonta supersticion, propia de los errores en que hace tanto tiempo ha sido educada mi familla, y...

—Bien Florentina, prometo olvidar este desagradable incidente, si tú juras despreciarlo.

—Te lo juro.

—Pues entonces ¿serás pronto mia? Exijo de ti la prontitud, pues en ello estriba tu tranquilidad y el principio de mi vida feliz. No desconozco que alguna mano enemiga está tratando de destruir nuestro bello porvenir, y por eso se vale de la superticion y esos infames artificios para que sucumbas á sus planes: con todo, esas asquerosas mentiras y sugestiones falsas se estrellarán contra tu consecuencia y amor; asi es que exijo de tí apresures mi ventura para que cese nuestra persecucion. ¡Ah, ya veo tu celestial sonrisa precursora de mi felicidad! ¡qué envidiable será mi suerte! y ¿cómo pagaré tanto amor?

Muy facilmente, contestó la baronesa; amándome siempre con ternura; he aquí todo lo que necesito para ser feliz. Angelo mio, ahora estoy tranquila y contenta de tu amor, pues veo tus dulces y encantadoras miradas, que tanto inflaman mi pecho; pero cuando tu frente pálida se contrae, y tus hermosos ojos se enturbian fijándolos friamente en los mios, entonces siento sobre mi corazon el helado peso del mármol, oprimiéndolo hasta el estremo de destrozarle: mis sienes se abren como si el frio hierro las hiriese, y un estremecimiento convulsivo sacude mis nervios. En una palabra, siento el horror y miedo que pudiera causarme la...

—La presencia asquerosa de un lívido cadaver ¿no es verdad? interrumpió Del-Cano con triste y violenta sonrisa. No temas ser franca conmigo. La ingenuidad es el lenguage del cielo, y en ti no cabe el disimulo. No, mi querida esposa, te creo un ángel puro de las regiones etéreas, imposible de participar de los vicios y condiciones mundanas. Habla lo que tu corazon te dicte, pues no debo estrañar que así me encuentres algunas veces. Yo mismo he retrocedido espantado de un espejo, al ver mi cadavérica palidez... pero ¡ah! no siempre estuve así.

—Angelo mio, desecha por Dios ese tono melancólico que tanto me hace sufrir, y creeme incapaz de incomodarte. Si por acaso mis espresiones han podido...

—Sí, prosiguió Del-Cano con semblante demudado y triste acento; si, hubo un tiempo en que brillaba sobre mis megillas el sonrosado emblema de la robusta lozanía; era entonces un mortal como los demas hombres, ningun pesar perturbaba mis placeres juveniles, y... pero tres dias de pérfida y asídua persecucion, tres dias del mas horroroso padecer, tres dias, en fin, de sufrimientos todavia desconocidos para el resto de los hombres, hicieron desaparecer de mi semblante para siempre las naturales y precisas muestras de una real y feliz ecsistencia.

—Tú hablas de desgracias pasadas, Angelo mio, con lenguage reservado para mi, como si no fuese yo la compañera de tu vida y la mas digna de tu confianza. Cuéntamelas sin misterio, para que participando de tus infortunios pueda yo, como tu mejor amiga, tener el placer de consolarte. No ha mucho me decias, que el lenguage del cielo era la ingenuidad y franqueza, pues bien, dame el ejemplo.

—Florentina, dijo Angelo con melancólica serenidad; yo te ruego no exijas de mí esplicaciones sobre lo pasado. Cesa de hablarme para inquirir. No plantemos el lúgubre ciprés en lugar de la fresca rosa, en el camino de felicidad que la suerte nos prepara. Consolidemos con el olvido de lo pasado, la paz doméstica que debe reynar en nuestra prócsima union. ¡Es verdad que el mas atroz infortunio ha destrozado mi corazon con padeceres horrorosos! pero ahora que tus divinos ojos hacen sonreir mi existencia por un porvenir de ventura, yo procuraré recordar mis desgracias, cual sucede en la imaginacion con el recuerdo de una espantosa pesadilla, que desaparece al efecto de una realidad feliz. En fin, Florentina mia, te ruego, si me amas, no vuelvas hablarme de este asunto.

—Yo quiero lo que tú quieras, Angelo mio, te amo bastante para no dudar de tu sinceridad: espero que el tiempo y mis caricias disipen esa nube que oscurece tu existencia. Respeto tu secreto como sagrado, y ¡quien sabe si algun dia, convencido tú de mi prudencia y afecto, voluntariamente vengas á descorrer el misterioso velo que me impide ver el pasado, y que tu resistencia oculta ahora á mi cariño!

—Jamás, Florentina, nunca, excepto en el lecho de la muerte. Entonces, y solo entonces pronunciarán mis lábios el gran secreto de mi vida.

—¡Qué cruel eres conmigo, cuando hablas de la muerte! dijo Florentina en tono de dulce reconvencion. ¡Quiera Dios, Angelo mio, que jamás llegue á saber ese secreto, tan terrible ya para mi! primero deseo mi muerte.

—¡Florentina! esclamó el jóven italiano despavorido, no repitan jamás tus lábios ese deseo; es preciso que vivas para cerrar mis ojos, para observar bien mi cadaver, para convencerte positivamente que no quedan á mi cuerpo ningun aliento ó síntoma de vida, y en una palabra, para verme realmente muerto. ¿Entiendes? Jurámelo ahora mismo, jurámelo por lo mas sagrado á tu corazon que no permitirás me entierren hasta que algunos dias de observacion marquen en mí las señales indudables de la putrefaccion. Júralo, amor mio, jura que no seré enterrado vivo.

Un frio sudor cubria la lívida cara de Del-Cano; su cuerpo se agitaba por el sacudimiento de sus nervios, y sus convulsas manos plegadas una á otra fuertemente las presentaba á la afligida baronesa en aptitud de súplica.

—¿Porqué exijes de mí tal juramento y con esas angustias? Vuelve en ti, Angelo mio, y tranquilízate por Dios. Tu pretension me horroriza y me hace estremecer. ¡Angelo, esposo mio! ¿Es posible que hables de muerte, cuando nos espera el placer?

—Nunca es fuera de propósito hablar de ella, contestó el italiano algo mas tranquilo. En medio de la mas bulliciosa vida, se presenta la muerte y destruye las mas ciertas esperanzas; pero yo me tranquilizaré, despreciando los temores de la muerte, cuando tus lábios de coral hayan pronunciado el juramento que te pido. Mas ¿á que dudar de ti? Fuera temores: si, me salvarás de los horrores inesplicables de estar en la tumba vivo. ¡Tu no sabes lo grande de este padecer! ¡Oh Dios mio, no permitas que ella jamás pueda conocerlos!

Mamaita mia, ven con tu Julia, dijo interrumpiendo á los dos amantes, la dulce y penetrante voz de la niña, que acababa de despertarse radiante de hermosura y róbustez.

A este tierno llamamiento, Florentina olvidó sus temores y hasta su amor, pues tal es el poder de la naturaleza, cuando son excitados los sentimientos de maternidad. Florentina, como el rayo, cayó de rodillas al lado de la camita de su hija, cubriéndola de besos.

—¿Y papaito Angelo, no viene tambien á besarme, mamaita? dijo Julia alargando sus blancos y torneados bracitos por encima del cuello de su madre.

Angelo corrió á recibir aquellas caricias que llenaron de placer su corazon.

Ambos amantes arrodillados y unidas sus manos por las tiernas de aquella hermosa criaturita, formaban un cuadro interesante, capaz de conmover hasta el duro y vengativo corazon de la orgullosa condesa de Willingi.

Un ligero ruido se apercibió fuera del cuarto: aquellos tres seres se separaron, estremeciéndose por aquella inoportuna interrupcion: Florentina se sentó junto á una mesa cuyo lado opuesto ocupó Del-Cano. Pero la puerta se habia abierto con estrépito, y el baron de Eschen estaba en su presencia.

—Querida hermana, te ruego, y á V. tambien, noble y futuro cuñado, dijo el baron con irónica y despreciable sonrisa; no alteren W. por mi venida ese tierno y patético cuadro que ahora poco formaban y tanto agradaba á mi sensibilidad. Era en verdad, una encantadora pintura ver al amor representado por mi querida sobrina, enlazar dos corazones que tanto se aman, y que ya están prontos á enlazarse por las vias sagradas. Y á propósito de mi sobrina, espero que aun no se le hayan presentado las terribles señales de.....

—¡Dios mio, hermano! esclamó la ansiosa madre ¿qué es lo que espero ver en mi hija? Acaso ¿está predestinada para padecer?

—Muchas veces, repuso el baron con misteriosos ademanes, engaña en la niñez el desarrollo de las enfermedades; hay pronósticos silenciosos, y tardios efectos; pero en esa hermosa criaturita, no puede dudarse de las señales que marca su frente...

—Silencio, pájaro de mal aguero, interrumpió Del-Cano con tono amenazador ¿qué placer puede V. tener en emponzoñar nuestra existencia?

—¿Y porqué no he de tenerlo? respondió el baron sin alterarse. Es una virtud apartar del peligro á la fragilidad humana; á eso vengo yo aquí, y practicando la virtud, tengo un placer. Por otra parte el ger-

men de miseria y destruccion, casi siempre lo oculta el cariño que ofrecia el sentido: los placeres momentáneos suelen quitar la fuerza á la vista; y la debilidad que dejan los goces, hacen olvidar los mas claros y terminantes preceptos de un hado fatal que siempre ha vigilado el sueño de toda una generacion de nuestra familia. Mi deber es



El baron de Eschen se presenta ante Florentina y Angelo.

muy sencillo, al egecutarlo cumplo con la predestinacion de siglos enteros. Asi es, que si acaso ha de vivir esa criaturita, su existencia será un peso enorme para sus débiles dias, y para aquellos que presencien su sufrir sin el poder de aliviarlo; porque son tales los desastres é infortunios que le están preparados, que por un sentimiento de humanidad, debe deseársele una pronta muerte; si, tan pronta como ahora mis.....

— ¡Silencio! gritó Angelo con voz de trueno, separándose de la afligida Florentina y acercándose al baron con furia. ¡Silencio repito, tonto imbécil! ¿No ha inventado hoy la locura otro tema mejor para afligir á tu noble hermana, que atacar tan brutalmente su sensibilidad maternal?

— ¡¡¡Tonto yo!!! esclamó fuera de si el baron, y apoderándose del brazo de Angelo. ¡¡¡Tonto yo!!! ¿Eh?... ¡Has tenido la audacia de llamarme tonto? ¿Tú?... ¡¡Un muerto andando!! ¡¡Tonto yo!! ¿Y lo dices tú, desertor del sepulcro? ¿Tu cadáver infame, pues hasta la tumba te reusa?

El furor de Del-Cano no pudo hacerle escuchar tranquilo tales injurias, y se arrojó sobre el baron con ademan de hacerlo estrellar contra la pared; pero Florentina llegó á tiempo de separarlos.

—Bien puede agradecer á tu amor, mi querida Florentina, ese loco impertinente, que no quede castigada su insolencia para siempre; pero no exijas de mi que sufra en lo sucesivo su presencia con tranquilidad: no, Florentina, no podria responder de mí, y hasta que los derechos de esposo me autoricen á castigar los insultos de ese imbécil, me es forzoso huirle. A Dios amor

mio, el cielo proteja á tu hija.

Con la rapidez del rayo, Del-Cano, besó la mano de su querida, y sin fijar la vista en el baron, desapareció.

—¡Aborrezco á ese hombre! dijo el baron de Eschen con rábia, luego que hubo salido Angelo: su presencia me oprime: me parece que veo en ella un mal espíritu: su cuerpo lo creo animado por un alma artificial. Escucha hermana, es tal el horror que me inspira ese hombre sobrenatural, que cuando besaba ahora tu mano para despedirse, no veia otra cosa que un espantoso vampiro clavado sobre tu vena, chupando estasiado tu noble sangre.

—¡Calla, calla por Dios, hermano mio, y ten caridad de mi! Dejáme sola, no me siento muy buena, quisiera gozar de la soledad; vete y no destrozes mi corazon con esas locas palabras.

—No estoy loco, no, Florentina, creéme; he escapado de las garras del hado fatal de mis antecesores, por mi ecsesiva precaucion y prudencia; pero no por eso está libre ese nuevo vástago de nuestra familia: siéntate y escucha:

—Bien sabes que bajo este fresco y hermoso cutis, oculta la naturaleza un seco esqueleto, cubierto de carne con mas ó menos abundancia, embelleciendo nuestra apariencia para alucinar á la otra mitad del género humano; pues bien, Florentina, apesar de todas esas masas sólidas, siempre que veo á un hombre no veo mas que su esqueleto.

—Déjame por compasion, hermano, dijo la baronesa asustada y tratando de zafar su brazo de la mano del baron.

—Sí, hermana mia, contestó este; es una realidad lo que te digo. Si entro en el alegre y bullicioso salon de un baile, no son grupos de bellos y lozanos jóvenes los que veo jirar con lucidas parejas, son sí, horrorosos escaparazones los que afligen mi vista. Si estoy en la mesa del juego, descarnadas manos sostienen los naipes. En la iglesia veo un esqueleto predicando el Evangelio. En las lindas y marciales paradas, los vistosos uniformes militares cubren espantosos armazones humanos. Y si en la calle me encuentro algun amigo, me aterra ver sus huesos enjutos en movimiento. Por último, es tal la verdad de lo que te digo, que tu misma, tu hija.....

—Ya no puedo sufrir mas, dijo Florentina, levantándose de su silla y haciendo esfuerzos por arrancar la mano del baron de su brazo. Déjame hermano, suéltame: esto es demasiado, suéltame ó doy gritos para que vengan á mi socorro.

—¿Porqué ese temor? prosiguió el baron con impávida tranquilidad. ¿Porqué huir de mi? Amo tanto tu sociedad, que el mirar de tus hermosos ojos y el dulce eco de tu voz, son un bálsamo para mi corazon. Me gusta verte esa aureola de gloria que los plateados rayos de la luna hacen brillar alrededor de tu opaco y gredoso cráneo. Estás radiante como una verdadera novia. ¡Oh! si... esto es... como una novia... destinada para... para Del-Cano. Justamente iba á hablarte de él cuando me interrumpistes. ¡Es admirable, hermana mia, que solo en Del-Cano no vea yo un esqueleto! Se presenta á mi vista vacio y trasparente como un lienzo oleado: ya se ve, no es estraño que asi sea, porque cuando dejó el sepulcro, no quiso cargar con ese peso. Su cuerpo, Florentina no tiene mas que espíritu; pudiéndote asegurar, que esta diferencia que observo en Del-Cano con los demas hombres, la he conocido mucho antes que el príncipe de..... dijese á la condesa Willingi aquellas terribles palabras de: *Yo lo vi enterrar en M...*

¿No has oido tu hablar, Florentina, de estos cuerpos muertos que se levantan del sepulcro y respirando una vida artificial, fascinan con su amor sobrenatural el corazon de alguna incauta? ¿Sabes porqué se enamoran? Para abrir las venas de sus víctimas y chupar su sangre: este líquido es indispensable para mantener su horrible existencia. Pero hermana mia ¿tu estás frias? ¡tu palidez asusta! ¡no hay duda, está muerta!

III.

La desgraciada baronesa pasó la noche intranquila y desasosegada. Al penetrar en su dormitorio los brillantes reflejos del sol naciente, abrió los ojos aun húmedos de los tristes pensamientos que le produjera una no interrumpida noche de azarosas pesadillas. Las horribles y desagradables palabras de su bárbaro hermano atormentaban su mente; aquellos espectros y escenas de delirio que solo le es dado producir á un dislocado cerebro, presentábanse aunque con-

fusas, á su afligido corazon; pero poco á poco vinieron á reducirse como un recuerdo oscuro que la razon se empeña en desechar. Su tranquilidad cobró su fuerza y por consecuencia el amor reemplazó á las escenas de padecer; aquellos embelesadores pronósticos que la pasion de Angelo le sugeria, vinieron á ocupar su memoria y alegraron su corazon, desechando totalmente la última noche de sufrimiento. Entregada á estos felices accesos de ventura, vino á turbar su pensamiento la llegada de su amiga la señorita Antonia Maltinger, jóven que en otro tiempo debió haber evitado, que el vulgo (ese monstruo que rara vez acusa sin razon) hablase de su desenfrenada pasion por Del-Cano.

Despues de los cumplimientos de estilo, la señorita Antonia Maltinger dijo:

—Contando con tu favor, me he tomado la libertad de citar á tu casa, á una persona á quien deseo hablar reservadamente. No tiembles, amiga mia; no contraigas tus hermosas facciones, pues seria demasiada liviandad en mí, citar á un amante á tu casa. Tranquilízate, es una anciana, á quien he llamado para consultarla. Es de la madre Fruda de Naistalt de quien se trata.

—¿La profetiza? esclamó Florentina palideciendo.

—Exactamente, mi querida baronesa, respondió Antonia sin quitar los ojos del semblante de Florentina. Mi familia ridiculiza altamente que yo consulte á esta anciana; y viéndome obligada hoy á hacerlo, he aprovechado tu antigua amistad para saciar mi deseo; pues ya sabes lo imposible que es concurrir á su casa, á las personas que se hallan en nuestra posicion. Bien sé que sin tu consentimiento no debí tomarme esta licencia; pero confiada en tu amable condescendencia, no he vacilado en hacerlo; pues siempre estoy á tiempo de evitarte un disgusto: es muy sencillo; si no es de tu aprobacion, pronto doy órden á un criado que despida á la anciana.

—¡Oh no, por ningun estilo! respondió la condescendiente Florentina. Te ruego no uses ceremonias en tu casa; ademas que esa muger...

—Observo que no estás buena, interrumpió Antonia, amiga mia, tu color cambia por momentos. ¿Qué tienes? ¿puede alterar tu tranquilidad la presencia de la profetiza? Habláme con franqueza, ya sabes que entre nosotras no puede haber reserva ni secreto.

La sencilla baronesa, seducida por el aparente lenguage de amistad de la artificiosa Antonia, tuvo la debilidad de contarla todo lo acaecido en la noche anterior con Del-Cano y su hermano el baron, estendiendo su confidencia hasta decirla la visita que habia hecho á la misma profetiza para consultarla sus amores.

Antonia fingió simpatizar con su dolor, y procuró consolarla.

—Tu hermano, continuó ella, es un hombre á quien nadie da crédito por lo dislocado de su juicio; aunque en esta ocasion puede que tenga algun motivo para hablar así. Es demasiado público en la corte el terrible suceso de Del-Cano para que no haya llegado á los oidos del demente; por otra parte, la naturaleza del suceso es tan horrorosa que no es estraño que al referirla el hombre de mas juicio, no se le crea falto de él, con mas motivo en la boca de tu hermano. Me causa asombro que te sorprendan mis palabras. ¿Acaso no lo sabes? ¿tendré el sentimiento de ser yo la primera que aflije tu corazon? Pues bien, mas vale que así sea, porque mi amistad sabrá evitarte las malas consecuencias que suele producir un acontecimiento desgraciado referido con torpeza y exageracion.

Se asegura que ese jóven italiano, murió positivamente, enterrándose con la presencia y lágrimas de sus amigos; y que un poder infernal lo volvió á la vida para hacer padecer á sus semejantes.

Ya se vé, cuando hay personas de carácter, que juran por su honor, que lo vieron en un féretro, ponerlo en la fosa, cubrirlo de tierra y enlozar su superficie; no es estraño que se le de crédito á tan horrible anécdota. Pero aun suponiendo que asi fuese, para mí que aborrezco la supersticion, este accidente, no me prueba otra cosa, sino que desgraciadamente Del-Cano, fue enterrado vivo, bajo un aspecto aparente de muerto.

—Así es, interrumpió Florentina con risueña sonrisa que contrastaba con sus lágrimas, y como si hablase consigo misma. Te estoy sumamente agradecida por haberme contado esa anécdota, que tranquiliza mi espíritu. Ahora lo comprendo todo: ¡pobre Angelo, tenia razon! ¡Conozco bien la justicia con que queria exigir de mí aquel juramento!

—¡Cómo! dijo Antonia, ¿te ha hablado él de este asunto? Me alegro mucho; ya se ve, ¡cómo es posible que haya secretos entre dos que tanto se aman y que están prócsimos á...! ¡Pudiera Del-Cano hacer un misterio de esta historia demasiado pública, á su esposa prócsima! Esto seria absurdo é imperdonable; seria criminal y probaria poco amor.

En este momento, un criado introdujo á la profetiza, quien se acercó á las señoras con pasos mesurados y saludándolas con humildad.

Los ojos pequeños y verdosos de esta asquerosa vieja, se fijaron en ambas amigas, como para inquirir cual de las dos era la que necesitaba de su ciencia. Con todo, un perspicaz observador hubiera encontrado en aquella mirada, señales de inteligencia entre esta embustera embaucadora y la señorita Antonia Maltinger.

La farza principió.

Fruda, sacó un espejo, varios lienzos y pergaminos llenos de figuras grotescas y geroglíficos inteligibles: algunos naipes de dificil comprension; y otras baratijas de aparato y embuste.

Antonia se acercó á la hechicera haciendo varias preguntas que fueron contestadas con palabras sin sentido y ademanes ridículos. Al cabo de un momento la señorita Maltinger, se dió por satisfecha de su consulta, y poniendo en la mano del falso oráculo una crecida propina le hizo seña para que se retirase. Efectivamente, Fruda recogió sus miriñaques, hizo un respetuoso y mudo saludo, y se dirigió á la puerta, con paso tan lento, que cualquiera hubiera conocido en ella, que estaba segura que seria llamada otra vez.

—Espera un momento, buena Fruda, dijo Antonia precipitadamente; y volviéndose á la baronesa, la dijo:

—¿Me permites, querida amiga, hacer algunas preguntas á la profetiza sobre tus asuntos? La ocasion es un prodigio: no debes temer nada de sus resultados: ellos no pueden comprometerte, ni empeorar mas tu situacion. Con tu permiso voy á aventurar solamente una pregunta.

—Buena Fruda, dijo Antonia dirijiéndose á la asquerosa anciana, ven acá, díme, ¿es verdad ó no lo que dijeron ayer tarde á esta señorita?

La vieja volvió á acercarse con semblante de inteligencia, y sin alzar sus secos y verdes ojos dijo:

—Nobles señoras, mi ciencia profética no se estiende hasta poder permitirme que conteste sencillamente si ó no, á las preguntas que se me hacen, como las que vuestras señorias se han dignado hacerme; pero todo lo que podré hacer para satisfacer su curiosidad, es presentar en mi espejo mágico los hechos que ayer refirieron á esa noble señora, y en ellos, vuestras señorias mismas podrán conocer la respuesta que se desean.

Despues de un corto silencio en que Antonia triunfó de la indecision de la baronesa, la hechicera fue autorizada para hacer sus pronósticos.

Entonces Fruda, pidió á Florentina su nombre escrito en una tira de papel, un anillo, y un poco de pelo de su rizo de la izquierda. Satisfecha la embustera, pidió en seguida una vela encendida y un vaso de agua: tan luego como estuvo en su poder este segundo pedido, quemó el pelo de la baronesa envuelto en el papel que tenia su nombre, y con las cenizas refregó el espejo, arrojando en seguida el anillo dentro del vaso con agua. Mientras duraba esta pantomima y mogiganga, pronunciaba á media voz un guirigay desconocido, acompañado de gesticulaciones horribles. Despues colocó el espejo de manera que las señoras no pudieran ver la luna, y con acento pausado y misterioso esclamó:

—La atmósfera está diáfana; las nubes parduzcas del Orizonte se disipan: el espeso velo que cubre lo pasado, é impide ver lo futuro á los ojos de los profanos, se rasga y muestra á mis privilegiados ojos lo mas recóndito de los misterios.

Veo á un hermoso jóven mezclado entre muchos nobles viageros que se hospedan en una fonda italiana. El jóven es admirado de todos por su belleza, finura y modales seductores. Es la hora del crepúsculo vespertino. Ha tomado una guitarra, que tañe con maestria acompañándose una barquerola veneciana. Es su voz tan dulce y llena de melodia, que los circunstantes dan muestras de placer al oirlo. De repente este hermoso jóven, palidece y se destruye toda la lozania de sus ojos. Ya está en el lecho de la muerte revolcándose á impulsos de terribles y mortíferas convulsiones.

¡Ah que dolor! La escena ha cambiado.

La bulliciosa y alegre fonda italiana se ha transformado en un lúgubre y silencioso cementerio de una pequeña parroquia. En uno de sus ángulos se advierte una fosa abierta. Un entierro sin pompa se acerca. Los portitores arrojan el cajon en el hoyo, y un hombre armado de una pala cubre aquellos restos. El entierro se retira silencioso despues que un venerable sacerdote ha rezado las últimas preces de los muertos. La noche viene y oscurece aquel recinto. La luna con sus tristes y descoloridos resplandores, alumbra melancólicamente aquella mansion del silencio. La sepultura acabada de cerrar con una fria y pesada loza, se abre. Un cadáver se levanta pálido y lívido: sus pasos son torpes y trémulos. Esta sombra de la vida atraviesa el cementerio, llega á la puerta y desaparece...

Nobles señoras, continuó la vieja bajando el espejo y cubriéndolo con su mugriento y descolorido manto; he concluido mi encargo, lo pasado ya no es un misterio para vuestras señorias.

—No, dijo Florentina fuera de sí, no has concluido aun, es preciso que ahora nos muestres lo futuro, queremos saberlo y pronto.

Fruda y Antonia se miraron rápidamente, y por una insinuacion de la última, la vil hechicera suspendió de nuevo el espejo, y continuó:

Veo preparativos suntuosos para una boda. El altar en vez de rosas, azaar y violetas, está adornado con ciprés, siempreviva y gayunbas. La religiosa ceremonia concluye y el festivo cortejo se retira. Ya está la hermosa desposada en el retrete conyugal de pie y silenciosa apoyada en una de las columnas del tálamo, aguardando impaciente al esposo. Ahora...

—¡Qué horror! me es imposible continuar.

—Es preciso, gritó Florentina levantándose furiosa y asiendo del brazo violentamente á la hechicera. Concluye tu infernal pronóstico, muger maldita, la dijo con ojos amenazantes y en una convulsa agonía: concluye, y sea pronto, yo lo quiero.

—Veo, continuó Fruda atemorizada y dirijiendo furtivamente sus ojos á Antonia en ademan de reclamar su ausilio; veo un espíritu ó fantasma, lívida como la muerte, que entra en el retrete y sin ceremonia alguna se arroja sobre el lecho: su esposa lo sigue: los brazos de aquel circundan estrechamente la delgada cintura de la novia. Un millon de besos se oyen, que reciben las seductoras y excitantes facciones de la esposa. La boca de aquel vampiro busca con desasosiego la de su querida; al fin la encuentra y se pega á ella como el carnívoro pico del águila en el tierno corazon del cordero. Pasan muchos minutos y aun subsisten ambos en esta posicion. ¡Ah! no es el sueño del placer el que así aletarga al marido. Oigo un agudo gemido... y veo despegarse la boca del esposo: ha levantado su cabeza... ¡qué horror! aquella boca está ensangrentada y un arroyo de este vivífico licor corre por los blancos vestidos de la yerta novia. El mónstruo acaba de saciar su sed estrayendo toda la sangre de su desposada. El esposo ha desaparecido y solo queda en el lecho conyugal un cadáver.

La mano que tan fuertemente sujetaba el brazo de la hechicera, fue aflojándose gradualmente. Florentina, cual esas estátuas de mármol, yacia muda y sin respirar en frente del terrible oráculo. A poco se la vió hacer un leve movimiento, y en seguida cayó mortalmente en el suelo.

IV.

Al dia siguiente supo Del-Cano que la baronesa se hallaba peligrosamente enferma, y voló á visitarla; mas con la sorpresa mayor, las puertas le fueron cerradas. Todos los esfuerzos que hizo para ganar al portero con dádivas y amenazas, fueron inútiles: la entrada en casa de la baronesa le habia sido prohibida con órdenes terminantes.

Muchos dias consecutivos estuvo trabajando con tenacidad para penetrar en la mansion de su querida; pero siempre fue rechazado. Su desesperacion no tenia límites: confusas ideas se aglomeraban en su cabeza, y se perdia en conjeturas para buscar el motivo de tan estraño y repentino desvio de Florentina.

Pasaba las noches como un espectro al rededor del palacio de la baronesa en acecho de algun accidente, que ya que no le proporcionase la entrada, al menos pudiera adquirir noticias de su amada; pero todo fue en vano. Las ventanas de su habitacion se mantenian cerradas: las puertas parecian de piedra; ni un indicio de luz se traslucia

por las rendijas; nadie entraba ni salia de aquel edificio; al contemplar ese silencio, hubiérase creido ver unas ruinas del desierto.

En una de esas noches de escrupulosa ronda que el jóven italiano hacía al palacio, y en que sacaba por resultado la misma desesperacion de la noche anterior, una mano desconocida tocó ligeramente su hombro. Volviose con rapidez para castigar tal demasia, y encontrose frente á frente con una muger. Era la señorita Antonia Maltinger que con semblante risueño miraba impávida al desesperado jóven.

Este encuentro fue para Del-Cano un bálsamo consolador, pues su fantasia le hizo creer que acabaria su ansiedad. Al menos, ya que no sepa el motivo de mi espulsion, sabré del estado de su salud. Antonia habria visto á la baronesa, la habria hablado y esto le seria suficiente. Asi es que Del-Cano estrechó la mano de la señorita con entusiasmo, y la hizo un millon de preguntas respecto á su querida Florentina.

Antonia con bastante indiferencia le dijo, que atribuia la enfermedad de la baronesa, á los rumores pocos favorables que circulaban en la corte sobre él; y que tal vez llegarian á los oidos de su amiga con exajeracion é inoportunamente.

—¡Rumores...! respondió Angelo acercándose mas á su interlocutora.

– Sí, rumores, prosiguió Antonia con irónica sonrisa, tan inverosímiles y fuera de posibilidad, que estraño mucho en el juicio y amor de Florentina por su Del-Cano, haya podido dar entrada en su cabeza á semejantes absurdos, que tanto ridiculizan á un hombre que tan profundamente conoce.

– Bien conozco, continuó, que voy á destrozar el corazon de V. pero cumplo con el mandato de una amiga. Florentina ha resuelto no ver á V. mas, y tan luego como su salud se lo permita, quiere escribirle, á fin de cortar para siempre toda relacion entre ambos.

Del-Cano al oir las últimas palabras de Antonia, trémulo de desesperacion, no pudo articular una sílaba, y sin mas ceremonia, se retiró de ella.

Durante algunos dias, puso Antonia por obra los mas seductores medios para atraer á Del-Cano á su amor, y hacerle olvidar á Florentina, pero nada pudo lograr del fiel italiano.

En tanto que así obraba con Angelo esta pérfida muger, no estaba ociosa su perversa intriga con la desgraciada baronesa; ambos víctimas de sus celos y envidia, excitados en parte por consejos de un alto personage.

Cuando un tanto recobrada Florentina de sus afecciones nerviosas, preguntó un dia á Antonia por su querido Angelo, la fue contestada por esta, que tan solo una vez se habia dignado Del-Cano venir á informarse del estado de su enfermedad: pero tan luego como se penetró del mal que la afligia, con una risa despreciadora salió del palacio murmurando en tono de burla, «que no exitaban su compasion las supersticiones y debilidades de las mugeres.»

Desde entonces, continuó la señorita de Maltinger á la baronesa, no ha vuelto mas á preguntar por tí, aunque no pasa un dia que deje de visitarme. Siento mucho decírtelo, amiga mia; pero ese hombre me persigue con solicitud; yo le detesto ¿y cómo habia de interesarme, quien contigo así se porta? Desprecio sus pretensiones y puedes creer, que aunque no mediase su horrible comportamiento contigo, jamás seria tu rival, pues ya sabes que mi corazon aborrece á los hombres que como Del-Cano son volubles y desleales.

La baronesa sentada en el lecho del dolor, escuchaba á Antonia, pero no pudiendo sufrir la pena que le causaba el abandono de Angelo, cayó sin sentido sobre los ricos almohadones de su cama.

No fueron estas las únicas víctimas de los celos de Antonia. El baron, es verdad que estaba maniático, pero sus acsesos siempre fueron moderados y jamás causó mal á ninguno. Antonia no juzgó suficientes las intrigas que hasta entonces habia puesto en juego, para desunir á los dos amantes: su ferocidad queria abanzar á mas. Convencida de que el corazon de Angelo no tornaria jamás á pertenecerle, habia desistido enteramente de toda solicitud: su amor se habia vuelto aborrecimiento, y á nada aspiraba si no á vengarse: este nuevo deseo era en ella mas vehemente y exigente que el cariño del italiano. Su rabia para satisfacerse, necesitaba desgracias atroces: sangre, tal vez un crímen. Sí, un crímen, pues á juzgar por su conducta, no se dudaria de su perversa intencion. No faltaria alguno que solo viera en las intrigas de Antonia, que esta jóven

al obrar así, egecutaba los mandatos é inspiraciones de la zelosa condesa de Willingi, con quien se la veia en íntima amistad.

De cualquier manera que fuese, en virtud de las entrevistas continuas con Antonia, se habia acrecentado la locura del baron de Eschen, hasta el estremo de estar furioso. Mas de un criado habia ya sufrido el mal trato de sus arrebatos: y en medio de sus vigilias é insomnios se le oia pronunciar con rábia:

—«¡Mi hermana es querida de un asqueroso cadáver! ¡la sangre de los Eschen debe correr para vengar tal injuria! ¡El hado fatal que rige sobre nosotros, reclama la vida de mi sobrina! ¡En la familia de los Eschen no debe existir nadie feliz!"

Del-Cano, apesar de las intrigas de Antonia, no habia desesperado del amor de Florentina, y todas las noches continuaba rondando el palacio, con la esperanza de introducirse en él. La casualidad hizo, que una de las noches que mas aflijia á su corazon la ninguna probabilidad de ver á su amada, vió abierta una puerta pequeña del ángulo izquierdo del edificio. Bien sabia que aquella puerta daba entrada á una escalera que directamente conducia á las habitaciones de la baronesa. El deseo de una entrevista que tanto ansiaba su amor, quitó á su delicadeza todo escrúpulo, y arrojándose á la escalera subió como el rayo de tres en tres los escalones; pero al llegar á la puerta del dormitorio de Florentina, palpitó de placer su corazon, y dudó si entraria. El amor guió su mano al pestillo para abrir, y ya iba á levantarlo, cuando una voz estraña hirió su oido, que articulaba palabras confusas: detuvo su respiracion y aplicando su atencion, pronto conoció que el baron de Eschen se hallaba en aquel sagrado recinto. La prudencia le hizo esperar para enterarse del objeto que conducia á allí al baron, y aplicando el oido á la cerradura oyó á este que decia:

—¡Duerme! si, el sueño de la niñez, es el sueño inocente de los ángeles: es la bendicion del Eterno á los mortales. A tu edad, ¡oh Julia! el sueño no produce remordimientos que atormentan el cuerpo ni el alma. A tu edad todavia no se presentan esas sensasiones crueles que produce su fatal recuerdo. ¡Cuán hermoso es dormir en brazos de la inocencia arrullado por el ángel de la virtud y pureza! ¡Y qué placer será despertar de un sueño delicioso y profundo y hallarse de pronto en la region de los justos! Sí, tierna y querida criatura, voy á proporcionarte ese tránsito feliz, y separarte para siempre de los sinsabores y desgracias que el hado fatal de nuestra familia te tiene preparado.

Del-Cano se estremeció al oir tal lenguaje y abrió la puerta, entrando hasta cerca del baron; pero cuál seria su asombro al ver á éste inclinado sobre el lecho de la inocente Julia, con el brazo derecho levantado y brillar en su mano la hoja de un agudo puñal pronto á descargar sobre el tierno pecho del angelito! Las facciones descompuestas del baron y su amenazante aptitud, no dejaban duda de sus criminales intenciones. Así es que demasiado interesado Del-Cano por evitar el golpe fatal, se acercó lo bastante y con sigilo al frenético baron, para estar pronto á la defensa de la niña. No tardó mucho en realizarse sus temores: el brazo del baron cayó con fuerza en direccion del pecho de Julia, pero la nerviosa mano de Angelo hizo variar el golpe y retirar al asesino algunos pasos de su víctima.

—¡Ah tu aquí, muerto detestable! murmuró fuera de sí el demente al ver frustrado su golpe por Del-Cano. Ahora veremos si esa vida ficticia que llevas se resiste á mi acero.

Y arremetió furioso á su enemigo.

El ruido de la lucha hizo despertar á la niña, que se incorporó en su camita; pero horrorizada á la vista de aquel espectáculo, prorumpió en gritos y llanto:

—¡Tio mio! decia; ¡tio mio, no mate V. á papaito Angelo! no lo mate V. por Dios, que mamá se enfadará mucho!

Las palabras de este ángel sonaron tarde. Del-Cano habia caido mortalmente herido, y arrojando un rio de sangre por su pecho destrozado. El loco lo miró con risa feroz, y levantando de nuevo el acero, se dirigió al lecho de Julia con la bárbara y tenaz intencion de consumar el infanticidio; pero Angelo apesar de su estado moribundo, reunió el resto de sus fuerzas, y se arrojó entre el asesino y Julia, cubriendo á esta infeliz, con su ensangrentado cuerpo.

En este crítico momento, una puerta se abrió con estrépito y Florentina pálida de espanto se lanzó en medio del aposento. Las facciones del loco habian perdido algo de su

fiereza: sus ojos de tigre eran menos saltantes y su maligna sonrisa tenia algo de satisfaccion: pasó la vista varias veces desde Del-Cano á Julia, y antes que Florentina tuviese tiempo de recuperarse de la sorpresa que habia tenido al entrar; con voz sosegada y aspecto tranquilo, la dijo:

—Ese miserable hubiera asesinado á tu hija si yo no hubiese clavado en su pecho su propio puñal. Míralo aun goteando su infame sangre. Como ese italiano es un espíritu horroroso de las tinieblas, se apareció, valido de su infernal poder, en la mansion de la inocencia para derramar la pura y noble sangre de los Eschen, y alimentar su asqueroso cuerpo con ella; pero yo he sabido frustrar su criminal y sacrílego intento. Yo el baron de Eschen, vigilaba la vida de mi sobrina, porque sabia, que estos espectros inmundos aman la sangre de los infantes, como la serpiente la leche humana. En fin, hermana mia, he salvado la vida de tu hija: á mí debes la conservacion de sus dias, y no te olvides, que no es fácil que siempre pueda ser tan oportuno un hermano. Ahora manda arrojar de aquí ese asqueroso cadáver.

¡Mónstruo! dijo Florentina arrojándose sobre Del-Cano para arrancar de sus moribundos brazos á su hija Julia. ¡Mónstruo! ¿era tal tu sed de sangre que no pudiste respetar la tierna vida de esta inocente? ¿De esta niña, que te adoraba como á padre? ¡Oh Dios mio! ¿Es posible que yo haya amado á este hombre!

—¡Florentina óyeme antes de morir! dijo Del-Cano con voz apenas inteligible. ¡Oyeme, Florentina, un momento siquiera y que sea pronto, ya que muero por tu hija y por tí!

—¡Mamaita, déjame que esté junto á mi papaito Angelo! repuso Julia anegada en llanto. Déjame ir con él, mamá, no me sujetes así, que mi papá es muy bueno: si no hubiera sido por él, mi tio, que estaba mas feo que nunca, me hubiera muerto, porque me enseñaba un cuchillo muy grande y me queria pegar con él.

—¡Angelo! dijo la baronesa llena de dolor y confusion, ¿es verdad lo que dice Julia? Hermano mio...

El baron habia desaparecido. Aterrada Florentina por una súbita sospecha, que le confirmaba la huida de su hermano, y siguiendo el impulso de su corazon, se arrojó llorando sobre el helado cuerpo del jóven italiano.

—Florentina, dijo este con débil voz, alma mia, mi siempre y querida Florentina, mis ojos van á cerrarse para no abrirse mas; las tinieblas y congojas de la muerte las siento ya sobre el corazon. Levántame un poco la cabeza para que pueda en mejor posicion reunir mis espirantes fuerzas y aclararte el misterio de mi vida, que hasta aquí te he ocultado con empeño; y te acordarás que te prometí referírtelo en el último instante de mi vida

—Angelo mio, interrumpió la afligida baronesa, pasando su brazo por la espalda del espirante Del-Cano, y colocando su cabeza sobre su pecho. ¡Tu no morirás, amor mio! ¡Julia, Julia, tira pronto del cordon de la campanilla y pide socorro! ¡Angelo, esposo mio! Perdona á tu Florentina! Olvida mis debilidades é injusticias. ¡Me decian tanto de tí! Vive para mí, esposo mio!

—¡Ah Florentina! yo soy el que debe implorar tu perdon: yo soy quien se acoje á tus hermosos y sensibles sentimientos para esperar ser perdonado. ¡Ah Florentina! he sido criminal contigo, pero tienes un corazon bondadoso que olvidará mi crímen. Escucha:

Apenas habia cumplido 17 años, quedé huérfano y dueño de una inmensa fortuna. Mi tutor, hombre pérfido y ambicioso, tenía una sola hija, prototipo de la mas exagerada coqueteria. El plan de mi tutor, desde que mi horfandad me puso en su poder, fue el unirme con su hija; y como conocia lo fácil que es alucinar á 17 años, continuamente me hablaba del cariño de su hija, y de lo que secretamente sufria por mi. La reflexion de una tan corta edad y el orgullo de verse amado por una cara linda y unos ojos bellísimos, se unieron á la inesperiencia y sucumbí á los deseos de mi tutor casándome con su hija. A los pocos meses, el exceso de su lujo y caprichos costosos en que abundaba hicieron disipar completamente mi caudal, forzándome su débil y vergonzosa conducta á separarme de ella decididamente. Para distraerme de este cruel sentimiento que ya se hacia visible en mi salud, viajé por Italia, acompañado únicamente de un fiel y antiguo criado que me habia visto nacer.

Estando en la ciudad de M... caí de repente peligrosamente enfermo: un sueño

mortal embargó mis sentidos, no pudiendo asegurar el tiempo que duró, ni lo que pasó por mí, pues de nada me acuerdo. Cuando volví en mí, sentí un agudo dolor en las sienes y una opresion de pecho que me sofocaba. Abrí los ojos, y apesar de lo turbio de mi vista, me encontré, con horror, tendido en un sepulcro á medio destapar, y un hombre á mi lado que se preparaba á cortar un dedo de mi mano derecha para robarme un anillo de mucho valor que aun conservaba.

No trato de describir el espantoso miedo que inspiré al ladron cuando observo en mí movimientos de vitalidad, ni como no morí de horror al verme en aquella situacion. Al fin aquel bandido desató mis fúnebres ligaduras, y poniéndome en pie me despojó del hábito talar con que habia sido amortajado.

Me encontraba en el mundo otra vez, y libre del lazo fatal que causó mi ruina; pero esta libertad era preciso comprarla á costa del silencio de aquel hombre, que yendo á cometer un sacrílego crímen, habia salvado mi vida. Ambos, apesar de nuestras diferentes posiciones, y siguiendo los impulsos de interés, juramos en presencia de aquellos lúgubres cenotafios, guardar con el mas profundo secreto las circunstancias de aquel inesperado acontecimiento.

Mi anillo pasó á su poder, y aquel hombre criminal, compadecido de mi suma debilidad, tomó mi brazo y sacándome de aquel lúgubre y silencioso recinto me condujo hasta la puerta de un primo mio, de quien felizmente pude darle las señas. Allí nos separamos para siempre y sin que nuestros lábios pronunciáran una sola palabra.

Mi primo á quien por un testamento, que hice de antemano, dejaba los restos de mi caudal, era un jóven que poseia toda mi confianza, y por consiguiente fue dueño de mi secreto. Me recibió con el placer y sorpresa que causa la resurreccion de un amigo á quien siempre se amó, y me prometió un sagrado sigilo, asegurando proteger mi vuelta al mundo bajo el nombre y apariencia de un lejano pariente suyo del Piamonte de mi mismo apellido.

Ahora, mi querida Florentina, llega el momento de confesar mi crímen. Vine á esta corte, te ví, y desde luego te amé. Despertates en mí la frenética pasion de un primer amor: eras mi propia existencia, respiraba en tu presencia la vida maternal y, en una palabra, mi corazon dejaba de palpitar lejos de tí. Tal fue la fuerza de esta pasion, que olvidando que ya no pertenecia á la comunion de los vivos, que no tenia un legítimo nombre que darte, y que existia una muger que pudiera reclamar los derechos de esposa, osé pedir tu mano, y esperé un porvenir lisonjero si me concedias esos brazos, en los cuales cifraba toda la ventura de mi nueva vida.

¡Hé aquí el delirio de mi imaginacion! ¡Ese es mi crímen! Florentina mia, permíteme que siquiera en los últimos momentos de mi vida, pueda creer realizado mi feliz pensamiento. Deja que te llame esposa, y que mis lábios se unan á los tuyos. Tú tienes un alma bondadosa para negarme un perdon que reclama mi desgracia, ¿quiéres, Florentina mia, que ecsale mi último aliento en los brazos de una esposa? Logre yo oir de tu boca el dulce nombre de esposo y veré abierta la mansion justa del perdon.

—Sí, Angelo mio, contestó la baronesa anegada en llanto y besando con enagenamiento los moribundos ojos de Del-Cano. No me hables de perdon, cuando ves mi corazon destrozado de amor y sentimiento por tí. Vive por mí y para mí, mi dulce y querido esposo.

Julia, apesar de su corta edad, participando de la afeccion de su madre, se arrojó sobre las pálidas mejillas de Angelo, y llenándolas de caricias y tiernos besos, con interés le decia:

Papaito, abre los ojos y no hagas llorar tanto á mi pobre mamá. Ya se fue el feo de mi tio, no tengas miedo que vuelva. Despierta ya ¿estás mejor? ¿Es verdad que no te morirás tú? ¡Anda, papaito que ya no quieres á tu Julia! ¡Mira, si no abres los ojos y me das un besito, me enojo contigo y empiezo á llorar como mamá!

—La helada y pesada mano de la muerte oprime ya mi corazon, esposa mia, dijo Del-Cano con las angustias del esterminio. Acercáte mas á mí, ¡ah! apenas puedo ya conocer tus facciones. Dame tu mano y dejála posar sobre mi pecho, quiero que sientas el último latido de mi corazon, es tuyo, y es muy justo que te convenzas de la felicidad con que muero por tí. ¡Bendita seas, esposa mia, pues tan dichoso me haces al morir!

De pronto, las pálidas y contraidas facciones de Angelo, se despejaron de las marcas moradas de la muerte: sus ojos se abrieron y brillaron con vida: su respiracion fue mas pausada y libre, y sus músculos y nervios se animaron, como si un agente secreto luchase con la muerte para hacer volver al equilibrio natural á aquella cadavérica existencia.

—Nosotros, dijo el jóven con voz mas firme, nos juntaremos pronto y para siempre. Despues de esta sincera vida hay un mundo de positiva felicidad en donde tenemos nuestro puesto que ocupar. ¡Sea el Dios de los cristianos tan misericordioso como tú, y perdone mi alma! Ese ser de bondad y clemencia que ni conoce el odio, ni la venganza, quiera protejerte y á mí, querida Julia, hasta que nos juntemos en la mansion de los justos! Ten valor, esposa mia... para soportar mi ausencia, y...

Toda la esperanza de vida desapareció. Fue como el último desteyo de la luz que brilla con mas fuerza para estinguirse para siempre. La cabeza de Angelo cayó sobre su pecho como si sucumbiese á un peso superior. La palabra murió en sus lábios, y la mano que aun estaba entrelazada con la de Florentina, se desprendió helada y sin movimiento. Angelo Del-Cano habia muerto por segunda vez.

La baronesa, cual esas estátuas inanimadas de los sepulcros, yacia arrodillada al lado de su infortunado esposo. Sus ojos parecian que contemplaban aquellas facciones, un momento antes tan llenas de amor, y ahora tan diformes y desechas por la muerte. Ningun movimiento se apercibia en su naturaleza. Su llanto se habia secado, y una dolorosa sonrisa marcaba su hermosa boca. Parecia la estátua del dolor que la mano hábil del escultor habia colocado sobre el sepulcro de un desgraciado.

¡Quién sabe el tiempo que hubiese estado en esta estúpida situacion la infeliz baronesa, víctima de la mas falsa amistad, si un agudo grito de su hija, no hubiese penetrado en su alma, despertándola de aquel pesado letargo! Dábalo la niña en el cuarto inmediato, á donde se habia refugiado, pues como todas las niñas de su edad, cambió la ternura de su cariño, en horror y miedo al aspecto del cadáver de Angelo.

Al grito de Julia contestó la baronesa



con otro de dolor, saliendo de su abatimiento. Entonces conoció que su hija era el único ser que le quedaba en el mundo, y que su consuelo se cifraba en ella. Voló, pues, á su encuentro, y ambas se abrazaron estrechamente.

En aquel instante llegaba toda la servidumbre del palacio al socorro de su jóven señora.

V.

Antonia, apesar de haber oido contar la inesperada muerte de Angelo Del-Cano, fruto de su bárbara venganza, no pudo gozar de su triunfo. En valde concurria apropósito á todas las brillantes sociedades de la corte: sus remordimientos acibaraban sus placeres. Su corazon, destrozado por el dolor, no encontraba la tranquilidad que le habia prometido su venganza. En todas partes se presentaba á sus ojos un fantasma acusador: ella sufria mortalmente en la vida de gran tono que seguia por recurso, aunque su noble nacimiento lo exigiese. Antonia, en fin, conoció su crímen, y la vergüenza aumentó los tormentos de su alma.

Un año despues de la muerte de Del-Cano, circulaba en la alta sociedad, que la hermosa y rica señorita Antonia Maltinger, habia profesado en un convento de religiosas..., despreciando la vida del gran mundo y el porvenir que su hermosura y riqueza debia esperar. Ignorábase la causa de tan repentino proceder, tan contrario á las costumbres y principios de Antonia; y al mismo tiempo se contaba con estrañeza y sátira, el que esta nueva religiosa hubiese repulsado groseramente la visita que la condesa de Willingi, su íntima amiga, la hizo el dia despues de su repentina profesion. La crónica escandalosa, epigramaba esta conducta con ridículas anécdotas de la condesa, á quien, no faltaban otras personas que tambien contasen con escarnio el abandono rápido en que habia quedado por la precipitada marcha de un tal príncipe germano.

El baron Eschen, murió á poco tiempo de estos acontecimientos, en un hospital de dementes, en el estado mas furioso de locura, y siempre con el tema de su hermana y sobrina, á cuyos nombres solia añadir el de Antonia Maltinger que pronunciaba con espanto y escarnio.

En una gaceta de... se leia:

«Hoy ha sido ajusticiada en la plaza de armas, Fruda de Neustaldt, acusada de hechicera. El pueblo se apoderó de su cuerpo y atropellando la fuerza armada, la ha conducido por las calles arrastrándola hasta quedar una masa informe.»

Florentina, la baronesa de Lindori, dos veces desgraciadamente viuda, se la veia con melancólico semblante, sufrir resignada los reveses con que la suerte la habia afligido, y esclusivamente entregada á la educacion de su hija; siempre retirada del bullicio y practicando las obras de caridad y beneficencia. Hablaba á menudo con su hija de Angelo, con tanto cariño y sentimiento como si hubiese sucumbido el dia anterior.

T. por A. de A.

HISTORIA NATURAL.

CABALLOS ARABES.



Gail, es el nombre por el cual los árabes designan á los caballos en general. Por una coincidencia bastante rara, el pueblo de París en su lengua argótica, llama al caballo *gail*.

Los árabes dividen regularmente los caballos en cinco razas, oriundas todas del Neojede, y de tiempo inmemorial se ocupan sus habitantes con un cuidado religioso en conservar su pureza primitiva. Hay muchas opiniones sobre la antigüedad de las razas: algunos autores la consideran desde la época mas remota del paganismo, nombrando por originario al caballo tan famoso Masour, que pertenecia á Okrar, gefe de la tribu de Beni-Vedeida: y otros creen que proviene de cinco yeguas favoritas de Mahoma que se llamaban Rabdha, Noama, Wadea, Saadkha, y Hherma.

El ilustre Buffon dice que la conquista mas noble que el hombre ha hecho, es la del caballo: fiero animal que divide con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates, pero tambien no hay ningun pueblo que sepa apreciarlos tanto como los beduinos, y en los mismos desiertos del Neojede, su pais natal, y en los de Isbedjan y del Yemen, donde se ha multiplicado extraordinariamente, tanto que seria necesario transportarse á aquellos desiertos, para conocer todo el interés que les inspira, y aprender las diferentes razas á que puede pertenecer; y que los soberanos del Asia, como tambien los de Europa, han deseado propagar siempre en sus Estados.

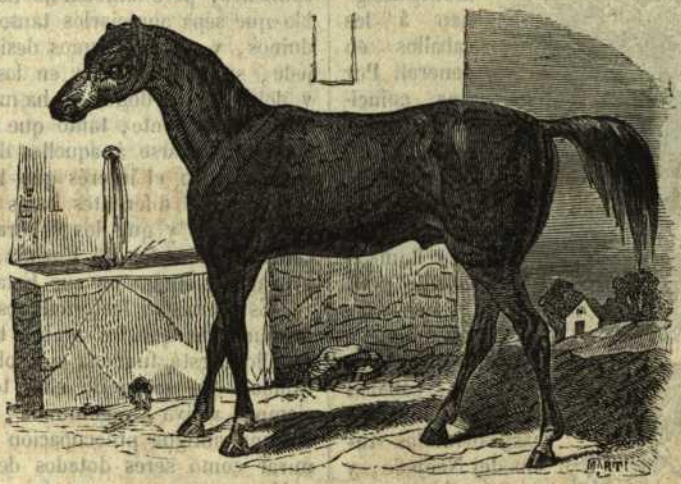
Esta amistad fraternal, esta predileccion pronunciada que los árabes tienen por sus caballos, está fundada no solamente en la utilidad que sacan de ellos toda su vida, siempre activa y vagamunda, sino tambien en una antigua preocupacion que los hace mirar como seres dotados de sentimientos nobles y generosos, y de una inteligencia que no tienen los demas animales, y por eso acostumbran decir: La criatura mas eminente despues del hombre es el caballo; la mas hermosa ocupacion es el criarlo; la postura mas noble es la de ir sentado sobre sus lomos; la accion mas meritoria de todas las domésticas es la de darle de comer.—Añaden á esto que ganan tantos dias de indulgencia como granos de cebada le presentan en su racion.

Mahoma decia á sus discípulos: Recomiendo muy particularmente vuestra atencion sobre las yeguas parideras; porque sus lomos son un puesto honorífico y su vientre

un tesoro inapreciable. El mismo sectario esplica así la formacion del caballo:—Cuando Dios quiso criarle, llamó al viento del medio dia y le dijo: Quiero sacar de tu seno un nuevo ser: preséntate á mí despojado ya de tu fluidez, y fue obedecido: entonces el Señor cogió un puñado de este elemento que se podia ya manejar, lo sopló y nació el caballo. Serás para el hombre, le dijo, un manantial de felicidades y riquezas y se ilustrará montándote.

En general los caballos árabes son de una constitucion delicada, pero ejercitados en las fatigas de las marchas largas, son bien formados, vivos y de una sorprendente ligereza en la carrera; tienen muy poco vientre, orejas pequeñas y el pescuezo corto y delgado. Estas son las señales distintivas por las cuales se conoce al instante. Ademas de todas estas cualidades, casi siempre estan libres de deformidades aparentes y tan dóciles y domesticados que se dejan ensillar y manejar por las mugeres y los niños, en medio de los cuales se tiende muchas veces en la misma tienda. Hasta la edad de cuatro años se montan en pelo y no los hierran, resistiendo tambien la sed durante muchos dias enteros, y se mantienen regularmente con leche de camella.

Sin embargo, las cualidades físicas que los árabes mas aprecian en un caballo, son las siguientes: el pescuezo ancho y arqueado, las orejas delgadas y que casi se toquen las puntas; la cabeza pequeña, los ojos grandes y muy vivos, las quijadas inferiores descarnadas, el hocico afilado, las ventanas de la nariz bien abiertas, el vientre poco abultado, las piernas nervudas, las ranillas cortas y flexibles, los cascos duros y grandes, el pecho ancho, y las ancas altas y redondas.—Siempre que el animal reuna las tres buenas cualidades de cabeza, pescuezo y ancas, consideran el caballo perfecto.



Caballo árabe.

El siguiente suceso será suficiente para probar á que estremo son fieles con sus ginetes los caballos árabes.

Un árabe de una tribu del desierto, fue hecho prisionero en un combate sostenido contra una partida de tropa inmediata, herido, maniatado y abandonado fuera de las tiendas de la tribu victoriosa. En este deplorable estado no pensaba sino en dos cosas; en su familia y su caballo, el profeta ocupaba entonces una pequeña parte de su imaginacion. Esperimentaba un deseo muy grande de volver á ver su caballo antes de morir, y aprovechándose del sueño en que estaba sumergido todo el campo enemigo, pudo con bastante trabajo rozar con los dientes la cuerda con que estaba atado á una palmera; despues se dirigió hácia el lugar del cuartel donde oia salir los relinchos de los caballos.

Allí encontró á su querido animal, y el hombre y el caballo se prodigaron las mas

tiernas caricias. Pobre amigo mio! decia el árabe á su compañero, ya no volverás á ver la tienda á la cual ibas todos los dias á buscar la cebada que preparábamos con tanto gusto para tí; ya no volverás á descorrer la cortina de cuero para meter la cabeza y esperar una caricia, y á mis hijos ya no les calentarás sus manecitas con tu baho. ¡A Dios, á Dios! y el prisionero se deshacia en lágrimas al pronunciar estas palabras. El caballo tambien daba á entender que conocia todo el sentimiento de que estaba poseido su dueño.

Sé libre, esclamó de repente, vé á buscar todas las personas que tanto amamos. Despues de pronunciar esta frase el árabe, hizo un nuevo esfuerzo y rompió con los dientes la cuerda que tenia sujeto al caballo.

La alegria del animal no tuvo límites al verse de esa suerte: el prisionero le hacia seña de que se marchase, y él permanecia inmóvil. Sus saltos y relinchos, el movimiento de su cola, de sus orejas y de las ventanas de la nariz, manifestaban su alegria; pero sin querer separarse de su dueño.

En fin, conoció que estaba atado, y deshaciendo los nudos con los dientes le hizo montar y huyó á todo galope. En esta rápida carrera el prisionero estuvo espuesto á muy grandes peligros: el caballo atravesó el desierto sin detenerse, corriendo noche y dia, hasta que llegó muy cerca de la tienda de su amo; y allí lo entregó á los pies de su muger y de sus hijos, que habian salido con la noticia de una vuelta tan inesperada. El caballo volviendo hácia estos la última mirada, espiró en aquel momento agoviado del cansancio.

S. P. E.

LAS MONEDAS DE ORO PRESTADAS.

A la edad de 32 años ascendió al poder el duque Luis despues de la muerte de su tio. Pocos príncipes de su tiempo, poseyeron conocimientos tan varios. Viajaba en Europa, no de corte en corte para divertirse, sino con el objeto de adornar y estender su entendimiento. Príncipe hereditario se habia captado el amor del pueblo por su bondad, afabilidad, modestia y una beneficencia sin igual. Gastaba poco, pero se sacrificaba por el adelanto de las ciencias y el alivio de los necesitados. Ya estaba viudo y para conservar la paz, resolvió no volverse á casar. Su servidumbre se componia de un lacayo, un jardinero, un cazador, un cochero, un cocinero y un secretario. Vivia en una de sus posesiones como un desterrado, porque el anciano duque su tio no lo amaba, sin saberse la causa de ello. Es raro que un príncipe reynante quiera á su sucesor, porque generalmente no ve en él sino á un heredero impaciente.

El antiguo duque era un señor rigoroso é inflexible, gustaba de la pompa y del órden tanto en su casa, como en sus estados. Todo se hacia por rutina, todo andaba como un reloj, y desgraciado del que hacia mas ó menos de lo que le estaba prescrito! Gustaba de inspeccionarlo todo, descendiendo á los menores detalles, y la miseria y la opre-

sion reynaban en el ducado. Los cortesanos escribian mensualmente un estado, de los que se hacian uno general que era presentado á su Alteza, imaginándose al ver dicho estado abarcar con un golpe de vista la situacion completa del ducado. Bastábale al buen hombre ver cifras, nombres y algunas observaciones respetuosas, y se imaginaba haber convertido en máquina la administracion de sus estados; admirándose de la sencillez del mecanismo. Pero lo que aconteció fue, que queriendo hacer autómatas de sus vasallos, hizo entes cobardes é ignorantes. Su pueblo se corrompió en la depravacion, entretanto que sus vecinos mejoraban de dia en dia su inteligencia.

En qué consiste, preguntó el anciano duque á sus cortesanos reunidos, que gasto á pesar de todo, tanto dinero? La solucion de esta pregunta volaba de boca en boca, pero ninguno se sentia con el valor suficiente para decirla al príncipe.

El baron de Leinau se adelantó: este acababa de ser nombrado secretario del gran consejo, y se imaginó probablemente que encontraba la ocasion mas oportuna para manifestar su reconocimiento al duque.

—Alteza serenísima, dijo, se necesita de una parte una poca de libertad y de energía, y de la otra menos relaciones y papeles. Los ejércitos pasan por máquinas; pero los que tienen una superioridad marcada sobre el papel, son derrotados con frecuencia en el campo de batalla, cuando tienen que luchar con un enemigo que hace mas que evoluciones, que piensa, que ama la libertad.

Un anciano feld-mariscal agitó silenciosamente su cabeza gris, é inclinándose delante del duque, dijo:

—El Estado y el ejército no pueden ser máquinas privadas de vida y de voluntad; el genio del príncipe vivifica al uno, el pensamiento del general al otro. El Estado es poderosísimo cuando el príncipe para conseguir sus proyectos, no teme los gastos, el general es invencible cuando tiene cien mil brazos para egecutar sus planes.

El baron de Leinau repuso con timidez:

—El error que causa los desastres de los Estados, es el de no ver en los hombres, sino maniquies sin voluntad, y tener en menos su inteligencia y su valor que sus brazos y piernas. Un ejército á quien animase una grande inteligencia, aun cuando fuese vencido, viviria aun en sus restos, y como la hidra de Lerna, en lugar de una cabeza abatida mostraria otra mas formidable aun. Por el contrario un ejército...

—Silencio, callaos, impertinente! gritó el duque con voz tonante; no está bien que critiqueis á un feld-mariscal cuando apenas sabeis cortar una pluma.

El baron se puso encendido de verguenza, y despues de cólera cuando el duque le señaló la puerta con el dedo; inclinóse y salió con los ojos chispeantes. El duque le dirigió una mirada de desprecio en la que leyó la corte entera su desgracia. El feld-mariscal murmuró algunas palabras sobre la temeridad de los jóvenes que no sabiendo gobernarse ellos mismos querian dar consejos al mas sábio, y mas amado de los príncipes. Estas últimas palabras fueron acompañadas por una mirada respetuosa dirigida al duque. El canciller deseaba que ascendiese al lugar de Leinau un sobrino suyo, y así tomó en seguida la palabra elogiando largamente á su sobrino. Un mariscal de campo hermano de una niña muy fea con la que Leinau se habia mostrado indiferente, añadió tambien una pequeña reflexion.

Al siguiente dia recibió el baron la órden graciosa de viajar aun algunos años, y de aprender á cortar las plumas antes de volver á la corte.

Lainau se golpeó colérico la frente cuando lo supo. Nadie tiene el derecho de ser imprudente. Loco! no serás jamás sensato? pasarás tu vida en los caminos reales? decia haciendo sus preparativos, y pudiendo apenas contener sus lágrimas. Sin parientes y poco sobrado de dinero era como vemos un baron (*) en toda la estension de la palabra. Entonces visitó la Suiza; sus montañas le llamaron la atencion por su majestad; pero se alejó de allí viendo hombres débiles, degenerados, y leyes llenas de rarezas. Marchó á París, en donde solo se hablaba de hacienda; por todas partes placer, voluptuosidad, pobreza, miseria. Llegó á Lóndres, donde únicamente encontró instituciones libres, y allí tambien plantó sus reales.

Recorriendo un dia las calles, mirando á uno y otro lado oyó en la tienda de un librero una discusion muy animada; volvió

(*) *Freiherr; baron en aleman es hombre libre.*

la cabeza y reconoció á uno de sus compatriotas, á quien habia visto con frecuencia en los paseos públicos y que disputaba con el librero. Hizo aquel al baron una señal con la mano y este se aproximó.

—Me encuentro en una posicion muy crítica, le dijo en aleman: yo he comprado una coleccion preciosa de paisages, de cartas geográficas, de estampas y libros raros, por un precio loco. Hay dos meses que hicimos el trato esperando dinero que debia haber llegado á los catorce dias, pero ved aquí qué contratiempo! mi padre me escribe que marche inmediatamente á Alemania. Debo encontrar en Amsterdan una asignacion de mil luises; pero no me envia ni un sueldo. Debo al librero trescientos luises y no quiere romper el trato, me amenaza, y apenas tengo veinte, contando con ellos para subvenir á los gastos del viage de aquí á Amsterdan. ¿Podeis auxiliarme?

El baron reflexionó un instante.

—¿Teneis fondos? repuso su interlocutor, comprad la coleccion, yo tendria un disgusto en que otro la poseyera. Yo os enviaré cuando esté en mi casa en cambio la cuenta...

—Donde está vuestra casa?

El interrogado pronunció varias palabras entrecortadas, dijo su nombre y la residencia donde el baron habia aprendido á cortar plumas.

Este lo miró fijamente y meneó la cabeza.

—Al regresar de la universidad he pasado seis meses en esa ciudad, que no es grande, y jamás he oido hablar de la casa de los condes de Staremberg...

El pretendido conde se enrojeció como la púrpura.

—¿Quereis mi palabra de honor? dijo con una voz poco segura. Os prometo que al punto que llegue os haré contar trescientos luises de oro donde querais...

—Yo puedo adelantaros dinero, pero con una condicion...

—Cuál? esclamó el conde, yo estoy pronto á firmar. Teneis razon para desconfiar; yo...

—Firmar! eso no vale la pena. Vuestro



El préstamo.

aspecto franco inspira confianza. Quiero saber si una figura semejante puede mentir. La condicion es...

—No, señor baron, pensais con delicadeza y teneis motivos para sospechar porque os he mentido. Teneis razon, no existe casa alguna de Staremberg, y quiero deciros quien soy.

—No, no, señor conde, dijo Leinau interrumpiéndolo, quereis hacer este trato?

—Baron, he aquí mi mano.

—Quiero que deis el dinero al administrador de mis bienes, cuando llegueis á casa de vuestros padres (yo os daré sus señas) y despues, que ni hoy, ni mañana, ni nunca me escribais á mí ni á mi administrador, ni nos digais quien sois.—Ya me habeis dado vuestra palabra de honor y vuestra mano. Diciendo esto, sacó Lainau su cartera y dió al conde un billete de banco.

—Este billete vale mas de lo que os hace falta, vos no os incomodareis por eso.

El conde se arrojó á su cuello y lo estrechó fuertemente entre sus brazos, despues pagó al librero, y mientras este cambiaba el billete dijo á Leinau apretándole la mano:

—Nos vemos obligados á hacer conocimiento antes de dejar á Inglaterra. Vais á venir á mi hotel; un vaso de champagne hará cesar vuestra severidad, y sabreis á quien habeis socorrido en una posicion tan crítica. Quereis venir?

—Por qué no? Pero venis á pie, señor conde?

—Si.

—Y yo tambien; permitid que vaya á buscar un coche.

El baron se alejó y... no volvia. Dos horas lo esperó el conde, al cabo de las cuales mandó trasladar los libros á su hotel. Al dia siguiente recibió un billete del baron en el que se disculpaba de no haber vuelto á la libreria, pues habia olvidado por distraccion que su viage para Rusia estaba detenido, y le daba las señas de su administrador.

El conde se disgustó de no haber podido hacer con el baron un conocimiento mas íntimo.

—Pero, esclamaba alegremente, baron de Leinau, amistad para toda la vida! Tú eres un hombre generoso, un aleman leal.

Despues cerró la carta y salió para buscar la morada de aquel, esperando encontrarlo aun, pero se engañó, pues ya habia partido de Lóndres, donde se embarcó para Copenhague, dirigiéndose inmediatamente á Petersburgo, en cuya ciudad tuvo el honor de encontrar recomendaciones. Catalina á la que fue presentado lo trató con la mayor deferencia, no pudiendo él comprender lo que le valia tanto honor.

—Buen Dios! le dijo riéndose uno de sus amigos, nada hay mas sencillo; la Czarina es muger, y vos no sois mal formado. Deseais entrar al servicio de la Rusia? vuestro deseo está cumplido. Aun en los príncipes mas distinguidos el esterior desempeña siempre el principal papel. Gran número de oficiales han sido retirados á pesar de sus servicios, pero la suerte os favorece.

—Creeis pues que la Czarina me dará una compañia?

Ciertamente, mi querido baron, creedme, obtendreis mas de lo que pensais. Yo he observado la mirada que os dirigió al volverse y es la misma que dirigió al conde Rasumowsky, á la princesa Daschkow, y últimamente á Potemkin. Todo el mundo habla de vos. Y Potemkin me ha dispensado el honor de informarse por mí del conde de Leinau, me ha repetido vuestros elogios, sé que la Czarina ha dicho vuestro nombre al príncipe. Descuidad, vuestra fortuna está hecha.

Efectivamente, algunos dias despues fue llamado Leinau por el príncipe Potemkin, quien lo sorprendió de una manera halagueña ofreciéndole el despacho de teniente coronel de un regimiento de caballeria. El jóven agraciado, de gran uniforme, fue admitido al honor de besar la mano de su graciosa protectora. Potemkin lo envió inmediatamente á reunirse con su regimiento, á cuya cabeza siguió las banderas de Romanzow y de Repnin en la Moldavia, contra Oczakow. En el sitio de esta plaza, la conducta cruel de los rusos hizo tanta impresion en Leinau que se vió á punto de hacer su dimision; pero no la hizo y la Czarina lo mandó cumplimentar por el valor que habia demostrado en Oczakow y le dió el grado de coronel.

«Es seguro, escribia el nuevo coronel á su amigo de Petersburgo, que mi ascenso es el fruto de esa mirada á la que todo lo debo, porque he demostrado muy poco valor en Oczakow; yo he sido con mi regimiento espectador pacífico del asalto.»

El coronel Leinau entró en un cuerpo

ruso que combatia á los suecos en Finlandia. Batiose cerca de un año hasta el momento en que se terminó la paz en el campo de Wercla. En este tiempo se acordó frecuentemente del que se titulaba Staremberg á quien habia socorrido en Lóndres, y que aun no habia hecho uso de las señas de su administrador. Hallábase en la certeza de que habia recibido su carta, pues el dador de ella le aseguraba habérsela entregado fielmente. Lo que disgustaba al baron no era la pérdida de sus trescientos luises, sino la idea de haberlos dado á un hombre cuyo esterior le habia engañado, á un hombre de tan poco honor, que en nada tenia su palabra y la confianza que se le dispensaba.

Sin embargo, á veces no tenia valor para culparlo, porque encontraba cierto atractivo en aquel hombre y siempre procuraba justificarlo. «El conde, decia, puede estar arruinado, pobre...» de buena gana hubiera él dado otro tanto dinero por conocer la suerte de Staremberg. Despues de haber recibido el grado de coronel concibió el proyecto de vender los bienes que poseia en su patria y establecerse en Rusia, pues no sentia ninguna inclinacion hácia Alemania.

«Quien sabe, discurria, si al regresar, mi gracioso soberano me haria poner otra vez en camino para aprender á cortar las plumas?

Impulsado por esta idea, dió á su administrador amplios poderes para vender sus dominios. Este lo vendió todo excepto la alqueria que él mismo habitaba, viejo y enfermo, y donde el baron quiso que terminase sus dias. Casualmente hizo Leinau conocimiento con un Estaroste (polaco) que necesitando dinero, le ofreció una tierra considerable en Polonia á un precio sumamente módico: despues de haberla visitado Leinau pidió su retiro, decidido á no mezclarse en los asuntos de nadie. Creyó haber hecho una compra excelente, y dejó el servicio de Rusia, compró instrumentos de agricultura, de física, una biblioteca, y formó una colonia de trabajadores, artesanos y labradores alemanes; despues se instaló en su palacio pensando á veces en elegir una muger..... Tenia 30 años.

La fortuna lo habia favorecido, pero de repente llegaron los dias de desgracias con sus tempestades. La Polonia se agitaba; Leinau habia resuelto no mezclarse en los negocios agenos, pero cuando el vecino del Estaroste, ó el waivode, venia á consultarle y pedirle consejo, no podia menos de contestarle: «Si amais á vuestro pais, arreglad vuestros asuntos, guardaos de la intervencion estrangera; estais perdidos si os dividís.»

Desde este momento pasó Leinau sin saberlo por un partidario de Kociusko y enemigo del partido ruso; su nombre figuró en la lista de los proscritos que se publicaba en San Petersburgo. Los rusos entraron en Polonia con fuerzas considerables y fueron vencedores en Dubinska; el egército polaco atravesó por las posesiones del coronel y le obligó á huir. Los rusos llegaron, asolaron las posesiones de Leinau y quemaron su castillo; Suwarow despues del esterminio de los habitantes de Praga no era hombre que respetase los bienes de un coronel ruso que se hallaba con los insurgentes. Leinau entretanto huia impelido por la muchedumbre, y se creyó feliz al pisar el suelo de Alemania. En Dresde recordó que le quedaba una alqueria que habitaba su antiguo administrador. Este lloró de gozo al volver á ver á su señor, quien le habia anunciado su llegada á Dresde, mandándole que á nadie lo dijese, porque tenia grandes motivos para permanecer incógnito.

El concurso de circunstancias singulares le obligaron á ocultar el regreso á su patria; la alqueria estaba situada en el estremo meridional del ducado, lejos de los caminos reales y mas lejos aun de la Residencia.

En un principio le fue bien al baron en su retiro, pero poco á poco esta vida de caracol le fue siendo enojosa. Hizo que le llevaran libros de la ciudad inmediata, lo que le distrajo algun tiempo. En fin la idea de vivir como un prisionero ó un desterrado se le hizo insoportable. Un antiguo ministro maestro suyo era el único de sus conocidos, vivia en las inmediaciones, y se decidió á buscarlo; al efecto llenó un zurron de lo mas indispensable, y en trage de cazador partió un hermoso dia de otoño con su fusil á la espalda.

Necesitaba dos dias para llegar á casa del pastor Mauricio. La primera tarde se detuvo en la posada de un pueblo. El posadero le propuso si queria comer con una señorita jóven que habia llegado una hora antes, con su padre y una doncella. Aña-

dió que eran probablemente personas de importancia, y que el anciano señor se habia metido en cama, á causa de un violento dolor de cabeza, y solo habia tomado una taza de te. Estas circunstancias que interesaron tan poco á Leinau, adquirieron una grande importancia cuando á la luz de las bujias, y en el instante de colocarse los cubiertos vió entrar á la jóven viajera. Jamás habia visto el baron muger tan seductora, y dudaba si era una hada ó un emisario del cielo que se le aparecia. El respetuoso saludo que la hizo le fue devuelto con una cortesia acompañada de un ligero rubor. Leinau cuidó de servir á su compañera de mesa lo mejor. Esta era una ocasion natural de aventurar primero algunas sílabas, despues una palabra galante, y luego una pregunta, en fin la conversacion se anudó entre ellos como entre antiguos conocidos, y sin embargo, de vez en cuando se miraban como no lo hacen los amigos.

La pareja era indudablemente una aparicion estraordinaria para las gentes del meson, amos, criados, mozas y algunos moradores de la villa se habian agrupado silenciosamente en un rincon desde donde miraban con la boca abierta á los dos forasteros. Casados, murmuraban entre sí. Hermanos, decia otro. Las mugeres no se acordaban de haber visto un hombre mas hermoso que el baron, ni los hombres una muger mas bonita que aquella. Era de ver tan bella pareja, sobre todo gratis.

La señorita hablaba de la corte y Leinau no dejaba de preguntarle, interesándole menos esta que las respuestas llenas de inteligencia y de malicia que le daba. Toda la noche la hubiera estado preguntando, si ella no se hubiese levantado para buscar á su padre. Leinau pensativo se puso á tocar el tambor sobre el plato con su tenedor, y así hubiera pasado la noche si el mesonero no llega á advertirle que su cama estaba hecha. Levantose, y al pasar por el sitio que habia ocupado la jóven, vió un guante en el suelo, y lo recogió con la esperanza de renovar al siguiente dia la conversacion y despedirse.

Pero no calculó que la jornada que habia andado era suficiente para cansarlo; así cuando despertó, sorprendiole ver los rayos del sol dando de lleno en su cuarto; saltó bruscamente de la cama, y su hermosa compañera de mesa, el guante y el saludo de mañana, le vinieron á la memoria. Puso esta vez el mayor cuidado en su *toilette*, y ni un átomo de polvo se libró de esa costumbre de aseo que conoce únicamente un militar acostumbrado al servicio de guarnicion; pensó en su uniforme de coronel, en sus posesiones de Polonia, en su suerte presente, y un suspiro se exhaló de su corazon: cuando únicamente le faltaba ponerse las botas oyó distintamente la voz de la bella forastera en la calle. Ya hacia mucho tiempo que se hallaba parado en la puerta un coche de camino, abrió la ventana, y oh desgracia!!! en aquel momento la jóven colocaba su pequeño y bonito pie sobre la escalerilla del coche, ínterin el obeso posadero con su gorro de coton bajo el brazo la ayudaba á subir. Antes de sentarse dirigió una mirada á la ventana; sus hermosos ojos parecian dirigir un saludo al coronel..... y desapareció. El mesonero cerró la puerta, y el ruido del estribo fue para el baron un golpe tan cruel como si hubiese oido caer sobre la huesa de un amigo el primer monton de tierra. El coche partió.

Cuando nada tuvo ya que ver ni oir se decidió á ponerse las botas, dirigiendo á la niña todos los juramentos rusos que habia aprendido en la Moldavia, en la Walachia y en Finlandia. El mismo no sabia porqué juraba, y hubiera cantado si esto pudiera aliviar el corazon; en fin le dió un puntapié á su zurron, que voló hácia la puerta describiendo un semi-círculo como una bomba, en el momento en que el posadero se aprestaba para desear un gracioso buen dia á su huesped, entrando con el desayuno. El zurron cayó sobre su cabeza, y despues sobre el plato entre la cafetera y la leche; el buen hombre soltó inmediatamente el desayuno roto, porque todo el licor del oriente se habia derramado hirviendo sobre sus manos.

—Ah! esclamó dolorosamente el mesonero.

—Ah! llévese el diablo al torpe, dijo á su vez el coronel; qué significa esto? manchar así mi zurron!

El pobre hombre, en su turbacion, no dudando haber cometido una torpeza, levantó los pedazos rotos y se retiró pidiendo perdon. Este accidente distrajo á Leinau; su cólera habia ya pasado; en lugar de jurar se sonriyó, tomó el guante suspirando, y guardó cuidadosamente esta preciosa herencia, recuerdo de una bella des-

conocida; desayunose en la sala de los viageros, y preguntó el nombre y la clase de los que acababan de salir; sus preguntas fueron infructuosas, pues ni un alma habia pensado en saber quienes eran. Pagó su cuenta, en la que figuraba exactamente el desayuno roto, las heridas, quemaduras y contusiones del mesonero, y tomó por fin el camino de las montañas.

Mientras mas andaba, mas serenas eran sus ideas, ya solo se ocupaba de su antiguo maestro el ministro Mauricio, y de tiempo en tiempo pero muy furtivamente de su bella viajera. Una sola vez sacó el guante del bolsillo y lo contempló con atencion, entregándose á sus meditaciones porque la comarca no ofrecia mucha diversion, el camino pasaba á través de los bosques, y solo se veian á derecha é izquierda troncos y montañas. De repente se oyó una detonacion y una bala silva á sus oidos. El coronel se detuvo.

—Qué es esto? gritó.

Un zorro saltó del matorral y atravesó el camino; en seguida salió un cazador de las malezas tocando una corneta.

—Maldito cazador! esclamó el coronel, habeis podido cazarme en lugar del zorro.

El cazador se volvió hacia Leinau.

—Qué! es posible! Despues aproximándose dijo: No, no me engaño! vos sois el baron de Leinau!

—Y vos?... ah! ya recuerdo, nosotros nos hemos visto en alguna parte, hem?... en Lóndres? Vos sois el conde de Staremberg.

—Excelente hombre! esclamó el conde abrazando al coronel con emocion, venid conmigo, no muy lejos de aquí encontraremos un almuerzo de caza, carne asada fiambre y un vaso de vino, partiremos.

Alejáronse El desayuno se halló preparado al pie de una elevada encina, bajo la vigilancia de un jóven cazador. El conde lo despidió y se arrojó segunda vez al cuello de Leinau.

—Baron, le dijo, yo no puedo espresaros mi gozo: si supieseis cuantas veces he pensado en vos y cuanto os amo! Pero donde vais? qué os haceis? Podeis concederme dos ó tres dias? Cazaremos juntos. Estais casado? teneis hijos?

Leinau, ganado en parte por la emocion del conde y en parte por el vino, confesó á este que tambien habia pensado en él con frecuencia: el cazador lo escuchaba complacido.

—Hay entre nosotros, dijo, una simpatia particular. Y os he querido, baron, desde el momento de nuestra amistad en Lóndres, cuando me dísteis aquel billete de banco que me sacó de la triste situacion en que me habia puesto la dureza de mi tio. Leinau, sed mi amigo.

El coronel tomò las dos manos del conde.

—Ah baron! repuso este con un acento doloroso, soy desgraciado, muy desgraciado! es preciso que vos ..

—Qué? interrumpió. El pensamiento de que el billete de Lóndres no habia sido reembolsado surcó rápidamente por su memoria. Sois desgraciado! yo tambien lo soy y ya no os abandono; partiremos juntos si es preciso. Nunca se dirá que una noble persona como la vuestra puede mentir. Conde, somos amigos; hermanos; que asi sea.

—Sea asi, repitió este. He encontrado al único hombre á quien he buscado tanto tiempo.

—Acabemos nuestra alianza en las esterioridades, dijo el baron llenando los dos vasos, por tí.

—Sí, esclamó el conde con entusiasmo, por siempre, eres mi hermano, yo moriria por tí; al presente no hay ninguna desgracia. Y se abrazaron, levantándose despues

—Quiero, dijo el conde, erigir bajo esta encina un monumento de mármol á nuestra amistad.

—Cómo? yo te creia pobre y hablas de hacer levantar aqui un monumento?

El conde se sonriyó.

—No, mi desgracia no es efecto de la pobreza. ¿Es una desgracia no tener dinero?

—Tienes razon, si fuésemos mendigos no seriamos los dos mas desgraciados.

La conversacion continuó, paseándose en el bosque agarrados del brazo. El coronel referia á su amigo sus viajes, campañas y aventuras en Rusia y en Polonia, cómo lo habia perdido todo, conservando únicamente de sus riquezas un pequeño rincon de jardin.

Principiaba á haber menos árboles y á través de los claros del follage se distinguia un castillo con dilatadas alamedas, manantiales de agua pura y estátuas. El baron enmudeció de asombro, despues se detuvo y mirando en torno suyo:

—De quien es este castillo? dijo.

—De mi tio; pero yo habito en él. Ya ves, espacio no me falta.

El baron tomó un aire de gravedad que se aumentaba á medida que se iba aproximando; al pasar bajo la puerta vió las armas ducales. Dos criados llegaron con respetuoso silencio á tomar sus escopetas.

—Podemos cenar? preguntó el conde.

Cuando guste monseñor.

Leinau examinaba ya al conde, ya al castillo.

—Qué dice ese bellaco? preguntó designando al criado.

—Qué? dijo el conde.

—He entendido, balbuceó Leinau que habla como...

—Es necesario, querido, que te diga al fin mi nombre, el que no quisistes saber en Lóndres.

—Bueno, ya es tiempo.

—Me llamo Luis.

—Muy bien, y despues?

—No, tú no te incomodarás, dijo el conde estrechando amistosamente la mano de su amigo; soy el príncipe hereditario.

El coronel quiso descubrirse.

—Qué! es necesario ya conducirte á la encina en que me has jurado amistad fraternal? dijo el príncipe.

—La base de la amistad, la igualdad, falta entre nosotros, respondió Leinau.

—Nos falta únicamente á la vista del mundo: delante del mundo me darás mis títulos, pero entre nosotros seré tu hermano y me llamarás Luis.

Leinau olvidó acompañado por el príncipe la visita que queria hacer al pastor Mauricio en el que no habia pensado sino por distraccion. Estos dos jóvenes no dudaban en creer que habia nacido el uno para el otro. Ambos amaban, aborrecian y veneraban los mismos objetos. El príncipe, menos sensible que su amigo sentia mas vivamente y era irritable, pero el otro comedido, tranquilo. Este consintió voluntariamente en permanecer en el castillo para acompañar al príncipe. Rechazado por el duque reinante la vida de este habia sido hasta entonces la de un prisionero; pero la dureza de su tio contribuyó para que lo amasen á él.

El ex-coronel adquirió pocos dias despues de su llegada á Friedensheim (que era el nombre del castillo) una prueba del rigor del duque reinante hácia su sobrino. Cuando el príncipe supo que habia perdido la mayor parte de su fortuna, manifestó la intencion de hacerle un regalo en metálico en calidad de premio por el préstamo que le hizo anteriormente en Lóndres.

No devolví el dinero á tu administrador inmediatamente despues de mi regreso porque me hallaba en la mayor desesperacion. El duque me dejaba sin recursos y me habia mandado apesar de eso no contraer deudas, ni romper mi incógnito. Me mandó llamar inmediatamente, y no sé lo que hubiera resultado, si hubiese sabido que habia infringido sus órdenes.

Este pago falso admiró á Leinau, y el príncipe se admiró tambien de que su amigo no lo hubiese recibido. El recibo de correo que le manifestó, indicaban que el pago habia sido efectuado, y faltaba saber si le habian jugado alguna treta al administrador, el cual aseguraba que jamás habia recibido aquella cantidad. El príncipe hizo pesquisas por el maestro de postas, quien le enseñó en lugar del recibo que pedia una órden del duque en virtud de la cual todas sus cartas debian ser enviadas á la corte. Resolviose el enigma, y el trabajo que se empleó para saber esta esplicacion produjo otros acontecimientos. La atencion del duque fue excitada y espió el momento en que el baron de Leinau entrase en sus Estados. Es probable que mirase con malos ojos el servicio que habia prestado al príncipe hereditario, por cuanto envió á éste la órden de alejar al baron.

Cuando no se quieren provocar medidas rigorosas es necesario someterse á las órdenes de los príncipes. El coronel tomó el camino de su alqueria, donde recibió durante una semana la visita de su augusto amigo. Cambiabanse las cartas y dábanse citas, pues los rigores de que eran objeto estrechaban mas y mas los vínculos de su amistad.

Una mañana en que el tiempo estaba nebuloso y una dura capa de nieve cubria la tierra, apenas era de dia cuando oyó el coronel, que aun no se habia levantado, en la puerta de su hacienda una fuerte algazara. Abrieron y en las escaleras resonaron pasos precipitados. Leinau se figuró que el príncipe, á quien no habia visto varios dias antes á causa del mal tiempo, acababa de llegar. Algunos momentos despues entró el administrador en su habitacion con una

carta enorme en la mano.

—Quien viene tan de mañana, administrador?

—Un correo ducal que trae esta carta de la Residencia.

El coronel no habia aun olvidado el golpe de vista que le habia lanzado su Alteza serenísima; así nada bueno esperaba de su misiva. «Sin duda, pensaba, es esta la órden graciosa de dar con las puertas en las narices al príncipe hereditario. El sobre de la carta decia:

Al presidente de nuestro gran consejo, el baron Augusto de Leinau.

«Cómo! esclamó el coronel volviendo á caer sobre la cama, yo presidente del gran consejo? Están locos?"

Rompió en seguida el sello y leyó su nombramiento en regla del primer cargo del Estado, seguia la órden de marchar inmediatamente á la Residencia, y todo estaba firmado por *Luis*; debajo habia escrito el príncipe con su propia mano: «El primer acto de mi subida al poder, querido baron, es llamaros á mi lado; partid sin demora."

Leinau estaba atónito.

—Ha muerto el anciano duque? preguntó al administrador.

El buen hombre lo ignoraba, y fuele necesario recurrir al correo, el cual respondió que habia muerto de apoplegia. A esta palabra temblaron todos sus miembros, pues le tenia un miedo horroroso á las apoplegías, y volvió al cuarto del baron.

—Su Alteza serenísima el poderoso duque ha muerto!... La palabra apoplegía no se acercó á sus lábios.

Cómo! tan pronto, esclamó el baron. Su Alteza era siempre tan pronto en sus resoluciones!

—Pero de qué enfermedad ha muerto?

—Su Alteza ha muerto de .. de... de un accidente.

El coronel se vistió de viaje, se metió en el carruage del administrador y partió.

El duque Luis á su subida al poder hizo grandes reformas en la administracion, en el personal de los funcionarios del Estado y en su corte misma. No gustaba de la ostentacion; creia que la magnificencia de un príncipe debia ser en sus acciones, y que el mayor mérito consiste en desempeñar dignamente su mision. No gastaba espléndidamente en el juego, no pagaba ni cantor, ni joyero, ni ninguno de esos inútiles sirvientes del poder cuya conservacion cuesta tan caro, pero hizo abrir en todos sus Estados esos grandes y sólidos caminos que se llaman en Francia calzadas. No hacia distribuir limosnas á los pobres, pero estableció para ellos escuelas públicas de trabajo. No queria que le rindiesen informes ni relaciones contentándose con velar de cerca sobre la administracion del Estado. Gustaba de los funcionarios instruidos, pero á la instruccion preferia la integridad. Era severo para los empleados y mas aun para con los altos funcionarios, hallándose pronto para elogiar y recompensar.

Dificil es imaginarse la vida que tomó de repente la administracion; al cabo de un año habia cambiado el ducado, los grandes funcionarios eran responsables de los empleados, una actividad infatigable animaba á todos ellos y cosa increible los empleados de postas habian perdido su insolencia habitual.

—Todo marcha bien, mi querido Leinau, dijo alegremente un dia el duque á su amigo: nuestros vasallos son felices, lo cual me deben á mí únicamente; viendo mis estados se conoce el hombre que los gobierna. Tú haces mas que yo, pero mi mérito consiste en haberte colocado al frente de los negocios, y si la palabra mérito te parece exagerada, lo llamaré felicidad. Tenemos, sin embargo, que hacer todavia grandes mejoras, pero á un príncipe justo y bueno nada le es imposible, lo que me causa mas satisfaccion es haber purificado mi corte, espulsando á todos esos seres inmorales, viles, aduladores del príncipe, y saber que cada administrador cumple con su deber por conciencia y no por conseguir una de mis miradas.

Querido príncipe, dijo Leinau, lo crees tú así formalmente?

—Yo sí.

—Pues bien, yo creo todo lo contrario. En un pais como el nuestro, en que el príncipe tiene siempre razon, en que ninguna ley refrena la autoridad debe admirarnos eso? Seria milagroso que sucediese lo contrario cuando una sola de tus miradas puede hacer del hombre mas inocente un indigno bribon, y que no faltará quien encuentre en su conducta lo necesario para arrebatarse bienes, felicidad, libertad y tal vez la vida. En un pais en que el soberano tiene el derecho de ser injusto, sus defectos

deben tener tantos aprobadores como sus virtudes. Las cualidades morales del soberano son las peores y mas inciertas garantías de su Estado. Los imperios del Oriente no conocen otra, y el hombre mas íntegro de tu ducado, no puede contar mas en su felicidad que en esta virtud.

– De modo que nuestro gobierno no vale mas que el de Turquía?

Así lo creo, la ley entre nosotros no es ni la pauta ni la garantía de los derechos, sino un vidrio óptico graduado para la vista de los gobernantes, á través del cual solo ven los derechos de uno solo, y que segun se mira aumenta ó reduce y hasta puede llegar á quemar.

—Vamos, tú estás de mal humor hoy, vamos á caballo á Friedensheim?

—Yo desearia hacer una prueba, para ver cual de los dos se engaña.

—Y como?

—Elige en tu ducado al hombre mas justo, y haz ver que estás irritado contra él, ó únicamente descontento, examina despues cómo todo conspira contra el infeliz, y cómo sufre su inocencia; entonces te convencerás de que no hay en tu ducado nadie seguro respecto á su felicidad y su fortuna, cuando quieras perderlo. Por ejemplo, conoces á Hemold, subdirector de los archivos, hombre de saber, de una actividad infatigable, fiel, leal y que nunca incomoda por hacer aumentar su mezquina asignacion, que hace casi solo el trabajo de los archivos y podia pretender un magnífico sueldo?

– En efecto, ya habia yo pensado en mejorar la posicion del buen Hemold: tiene tres ó cuatro hijos y poca fortuna. Su profesion de autor no le producirá gran cosa... Pero yo no puedo decidirme á darle un disgusto.

– Piensa en el precio de la leccion que de ello sacaremos, la cual te servirá para conocer el mundo; Hemold no será perdido por esto. Yo me colocaré entre vosotros dos en el momento conveniente. Por otra parte cuidaremos de recompensarle el papel de víctima que desempeñará á su pesar, pero con el mejor fin.

– No puedo concebir lo que se dirá contra ese hombre.

—La comedia que vamos á representar te lo enseñará, si no me equivoco.

– Vamos, Leinau, ya lo veo, te lo abandono, veamos si mis súbditos son esclavos.

—¿No es ese que atraviesa la plaza el subdirector Hemold? preguntó un dia el duque apoyado sobre la ventana de la sala de la audiencia, á los que se hallaban cerca de él.

– El mismo, respondieron.

– Qué figura tan insoportable! añadió el duque... Hay algo de socarron y de afectado en sus maneras.

– Pero es un buen hombre, dijo el consejero de Stroms.

– No puede negarse que tiene algo de perverso en las facciones, añadió el archivista Wandel; pero es segun entiendo un hombre leal...

—Leal, repuso el duque con vivacidad, fruciendo las cejas y dirigiendo al archivista una mirada irritada. Wandel, mal conoceis á ese hombre, ó sois muy bueno. Creo que no nos debemos fiar de Hemold, hay en él hiel, malicia...

El archivista palideció al ver la mirada de su señor. Todos los demas enmudecieron.

– Wandel, añadió el duque algunos momentos despues, porqué habeis palidecido? No os unen ningunos vínculos á ese hombre?

– Dios me libre de ello, Alteza serenísima, pues tanto lo evito cuanto me lo permite mi destino. Jamás he tenido relaciones con él, porque en efecto, como vuestra Alteza lo ha marcado bien, hay falsedad... Muchas veces he tenido intencion de solicitar de vuestra Alteza que le diese su retiro. Es autor, tiene correspondencia con muchos estrangeros; los actos mas importantes del Estado pasan por sus manos; no se debe fiar..

—No puedo retirarlo sin tener algun motivo para ello, respondió el duque, seria injusto.

Yo lo he llamado buen hombre, repuso el consejero Stroms, porque no me gusta hablar mal de nadie. Tiene muger é hijos, y no querria verlo desgraciado. Pero mi respeto hacia vuestra Alteza me obliga á deciros que Hemold ha merecido mas de veinte veces por sus escritos impíos, ser desterrado del pais ó encerrado en la ciudadela. Ni el trono, ni el altar, ni el Estado, ni los particulares, están á cubierto de los insultos de ese hombre. Yo me obligo á probar que Hemold ha procurado muchas veces en su diario, exitar una revo-

lucion entregando al menosprecio del pueblo el soberano de nuestro ducado. ¿Qué seria del amor del príncipe y del respeto de las leyes si un atrevimiento semejante no se reprimiera?

Un consejero eclesiástico, dos generales y el director de policia, añadieron sucesivamente una pequeña reflexion caritativa, y el mismo Leinau opinó que no merecia una mirada del príncipe.

—Si ese hombre es tan malo, tan peligroso, dijo el duque admirado, por qué no se le toma cuenta de su vida? por qué se le deja mas tiempo manejar los negocios?

Despues abandonó precipitadamente la reunion.

El subdirector no tardó en sentir los efectos de esta mirada del príncipe; todos se alejaban bruscamente de él, repitiéndose unos á otros que era necesario huir de semejante hombre que estaba en desgracia del duque. Los altos funcionarios lo trataban mal, sus compañeros evitaban hablarle ó lo hacian con frialdad, y sus enemigos y envidiosos dejaban penetrar el placer que les causaba su ruina.

Hemold conoció que se trataba de él y procuró informarse de unos y otros, pero todos se encojian de hombros y ninguno sabia nada. «A nadie he ofendido, decia Hemold tranquilo, ni he cometido ningun delito, yo cumplo con mi obligacion.... ¿que tienen contra mí? pero su amistad importa poco á mi dicha y á mi tranquilidad.» Así opinaba en alto, pero despues reflexionaba entre sí. La frialdad y los desprecios lo incomodaban mas de lo que creia, y así abandonó las sociedades donde antes iba rara vez, y se retiró al seno de su familia. Tenia una esposa amable, una niña encantadora, y dos hijos de once á catorce años que prometian mucho. La graciosa Emma, tesoro de sus padres estaba destinada para hacer feliz al hombre á quien diese su mano, ya tenia 19 años y sin embargo nadie se habia presentado para obtenerla porque... no tenia dote. El subdirector se hallaba mas bien en necesidad que en abundancia. Sus sueldos no bastaban para educar á sus hijos. En la Residencia se veia obligado á escribir en sus momentos desocupados sobre la industria, pero desgraciadamente tenia poco éxito.

Por no turbar la tranquilidad de su familia, le ocultó sus disgustos. El primer trueno de la tempestad que se acercaba debia ser terrible.

Un dia hizo llamar el archivista á Hemold á su casa, y despues de recibirlo mal le enseñó el último número del periódico que publicaba.

—Quien ha enviado á este periódico el estado de la deuda de nuestro pais? le dijo.

—Nadie, señor, yo lo he insertado.

—Quién os habia autorizado para ello?

—Nadie. Yo he dado otras veces estados iguales sin que nadie se opusiese.

—Yo no leo vuestro diario, y no puedo hablar de ello, pero vuestras instrucciones os prohiben comunicar á nadie absolutamente los documentos de los archivos.

—La deuda del Estado circula en la ciudad en infinidad de escritos; su guarismo se halla en varios periódicos estrangeros, y no lo he sacado de ningun documento de los archivos.

—Todo eso no os autoriza á vos, funcionario público, á darle mayor publicidad; idos, ya respondereis á esto.

Pocos dias despues fue citado Hemold ante el tribunal de justicia. Este acontecimiento fue precedido de otra circunstancia. El duque deseaba examinar una correspondencia secreta que su difunto tio habia tenido con el ministro de una gran potencia y de la que se habia hablado en un periódico estrangero. El archivista hizo pedir los originales á Hemold, quien no los encontró. Al dia siguiente los agentes de policia fueron á su casa y le notificaron los autos en virtud de una órden de su Alteza, é hicieron un legajo de los papeles que tenian órden de llevar al director de policia. Este fue un golpe doloroso para la familia, pero Hemold seguro de su inocencia procuraba consolarlos, pues nada temia.

Despues del exámen en regla de los papeles, que se hizo en su presencia, no se encontró la correspondencia, pero en cambio se le hallaron una infinidad de documentos de los archivos. El acusado esplicó que se encontraban en su casa porque no pudiendo ir á los archivos á causa de una enfermedad tenia permiso para llevarlos á su casa para trabajar, confesando que no los habia vuelto á su sitio por olvido.

Examinóse atentamente su correspondencia particular para encontrar indicios que

hiciesen conocer si habia abusado de la correspondencia perdida, y algunas espresiones dirigidas á un amigo suyo estrangero lo hicieron sospechoso. Se halló un borrador de carta escrito por él en el cual criticaba en términos poco comedidos la eleccion del presidente del gran consejo, no esperando ningun bien para el pais de su carácter filantrópico y de su propension á las mejoras. Hemold hizo presente que habia escrito aquella carta la primera semana del reynado del duque Luis, y que tanto él cuanto el pais habian variado despues de opinion; tambien alegó que estas cartas no podian ser consideradas sino como pensamientos fugitivos confiados á la amistad. Estos fatales renglones estaban escritos, y Hemold por un decreto en forma fue declarado perturbador del Estado y funcionario infiel.

Cuando este oyó la sentencia se levantó y dijo:

—Quieren perderme; conozco que por descuido he dejado en mi casa dos ó tres documentos de los archivos, lo cual á pesar de todo no ha causado gran perjuicio al Estado, reconozco tambien que en mis desahogos con un fiel amigo he dicho lo que sentia en cuanto á los cambios introducidos en el ducado, lo que no le perjudica. Estas confesiones serán probablemente en daño mio; sin embargo, señores, si se castigasen con tanta rigidez las negligencias de cada uno de vosotros, ó se pesaran en la misma balanza vuestras correspondencias y las conversaciones que tendreis en el íntimo círculo de vuestros amigos, pocos habria que no fuesen tan culpables como yo.

Este discurso excitó un profundo disgusto entre los jueces. Hemold habló aun largamente con la misma arrogancia y energía, interrumpiéndolo murmullos que dieron lugar á que el presidente le impusiese silencio y mandase que se lo llevaran. El juez Ferlach se levantó entonces:

—Es una injusticia, dijo, impedirle que se defienda, y tiene razon en indicar la senda que debemos seguir. Nosotros hemos informado contra él, no como jueces, sino como enemigos. Protesto contra toda esta causa, lavo mis manos, y pido acta de mi protesta.

En vano fue tratar de disuadirlo.

—He envejecido y encanecido al servicio de la patria y siempre he tomado la defensa del oprimido. Su Alteza puede pensar de mí lo que le parezca.

El duque y el baron de Leinau se instruyeron de la prision y del proceso de Hemold dejando seguir su curso á la justicia. Cuando dijeron al duque la obstinada oposicion del anciano Ferlach se conmovió. La corte tenia los ojos fijos sobre el príncipe como preguntándole: «Será necesario perderlo tambien?"

En casa de Hemold entró la desesperacion; el gefe estaba preso pesando sobre él las mas graves acusaciones; nadie podia acercársele y su esposa é hijos no podian hablarle, sino ante testigos. Al cabo de algunas semanas les faltó el dinero, y su esposa se dirigió á antiguos amigos, los que procuraban negarse ó le daban alguna friolera.

El duque Luis se habia hecho retratar con el objeto de colocar sus retratos en varias docenas de cajas de tabaco adornadas de diamantes y perlas, para regalarlas á los embajadores, á los que traian buenas noticias y á los autores que le dedicaban sus obras &c. Paseándose Leinau una tarde de Otoño con un trage sencillo, pasó por la casa del joyero de la corte y entró para ver las cajas que habia mandado. Sorprendido éste de la aparicion del presidente, lo recibió con visible turbacion. Las cajas se hallaban en la sala inmediata donde no quiso introducir al baron, valiéndose de un pretesto para entrar en ella solo: á poco salió con algunas cajas, é interin Leinau las examinaba se abrió aquella puerta segunda vez y salió una jóven con los ojos bañados de lágrimas. El baron por poco lo tira todo, al reconocer sorprendido en aquella jóven belleza á su antigua amiga á quien no habia olvidado apesar de sus muchas ocupaciones.

Saludóla en silencio, y ella con los ojos bajos y ruborizándose un poco pasó por delante de él dirigiéndose á la puerta de cristales de la calle. El joyero abriéndosela le dijo:

—No estais buena, señorita?

En efecto, dió algunos pasos atrás y cayó insultada. El baron asombrado y con el corazon palpitante se precipitó sobre ella, la muger del joyero le trajo un vaso de agua fresca, bebió una poca, y al cabo de algunos minutos dijo:

—Estoy buena, disimuladme si os he incomodado.

Se levantó, y ninguna súplica pudo obligarla á permanecer allí un solo instante.

—Me permitireis al menos que os acompañe hasta vuestra casa, dijo el baron tomando su brazo apesar de ella.

Las preguntas que le hizo no obtuvieron sino una corta respuesta. Apenas podia hablar la pobre niña, y su voz era tan débil como la de un moribundo. Leinau sentia temblar el brazo sobre el suyo. Detuviéronse delante de una casita, hizo ella una cortesia y desapareció.

El baron habia perdido la serenidad, quedó un momento pensativo y echó á andar.

—Oh Dios mio, que bella es! decia.

Su primer pensamiento fue volver á casa del joyero para informarse de la desconocida, y deseaba con tanta impaciencia saber la causa de las lágrimas que habia visto derramar que echó á correr con todas sus fuerzas.

Altas encinas que se agitaban sobre su cabeza lo detuvieron, y se puso á examinar admirado el sitio en que se hallaba, era este un bosquecillo situado á media legua de la Residencia. Su preocupacion le hizo reir, y volvió á tomar el camino de la ciudad.

—Es preciso que yo esté loco, decia; si, te adoro, querido ángel, apesar de tu indiferencia.

Media hora despues estaba sentado en la tienda del joyero, que ya no tuvo inconveniente en dejarlo entrar donde estaban las cajas; en fin supo el nombre de la jóven, llamábase Emma Hemold. Sin decirlo á su madre que estaba mala en cama habia vendido una de sus joyas, un collar de perlas y diamantes, para subvenir á las necesidades de la casa. Ella le habia contado que su padre inocente padecia en prision, y que toda su familia no tenia otro recurso para evitar la miseria que la venta de las alhajas. El joyero habia comprado ésta, prometiéndole devolvérsela por el mismo precio cuando ella pudiese adquirirla.

—Enviad inmediatamente el collar á la señorita Hemold, dentro de una hora tendreis en vuestro poder la misma suma. Pero pronto esclamó el baron alejándose para ocultar su emocion.

Ya estaba la noche bien entrada cuando el joyero llegó con el collar á casa de la jóven, la que no queria recibirlo.

—Es preciso, le dijo el buen hombre como cortado; tengo órden de devolveroslo, y el dinero está ya en mi poder.

Entonces tocó á Emma insistir.

—Cómo! el dinero? de quién?

La virtud principal del joyero no era el silencio, y así todo lo contó. Emma estaba encarnada como el fuego, y el joyero colocó el collar sobre la mesa y se marchó.

Hizo bien. Emma necesitaba estar sola. Durante media hora quedó pensativa, inmóvil y con las manos juntas, llorando sin saberlo. Vivia tan retirada que el presidente del gran consejo le era desconocido. Cuando el joyero entró de repente en la habitacion donde ella estaba aquella tarde y le dijo: «Ocultad vuestras lágrimas, señorita, su Excelencia el presidente del gran consejo acaba de entrar" se habia horrorizado, pues temia á todas las Excelencias desde las desgracias de su padre; quiso irse pero cuando vió á un jóven de noble presencia..... el mismo con quien habia cenado una vez mano á mano, el mismo en quien habia pensado mas de una vez en secreto, que era tan amable, tan respetuoso y tan diferente de los demas hombres; el mismo que tan dulce é inocentemente habia conmovido su corazon; el mismo en fin que habia deseado con tanta frecuencia volver á ver sin decir una sola palabra de este deseo á su madre, juzgad cual seria su sorpresa encontrándolo de repente. El la habia acompañado á su casa, y apenas lo creia, pero el collar estaba sobre la mesa y no le permitia dudar, entonces lo sacó de su estuche de tafilete, lo estrechó sollozando contra su corazon y murmuró muy bajo:

—Te vuelvo á ver y me eres doblemente querido.

Emma llena de confianza en la bondad de su favorito secreto, queria aprovechar la ocasion para pedir al duque el perdon de su padre.

—Nuestro padre se ha salvado, dijo Emma con los ojos radiantes de júbilo, aproximándose al lecho de su madre, voy á escribir al presidente Leinau, es un hombre compasivo. No pudo contenerse, y contó á su madre toda la aventura del collar. El corazon de aquella buena hija estaba henchido de placer: cuando describió al baron de pies á cabeza no era un hombre, sino un ángel.

Esta narracion hizo en su madre un efecto saludable; la esperanza inundó su corazon.

Reanimada por la esperanza de que Leinau podria socorrerlos se encontró en breve con fuerzas para levantarse. Emma pasó todo el dia siguiente en escribir y romper las cartas que escribia á su Excelencia, porque en medio de las ardientes súplicas de una hija por la felicidad de sus padres, queria mezclar siempre algunas palabras de ternura y reconocimiento por la devolucion del collar; pero, cómo encontrar una palabra que esplicase todo lo que sentia interiormente! Por último su madre se vió obligada á escribir ella misma la carta, y Emma la encontró muy fria, y redactada en estilo forense.

«Cómo interesar el corazon de un estraño á nuestras desgracias, si no tenemos el fuego ni la ternura suficientes para espresarlas? decia."

Ya era de noche y no habian podido terminar una carta, cuando madre é hija resolvieron componer una nueva cada una de ellas, y que escogerian lo mejor de ambas compensando el frio de la una con el calor de la otra.

Apenas principiaron este nuevo trabajo, cuando se vieron obligadas á interrumpirlo por la llegada de una sirvienta que anunció á Mad. Hemold que deseaba hablarle un caballero. Hízolo entrar, y despues de los cumplimientos de costumbre, dijo el desconocido que iba por órden de su Alteza el duque á tranquilizarlas sobre la suerte del acusado.

Su esposa hubiera en su sorpresa saltado al cuello del mensajero de tan buena nueva, pero Emma, sobrecogida se arrojó á sus pies y quedó arrodillada, con las mejillas encendidas y los ojos bajos, no levantándolos sino de tiempo en tiempo inundados de lágrimas.

El proceso de Hemold no debe terminar tan pronto, añadió el enviado, pero concluirá felizmente, no lo dudeis, y su Alteza cuidará paternalmente de él y de su familia. Yo deseo que esta seguridad os restituya la tranquilidad y la paz.

—Ah! esclamó Mad. Hemold, qué bueno es el duque! El cielo lo bendiga! pero no podré yo consolar á mi esposo en el instante?

—Todo lo sabe; mas apesar de esto no debeis contar con verlo hasta dentro de algunas semanas. Sin embargo, en vosotras consiste apresurar su libertad.

—Cómo? esclamaron ellas.

—Ocultando á todo el mundo el bien que el duque os concede, y lo que he venido á comunicaros de su parte.

—Oh! nosotras sabremos callar, y solo lo nombraremos en nuestras oraciones, dijo Emma.

—Cómo os llamais, caballero? preguntó su madre.

—Mamá, este es el bienhechor á quien escribiamos en este momento.

Leinau aceptó la invitacion de permanecer con ellas algun tiempo mas, escuchando sus lamentos y protestas de reconocimiento, principalmente cuando supo que estarian solas toda la tarde.

—Nos huyen como á apestados dijo la señora; aquellos á quienes teniamos por los mejores amigos nos abandonan en la desgracia.

—Yo seré vuestro amigo en ella, dijo el baron; permitidme que sea vuestro protector interin dura la detencion de Hemold.

Leinau se habia prometido no estar sino el tiempo necesario para llevar las órdenes del duque, pero aquel transcurria y de minuto en minuto avanzaba la noche. Qué amable le pareció la madre! Profesaba á la hija un verdadero entusiasmo.

Cuando este se marchó ambas se abrazaron para dar rienda suelta á sus lágrimas. Su ángel tutelar fue el objeto de su conversacion durante toda la noche y el siguiente dia. Nuestros lectores supondrán, que Leinau se tomó el cuidado de asegurarse varias veces si la interesante familia no tenia deseos ni necesidades.

—Tenias razon, Leinau, dijo el duque con buen humor arrojando lejos de sí las piezas del proceso. Los príncipes no tienen menos inclinacion á ser déspotas que sus súbditos á ser esclavos. Un solo gesto, una sola mirada del príncipe, y adios justicia! Por tanto comprendo, querido Leinau, que los esclavos no pueden ser amigos, y que los príncipes no los tienen verdaderos. Séme fiel, ó soy perdido.

Ambos se abrazaron jurándose segunda vez amarse siempre.

—Ah! amigo mio, continuaba el príncipe, ¡no es horroroso dejar al pobre Hemold sin destino, desterrarlo de su pais, y confiscar sus bienes por una negligencia, por varias palabras escapadas en el desahogo de la amistad, y por la publicacion de

las cuentas que todo el mundo sabe y que ninguna ley me obliga á ocultar! qué de iniquidades! Quiero hacer imprimir la noble protesta de Ferlach. La causa está ahora en el tribunal de recurso; esperemos la sentencia y despues obraremos.

La sentencia del tribunal de apelacion pronunció la inocencia del acusado, y el duque recibió su decision con júbilo, haciendo llamar al baron inmediatamente.

– Leinau, su inocencia lo salva.

– Porque han sabido los de este tribunal el disgusto que has manifestado por la conducta del otro. Si hubieras podido ocultar mas tiempo tu incomodidad, probablemente fuera declarado culpable tambien por estos.

—Disolveré la córtes, esclamó el duque, y formaré otras que presidirá el leal y valiente Ferlach, depongo al archivista Wandel, y Hemold lo sustituirá; pero dando á un hombre sábio y fiel el empleo que merece, no hago mas que cumplir un deber con el estado. Mi querido Leinau, debemos á Hemold mayor recompensa porque él y su familia han sido víctimas de nuestra prueba, de la que he sacado mucho provecho. Ahora estoy convencido de que nosotros los príncipes somos los mas dignos de lástima que hay en el mundo, y que no podemos en nuestra posicion ni conocer á los hombres que nos rodean ni conocernos á nosotros mismos. Una sola de nuestras miradas puede hacer mas daño, que con nuestra mejor voluntad podemos hacer bien. Entre la muchedumbre de nuestros cortesanos apenas hay uno que piense con la nobleza de preferir su deber á todo. Esta esperiencia la debo á Hemold, y á tí tambien Leinau, á tí á quien amo hoy mas que nunca. ¿Cómo podria yo recompensar á vosotros dos?

Un violento rayo fue para muchos, y principalmente para los miembros de las cortes de justicia y Wandel, cuando supieron al siguiente dia la sancion del decreto del último tribunal por el duque, y que el presidente del gran consejo habia ido en persona á anunciar á Hemold su nueva dignidad, llevándolo como en triunfo á su familia. Pocos dias despues el archivista tuvo el honor de comer en la mesa del duque, el cual le regaló una hacienda de campo en las cercanias de la Residencia.

Entonces volvieron en tropel todos los antiguos amigos de la familia Hemold, disculpándose unos por haber estado fuera en el tiempo del proceso, otros enfermos, sin sueldo, ó detenidos por negocios de importancia. Emma se vió de nuevo rodeada por sus antiguos adoradores: tarjetas de visita, convite, invitaciones, comidas de campo, bailes, conciertos, llovian por todas partes.

Mad. Hemold no queria ya ver á nadie.

—No, le dijo su esposo, no te hagas eremita porque el mundo es inconstante; preséntate en él como antes, pero no te fies de nadie. Para ser feliz es preciso hacerse ilusiones. Es una desgracia pasar la vida temiendo un temblor de tierra. Es preferible engañarse con frecuencia á estar atormentado de temores.

En la Residencia y en todo el ducado aprobaron unánimemente la justicia del duque Luis y su cuidado en recompensar á Hemold de sus trabajos. Nadie á excepcion de Leinau conocia la causa de todo, y así atribuian al duque la generosidad y la grandeza de alma que celebraban. «He aquí á nuestro duque! decian ¡qué príncipe!" é ignoraban que no era generosidad ni grandeza de alma, sino recompensa de una prueba cruel, porque sin *una mirada del príncipe* nunca hubiera sido Hemold declarado culpable.—Así son los hombres; elogian y divinizan las acciones de los grandes sin conocer la causa de ellas.

Luego que llegó la primavera, fue Leinau á visitar á la familia Hemold en su pequeña casa de campo. Una tarde cuando el ruiseñor principiaba á cantar se vió á Emma en sus brazos, que acababa de confesarle un amor que el baron le habia jurado largo tiempo hacia. La bendicion paternal siguió á esta primera declaracion, y el duque se encargó de dotar á la esposa de su amigo.

Cuando el presidente del gran consejo atravesaba las calles de la Residencia con su encantadora esposa, murmuraba infinidad de gente, meneando la cabeza. «Bien! bien! qué hermosa es!" y decian los corrillos: «Nuestro duque ama al baron y éste á la señorita Hemold; he aquí la razon porqué el director ha sido declarado inocente con tanto ruido, disuelta la corte de justicia, el archivista Wandel cruelmente depuesto, y Hemold provisto de empleos, títulos y riquezas; esto se comprende. Feliz quien tiene semejante yerno! nuestro duque es excelente, pero débil! débil!...—No ve lo que

sucede á su alrededor, nosotros lo vemos claramente aunque algo distantes... El buen príncipe está alucinado; esa es la suerte de los grandes del mundo...''

—Y bien! decia el duque Luis sonriéndose, tan difícil es al príncipe juzgar á los que lo rodean como al pueblo juzgar al príncipe.

T. POR J. T. Y RODRIGUEZ.



TIENDA EGIPCIA.



Los establecimientos públicos mas numerosos en el Cairo son los cafés; pero se engañaria mucho quien juzgase de estos establecimientos por los europeos. Por lo general son mezquinos, sucios, ahumados, y faltos de adorno. Van á ellos los egipcios para oir las relaciones y cuentos de los romanceros, tomar café y pasar largas horas medio recostados fumando en su larga pipa. Los bazares, en donde se apiña un gentio inmenso, apenas son mas que unas calles cubiertas flanqueadas de tiendecitas oscuras. Pero sin embargo, hay algunas tiendas bastante notables por los caprichosos adornos al gusto árabe con que están embellecidas; siendo la vista de una de ellas la que representa el grabado de este artículo.

M. Q.

HISTORIA DEL PASQUIN.



Vivia en Roma un sastre, jóven, hábil y de reputacion, llamado *maestro Pasquino*, que tenia su tienda en el Parione. Vestia Pasquino á muchos personages de la córte; tenia empleada mucha gente jóven, y hablaba libremente en ella de todo cuanto ocurria en la ciudad. Reprobaba sin temor ni escrúpulo los hechos y acciones del Papa, de los Cardenales, de los prelados y de todos los cortesanos. Como estos epígramas procedian de boca de plebeyos y estaban espresados en términos vulgares, la corte hacia poco caso de ellos, y á nadie se le pasaba por las mientes el deseo de vengarse de injurias de tan baja ralea. Asi pues, siempre que un personage, un doctor ó cualquier otro individuo de consideracion contaba una anécdota injuriosa sobre cualquier cortesano poderoso, se echaba la culpa á Pasquino y á sus oficiales, y estos servian de escudo contra el enojo y la venganza del ofendido. Fue desde entonces costumbre, proverbial en cierto modo, atribuir á *maestro Pasquino* todas las sátiras y epígramas escandalosos que á cualquiera se le antojase propalar contra las medidas impolíticas ó impopulares de las córte, y contra los vicios de los prelados y ministros. Pero Pasquino murió, y cayó con él el velo que desde mucho tiempo atrás ocultaba á los ojos de la policia pontificia la crítica prudente de los romanos; sin embargo, solo quedó á descubierto momentáneamente. Habia delante de la tienda del mordaz maestro sastre una piedra, que en la estacion de las lluvias servia de puente á los parroquianos de Pasquino para atravesar el arroyo que por allí pasaba. Unos empedradores que componian la calle del Parione, removieron aquella piedra de su sitio, y se descubrió entonces que formaba la espalda de una estátua antigua de mármol, bastante mutilada. Quitáronla de allí y la arrimaron al palacio Pamfili situado en frente de la tienda, y el pueblo le dió desde entonces el nombre de Pasquino. No dejaron de aprovechar tan buena coyuntura los cortesanos y poetas para rebozar nuevamente sus sátiras con este nombre ya consagrado por la tradicion. Dieron á la estátua el mismo carácter mordaz y epigramático del sastre de marras, y le atribuyeron todos los dichos y sarcasmos que se les antojaba publicar. Conservaron estos el estilo de las gentes sin educacion, respetando escrupulosamente el plebeyo diccionario de Pasquino, sin renunciar á sus salidas agudas é ingeniosas. Al momento se vió cubierta la estátua de centenares de *conceptos* (*concetti*), que tomaron en lo sucesivo el nombre de *pasquinadas* repitiéndose diariamente.

Esta sencilla narracion está tomada de un antiguo escritor italiano, san Ant-Barotti. Fue efectivamente á mediados del siglo décimo sesto cuando se descubrió la estátua de Pasquin en una de las entradas de la plaza Navona, que era antes el anfiteatro de Alejandro Severo, donde se celebraban las fiestas agnales. Este hallazgo abrió vastísimo campo de discusiones entre los anticuarios. Vieron unos en este trozo de mármol al gladiador combatiente, otros á

Hércules, otros á Ajax, y algunos á Patroclo sosteniendo á Menelao, por haberse descubierto al lado de esta estátua un torso que por las apariencias se creia haber estado antiguamente unido á ella.

La estátua de Pasquin solo empezó á ser apreciada como obra de estatuaria por los artistas del décimo sesto siglo. Su reputacion aumentó considerablemente en el transcurso del siglo siguiente; el Bernino no vaciló en colocarla sobre los mas célebres restos de la antiguedad, prefiriéndola al Laoconte y al torso del Belvedere. Cuéntase apropósito de esto que habiéndole preguntado un personage aleman cual era en su concepto la mas bella estátua de Roma, el Bernino respondió inmediatamente que Pasquino; y que esta respuesta chocó tanto al estrangero que la tomó como insulto, y poco faltó para que ambos vinieran á las manos.

En 1791, aquel torso mutilado al cual llamaba Lorenzo Scoti hijo del Momo y de la Sátira, quedó apoyado al palacio Pamfili: cedió este palacio su puesto á las construcciones del palacio Orsini, y este á su vez perdió su nombre por el otro mas popular de palacio Pasquino.

El célebre Pasquino, bastante celebrado por los poetas, no fue siempre la espresion de la crítica y de la sátira; muchas veces se ha echado mano de este medio elocuente de publicidad en las ocasiones en que la ciudad tomaba parte en los acontecimientos grandes y gloriosos para el estado. Pero no era esto lo general.

El famoso Papa Sixto V no podia menos de ser frecuentemente el blanco de la mordacidad de los libelistas. Se han conservado gran número de pasquinadas célebres sobre los acontecimientos de su pontificado.

Acababa de decretarse en Roma un nuevo ayuno: Marforio, que es otra estátua satírica que suele hacer el oficio de interrogante, preguntó á Pasquino, en honor de qué santo se establecia aquel ayuno.—En honor del nuevo impuesto, respondió el hijo de la Sátira; porque como el pueblo no tiene que comer, quiere el Consejo Supremo que convierta la necesidad en virtud.

Sábese que Sisto V adornó la ciudad con gran número de fuentes, entre las cuales merecen citarse la de *Monte-Caballo* y la *Fontana-Felice* que lleva su nombre. Pasquino parodió el título de *Póntifex máximus* que se leia en las inscripciones colocadas en dichas fuentes y lo convirtió en *Fóntifex máximus* (gran fontanero).

Dió una vez un suizo del Papa un alabardazo dentro de la iglesia de S. Pedro á un caballero español, y el ofendido hidalgo dió al suizo un palo con su bordon de peregrino. El soldado murió de resultas, y el Papa notició al gobernador de Roma su voluntad de que quedase satisfecha la justicia antes de sentarse á la mesa, añadiendo, cuentan algunos, que aquel dia se habia propuesto comer temprano. El embajador de España y cuatro Cardenales fueron á suplicar al Papa, no que concediese la vida al homicida, sino que permitiese que se le cortara la cabeza por ser de linage noble. Sixto respondió: «Que le ahorquen: que yo asistiré á la egecucion para que el honor de mi presencia disminuya la afrenta que haga recaer sobre su familia ese género de suplicio." Así fue en efecto: plantóse la horca bajo sus ventanas, y no se separó de allí hasta despues de egecutado el reo; entonces volviéndose á sus gentes, les dijo: «Que me den de comer; este acto de justicia me ha abierto el apetito." Y al levantarse de la mesa esclamó: «Alabado sea Dios por el apetito con que he comido hoy."

Al dia siguiente amaneció Pasquino cargado de cadenas, hachas, tajos, horcas y otros instrumentos de suplicio, y le preguntó Marforio: «Dime, Pasquino ¿adonde vas con esa carga? Y respondió Pasquino: «Voy á llevar este guisado al Padre Santo para abrirle el apetito."

T. del A.

UN DIAMANTE.



ara el hombre que entra en la vida con un alma y sentidos nuevos, hay lazos en los cuales es bueno caer, errores que es preciso abrazar, ilusiones en fin que es noble sustentar. Hay algunas locuras, ó mejor dicho necedades que deben hacerse en la juventud, por no parecer hombres secos y de pobre organizacion.

Con frecuencia, los que habiendo pasado la primera mitad de la vida, llegan á esa época en que se ha agotado el número de sensaciones permitidas al hombre, y que es preciso aun seguir la misma vida, aunque sin sabor, porque este sabor ha desaparecido; estos, recordando amargamente sus esperanzas, sus creencias y sus decepciones, creen poder reirse de los jóvenes que desean aumentar sus ilusiones, pensando que cada necesidad que Dios ha dado al hombre, encierra una necesidad mayor de satisfacerla.

Al principio de la vida, se deja el hombre arrastrar por una cuesta irresistible, pero dulce, entre verdes riberas, el aire está perfumado por las flores sembradas en la yerba, y los pájaros cantan á orillas de los rios en las mimbreras. Los que nos han precedido y á quienes hemos perdido de vista, no tienen ya en las riberas mas que una yerba amarilla y abrasada, y caminan sobre un agua fétida y casi estancada, sin que algun junco le permita volver atrás. Por eso no deben estos decir, que no os entregueis á ese placer que os encanta y que es una ilusion, una fantasmagoria. Añadirán tambien, que si quereis aspirar el perfume de una flor ó escuchar hasta el fin el canto de un pájaro, la flor y el pájaro desaparecerán.

No los creais, porque mienten; la ribera no se ha transformado; el pájaro no ha callado; tampoco la flor se ha marchitado; ellos son los que han pasado. El perfume de la flor, el resto del canto del pájaro, que está detrás de ellos, sois vosotros; detrás de vosotros hay otros hombres, que gozarán un instante, y que lo mismo que vosotros pasarán sintiéndolo.

¿Quién podria ver con placer á un niño precoz sacudir la flor de los almendros, pretestando que los frutos madurarán mas pronto? ¿Acaso es la mejor fruta la primera?

Hace algun tiempo que en una reunion de amigos, un hombre de treinta años se quejaba de la juventud *actual*, llamando tontos y ridículos en general, á los hombres de veinte años *del dia*. Una larga discusion se hubiera entablado, si la dueña de la casa no hubiese dicho muy á tiempo y dando con esto una prueba de su talento:

—Desde que los hombres de treinta años *del dia* no tienen ya veinte, les parecen ridículos y fátuos los de veinte.

Asi nunca hubiésemos juzgado necios los proyectos que se hacian una tarde de verano en un pequeño salon que daba á un

jardin, en una calle de Jugonville, del Havre.

—No necesitamos *riquezas*, decia Teodoro con entusiasmo; ¿acaso aumentaria *el oro* nuestra felicidad? ¿La privacion de este *vil metal* borraria nuestras ilusiones? Nuestro amor lo suplirá todo. Viviremos, querida Ana, en *una choza*, y seremos allí mas felices que bajo *ricos doseles*; *el pan*, fruto de mi trabajo, será para nosotros una celeste ambrosía.

Ana respondió con una mirada tierna, considerando la elocuencia de Teodoro; este acababa de repetir en alta voz lo que mil veces le habia dicho su corazon sin necesidad de palabras.

El tercer interlocutor se volvió para ocultar una sonrisa; era un hombre de sesenta años, de fisonomía dulce y espresiva.

—Hijos mios, les dijo, podria hablaros acerca de eso, aunque inútilmente, porque no querriais creerme. Tú, Teodoro, sabes el cariño que tengo á mi hija, y tambien te he dado pruebas de mi afecto; pues bien: no te entregaré á Ana hasta que hayas vuelto del viaje que te propone tu principal, y en el que podrás especular muy fácilmente.

Al tratar de este viaje era cuando Teodoro habia mostrado su *desprecio á las riquezas*.

El padre de Ana fue inflexible. Los dos jóvenes conocieron que debian acceder á la *manía* del anciano, y Teodoro se embarcó.

—Adios, querido Teodoro, le dijo Ana al despedirse, rezaré sin cesar por tí; no para que vuelvas rico, sino para que vuelvas constante.

Durante su larga travesia, Teodoro pensó solamente en los sitios que iba á admirar: ¡el Oriente! Ya veia aquel lujo oriental de que tanto le habian hablado. Le parecia que al entrar en Constantinopla seria rico; que el suelo debia cambiar las botas que le incomodaban, en babuchas de riquísimas pedrerias; que el aire debia transformar el paño de Elbeuf en paño de oro, y que los chales los convertiria en cachemiras el sol de Oriente; los caballos que pisasen las arenas de la Arabia serian corceles ardientes, nobles é impetuosos. No veia mas que sofaes, cojines de seda, suaves perfumes... Sobre todo, su imaginacion soñaba con aquellos misteriosos *harems* en donde vivian tantas hermosísimas circasianas y georgianas, guardadas por eunucos negros.

Sin duda que algunas, al ir á la mezquita verian á Teodoro, y dejarian caer su velo por *casualidad*, permitiéndole que contemplase encantos desconocidos para todos.

Una vieja misteriosa vendria á buscarle al dia siguiente, y le introduciria en el harem despues de haber rodeado mucho: sus ilusiones le mostraban allí mugeres encantadoras, bebidas esquisitas, olores exhalados de lindísimos pebeteros, y una habitacion magníficamente adornada, donde se oia una música celestial: bailes de hadas, lechos de rosas deshojadas, ricas pinturas, un suelo de ágata, columnas de jaspe; las jóvenes con collares de perlas enormes, brazaletes de monstruosas esmeraldas, diademas de ópalos hiperbólicos: él mismo se veia adornado, obsequiado, embriagado, coronado de rosas, coronado de mirtos.

Por largo que sea un viaje al fin se llega, y ellos llegaron á Saint-Maur. Tres leguas que anduvieron despues en un carruaje, les hizo concluir su viaje.

¡Teodoro estaba ya en Constantinopla!

¡Pobre Teodoro! Encontró una ciudad sucia, pequeña, mal construida. Por las calles veia malísimos caballos con bridas de cuerda y hombres medio desnudos; las monedas, piezas antiguas y gastadas de Alemania, Holanda y España; el manjar mas esquisito era arroz con pimienta y mezclado con manteca. La mayor habilidad del cocinero consiste en no dejar abrir el arroz, y en teñirle de amarillo con azafran, ó de un rosado bajo con zumo de granada. Cuando los oficiales comen en casa del sultan, se les obsequia con el *churba*, especie de potaje con arroz, sazonado tambien con pimienta.

Vió las mezquitas sin adornos, porque la ley prohibe introducir en ellas cuadros, estátuas, oro ni plata.

Pero sobre todo, no encontró ninguna muger en las mezquitas, ningun velo cayó para dejarle ver facciones candorosas, ni tampoco misteriosas viejas.

Teodoro decidió no pensar mas que en Ana, en su vuelta, en sus promesas, en su felicidad, ademas, el negociante á quien habia acompañado, debia á su vuelta interesarle ventajosamente en sus negocios. De este modo, el padre de Ana estaria contento y ningun obstáculo podria oponer á su matrimonio.

Una tarde calculaba la fortuna que podria producirle su viaje; con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, arreglaba de antemano los gastos de su casa despues que se hubiese casado, discutiendo acerca del número de criados y de la eleccion de sitio para habitar: hasta tal punto se ocupó de esto, que detalló minuciosamente todo lo que tenia que hacer, juzgando que el matrimonio seria al dia siguiente, y pensaba hasta en el peinado de Ana en este dia.

Llegó la noche y él proseguia en esta enagenacion, sin acordarse de encender una luz. De repente llamaron á su puerta y abrió; un hombre despues de haber mirado si le seguian, entró y cerrando la puerta le dijo:

—Solo tenemos diez minutos para concluir un asunto en el que media la fortuna de ambos. Soy un esclavo empleado en las minas: he robado un diamante, y pretestando una enfermedad me he hecho transportar aquí. Solo un Rey puede pagar el diamante de que os hablo. Ningun príncipe posee uno tan hermoso, pero para mí es una riqueza perdida, pues me es imposible venderle, por no tener dinero para huir. Sin embargo puede hacer mi felicidad, no os pido en cambio de este tesoro mas que la cantidad necesaria para mi fuga. Por este medio seré libre; iré á mi pais y volveré á ver á mis hermanos y á mi muger.

Mientras que Teodoro estaba aturdido con esta proposicion, el esclavo miraba por todos lados un diamante de grandes dimensiones.

—En verdad que no tiene la menor mancha encarnada ni negra: ni una pequeña sombra amarilla ó verde; desgraciadamente han pasado muchos diamantes por mis manos y nunca he visto otro mejor y tan grande. Seria un magnífico adorno para el turbante de un sultan .... Vamos, os es fácil huir y con algunos ducados que me deis sois millonario y yo estoy libre.

El esclavo solo queria verse en libertad. Teodoro dió lo que le pedia, ocupándose despues él mismo de su fuga: pidió dinero prestado al comerciante con quien habia ido á Constantinopla y aquella misma noche se embarcó.

No detallaremos minuciosamente su viaje; el esclavo no le habia ocultado que seria perseguido, y para evitarlo anduvo doble, por los caminos mas desiertos y escabrosos. Un dia le sorprendieron con su guia unos ladrones árabes. El guia le dijo:

¿Llevais dinero?

—El necesario para mi viaje, contestó Teodoro.

—Entonces, no opongamos ninguna resistencia; nos robarán dejándonos lo necesario para continuar nuestro viaje con economia.

—No importa...

—Importa mucho, dijo Teodoro, y recibió con un pistoletazo al primer árabe que se adelantó hácia ellos.

Tiraron de los sables, matando de una cuchillada al guia; y apalearon á Teodoro, llevándole despues prisionero.

Le registraron, y á pesar de su resistencia, le quitaron su diamante; su dolor hizo creer á los árabes que era alguna reliquia, y una muger lo dió á su hijo para que jugase.

Teodoro hizo amistad con el gefe, y este le dijo un dia que podia marcharse en cuanto se curase, llevándose todo lo que le habian quitado. La madre del niño que creia que el diamante era un talisman, se echó á sus piés para que se lo dejase á su hijo; le ofreció por último el mayor precio que podia ofrecer. Las riquezas despertaron mas su codicia y rehusó, y ella por su parte rehusó tambien devolvérselo. Una noche, Teodoro, puso una mordaza al niño y huyó con su tesoro. Dos dias estuvo oculto en una caverna, sin comer; despues se unió á una caravana y continuó su camino. Inquieto y desconfiado, rechazaba la menor muestra de política con aspereza y se hallaba dispuesto á asesinar al viajero, cuya mirada se fijase en el sitio que llevaba oculto su diamante; en las posadas pedia el peor cuarto, para que no sospechasen que llevaba tan gran fortuna.

Escribió al padre de Ana: su carta empezaba con estas palabras: «*Soy rico, escesivamente rico.*" Esta noticia, anunciada así antes de hablar de otras muchas cosas *mas importantes*, desconsolaron á Ana; sin embargo al considerar que solo por ella se habia enriquecido Teodoro, no pensó mas que en recibirle antes del tiempo en que debiera llegar.

Entretanto, el pensamiento de esta gran fortuna de Teodoro, desanimó mucho á la jóven. Teodoro al contrario, conocia que los papeles estaban cambiados, pues el padre y la hija afectaban una reserva con él

que no le agradaba.

En la primera entrevista, á pesar de no haber desistido ninguno de los tres de su antiguo propósito, se despidieron muy descontentos. Algunos dias despues, los dos jóvenes hablaron un rato atreviéndose á recordar su amor. Ana decia:

—¡No sé por qué me horroriza esa gran fortuna que nos has anunciado! ¡nuestro proyecto era tan hermoso! Ya puedo despedirme de esa casita desde donde se ve tambien el mar; ahora se alquila.....

Querida Ana, repuso Teodoro, iremos á París, y habitaremos una magnífica casa en el mejor barrio.

—Teodoro, siento abandonar esta casa; los árboles están tan verdes, el aire es tan puro; ayer salí con mi aya y alargué mi paseo hasta allí. La miraba con amor: aquí, decia yo, viviremos y seremos felices juntos, y en el pensamiento divisaba yo nuestro cuarto. Hay una alfombra de yerba como el terciopelo, me parecia ver jugar en ella á nuestros hijos.

Teodoro fue á París; cuando llegó, el diamantista del Rey á quien le habian dicho presentase solamente su diamante, estaba ausente por algunos dias. Teodoro aprovechó este tiempo para escoger una casa de las principales de París y muebles, y para probar caballos y carretelas: apuntaba todo lo que veia que le agradaba: colgaduras, porcelanas, encages... Era obsequiado por una infinidad de parientes y amigos, á quienes nunca habia conocido. Cuando entraba en un salon, decian en alta voz. «Mr. Teodoro N.» y por lo bajo «que acaba de hacer en Oriente una fortuna prodigiosa.» Todas las preferencias, todas las miradas eran para él: las madres le hacian los honores de sus hijas, y á las hijas les parecia que Teodoro era un arrogante jóven.

¡Ah! he aquí á Teodoro en una cuesta rápida y en la que era fácil olvidase á la pobre Ana.

A pesar de todas las grandezas que habia mostrado Teodoro N. en París, se hallaba hace algunos años en Ingonville; habitaba con su Ana la casita desde donde se veia tambien el mar, y en la alfombra de yerba jugaba un niño.

¿Acaso habia sido esto un esfuerzo generoso de Teodoro? ¡Ah! Teodoro tenia allí una plaza de mil ochocientos francos, que era lo que le daba de comer.

Cuando Teodoro se presentó en casa del diamantista real, examinó este el diamante, diciéndole despues:

—Con efecto, es una pieza notable, por la esactitud con que está imitada; si quereis os daré por ella diez francos.

Estos diez francos habian servido á Teodoro para ir al Havre á pie.

T. del A.



BIOGRAFIA DE VELAZQUEZ.



on Santiago Rodriguez de Velazquez de Silva, célebre pintor español, nació en Sevilla en 1594. Conociendo sus padres en él una grande aficion á la pintura, dejándole seguir su inclinacion, le pusieron bajo la direccion de Francisco de Herrera, llamado el *viejo*, hombre de trato rígido y cruel, aunque de consumado gusto en el arte; pero á poco tiempo dejó esta escuela para seguir la de Francisco Pacheco, quien advirtiendo desde luego el mérito de su discípulo, se apresuró á iniciarle en todos los secretos de la pintura. Como su casa era entonces la academia y escuela de los mayores ingenios de Sevilla, vivia en ella gustoso nuestro Velazquez; y uniendo á los preceptos de su maestro el estudio de la naturaleza, se dedicó á pintar

con singularísimo capricho y particular talento animales, aves, pescados y bodegones con la perfecta imitacion de lo natural, con bellos paises y figuras, diferencias de comida y bebida, frutas y alhajas pobres y humildes. Tambien para perfeccionarse en el aire de las cabezas, alquiló un jóven; á quien hacia tomar diferentes posiciones, ya riendo, ya llorando, de modo que siempre traia consigo este modelo ambulante. Con este método adquirió tanto en la semejanza como en la facilidad un talento no menos estraordinario que inimitable. Ejercitándose al mismo tiempo en leer varios autores que habian escrito de la pintura, entre ellos Vitruvio, tomó de cada uno con diversidad de objetos lo que podia constituir lo grande de cada uno de los asuntos que tratan, siendo en fin tan estudioso como requiere la dificultad del arte. Cinco años tuvo de educacion, y en ellos las obras adelantaron á la edad. Admirado Pacheco de las felices disposiciones de su discípulo, y previendo lo que seria un dia, le dió á su hija en matrimonio. Ansioso siempre Velazquez de mayores progresos, pasó á Madrid en 1622, donde aprovechó el poco tiempo que permaneció en aquella capital en ir á estudiar las bellas colecciones del Pardo y del Escorial. Vuelto á Sevilla, tuvo que regresar á la corte, llamado por don Juan Fonseca, maestrescuela de la iglesia de Sevilla, para que hiciese su retrato. Luego que estuvo concluido, llevóle á palacio un hijo del conde de Peñaranda, y allí le vieron los grandes, los infantes y tambien el Rey; siendo tal la aceptacion y aplauso que mereció, que el Monarca le admitió en su servicio, encargándole desde luego que lo retratase. Le retrató á caballo, con tan airosa postura, tan arrogante y tan brioso, que fue objeto de la admiracion de los ingenios; y así se puso con beneplácito del Monarca á vista del público, en la calle mayor, en frente del convento de S. Felipe, mandándose luego á Velazquez que trasladara su domicilio á Madrid, con título de pintor de cámara. Fue tal el entusiasmo que escitó en el pueblo la belleza y naturalidad del retrato, que cogiéndole le llevaron en triunfo hasta palacio. En el concurso verificado para la erección de un monumento destinado á perpetuar la espulsion de los moriscos de España, Velazquez obtuvo el premio. Gratificóle además el Monarca con la plaza efectiva de ugier de cámara, y otras mercedes no menos honoríficas que lucrativas. En 1628, habiendo venido á España Rubens, con quien Velazquez estaba en correspondencia, le inspiró deseos de visitar la Italia. El Rey, temiendo perderle, le habia ya negado diferentes veces el permiso; pero al fin condescendió á sus deseos, suministrándole fondos para el viaje, y en 1629 partió de Madrid para dirigirse á Venecia. Llegado á esta ciudad famosa, fue á visitar el palacio y templo de S. Márcos, donde tuvo lugar de admirar las pinturas de Ticiano, Tintoreto y Pablo Varonés; y finalmente, vió y observó en dicha ciudad tanto bueno como encierra, dibujando muy mucho de lo que mejor le pareció. Entre varias de las copias que hizo en esta ciudad no debe pasarse en silencio las del *Calvario* y de la *Cena* del Tintoreto, que regaló al Rey cuando regresó á España. De Venecia pasó á Ferrara, donde fue hospedado en casa del Cardenal Julio Sacheti; que habia sido Nuncio en España, y despues de haber examinado con atencion las obras de Garofoli, siguió el camino de Roma por Loreto y Bolonia. En esta ciudad fue muy favorecido del Cardenal Barberini, sobrino del Papa Urbano VIII, por cuya órden le hospedaron en el palacio Vaticano. Sus estudios sobre las obras de Rafael, de Miguel Angel, y en particular sobre lo antiguo, le absorbieron tanto el tiempo, que durante todo el que permaneció en aquella capital no hizo mas que su *retrato* que envió á su suegro, las *Fraguas de Vulcano*, y su nunca bien alabado cuadro de la *Túnica de José*. Llamado á Madrid por mandato del Rey, antes de dejar la Italia, quiso pasar á Nápoles para ver á José Ribera, que sostenia en esta ciudad con esplendor la gloria de la escuela española. El Monarca, durante su ausencia, no se habia querido dejar retratar por ningun otro; y cuando llegó á Madrid, á fin de darle una prueba de su estimacion, le concedió obrador en su mismo palacio, en la galería llamada del *Cierzo*, reservándose una segunda llave para ir á verle trabajar cuando quisiese, y confiriéndole además plaza de ayuda de cámara. Por aquel tiempo pintó diversos retratos para particulares, entre otros el del *infante D. Baltasar Cárlos, á quien su caballerizo mayor el conde-duque de San*

Lucar enseña á montar á caballo. Tambien hizo el *Modelo del caballo y estátua ecuestre del Rey*, cuya ejecucion, confiada á Pedro Tacca, es una de las mejores producciones del arte. Agradecido á la proteccion y favor que constantemente le dispensaba el conde duque de Olivares, quiso darle una prueba de afecto haciendo su retrato. Representó á este ministro cubierto de una rica armadura damasquina de oro, cubierta la cabeza de un casco adornado con ricos penachos, teniendo el baston de mando en una mano, y montado á caballo, cuyo modelo escogió entre las razas mas hermosas de Andalucia, en actitud de precipitarse al combate. En el fondo del cuadro se veia el choque de ambos ejércitos, ejecutado con tal maestria, que no se sabia qué admirar mas, si lo natural del fuego, el movimiento de los caballos, el ardor de los combatientes, ó la verdad de la accion. Esta obra es considerada en su género entre las mas admirables que ha producido la pintura. Entonces fue tambien cuando pintó el *Retrato del almirante Pareja*, del cual aseguran, que luego de acabado, y teniéndolo puesto hácia donde daba poca luz, bajó el Rey como solia á ver pintar á Velazquez; y reparando en el retrato, juzgándole por el mismo original, le dijo: « ¡Qué, todavia estás aquí! ¡no te he despachado ya! ¡cómo no te vas!" hasta que estrañando que no le hiciese la debida reverencia, ni respondiese, cayendo en la cuenta de lo que era, se volvió á Velazquez, que modesto disimulaba, diciéndole: « Te aseguro que me has engañado completamente." En el viaje que hizo el Monarca á Aragon en 1642 para apaciguar las turbulencias de esta provincia, Velazquez recibió órden de seguirle. Al año siguiente sucedió la desgracia del duque de Olivares: el agradecido artista no faltó á sus deberes con un hombre que tanto le habia protegido, probando con su laudable conducta que la nobleza de su carácter garantizaba la superioridad de su talento. El Rey, lejos de mostrarse ofendido, le dió pruebas de estimarle mas, nombrándole para acompañarle en el segundo viaje que hizo á Aragon. De vuelta á Madrid, ejecutó Velazquez el *Retrato de S. M.*, haciendo su entrada en Lérida, rodeado de su comitiva y en medio de las aclamaciones de la multitud; el del Cardenal infante D. Fernando, y otro retrato del Rey, destinado á servir de compañero al precedente, representándole en trage de caza, con escopeta y acompañado de galgos. Estos dos retratos son dos obras maestras de natural y de espresion. Hizo tambien el de la Reyna *Isabel de Borbon, sobre un brioso caballo blanco*, y el del infante *D. Baltasar Cárlos*. Hácia este mismo tiempo concluyó para el Retiro la *Toma de una ciudad por D. Ambrosio de Espínola*; y para el oratorio de la Reyna una *Coronacion de la Virgen*. En 1648 le envió el Rey por segunda vez á Italia, para elegir los modelos que fuesen necesarios para las clases de la academia de bellas artes que tenia intencion de fundar en Madrid. El viaje de Velazquez por Italia fue mas bien una marcha triunfal: los artistas, los sábios, y los príncipes, todos le recibieron en los términos mas satisfactorios. En Génova, Milan y Venecia, examinó otra vez las insignes obras hechas por los primeros maestros de la pintura, y cuyos pasos habia seguido, y compró algunos lienzos del Tintoreto y del Veronés. Fue á Módena donde halló mucho que admirar y donde le favoreció mucho el duque, mostrándole su palacio y las cosas curiosas y de estimacion que tenia. En Parma visitó la cúpula de Caragio, tan celebrada en el orbe artístico; y despues de haber visto las pinturas que hizo Mazzalino, partió para Roma. Luego que llegó fuéle preciso ir á Nápoles á verse con el conde de Oñate, virey de aquel reyno, el cual tenia órden del Rey para asistirle con profusion para su intento. No se descuidó en visitar á José de Ribera, llamado en Italia *Spagnoleto*, que en Nápoles acreditaba con sus obras á la nacion española. De vuelta á Roma, fue muy favorecido del Cardenal Pamfilio Romano, sobrino del Papa Inocencio X, del Cardenal Barberini, del abad Pereti y de otros muchos señores. Sin olvidar el objeto de su viaje, pintó muchas cosas, siendo la principal el retrato de Inocencio X, quien mostrándose agradecido, además de muchas mercedes, le envió una medalla de oro con su efigie de medio relieve, pendiente de una cadena del mismo metal. Este retrato renovó aquellos prodigios del arte que se cuentan de los de Leon X, hecho por Rafael y de Paulo III por el Ticiano, esto es, que los espectadores al mirarle se engañaban, tomando el retrato por el original. Hizo tambien otros

muchísimos de personas de la mayor categoría, entre ellos el del *Cardenal Pamfilio*, y del *Mayordomo del sacro palacio*; y luego determinó volverse á su patria llamado del Monarca, despues de haber sido recibido por académico romano en 1650. En su primer viaje á Italia habia encomendado un cuadro á cada uno de los doce pintores mas célebres de este reyno, contándose entre ellos á Guido, el Dominiquin, el Güerchino, el Poussino, Cortona, &c. Hallándolos concluidos en su segundo viaje, se los trajo á Madrid con muchas estátuas y otras preciosidades, que fueron colocados en los diferentes palacios del Rey. Este, para recompensarle en cierto modo del nuevo mérito que habia contraido, le confirió el empleo de aposentador mayor, pero sin que para servirle dejase de continuar la pintura. Entonces fue cuando en 1656 pintó aquel maravilloso cuadro de familia, representando á la *Emperatriz Maria Margarita de Austria, infanta de España, en la primavera de su edad.* Entre los varios personajes que representaba aquella composicion, Velazquez se representó tambien á sí mismo ocupado en pintar: un espejo colocado á su frente, reproduce el objeto que pinta. Cuando Lucas Giordano fue á Madrid, habiéndole preguntado Cárlos II su parecer sobre aquel cuadro: «Señor, le respondió, es la teología de la pintura;" queriendo significar con esta respuesta que así como la teología es la primera de las ciencias, así tambien era este cuadro el mejor que existia. Habiendo el Rey mandado á Velazquez que acompañase al Escorial cuarenta y una pinturas originales, parte de ellas procedentes de la almoneda del Rey de Inglaterra, otras que trajo Velazquez de Italia, y otras que habia regalado al Monarca el virey de Nápoles conde Castrillo, hizo Velazquez de todas una descripcion y memoria en que da una noticia de sus calidades y autores para presentar á S. M., con tanta elegancia y propiedad, que calificó en ella su erudicion y gran conocimiento del arte. Deseando el Rey darle siempre nuevos testimonios de lo mucho que le apreciaba, le dió á escoger una de las tres órdenes de caballeria de España: Velazquez eligió la de Santiago, cuyo título recibió en 28 de Noviembre de 1658. En este mismo año hizo para el Emperador de Alemania los retratos del príncipe de Asturias, de D. Felipe Próspero y de la infanta doña Margarita. Despues de estas obras, tomó ya poco los pinceles, pudiendo decirse que fueron las últimas que salieron de su mano. Habiendo tenido que pasar á Irun en 1660, en virtud de su empleo de aposentador mayor, á fin de preparar en esta ciudad el alojamiento del Rey, donde debia pasar para verificar la entrega de la infanta Maria Teresa, esposa futura de Luis XIV, estuvo á su cuidado la exornacion de la casa de conferencia de la isla de los Faisanes, en la cual se verificó la primera entrevista de ambos monarcas. Pero la fatiga que Velazquez esperimentó con el viaje y con el desempeño de su empleo, alteró de tal modo su salud, que al llegar á Madrid enfermó, muriendo de sus resultas en 7 de Agosto de 1660. Sus funerales fueron magníficos. He aquí el juicio que hace Rafael Mengs de nuestro célebre artista en su *Carta á D. Antonio Pons*: «¡Qué verdad se advierte en las obras de Velazquez! ¡Qué inteligencia manifiesta en los términos! ¡Qué escuela para todo artista que desee estudiar en las tres épocas en que se subdividen las obras de este maestro! En la primera se sujeta á una escrupulosa imitacion de los objetos, acabando todas las partes de que se componian y dándoles todo el vigor que creia observar en ellos; pero esta misma exactitud le hace incurrir en un estilo algo duro y seco. En la segunda se nota mas facilidad y mas espíritu, imitando á la naturaleza no tal como ella es en efecto, sino tal como parece ser. Y en la tercera parece que su mano no ha tenido la menor parte en la ejecucion de sus obras, y que todo ha sido hecho por un acto de su voluntad." Sin seguir Velazquez los pasos de ninguna escuela en particular, se elevó por su solo genio á un estilo que le es propio. Si el estudio que hizo durante su permanencia en Italia de las obras maestras de la antigüedad, asi de Miguel Angel como de Rafael, no le elevó hasta lo ideal, debe considerarse que su edad avanzada no le permitia ya desprenderse de los hábitos que habia contraido; mas si le faltaba grandiosidad, su dibujo fue siempre exacto, y ningun pintor le ha aventajado en la pintura de caballos y de otros animales. En cuanto á retratos no conoce mas rivales que el Ticiano y Van Dyck.

D. B.

FRAGMENTOS DEL CODIGO INDIO.

El hombre, tanto de dia como de noche, debe tener á su esposa en tal sujecion que no sea dueña de ninguna de sus acciones, porque si ella hace su voluntad, por elevada que sea su clase, se conducirá mal.

Mientras la muger sea soltera la cuidará su padre; cuando se case, su marido, y cuando vieja su hijo: si antes de casarse muriese el padre debe encargarse de ella el hermano, sobrino ó pariente mas inmediato del padre; si muere al marido, no dejando hijo, queda al cuidado del hermano, sobrino ó pariente del marido, y faltando todos estos el magistrado. El encargado de una muger que la desatienda pagará una multa.

Si á pesar de encierros y amenazas no puede un marido guardar á su muger, le dará una cantidad de dinero, y la dedicará á servir á la divinidad.

Las mugeres tienen seis cualidades: Primera, un deseo desordenado de joyas muebles lujosos, ricos vestidos y alimentos esquisitos.—Segunda, una gran coqueteria.—Tercera, violenta cólera.—Cuarta, ocultacion de sus sentimientos.—Quinta, mucha envidia.—Sesta, inclinacion á hacer mal.

El marido que tenga que ir á algun viaje debe dejar á su muger lo necesario para que se alimente y vista con decencia, pues la necesidad es un gran peligro.

Cuando el marido y la muger se llevan bien dan un buen ejemplo al pueblo.

La muger fue hecha para ser la compañera del hombre, y para multiplicar la especie humana.

La muger que siempre complace á su marido, que no habla mal de nadie, que observa buenos principios, que tiene hijos, y que se levanta de dormir antes que su marido, es un tesoro que solo puede formarse con una escelente instruccion moral y religiosa, y que solo se halla por un destino muy feliz: al hombre que poseyendo tal muger la abandona, le aplicará el magistrado el castigo de los ladrones.

La muger que acostumbre engañar á su marido será aconsejada por éste por el espacio de un año; y si no se enmienda será despedida de la casa, proporcionándole alimento y vestido.

Tambien será echada de su morada sin alimentos la que disipe su hacienda, desea la muerte de su marido, y va donde quiera sin darle cuenta.

Un marido podrá separarse de su muger si es estéril ó no le da mas que hijas.

Se llama buena la muger que se adorna con decoro, que tiene buenos principios, que está alegre cuando ve alegre á su marido, y triste cuando lo halla disgustado; que cuando su marido va á viajar se viste con sencillez y guarda todas sus alhajas; que no engañe á nadie; que no gasta un real sin consentimiento de su esposo; que tiene un hijo; que desempeña debidamente los quehaceres domésticos, que tributa religiosamente el culto á la deidad; que no sale de su casa; que es honesta, que está siem-

pre ocupada, no disputa, y respeta á todo el mundo.

La muger no debe salir de su casa sino con el consentimiento de su esposo y con el rostro cubierto: en los dias de fiesta se pondrá todas sus alhajas: no conversará con ninguna persona que no pertenezca á su familia, á menos que no sea con algun ermitaño ó anciano: su vestido llegará desde la cintura hasta el tobillo, y llevará cubierto todo el pecho: cuando se ria echará el velo sobre la cara, y antes de comer servirá la comida á su marido y á sus huéspedes: no irá á casa de ninguno que no sea su pariente, ni se parará en la puerta, ni mucho menos se asomará á la ventana.

Seis cosas son mal vistas en una muger: Primera, beber vino ó licores y comer muchos dulces.—Segunda, acompañarse con hombres de mala conducta.—Tercera, estar separada de su marido.—Cuarta, ir sin motivo justo á visitar á un estraño.—Quinta, dormir de dia.—Sesta, vivir en casa de uno que no es de su familia.

La muger que haya gastado todo lo que su marido la dejó al irse á un viaje, ó á quien su marido no ha dejado nada, debe ganar su vida pintando, tegiendo, ó con alguna otra ocupacion honrada.

La muger cuyo marido esté ausente, no irá á diversiones, ni á espectáculos públicos, ni se pondrá joyas, ni se reirá, ni verá bailar, ni oirá música, ni montará á caballo, sino cerrará bien su puerta, no recibirá á nadie, ni comerá manjares delicados, ni se pintará los ojos con polvos negros, ni se verá en el espejo.

Es deber de buena esposa cuando muere su marido quemarse con el cadáver de este: la que lo haga habitará con él en el paraiso por muchos millares de años; sino puede quemarse, guardará una castidad inviolable, y si faltare á ella se irá al infierno.

El juego es de dos especies: Choperbazee, de dados, damas, ajedrez y de azar; ó Shemabhee, cuando ponen á pelear elefante con elefante, gallo con gallo ó toro con toro: ambas están prohibidas.

El hombre que sea aprehendido jugando públicamente ó en secreto, si mediare apuesta será multado y castigado.

Si alguno tuviere tal propension á cualquiera de las dos clases de juego, que no pueda dejar de hacerlo, deberá jugar siempre á presencia del magistrado ó de la persona encargada por éste, en cuyo caso el que pierda entregará el dinero al magistrado, el cual se tomará la mitad, y dará la otra al que ganó.

Cuando un hombre haga trampas en cualquiera de las dos clases de juego, se le cortarán dos dedos.

Si alguno despues de jugar con licencia del magistrado ganare y no diere á aquel su parte, entonces el magistrado le impondrá una multa que no esceda de la otra mitad.

T. del A.



FAMILIA ARABE DE CAMINO.



Nada es comparable al estado abyecto en que se haya la muger en los pueblos bárbaros del interior de Africa. Ella está condenada á los mas duros y penosos trabajos, mientras su marido, sentado tranquilamente en su cabaña ó en su tienda, habla con sus amigos ó fuma su pipa, sin cuidarse de las fatigas de su compañera. Es bastante frecuente ver en los caminos cabalgando solo en su jumento á un fornido árabe, interin su infeliz mitad, cargada con un chiquillo á la espalda y llevando á mas la ropa y las provisiones, anda detras á pie, fatigada de cansancio y llevando de la mano á algun pobre niño de pocos años. En estos pueblos destituidos de toda clase de educacion civil y moral, solo se respeta la fuerza. La muger, ser débil, está condenada á ser el juguete ó la esclava de su tirano, sin concederle no solamente ninguno de los miramientos y atenciones que se les tienen en los pueblos civilizados, sino ni aun compadecerlas por su triste suerte.

F. M.

EL HOMBRE VERDE.



He aquí una aventura sacada de las memorias de un músico. Los pormenores de esta historia son sencillos, pero tan interesantes, que los he reunido todos para presentarlos tales cuales yo los he tomado y recibido á los músicos jóvenes y viejos que nos leen, unidos por el amor del arte, esta bella é inocente pasion.

Era yo un niño todavia, pero un niño de seis años (es el músico aleman el que habla), y ya me creia un maestro; y como por otra parte hacia resonar mi violin bajo el arco con mil armonías, creia que no me quedaba nada mas que hacer. ¡Feliz presuncion de la edad! Mi padre que era un músico á la antigua, estaba envanecido de mí, no como un maestro de su discípulo, sino como un padre de sus hijos. Por lo demas yo trabajaba de dia y de noche. El violin era mi vida, y me abandonaba tanto mas á este ardor musical, cuanto que ya creia no obstante este pobre principio, que me acercaba de dia en dia á la perfeccion.

No era yo sin embargo el único jóven acometido de la misma pasion en nuestra pequeña poblacion alemana. Habia muchos jóvenes maestros como yo que se abandonaban al mismo frenesí musical. Compusimos muy pronto un cuarteto que es el delirio de todo músico principiante.

Tres ó cuatro veces á la semana venia la vecindad á casa de mi padre á escuchar nuestros cuartetos. Dábamos á todos nuestros vecinos otra tanta y mas armonía que podian oir en una tarde. Nos escuchaban, alababan y aplaudian, haciendo á las mil maravillas su parte en los conciertos de nuestra educacion musical. No creo, por lo que á mí toca, que en ningun tiempo de mi vida haya pulsado el violin con mas amor ni con mas orgullo.

Era una hermosa tarde de otoño, el aire apacible y sereno, el cielo en calma, la tierra giraba mas lentamente de lo acostumbrado, y nuestros violines se resentian de este tan dulce sosiego, cuando de repente vemos entrar un hombre del aspecto mas estraño, desde el centro del salon donde dábamos nuestros conciertos. Vestia pequeños y angostos calzones, de un corte muy antiguo, color de violeta, de pobre y usado terciopelo, y que habia perdido ya su brillantez: sus medias de lana azules y de cuadritos, sus zapatos muy cerrados, estaban adornados con broches de plata. Completaba todo este traje tan estravagante, una casaca verde, y realzada por grandes y brillantes botones de acero. Veíase una

inmensa corbata negra debajo de esta casaca, y una melancólica cabeza que estaba adornada de largos y rizados cabellos. No se sonreia, pero sus ojos eran vivos y ardientes. Entró en la casa sin anunciarse, y viendo en uno de los ángulos de la sala un lugar desocupado, junto á la linda Naurrel, mi prima, sentóse allí, y se puso á escuchar el cuarteto con atencion.

Habíanos chocado y afectado la presencia de este estrangero de no sé qué miedo inesplicable, y aun no estaba sentado al lado de la hermosa Naurrel, cuando faltó el compás á nuestros cuatro violines En vano voló mi padre á nuestro socorro; á pesar de ser un músico inteligente, no hicimos ya nada de provecho: el cuarteto se concluyó. Alzase entonces el estrangero, se dirije á mí, y con un aire de severidad: «Jóven, me dice, vuestro entusiasmo os lleva demasiado lejos: manejais un arco demasiado fogoso para vuestra edad; este instrumento no es posible tocarlo de repente sin riesgo de abrasarse los dedos.» Volviéndose despues á mis tres compañeros, los reprende con un aire de incertidumbre sobre su futura habilidad en el arte, que hacia sumamente crueles sus palabras. Por mi parte, confieso que cuando ví el aire despreciador de aquel estrangero, sentí circular un frio mortal por mís venas, ¡tal era la prontitud con que me habia creido un escelente violinista! Sin embargo, coje el hombre verde el arco que me habia dejado caer, toma el violin de mis manos y comienza á tocar. Entonces fue cuando yo me sentí mas que nunca humillado.

¡Qué número! ¡qué admirable manejo! ¡qué celestiales conceptos! ¡qué lamentos tan armoniosos sacaba el estrangero de mi violin! Se hubiera creido que un genio invisible, oculto en su sonoro seno, habia sido encendido y reanimado por un rayo del cielo. No, jamás, ni aun allá en los lisonjeros sueños de mi tierna edad, habia yo columbrado este bello ideal! Sí, seguramente que un espíritu invisible y encantador, era el que cantaba en mi violin, obedeciendo á los dedos del hombre verde.

Sabiamos nosotros que en este mismo mes de Setiembre habia de haber en nuestro pequeño pueblo una reunion de hábiles maestros alemanes, con el objeto de formar un sábio y útil congreso musical; nos persuadimos que el hombre verde era sin duda uno de los maestros que debian componer la asamblea; y mi padre se apresuró á ofrecerle su casa, la que él aceptó dándonos la mano. Hé aqui, pues, á nuestro huésped; héle aqui sentado á nuestra mesa, á nuestro hogar, como si fuera un hermano de mi padre. Tan sencillo y afable como sábio; ¡bien lo sabe Dios! El objeto principal de sus conversaciones era la construccion de los instrumentos y las combinaciones mas perfectas para llegar á resultados nuevos é increibles. Tocado una vez este punto, el hombre verde era inagotable.

Hé aqui la vida que llevábamos hacia mas de quince dias; proporcionando á nuestro huesped todos los cuidados que se merecia, prestando la atencion á sus lecciones y bendiciéndole de corazon por sus consejos, cuando nos decia: «Queridos jóvenes, amad la música: ella es el alimento del espíritu: ella nos hace conocer mejor el objeto de la vida, á saber, la inmortalidad en la tierra.» Hablaba asi, empero si sobrevenia por casualidad un estrangero, nuestro sabio amigo huia hácia el jardin con velocidad. Amaba la soledad, ó mas bien queria estar solo con nosotros. Llegó un dia á la casa de mi padre uno de sus amigos llamado M. Curz, rico comerciante de las cercanias.

No era el tal Curz, á la verdad, hombre de mi gusto. Era rico, era generoso, pero no sabia sino vender caro y comprar barato; en fin era este un hombre como todos los demas, menos que nada para mí, hijo de un artista, y únicamente apasionado de los artistas. A la vista del comerciante, huyó el hombre verde con precipitacion; pero habiéndole ya Curz visto y reconocido, y siguiéndole con los ojos: ¿Qué hombre, dijo este á mi padre, habeis recibido en casa? ¡Vaya que teneis en ella un huesped singular! y á fe mia que hubiera mas bien apostado que estaba en el sepulcro que en vuestra compañía.» Tal era el lenguaje de M. Curz.

— ¿Luego vos le conoceis? esclamó mi padre con una mal disimulada curiosidad.

— ¡Si le conozco! dijo M. Curz; ha vivido mucho tiempo en mi pueblo; se llama Beze, de oficio carpintero; pero es un hombre fantástico, que en todo piensa menos en las cosas de este mundo. Hace muy poco

tiempo, que habiendo el órgano de nuestra pequeña iglesia perdido sus voces, se determinó á hacer otro nuevo; vino al punto vuestro huesped Beze á ofrecer sus servicios; se encarga solo de construir el órgano, y no pide otra cosa que los materiales. Pone al punto manos á la obra; compone, descompone, prepara, y da á ella todas sus potencias; y ocupado de dia y de noche, hasta se olvida de comer y de beber. Concluye al fin su órgano, y resuena en la iglesia, donde jamas se habia visto cosa mas perfecta. Corremos todos á verle, y el pueblo entero queda pendiente del labio de su autor. Nos esplicó Beze el mecanismo de su instrumento; se sienta al fin y toca; pendientes estábamos todos de sus acentos, y apenas percibiamos otra cosa que mil sonidos confusos y sin sentido alguno. Siéntase en pos de él el antiguo organista de la parroquia como fuera de sí, lleno de impaciencia por manifestarnos su habilidad sobre un instrumento tan noble y tan hermoso; pero el instrumento se niega absolutamente á toda melodía. Llueven entonces mil dicterios sobre el malhadado constructor: su órgano es declarado detestable por la voz comun, y suena en la iglesia una estrepitosa algazara; mas no por eso huye Beze intimidado; sale de allí echando sobre nosotros una irónica mirada, y como si hubiese hecho una obra maestra, hasta entonces desconocida. Ved aqui, mi caro amigo, el ilustre huesped que teneis en vuestra casa.

Asi habló Mr. Curz con aquella facilidad propia solo de un ignorante que quiere darse importancia á fuerza del oro que posee. No sé lo que dijo despues este comerciante; imposible me hubiera sido oir hablar asi por mas tiempo de mi amigo; por lo que entré en el jardin donde se hallaba. Percibióme, y haciéndome señas para que me acercase, «¡No veis, me dijo con una voz conmovida, cómo se oculta el sol allá bajo á pesar de su brillantez! Pues bien, la mas pequeña nubecilla puede obscurecer ese resplandor de fuego.» Tal es la historia del hombre de genio; las calumnias de un ignorante pueden empañar su nombre por un instante, pero tambien es cierto que la menor ráfaga de viento basta para auyentar la nube que ha durado un dia.

Conmovido profundamente con tan melancólicas palabras, queria tranquilizar á mi amigo, cuando «¡Oh! me dijo, nada temo: el vulgo no puede turbar la paz de mi espíritu; estoy íntimamente convencido de que los progresos de la ilustracion no son tan fáciles como se cree, y que la esperanza es lo mas esencial en este mundo. Inútil, infructuoso nos ha sido el ejemplo de nuestros padres; los hombres repelen toda idea de perfeccion; trata de sustraerles á sus hábitos rutinarios, y te harán al punto la señal de la cruz, como si viesen al diablo.

Pero el tiempo, es despues de Dios, el gran maestro de los hombres. Este órgano hermosísimo que he construido, esta gran obra de mis manos encierra una alma, pero necesita un hombre que la sepa despertar. He aquí la historia del caballo de Alejandro, que solamente Alejandro podia montar y dirigir.»

Ibase mientras tanto reanimando nuestro pequeño pueblo con una nueva muchedumbre de gentes. Llegado el dia señalado para el concurso musical, concurrian de todas partes los maestros. Todos en él se disputaban á porfia, por quien habia de dar un hospedaje mas digno á tan célebres hombres. ¡La música forma el orgullo y la felicidad de nuestra Alemania! Como un rey era recibido cada nuevo músico; su entrada se parecia á un triunfo: salíamos todos al encuentro de estos grandes maestros para verlos y aplaudirlos. Tuvimos el inesplicable gusto de ver llegar sucesivamente al célebre Grawn, al inagotable ingenio que saca todas sus inspiraciones del fondo de su corazon; á Fursch y Hasse sus dos fieles compañeros; el gran Teleman que nos habia enviado su hermosa ciudad de Hamburgo; al jóven Gasman, cuya gloria futura mostrará la Alemania.

Ultimamente, se recibió una carta del mismo Gluck, ausente á su pesar de esta gran fiesta de las artes. Manifestaba en ella á sus discípulos cuanto sentia su ausencia, y concluia al fin con los votos mas sinceros y ardientes en favor de los progresos del arte aleman. Reunióse en conclusion en nuestro pequeño pueblo la mas interesante y curiosa tertulia de los mas célebres maestros de nuestra edad.

Una tarde que estaban todos reunidos, y que yo me hallaba con ellos, vino al fin á recaer la conversacion sobre el Hombre-Verde. Manifestaba cada uno cuanto habia

oido decir de un músico misterioso que se ocultaba á la vista de todo el mundo. « Por vida de... esclamó Grawn, que no se ha de decir de nosotros que no tratamos de conocer á un hombre de genio; que sea uno de nosotros; que hable, que beba con nosotros, y que participe en fin de nuestra conversacion y de nuestros placeres."

Adelantéme entonces con humildad, y puesto en medio del concurso. « Señores mios, dije sencillamente; el hombre de quien hablais, es en efecto un escelente músico, un genio que se oculta, y por mas que le inviteis, estad seguros que no querrá venir." ¡Que no querrá venir!" repetian todos admirados, y haciéndose mil preguntas. Viéndolos yo atentos, les conté la historia del órgano de la vecina aldea: cómo ninguno sabia tocarle, y cómo en fin era esto un motivo de quejas y de disgustos para mi amigo.

Apenas los maestros oyeron esta historia, cuando se apoderó de ellos un entusiasmo inesplicable. « Amigos mios, dijo Grawn, mañana por la mañana temprano iremos sin falta á ver ese órgano que no quiere sonar. ¡Seria bien estraño, á fe mia, que un instrumento, sea el que quiera, se resistiese á tantos maestros reunidos!"

Hasse y Fursch aplaudieron la proposicion, y Teleman añadió, « que pensaria un medio para llevar al mismo pie de su órgano á su constructor;" pero el jóven Gasman, dando un profundo suspiro: « Amigos mios, esclamó, un hombre existe en el mundo que arrancaria sonidos á las mismas piedras; pero, ah! ¿dónde estás tú, Manuel Bach, maestro divino?"

Conviniéronse finalmente en ir á ver el órgano al siguiente dia por la mañana. Ya aparecia este dia sumamente hermoso sobre la pequeña iglesia, donde estaba el órgano del maestro carpintero, cuando he aquí que dos hombres entran en ella por la puerta del cementerio. El uno de ellos estaba en la flor de la edad; veíase grabada en su espaciosa frente la profundidad de sus pensamientos; sus grandes ojos azules resplandecian con una brillantez dulce y sosegada: su compañero era un hombre jóven, vivo, bondadoso, y de un semblante fresco y despejado. « Señor, prorrumpió este; ¿por qué causa suspendeis aquí vuestro viaje? sin duda que la asamblea de los maestros habrá ya concluido cuando llegueis."

« Hijo mio, respondió el otro, una voz de mi corazon me impele á entrar en esta iglesia. ¿No oiste tú ayer por ventura lo que nos refirió un viajero, de un órgano misterioso que ninguno sabia tocar? Llamaba el tal viajero á este órgano la obra del delirio: el cielo sin duda me trae aquí para indagar si no es mas bien el producto del ingenio. Entremos, pues, hijo mio; ora en voz baja que yo voy á acompañar con el órgano tu plegaria de la mañana.

Dicho esto, entran en la iglesia; el maestro se dirije hácia el órgano, y se sienta delante de él mientras su discípulo guarda la puerta. Llénase luego la iglesia de fieles que venian á oir la misa del Domingo; y bien pronto los maestros, puntuales á la cita que se habian dado la víspera, llegan tambien á ella; y viendo al sacerdote en el altar, se ponen á orar de rodillas. De repente un ruido bajado del cielo hace resonar la pequeña iglesia, y se desprenden de este órgano, hasta entonces mudo, los sonidos mas llenos y armoniosos; sonidos enteramente divinos. Quedan los fieles suspensos con estos deliciosos ecos, no de otra suerte que si escuchasen á un ángel; alzan los maestros la cabeza buscando quien es de entre ellos el que toca el órgano, y se espantan al encontrarse todos de rodillas en el mismo sitio: hasta el mismo sacerdote se sobrecoje de un secreto terror. Mientras tanto, herido el órgano por un genio inspirado, era sucesivamente, ora grave, ora sublime, ya melancólico, ya apasionado, ya lastimero; tan pronto suena como una flauta, tan pronto es un trueno; y unas veces loando á Dios, otras aterrando á los hombres, se oye, se admira, se queda humillado.

En medio de esta confusion, un hombre solo levantó la cabeza. ¡El Hombre Verde! Estaba junto al altar, apoyado contra una columna, y miraba su órgano, su órgano reanimado, ó por decirlo mejor, miraba al cielo. Su ingenio, al fin, era patentizado á los hombres. ¡Al fin era completa su revolucion. No lloraba, no hacia oracion, apenas oia; se figuraba, en una palabra, ser aquello el capricho de un delirio. Era él el mas feliz de toda esta muchedumbre enternecida y apasionada, cuando viendo que todos clavaban en él sus miradas con complacencia, se salió acelera-

damente de la iglesia, y la misa siguió adelante.

Luego que esta se acabó se colocaron los maestros á la puerta del órgano con el deseo de saber cuál era el ángel que así lo habia tocado. Abrese la puerta, y « ¡Manuel Bach, Manuel Bach!" esclamaban todos.

Con efecto, era este el mismo Manuel Bach. « Amigos mios, dijo, felicísimos dias, ved aquí á vuestro hermano; pero ¿dónde está ese hombre de génio que ha hecho este órgano? ¿Dónde está, para que yo le abrace, ó mas bien, para echarme á sus pies?" Respondióse á Manuel que este hombre era invisible, y añadieron los músicos: « Venid ¡oh maestro nuestro! venid á desayunaros con nosotros á la fonda de Santa Cecilia."

Llegada la noche Manuel Bach y Grawn vinieron de paseo al jardin de mi padre. Buscaban y llamaban por él á mi amigo el Hombre-Verde: encontráronle al fin bajo su árbol favorito; mas en qué estado ¡oh cielos! se hallaba la cabeza de mi amigo caida contra el tronco; sus ojos abiertos todavia buscaban errantes los últimos rayos del sol: tenia las manos estendidas sobre sus rodillas, y ni el mas leve latido de su corazon da indicios de que respire.

Me lanzo sobre él, Manuel Bach se lanza en pos de mí, Grawn levanta la cabeza de mi amigo, le llamamos; abre entonces los ojos, se dilatan sus manos, no de otra suerte que si quisiera tocar el órgano; y reconociendo á los maestros estrangeros: « ¡Ah, vosotros aquí, esclamó, maestros mios! ¡Ah, vosotros aquí! ¡Manuel Bach, vos el de esta mañana! ¡Ah, perdonadme si no os recibo con todo respeto; no puedo mas, mi agitacion me acaba; yo sucumbo bajo el peso de tanta felicidad; el sonido de mi bellísimo órgano ha despedazado mi corazon... yo muero!"

Colocáronse los dos maestros junto al pobre carpintero, y entonces: « ¡Si, ya puedo morir, esclamó, Grawn á mi izquierda, y Manuel Bach á mi derecha!" Volviéndose despues hácia mí me dió la mano; y « Adios me dijo, hijo mio; y vosotros, oh maestros bendecidme."

El último rayo del sol arrebató el alma de mi amigo sobre las sonrosadas nubes, y semejante á un hilo de plata, caia sobre su noble aspecto el dulce crepúsculo de la tarde; reinaba á lo lejos el mas profundo silencio, mientras que solo se oia una dulce y piadosa melodía funeral que se desprendia de la encantada flauta de Grawn.

F. de B.

EL DIAMANTE GORDO.

Bolonia es la ciudad en que se ha honrado mas á la anatomía. Lo que hay mas de estraño es, que las mugeres mismas egercian en ella no hace mucho tiempo la profesion de anatómicas. Segun dice Ruyschio, que pasó á Bolonia en 1660, se encontraban allí las hijas de Italia que *mejor conocian el cuerpo humano*. Oigamos un suceso. Una jóven llamada Blanca Pallini que profesaba la anatomia en Bolonia, heredó una fortuna considerable. El origen de esta fortuna es bastante curioso: un acta secreta la descubrió, y esta acta, de la cual conserva una copia nuestro amigo el conde de V..., produciria materia bastante para una novela. Reduciremos nuestra relacion á estrechos límites.

En una noche de invierno seca y brillante del mes de Enero de 1762, un jóven llamado Orio salió despues de otros cuatro de un magnífico palacio situado en la calle mas bella de Bolonia, tarareando un aria de Gluck. Iba vestido con un ancho sobretodo, bajo el cual trataba de abrigar su violin, su cuaderno de música y su arco. Caminaba con aire distraido y preocupado. Los que le precedian, hablaban acaloradamente entre sí: eran algunos músicos de la ciudad que acababan de dar una alborada en el palacio de... con motivo de pasar por Bolonia el conde V..., embajador de España en Venecia. El recibimiento oficial que precedió al concierto, habia sido muy espléndido. Todas las ventanas del edificio soberbiamente iluminadas, manifestaban aun la presencia de nobles personajes; las danzas y los juegos animaban las galerias. Estas galerias esteriores de grandes vidrieras radiantes y trasparentes como lo son todas en las bellas ciudades de Italia, formaban otras tantas girandolas sobre la calle; todo aquel cuartel estaba despierto y paseándose los estudiantes, los vendedores de salchichon, y las tropas papales. Los curiosos no se cansaban de ver á aquellos señores en traje encarnado con mangas, empolvados los cabellos, y cuya silueta atravesaba los salones, ni á aquellos lacayos oficiosos y fámulos galoneados que estaban debajo del vestíbulo. La luna se destacaba entonces con coqueteria sobre un fondo de nubes blancas, iluminando á la doble torre inclinada de la Garisenda y de los Asinelli; pero Bolonia entera parecia haberse concentrado en esta parte de la ciudad.

El jóven de quien acabamos de hablar, volvia la cabeza atrás de cuando en cuando con un sentimiento muy distinto de los de la multitud; su ansiedad era verdadera; huia de alguien. ¿Era de alguna inhumana con abanico, de alguna belleza armada de rigor y de virtud? ¿ó acaso habia visto en aquella fiesta algun rostro enemigo? Sea lo que fuese, no tardó en sufrir el tiroteo de las burlas que le regalaban sus malignos comprofesores. Segun ellos habia ejecutado mal toda la sinfonia, y no merecia formar parte del cuerpo de armonía de Bolonia. La figura bronceada de un negro del embajador habia parecido causarle una impresion estraña; la presencia de aquel hombre le molestaba evidentemente: ¿qué podia haber entre él y aquel hombre negro? Sus

amigos lo ignoraban, y le estrechaban á que se esplicase.

Orio lo achacó al horrible calor de las habitaciones, y á la emocion natural en un artista que tocaba en presencia de una reunion tan brillante. Nunca le habian gustado los negros, y los creia mas capaces que nadie de echar un maleficio: estaba, pues, agarrando por mucho tiempo una manecilla de coral que tenia pendiente de la cadena de su relój, y que entonces estaba muy en uso en Italia contra los maleficios, cuando aquel maldito hombre le presentó una bandeja con refrescos. Orio ademas no le conocia; solo sabia que era el confidente y el *fac totum* del embajador. Sus amigos debieron contentarse con estas esplicaciones, y le dejaron al revolver de una calleja aislada, en la cual estaba situada entonces la escuela de anatomía. La situacion de esta escuela en semejante lugar era provisional solamente, pues que á la sazon estaban reparando el antiguo anfiteatro de aquella célebre universidad.

Luego que Orio se vió solo, levantó la cabeza y miró si salia alguna luz de los postigos de aquella casa. Era un edificio negruzco como la tinta, y las ventanas del piso bajo, en donde se encontraba el anfiteatro de diseccion, tendrian unos veinte pies de altura.

El jóven músico llamó dos veces y vió abrirse una pequeña tronera de la sala baja. Una jóven alta se presentó con una luz en la mano; reconoció á Orio, abrióle la puerta y se encontraron despues los dos en una gran pieza iluminada por los reflejos dudosos de una lámpara un poco elevada del suelo. Era el anfiteatro, adornado de gradas circulares, en que las mugeres, estraños doctores en traje negro, profesaban ellas mismas la anatomía. Las mesas de mármol sobre las cuales tendian ordinariamente los cadáveres, estaban entonces muy lavadas y limpias; las ampolletas y los instrumentos estaban colocados con órden, y tres claravoyas practicadas en el techo aireaban y ventilaban aquel triste lugar. La jóven tenia un libro todavia abierto delante de sí, cuando el músico entró y la tomó la mano despues de haber dejado su violin.

—Blanca, le dijo con espresion estrañamente conmovida, es menester partir esta noche misma.

—¿Por qué? replicó ella alarmada de la palidez de Orio.

—Porque acabo de encontrar en ese baile del embajador á un hombre que trae consigo; ese hombre es enemigo mio, te ha conocido en Roma hace tres años, y viene para casarse contigo.

—¿Es Ambrosio, dijo Blanca, Ambrosio el negro á quien tanto miedo tenia yo? Ese Ambrosio llevaba entonces la vida de los transteverinos, y lo emplearon muchas veces en sombrías y peligrosas misiones. Tenia siempre el cuchillo en la cintura. Me acuerdo que una vez me amenazó con su *limparile* (*), porque rehusaba bailar con él la *saltaretla*. ¿Pero, cómo es que así disfruta el favor del embajador de España?

—Lo ignoro, Blanca; pero ya conoces tú misma el carácter irascible de ese hombre, indudablemente sabe mis proyectos y yo ignoro los suyos; sabe que te amo como un loco ha mas de tres años, que quiero casarme contigo, que eres mas bella seguramente que la vírgen de Foligno; contigo á quien he prometido hacer feliz, y esto desde mañana, porque todo lo abandono por Blanca, amigos, parientes y familia.

—¡Pobre Orio! dijo ella, pobre Orio! hablas como un insensato ó un poeta! Sabes que mi anciana madre no tiene mas apoyo que el mio, que vivo aquí afanosamente de mi trabajo; ¡y de qué trabajo, gran Dios! Mientras que tú paseas el arco sobre tu armonioso instrumento, yo introduzco el escalpelo en carnes lívidas. Ademas, ya lo estás viendo, he envejecido antes de la edad. Créeme, Orio, márchate solo, puesto que marcharte quieres, y abandona á la infortunada Blanca.

Blanca Pallini, al pronunciar estas palabras, miraba al jóven con una tristeza resignada. La pobre era bella todavia, pero habia perdido los frescos colores de su tez; ella misma se habia ajado con aquel trabajo horrible y nocturno; ya no era una muger, sino la ciencia misma, aquella ciencia que Alberto Durero ha pintado varias veces bajo la figura de una muger pálida y melancólica. Blanca ganaba apenas con que sostenerse á sí y á su madre, y Orio por su parte no era mas rico. Sobrino de uno

(*) *Especie de cortaplumas comun en Roma.*

de los mas opulentos plateros de Génova, hubiera podido con razon aspirar á mejor fortuna; pero el dia de la muerte de su tio, el *podestá* le habia participado que toda la fortuna recaia sobre su hermano mayor: este hermano habia sitiado el lecho del moribundo, y huyó con el legado que le arrancó, despues de haber hecho desheredar indignamente á Orio; marchóse al Mogol.

Nuestros dos enamorados estaban reflexionando en la vida de afan y miseria que llevaban, cuando oyeron un ruido estraño en la calle. El ruido se hizo bien pronto mas intenso; Orio distinguió claramente gritos repetidos, y al parecer asesinaban á un hombre. A pesar de la oposicion de Blanca salió Orio, llegó al momento á la esquina de la calle de donde partian los gritos, y á la claridad de la luna reconoció al negro Ambrosio luchando con la agonia. Yacia el negro con ocho puñaladas; pero espirando como estaba, y lejos ya de sus asesinos que habian echado á huir, hacia el desgraciado esfuerzos increibles para tragarse un objeto de forma oval que entonces despedia un resplandor brillante y vivo..... Orio creyó reconocer en él un diamante; en vano intentó arrancárselo al negro: Ambrosio se lo tragó arrojando un ahogado suspiro...

Entre tanto la milicia papal llegó al paraje del asesinato; Orio fue preso á pesar de sus denegaciones, pues supusieron que habia arrojado su arma lejos del cadaver. Interin le conducian á la cárcel de la ciudad, llevaban el cuerpo sangriento de Ambrosio hácia el punto mas próximo cual era el teatro de anatomía. Llegados á él, los soldados boloñeses lo tendieron sobre una de las mesas, y el gefe suplicó á Blanca Pallini declarase á la justicia si habia algun medio para hacer recobrar la vida al negro. Asombrada del arresto de Orio, y mucho mas del ataque nocturno de que Ambrosio era víctima, la jóven no sabia qué pensar. Un estudio tenaz y una inteligencia precoz habian hecho de ella un médico verdadero. Creyendo distinguir un tumor estraño producido en la garganta del muerto, aplicóle su mano con suavidad y destreza, y conoció al momento que existia un cuerpo duro que acaso habria debido causar en aquel hombre una sofocacion ó ahogo instantáneo. Habiendo respondido decisivamente que nada habia que esperar de Ambrosio, se retiró la justicia. Pero apenas esta acababa de dejar aquel lugar de terror, cuando un jóven llamó aceleradamente á la puerta de Blanca suplicándola tuviese á bien abrirle. Blanca pensó que acaso seria Orio ya puesto en libertad; pero el nuevo visitador llegándose al cadáver que estaba tendido sobre la mesa de mármol, y cuyo exámen iba á proseguir la anatómica con su escalpelo, la dijo: Este cadáver, señorita, es de un miserable que ha hecho traicion á mi confianza. Secretario del embajador de España hace seis años, me habia encargado de una comision para el gobernador de esta ciudad; esta comision consistia en la entrega de un diamante que él solo constituye una fortuna de un millon; entrega que debia hacerse á su legítimo propietario el señor Orio, hermano de un capitan que he conocido en las Indias Orientales. Esta noche misma he oido hablar de ese Orio, y me acordé que habia jurado á su hermano moribundo cumplir su última voluntad. Ese jóven músico se habia marchado ya cuando pronunciaron su nombre delante de mí. Entonces hice que Ambrosio, cuya codicia ignoraba, me acompañase para llevar el legado de mi amigo. Al revolver de la *Strada Stretta*, el negro Ambrosio se dirigió á mí de repente, y como estaba dotado de una fuerza hercúlea, no le costó trabajo triunfar de mi resistencia despues de haberme herido con mi propia espada. En tan crítico momento, me robó el diamante; pero entonces ví acercarse á mí unos cuantos hombres que supuse ser ladrones: estos indudablemente sabian el golpe que intentaba Ambrosio, y contaban dividir con él el botin. Ignoro lo que ha podido ser de este depósito precioso; pero como leal caballero venia á hacer mi declaracion á la justicia.

Una conmocion de alegria recorrió las venas de Blanca á la narracion del secretario; arrodillóse un segundo delante de una imágen cuya luz brillaba en el fondo del anfiteatro, y tomándola por testigo de lo que iba á hacer delante de aquel caballero, hundió el escalpelo en la garganta del negro. Un diamante del agua mas hermosa salió al momento de aquella garganta negra como el infierno, y Blanca lo presentó con orgullo al noble desconocido.

—Ahora, caballero, le dijo ella, cuento con vuestra generosidad. Id, llevad vos

mismo á Orio este diamante, que es una fortuna, y decidle que olvide á la pobre Blanca!

El caballero no tardó en volver con Orio, cuya libertad obtuvo al momento; algunos dias despues Orio se casaba con Blanca Pallini, é iba á establecerse con ella en uno de los edificios mas hermosos de la calle de Balbi, en Génova.

Cuando el dux los recibió, se depositó un acta secreta en el tribunal de los Cuarenta, la cual contenia el escrito del capitan muerto en las Indias, quien en el lecho de la muerte, arrepintiéndose sin duda del grave perjuicio que habia causado á su hermano, lo habia querido recompensar. Un diamante de los mas raros, estraido de las minas del Mogol, y que valia casi un millon, le pareció que podria servir para borrar su falta. Las armas de Blanca Pallini, cuya familia hace poco se concluyó en Italia, tenian un escalpelo y un diamante, divididos por un buque de la compañia de las Indias.

T. del A.

SITIO Y TOMA DE CALAIS.





espues de ganada la batalla de Crecy, tan funesta para las armas francesas, Eduardo III Rey de Inglaterra, pussitio á la plaza de Calais que estaba defendida por una guarnicion numerosa, y mandada por Juan de Vienne, guerrero no menos valeroso que prudente, y que supo inflamar el celo de los habitantes hasta el punto de que rivalizasen con los soldados en soportar las fatigas y los peligros de la resistencia.

Por largo tiempo estuvo Eduardo al frente de los muros de esta plaza; pues convencido de que le seria imposible tomarla á la fuerza, se decidió por un asedio á fin de que el hambre y la falta de socorros hiciesen lo que no podian las armas. En efecto, llegó á tal punto la escasez de víveres en Calais que el gobernador forzado por la necesidad tuvo que apelar al rigoroso medio de hacer salir de la plaza á mas de setecientas personas, cuyos servicios no eran de utilidad. Estos desgraciados se dirigieron al campamento inglés, donde Eduardo, compadecido de ellos les hizo dar una abundante comida, y dos monedas á cada uno, permitiéndoles que se retirasen donde quisiesen. Siguiendo la miseria en aumento, el gobernador recurrió al medio de espulsar de la plaza á otro mayor número de habitantes; los desterrados apelaron igualmente á la generosidad de Eduardo, quien esta vez se mostró inflexible, y aquellos infelices rechazados de todas partes se murieron de hambre y de frio. En vano Felipe de Valois que á la sazon reynaba en Francia, procuró aprovisionar la plaza; pues como hubiesen intentado llegar hasta ella muchos buques cargados de víveres, fueron apresados casi todos por la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. Viendo el mal éxito de esta tentativa, á la cabeza de fuerzas considerables acampó al frente de los ingle-

ses, á los cuales no podia acercarse porque el campo de estos estaba rodeado de pantanos, y muy fortificado el puente de Nicullet, único punto por el cual era posible poder atacarlos. Desesperado Felipe tuvo que retirarse, dejando á Calais entregada á sus propios recursos, que como se ha visto eran de todo punto insuficientes para poder continuar la resistencia.

Convencido el gobernador de que era inútil esperar socorros, y compadecido de la miserable suerte de los habitantes, expuestos á todos los horrores del hambre, llamó desde lo alto de las murallas á Gualtero de Manny, y le dijo: « Valiente caballero, bien sabeis vos que el Rey de Francia nos ha encargado que conservemos esta ciudad, y la defendamos con todo nuestro poder; y como ahora no podemos esperar socorro alguno, y por otra parte carecemos de víveres, será preciso que nos mueramos de hambre si el Rey vuestro señor no se compadece de nosotros. Suplicadle, pues, que nos deje salir, y que tome la ciudad y el castillo con cuanto hay dentro de ellos." Manny le contestó: « Sabed que el ánimo del Rey mi señor es que os rindais á discrecion, á fin de que pueda exigir rescate, ó quitar la vida á aquellos que les parezca, porque los habitantes de Calais le han obligado á hacer grandes gastos, y le han muerto muchos soldados." « Dura cosa replicó el gobernador, seria esta para nosotros, que hemos servido con lealtad al Rey nuestro señor, como vos serviriais al vuestro en caso semejante. Id, pues, á suplicar al Rey que tenga piedad de nosotros, pues esperamos que Dios tocará su corazon, y le hará variar de dictamen."

Accediendo Manny á sus instancias, fue á ver á Eduardo, que no quiso en manera alguna doblegarse: « Señor, le dijo Gualtero, acaso no andais, muy acertado, pues nos dais con esto un malísimo ejemplo. Si haceis morir á esos valientes no iremos con tanto gusto á defender vuestras fortalezas cuando nos lo mandeis por temor de que hagan lo mismo con nosotros." Alentados con estas palabras muchos barones que estaban presentes, se atrevieron á interceder con el Monarca, el cual les dijo: « No quiero quedarme solo contra todos vosotros; así, pues, id Gualtero, y decid al gobernador de Calais que perdonaré á todos los habitantes con tal que envie á mi campamento con una soga al cuello y con las llaves de la ciudad á seis de los vecinos mas notables, para que haga de ellos el uso que mas desee." Llevada esta respuesta al gobernador, convocó á todos los habitantes, y manifestándole el estado de las cosas, los exhortó á que tomasen una resolucion pronta. Grande fue el quebranto de los vecinos de Calais, pues al fin se trataba de entregar ignominiosamente á seis de ellos, que no tenian otra culpa que haber peleado como los demas y sufrido lo mismo. Finalmente Eustaquio de Saint Pierre, dijo: «Señores, cuantos me oís, grandes y pequeños; bien conoceis que seria una desgracia muy grande permitir que este pueblo muriese de hambre ó por otra causa cualquiera. Por lo mismo, y como tengo mucha esperanza de conseguir el perdon, me ofrezco el primero á morir por mis compatricios, si no hay otro medio de salvarlos" Este noble y patriótico ejemplo encontró imitadores Juan Daire, se ofreció igualmente, y otros cuatro ciudadanos, cuyos nombres no nos ha legado la historia; siendo sin disputa mas dignos de figurar en ella por sus virtudes cívicas, que los de los mas afamados conquistadores. Acompañados de las lágrimas y bendiciones de todos los habitantes, salieron de la ciudad las seis ilustres víctimas llevando una soga al cuello, con los pies desnudos, la cabeza descubierta, y precedidos del gobernador que iba á caballo por no permitirle otra cosa sus heridas. Gualtero de Manny lo esperaba en la barrera, en cuyo punto Juan de Vienne le dijo: « Como gobernador de Calais, y por consentimiento de los infelices habitantes de esta ciudad, os entrego á estos seis ciudadanos, los cuales os juro que son los mas distinguidos de ella: tened la bondad de suplicar al Rey que no los haga morir." Lo procuraré con todas veras, contestó el caballero.

Retirose el gobernador á la plaza, y Manny condujo á los ciudadanos á la tienda del Monarca. Presentados á éste se arrodillaron y le pidieron que les concediese la vida á ellos y al pueblo de Calais. Oyolos Eduardo con semblante severo, y por única contestacion mandó llamar al verdugo. Al oirlo Gualtero de Manny esclamó: « Señor, no empañeis vuestra gloria haciendo morir á estos ciudadanos, dignos de la mejor suerte, que expontáneamente se han puesto á

merced vuestra para salvar la vida á sus compatricios. Si asi lo hiciereis seríais tachado de cruel."

A pesar de estas razones propias de un caballero, el Rey insistió en su intento. Entonces, la Reyna Filipa que acababa de venir de Inglaterra, y estaba en meses mayores, se arrodilló delante de su esposo y bañándole los pies con sus lágrimas, le dijo: «Señor, puesto que he atravesado el



La Reyna Felipa interceciendo por los vecinos de Calais.

mar sin riesgo por intercesion de la Vírgen María, y por amor vuestro, os pido que me hagais merced de estos seis hombres." El Rey despues de algunos momentos de silencio le contestó: «Señora, quisiera que os halláseis lejos de aquí; pero estando en mi presencia no puedo negaros cosa alguna, y os entrego estos hombres, para que hagais con ellos lo que os plazca."

Diole la Reyna las gracias con la mayor ternura, y envió á Calais á Eustaquio y á sus compañeros, despues de haberles dado una comida, vestidos y dinero.

Despues de este suceso tan dramático, y que inspira el mas vivo interés, se apoderó Eduardo de Calais; cuyo asedio habia durado mas de un año.

D. M.

WALTER-SCOTT.

SU INFANCIA Y JUVENTUD, REFERIDOS POR EL MISMO.



Todo escocés tiene una genealogía: ésta es su prerogativa nacional, tan inalterable como su orgullo y su pobreza. Yo no pertenezco á una gran nobleza, ni tampoco á un bajo nacimiento; pero segun el juicio de mi pais, puedo llamarme noble, estando, como estoy, aliado, aunque de lejos, á antiquísimas familias por ambos lados, paterno y materno. Mi bisabuelo fue Walter-Scott, muy conocido en el Tréviotdale por su sobrenombre de *Laird-Barbudo*, que provenia de su larga barba, á la cual no queria dejar acercar navaja ni tijeras, hasta el restablecimiento en el trono de la legítima dinastia de los Stuardos. Este Walter-Scott era letrado y amigo del doctor Pitcaim, jacobista como él. Su indiferente filosofia, no fue menos funesta al patrimonio de sus descendientes, que sus opiniones políticas.

Walter-Scott el barbudo dejó tres hijos, el segundo de los cuales Roberto Scott fue mi abuelo. Este fue criado para la marina; pero habiendo naufragado cerca de Dundee, en su primer viaje de prueba, tomó tal aversion á la mar, que no quiso volver á poner en su vida los pies en un buque. Esto le indispuso con su padre, que lo desterró de su casa diciéndole se gobernase como mejor pudiese. Roberto era uno de esos genios activos, para quien semejante desgracia deja de serlo muy pronto. Empezó por hacerse whig, abjurando á la vez las opiniones políticas y la sábia pobreza de su padre.

Un pariente suyo llamado M. Scott de Harden le dió su hacienda de Saudy-Kuove, y Roberto tomó por pastor á un tal Hogg, antiguo criado de su familia, el cual le prestó la suma de treinta guineas, fruto de sus economías de muchos años. Con esta cantidad, suficiente en aquel tiempo para montar una hacienda y poblarla de ganado, marcharon los dos á la feria de Wooler á hacerse con él. Hogg salió á recorrer los depósitos de carneros, eligió un centenar de ovejas, y fue á buscar á mi abuelo para terminar la compra; pero ¡cuál fue su sorpresa al verle montado en un magnífico caballo que hacia galopar en el llano de las corridas, y que acababa de comprar con sus treinta guineas!

La famosa compra de las gafas verdes que hace Moisés en el *Vicario de Wakefield* (*), no aterró mas á la familia de Primrose; el pobre Hogg no podia darse cuenta de la imprudencia de mi abuelo. Pero lo hecho no tenia remedio: volvieron á Saudy-Kuove con un hermoso caballo y sin una oveja. Afortunadamente, al cabo de algunos dias, Roberto Scott, que era uno de los mejores ginetes de su tiempo, en una partida de caza á que acompañó á

(*) *Novela traducida al español bajo el título de la* Familia de Primrose.

su primo Juan Scott de Herden, hizo egecutar tales piruetas á su nueva adquisicion, que la vendió por doble de lo que le habia costado. Esta vez tuvo la hacienda su ganado, y un paso tras otro llegó á ser mi abuelo uno de los mas industriosos agricultores del pais. Casóse con Bárbara Haliburton, y tuvo de ella una numerosa familia.

Walter-Scott, mi padre, hijo mayor de Roberto, nació en 1729, y fue destinado á ser *writer of the signet* (*). Debo citarle como un ejemplo que prueba que un hombre puede distinguirse en una profesion, para la cual no ha nacido á propósito. Agradábale el trabajo, y tenia un particular instinto por analizar las doctrinas sacadas del derecho feudal; pero carecia de aquella perspicacia tan indispensable al procurador, tanto para aprovechar las necesidades, los caprichos y las locuras de unos, como para defenderse de la malicia de otros. Mi tio Toby no hubiera sido un agente mas simple que mi padre; del cual se hubiera dicho que queria reparar en sí mismo todas las intrigas que se echan en rostro á los procuradores, desde que la zizaña reina en el mundo. Tenia por sus clientes un celo que rayaba en lo ridículo, de manera que estos no podian menos de estarle agradecido; no solamente no sabia exigirles sus honorarios, sino que aun les prestaba dinero. Como los litigantes que visitaban su bufete pertenecian á todas las opiniones, ponia un gran cuidado para no herir á nadie con alusiones políticas, y usaba al efecto un vocabulario de espresiones delicadas, del uso comun de los jacobistas y whigs. Su tolerancia, sin embargo, tenia ciertos límites, y jamás hubiera recibido como amigos á los que recibia como clientes, como lo prueban varios acontecimientos, de los cuales citaré uno solo.

Hacia algun tiempo veía mi madre llegar todas las tardes, en una silla de manos, un individuo envuelto en su gran capa, que permanecia hasta la hora de cenar, y á veces mas tiempo, encerrado con su marido. Preguntó á mi padre quién era aquel misterioso personage; pero como sus vagas respuestas no hacian otra cosa que irritar su curiosidad sin satisfacerla, esperó mi madre una tarde el momento en que oiria llamar al criado para pedir la silla de manos del desconocido, y llegado que fue, presentóse de repente en el gabinete con una tetera y dos tazas sobre una bandeja: « Dispensad, señores, les dijo, pero estais conferenciando tanto tiempo, que me parece os será agradable una taza de te." El desconocido, cuya buena presencia y aire distinguido no se ocultaron á la penetracion de mi madre, aceptó el convite haciendo una reverencia, mas el viejo procurador hizo un gesto de mal humor y negativo, capaz de asustar á cualquiera otro que no fuese su esposa. Un momento despues dió el desconocido las gracias con mucho donaire y se retiró. Apenas habia atravesado el dintel de la puerta, tomó mi padre la taza que habia dejado encima de la mesa, y arrojándola al suelo la hizo mil pedazos. « ¡Mi taza, mi taza de porcelana! esclamó mi madre; ¿por qué rompes mi taza? Pero imponiéndola silencio: « Para castigaros por vuestra curiosidad, señora," la respondió. « Sabed que mi estado me obliga á recibir como clientes á personas que de ningun modo recibiria como huéspedes. ¡Dios me libre de que mis lábios ni los lábios de alguno de mis amigos, se vean espuestos nunca á tocar una taza en la cual ha bebido un traidor! El que acaba de salir es M. Murray de Broughton, quien despues de haber sido secretario del príncipe Cárlos Eduardo, no repara en asegurar su vida y su fortuna por una traicion y una apostasía."

Mi padre y mi madre han tenido doce hijos. El mayor, Roberto, sirvió primero en la marina militar, y despues hizo dos viages al oriente, en los buques de la compañía de Indias. El segundo, Juan, que tenia tres años mas que yo, ha muerto siendo mayor del regimiento número 73. Solo he tenido una hermana: la pobre Ana ha sido desde la cuna un verdadero juguete de la suerte: á los cuatro años se estrujó una mano en los goznes de una verja de hierro: de allí á poco tiempo, cuasi se ahoga en un pantano donde cayó; y por fin á los seis años se prendió fuego á su escofieta, y á poco no se abrasa viva: se la quemó el cabello y quedó siempre enferma hasta su muerte, con una originalidad de carácter, justificado por su delicada

(*) *Escribano del sello, profesion que participa á la vez de notario, abogado y procurador.*

salud. Era por lo demás una escelente muchacha, que no carecia de genio ni de buenas cualidades, aunque viviendo siempre en un mundo ideal que su imaginacion habia creado.

Mi hermano menor, Daniel, ha sido el mas desgraciado de todos nosotros; todo lo ha emprendido, y en nada ha salido al cabo.

Pero hablemos de mí. Nací en 15 de Agosto de 1771, y vine al mundo el mas robusto de la familia; pero mi salud estuvo muy comprometida en la eleccion de mi primera nodriza que estaba dañada del pecho, circunstancia que se guardó muy bien de revelar, á riesgo de abreviar su vida y la de su cria. Cuando la despidieron, en virtud de aviso del doctor Black, me confiaron á una robusta aldeana, que ha vivido hasta 1810, alabándose de haber hecho de mí un *great gentleman*. Mi buena constitucion no se desmintió hasta la edad de diez y ocho meses. Una noche, me han contado varias veces, me insurreccioné cuando quisieron acostarme, y fue necesario que corriesen en mi persecucion sobre media hora para pillarme y meterme en la cuna; pero ¡ay de mí! esta fue la última vez que hice prueba de semejante agilidad. Al dia siguiente amanecí con la calentura de la denticion; por cuyo motivo permanecí tres dias en cama, y habiéndome levantado el dia cuarto para tomar un baño, descubrieron que habia perdido el uso de la pierna derecha. Mi abuelo el doctor Butherford, hábil anatomista, el difunto Alejandro Wood y varios profesores célebres de Edimburgo, fueron consultados sobre mi mal; pero no aparecia dislocacion ni fractura en la pierna, y en vano me aplicaron vegigatorios y otros tópicos. Despues de los facultativos, entraron en consulta los empíricos y charlatanes, aunque sin mayor fortuna; en fin, por consejo del doctor Butherford me enviaron á Saudy-Kuove en busca de los egercicios y el aire del campo.

Allí me sobrevino un nuevo incidente. Una criada, á quien mi madre habia encargado el cuidado especial de mi persona, á fin de gravar lo menos posible á la familia de mi abuelo, habia dejado á su marido en Edimburgo, y concibió un violento odio contra mí, causa inocente de su destierro al campo. Estravióse su mente, y confió á la anciana Alison, ama de llaves de la familia, que me habia llevado un dia al bosquecillo de Croig, y con gran trabajo habia podido resistir una terrible tentacion del diablo que la escitaba á degollarme con sus tijeras, y á enterrarme en el musgo. Alarmada la buena vieja al escuchar semejante confianza, se apoderó del pobre cojito, y despidió al instante á la criada, que ha venido á morir en una casa de correccion.

Las primeras sensaciones de mi existencia se remontan á mi permanencia en Saudy-Kuove. Recuerdo perfectamente mi figura de niño, que en verdad no era poco cómica: entre los remedios que algunas buenas mugeres habian indicado á mi familia, habia uno que consistia en envolverme enteramente desnudo, en una piel de carnero recienmuerto, y cada vez que se mataba uno se aprovechaba la ocasion. Paréceme verme aun envuelto en aquel vestido tártaro, tendido en la salita de la quinta, donde mi abuelo me entretenia para ayudarme á llevar el fastidio.

Uno de nuestros parientes, llamado sir Jorge Macdugal, viejo inválido, siempre de grande uniforme, retozaba tambien conmigo, y cuando no queria acercarme á él, me enseñaba de lejos su gran reloj para atraerme, de manera que formábamos los tres un grupo que hubiera podido seducir á un artista. Entonces deberia yo tener unos tres años, pues sir Jorge Macdugal y mi abuelito, murieron de allí á poco tiempo.

Mi abuela continuó durante algun tiempo en la direccion de la hacienda, ausiliada de su cuñado Tomás Scott que vivia en Crailing. Esto era por el tiempo de la guerra de América, y recuerdo que aguardaba yo con impaciencia las visitas de mi tio, pues solo por él sabíamos noticias, y parecia se me pasaba el tiempo de saber la defeccion de Washington, como si tuviese algun motivo personal de antipatía contra aquel grande hombre. No sé muy bien cómo conciliaba yo ese sentimiento, con una parcialidad pronunciadísima por la familia de Stuardo, que habia yo bebido en las canciones y tradiciones de los jacobistas. Esta última prevencion política se robusteció mas por las relaciones que oia de las crueles egecuciones que habian tenido lugar en Carlisle y en las montañas despues de la batalla de Culloden, en que perdieron la vida uno ó dos miembros de nuestra familia. En fin,

Mr. Curle de Yelhyre, marido de una de mis tias, me hablaba con frecuencia de las trágicas escenas de que habia sido testigo en 1746.

Todo esto hizo tal impresion en mí, que llegué á concebir por el duque de Cumberland un odio superior á los sentimientos que puede esperimentar un corazon de niño; odio que me esplica al presente la involuntaria inspiracion de algunas de mis obras. Las antiguas baladas en loor de las espediciones de los aduaneros de nuestras fronteras, han influido no poco en mis ideas. Mi abuela sabia muchísimas de memoria, y tenia un singular placer en citarme las espediciones en que figuraron Wat d'Harden, Wellis d'Aikwod y James Telfer, pero sobre todos un héroe menos antiguo y no menos famoso, Diel de Littledean, á quien habia conocido, pues casó con una hermana de su madre. Este era un calavera, cuyas intrépidas proezas y partidas de buen humor, me referia con placer.

Echábase tambien mano, á fin de pasar las largas veladas del invierno, á los antiguos libros que formaban la biblioteca de la quinta, entre los cuales figuraban las *Aventuras de Antómates*, y un tomo suelto de las guerras de los judíos, por el historiador Josefo: este último obtenia toda mi predileccion. Mi tia Juana Scott era la encargada de leerme estas obras, lo que egecutaba con una paciencia admirable, hasta que me hallé en estado de repetir de memoria páginas enteras.

Aprendí tambien la antigua balada de *Haray, Khule*, con gran pesar del dean de la parroquia, el buen Dr. Duncan, pues cada vez que venia á visitarnos me apresuraba yo á colgarme á su oido para cantarla á toda voz: paréceme estar viendo su enjuta y estirada faz, digna del caballero de la Mancha, y oirle esclamar impacientado: — « ¡Es imposible entenderse donde está este muchacho; mas valdria estar hablando junto á la boca de un cañon!"

Tendria yo unos cuatro años, cuando mi padre pensó que las aguas de Bath podrian ser buenas para mi pierna enferma. Aunque siempre cojo, mi salud general se habia fortalecido por el aire libre del campo; pues en los dias de buen tiempo me llevaban adonde estaba el viejo pastor encargado de apacentar nuestros ganados, en las puntas de las rocas y sitios escarpados.

La impaciencia infantil trató de luchar contra mi enfermedad, y poco á poco me hallé en estado de tenerme en pie, de caminar y de correr: últimamente me hice notable por mi fuerza y agilidad, *non sine diis animosus infans*, yo que en una ciudad hubiera vivido condenado á una precoz decrepitud.

Mi buena tia, olvidando por mí sus costumbres, consintió en acompañarme á Bath. De camino á las aguas me hicieron pasar por Lóndres, donde me enseñaron todos los monumentos mas curiosos; y, ¡cosa estraña! cuando de allí á veinte y cinco años visité la torre de la abadía de Westminster, quedé sorprendido por la exactitud de mis recuerdos de la infancia.

En Bath no encontré la curacion de mi pierna; pero me enviaron á la escuela en casa de una señora anciana que vivia cerca de nuestra posada, y tuve ocasion de conocer al venerable Juan Home, autor de *Donglas*, cuya inválida esposa me llevaba en su coche á paseo por las lagunas.

Mas tarde vino á reunirse con nosotros mi tio el capitan Roberto Scott, y de su llegada, datan mis mas deliciosos recuerdos de Bath. Proporcionóme todas las diversiones que podian ser agradables á mi edad, y me llevó por primera vez al teatro, donde se egecutaba el *Como gusteis* de Shakspeare.

Todavia me hallo poseido de la mágia de aquel espectáculo; quedé tan escandalizado de la disputa que se suscita entre Orlando y su hermano en la escena quince, que esclamé sin poderme contener: ¿Pues no son hermanos?—¡Ay de mí! quince dias de residencia en casa de mi padre me convencieron de que las disputas entre hermanos son muy frecuentes: hasta entonces habia yo sido un niño mimado y único en casa de mi abuelo.

Aun recuerdo mi entusiasmo militar en la parada, y el miedo supersticioso que me causaba todo género de estátuas. Un herege iconoclasta del Bajo-Imperio, no hubiera visto con mas horror que yo la escalera de Jacob con todos sus ángeles que suben y bajan, que decora la iglesia principal de Bath. Mi tio combatia eficazmente esos terrores pueriles, y antes de nuestra marcha, me presentó gravemente á una estátua de Neptuno, que quizás hoy aun monta la guardia á la orilla del Ulm.

Permanecí en Bath un año, transcurrido el cual pasé, primero á Edimburgo, y despues á Sandy-Knowe. A los ocho años de mi edad, pensaron debian serme convenientes los baños de mar, en virtud de lo cual, y siempre bajo la proteccion de mi tia, fuí á pasar seis semanas en Prestonpans, donde conocí á un oficial retirado llamado Dalgety, que se habia establecido en aquella aldea, y subsistia con su media paga. El veterano habia asistido á las guerras de Alemania; tenia necesidad, por tanto, de un auditorio á quien referirlas, y encontró en mí el mas complaciente que pudiera desear. En la narracion de su vida aventurera, llegamos á la guerra de América, que todavia duraba, y hablamos largamente de la espedicion del general Burgoyne, que á la sazon ocupaba la atencion general, y acerca de cuyo éxito no andábamos muy acordes Dalgety y yo. No recuerdo quién me enseñó un mapa de los Estados-Unidos, y quedé asombrado á vista de su aspecto montañoso, y el número de sus lagos, que me hacia temer no seria muy ventajosa á los nuestros aquella campaña; temor que mi amigo Dalgety rechazaba con indignacion. Sobrevino la nueva del desastre de Sarragona, y conseguí yo un pequeño triunfo que el veterano no me perdonó jamás, y fue el orígen de que nuestra intimidad se enfriase. Afortunadamente tenia yo un segundo amigo en Prestonpans. Mr. Jorge Constable, cuyas manías he retratado yo despues en mi novela el *Anticuario*, pero tan exactamente, que habiendo leido mi obra otro viejo amigo de mi padre, esclamó que solo yo podia haber sido el autor. Debo advertir, sin embargo, que Jorge Constable no era un enemigo tan decidido del bello sexo como Mr. Monkbarns.

Desde Prestonpans, fuí restituido á casa de mi padre, en *Georges-Square*, donde viví regularmente hasta mi casamiento en 1797.

Pronto noté la diferencia de mi suerte; despues de haber gozado todas las ventajas de un niño único, pasé á sujetarme á la disciplina de una familia numerosa: mimado hasta entonces por mi abuela y mi tia, ¡cuán duro me parecia sufrir de repente la severa regla impuesta por mi madre! Dificil me seria esplicar cuánto me costó reprimir mis caprichos nunca contrariados hasta entonces. Mi buena madre solo podia consolarme, mas no sostenerme, pues no tenia la misma autoridad que mi padre, quien á la vejez se habia convertido en escrupuloso puritano, así en sus costumbres como en su religion. Afortunadamente poseia mi madre claro entendimiento, con esquisito gusto en literatura y poesía; y convencida de que una inteligencia jóven no debe nutrirse esclusivamente con lecturas severas, leíame ella misma de vez en cuando la *Iliada de Homero*, traducida por Pope.

Su esquisito tacto me hacia notar, sobre todo, los pasajes donde resaltan generosos y nobles sentimientos; pero las descripciones de combates dispertaban mas fácilmente mi entusiasmo. Lo maravilloso, lo terrible: he ahí lo que mas agrada á los niños, y yo todavia soy niño en ese punto; lo confieso. Muy pronto aprendí de memoria todo aquello que heria mi imaginacion, y no se necesitaban ruegos para hacerme recitar lo que habia aprendido; mas como notase yo que mis declamaciones hacian sonreir algunas veces á mi auditorio, me contenté con declamar para mí mismo en mis horas de soledad: en aquella época de mi vida temia yo el ridículo, mas que lo he temido despues.

En 1779 me puso mi padre en calidad de esterno en la escuela de Edimburgo (*King school*) en la segunda clase elemental, bajo la direccion del digno Mr. Luc Frazer, escelente latino. Poco brillé en la clase; algo atrasado en latinidad pasaba por un mal escolar, frívolo y negligente; si bien de vez en cuando admirábase el maestro de notar en mí algun chispazo de inteligencia y talento. Mi buen humor y la viveza de mi imaginacion me hacian muy popular entre mis compañeros: los niños son generalmente justos en sus sentimientos, y no menos generosos que justos; así mi pierna coja y mis esfuerzos por suplir por la destreza lo que me faltaba de agilidad, les interesaban en mi favor; y en las horas de recreo durante el invierno, cuando eran imposibles los juegos al aire libre, mis historias reunian en torno del fuego de la madre Broffin un considerable auditorio con tanta boca abierta: ¡dichoso aquel que podia lograr un asiento inmediato al incansable narrador! En fin, aunque descuidaba mis deberes, hallábame siempre pronto á llenar los de mis amigos: lo cual me habia valido el mando de un pequeño ejército de

partidarios fervientes, de mano robusta y franco corazon; quizás un poco duros de testa, pero tanto mas propios por lo mismo para exaltar el espíritu de un héroe.

En una palabra, hacia yo mejor figura en el patio que en la clase; en las campañas de la calle que en las luchas y egercicios de los exámenes.

Vivia mi padre en Georges-Square, al sud de Edimburgo; y todos los niños de mi casa, unidos á los demas del Square, formábamos una especie de compañía, á la cual habia regalado una señora de distincion una bonita bandera. Con mucha frecuencia teníamos reñidos combates con los niños de Cross-Causeway, de Bristol Street, de Potter-Row y otros barrios vecinos. Nuestros adversarios pertenecian generalmente á la clase de menestrales, pero eran unos pilletes diestros y robustos, que hubieran partido un cabello de una pedrada, siendo no menos temibles cuerpo á cuerpo.

Estas escaramuzas duraban á veces una tarde entera, hasta quedar victoriosa una de las dos partes: si ésta era la nuestra, acosábamos al enemigo hasta sus mismos reales, de donde solíamos ser rechazados por un refuerzo de mozos mas granados que salian á socorrer sus hermanos pequeños: si por el contrario éramos nosotros los perseguidos, y era lo mas frecuente, hasta el recinto de nuestra misma plaza, nos sostenian igualmente nuestros hermanos mayores, los criados de nuestras casas y otros auxiliares.

Ademas de la escuela, quiso mi padre que mis hermanos y yo tuviésemos en casa un preceptor, y entró á desempeñar este encargo un laborioso jóven llamado Mitchel, que habia estudiado para sacerdote, pero que despues renunció un beneficio curado, porque sus feligreses eran los habitantes de un puerto de mar, y no podia conseguir hacerles guardar escrupulosamente el Domingo: rasgo que manifiesta bastantemente la rigidez de su carácter. Por lo demas era un escelente maestro. Leíamos juntos los autores clásicos, pero nada clásicamente; y así, discutiendo con él aquellos puntos que me permitia, llegué á adquirir un baño de teología é historia eclesiástica; si bien no estábamos muy acordes en esa especie de thesis, en cuanto á la confesion presbiteriana; pues con mi imaginacion romancesca era yo un caballero, y mi preceptor un cabeza-redonda, yo un tory, él un whig. Yo aborrecia el presbiterianismo, y admiraba á Montrose con sus victoriosos montañeses; Mitchel amaba al Ulises del presbiterianismo, al sombrío político Argile; por tanto, nunca faltaba objeto á nuestras disputas, si bien terminaban siempre amigablemente. Por mi parte carecia en todas ellas de conviccion real basada sobre el conocimiento de los principios de cada partido; y mi antagonista no tenia la destreza suficiente para traer la discusion á este terreno. Mi opinion se fundaba en aquella época en lo mismo que se fundaban los principios de Cárlos II, es decir en la idea de que las creencias del partido de los caballeros son las que mas convienen á un noble.

Segun la rutina de la escuela, despues de haber estudiado tres años con Mr. Fraser, debia pasar nuestra clase bajo la direccion del Dr. Adam, rector; y á este hombre respetable debo el haberme enseñado el valor de lo que hasta entonces habia considerado yo como los mas inútiles conocimientos del mundo. El uso exigia cursásemos dos años en su clase, y en este tiempo nos hizo leer y esplicar á César, Tito-Livio, Salustio, Horacio, Virgilio y Terencio. Bajo estos auspicios comenzaba yo á conocer las bellezas de los grandes clásicos; y nunca olvidaré el orgullo que esperimentó mi jóven corazon cuando oí declarar al Dr. Adam, que si muchos de mis condiscípulos eran buenos latinos, no era el último *Gualterus Scott* en comprender y saborear el sentido de un autor. Alentado de esta suerte empecé á traducir en verso algunos pasages de Homero y de Virgilio, que me atrajeron algunos elogios del Dr. Adam, quien me los ha repetido despues, cuando he alcanzado algun éxito en el mundo literario. Al mismo tiempo estendia tambien por grados, mis conocimientos en literatura inglesa. En los intervalos de mis estudios, devoraba con avidéz todos los libros que podia adquirir de historia, poesía y viages, y en particular todo aquello que me ofrecia la casualidad de cuentos árabes, cuentos de hadas, novelas, &c. &c. Hacia yo estos estudios sin direccion alguna, pues mi preceptor miraba como un pecado el abrir siquiera una pieza de teatro ó un poema; y en cuanto á mi madre, sin duda contenida por los escrúpulos religiosos de mi padre y de Mr. Mitchel, no tenia ya ocasiones de leerme

poesías como en otro tiempo. Sin embargo, hallé una tarde en su tocador algunos volúmenes sueltos de Shakspeare; y por las noches, despues que me dejaban en la cama, y cuando me creian dormido, levantábame yo en camisa, y sentado junto á la chimenea me estaba leyendo, al resplandor de un tizon, hasta que el ruido de las sillas me advertia que la familia dejaba la mesa.

Por aquel tiempo me hizo conocer la casualidad al poeta Blacklock, quien me distinguió como á un niño de algunas esperanzas; me invitó á ir á su casa, y me abrió el tesoro de su biblioteca, recomendándome muy especialmente á Spencer y Ossian. No obstante, muy en breve me sentí altamente disgustado de la fraseología ossiánica, cosa en verdad singular á mis años; pero en cambio leí y releí á Spencer con el mayor afan. Demasiado jóven para apreciar la alegoría, acepté en su sentido material ó exotérico sus caballeros, sus damas y sus dragones, y Dios sabe cuán feliz me hallaba yo en semejante sociedad. Con mi prodigiosa memoria, en poco tiempo aprendí cuentos enteros de la *Reina de las hadas*. Y á propósito de memoria, debo confesar que la mia ha sido siempre un aliado muy caprichoso; y hubiera podido responder á los que me elogiaban esta cualidad, como lo hizo aquel antiguo gefe de nuestras fronteras á quien felicitaba un orador por la suya: «No señor, no es mi memoria tan complaciente como pensais, y solo retiene aquello que la cautiva; en términos, que pudiérais estar predicando por espacio de dos horas, y probablemente no me acordaria de una sola palabra de vuestra arenga.»

Terminado mi curso en la clase del Dr. Adam, pasé al colegio, é ingresé en la clase de humanidades de Mr. Hill, y en la primera de griego dirigida por Mr. Dalzell. El primero de estos profesores no tenia la habilidad de hacerse escuchar y respetar; de manera que perdí con él mucho de lo que habia aprendido con el doctor. El profesor Dalzell era un maestro perfecto, muy celoso por los progresos de sus discípulos, pero desgraciadamente mi maldita memoria sentia una verdadera antipatía hácia el griego. Durante las vacaciones habia yo leido el *Ariosto* y el *Tasso*, traducidos por Honle; y obstinado en mi odio hácia la lengua helénica, cuando Mr. Dalzell me pedia una disertacion sobre Homero, tenia la audacia de comparar al *Orlando el furioso* con la *Iliada*, dejando este poema aun en peor lugar. Apoyaba yo esta heregía con un fárrago de citaciones y pobres argumentos; y enfurecido Mr. Dalzell declaraba que toda mi vida seria un borrico: sentencia algo severa, y que él mismo ha revocado despues, apurando conmigo una botella de Borgoña en el *club literario*, cuando llegué á ser miembro de esta sociedad.

Pero aun durante mis estudios pudiera muy bien haber apelado de la mala opinion que merecia al profesor de griego, ó al menos consolarme por una mirada que se dignó dirigirme nuestro célebre poeta Roberto Burus. *Virgilium vidi tantum.* Solo tenia yo quince años cuando vino á Edimburgo, y hubiera dado cuanto poseia por conocerle. Mr. Tomás Grierson, primer escribiente de mi padre, debia traérnosle á comer, pero desgraciadamente no pudo cumplir su palabra.

Andando el tiempo, pensó mi padre que yo le sucediese en su bufete, ó bien hacer de mí un abogado, y me admitió en el número de sus escribientes. No me agradaba mucho el género de trabajo que me veia obligado á hacer; pero ya por respeto á mi padre, ya estimulado por la corta gratificacion que de él recibia por la copia de cierto número de hojas, me acuerdo haber escrito con la mayor asiduidad. Con el producto de mi trabajo compraba yo algunos libros de autores favoritos, me aboné en el gabinete de lectura de Sibbald, y pude proporcionarme alguna que otra vez el placer de los espectáculos.

Además de estas distracciones me habia inventado otra, que, á ser conocida de mi padre, hubiera podido calcular que su hijo gozaria mas fama como novelista que como abogado. Siempre que me era posible me escapaba con un amigo de mi edad, W. Irving y paseando por los solitarios y pintorescos alrededores de Arthur-Seat, nos referíamos mútuamente todas las aventuras estrañas que podíamos inventar; componiendo así interminables cuentos de caballeria, batallas y encantamentos.

Mi salud en tanto se habia fortalecido, no sin haber esperimentado recios contratiempos, siendo el no menor de ellos la rotura de un bazo del bajo-vientre, que

costó á mi familia graves temores y cuidados, y á mí una larga penitencia, condenado á la inmovilidad y silencio mas completo; pero mi curacion fue tan radical, que, habiendo adquirido la costumbre de dar largos paseos á pie y á caballo, llegué á veces á andar del primer modo veinte ó treinta millas en un dia. Estas correrías eran para mí un placer delicioso: los bosques, las aguas, el desierto mismo tenian para mí un atractivo indecible; pero mas que todos conmovian mi corazon los sitios señalados por algun acontecimiento histórico: los paisages pintorescos me agradaban sobremanera; pero es bien cierto que un paseo por el campo de la memorable batalla de Bannockburn inspiraba mas gozo á mi corazon, que la deliciosa perspectiva que se descubre desde las almenas del castillo de Stirling. Cuando me he encontrado solo, rodeado de ruinas históricas, me he sentido como en mi patria; y acalorada mi imaginacion en esos lugares, sabe poblar á maravilla el campo de batalla y el viejo castillo de sus antiguos moradores, con sus armas, sus trages y sus costumbres; y las escenas que estos objetos me recuerdan se me presentan con tanta verdad y tales circunstancias, que los que me escuchan referirlas participan las mismas sensaciones que yo esperimento.

En 1790, concluido mi aprendizage, y siendo necesario tomar un partido definitivo sobre mi colocacion, dejó mi padre á mi eleccion asociarme desde luego á su *estudio* ó escribanía á mitad de ganancias, ó dedicarme á la carrera de abogado, si bien no me ocultó su deseo de que obtase yo por lo último y mi hermano menor por lo primero. Mi propia inclinacion y el gusto de mi padre estaban de acuerdo, y decidiéndome por la abogacía me dediqué á mi nueva profesion con el mayor empeño. En 1792, terminados los estudios y despues de sufrir los exámenes de costumbre, el dia 11 de Julio, mi amigo Guillermo Clerk y yo recibimos la condecoracion de la *garnacha*, quedando sujetos á las obligaciones que la son anexas.

Aquí terminan los recuerdos de mi juventud...=*Walter Scott.*

T. de J. A. A.

UN MISTERIO.



Vamos á referir un suceso misterioso que hace poco tiempo ha causado gran sensacion en Argel.

M B... oficial francés del ejército de Argelia, hombre como de 35 años, de humor melancolico y de un carácter impresionable, yendo por una de las principales calles de la capital, vió á una niña como de cinco á seis años, que soltando bruscamente la mano de una negra que la conducia, corrió hácia él gritando en árabe: padre mio! padre mio!

El oficial se paró á contemplarla con sorpresa: era una hermosa criatura, mas blanca que suelen serlo ordinariamente las niñas de esta edad. En su frente tenia una especie de marca azulada, con la cual suelen adornarse en Argelia las jóvenes moras. Sus ojos negros centellaban de espresion, y á su trage no le faltaba ni elegancia ni cierta riqueza. Así que se acercó á M. B..., se asió á su levita, y repitiendo las palabras padre mio, se estrechaba con el oficial de tal manera que fue menester que la negra usase de cierta violencia para que la niña lo soltase. Llevósela por fin; pero la niña volvia hácia el oficial sus ojos bañados en lágrimas, la tendia sus brazos, y daba dolorosos gritos.

Esta escena causó bastante impresion en el oficial, pero sus deberes militares, y las distracciones que ofrece una capital, se la hicieron olvidar muy pronto: tanto, que al volver á su casa sobre las diez de la noche, ya no se acordaba de lo sucedido. Pero al llegar delante de su puerta, vió acurrucada contra la pared una figura blanca cuyas facciones no pudo distinguir al pronto, y la cual se levantó al verle, tendiendo una mano suplicante, y repitiendo con voz dulce é infantil las palabras padre mio! Era la niña mora, que sin duda habia logrado escaparse, y que sin temor á la lluvia, ni al fango, ni á la oscuridad vino á su encuentro.

Como la mayor parte de los oficiales que han servido mucho tiempo en Africa, M. B... se espresa con bastante facilidad en árabe. Luego que entró en su cuarto y encendió una luz, tomó en brazos á la niña y empezó á interrogarla. Cuanto pudo sacar de ella fue, que se llamaba Fatma, que su mamá se llamaba Anifa, que el marido de su mamá se llamaba Mohamed, y que vivian en una bonita casa.

—Pero, decia el oficial á la niña, no es tu padre el marido de tu mamá?

—No, replicó obstinadamente la niña; tu eres mi padre; y al decir esto se esforzaba en besarle las manos y la cara, y á cada instante le miraba y se sonreia.

El oficial se hallaba apuradísimo en tan estraña situacion: hubiera querido devolver la niña á sus padres; pero ella no pudo esplicarle de un modo preciso ni la casa ni la calle donde vivian. Llovia, habia entrado bastante la noche, y es sabido que en los barrios ocupados por los indígenas, las puertas no se abren por lo regular des-

pues de las ocho de la noche. Entregar la niña en manos del comisario de policia parecióle á M. B... algo duro; y prefirió por tanto aguardar al siguiente dia para tomar un partido.

Quitando á la niña el kaik que llevaba puesto, que estaba todo mojado, la abrigó con su capa, y acostándola en un canapé, permaneció á su lado hasta que la vió dormida: entonces soltó una de las manecitas



Calle de Argel.

de la jóven que habia tenido estrechada entre las suyas, y se dirigió á su lecho.

La persistencia de la niña en llamarle con el nombre de padre, sus caricias, su gracia encantadora, le habian conmovido profundamente. En todo esto habia á la verdad algo de misterioso, que halagaba su imaginacion un tanto romántica; habia un enigma que en vano procuraba descifrar.

El dia siguiente al amanecer, y mientras dormia la pequeña Fatma, salió de su cuarto con precaucion, y empezó á hacer las indagaciones que se habia propuesto practicar dirigiéndose al comisario de policia, y á las oficinas árabes Cuando regresó á su casa, se encontró en ella á la criada negra que habia visto la víspera, la cual estaba acompañada de un indígena. Era el padre de la niña, que parecia tener unos 40 años de edad, y cuya barba magestuo-

sa, y abultadas facciones, así como la espresion de su boca y de sus ojos, anunciaban en él uno de esos guerreros del desierto, fatigados por una obstinada lucha, pero no sometidos completamente.

El árabe siguió al oficial á su cuarto, y allí le dijo que despues de practicar varias pesquisas para hallar á su hija, las indicaciones de la negra lo habian en fin traido á su casa...; díjole además que él vivia en una calle bastante distante de la de M. B... y situada hácia una de las puertas de la ciudad. Durante estas esplicaciones, la niña hábia despertado; su padre la tomó en brazos y se disponia á retirarse con ella, cuando Fatma empezó á gritar con mas ahinco que nunca, dirigiéndose al oficial, y haciendo ademanes para que acudiese en su auxilio. Reprodújose la escena que en la víspera habia tenido lugar con la negra; pero el árabe se la llevó al fin, meneando la cabeza y murmurando algunas palabras que no se pudieron entender.

¿Qué pasó luego en su casa? Sea que la niña quisiese de nuevo evadirse, sea que las palabras de la negra y lo que él mismo vió y oyó en casa del oficial confirmasen sus sospechas, lo cierto es que despues de haber consultado á un spahis (soldado indígena) amigo suyo, el árabe acudió, presentando una demanda de seduccion al procurador de la república. La tendencia de los árabes en acudir á la justicia francesa es poco frecuente, sobre todo tratándose de negocios que les llegan al corazon, ó que quieren ocultar á sus correligionarios: así, pues, para que el padre de Fatma se decidiese á hacer partícipe á un magistrado francés en el secreto de sus penas domésticas, fue menester que una fuerte resolucion acallase su orgullo y todas sus repugnancias.

Al recibir el procurador de la república esta queja, tan estraña en el fondo como en la forma, hizo comparecer al árabe; y despues de haber oido el relato de cuanto precede, le preguntó cuánto tiempo hacia que se hallaba establecido en la ciudad; si era casado; si habia visto á M. B. . hablar con su esposa; y si alguna circunstancia anterior, en fin, habia podido infundirle sospechas.

El árabe contestó, que cinco años antes se habia casado en una pequeña villa situada á unos 50 kilómetros de distancia; que hacia únicamente dos años que habia venido á fijar su residencia en Argel, que jamás habia tenido motivo de sospechar de su muger, y que esta salia raras veces, acompañada constantemente de una negra. Luego añadió: «El corazon de mi muger no ha estado jamás bajo mi tienda: no me ama, y ha educado á su hija inculcándole su aversion hácia mí: el incidente de que he sido testigo acaba de abrirme los ojos; es la naturaleza la que habla!"

El magistrado hizo los mayores esfuerzos por persuadir al árabe de que nada de cuanto acababa de decir podia hacer prueba; y de que era sin duda un capricho de la niña, del cual no se podia sacar ninguna consecuencia lógica.

En esta atencion, concluyó el magistrado aconsejándole que retirase la demanda porque carecia de todo derecho.

El árabe, sin embargo, insistia en su propósito, y el magistrado entonces le dijo que volviese con su muger é hija, mandando en seguida á buscar á M. B..., á quien comunicó la demanda que contra él habia el árabe presentado. M. B... espuso por su parte lo que habia pasado, y protestó con las mayores veras que no habia visto anteriormente ni al árabe, ni á la niña Fatma, y que no adivinaba el origen de las demostraciones de esta. Las intenciones del procurador de la república eran carear á unos con otros á fin de buscar los indicios, que pudieran revelarle la verdad, y conformándose á ello M. B..., se ocultó en una pieza separada, á la cual llegaron poco despues el árabe y su familia.

Anifa traia cubierto el rostro con un velo; pero á instancia del magistrado, y prévia una seña del árabe, se separó el kaik, y mostró la regularidad verdaderamente notable de sus facciones, y el brillo húmedo de sus hermosos ojos. Era una muger de unos 20 años, tan graciosa como linda, y tenia de la mano á su hija Fatma, que apoyándose sobre su madre, contemplaba con asombro los adornos y mueblage del aposento. Al ver la niña á M. B... hizo un movimiento para correr hácia él; pero acordándose sin duda de la leccion que se la habia dado, permaneció en su sitio, contentándose con dirigir sobre él miradas llenas de ternura.

Anifa se ruborizó bastante al quitarse el velo; pero en breve se repuso de su turbacion. El magistrado le designó luego á M.

B... quien se mostraba bastante confuso, y en seguida intimó á la madre de Fatma que dijese si conocia al oficial. Anifa levantó una mirada tímida hácia M. B..., y respondió al cabo de un momento, que no lo habia visto nunca. Dirigiéronsele otras varias preguntas; pero de sus respuestas únicamente pudo deducirse que ella veia por la primera vez á M. B... y que no podia esplicarse el modo de obrar de su hija. Esta fue tambien interrogada; pero la timidez la habia enmudecido, y se ocultaba bajo el kaik de su madre. El magistrado, en una palabra, no pudo sacar nada en limpio.

El árabe por su parte escuchó este interrogatorio con una profunda atencion, y sin perder ni una palabra, ni un ademan, ni la mas leve inflexion de voz.

Reiteróle el magistrado sus consejos de que retirase la demanda, y el árabe por toda contestacion abandonó la estancia en silencio con su muger é hija, revelando claramente que no estaba convencido, y que conservaba todas sus sospechas.

Quedóse solo el magistrado con M. B..., el cual parecia estar pensativo y meditabundo, y continuando aquel mentalmente sus investigaciones, creyó haber observado que cuando se encontraron los ojos del oficial con los de la jóven mora, los de esta cambiaron de espresion.

Pero no podia, sin embargo, quedarle duda de la sinceridad de las respuestas de M. B..., y este aumentaba su confusion. Pero ¿no podia equivocarse el oficial al decir que no conocia á la hermosa Anifa? ¿No podia serle infiel su memoria?

El magistrado le preguntó si habia estado de guarnicion en el pequeño pueblo en donde el árabe tenia su residencia antes de venir á fijarse en la capital, y la respuesta fue afirmativa, añadiendo que haria unos cinco ó seis años.

—Evocad vuestros recuerdos, continuó amistosamente el procurador, y recapacitad si no os ha sucedido alguna aventura en el pueblo indicado.

M. B... respondió que le habia sucedido en efecto una aventura singular durante su permanencia en la villa de... Que una noche se le habia acercado una negra, y conduciéndole á una casa habitada por indígenas, una muger jóven, á no dudarlo, le habia recibido en medio de una oscuridad profunda: que la incógnita le habia manifestado conocerlo perfectamente, y que no queria ser conocida de él; y que por último lo habia despedido despues de una larga conferencia, sin haber querido mostrarle sus facciones.

—Cómo os conocia ella? preguntó el procurador de la república.

—Creo comprender, respondió el oficial, que me habia visto pasar varias veces por la calle, y que se aprovechó de la ausencia de su madre ó de su marido para atraerme á su casa.

—Y desde entonces, preguntó el magistrado, no habeis vuelto á dar algunos pasos para volverla á ver?

—Ninguno, respondió el oficial: ella me lo suplicó con instancia; pero nuestro regimiento salió de aquel pueblo algunos dias despues.

—Pero no podriais reconocerla en la voz, si se hallase en vuestra presencia?

—No lo sé, respondió M. B. muy turbado; hablaba aquella noche conmigo en voz tan baja... pero hace poco, sin embargo, se me ha figurado... bah! seguramente habrá sido una ilusion.

El magistrado no llevó mas adelante sus preguntas, y fuesen cuales fueran las conjeturas que formó, se abstuvo de participarlas á M. B..., el cual se retiró á su alojamiento.

Al dia siguiente por la mañana, la casa en que el árabe vivia permaneció cerrada: oíanse en ella quejidos como de una criatura. y despues de algunas vacilaciones los vecinos se decidieron á penetrar en lo interior, y hallaron á la niña Fatma sola y abandonada. Díjoles esta que su padre habia salido la víspera con su madre al anochecer, y que no habia vuelto. Los vecinos trasmitieron esta declaracion á la autoridad. La policia y las oficinas árabes empezaron sus pesquisas, y M. B... las activaba con toda su influencia, así que se informó de lo ocurrido. Súpose, en fin, que la víspera por la tarde un indígena habia salido por la puerta del Sur, arreando á una mula, en la que cabalgaba una muger con el rostro cubierto, y que el centinela creyó oir algunos quejidos en el momento que atravesaban la puerta. Esta pequeña caravana seguia el camino de la orilla del lago situado al pie de los montes, y los que la componian eran, á no dudarlo, los padres de Fatma, ¿á donde iban? ¿Habria Anifa

abandonado voluntariamente á su hija? ó bien víctima resignada con su suerte ¿habria sido arrastrada por un dueño implacable, que renunciando á la justicia de los hombres, se habia constituido en juez, y quizás, quizás hasta en verdugo? Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que apesar de las mas activas diligencias, jamás se ha podido hallar ningun rastro de los dos fugitivos.

Tres meses despues de lo que acabamos de referir, un cazador que se aventuró á internarse en las altas y espesas malezas que crecen en las orillas del lago, descubrió en el sitio mas árido huesos humanos y despojos medio devorados por los chacales, y un pedazo de muselina bordada con lentejuelas, adorno que suelen usar las mugeres árabes, flotante entre las hojas de una gran mata de palmitos. ¿Quién era la víctima que habia sucumbido de una muerte violenta sin duda, en aquel lugar aislado? ¿A qué drama sangriento habia servido de teatro semejante sitio?

M. B... despues de haber recogido en su casa á la niña Fatma, la ha colocado provisionalmente en un colegio dirigido por las hermanas de San Vicente de Paul. Fatma tiene hoy siete años. Las señoras de la ciudad no dejan de visitar á esta inocente criatura, cuya pasmosa y precoz inteligencia son la admiracion general. M. B..., orgulloso con su pupila, hácia la cual tiene un cariño verdaderamente paternal, se va á retirar del servicio para conducirla á Francia y cuidar de su educacion: la ha adoptado; es su hija ante la ley; ¿no lo será tambien ante la naturaleza? ¿Le diria la mora, presintiendo su próximo fin, quién era su verdadero padre?

Entre todas estas hipótesis nuestras bellas lectoras escogerán.

D. L. E.

ROSAMUNDA.



¡Rosa del mundo! ¡flor de Italia! ¡estrella de Venecia! hé aquí los títulos que con entusiasmo se daban en toda la ciudad á la hermosa Rosamunda de Guarini. No bien se oia el último toque de la campana vespertina, cuando se veian salir de entre las apiñadas columnas de los edificios, músicos enmascarados que, ó en rededor de estas, ó ya en góndolas colocadas enfrente de las ventanas de su palacio, fluian melodiosos y bien acordados tonos en alabanza suya; prolongando muchas veces sus serenatas hasta el alba, y encantando con ellas desde el principio hasta el fin. Los nobles suspiraban á sus pies; poetas y cantores la hacian el tema de sus cantos, y los mas distinguidos artistas de aquella época trasladaban al lienzo los atractivos, que aun hoy observa con maravilla y delicia el mundo admirador. ¡Qué gracia y agilidad en el baile! ¡qué dulzura y espresion en las notas que su voz penetrante melodiaba, y con qué rapidez recorrian sus bellos y resplandecientes ojos azules el tapiz de flores y plantas que coronaban su balcon! Aquí era donde, huyendo esquivamente las miradas de mil amantes, se aventuraba algunas veces á dejar ver detrás del pintado biombo que formaban las rosas y jazmines, las bellas pinceladas de azucena y carmin con que la naturaleza habia adornado sus mejillas. Lucidos y gallardos mancebos visitaban en tropel el palacio de Guarini, y aun los príncipes se presentaban como candidatos á la mano de Rosamunda. No se le conocia á ésta ambicion de riquezas ni poder, pero parecia deslumbrada con la fama y brillante juvenil carrera, que altamente blasonaba Manfredo Camaldano, á cuyo valiente guerrero, y caballero el mas perfecto y estimado de los estados de Venecia, habia hecho dueño de su corazon. Manfredo era rama de una familia nobilísima, dotado con tanta liberalidad por la naturaleza como ásperamente tratado por la fortuna. Debia á su espada la fama inmortal que habia adquirido; mas la política de la república, que era la de no enriquecer jamás á ninguno de sus defensores, le privaba de una recompensa mas lucrativa y sustancial. Con todo eso, le consideraba único heredero de un tio suyo poderosísimo, el conde de Andreas; y Rosamunda, jóven, vehemente en esperar, y dotada de alma elevada, aguardaba con impaciencia la época de la herencia, creyendo que Manfredo se determinaria entonces á pedirla por esposa.

El corazon de Rosamunda latia de gozo, cuando Manfredo, sentado á su lado y fijando sus negros ojos en los suyos, la juraba eterno amor. Segura de su constancia,

y triunfando del afecto ternísimo que dilataba su corazon, no conocia el temor ni la desconfianza, y se regocijaba pronosticando su dichoso porvenir, bien así como el pajarillo en la primavera, la flor al nacer el sol, ó el infante en el regazo materno. En estos dias de felicidad era cuando toda la ciudad de Venecia se agolpaba apresuradamente á contemplar los hechizos de su hermosísima hija. La iglesia que Rosamunda



Manfredo Camaldano.

frecuentaba, siempre estaba llena de gentes de todas clases, y los gondoleros, abandonando los fluidos versos del Tasso, crónicas inmortales de las fascinaciones de Armida, del amor de Erminia y del valor de Clorinda, cantaban los que diariamente se componian para celebrar la belleza, gracias y virtudes de la perla finísima de Italia, de la rosa del palacio de Guarini.

El fallecimiento del conde de Adreas, que acaeció en esta época, aunque ciertamente inesperado y repentino, no fijó la atencion ni ocasionó sospecha alguna. Manfredo Camaldano sucedió á su tio en el goce de sus bienes: con la posesion de un rango y riquezas semejantes, dejó pasar los primeros dias del sentimiento y del luto, y voló al palacio de su amada á pedirla por esposa. Mas Rosamunda habia cambiado de parecer, y no solo no se prestó á escucharle, sino que ni aun quiso verle; sin dar razon alguna para esta mudanza repentina de sentimientos.

Lágrimas, persuaciones, ruegos y aun mandatos, fueron igualmente inútiles. Rosamunda se mantuvo inexorable. Aunque su índole habia sido siempre apacible, hasta rayar en timidez, se le notó repentinamente una firmeza ó terquedad inflexible, y aun solicitó la permitiesen retirarse á un convento; proposicion que alarmó á sus padres, los cuales se negaron decididamente á ello. Es verdad que estos se habian opuesto siempre á unirla con Manfredo, mientras era pobre; mas no bien heredó el título y las riquezas de su tio, abrazaron su causa

con calor, condujeron á su tímida hija á sociedades y concurrencias, donde contínuamente se veia precisada á ponerse en contacto con su amante.

Manfredo procuró obtener de su fria oyente, por todas las artes que el amor le dictaba, una sola sonrisa, una lágrima: mas fue sorda á todas sus caricias. No era severidad, porfia ni capricho; sino una determinacion fija, inmutable, que gobernaba su espíritu y contenia su lengua. *Nunca podré ser vuestra esposa, jamás revelaré la causa*, fueron las únicas respuestas que pudo arrancar de sus lábios, despues de horas de súplicas y quejas. Manfredo unas veces se separaba indignado, é iba á bailar con alguna brillante hermosura, orgullosa de las atenciones de un jóven tan galan, elegante y distinguido entre los de Venecia; otras, á pesar de los elevados sentimientos de su alma, se espresaba en baldones muy amargos; ó pasando la mano por su abrasada frente, caia postrado de desesperacion. Entre tanto; el color de rosa desaparecia poco á poco de las mejillas de Rosamunda, y volviéndose mas pálida y taciturna cada dia, semejaba mas bien á una hermosa estátua de mármol que á una representacion viviente de belleza femenil. Solo una vez vino á colorear por un momento un tinte lijero de carmin. Manfredo no pudiendo contener la rábia y el despecho que le devoraban, la dijo un dia con desden, que habia perdido la estimacion de sí misma, y que no se uniria á ella, por no manchar el ilustre apellido de Camaldano. La sangre se agolpó en el instante á sus mejillas, el fuego chispeó en sus ojos, y lanzó sobre él una mirada aterradora por su inocencia ofendida que penetró en el corazon de Manfredo; mas doblando este al punto sus rodillas, imploró con el acento de la contricion la gracia y el perdon de las frenéticas palabras que se le habian escapado. Rosamunda volvió á su melancolía natural, y se separó tranquilamente. Ya no volvió Manfredo al palacio de Guarini, pero no por esto cesaron del todo sus persecuciones. Aunque Rosamunda se mostraba poco en pùblico, no podia salir de la soledad de su cuarto sin sentir la inmediata proximidad de Manfredo. Salia al balcon á respirar el ambiente de la noche, y este, refrescado por las aguas del Adriático, despues de pasar por entre celosías ceñidas de flores, traia á su oido los acentos graves y melodiosos de uno, cuya dulce serenata escuchaba todavia con placer. Si reclinada lánguidamente en una góndola cubierta, paseaba sobre las aguas que bañaban su ciudad natal, aquellos ecos tan bien conocidos venian al punto á penetrar su oido. La silenciosa góndola de Manfredo corria al lado de la suya, y la hacia sentir que solo una tabla ó una cortina de seda la separase de aquel objeto, una vez tan querido, á quien habia amado tan apasionadamente, cuyo aliento era incienso para ella, cuya sonrisa alegraba su ecsistencia, y ademas la cruel necesidad de una separacion eterna, que poco antes hubiera creido peor que la muerte; aunque entonces, de buena gana habria puesto océanos y montes entre su corazon y el del desechado Manfredo.

Rosamunda, de rodillas ante el altar de su santo patrono, invocaba su amparo; y aunque su espíritu se elevaba á menudo hasta otra esfera mas resplandeciente, los suspiros y gemidos de su amante postrado algunas veces á su lado la hacian volver de su éstasis. Manfredo la acompañaba en sus oraciones; y cuando por obediencia á los mandatos de sus padres, pasaba al brillante salon, por entre la luz de innumerables bujías, el esplendor de las joyas, la brillantez de las flores, y de plumas y trajes ondeantes, su vista se fijaba y permanecia solamente sobre Manfredo Camaldano. Este, lleno de amor y entusiasmo, se le acercaba y se consideraba feliz en respirar el mismo aire que ella, en tocar su vestido, ó en observar sus mas leves movimientos y languidez interesantes; si, todavia la miraba con un afecto vivo y casi inestinguible. Mas cualesquiera que fuesen los sentimientos secretos del corazon de Rosamunda, sus hermosas facciones, que en otro tiempo declaraban con silencio elocuente los pensamientos y latidos de su corazon, mostraban entonces una espresion triste y reflecsiva. Sus ojos azules, vivos y lucientes, ó llorosos y apagados, segun que la alegria ó el dolor la dominaban, habian casi perdido su fuego interesante. El tinte de rosa que solia cubrir sus mejillas á cada palabra, á cada ojeada, se habia disipado enteramente; solo le quedaba el color inmutable de alabastro, por el cual era dificil indagar lo que pasaba en el fondo de su alma, acaso estraordinariamente ajitada. To-

do Venecia la contemplaba con ojos maravillados, y muchos imaginaban que los encantos de algun espíritu maligno habian perturbado su mente; porque, ¿qué podia alegar contra Manfredo Camaldano, gloria y orgullo de su patria? ¿Qué causas la obligaban á desdeñar á un jóven tan gallardo y generoso, dotado de ingenio, cubierto de prosperidad, y por último, el amante mas fiel y apasionado?

Por esta época fue cuando los valientes hijos de la república se vieron obligados á lanzarse sobre las aguas, á causa del peligro que amenazaba á sus derechos. Pronto se vió flotar en los aires la bandera de San Marcos, y los guardias del antiguo y victorioso estandarte, abatieron el ánimo de los genoveses. El inmaculado esposo de Venecia, el circular Adriático, se volvió, por decirlo asi, un sepulcro para aquellos cuyas osadas proas se aventuraron á violar los derechos reconocidos de la ciudad aislada. Manfredo, vencedor en aquella contienda, ciñó otra vez su frente con nuevos laureles, y saltando de su poderoso bajel á la orilla, fue victoreado por la multitud con miles de aplausos y recibido como el salvador de su patria. Las guirnaldas de flores caian en abundancia sobre la gran plaza de San Marcos, mezclándose al polvo levantado por el sinnúmero de personas que se paseaban por ella entusiasmadas y alegres. Las fachadas de las casas estaban adornadas de ricos tapices; los balcones coronados de rosas, y las torres cubiertas de banderolas y gallardetes de seda. A los víctores del pueblo se mezclaban confusamente los sonidos del clarin y los platillos! el estruendo de la artilleria, y el ruido de tambores y campanas; todo era júbilo y entusiasmo. El Dux, acompañado de los senadores, esperaba al héroe á la puerta de su palacio, y bajo un elevado dosel, construido al intento, estaban colocadas las damas mas principales y hermosas de Venecia. Entre esta brillante sociedad se distinguia Rosamunda por su tristeza y por su color, semejante al del lirio marchito. Presentóse al fin Manfredo; crecieron los aplausos y las esclamaciones; pero mas gozoso aun por el momento de felicidad que le esperaba, que por los víctores y alabanzas con que le distinguian, se acercó á recibir el don mas precioso que Venecia podia presentarle, y que le fue conferido por su primer magistrado; la mano de Rosamunda de Guarini.

Pero repentinamente, un hombre de apariencia miserable y reducido á esqueleto por el hambre y las enfermedades, penetró por la multitud, y alzando su voz cuanto pudo, pronunció con acento firme estas terribles palabras: *Acuso á Manfredo de Camaldano, como asesino de su tio, el conde de Andreas.*—La muchedumbre toda quedó por un momento sobrecogida de terror. El recienllegado, aprovechándose del silencio, refirió en seguida aquel lance misterioso. « Horrible fue el hecho, añadió, y oscura la escena en que se perpetró el crímen; sí, en las bóvedas de la arruinada iglesia de San Ildefonso, donde muy pocos van á orar; pero en aquella noche fatal habia dos personas cerca de la urna del santo, ademas del conde de Andreas, aunque ambas estaban ocultas á la vista del asesino; yo era una de ellas, y apelo á la señora Rosamunda de Guarini para que sostenga mi acusacion, pues ella era la otra."— Los ojos de los maravillados espectadores se volvieron inmediatamente hácia el timido ser á quien el acusador apelaba de un modo tan preciso y terrible; pero la palidez de la muerte se habia esparcido sobre su rostro hermoso. En vano acudieron apresuradamente á sostenerla; sus párpados fueron cubriendo lentamente las órbitas de sus divinos ojo; dejó caer su débil cabeza en los brazos de su angustiado padre, y entreabriendo sus cárdenos lábios... exaló el último suspiro.

T. D. A.

EL NARRADOR DEL DESIERTO.

En las tribus árabes que habitan el desierto desde Damasco hasta Bagdad, hay un hombre revestido del empleo de Khabir, (narrador). Entre estos pueblos nómadas, no hay en efecto historia escrita; toda su literatura se limita á retener de memoria algunas antiguas baladas y varias elegías compuestas sobre grandes infortunios; porque tambien el desierto no podria libertar al hombre de la desgracia. El Khabir está encargado especialmente de conservar estas antiguas historias, y de escitar los guerreros al combate con el ejemplo de sus antepasados; el Khabir, en una palabra, es el Tirteo del desierto, es la tradicion viva de aquellas soledades.

En medio de las tiendas de la tribu hay un vasto espacio reservado á las reuniones de los árabes, en donde se trata de la paz ó de la guerra, y en donde se escuchan las relaciones del narrador. Cada noche, despues de los trabajos diarios, los guerreros, las mugeres y los niños acuden á este paraje. Sentados en círculo con las piernas cruzadas, escuchan en medio de un silencio interrumpido solamente por el lejano relincho de los caballos, los balidos de los carneros y el grito ronco de los camellos.

Oigamos la relacion que hizo un dia el narrador de los Anazé á la tribu reunida.

« En el nombre de Dios clemente y misericordioso!

« No hay mas Dios que Dios; él es quien ha colocado la tierra como una alfombra bajo sus pies, quien ha arrojado por los cielos las estrellas, polvo que quedó en sus manos cuando acabó de formar el mundo. Es Uno y Eterno: alabémosle!

« Hermanos mios de la tribu de los Anazé, escuchad la relacion que me hizo Seud mi padre, que contaba á vuestros abuelos las narraciones del desierto.

« En las orillas del Jordán están establecidos los árabes del abismo. Han tomado este nombre porque habitan no lejos de un parage en donde el rio se precipita en una sima para volver á aparecer á cierta distancia, despues de haber pasado por debajo de una montaña. Las aguas, cayendo en el abismo producen un ruido espantoso, que resonando por la inmensidad de las cavernas se aumenta de eco en eco, y sale por las entrañas de la sierra como un clamor del infierno.

En medio del estruendo se distinguen algunas veces gritos humanos, y se dice que son los espíritus de los desgraciados, que arrastrados por el torrente han sido sumergidos en el precipicio.

« Un ser humano (si debo darle este nombre) habitaba este lugar terrible. Era una de esas criaturas privilegiadas ante quienes Dios se digna descorrer el velo del porvenir. Al-Mehdié (guia) era el nombre de esta maga. Huyendo del contacto de los mortales, esta muger habia buscado un retiro en esta temible montaña, á fin de recibir mas libremente la inspiracion de los cielos. Una caverna profunda, situada en la abertura de este precipicio, la servia de morada.

«En la tribu del Abismo vivia Bissar. Dios habia abierto su mano sobre él; era rico. Sus yeguas pastaban al rededor de su tienda; sus rebaños le proporcionaban todo lo necesario á la vida; la leche para su alimento, el vellon para sus vestidos, la piel para cubrir su tienda. Era feliz, y el astro de la ventura aun no se habia oscurecido para él. Pero como ha dicho el poeta, «La felicidad es una rosa; por el espacio de un dia es hermosa; caésele una hoja de su corola, y en poco tiempo arrastra consigo las demas."

«Bissar tenia una hija, Haffé, niña de unos cinco años, que no habia conocido á su madre. Cerca de la tienda de Bissar estaba la de su hermano Djezil, á quien Dios habia concedido un hijo, llamado Kadil. Segun la costumbre de nuestros desiertos, Kadil y Haffé, destinados el uno al otro por su nacimiento, vivian juntos, participaban de las mismas penas y placeres, y la amistad los instruia en el amor.

«Haffé cayó repentinamente enferma. Amenazado Bissar en sus mas caros afectos, resolvió consultar á la mágica y saber el porvenir. No sabia que es un bien inefable del cielo el ocultar á nuestros ojos la suerte que nos está reservada, y graduarnos el dolor dejándonos entrever nuestro destino. Bissar, fuese confianza en la bondad del Altísimo, ó presentimiento de un porvenir mejor, se dirigió á Al-Mehdié, la mágica. Ensilló su caballo mas ligero, y al verle atravesar el espacio se hubiera dicho que Dios le habia puesto en los costados alas invisibles. Despues de media hora de marcha por el desierto se acercaba á la montaña, cuando al pasar por un matorral, unos gritos lastimeros llamaron su atencion. Al ruido que hizo se presentó un niño, al parecer de unos seis años.

—Hijo mio, le dijo Bissar admirado, ¿qué haces aquí solo? de dónde vienes? á dónde vas?

—Ayer por la noche, estando con mi madre, vino un hombre negro y me cogió. Mi madre me abrazó llorando; pero el hombre negro me puso sobre su caballo, corrimos por mucho tiempo, y por último me echó á tierra en medio de las tinieblas, se marchó y me quedé llorando.

—¿Y ese hombre negro debe volver?

—Ya hace tiempo que estoy gritando y no viene.

—Hijo mio ¿cómo te llamas?

—Mi madre me llamaba Ahmet.

—¿Y quién es tu padre?

—Nunca le ví: solo conozco á mi madre.

—¿En dónde vive?

—Allí abajo, en un parage que no es como este; allí habia muchos hombres, muchas casas, muchos niños, pero nunca me dejaban salir para jugar con ellos.

—Pobre niño! dijo para sí Bissar, acaso es el fruto de una falta, ó la víctima de una venganza. Dios quiere, pues, arrebatarme mi hija, pues me da un hijo! No importa; es desgraciado. Ven conmigo, hijo mio.

Bissar puso delante de sí á Ahmet, y continuó el camino del Abismo. Llegado que hubo á la montaña, el niño no queria separarse de su nuevo padre; Bissar clavó en la tierra una estaca, ató por los pies á su caballo, y colocando á Ahmet sobre sus espaldas, trepó de roca en roca hasta la gruta de la mágica.

—Tia mia, la dijo, el ángel de los sepulcros se ha posado junto á mi hija; tú que conoces el porvenir, dime cual es su suerte.

—Al-Mehdié encendió una tea, y la luz disipó las tinieblas de la gruta. Tomó despues un espejo y lo colocó entre ella y Bissar: despues preguntó á este el nombre de su hija y la época de su nacimiento. La hechicera se puso en seguida unas sandalias de madera, á fin de evitar el contacto impuro de la tierra.

—Marut Harut! esclamó ella entonces.

Algunos espíritus invisibles debieron aparecerse á la mágica, porque durante mucho tiempo estuvo escuchando las palabras de los genios, dirigiendo alternativamente sus ojos á Ahmet y á Bissar.

—Bissar, dijo ella por último; Dios se ha compadecido de tu hija, por tu buena accion. Cuida de este niño; porque su nombre será grande entre los hombres.

A estas palabras descendió la felicidad al corazon del árabe. Recompensó dignamente á Al-Mehdié, y emprendió con Ahmet el camino de su tribu. En efecto, segun la palabra de la mágica, Haffé tornó á la vida; Dios habia borrado su nombre de la lista de los que debian morir pronto.

El nuevo niño de la tribu del Abismo fue recibido en la tienda de la hospitalidad.

Lunes 30 de Junio.

Todo en él anunciaba un corazon recto y bueno, y la inteligencia que Dios concede desigualmente á los hombres. Ahmet era un hermano que la adopcion daba á Haffé, un amigo que la desgracia daba á Kadil. Estos tres hijos de la soledad pasaron así sus primeros años en medio de la dicha.

Crecieron Ahmet y Kadil: sus padres principiaron á instruirlos en los egercicios que preparan el guerrero á los combates; y entre los jóvenes de su edad ninguno era mas hábil que ellos en domar un caballo fogoso y en dar á la meta con la lanza. Fueron en fin admitidos en las espediciones, y los enemigos sintieron el peso de sus armas.

Pero muy luego se alteró la amistad de los dos guerreros rivales de gloria; Ahmet y Kadil conocieron que eran tambien rivales en amor. Haffé, segun la costumbre del desierto, debia casarse con Kadil; pero Ahmet, consultando solo á su corazon, creyó leer su victoria en los ojos de la jóven. Llegada ésta á la pubertad, habia perdido para Kadil aquella alegria loca de los hijos de la soledad, que siempre hallaba para Ahmet.

Vivir en la incertidumbre era para él un suplicio demasiado cruel, y resolvió descubrir á Haffé el estado de su corazon.

Hija de los árabes, la dijo un dia; en otro tiempo vivian en el desierto un jóven y una jóven. La jóven tenia unos ojos tan dulces como los de la gacela: su talle era derecho como el tronco de una palmera; sus negros cabellos habian sido robados á la noche. El jóven no poseia mas que su caballo y su cimitarra; pero el amor consumia su corazon, y dijo á la que amaba: Hija de la soledad, echa una mirada sobre mí; ya lo ves, mi piel se ha secado sobre mis huesos, y lágrimas desconocidas hasta hoy han hecho surcos profundos en mis mejillas. Tú eres la causa de mis sufrimientos; pronuncia una sola palabra y desaparecerán. La hija de la soledad se dignó pronunciar esta palabra, que fue repetida por los ángeles, y el jóven fue dichoso. Haffé, pon tu nombre en lugar del de aquella jóven y despues será esta alegoria una verdad para mí.

Haffé se ruborizó, titubeó, pero despues le respondió de esta manera:

— Hermano mio, no procures borrar lo que Dios ha escrito en mi corazon. Tú conoces la ley de nuestros desiertos; el cielo me ha destinado un esposo; ha mandado, y yo debo obedecer. Ademas, esa palabra que tú me pides no te la podria decir sin ocultarte la verdad..... Yo amo á Kadil.... Oigo tus quejas que me destrozan el corazon; pero son injustas, porque el amor no es una dádiva que se hace, es una violencia que se sufre. ¡Por Dios! ¡Por Mahoma! ¡Oh, hermano mio! olvida ese amor que turbaria tu ventura.

— ¡Mi ventura! replicó amargamente Ahmet.

Permanecieron en silencio y no se atrevian á hablar, cuando por todas partes resonaron gritos al rededor de sus tiendas, y se oyó la señal de los combates. A estos gritos bien pronto se unieron el ruido de las cimitarras y los lamentos de los heridos. En efecto, la tribu de los yasidas, sin otro motivo que su amor á la guerra y al pillage, acababa de caer como una tempestad sobre los árabes del Abismo, los cuales, en medio de la confusion inevitable de un ataque tan repentino, procuraban resistir, y combatian con la desesperacion de la leona á quien la roban sus cachorros.

Entretanto el cheikh reunia los guerreros mas valientes para caer sobre los dispersados sitiadores. Entre ellos se distinguian Ahmet y Kadil: Ahmet, gozoso por encontrar una causa digna para morir; Kadil, con el solo pensamiento de salvar á Haffé. Dióse la señal, y aquella tropa furibunda se precipita en columna cerrada, abriéndose un camino sangriento, y respondiendo á la muerte con la muerte.

Ahmet y Kadil llevan por todas partes la desolacion, y sus aceros los dirige el ángel de la muerte. Abrumados por este ataque tan repentino, se repliegan los yasidas, pero en el inmenso círculo de sus caballos llevan muchos prisioneros y rebaños. En vano buscan con sus ojos los dos guerreros á Bissar; Bissar no parece. La confusion habrá podido ocultarlo, y acaso esté ya en su tienda. Vuelan á ella, pero son acogidos por los gritos de Haffé que pregunta por su padre.

¿Ha muerto tu padre? ¿está herido? ¿ha sido arrebatado por los árabes? Lo ignoran, y por despedida solo pueden dejar á su hija la esperanza. Llegó la noche y Bissar no parecia; su fiel caballo no habia vuelto á la tienda de su amo á su parage acostumbrado. Haffé y los dos guerreros

encienden ramas secas untadas con el licor del pino, y por entre las tiendas derribadas se ponen á buscar al que lloran. Andan de un lado á otro, y cuando sus pies tropiezan con un cadáver, piden á este cuerpo sin vida las facciones que tiemblan encontrar. Le llaman, pero nadie responde sino el lamento de los heridos que sale de debajo de las tiendas, y los gritos lastimeros de los caballos. De esta manera, Ha-



Combate árabe.

ffé, vagando de cadáver en cadáver, pasó las horas eternas de aquella noche lamentable.

Ya no queda duda, Bissar es prisionero.

El siguiente dia fue para Haffé un dia de dosolacion y lágrimas. De pie á la entrada de su tienda, llora y espera; por que la esperanza, último consuelo del dolor, no la habia abandonado. Insensible á los consuelos del mismo Kadil, no le atiende, y sus lágrimas solitarias son el único alivio á sus angustias.

El sol desaparece por segunda vez y Bissar no vuelve. Haffé retirada en su tienda habia cedido al desaliento del dia y su intenso dolor: cuando le pareció oir los pasos de un caballo, corre á él, y era Ahmet.

—Haffé, le dice, á quien acaso por la vez postrera llamo hermana mia, yo parto: quédate con Dios! Voy á tentar un esfuerzo temerario; pero la vida ya no es para mí mas que un vestido incómodo de que necesito despojarme. Tu padre, que fue tambien el mio, es prisionero de los yasidas; voy á libertarlo ó á morir!

—¿Y vas solo?

—Solo: si muero, concédeme un recuerdo; si te traigo á tu padre, algun reconocimiento... Y tú, mi fiel amigo, continuó dirigiéndose á su caballo, don precioso de Bissar, valor! no aflojes, pues vamos á salvar á tu amo.

Dichas estas palabras, salta Ahmet á su caballo y desaparece al través de la oscuridad de la noche.

Dirigióse hácia el Oriente, y como si hubiese comprendido las palabras de Ahmet el noble animal volaba por encima de las arenas. La noche estaba oscura y favorecia su marcha. Despues de haber corrido du-

rante muchas horas, detuvo Ahmet algun tanto el paso de su caballo, porque el instinto del desierto le habia anunciado la proximidad de los yasidas. Camina en silencio, y distingue por último las tiendas blanquecinas de la tribu; á su izquierda estaban pastando los caballos enemigos. Pone el pie en tierra, escucha... pero solo el débil ruido de la arena debajo de sus pies, turba la calma de aquellos lugares. Sumergidos en un profundo sueño, descansan los árabes de sus fatigas. Pero en medio de la confusion de tiendas, ¿cómo reconocer el sitio donde gemia Bissar?

Coje Ahmet en su mano el hierro corbo templado en Damasco, y prosigue su camino: al verlo se hubiera dicho que era un chacal que espiaba su presa. A cada paso detenia la respiracion, escuchaba, pero todo estaba sepultado en el sueño. Tiempo habia que marchaba de esta manera, cuando llegó por último á un espacio inmenso, donde indudablemente se habria deliberado acerca de la muerte de sus hermanos, y de la destruccion de su tribu. Alzábase en el medio la tienda del cheikh de los yasidas; un poco mas allá estaban clavadas en cuatro picas cuatro cabezas. La sangre se detiene en sus venas, un temblor embarga todos sus miembros, y aparta sus ojos por temor de encontrar entre ellas la cabeza de Bissar. En fin, sobreponiéndose á sus angustias, mira, y entre aquellos rostros pálidos y desfigurados no encuentra ninguno que sea el de su padre. La vista de estos restos desventurados enciende su corazon en deseos de venganza: brilla la rabia en su semblante, y ya va á lanzarse á la tienda en que están los sangrientos trofeos para dar muerte por muerte..... pero la memoria de Haffé le detiene.

Un débil suspiro llegó á sus oidos en aquel momento: acércase y distingue cinco hombres tendidos sobre la arena. Los desgraciados no dormian! porque aquella noche debia ser la última para ellos. Atados los cinco de pies y manos y unos á otros, el estremo de las cuerdas iba á parar á dos árabes que les hacian centinela, que aunque dormidos, al menor movimiento de los prisioneros hubieran despertado. Fatigados de una larga marcha y un combate encarnizado, los guardias se habian entregado al reposo. Sin embargo, el que dormia era el sueño postrero.

Silencio, hermanos mios de la tribu del Abismo, yo soy Ahmet!

En seguida se adelanta hácia los dos árabes dormidos: silva su acero y rueda una cabeza por la arena. Los pies del cadáver se movieron fuertemente, pero despues quedaron en una inmovilidad completa: un segundo golpe echó abajo la segunda cabeza.

Entre los prisioneros que acababa de libertar, encontró Ahmet á Bissar. Al corte de su cimitarra caen sus ataduras y se miran libres; pero es menester que se vean pronto fuera de peligro, porque el dia va á venir. Los desgraciados abrazan las rodillas de Ahmet, estrechan sus manos contra su corazon, y el reconocimiento les hace olvidar su salvacion.

Vuelve Ahmet á encontrar el camino que lo ha conducido, y llega á los límites del campamento; estrecha á Bissar, y apenas se atreve á confiar en sus ojos, pues cree que es un sueño del que teme despertar.

— Hermanos, dice el guerrero libertador, aqui están los caballos de nuestros enemigos, y es menester que confieis vuestra vida á la rapidez de su carrera, porque yo no puedo hacer mas.

Los hijos del Abismo se arrojan á los ligeros caballos, y mas prontos y rápidos que los vientos, se precipitan hácia su tribu.

Durante esta eterna noche, Haffé no habia pedido al sueño un descanso que en vano hubiera procurado. Sola con Kadil, sentada tristemente en los confines de su campamento, interrogaba al menor soplo de la brisa que venia del desierto, y sus ojos procuraban inútilmente penetrar por la oscuridad. Pero á su alrededor todo es tinieblas, todo silencio. El sacrificio de Ahmet le arranca lágrimas, lágrimas dulces y tranquilas que no vienen de esa gran borrasca del corazon que se llama amor.

¡Qué cosa tan estraña es el amor! interrumpió el narrador de la soledad, pues que tales sacrificios no podian conquistarlo!

Apareció la aurora: Kadil y Haffé tomaron el camino de su tienda; la jóven arrojó tristemente la última mirada sobre el desierto antes de separarse. Pero detúvose al momento y volvió atrás. Haffé no po-

dia separarse de aquel lugar en que la vista estendiéndose al infinito, debia manifestarle mas pronto á su padre. Sin duda que era una inspiracion de uno de aquellos génios amigos de los hombres; porque apenas se habian pasado algunos instantes, cuando se distinguió en el horizonte una ligera nube de polvo. ¿Era acaso algun remolino levantado por la brisa? ¿era Ahmet? ¿era su padre? El temor, la emocion y la esperanza dividian el corazon de la jóven; era demasiado combate para ella; sucumbió y cayó en los brazos de Kadil.

La nube se acercaba. Kadil pudo ya distinguir un grupo de ginetes; uno de ellos habia desplegado su largo turbante, y lo agitaba en señal de victoria.

—Haffé! Haffé! tu padre!

A estas palabras, Dios devolvió á la hija de la soledad el espíritu que habia llamado á sí por un momento. Haffé vuela á su encuentro.

—Padre mio!...

—Hija mia!...

Los sollozos ahogaron sus voces, y su dicha se exhaló en sus abrazos. La tribu corre, pide á los prisioneros la relacion de sus padecimientos, y ellos no cuentan sino la gloria de Ahmet. Ya Haffé estaba de rodillas delante del guerrero, y con sus lágrimas regaba las manos victoriosas.

—Hija mia, dice Bissar llamándola á parte. ¿Sabrás tú sufrir por mí?

—Os comprendo, padre mio?

—Yo tambien; todo lo sé, todo lo oí pero tú sola puedes pagar la deuda del reconocimiento. Sin Ahmet, no te estrecharia ahora á mi corazon, y mi sangrienta cabeza serviria de escarnio á los...

—Padre, padre mio, basta: ahora todo lo puedo sufrir. Aquí está mi mano.

—Hijo mio, dijo Bissar dirigiéndose á Ahmet; te ofreceria todo lo que poseo, mis tiendas, mis esclavos, mis ganados, pero seria un don indigno de tí y de mi reconocimiento. No tengo mas que una hija, y es el presente mas precioso que puede hacer un padre: tú serás su esposo.

Algunos dias despues estaba de fiesta la tribu del Abismo. Los parientes de Haffé, menos Kadil, rodeaban la tienda de los novios, danzando al son de las castañuelas y del canud, y el grito placentero de los lililíes resonaban en los aires. En este momento solemne, Ahmet triste, en medio de la alegria comun, se acercó á la jóven y la dijo:

—Hermana mia, aun es tiempo: ábreme tu corazon, habla, ¿me amas?

Ahmet, ¿quién no te amaria? Tú eres bueno, generoso y te debe la vida mi padre: no amarte seria una ingratitud.

—Tu corazon, Haffé, ¿no lleva pesar alguno?

—Tú que lo conoces no me lo preguntes; amo, ya lo sabes. Perdóname estas palabras; sé que te ofenden... Pero Kadil! Kadil!

—Hija de los desiertos, hermana mia, sé dichosa... Adios.

Ahmet salta á su negro caballo; hijo de los desiertos de Korasan, cúbrese la cabeza con los pliegues de su jaique, y desaparece al punto en el horizonte, dirigiéndose hácia la tierra de Cam (Siria.)

No volvió á aparecer; y la hija de la soledad, libre ya por el amor y la generosidad de Ahmet, se unió al que amaba.

¿Qué se hizo Ahmet? Por mucho tiempo se ignoró

Diez años habian transcurrido; la tribu de los oahibis declaró la guerra á la del Abismo; las fuerzas no eran iguales, y el consejo de los árabes resolvió pedir socorros á Djezzar (el carnicero), gobernador de Acre, contra la invasion de los oahibis. El nombre de Djezzar se habia hecho grande en el desierto, porque habia resistido á esos que vinieron de Europa, á cuya cabeza marchaba el leon de los combates.

«Enviaron al bajá de Acre cinco de los principales de la tribu; entre ellos se hallaba Kadil. Llegado que hubieron á la ciudad *Bien guardada*, fueron introducidos á donde estaba el gobernador; Kadil le saludó." Djezzar se estremeció á su vista.

—Bajá, le dijo Kadil, tus hermanos de la tribu del Abismo te piden ausilio contra los oahibis.

—Conozco á tus hermanos de la tribu del Abismo; pueden contar conmigo. Me acordaré de ellos. Y tú, Kadil, hijo de Djezil, mírame.

—El árabe admirado echó al bajá una mirada trémula.

—¿Me reconoces como te reconozco yo?

—No señor.

—Oh! da gracias al cielo de que eres mi huésped, porque tengo como una nece-

sidad de devorarte el corazon, de despedazar tu carne, de arrojar los pedazos hácia los cuatro puntos del mundo, y de devolverte partes de mis males cuya causa eres tú... ¿Me reconoces?

—No, señor.

Djezzar dió un salto como un tigre delante de Kadil, pálido de espanto.

—¿Me reconoces por último? esclamó con una voz semejante al rugido del leon.

Y arrimó su rostro al de Kadil. Su boca arrojaba rabiosa espuma, sus dientes rechinaban; y se hubiera creido ver al terrible animal de nuestros desiertos que se entretiene con su presa antes de devorarla.

—No, señor.

—Pues bien! aquel niño prohijado por Bissar; el que ha salvado la vida al padre de Haffé; aquel á quien ella ha quebrantado el corazon, como quebranta la piedra el maiz de una mazorca, á fuerza de dolores: aquel Ahmet... ha llegado á ser Ahmet Bey, á quien nombran *el Carnicero*. Por mi ódio debieras haberme reconocido hijo de Djezil... Cuántas veces pensando en tí hubiera dado la mitad de mis provincias por tenerte entre mis manos, para hacerte espiar mis tormentos! Cuántas veces con esta esperanza he soñado con algun nuevo suplicio para tí!... Pero ahora que vienes á ponerte en mis manos, me avergonzaria de tocarte á un cabello de tu cabeza... Mas con todo, retírate, retírate, porque quizá el placer de la venganza me haria olvidar mi gloria... En cuanto á vosotros, hijos de la tribu del Abismo, direis á los que os han enviado que jamás olvido su hospitalidad: pueden contar con Ahmet-Bey-al-Djezzar."

Hermanos mios de la tribu de los Anazé, tal es la relacion que me hizo Seoud mi padre, el cual referia á vuestros abuelos la narracion del desierto."

T. del A.



CAMPANAS DE BUCEAR.



No hay criatura mas desvalida á su nacimiento que el hombre. Hay á la verdad animales que necesitan el auxilio de la madre por algunos dias, y quizás por algunos meses, pasados los cuales se corta la relacion entre padres é hijos como si jamás hubiera existido; pero el auxilio de los padres á los hijos en la especie humana es necesario por muchos años, naciendo de esta necesidad aquel afecto eterno que reina en las familias, y que por una virtud ilustre se estiende hasta á los prójimos mas distantes en costumbres y aun apariencia. Sin embargo de este desvalimiento del hombre, sus potencias intelectuales le hacen capaz de sugetar á los elementos, á lo menos, hacerlos subservientes á su uso. No solo puede precaverse contra la mayor inclemencia en todas las latitudes del globo que habita, mas estiende su poder mas allá de la esfera de la tierra. El sujeta al rayo trayéndolo á la punta de una barra de hierro, le conduce por otra barra fuera de su casa, y lo sepulta para siempre en las entrañas de la tierra, librándose así de sus estragos; él sugeta á los vientos en las velas de un barco, y hace que le conduzcan de una á otra estremidad del mundo; él se remonta en un globo lleno de gas á mayor elevacion que ninguna criatura alada, y camina en pocas horas centenares de leguas, como hemos mencionado antes; y él baja, respira, vive y trabaja en el fondo del mar, como vamos á tratar en este artículo; de modo que puede dirigirse á su voluntad por el aire, por las crestas de las montañas, por las entrañas de la tierra, por la superficie del mar y por el fondo del agua.

Campana para bucear. Principiaremos esplicando el principio de esta máquina con un ejemplo muy claro. Tómese un vaso grande, y metase en el agua con la boca perpendicularmente acia abajo, y se verá que el agua entra un poco en el vaso, condensando al aire, hasta un cierto punto cuando se mantendrá el aire seco en la parte alta del vaso. Esto aparecerá mas evidente si se mete el vaso de modo que quede dentro un corcho ó tapon de botella, porque la superficie de arriba quedará seca dentro del vaso.

Aunque el principio es tan claro, no hay memoria de haberse usado en Europa para bucear hasta en el reinado de Cárlos V, cuando á presencia del Emperador y una grande concurrencia se practicó en el puerto de Cádiz, bajando dos hombres, examinandó el fondo de la bahía por media hora, y subiendo luego arriba perfectamente secos, con muestras de su trabajo. Esta máquina tenia la forma de una campana, dos varas de alto y algo mas de ancho por el borde, con cien pies cúbicos de aire. Está esperimentado, que un hombre respira cerca de un pie cúbico de aire por minuto, quedando inútil el aire una vez respirado. En caso de trabajar en el fondo, era necesario llevar una vela, á lo menos, encendida, y consumiendo cada vela en su combustion tanto aire como cada hombre en su respiracion, no podian mantenerse dos hombres bajo el agua tiempo suficiente para un trabajo de utilidad, por lo que la cam-

pana de bucear quedó por mucho tiempo abandonada.

El gran astrónomo Halley aplicó su atencion á la campana de bucear, y pronto remedió el defecto de falta de aire respirable por largo tiempo. La primera mejora fue suplir la luz artificial con la natural, y disminuir el consumo de aire; esto se logró eficazmente embutiendo un lente de cristal de un palmo de diámetro en la bóveda de la máquina, con la parte convexa acia dentro, lo que daba tanta luz que se podia leer la gaceta abajo dentro de la campana. Luego inventó poner un tornillo en el tope de la máquina al que estaba asegurado un tubo elástico, por el que el aire descompuesto se dejaba escapar, reemplazándolo con aire puro que se hacia bajar en una campana separada y que pasaba por otro tubo. Ultimamente consideró el medio mas adoptado para que pudiese salir un hombre fuera de la campana, cuando el buzo tenga que moverse de un lado á otro para registrar el buque naufragado, y buscar lo que importa mas sacar á fuera. Esto lo consiguió por medio de un morrion de plomo, con un tubo flexible en la corona por el que, torciendo un tornillo, podia echar fuera el aire malo, y recibir otro fresco por otro tubo que comunicaba con la campana.

Pero la campana de bucear no fue perfeccionada hasta fines del siglo pasado y principios de este, habiendo llegado el aparato á tal estado, que Mr. Rennie puso los cimientos del muelle que sirve de puerto en Ramsgate con la campana que construyó en 1812. Los trabajadores bajan ahora al fondo del mar con la mayor indiferencia, quedan allí por varias horas, y acomodan en los cimientos piedras enormes, con tanta exactitud como en una muralla sobre la tierra.

La campana de bucear mas usada ahora tiene la figura de una caja sin fondo, dos varas ó mas de largo, poco menos de ancho, y casi lo mismo de alto, y para evitar las pesas que sirven de lastre en las orillas de abajo, se hacen de hierro colado en una pieza, de un grosor considerable. En la tapa ó parte de arriba hay doce lentes de cristal, bien aseguradas con cimento, las que facilitan tanta luz como hay en cualquier cuarto de una casa. A los lados adentro hay tablas donde bajan los hombres sentados, y una alacena con los instrumentos necesarios. Hay tambien una tablita á la que está atada una cuerdecita, sujeta una punta con una argolla dentro de la campana, y la otra punta atada á un brazo del superintendente arriba. Un tiron es la señal para tirar la tabla arriba ó abajo, y comunicarse las órdenes por escrito hechas las letras con una especie de yeso. La órden y la respuesta se hacen en tres minutos.

El peso de la máquina es bastante considerable, pesando de ochenta á cien quintales. Para bajarla ó subirla está suspendida de una fuerte árgana, fijada sobre una plataforma movible con cuatro ruedas; estas ruedas se mueven sobre dos carriles fijos sobre otra plataforma, asegurada con vigas sobre una palisada, de modo que por estos planos movibles se puede dar á la máquina la direccion que fuere conveniente.

Al principio hubo algunas preocupaciones contra el uso de las campanas de bucear, como sucedió al principio con los barcos de vapor, y en los nuevos ferro-carriles, aunque escusables en los viajes aereostáticos, por no ser estos todavia de conocida utilidad; sin embargo, todos los que han vagado por los aires en globos aseguran que no hay peligro alguno. ¿Con cuanta mayor razon no deberemos escuchar á aquellos que han bajado en estas campanas tan útiles? Cualquiera bajará con confianza despues de la relacion hecha por Mr. Babbage, que bajó con Mr. Harvey en una de estas máquinas en Plymouth.

«Para entrar en la campana, dice, se levanta esta tres ó cuatro pies sobre la superficie del agua, y se acerca el bote con las personas que intentan bajar; estas toman su asiento dentro, se retira el bote, y baja la campana gradualmente. Luego que llega á la superficie, y se corta la comunicacion con el aire esterior, se esperimenta en los oidos una sensacion peculiar, pero no dolorosa, hasta que entrada toda la campana, y aumentada la presion, se siente dolor en los oidos; sin embargo, esta sensacion se puede diminuir cerrando la boca, apretando las narices, y haciendo fuerza como para arrojar aire por los oidos; esta incomodidad continua con mas ó menos fuerza hasta que la campana llega al fondo. Si el agua está clara, ó no muy agitada, se puede ver dentro de la campana, á siete varas de profundidad, con tanta claridad como en una sala; y á distancia de tres varas se ven distintamente las piedras en

el fondo. Los trabajadores comunican sus señales con los de arriba golpeando la campana con un martillo, como se hace en un reloj, con un cierto número de golpes ya convenidos; un golpe solo, por ejemplo, significa que se necesita mas aire para respirar, y así los demas." Por estos últimos diez años ha habido muchas campanas empleadas en las obras hidráulicas de los puertos de Inglaterra, sin suceder desgracia alguna.

E. I.

EL SANTON ABRAHEN ALGUERBI.

Episodio del sitio de Málaga, por los Reyes Católicos.

I.

Despues de conquistar el ejército español los lugares y villas inmediatos á Málaga, y de talar su fecunda vega, procedió el Rey D. Fernando V al sitio de esta ciudad, escribiendo anticipadamente al Gobierno de ella y á los moros de mas prestigio, intimándoles su rendicion, y ofreciéndoles respetar sus vidas y haciendas como antes hiciera con los defensores de Ronda y Velez-Málaga. Pero Hamete-Zeli obedeciéndo al impulso de su animoso corazon, y confiando en sus bien pertrechados castillos, en lo inespugnable de Gibralfaro, y en la buena posicion de su Alcazaba, respondió groseramente á los mensageros del Rey, autorizando con su insolencia al populacho, para que los maltratasen inhumanamente.

Luego que Fernando se instruyó de la insultante respuesta, y del bárbaro comportamiento del Gobernador, marchó sobre la ciudad distribuyendo su gente de guerra en doce estancias, para cercarla en todas direcciones, lo que consiguió despues de sangrientas y obstinadas escaramuzas, empeñadas con los defensores de Gibralfaro y de las torres y puerta de Granada; ganándose en breve los arrabales, á pesar de los esfuerzos que opusieran los fanáticos secuaces del Islamismo.

La Reyna se hallaba á la sazon en Córdoba; pero llegando á oidos del Rey los rumores que circulaban de que en los lugares comarcanos, se habia declarado la peste, y de que escaseaban los víveres; conociendo que principiaba á cundir el desaliento en las filas de su egército, escribió á su augusta Esposa para que inmediatamente se pusiese en camino para el real, pues sola su presencia reanimaba á las tropas, y bastaba uno de sus elocuentes y marciales discursos para ecsaltar aun á los mas débiles y cobardes. En efecto, Isabel I llegó, y sus sublimes espresiones inspiradas por el Genio, desvanecieron los temores de sus soldados, volviendo á animarlos el deseo de la victoria. Los reales se colocaron en el sitio que hoy ocupa la Trinidad: los castellanos se entregaron al júbilo que siempre les causaba la presencia de tan ilustre matrona, y es fama que desanimados los hijos de Ismael

por tan infausta nueva, la esperanza abandonó sus corazones, y hubo mas de un proyecto de entregar la Ciudad, burlando para ello la vigilancia de sus gobernantes. Pero Hamete-Zeli y los 15000 gomeles que tenia á sus órdenes, tan fieros como los leones y tigres de sus desiertos del Africa, y capitaneados por el fogoso Alí-Derbat seguian inecsorables, y en el mismo propósito de defenderla tenazmente interin sus brazos pudiesen sostener el alfange homicida. Asi es, que enterados de la rebelion proyectada por el noble y magnánimo Alí-Dordúx y por el generoso Aben-Conixa, atacaron á la Alcazaba dó se hallaban los traidores al profeta, y degollando á un hermano del Conixa saciaron su apetito de venganza en sus mismos deudos y conciudadanos. Cerráronse las puertas de la Ciudad, y prohibióse bajo las penas mas severas que ningun musulman saliese á comunicar con los cristianos, ni aun hablase con sus compatriotas de la entrega de la plaza.

No solamente en el campamento habia que luchar con los feroces mahometanos; el mar tambien presenciaba grandes combates, pues luego que en Africa se supo el cerco de la Ciudad armaron numerosas fustas, y colocándose en el estrecho apresaron algunos de nuestros buques cargados de provisiones, siendo necesario para evitarlo, mandar alli navios de línea que protegiesen el paso de nuestras naves.

Invirtiose algun tiempo en disponer los pertrechos necesarios para el asalto, y despues se trató de minar por cuatro partes diferentes, pero sintiéndolo los moros contraminaron, y encontrándose unos y otros vinieron á las manos, resultando pérdidas considerables, pues volaron una de nuestras minas y para hacer lo mismo con las demás, acometieron repentinamente por mar, por tierra y dentro de ellas, trabándose una sangrienta refriega, que duró seis horas; pero los sitiados, no consiguieron su objeto, gracias al valor y denuedo de nuestros soldados, que recibian sus cargas compactos y tranquilos, haciéndolos retroceder desordenados, obligándolos á internarse en su ciudad.

Sabiéndose en Valencia y Cataluña el sitio de Málaga se animaron algunos nobles y vinieron á prestar ausilio á los Reyes católicos, trayendo consigo mas de cuatrocientos hijosdalgo de aquel montuoso pais.

Entretanto, presentaba Málaga en su centro el horroroso cuadro de la desolacion. El hambre, ese azote que todo lo destruye, diezmaba los vecinos de la ciudad moruna, y corroia sus entrañas: la muerte agitando sus negras alas semejantes á las del carnívoro buitre parecia que tomaba posesion de ella, y los cadáveres hacinados por todas partes corrompian el ambiente con sus infectas y hediondas exhalaciones.

Sin embargo el orgulloso musulman que gobernaba aquel pueblo de espectros, perseveraba en su opinion de defensa y sus voluntad de hierro firme y decidida no vaciló un instante.

Sus ojos hundidos en el fondo de las órbitas, apenas lanzaban un lánguido destello como el último rayo del sol en occidente, y sus miembros cubiertos por un magnífico alquicel eran como los restos de un cadáver envueltos en su fúnebre sudario, su corazon era el único que no se debilitaba y sin atender á las continuas reconvenciones de las mugeres y de los ancianos ni al llanto de los hambrientos niños, animaba con sus fanáticos discursos á los descendientes de la esclava.

—«Hijos de Agar les decia, constancia! Este es el tiempo de la prueba! valor! Alah es justo y sabrá recompensar vuestras calamidades. En el séptimo edén os compensará el Profeta todas vuestras desgracias. Alah premia al que lucha por su santa causa: no abandoneis vuestros hogares á esos infieles que tiemblan al veros, y recordad las proezas de vuestros esforzados ascendientes. Recordad que ellos ganaron este delicioso pais que vosotros no sabeis ni aun defender. El último baluarte de nuestra religion es este hermoso reyno; si hoy sucumbe Málaga, mañana la seguirá Granada, y entonces ireis á refugiaros llenos de vergüenza á vuestros desiertos, donde os reconvendrán los manes de nuestros progenitores! Valor! valor!!!"

Los sarracenos escuchaban absortos sus discursos, pero luego sentian que el hambre los devoraba, encaminándose donde creian encontrar pan; entonces lo robaban y ¡ay! de aquel que lo ocultase; su cabeza cortada á cercen por aquellas hordas hambrientas, pagaba al punto tamaño crímen.

En fin, los caballos, los asnos, y aun los animales mas asquerosos, les servian de alimento y aun se valian de las armas para disputárselo.

II.

El alba aparecia en el Oriente, ataviada con ricos y vaporosos tules, y la atmósfera se impregnaba en los fragantes perfumes de la Primavera; el azahar y el jazmin, ecshalando sus puros olores, abrian su virgen cáliz al aura matutina, que ligera los estendia en torno de las tiendas castellanas. ¡Hora deliciosa! La naturaleza ostenta en ella todo su esplendor, y el corazon sensible que gusta de emociones dulces y tranquilas, se ve inspirado por sentimientos vagos, ora alegres, ora melancolicos. El mundo en esa hora en que el sueño lo domina, derramando sobre él su narcótico beleño, se presenta radiante como en los primeros dias de su vida, tan lozano, tan gentil y rodeado de un encanto sublime...

El silencio que reyna generalmente en esa hora, era interrumpido en el campamento español por el continuo pasear del centinela, y por sus guerreras canciones. El mar agitando voluptuoso su rizado manto, lamia con sus olas las piedras de la arenosa playa, y participando del lánguido abandono de la naturaleza, se adormia á los pies de la morisca Málaga: entretanto el ejército sitiador descansaba de los penosos trabajos de tan dilatado sitio, esperando para volver á ellos, que los instrumentos bélicos diesen el toque de Diana, antes de lucir el sol en los elevados minaretes de la ciudad.

De repente se percibe un horroroso estruendo. ¿Es tal vez producido por el mar, que despertando de su letargo, lanza un imponente rugido y agita su seno inmenso?

—A las armas, soldados españoles! Traicion, traicion...!

—Animo, valientes musulmanes; arrollad esas tiendas do se guarecen vuestros enemigos; seguid con infatigable ardimiento y sereis los libertadores de vuestros oprimidos hermanos. Valor! valor! y Málaga ausiliada por vosotros, triunfará de los infieles!.....

El estruendo crecia; los cristianos sorprendidos tan de mañana y de improviso por aquellos furiosos gomeles, pasada la primera confusion, lograron volver á su sangre fria y ordenando sus escuadrones resistieron el choque de los africanos. Obstinada fue la lid; por una y otra parte se hicieron grandes proezas, dando por resultado tan sangrienta lucha, que doscientos moros, resto de los que asaltaron á nuestro ejército penetraron en la ciudad terriblemente escarmentados. La mayor parte de los demas fueron muertos, y los otros emprendieron la fuga, procurando ganar los barrancos y montes para salvarse del furor de los vencedores; pero fueron inútiles los esfuerzos que hicieran por evadirse de su persecucion, cayendo todos en poder de las huestes castellanas y aumentando el número de sus prisioneros.

No lejos del lugar de la contienda encontraron orando al gefe de tan desgraciada espedicion. Era este un anciano alfaquí, natural de Guerba en el reyno de Túnez y que habitaba en una aldea inmediata á Guadix. Instruido del horroroso estrago que causara en los moros malagueños la falta de provisiones, y las contínuas escaramuzas que con notable pérdida trababan con los cristianos, concibió el temerario proyecto de penetrar cautelosamente en los reales y asesinar en ellos á los Reyes, con cuyo notable acontecimiento era de suponer que levantarian el cerco los cristianos, quedando libres los de Málaga. Para poner en ejecucion una empresa tan arriesgada y que debiera dar tan buen resultado á la causa del profeta, consolidando la dominacion musulmana en el delicioso confin de Andalucia, el santon Abrahen-Alguerbi principió á ecshortar á sus adeptos con enérgicos discursos, inspirados por el fanatismo y la supersticion mahometana para que siguiesen sus banderas, que debian tremolar vencedoras sobre las encumbradas torres de la Alcazaba.

—«Defensores del Oran, les decia, Tarif, el esforzado Tarif, os puso en posesion de este pais encantador. Su genio inmortal conducia las masas de su formidable ejército, unidas y compactas á la victoria: pero perdida esa primera union y brotando en vuestro seno el gérmen de la discordia, os debilitais de dia en dia, y vuestros poderosos enemigos aprovechándose de tan favorable ocasion os usurpan vuestras propias ciudades. Pero Alah es justo y sus palabras infalibles... Escuchad: Elevado mi espíritu á los cielos, sobre una nube tan veloz como la yegua Alborak que condujo á nuestro venerado profeta, llegué al pie del corpulento cedro que produce las huries destinadas para los verdaderos creyentes, que

son dignos de habitar en los embalsamados pensiles del Eden. Un trono magestuoso se elevaba allí, en el cual se hallaban escritas en letras de diamante estas palabras: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* Entonces procuré alzar la vista, pero indigno de ver frente á frente al poderoso Alah, solo ví una luz tan esplendorosa que me hizo prosternar, cayendo deslumbrado por ella, y una voz estentórea irritada por la venganza pronunció estas palabras: «Tengo decretado el esterminio de los infieles. Ve, reune á mis predilectos hijos para declarar la guerra á los cristianos, y ofréceles en mi nombre la recompensa digna de tan grande accion. Aun cuando sean pocos los que te sigan, están animados por mí y vencerán: ataca con ellos los reales castellanos; el ángel Azrael te acompañará sembrando la muerte en sus filas, y levantando el sitio de la hermosa Málaga huirán sus vencidas cohortes delante de vosotros, como una bandada de milanos perseguida por las águilas caudales del desierto.» Dijo; y un ronco trueno promovido por su justa ira, se dejó oir por tres veces con amenazante fragor. Entonces me encontré entre vosotros, y obedeciendo las órdenes de Alah os he invitado para que me sigais voluntariamente. Haced lo que os plazca, bajo el supuesto de que el que me siga, ese entrará en el número de los elegidos»

—Sí, sí, te seguiremos todos, esclamaban entusiasmados los crédulos sarracenos, te seguiremos, y protegidos por Alah y capitaneados por tí, arrostraremos los mayores peligros haciéndonos invencibles.

Al oscurecer de una hermosa tarde, salia el santon Alguerbi de Guadix, conduciendo á 400 musulmanes, que seducidos por tan halagüeñas promesas secundaban sus malévolos planes. La noche que con sus densas tinieblas favorece al crímen, los cubrió con sus sombras, y á favor de ellas, lograron llegar hasta el mismo campo cristiano, burlando la vigilancia de los centinelas y sorprendiéndolos de improviso.

Ya hemos visto que fué infructuoso el asalto, y que nuestras tropas, lejos de desordenarse consternadas por tan inesperado golpe, los derrotaron, obligando á los que pudieron escapar con vida, á que se refugiasen precipitadamente en la plaza.

III.

—Quién sois, anciano moro, y con qué objeto venís al campamento español?

—Soy un moro santo, respondió el interrogado, leo en el porvenir, y sé todos los acontecimientos que han de tener lugar en este sitio, por una revelacion que el santo y poderoso Alah se ha dignado concederme. El futuro se presenta á mi vista tan claro como en un diáfano espejo.

—Bien, inspirado profeta, mucho me holgara de que se me indicase el dia y las circunstancias que han de acompañar á la entrega de Málaga, pues ya se me va haciendo enojosa su obstinada cuanto inútil resistencia. Tú lo estarás ya viendo ¿no es verdad?

—Sí, pero Alah mas sábio que los hombres, me ha mandado terminantemente que solo á SS. AA. revele tan importante secreto, y sus órdenes no pueden infringirse.

Este diálogo tuvo lugar en la tienda del marqués de Cádiz, gefe de la estancia situada en la *Caleta* entre don Rodrigo Ponce de Leon, y el africano Alguerbi, conducido por los soldados á presencia del primero.

Entonces envió dicho marqués uno de sus ayudantes á los Reyes, refiriéndoles toda la ocurrencia, y estos mandaron que les llevasen el moro inmediatamente y en el mismo trage en que fue capturado.

El Monarca aragonés se hallaba durmiendo la siesta, cuando llegó á los reales el temerario Alfaquí, cuya torba mirada adquirió un brillo desconocido, semejante al destello fascinador que lanzan las pupilas de la astuta serpiente; una maliciosa sonrisa contraia sus lábios, y los pliegues de su blanco turbante cubrian la arruga de desconfianza que anublaba su frente. Un ancho albornoz lo envolvia, ciñéndolo un terciado del que llevaba pendiente su cimitarra. Luego que lo anunciaron á Isabel I dispuso ésta que esperase fuera de la tienda ínterin despertaba su régio consorte, y mientras tanto, lo llevaron á la de doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya. Hallábase esta tienda adornada con un lujo verdaderamente régio; pabellones de brocado, ricas alfombras, muebles del gusto mas esquisito, armas, trofeos y blasones se ostentaban en aquella magnífica vivienda. El

aparato y grandeza que en ella presidia hicieron creer al infame santon que se hallaba en la morada de los Reyes, pues no entendia el idioma español, ni conocia personalmente á SS. MM.

Doña Felipa de Mello esposa de don Alvaro de Portugal vivia provisionalmente con la marquesa. Hallábanse dichos esposos conversando cuando entró el musulmán, y Ruiz Lopez de Toledo, tesorero de la Reyna hablaba con doña Beatriz. El agareno creyó ser el momento oportuno de ejecutar el horroroso asesinato que premeditaba: su corazon latia acelerado, y su mano buscó varias veces la empuñadura del templado acero, pero una nube de sangre se interponia entre sus ojos y los demas objetos, y le hacia temer que su golpe no fuese certero. La lucha del crimen con el sentimiento de humanidad que todo hombre tiene, y el temor de un castigo conveniente al delito que iba á cometer hacian brotase en sus poros gruesas gotas de un sudor glacial, y sus brazos cayeron inertes. Entonces surcó por su entorpecido cerebro la idea de que tenia en su mano la venganza de los musulmanes. El ángel malo triunfó, vió mas claro, y asegurándose de que aun le restaban fuerzas para empuñar la cimitarra, tan veloz como el ave de rapiña que se arroja sobre su víctima sin dejarle lugar para defenderse, descargó á don Alvaro tan fuerte cuchillada en la cabeza que dió con él en tierra, y en seguida tiró otra á la marquesa, que afortunadamente no le causó daño alguno.

Visto por Ruiz Lopez de Toledo tan horrendo atentado, se abrazó precipitadamente al cuello del asesino, y sujetándole el brazo armado pidió ausilio, entonces acudieron los guardias inmediatos, los cuales indignados á vista de un hecho tan criminal, se lanzaron sedientos de venganza sobre el viejo santon despedazándolo en el instante. Los mutilados miembros de Abrahen de Alguerbi, atacados en un trabuco, fueron arrojados á la ciudad.

Turbada la de Moya por un acontecimiento tan desagradable, aunque afortunado para ella, se dirigió á la régia tienda, con el semblante descompuesto y dando gritos de indignacion y de venganza, á los cuales despertó don Fernando, quien segun Garivay, se envolvió inmediatamente en la colcha sobre que estaba durmiendo, y salió en el instante procurando inquirir la causa de tanto alboroto. Admirado de tan grande osadía y de lo milagrosamente que se habia salvado de la asechanza que le preparara la astucia del Alfaquí, dirigió al cielo una oracion de reconocimiento, dándole gracias por haber protegido sus dias y los de su interesante esposa, salvándolos de tan inminente peligro.

Cuando los moros de la ciudad esperaban ansiosos el resultado de la entrevista del santon con los Reyes asomados á las murallas y torres que dominaban el campo cristiano, y observaron el movimiento en que se pusieron todos en el real, se llenaron de júbilo, creyendo que el alfanje del africano los habia libertado de sus mayores enemigos. Entonces se dejó oir una fuerte detonacion y los restos del asesino cayeron esparcidos á sus pies. Un terror pánico se apoderó de todos los sitiados, y la desastroza muerte de su caudillo fue para ellos un funesto presagio. Llenos del mas supersticioso respeto, unieron sus miembros despedaza, dos con hilos de seda, y lavándolo y perfumándolo con aromáticos olores, lo enterraron con el aparato debido á un mártir, digno imitador de Mahoma. En desquite hicieron sufrir igual suerte á uno de los cautivos cristianos de mas consideracion, arrojándolo á los reales.

Para evitar que se repitiese un atentado semejante, se espidió una real órden, mandando que ademas de las guardias reales, acompañasen constantemente á SS MM. 200 caballeros hidalgos de Castilla y Aragon, que cuidaran de que nadie se acercase armado á los Reyes, y que con ningun pretesto permitiesen á los moros la entrada en el real, sin tomar para ello las debidas precauciones.

En esta ocasion llegó el duque de Medina-Sidonia, con su hijo don Juan de Guzman y con toda la nobleza y gentes de su casa, reforzando considerablemente el ejército, y haciendo un préstamo á los Reyes Católicos de 20,000 doblas de oro. En el mismo dia surgieron en el puerto 100 navios cargados de víveres y municiones de guerra. Setenta mil combatientes se hallaban en el campamento, y sin embargo, para terminar al instante tan difícil conquista, mandaron los Reyes á varias ciudades por mas caballos y peones.

Las tropas del duque del Infantado á las órdenes de un capitan, aumentaron

tambien el ejército sitiador.

IV.

Poco tiempo despues del acontecimiento que acabamos de describir, tremolaba el pendon de las armas católicas en la torre del *Homenage*, que es la mas elevada de la Alcazaba. Rendidos á discrecion los moros malagueños, vagaban por las calles y plazas desanimados y abatidos. Las mugeres lloraban la pérdida de su ciudad natal, y el desaliento sellaba sus facciones. Acusaban al gobernador y lo reconvenian por haber dilatado tanto tiempo la entrega, pues pudiera haber capitulado antes, bajo favorables condiciones.

El comendador mayor de Leon don Gutierrez de Cárdenas entró en Málaga el Sábado 18 de Agosto de 1487, autorizado competentemente para que se entregase en dicha plaza y en todas sus fortalezas.

Al siguiente dia tomaron posesion de su nueva ciudad los católicos Reyes Don Fernando V y Doña Isabel I, y las salvas de la artilleria solemnizaron tan augusta ceremonia. La mezquita mayor fue consagrada al verdadero Dios, celebrando en ella el santo sacrificio de la misa el Cardenal Arzobispo de Toledo; despues de lo cual se cantó un magnífico *Te-Deum* en accion de gracias.

Segun Zúñiga, estuvo sitiada la ciudad 3 meses y 11 dias.

J. Tejon y Rodriguez.



CAUSA CELEBRE.



En una isla situada en el golfo de Riga frente de las costas de la Livonia, se elevaba á principios de este siglo, un castillo cuyos habitantes invisibles se entregaban de noche á un género de crímenes desconocidos hasta entonces.

Entre el gran número de barcas que surcaban aquella parte del Báltico, muchos habian naufragado en la oscuridad de la noche, sin que al siguiente dia se notase la menor señal, y sin que ningun resto sobreviviese á su destruccion.

Circulaban las mas contradictorias noticias sobre las causas de estos frecuentes desastres: unos decian que una isla rodeada de peligrosos escollos, estaba habitada por fantasmas, especie de ciclopes que mataban á los marineros y se apoderaban de las riquezas de los barcos; otros que todas las noches se oian gritos dolorosos, y que estos eran seguidos de risas satánicas y de voces de orgia.

La imaginacion popular habia aumentado los hechos, y dado á la verdad un colorido sobrenatural. Estos hechos eran incontestables en el fondo, porque nuevos naufragios venian á aumentar cada dia el terror y la desolacion.

El comercio de Riga empezó á resentirse: los negociantes que armaban para el Báltico, dirigieron al gobierno de la provincia una súplica pidiendo que se hiciera una informacion de las causas de este desastre. El príncipe de Madden gobernador de la Livonia creyó deber dar cuenta al Emperador, y escribir él mismo á San Petersburgo; pero la importancia de los sucesos políticos de aquella época paralizó el efecto de su buena voluntad, y la respuesta se hizo esperar mucho tiempo.

En vista de estos hechos, y apesar del terror general que dominaba hasta en los mas atrevidos, el capitan Ostronoff de Riga, el mas atrevido lobo marino de la comarca, ofreció ir á esplorar la isla fatal, y todo el mundo aplaudió su audacia. Hízose una suscricion, y con ella se equipó el bergantin *Esperanza*. Ostronoff escogió doce marineros de los mas atrevidos, y salió con ellos de Riga el 25 de Octubre de 1804, seguido de las oraciones de la poblacion agradecida. Los dos primeros dias de navegacion fueron felices, y al tercero, un viento levantó una violenta tempestad á las cinco de la tarde cuando el barco llegaba cerca de la isla. Habiendo calmado el viento á la entrada de la noche, vió Ostronoff una luz semejante á la de los faros, y se dirigió hácia aquel lado; pero pronto fijó su atencion un punto luminoso; creyó notar que en lugar de estar fijo como los faros y las señales marítimas, variaba contínuamente de sitio y parecia costear la playa de la isla. Esta grave observacion le llamó la atencion, y ya se preparaba á hacer cambiar el timon cuando advirtió que el barco tocaba en un escollo.

Al instante hizo Ostronoff echar la sonda y ecsaminada la posicion del barco, comprendió toda la gravedad del peligro que corria. Por espacio de una hora estuvo el barco haciendo agua por todos lados, y fue preciso abandonarlo. Ostronoff mandó echar la

chalupa al agua, entró en ella con sus compañeros, y se dirigió hácia la isla. Las olas eran fuertes, y la débil barca corrió grandes peligros; pero los remeros redoblaron sus esfuerzos, y como á las dos de la mañana llegó la chalupa á la orilla. Al llegar vieron á una gran distancia un grupo de hombres de figuras siniestras que estaban en pie alrededor de un gran fuego, y que parecian esperar la hora y la ocasion de alguna espedicion nocturna.

Ostronoff comprendió que habia llegado el momento de obrar: formó su tropa en dos filas, y se dirigió hácia aquel lugar con un puñal en una mano y una pistola en la otra; mas cuando llegaron á él, habian desaparecido todos aquellos hombres como por encanto.

Esta primera circunstancia hizo tal impresion en los marinos que lo acompañaban, que tuvo que emplear toda su energía para hacerles recobrar su ánimo. Despues de una corta arenga marchó al castillo que se decia ser la mansion de las fantasmas de la isla. Sus paredes eran como las murallas de una fortaleza, y una puerta pequeña y baja era la única que daba entrada al interior; esta puerta estaba cerrada y los marineros recibieron la órden de derribarla á hachazos.

Apenas entró en el castillo con sus compañeros se vió Ostronoff rodeado de una multitud de fantasmas blancas que arrastraban enormes cadenas y daban gritos horribles. Sin dejarse intimidar descargó su pistola contra una de ellas á quema-ropa: la fantasma cayó y las otras huyeron espantadas. Ostronoff se acercó al hombre que acababa de herir, quitó el paño blanco que le cubria, y reconoció en el desgraciado que estaba herido á Peters, su antiguo camarada en un regimiento de hulanos de que fue espulsado por su mala conducta. Peters espiró á pocos momentos sin haber podido proferir una palabra.

En seguida se dirijieron los marineros acaudillados por Ostronoff, por todas las encrucijadas del castillo.

A poco rato sienten caer desde una altura un enorme peñasco que por fortuna no cogió á ninguno. Ya no habia que cejar ante toda clase de peligros que se ofreciesen. Siguen adelante, y en lo alto de una escalera se ven apostados unos cuantos, los cuales hacen una descarga y matan á un marinero. Los otros que ven muerto á un compañero juran vengarle, y antes de dar tiempo para que los fantasmas cargasen sus armas, trepan por la escalera y descargan á quema ropa sobre los contrarios, de los cuales quedan cinco fuera de combate. Se detienen á reconocer á los heridos, y ven que muchos son de aquellas cercanías, y aun de la misma ciudad de Riga. Adelante! grita con fuerza Ostronoff á los suyos, los cuales reciben otra descarga mas de los moradores que quedaban en el castillo; ninguno sale herido. Continúan subiendo una escalera que daba á los pisos mas altos, y hácia los cuales corrian los fugitivos; y como si echasen estos el último resto de su fuerza, hacen otra descarga, que fue la última y que no causó muerte alguna sino varias heridas de consideracion. A esta descarga contestan los marineros y dejan tendidos por el suelo á una porcion de bandidos, salvándose dos ó tres que quedaron, arrojándose por una de las almenas del castillo. No habiendo ya mas enemigos á quien temer, bajan la escalera con ánimo de perseguir á los que se habian tirado por las almenas, y en efecto los encuentran estropeados del golpe y sin poderse defender. Los atan y los llevan al interior del castillo; y confiesan que hace una porcion de tiempo están causando multitud de naufragios con los buques que pasaban por aquella costa; que despues que ocasionaban los naufragios, esperaban á los náufragos y los asesinaban; y por último que casi todos eran criminales escapados de las prisiones.

Ostronoff, luego que se apoderó de los delincuentes y recorrió el castillo por ver si quedaba alguno mas, se acercó á la orilla del mar, y tuvo la suerte de que pasase por allí un barco que los recogiese y los llevase á Riga, pues que el suyo habia quedado inútil.

Formóse causa á los aprendidos, y confesaron los crímenes horribles ejecutados con los que caian en su poder.

La justicia humana quedó satisfecha, pues fueron descuartizados los bandidos; y desde aquella época no volvieron á temer mas de ellos los marineros de aquellas comarcas.

T. del A.



JOSEFINA.



Maria Francisca Josefina Tascher de la Pagerie, fue primeramente esposa del vizconde de Beauharnais, despues madre desgraciada del general de este nombre, y en segundas nupcias consorte de Napoleon Bonaparte, Emperatriz de los franceses y Reyna de Italia bajo el nombre de Josefina. Nació en 1761 en San Pedro de la Martinica, vino jóven á París con su padre, y efectuó entonces su primer enlace, del cual tuvo dos hijos, Eugenio y Hortensia de Beauharnais. Tres años hacia que vivia Josefina con su hija al lado, despues del regreso de la madre á la Martinica, cuando las conmociones políticas la obligaron á abandonar con precipitacion el suelo nativo en 1790, bien agena de que le aguardaba igual borrasca en Francia, peligros tan eminentes, y mayores inquietudes. Despues de haber visto á su marido arrastrado al cadalso fue puesta en un calabozo, del cual la sacó Taliano, y este primer servicio de que se mostró agradeci-

da fue el origen de la prodigiosa fortuna de esta muger, á quien parece indisputable que la habian pronosticado tan altos destinos en su niñez. En la sociedad ó tertulia de su libertador fue donde con sus atractivos y estimables prendas llegó á conseguir mucho valimiento, ensayando, digámoslo así, el brillante papel de soberana á que iba á llamarla la suerte. De este modo haciendo importantes servicios á los desgraciados de todas clases y de todos partidos, se habia adquirido ya el reconocimiento, cautivando la voluntad de muchísimos, cuando el jóven Bonaparte, entonces general en el interior, enamorado de ella solicitó su mano. Efectuose su enlace bajo los auspicios de Barras, el individuo que mas influencia tenia en el directorio, y éste hizo que se le diese inmediatamente á Bonaparte el mando del ejército de Italia en 1796; y Josefina, participando de la suerte de su esposo, sentada con él en un doble trono, contribuyó eficazmente á rodearle del amor de sus súbditos, primer origen del poder y lustre de un imperio. Cierto que Napoleon la profesó un ardiente cariño, érale necesaria su presencia aun en la guerra, y le acompañó en la mayor de sus gloriosas espediciones. Sin embargo, en los meses primeros de 1809, conoció Josefina que su esposo se habia entibiado algun tanto en el afecto que la profesaba, y ya se hablaba públicamente de un pronto divorcio, fundado en el interés del trono, que no tenia heredero. Convirtiéronse muy luego aquellos rumores en realidades, y el príncipe Eugenio Virey de Italia é hijo adoptivo de Napoleon, fue encargado por éste de disponer á su madre para tan dura separacion. Hízose pública en 17 de Diciembre de 1809, y no obstante la resignacion de Josefina y su aparente tranquilidad de alma debió esperimentar un dolor profundo, pues no tan solo perdia una corona considerada como la primera en el mundo, sino que tiernamente unida al príncipe su hijo, veia desvanecerse tambien el sueño mas lisonjero de su cariño materno. Se dijo que el interes de la Francia exigia aquellos penosos sacrificios, y tuvo valor para sobrellevarlos. Se retiró al principio al castillo de Navarra, mas luego vino á establecerse en Malmaison, donde el cultivo de las ciencias naturales la ayudó á disimular sus pesares, y en aquella residencia, que habia enriquecido con magníficas colecciones de plantas indígenas y exóticas, murió Josefina en 29 de Mayo de 1814. Pocos dias antes habia sido visitada por varios de los príncipes coligados, particularmente por el Emperador Alejandro, en cuyo nombre y representacion asistió al funeral el general Sakern. El Arzobispo de Turs pronunció la oracion fúnebre de Josefina, y sus hijas consiguieron en 1821 permiso para levantarla un monumento en la iglesia de Ruel, donde fue depositado su cuerpo.

D. B. U.

LA VIEJA SOLTERONA DE BOSTON.

Dos ventanas estrechas y de alfeizares profundos daban paso á los rayos de la luna é iluminaban una grande habitacion cuyos muebles y adornos eran antiguos y suntuosos. La luz que entraba por una de estas aberturas arrojaba sobre una alfombra de Venecia los confusos colores de los vidrios pintados y su debilitada trasparencia. La otra ventana, cubierta por una espesa cortina de seda amarilla, teñia con su pálido color la alcoba, la cama, y el rostro de un jóven que dormia. Era esta una escena estraordinaria y pintoresca; una de esas realidades fantásticas en quienes no cree la imaginacion, y que chocan á los espíritus menos dotados de poesía.

El jóven gozaba de un profundo sueño. ¡Qué sueño! el último de todos! el único que no puede ya turbar el estruendo de las pasiones! No gesticulaba; pero hubo un momento en que sus inmóviles facciones parecieron reanimarse, y en que la emocion de la vida renacia sobre su pálida figura. La ilusion era completa. Un accidente natural lo habia causado. Una cortina colocada entre la ventana y el lecho del difunto se habia movido en el momento de abrirse la puerta de la habitacion. Una jóven alta y bella, con la frente severa y apasionada, y de una fisonomía toda española, habia entrado, y acercándose silenciosamente al lecho se abrazó al cadáver con un movimiento convulsivo. No era solo la ternura la que estaba pintada sobre esta característica figura; notábase en ella una especie de triunfo violento mezclado de un dolor interno. El cadáver pareció moverse por segunda vez, cual si hubiera querido corresponder á tan estrecho abrazo. La misma ilusion producia igual resultado. La puerta acababa de abrirse á impulso de otra persona que, cubiertos de lágrimas sus ojos, se acercó á los despojos mortales del jóven. Largo tiempo se estuvieron mirando las dos mugeres sin hablarse una palabra, y permanecieron allí fijas como dos estátuas cerca de un sarcófago. En nada se parecian: una era el símbolo de las emociones violentas; la otra representaba la sensibilidad, la ternura y el dolor.

« Bastante me lo has disputado en vida! esclamó la mas altiva; ya muerto, déjamelo."

Seguramente! respondió la otra. El que es cadáver por tu culpa te pertenece..... Y empezó á llorar.

Una espresion de furor contrajo el rostro de la primera interlocutora: sus lábios desdeñosos se movieron indicando una amenaza: retrocedió dos pasos con los brazos cruzados, y mirando á la que habia sido su rival. Pero la última sin responderle, se arrodilló junto al lecho, y dejando caer su cabeza cerca de la del cadáver, confundió sus rubios cabellos con los negros y horrorosos del jóven, y el llanto corria de sus ojos.

« Muy cierto, sí, esclamó la compañera! ha muerto porque le he amado yo! No te quede duda, Maria: es cierto."

El silencio del aposento mortuorio, solo

le interrumpian los sollozos de la jóven arrodillada.

—Maria! esclamó por la vez tercera la otra muger.

Maria arrojó un largo suspiro, levantó su cabeza de la almohada, y fijó sus ojos llorosos sobre la que le llamaba.

«Maria, ¿me vas á perder? Todo lo sabes y puedes hacerlo si quisieras.

—No; descuida, no te perderé. Cumple tu destino; yo cumpliré el mio. Cuando hablen los muertos contra tí, entonces los imitaré. Tú le amabas, decias, y has causado su muerte.

—Tenia ambicion y orgullo!

Maria no respondió, pero esclamó despues de algunos instantes de silencio profundo:

«Vete, busca el rango y la fortuna brillante que codicia tu altivez. Yo no diré nada. Sabes que me basta una palabra para impedírtelo. Déjame cerca del que ha sido tu víctima. Pásense los años, y luego me dirás si has vivido dichosa. Jura que vendrás aquí dentro de treinta años si todavia existes, en el mismo dia y á la misma hora...! júramelo...!

—Consiento en ello; lo juro. ¿Pero qué garantias me das de tu silencio?

—Este bucle, respondió Maria, cortando uno de los que caian por la blanca frente del cadáver, y entregándoselo.

—Está bien; ¿pero qué te vas á hacer entretanto?

—Poco te importa; lo sabrás á su tiempo; nos volveremos á ver mas tarde.

Las manos de las dos jóvenes se cruzaron sobre el pecho del difunto. La mayor se volvió para echar una última mirada hácia la alcoba y el lecho; en seguida se acercó á la puerta y tembló su mano. Despues de una nueva actitud, y como admirada de su propia debilidad, se alejó por un corredor, en donde un esclavo negro, antiguo criado de la familia, la esperaba con una antorcha encendida. Parecióle que esta figura negra con sus dientes blancos, iluminados por una viva luz, la perseguia con un sarcasmo horrible. El negro abrió la puerta principal y apartó la antorcha para que el aire no la apagase. En el momento en que ella bajaba las gradas que conducen á la mayor parte de las casas de Boston, un jóven ministro presbiteriano, amigo de sus parientes, subia por ellas. Saludó á la jóven y pasó sin decir una palabra.....

.....

Pasaron dias y vinieron dias, meses y meses, años y años. El mundo habia envejecido á pesar de rejuvenecerse contínuamente; treinta veces este renuevo de la naturaleza habia hecho florecer la primavera y amarillear el otoño desde la época en que las manos de las dos rivales habian jurado su singular y fúnebre pacto. Entonces vivia en Boston una vieja, cuya inteligencia indudablemente se habia hundido bajo la pesada mano del tiempo, pero que se mostraba tan apacible en sus caprichos, tan resignada en su decrepitud, y tan caritativa en su pobreza, que se le sufrian todas sus estravagancias, y el pueblo, duro é injusto ordinariamente con el que sale de la línea comun, hablaba de ella con veneracion. Nadie sabia su nombre; vivia aislada y sola. Su estraña costumbre era seguir á los entierros, y esta manía era tan inveterada, que si ella no formaba parte de un acompañamiento fúnebre, era como si faltase el principal requisito en unos funerales. Siempre que un ataud rico ó pobre, seguido de unos cuantos amigos ó acompañado de un solo y fiel animal, subia por la calle Barthelemy para dirigirse al cementerio, se estaba seguro de encontrar allí á nuestra vieja, muda y solemne, cubierta con un gran lienzo blanco que parecia una sábana. Por esto la llamaba el pueblo *la vieja solterona del sudario blanco*. En vez de mezclarse á la escolta mortuoria, cuidaba de mantenerse á cierta distancia; caminando como una sombra á diez ó doce pasos de la comitiva, escuchando las preces bajo el pórtico de la iglesia, sin abandonar los despojos mortales sino despues de haberlos visto descender al asilo comun de la humanidad. Lúgubre capricho, pero que todos respetaban. Los dias de entierro eran para ella sus dias de fiesta. Fuera de estas circunstancias, jamás salia sino de noche. Veíasela tomar con placer un asiento entre los sepulcros, y este placer sombrio era una especie de consagracion que únicamente concedia á los hombres de bien y á las mugeres virtuosas. Habíanse notado todas las inclinaciones de la vieja, el cuidado con que adornaba ciertas sepulturas privilegiadas, las limosnas que daba á los huérfanos; y la benevolencia general habia esparcido por el pueblo la vaga creencia de que la vieja sol-

terona del blanco cendal era un ser sobrehumano. Encontrarla interin el sol iluminaba, pasaba por un funesto présagio. Cierto dia durante las ceremonias nupciales que unian al destino de un jóven opulento una jóven infiel á sus primeros juramentos, se la vió aparecer en la iglesia, y su lúgubre presencia pareció una amenaza de la que se espantaron todos los asistentes.

Tal era la vida fantástica y oscura que llevaba hacia treinta años aquel ser misterioso; y las generaciones que nacian y morian en la comerciante ciudad de Boston se habian acostumbrado tanto á él, que parecia como una cosa necesaria á la ciudad, como la campana fúnebre á la catedral; nadie queria imaginarse que pudiera alguno morir y hacerse enterrar sin tener por acompañanta del cadáver á la muger del blanco sudario.

La última hora del trabajo y la primera del placer habia sonado el 30 de Junio de 1780; una grande sombra proyectada por las masas de ladrillos sumerjian ya las calles en la oscuridad, y solo dejaba entrever un sulco luminoso, que corriendo á lo largo de los tejados y de las cornisas no tardaba en abandonarlos, y se marchaba hácia la punta del campanario de la catedral á quien doraba con su pálida y moribunda luz. A esta hora, como de costumbre, habia mucho movimiento en la calle mayor de Boston, no lejos de un edificio imponente por su tamaño y notable por su abandono. El empedrado que la rodeaba estaba cubierto de yerbajos que manifestaban la profunda soledad del edificio. Este era una de esas construcciones elevadas, á semejanza de la arquitectura europea, por los primeros comerciantes que se enriquecieron en Boston: el estilo pesado de la corrupcion de las artes habia abierto aquellas ventanas, puesto espesos balaustres, y trazado aquellas pesadas cornisas, y aquella pesada graderia. A veces se preguntaban, por qué de aquel edificio no habian hecho un bazar, una bolsa, una casa de Ayuntamiento: por qué no flotaba al viento una bandera ó señal que ofreciese á los transeuntes la costosa hospitalidad de una fonda ú hosteria. Los herederos no habian estado acordes con este parecer, y el edificio continuaba arruinándose, y proyectando una sombra solemne y triste sobre el centro mismo de la poblacion.

Principiaba á oscurecer un dia, cuando una muger estrañamente vestida se presentó al estremo de la calle de los Puritanos. Dos ó tres marineros hablaban juntos á algunos pasos de la casa, y esclamó uno de ellos: «¡Cálla! una vela al viento! —¿Qué quieres decir? respondió un capitan de Liverpool. ¿Aquella muger que se ve allí abajo con un ropaje blanco?—¡Seguramente! jamás viviente alguno se pareció á un fantasma como él."

Estos marineros habian divisado á la vieja del sudario. Todos los ojos se dirijieron hácia el paraje por donde venia; cada uno se apresuraba por mirar una punta de su ropage blanco; porque la aparicion de esta muger en dia en que no habia funerales era una cosa estraordinaria; olvidáronse los motivos de las conversaciones vulgares, y se inquiria la esplicacion de aquel acontecimiento. No habia ningun entierro, ni puerta alguna se veia enlutada; no se veia mullidor de ninguna cofradia, ni sacerdote, ni acompañamiento fúnebre. En aquel campanario á donde se detienen los últimos rayos del sol en su ocaso; no se oye resonar la voz de las campanas que siempre acompañan los pasos de *la vieja*. Nadie se atrevia á preguntar á otro por temor de aparecer supersticioso; procuraban sonreirse; pero las risas mezcladas de inquietud, indicaban el secreto miedo do los que afectaban valor y tranquilidad. ¿Qué cousa habia para que aquel ser cuya presencia reclamaba los muertos se atreviese á mezclarse entre los vivos? ¿Qué funesto presagio indicaba tan inesperada presencia? ¿Qué nueva desgracia amenazaba á la ciudad y á sus tranquilos habitantes? El terror que no se confiesa es el mas poderoso de todos; asi es que se colocaron respetuosamente cuando la vieja del ropage blanco se adelantó con un paso grave. Hiciéronle lado como á una reyna; ninguno queria que la ropa de la fantasma le tocase siquiera al pasar; y al primer murmullo causado por la sorpresa, sucedió el mas profundo silencio. Ella estaba pálida, flaca y débil, pero no caminaba encorvada como las mugeres de edad; mas bien parecia deslizarse que andar; un muchacho salió de una puerta que estaba entreabierta, y habituado sin duda á los halagos de todos los que encontraba; se agarró alegre á la vieja como para pedirle un beso de aquellos labios disecados; ella bajó hácia él la cabeza y continuó su camino te-

miendo quizá secar con su aliento de muerte á aquella inocente flor de juventud; quizá su beso le hubiera sido fatal. Los que asistian á esta escena, asi lo pensaron al menos.

«Vea V., decia una muger del pueblo, ha tenido compasion del niño. Si lo hubiera abrazado, se hubiera muerto al año.»

Pero se aumentó la admiracion cuando la vieja dirijiéndose hácia la casa aislada, subió sus gradas con paso firme, pisó el jaramago y el liquen que crecia por sus hendiduras, levantó el aldabon enmohecido y lo hizo retumbar tres veces.

«Esa muger está loca indudablemente; dijeron los que allí habia. ¡Algun recuerdo grave y confuso habrá penetrado en su pobre y viejo cerebro! ¡Quizá cree poder encontrar todavia los amigos de su juventud que todos han desaparecido hace mucho tiempo! Un hombre de edad se acercó pausadamente á la escalinata y descubriendo con respeto sus blancos cabellos, dijo:

«¿Señora?...

La fantasma se volvió y le miró fijamente.

«Señora, replicó armándose de valor; hace mucho tiempo que no hay nadie en esta casa. No señora, nadie ha puesto el pie en ella desde la muerte del jóven coronel Fenwicke; los herederos no quieren entenderse, y la casa como veis está abandonada.»

La vieja hizo un gesto negativo con una mano, llevó el índice de la otra á sus lábios, y en esta actitud pareció mas fantástica que nunca. Despues volvió á levantar el aldabon y dió un cuarto golpe. Entonces ¿quién lo creeria? Se oyó un paso pesado por la escalera. Era evidentemente el de una persona de edad, enferma, abatida por los años: al paso que el morador de esta casa que habian creido desierta, se acercaba al peristilo, se oia mas distintamente el ruido de sus pasos. En fin, descorrieron un cerrojo y la puerta rechinó sobre sus goznes. La vieja echó una mirada hácia la veleta del campanario en donde ya no aparecian los últimos rayos del sol; despues desapareció bajo la sombra del pórtico.

«¿Quién ha abierto la puerta? preguntaron algunos de los presentes.

—Es un negro, respondió el anciano, y que se parece de un modo singular á César, el esclavo del coronel Fenwicke. Hace como unos treinta años que le dieron libertad despues de la muerte del coronel.

—Vamos, esclamó un marinero; esa hembra y vieja fantasma, habrá evocado la sombra de ese otro viejo fantasma de la familia. Dentro de poco vamos á ver aparecer á todo un cementerio.

Estas palabras hicieron reir, aunque de un modo poco pronunciado, á una parte de la reunion, que se dispersó meditando sobre el estraño acontecimiento cuyo sentido y misterio no podia penetrar.

La multitud, á la vez miedosa y llena de curiosidad, se alejaba cuchicheando, y obstruia el estremo inferior de la calle de los Puritanos, cuando un coche viejo que subia la obligó á abrirle paso. Un coche por aquella época en Boston era cosa poco comun; la caja del antiguo carruaje casi iba tocando por las piedras: multitud de signos heráldicos adornaban sus tallados: un grave cochero de estremada gordura ocupaba el pescante, que sobresalia mucho mas que la imperial. Las ruedas y sus grandes yantas sonaban sordamente por el empedrado. Detúvose el coche delante de la casa antigua, y un lacayo bajando de la trasera, subió las gradas y dió tres golpes con el aldabon. Mientras esperaba una respuesta, dos ó tres curiosos se habian acercado al estrambótico carruaje, y un inteligente en la heráldica esplica á sus asombrados conciudadanos los lambeles, las barras, los metales y los colores del blason que le adornaba.

«Estas, decia, son las armas de los Fitz-Herbert, antigua familia normanda, bastarda de príncipes soberanos, establecida en Inglaterra, y que no ha dejado vástagos, como lo manifiesta su lisonje ó escudo de figura romboidea. Este es indudablemente el carruaje de la viuda.»

Entonces salió por la puertecilla del estribo una figura vieja arrugada, pero de buen color; una de esas fisonomias de vieja que no aparentan estar cerca de la muerte, sino que son el espejo del ridículo y del imponente mal humor. Esta aparicion hizo retroceder á los curiosos, y el lacayo le dió la mano para bajar. Era una muger encorbada, decrépita, intercadente, de nariz remangada, de juanetes angulosos, y de ojos todavia vivos y amenazadores; especie de noble ruina que no podia contemplarse sin un secreto miedo. Apoyábase en un baston con puño de oro, y subió las gradas de la desierta casa con bastante trabajo. Sobre su

ropaje de seda recamado de oro, reflejaba la luz vacilante de una antorcha que habia en el interior. Mantúvose por un momento inmóvil, echó una mirada atrás, y como por un movimiento repentino, se introdujo en la casa. El curioso que se habia manifestado tan inteligente en el arte del blason, habia tenido la audacia de adelantarse hasta las primeras gradas de la escalinata, y afirmó, no sin terror, haber reconocido la propia imágen del negro César, envejecido ciertamente, pero que se conocian muy bien sus facciones, el cual, sonriendo de una manera verdaderamente espantosa, tenia en sus manos un hachon encendido.

El carruaje volvió á bajar la calle, haciendo resonar el empedrado, y desapareció en medio de las tinieblas.

Este coche antiguo, esta especie de sibila vestida en traje de córte, la reaparicion del viejo negro, todas estas ideas y caprichosas imágenes, se agolpaban confusamente al espíritu de los habitantes, quienes turbados é inquietos no tardaron en reunirse al rededor del edificio desierto, fijando sus atentas miradas en los vidrios de las ventanas, que reflejaban el ceniciento brillo de la luna nueva. Los viejos que se complacen en contar cosas pasadas, discurrian sobre el antiguo esplendor de aquella familia, los gloriosos nombres que habian dado lustre á aquellos restos carcomidos, y los destinos singulares de la raza aristocrática.

Estas narraciones afectaban vivamente la imaginacion de los oyentes, y parecian revivir á la vez las sombras del tiempo pasado. Todos temblaban al menor ruido, creyendo oir la fúnebre resonancia del aldabon sobre la antigua puerta. Todos los que allí habia, eran viejos mercaderes y marineros acostumbrados á la ruda existencia de la mar; pero que no por eso dejaban de temblar como una hoja delante de aquella casa encantada. En fin, acercóse un ministro del culto, hombre de edad, amigo en otro tiempo de la familia á quien habia pertenecido el edificio, y todos le rodearon. Cada uno apuraba con preguntas á este hombre venerable; pero él respondió pocas palabras; y dirijiéndose á la casa de los Fitz-Herbert con un paso mas rápido del que cumplia á su edad, atravesó por medio de la asombrada multitud.....

.....

Con mucha impaciencia se esperó el momento en qué saliese del pórtico el anciano ministro; pero fue vana la esperanza, por que no salió. Al otro dia por la mañana, la multitud rodeaba todavia aquella casa misteriosa; y fue tan vivo el rumor causado por este acontecimiento, que los magistrados se vieron obligados á intervenir. Ya todos comenzaban á murmurar. El diablo, ese agente terrible á quien nuestra imaginacion culpa de todas nuestras sandeces, era ya entre las comadres de Boston, el que habia tomado bajo su tutela inmediata la gran casa de ladrillos, el ministro, la vieja de la córaza, adornada de blasones, el negro que siempre se reia, y el ropaje blanco de la otra vieja.

Cuando el jerife se presentó á aquel domicilio fúnebre en nombre de la ley, nadie se ofreció á su vista. Los muebles, todo el menaje de la casa, los cuadros, los tapices, los adornos, todo lo que habia pertenecido al coronel Fenwicke estaba en el mismo sitio. Enormes telarañas se mecian delante de los retratos de la familia, y los murciélagos aturdidos por el paso de los recienvenidos, revoleteaban por los techos. Las alfombras roidas por la polilla, despedian un polvo enmohecido debajo de los pies de los que subian por las escaleras. No era posible deshacerse de un cierto movimiento de temor al aspecto de aquella doméstica ruina, de aquella casa convertida en una especie de sepulcro, de aquel reposo profundo en que durante medio siglo habian estado todos aquellos objetos. Las ventanas que el propietario, amigo de las artes, habia adornado en otro tiempo de muy buenos vidrios holandeses, enriquecidos de pinturas góticas, se habian oscurecido por el mucho polvo que sobre sí tenian. Los goznes de las puertas estaban cubiertos de orin; y la madera medio podrida y apolillada cedia sin resistencia á la mano que la tocaba. Fue necesario encender un hachon para que el jerife pudiese ver por donde iba; los cerrojos y las cerraduras no se podian abrir á causa de que el moho las habia entorpecido completamente. El piso bajo estaba vacio, y nada revelaba en él la presencia de un ser humano; pero cuando los pasos del magistrado y de los que le acompañaban resonaron en la escalera que conducia al primer piso, el negro César mostró su arrugada, vieja y atezada figura, y sin articular una sola palabra, estendió desde lo alto

su brazo con una bujía amarilla y encendida. Fue necesario que el sentimiento del deber y la gratitud oficial del magistrado combatiesen el terror involuntario que escitaba toda aquella fantasmagoría en el ánimo del venerable Drayton, jerife hacia ya diez años, porque en todo el tiempo de su magistratura jamás se habia encontrado en circunstancias semejantes. Conservó su sangre fria; pero el modo brusco con que llevaba su baston pegando por las lozas de las salas que atravesaba, y el acento de su voz mas fuerte de ordinario, revelaban su emocion: ¿Qué cosa tan estraña y particular hay aquí? Preguntó al negro.

César, habituado á tan prolongada soledad y silencio, no respondió; pero indicó con el dedo la habitacion donde dormia en otro tiempo el coronel Fenwicke, aquella misma habitacion que el lector no habrá olvidado, y que al principio de nuestra narracion nos presentó un cadáver tendido sobre un lecho de muerte entre dos jóvenes rivales que le lloraban. La primera claridad de la mañana penetraba por los girones pendientes de una ventana, que descoloridos y despedazados por los años, habian sido en otro tiempo una magnífica cortina de seda. Aun permanecia en el mismo sitio la cama sobre que habia estado tendido el cadáver; pero en vez de los despojos mortales del jóven militar, se veia el ropaje blanco de aquella muger, cuyas fúnebres inclinaciones hemos descrito; ésta habia dejado de vivir. A la izquierda y junto al lecho, sobre un sillon de encina, de gran respaldo, de asiento bajo, de esculturas carcomidas por el tiempo, y de brazos torneados segun el capricho de los artistas antiguos, estaba echada la otra vieja; tambien habia dejado de existir; el anciano ministro de rodillas delante de la ventana, que apenas daba paso á un débil rayo de la luz de la mañana, continuaba rezando una oracion á la cual parecia estar entregada toda su alma, y que no interrumpió aun cuando el jerife y los que le acompañaban penetraron en aquella morada de dolor.

«Sea V. bien venido, señor jerife, dijo el ministro levantándose despues y tomando asiento en un taburete de terciopelo encarnado, que indudablemente habria brillado en las fiestas solemnes de la familia Fenwicke. Muy útil es aqui vuestra presencia, y en pocas palabras os esplicaré todas estas cosas singulares que os deben haber admirado, y que son el fruto de la imaginacion caballeresca ó de las violentas pasiones de estas dos antiguas amigas, cuya muerte se ha ligado por una cadena tan estraña, y cuyos cadáveres tenemos á la vista. Hánse procurado inútilmente todos los ausilios; su vejez no ha podido resistir á la impresion terrible de recuerdos dolorosos y á una poderosa emocion.

«No voy á detallar una historia de amor en presencia de estos dos cadáveres, porque seria una profanacion y un escándalo. ¡Desgraciadas mugeres! Toda su vida ha sido emponzoñada por las primeras pasiones de su juventud. Maria Fenwicke y Georgina Fenwicke tenian la una 23 años y la otra 25, cuando se enamoraron de su primo el coronel Fenwicke. ¿Quién reconoceria aquí á las jóvenes mas hermosas de Boston? El corazon del jóven coronel se decidió por la mas altanera, la mas vengativa, la mas peligrosa de estas dos mugeres; por Georgina; ella correspondia á su amor, mientras que Maria, mas tímida y tierna ocultaba á todos y procuraba ahogar dentro de sí la secreta pasion que la dominaba. El amor de Georgina á su primo tenia mas vehemencia que profundidad, y no pudo triunfar de los impulsos de la ambicion, primer móvil de la muger de que os hablo.

«Un casamiento cuyo brillo la deslumbró, la hizo ser infiel á sus juramentos, á su misma ternura, y á la larga y tierna correspondencia que esta jóven, demasiado osada, habia mantenido con su primo. Este notó el cambio repentino de su prima, y sin poder penetrar la causa, cayó en un desaliento que aumentó la debilidad de su salud. La pobre Maria tuvo el dolor de recibir á la vez los secretos de su primo y los de Georgina, y no hizo traicion ni á la ambicion de la una, ni á la confianza del otro. Depositaria de las cartas que atestiguan las promesas de Georgina y el amor del coronel, le hubiera sido fácil romper este casamiento, objeto de todas las esperanzas de la ambiciosa jóven; pero no lo hizo. El coronel murió en sus brazos, llevando ella hasta el estremo su generosidad, porque Dios es quien recompensa siempre esta virtud; y que no estando hecha para la tierra, los hombres que de ella se aprovechan, casi no cuidan de pagarla. Maria, despues de la muerte de aquel á quien amaba, habitó

esta antigua casa de la que era coheredera, y en la cual ese negro, hecho libre por dicho fallecimiento, ha permanecido solo en ella. Maria desapareció, y todos la creyeron muerta. No salia sino por la puerta del parque, vestida con ese ropaje largo y blanco que el pueblo ha tomado por un sudario fúnebre; y de ese modo daba un largo paseo por los campos. Esta prision de 30 años; esta vida consagrada á una sola imágen, á una idea única, alteraron su razon: viósela aficionarse á los signos y pompas de la muerte con una tenacidad supersticiosa, y la ciudad entera ha presenciado tan estraña manía sin saber que la heredera de los Fenwickes era la desgraciada anciana del ropaje blanco.

« Entre tanto Georgina Fenwicke, continuaba la carrera brillante á que la arrastraba su alma ambiciosa. Georgina ha brillado en la corte de Inglaterra; pero segun su última confesion que he recibido, la calma, el reposo y la ventura se habian alejado de ella para siempre. Su marido, uno de los hombres mas poderosos de la Gran-Bretaña, no tardó en abandonarla por otras jóvenes queridas. La misma aspereza y orgullo con que buscaba las distinciones y los honores fue para ella un eterno suplicio. Aqui en este mismo cuarto, delante de ese lecho en donde yacian los restos del jóven, habia hecho ella á su prima el juramento de volver á visitarla pasados treinta años si aun existia, y de volver á visitarla á la hora misma y en el mismo dia que tan estraño pacto se habia concluido. Avida siempre de sensaciones fuertes y de movimientos estraordinarios, ha sido fiel á su promesa. Ha abandonado un pais en que su juventud habia sido una época de angustias amargas, y en que ya vieja no encontraba sino recuerdos dolorosos; ha pasado el Atlántico, decrépita, gastada por el pesar y la ambicion, y ha venido á cumplir el empeño estraordinario que formara treinta años hace. ¡Cuántos remordimientos, cuántas sinceras confesiones y diálogos habrá habido entre estas dos mugeres! Esto es lo que yo no os puedo decir. « He encontrado á la una muerta y á la otra cerca de espirar."

En el momento en que el ministro pronunciaba estas palabras se agitaron los girones que colgaban de las dos ventanas: un rayo de sol mas vivo atravesó por ellos cayendo sobre el pálido rostro de Maria que yacia sobre el lecho, y los circunstantes asombrados creyeron verla reanimarse. El jerife mandó hacer á estas dos mugeres los honores fúnebres, y esplicó a los que estaban reunidos delante del pórtico esta historia estraña cuyo recuerdo conservan las viejas de Boston; es una de las raras tradiciones fantásticas de esta ciudad toda comercial, y cuyo vestigio se encuentra en una balada popular, titulada: *La vieja solterona del sudario blanco.*

T. D. A.

POMPEYA.



Esta infortunada ciudad, coetanea de Herculano, y víctima como ella de la erupcion del Vesuvio ocurrida el año 79 de la era cristiana, estaba situada en la Campania, al fondo del golfo llamado el Crater, y á la orilla del mar, del que ahora dista bastante. Por sus monumentos, por su posicion, todo hace creer que tendria alguna importancia mercantil.

De la terrible catástrofe que por espacio de mas de diez y siete siglos la han tenido borrada de la superficie de la tierra, tenemos la narracion hecha por un testigo y casi víctima de ella, por Plinio el jóven, en dos cartas dirigidas á Tácito. Y eso que se refiere á Estabia y Misena, en cuyo último punto residia, y que hallándose mas distantes del foco de la catástrofe que Pompeya, los horrores de aquella debieron ser comparativamente menores.

He aquí como en compendio, se esplica el citado Tácito:

«Una densa nube ascendió repentinamente del Vesuvio á una grande elevacion, y estendiéndose luego lateralmente al rededor del monte, como la copa de un grande pino, cubrió la atmósfera hasta el horizonte, causando una tiniebla mas espesa que la de una noche en densa niebla, aclarada algunas veces por colunas de fuego rojo vomitado por el furioso volcan, mas terribles á la vista que la esplosion que causaban. Volúmenes inmensos de cenizas y vapor eran disparados hacia el cielo, para caer luego en torrentes sobre la tierra, la que conmovida por todas partes con fuertes oscilaciones, fluctuaba en vaivenes como el barco que se va á pique en una borrasca. El mar se retiraba de la orilla, como espantado de la terrible escena, dejando las tribus escamosas á perecer en la tierra seca. Estos terrores se aumentaban con los gritos de los habitantes; las mugeres gritaban despavoridas, los niños chillaban asustados, y los hombres se quejaban en consternacion. Los hijos llamaban á sus padres, las mugeres corrian al amparo de sus maridos, los padres buscaban á sus hijos, y los maridos oian los gritos de sus mugeres y niños sin saber donde hallarlos; aquellos lamentaban su suerte, y estos sucumbian á su afliccion. Muchos deseaban la muerte por temor de morir con mayor crueldad; unos imploraban la asistencia de sus Lares, otros, viendo inútiles sus ruegos, negaban la existencia de sus dioses, y todos creian era llegada la noche eterna del mundo. El peligro actual se aumentaba aun mas por terrores imaginarios, que no podian dejar de producir las violentas oscilaciones de la tierra; y perturbados todos los vivientes, se movian

desatinados, hasta quedar sumergidos en un abismo de polvo y cenizas, á la que el género humano, con mayor ó menor terror, ha de quedar reducido."

Ninguna lava parece haber corrido del Vesuvio durante esta erupcion, pues las ciudades de Pompeyo y Herculano hubieran sido destruidas; solo fueron sepultadas por la copiosa caida de cenizas y arena durante ocho dias, las que mezcladas con el vapor, se precipitaban como aguaceros. Es de creer, que estas ciudades no fueron sepultadas de una vez á la profundidad en que se hallan, porque las capas mas bajas manifiestan haber sido escavadas, mientras que las mas altas se han mantenido intactas. Lo que prueba casi con certeza, que los habitantes de las inmediaciones cavaron, poco despues de la catástrofe, el terreno en busca de la riqueza que suponian allí enterrada, y esta es, sin duda, la causa de no haberse descubierto mucho oro, plata, ni artículos de valor intrínseco de que abundaba entonces el imperio romano.

Las cenizas en que Pompeya está envuelta son de una naturaleza suelta ó quebradiza, y por tanto mas fácil de remover. Las partes mas altas de los edificios, como desvanes y techos, fabricados probablemente de madera, ó fueron abrasados por las cenizas encendidas que cayeron sobre ellos en la ocasion, ó destruidos por el peso de la materia acumulada encima. A excepcion de este leve daño, puede asegurarse, que la ciudad se halla ahora como existia hace dos mil años: las calles perfectamente conservadas; las casas sin alteracion alguna en su construccion original; los muebles en los sitios donde eran usados, ó cuidadosamente removidos; las pinturas en las paredes, frescas como si hubieran sido hechas un año ha; los artículos de valor por su material ó hechura, y abandonados en la precipitacion de la huida, parecen acabados de caer al suelo de las manos desasosegadas de los fugitivos, los que, como á Orfeo, nos les era permitido volver atrás las caras, ni por los tesoros mas estimados. Otros memoriales, de una especie mas lúgubre, presentan los esqueletos de las infelices víctimas, dando un testimonio triste de la repentina muerte que les sobrevino. Mas de una cuarta parte de la ciudad de Pompeya, ha sido ya recobrada de la tiniebla subterránea, y abierta á la uz del sol.

La ciudad estaba rodeada de muralla, la mayor parte de la cual está descubierta; y aunque no se han contado hasta el presente mas de seis puertas y doce torres, sus dimensiones están averiguadas. Su mayor largura es poco mas de un cuarto de legua y su anchura algo menos, ocupando un espacio casi igual al de la ciudad de Cádiz, siendo la circunferencia como de tres cuartos de legua. Los edificios escavados hasta ahora son, dos basílicas, ocho templos, dos teatros, un anfiteatro, la prision, los baños públicos, ochenta casas, un gran número de tiendas, algunas fuentes, y otros edificios de menor nota. Las calles están empedradas con baldosas grandes de lava, encajando una en otra por un corte de cola de milano, habiendo carriles sobre el enlosado como de una pulgada y media de hondo. La mayor parte de las calles son tan angostas, que se pueden atravesar de un tranco; las mas anchas tienen las aceras protegidas con piedras de media vara de alto, contra los carros y caballos. Demos una ojeada á los edificios públicos de mayor consideracion, principiando por el

Foro.

El Foro romano en cada ciudad era, no solo el tribunal, mas tambien el foco de los políticos, de los hombres de negocios, estrangeros y curiosos. Se entra en el Foro de Pompeya por unas gradas bajo un arco de ladrillos, y luego se halla el espectador en una área espaciosa rodeada de colunas, y un crecido número de pedestales para estátuas. A un lado del Foro está el templo de Júpiter segun unos, ó las Casas Municipales segun otros, cuyas paredes interiores están pintadas, prevaleciendo el color rojo y el negro. Junto á este templo ó cabildo, hay otro edificio en ruinas que se conjetura era el granero público, y algo mas allá está la prision, donde se hallaron los esqueletos de dos soldados, con los huesos de las piernas todavía en los grillos; como se pueden ver en el Museo de Portici.

Panteon.

A corta distancia del Foro por otro lado, se halla otro edificio al que se le ha dado el nombre de Panteon, por haber en el centro de su área un altar con doce pe-

destales, en los que se supone estaban, ó habian de estar, las estátuas de las divinidades mitológicas. El área del Panteon tiene 132 pies castellanos de largo, y 100 de ancho.

Al lado septentrional del Panteon corre una calle, á la que se ha dado el nombre de calle de las Frutas Secas, por la cantidad de frutas de varias especies que se han hallado preservadas en vasijas de vidrio; y en varias tiendas de esta calle se hallaron pesos y pesas, y una estátua de bronce de la Fama, muy bien ejecutada, con braceletes de oro en los brazos. A la entrada de esta calle por el Panteon, se halló una caja, en la que habia un anillo de oro con una piedra labrada y engastada en él, cuarenta y una moneda de plata, y mil treinta y seis monedas de cobre. En las paredes de esta tienda hay pintados varios Cupidos haciendo pan, con otras pinturas muy hermosas.

Al otro lado de las Casas Municipales hay otro edificio grande, edificado segun las inscripciones á beneficio del público, por una señora principal llamada Eumachia, cuya estátua de cerca de dos varas se halló entera, y pintada de rojo y verde.

Al lado meridional del edificio de Dómina Eumachia, corre una calle bastante ancha, llamada la calle de los Plateros, por las muchas alhajas de plata halladas allí. En las paredes de las tiendas hay varias inscripciones, una de las cuales, traducida al castellano, dice así: —« Iso, el escriba, ruega á Marco Cerrinio Vatia le patronize; él lo merece." Al fin de esta calle se halló un esqueleto, que se supone era un sacerdote de Isis. Tenia en la mano una taleguita de lienzo fuerte, que todavia no estaba destruida la tela, y habia en ella 6 monedas de oro, 360 de plata, y 42 de cobre. Junto á este esqueleto se hallaron varios artículos pertenecientes al culto de Isis.

El otro edificio de importancia, junto al Foro, es un templo de Venus, donde se encontró una pintura muy hermosa de Baco y Sileno, en la mas perfecta conservacion. Casi todas las pinturas conservan los colores tan vivos como si acabaran de hacerse. Estos son los edificios mas notables que tenian conexion, ó estaban inmediatos al Foro. Pasemos á otros.

Baños.

Los baños de Pompeya fueron escavados en 1824. Estos están admirablemente dispuestos, son espaciosos, decorados con primor, y superiores á todos los de la misma especie en tiempos modernos. Están en perfecta conservacion, y por ellos se entienden ahora muy bien las descripciones hechas por los antiguos de este lujo tan racional; por lo que omitiremos la larga descripcion moderna de los de Pompeyo.

Teatros.

Dos teatros han sido escavados, uno grande y otro pequeño, mostrando ambos considerable magnificencia. Están construidos segun el plan adoptado por los romanos. Los asientos para el público son semicirculares, y van descendiendo en gradas como en nuestras plazas de toros, terminando en la orquesta, á cuyos lados hay algunas hileras de asientos para los senadores y otros individuos distinguidos. Se calcula que el mayor contenia sobre cinco mil personas. El menor solo podria contener mil y quinientas personas, con la singularidad de haber estado cubierto con techo, segun lo esplica una inscripcion, circunstancia muy estraña en los teatros romanos.

Junto á los teatros se ha descubierto un edificio, que, por su estilo de arquitectura, parece un templo griego dedicado á Hércules. Se conjetura haber sido edificado ochocientos años antes de Cristo; está muy arruinado, y es de suponer se hallaba en el mismo estado al tiempo de la erupcion. Otro edificio se ha escavado junto al teatro menor, rodeado de una pared, con muchos cuartos pequeños, y su apariencia da á entender que era un cuartel de soldados ó algun mercado. En uno de estos cuartos se hallaron algunos instrumentos para hacer jabon; en otro una prensa de aceite; en otro se hallaron unos cepos, de lo que se infiere que era prision; en otro se hallaron piezas de armadura, y en otros, varias otras cosas diferentes, siendo dificil averiguar su verdadero destino.

El templo de Isis estaba situado en este paraje. Es una de las muestras mas perfectas que existen de las partes y disposicion de un templo antiguo. En él se hallan

varias pinturas de los sacerdotes de Isis, y de las ceremonias de su culto; tambien hay una estátua de aquella divinidad.

Anfiteatro.

Un anfiteatro romano para las exhibiciones gladiatorias, era exactamente lo mismo que una plaza de toros de piedra, por ejemplo como la de Sevilla; con la sola diferencia, que el anfiteatro romano tenia una forma oval, y era mas alto, teniendo varios cuerpos. En la calle de los Sepulcros, que está situada fuera de las murallas de Pompeya, hay, en uno de los sepulcros, un bajo relieve que representa todas las diversiones del anfiteatro. Por esta escultura parece que habia combates entre hombres y fieras, como leones, tigres, osos, &c. pero no hay ejemplar de toros. Tambien hay dos gladiadores á caballo, un modo de combate poco comun.

El anfiteatro de Pompeya no se diferencia en cosa alguna de los otros edificios romanos de la misma especie. Sus dimensiones consisten en 470 pies castellanos de largo, del esterior de las dos arcadas, y su mayor anchura 365 pies. Los espectadores pagaban en los oficios afuera, y recibian billetes con el número correspondiente á la puerta por donde habian de entrar, y el asiento á que se referian. Este anfiteatro contenia veinte y cuatro hileras de asientos, donde podian acomodarse hasta diez mil personas, además de los que se conformaban á mantenerse en pie.

Entre los edificios de particulares la casa de Pansa es la mejor que se ha encontra-



Casa de Pansa.

do en Pompeya. Cercada de calles formaba una especie de isla. Sobre las pilastras corintias que decoran la entrada hay una cornisa muy saliente, que con mas ó menos riqueza se halla en todas las casas de Pompeya. La lámina que acompaña á este artículo representa la Panaderia de la de Pansa: las muelas que están en primer término son de piedra volcánica negra, groseramente labrada, y la parte superior en

forma de cono por entrambos lados, era movible y giraba sobre la parte fija; movimiento que se ejecutaba por medio de una palanca que se pasaba por las muescas que habia en el costado, asegurándola con una clavija. Echábase el grano por arriba; y cayendo la harina y el salvado probablemente en una tela dispuestas á propósito, se cernia por medio de máquinas semejantes á las que usamos, pero que fueron destruidas. El horno para cocer el pan estaba bien construido como los de nuestras panaderías. En uno de ellos se encontró una hogaza de pan muy bien conservada en cuanto á su forma que era como una torta de una cuarta en diámetro, y algo mas de la mitad de alta.

Al interior de la casa de Pansa se entra por un zaguan que conduce á una sala cuadrada donde entra la luz por una claraboya grande en el techo, bajo la cual hay un tazon para recojer la lluvia, y en frente del zaguan hay otra sala con dos cuartos á cada lado; por esta se entra á un patio adornado con un peristilo de columnas, y cuartos á los lados laterales, y en frente está el triclinio ó comedor, que era la mejor pieza de la casa de los antiguos, cuyas ventanas daban al jardin. Las habitaciones no recíbian mas luz que por el patio, y por lo tanto no podian estar muy ventiladas; el paso de una á otra era por el peristilo. La casa de Salutio es por el estilo de la de Pansa aunque no tan elegante; y las demas no ofrecen nada de particular.

E. I.



EL CASTILLO DE OZNAR.

LEYENDA DEL SIGLO XVI.

I.



Al cruzar las tortuosas sendas, que á traves de profundos valles y riscosos peñascos rodean las sierras de las Alpujarras, sobre la cumbre de un escarpado cerro, flanqueado por desfiladeros y precipicios aun se descubren hoy dia las pardas ruinas de una antigua fortaleza.

Inmenso baluarte de granito, el castillo que da nombre á nuestra leyenda, se alzaba magestuoso y formidable en la época á que se refiere la presente historia, con gigantescas torres, fuertes bastiones y altísimas murallas, abiertas al parecer en la viva peña. Inexpugnable por su posicion natural en una inaccesible cúspide, aquella mole de sombrio aspecto, que hacian mas sombría aun bosques salvages y espesos de pinos, robles y encinas que coronaban su parte superior, era despues de la conquista de Granada no solamente el terror de los moriscos habitadores del pais, por hallarse los cristianos fortalecidos dentro de sus muros, llave de la serrania, sino tambien objeto de tradiciones y cuentos terribles y misteriosos que de padres á hijos se propagaban acerca de aquel fortificado recinto. Se estendia cierto rumor popular de sultanas encantadas en aquel lugar desde la dominacion de los moros, de almas en pena de los cautivos cristianos encerrados en otro tiempo en los macizos cubos de sus torres, y en fin de grandes tesoros abandonados allí por los sectarios de Mahoma, que cierta blanca aparicion velaba en el silencio y la soledad de las nocturnas horas; pero nunca la curiosidad de los crédulos comarcanos habia pasado de las murallas que circundaban el fuerte. El pesado puente levadizo, alzado en la única puerta del castillo, solo se abria para dar paso á algun caballero cristiano que de vez en cuando llegaba allí de Granada ó de la corte, portador de órdenes ó comunicaciones para el gobernador de la fortaleza.

Mas ¿quién era una muger de ojos negros y brillantes como el carbunclo y tez de fresca rosa, que un pastor, trepando en las quebradas peñas, habia visto aparecer con lánguido aspecto en la cima de una torre? ¿Cómo poder esplicar, desechando lo maravilloso, la estancia de tan hermosa criatura en aquel áspero laberinto de muros y rocas? ¿Era como la flor que brota lánguida y mustia, si bien hermosa, sobre una estéril y desnuda peña al borde de los abismos? ¿Estaba tal vez aprisionada y condenada á agostar su lozana juventud en aquel nido de águilas, sin mas libertad que la que le ofrecia el cielo, blanqueado por las brumas y el reflejo de las nevadas cumbres, que se estendia; sobre su cabeza: como si aquella serena inmensidad pudiese consolarla de la estrechez de su recinto? ¿Cuál es el destino, en fin, reservado á

esa tierna beldad aislada en la primavera de su vida de los encantos mas ó menos ilusorios del mundo? Penetremos en la triste realidad que la circunda. Reproduzcamos, aunque débilmente, algunas escenas del terrible drama representado en el teatro de aquel castillo de la edad media.

Terminaba la tarde de un hermoso dia del otoño de 1570. El sol poniente doraba con sus rojizos reflejos las cimas de las torres, de las montañas y de los bosques, y las frescas brisas, que comienzan á levantarse al avanzar la noche, soplan con agudo silbido entre las gargantas y crestas de la sierra. Dos ginetes avanzaban por la senda que conduce al castillo, sobre briosos corceles andaluces. A pesar de su trage castellano y las plumas que ondeaban sobre sus gorras, el sello particular de sus fisonomías, sus vigotes retorcidos que daban un aspecto de fiereza guerrera á su cutis tostado por el sol de mediodia, y hasta el fuego sombrío de sus miradas, presentaban el conjunto casi salvage, pero magestuoso y noble de todos los bellos tipos árabes.

La conversacion que siguen tal vez podrá darnos alguna luz sobre el misterio de la cautiva de Oznar.

—Amigo Almanzor, decia uno de estos personages, que se distinguia de su compañero por el aire de altivez y superioridad grabado en sus facciones, no sé por qué mi corazon se agita hoy con latidos de tristeza, en vez de emociones de alegria, al dirigirme al castillo de mis mayores, y á los brazos de esa muger que adoro con el frenesí violento que acompaña á todos los impulsos de mis pasiones. ¡Oh! la razon siempre me habia prescrito que renunciase á un amor que solo puede influir en mi desgracia, y que parecen maldecir el cielo y la tierra. Mas he jurado amarla hasta la muerte, porque el dia que procurase arrancar de mi corazon esa imágen, arrancaria tambien la vida de su seno. Yo Muley Aben Humeya, yo que tengo en mis venas la sangre de los antiguos reyes de Granada, y yo, en fin, que habia jurado ódio eterno á los cristianos, tendria á mengua haberme dejado esclavizar por los encantos de esa bella española, hija de mi jurado enemigo, si las prendas sublimes de todo linaje que se juntan en ella no justificasen este insensato cariño. La bella hija del marqués de Mondejar, la inocente Elvira, merecia bien el sacrificio que en la ceguedad de mi amor iba á hacerla, renunciando á mis sueños de gloria, al empeño de salvar á mi patria del afrentoso yugo de los cristianos, y á todas las esperanzas de mi porvenir, por obtener con su mano la mayor de mis felicidades. Pero el marqués orgulloso, cristiano viejo, se negó á aceptar semejante alianza, lo cual originó un rompimiento entre nosotros, y entonces resolví ponerme al frente de los moriscos que me nombraron Rey de Granada y Córdoba. Por espacio de año y medio he seguido la guerra con sucesos, ya infelices, ya prósperos, y, te lo confieso, hubiera triunfado nuestra causa, si el amor de Elvira no sofocara en parte mi entusiasmo patriótico. Desde entonces su padre para sustraerla á mi amor, la ha mantenido encerrada dentro de las almenas de ese castillo, en donde ella, correspondiendo á mi pasion, permite que venga un instante de vez en cuando á recordarla tristemente el lazo de afecto que nos une. He espuesto mil veces la vida en este empeño; pero aventuras tan peligrosas son las que mejor cuadran á mi carácter impetuoso, y avivan la llama de este amor con que entre mil temores y sobresaltos marcho doblemente espuesto á la persecucion del marqués, y aun á la de los mios, si estos llegan á descubrir que es la causa de mi indecision y del poco celo con que he atendido á sus intereses. —Valiente amigo, añadió tendiendo una mano á Almanzor que este estrechó con efusion: tú comprendes y te interesas por la cruel posicion en que me hallo, porque tienes un corazon generoso, y sabes sacrificarte á la amistad como yo lo sacrifico todo al amor. Si perezco en esta obstinada lid, sálvate para el bien de tu patria y de tus amigos. Pero ya hemos llegado al parage por donde solemos escalar el muro. Animo y adelante.

II.

Cercada de un bosquecillo de álamos negros y descollando sobre sus altas copas, una torre cuadrada se alzaba en un estremo del castillo de Oznar. Aquella era la solitaria mansion en que la jóven Elvira lloraba las ausencias del bizarro morisco, y donde la tirania paternal no bastaba á arrancarla el repentino consuelo que aquel fiel adorador

venia á ofrecerla alguna vez con peligro de su vida. Las últimas luces del dia flotaban como un velo de azulada gasa sobre las tinieblas que iban ocupando el fondo de los valles y las laderas de los montes, cuando los jóvenes aventureros llegaron al pie de la torre, ocultándose entre las sombras que envolvian la espesura de los árboles. Entonces Aben-Humeya, con voz al par dulce y sonora, alzó el siguiente cantar, conservado entre las tradiciones moriscas de aquella época:

Para arrullar los suspiros
De nuestros tiernos amores,
Prestan sus voces las auras
Y sus misterios la noche.

Apenas habian espirado los últimos acentos de esta cancion cuando una sombra apareció en el terrado que coronaba el torreon, y una escala se deslizó á lo largo de sus paredes. Don Fernando (este era el nombre cristiano de Aben-Humeya) trepó por la escala mientras que su fiel amigo, con la mano sobre el pomo de la espada, espiaba los menores movimientos y prestaba atento oido á los mas débiles rumores, temiendo que algun imprevisto azar turbase la entrevista de los amantes.

Aben-Humeya arrojado á los pies de Elvira, aquel ángel de hermosura y de pureza, permanecia mudo y parecia suplicarla que perdonase aquella imprudencia, fatal acaso para los dos; pero que proporcionaba los goces mas profundos á sus apasionados corazones. Elvira fue quien rompió primeramente el silencio, diciéndole:

—Tu vista y tu presencia me infunden siempre á pesar mio, una inesplicable tristeza, que el placer de hallarte cerca de mí no basta á desterrar. Cuando llego á reflexionar en los peligros que arrostras por llegar á mi lado, no siento amarte, pero sí que me des pruebas tan costosas de tu afecto. Nuestro porvenir se halla sumamente oscuro: yo siempre veré en tí un hombre á quien amo dentro de mi corazon; pero que no podrá ser esposo ni amante favorecido de la hija del marqués de Mondejar. Yo te lo suplico: procura huir de este lugar adonde te atrae el amor, y mientras que sepa que tú vives, vivirán tambien mis tristes esperanzas.

Y hablando de esta manera la jóven, derramaba abundosas lágrimas, inclinándose su abatido semblante sobre el del caballero, que estrechaba en el arrebato del delirio sus manos y las llevaba á la boca para cubrirlas de besos. Elvira en la desolacion de su angustia y dolor estaba mas hermosa que nunca!!

—Con la felicidad de ambos ó con mi vida acabará pronto esta agitacion y cruel zozobra, esclamó Don Fernando, cuyos ojos brillaban con el ardor de la fiebre, no ignoras que un corazon de leon se esconde en este pecho subyugado por tu amor. Yo era el rayo de la guerra, el que solo amaba los combates y los trofeos de la victoria antes de amarte á tí. Pero ahora á ese mismo amor deberé el recobrar mis ánimos, y mi antigua energía. Con un acto de valor y desesperacion puedo derrotar para siempre á los cristianos, elevándome al sólio de mis progenitores, y ese golpe debe darse sobre Granada. Mas de una vez tus súplicas han arrancado la presa de mis manos, y he respetado á mis enemigos por ser tu padre uno de ellos, y por no ponerle en el trance de hacerle escoger entre la ciudad de quien tiene el mando y su hija. Ahora voy á resolverme á ello: le dirigiré un mensage en que le propondré que consienta en nuestro enlace, ó emplearé, á no hacerlo, unos recursos de que solo en el último trance queria valerme. La mitad de la poblacion de Granada es mia: yo la haré refugiar en el Albaicin y pasaré á cuchillo al resto, si el marqués se niega á admitir mi peticion.

Elvira aterrada, contemplaba á su amante, en cuyo aspecto sombrío y demudado se leia una inmutable resolucion, cuando un grito lanzado por Almanzor hizo advertir á los jóvenes del peligro que corrian. Con la celeridad del rayo descendió Aben-Humeya por la escala; mas al poner el pie en la tierra descubrió entre el follage una turba de soldados y caballeros, que precedidos de hachas encendidas, se dirigian hácia el sitio donde él y su amigo se hallaban.

—Un hombre se ha visto bajar de la cima de la torre: acaso sea él, gritó uno que se adelantó á la cuadrilla, y todos se lanzaron en su seguimiento.

—Os conozco, marqués de Mondejar, esclamó Don Fernando: tanto mejor; aprovecharé esta ocasion para una propuesta que iba á dirigiros.

—Matad á ese traidor! gritó á los suyos el marqués irritado. ¡Muera el infiel, el traidor, el infame raptor de mi hija! Y la

turba contestó con los gritos de ¡muera!

—¡A mí, Almanzor! esclamó Aben-Humeya, preparándose á arrostrar el choque de los contrarios; mas de improviso arrojó la espada y presentando su pecho desnudo, con actitud magestuosa y tranquila se dirigió al marqués y sus soldados.

—Seria inútil una defensa, dijo, que no podrá salvarme, ni preservar mi muerte de la nota de un asesinato, siendo tan desigual el partido. Si quereis ahorraros esa afrenta, evitárosla; si no yo os entrego á la abominacion y al oprobio de las generaciones. Pero oidme un instante, marqués. Sabeis muy bien que no faltarán vengadores de mi muerte: esto no pasa de una advertencia. Ahora, pues, habeis descubierto que he visitado á doña Elvira en la especie de prision en que la teneis encerrada. Os juro que en nada ha padecido su honor, porque soy un caballero, y tanto como cualquier cristiano viejo, cual sois vos; pero vuelvo á pedirosla por esposa, y en recompensa os ofrezco la paz general del reyno de Granada, renunciando á mis derechos á él para siempre. Vos debeis saber apreciar este sacrificio que hago al amor de vuestra hija, y si le desconoceis, manteniéndoos inflexible á sus instancias y á las mias, no dudareis al menos entre ella y la ciudad sujeta á vuestro mando, cuando yo, por rehusarme vos la una, me decida á arrancaros la otra.

—Nunca ¡oh! nunca será ella la esposa de un cristiano nuevo, ó mas bien de un rebelde, traidor á su Dios y á su Rey. En cuanto á vuestras amenazas, me importan tanto como vuestras súplicas: entrambas me son indiferentes.

—¡Matadme, pues! esclamó Aben-Humeya con rabia y desesperacion.

El marqués cogió entonces la espada de aquel, que yacia en tierra, y entregándosela, le dijo acompañando sus palabras con una sardónica é insultante sonrisa:

—Sois caballero: defendeos.

Y fue el primero en acometer á su adversario.

Don Fernando lanzó un grito comparable solo al rugido de un leon, y arrojándose al marqués le hirió en un brazo, haciéndole saltar al mismo tiempo, rota en dos pedazos de un recio mandoble, la espada de sus manos.

Entonces el marqués esclamó:—Socorro: caballeros. El que arrancare al punto la vida á ese perro infiel, llevará en premio la mano de mi hija.

Un caballero de arrogante apostura fue el primero que se adelantó hácia nuestro héroe gritando:—Don Juan de Alarcon será el esposo de Elvira á quien ama desde hace mucho tiempo; por lo tanto haré rodar tu cabeza á mis plantas.

Almanzor y Aben-Humeya echaron mano al resto de su valor, y abriéndose, á fuerza de tajos y cuchilladas, paso entre los enemigos, se defendieron en retirada. Muchos de ellos habian perecido á impulsos de sus tajantes aceros; otros acudieron á socorrer al marqués. Don Juan de Alarcon cayó tambien herido; pero levantándose con dificultad, se lanzó hacia don Fernando, diciéndole:

—Nunca podrá existir paz entre nosotros: así contad con que aquí ó en otra parte os mataré.

—En el campo del honor, siempre podreis hallaros conmigo, contestó Aben-Humeya; y dentro de poco los dos amigos se vieron salvos fuera del recinto de la fortaleza.

III.

Habian trascurrido algunos dias desde las escenas que hemos descrito en el capítulo anterior.

La guerra en tanto continuaba cada vez con mas ardor entre los moriscos y los cristianos, á pesar del valor del caudillo de estos, el ilustre guerrero don Juan de Austria, parapetados aquellos en las escarpadas breñas de las Alpujarras, habrian proseguido por largo tiempo en su rebelion, sino conquistado su independencia, si el talento militar de Aben-Humeya no hubiera cedido á las pasiones de su pecho ardiente, y si el amor no le hubiese robado la prudencia necesaria para llevar á efecto sus planes. Los moriscos divididos en bandos, comenzaban tambien á abandonar á su gefe, acusándole de inteligencias ocultas con sus enemigos. Exasperado aquel y deseando dar el golpe decisivo, en que se habia de hallar frente á frente con la fatalidad que parecia perseguirle, hizo un esfuerzo increible; aprovechó el resto de sus simpatías é influencia entre los moriscos de las sierras y de Granada, y juntó á los suyos para un

combate, en que habia de ser sentenciada su suerte y la de aquella abatida nacion que le contaba entre sus hijos.

Era una noche lóbrega y fria la de la víspera de la batalla, cuando Aben-Humeya regresó de una escursion, á su campamento, situado en las cercanías de Andarax. Almanzor le esperaba á la entrada de su tienda.

—Si hubiese de dar fe á mil presentimientos que me asaltan, esclamó don Fernando al ver á su amigo, diria que esta noche habia de ser fatal para mí: al menos me parece tan terrible y molesta, cuanto dilata el dia en que ha de ser decidido mi porvenir. Ademas, tal vez sea ilusion que ha forjado mi mente acongojada: mas he creido ver, no sé donde, el rostro de aquel caballero cristiano, don Juan de Alarcon, que juró mi muerte.

—Vienes muy agitado, le replicó Almanzor: debes entregarte al reposo y dormir, en tanto que yo en persona velo por tu salud. Mas antes tengo que participarte la llegada de un anciano *alfaquí* (*) que anuncia viene á predecirte el resultado del combate, que vas á presentar mañana al enemigo.

—Hazle entrar en este instante, dijo Aben-Humeya. Almanzor introdujo al morisco, y retirándose en seguida, le dejó á solas con su gefe.

El mas profundo silencio reinaba en aquel recinto, que solo interrumpian de vez en cuando los silbidos del viento allá en las peladas cimas de la sierra. A veces el súbito fulgor de un relámpago esparcia una viva claridad en el interior de la tienda, iluminada tan solo por los vacilantes reflejos de una lámpara moribunda.

El alfaquí miró en derredor de sí, y aplicó el oido en todas direcciones, como si necesitase de una profunda calma para hacer su revelacion. Luego echándose rápidamente hácia atrás el albornoz que lo cubria, brilló un puñal en sus manos, y con sombría voz dijo á Aben-Humeya, que retrocedió espantado al reconocerle:

—Me han exigido el precio de tu sangre por la mano de la muger que adoro, y cuyo cariño me has arrebatado. Me has matado el corazon: justo es que yo ahora mate tu cuerpo y tu alma.

—¡Don Juan de Alarcon! esclamó Aben-Humeya dejándose caer atrás como si el aspecto de una infernal vision le privara del sentido. ¡Miserable!...—Pero don Juan se precipitó sobre él, y en menos de un segundo le hundió su puñal en el corazon.

—¡Salvadme, *Dios de Elvira*! gritó el moribundo en la exaltacion de su agonía, y cayó para no levantarse mas.

Dos ó tres horas despues, cuando las luces del crepúsculo comenzaban á rasgar las brumas de la sierra, algunas luces se veian brillar á través de las ventanas de vidrios de color en la capilla del castillo de Oznar. Delante de un altar adornado con magnificencia, un apuesto galan y una dama de singular belleza, pero pálida como una escultura de alabastro, se hallaban de rodillas próximos á recibir la bendicion nupcial de manos del capellan del marqués de Mondejar, quien asistia á aquel solemne acto con algunos caballeros de su casa. La angustia se pintaba en todos los rostros, siniestros ó abatidos, de los circunstantes. El sacerdote se inclinaba sobre los desposados para celebrar la augusta ceremonia, cuando don Juan, al estrechar la mano de su prometida, la sintió fria como un carámbano de hielo. En la boca de la jóven se dibujaba una sonrisa: ¡era la de la muerte! ¡Ay! al pronunciar el sí de su enlace habia exhalado el postrer suspiro la inocente Elvira, y aquel ángel, libre de las prisiones de tan hermoso cuerpo, habia volado al Empíreo.

En los ojos del caballero brilló una luz; pero fue el último reflejo de la de su inteligencia. Habia creido ver en la sonrisa de Elvira la imágen de la que apareció en los lábios de Don Fernando al herirle su mano impía. Se arrojó fuera de aquel recinto dejando el cadáver de su esposa en los brazos de su inexorable padre, y cabalgando en su corcel salió del castillo, siguiendo á la ventura un camino en la aspereza del monte. Mas el noble animal se detuvo de repente á pesar de los espolazos del ginete: se hallaba al borde de un precipicio espantoso. Don Juan dirigió sus estraviados ojos con la indiferente mirada del estúpido hácia la profundidad del abismo é hizo avanzar su caballo Pero éste, próximo ya á despeñarse, saltó con lijereza atrás al sentir que un nuevo ginete se aproximaba. Los dos caballeros se hallaron entonces cara á

(*) *Sábio ó doctor del Coran.*

cara. Este encuentro hubo de producir gran efecto en el recienvenido, pues sus ojos brillaron como relámpagos, y un alfange asomó debajo de su ropage, movido por una mano vigorosa.

—¡Me conoces, asesino de Aben-Humeya y de Elvira! le gritó á don Juan, y segándole de un solo tajo la cabeza, su cuerpo se derrumbó con estruendo por la escarpada ladera.

El morisco (pues era Almanzor que, fiel á la amistad que profesara á Aben-Humeya, acababa de vengarle), levantó un momento sus ojos al cielo, y postrándose de rodillas sobre una pelada roca, invocó á Allah. Despues siguió tristemente sus pasos con direccion á Granada su patria, ciudad en donde la muerte de aquel guerrero iba á oprimir con nuevas cadenas á las reliquias de la nacion mora.

Aun entre las ruinas del castillo un viejo y despojado ciprés da una débil sombra á la tumba de Elvira. Cuando la visité, un ruiseñor habia venido á cantar sobre sus desnudas ramas.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid.—Agosto de 1850.

LA MONTAÑA INACCESIBLE.



La montaña inaccesible es una de las mayores maravillas que cuenta el Delfinado: llamase asi á un peñasco situado sobre una alta montaña á seis leguas de Grenoble y á dos de la ciudad de Die en el pequeño pais de Trieves: antiguamente tenia la figura de un cono cuya base estaba hácia arriba: «Es imposible, dice Chorier, mirar esta montaña sin temer que se caiga.» Era tan escarpada, que se reputó como inaccesible hasta el reynado de Luis XII, segun algunos historiadores, y segun otros hasta el de Cárlos VIII. Sinforiano Champier, Aymar Falcon y Rabelais, dicen que el primero que subió á ella fue un tal Doyac, conductor de la artillería de Cárlos VIII, cuando la expedicion de este príncipe á Italia. La fábula del carnero que Doyac halló paciendo sobre aquella esplanada y que arrebató un águila no merece ninguna atencion.

Lo que aparece mas auténtico sobre este particular es lo siguiente:

Antonio de Ville, señor de Domp-Jullien y de Beaupré, gobernador de Montelimart, y capitan del Saona, (tales son los títulos que le dan las actas que hablaban de su empresa) fue el primero que el 26 de Junio de 1493 y por órden del Rey Cárlos VIII subió á la cima de la montaña inaccesible. Acompañáronle en esta aventura Raymond Tub, *escalador del Rey*, á quien debe atribuirse la mayor parte del buen éxito que tuvo Francisco del Bosque, colegial de la iglesia de Santa Cruz de Montelimart, y otros varios hombres determinados. Las dificultades fueron grandes, pero todas las venció el arrojo de los dichos; empleando, al efecto, escalas, puntas de hierro,

y garfios para trepar los flancos de aquel Peñasco que estaban enteramente desprovistos de vegetacion. Los registros del tribunal de cuentas del Delfinado han conservado el proceso verbal que se formó de una empresa tan atrevida. Ademas Domp-Jullien escribió al primer presidente del parlamento de Grenoble para darle parte del feliz resultado de su temeridad. Quisiéramos citar esta carta, en la que se habla de la montaña en los términos mas retumbantes y sencillos á la vez, y en que la buena fe del



La montaña inaccesible.

orgullo se manifiesta casi á cada momento, entrecortada por fórmulas de devocion. Domp-Jullien refiere que hace tres dias está sobre la montaña con diez de los suyos, y que no bajará hasta que el parlamento haya enviado agentes que atestiguen su ascension. Habla de un hermoso prado y de una pareja de gamuzas que ha hallado sobre la

montaña inaccesible, y hace la reflexion de que aquellos animales no podrán jamás pastar en otra parte, á menos que el Rey no disponga otra cosa; en cuyo caso él y sus gentes bajarán dichas gamuzas para que sirvan de recreo á S. M. Por lo demas tiene gran cuidado en consagrar su descubrimiento haciendo celebrar misa sobre la roca y plantando en ella tres cruces.

El parlamento de Grenoble envió un ugier para que testimoniase el hecho, segun el capitan Domp-Jullien lo solicitaba; pero el ugier no juzgó á propósito exponer su vida. No quiso subir por unas escalas *durante media legua*, como lo habia hecho Domp-Jullien, y se negó á descubrir por si *el bello pais que veia sobre su cabeza*. Dice Lancelot, que como hombre prudente se contentó con llegar al pie de la roca, tomar testimonio de las escalas que halló colgando, y hacer constar que el temor de la muerte le ha impedido subir; que no ha querido tentar á Dios; y que no ha querido, en suma, arriesgarse en subida tan peligrosa, á pesar que el capitan Domp-Jullien y los que estaban con él le habian invitado al efecto.

Teniendo en cuenta los tiempos de supersticion en que Domp-Jullien escribió su carta, supersticion que por cierto no se ha perdido en las provincias, y particularmente en el Delfinado, no hay que dudar que la expedicion del gobernador de Montelimart, debia parecer bastante peligrosa á hombres que creian en brujas y en espíritus invisibles. Gervais de Tilsbury, uno de los primeros que han hablado de la *Montaña inaccesible*, refiere á su manera, es decir con una credulidad maravillosa, que en su tiempo se veia desde la cumbre de una montaña inmediata, muchos lienzos blancos estendidos sobre la yerba, como si se estuviesen secando; cuyos lienzos no eran otros, segun Lancelot, que los que los campesinos de los alrededores llevaban por senderos conocidos de ellos solos, á la montaña reputada por inaccesible. Esta positiva asersion es un rudo ataque dado á lo maravilloso; es lo cierto que el milagro de la ascension de Domp-Jullien dejaria hoy de serlo. El *Monte Aguja* como le llaman hoy dia á causa de la elevacion puntiaguda que presenta del lado del norte es todavia muy escarpado; pero hace dos siglos que se está subiendo á él. Por lo que hace á las tres cruces que hizo poner Domp-Jullien ni aun señales se conservan de ellas.

M. de F.



PARÁFRASIS

DE UN FRAGMENTO DE LA PROFECIA DE NAHUM.



y del pueblo precito
que en los muros de Ninive se encierra!
que del Dios infinito,
Señor de cielo y tierra,
se alza la voz que le declara guerra.

¡Ay de tí! la orgullosa
ciudad de encantos y placeres llena;
¡ay de tí! que en odiosa
desolacion y pena,
de esclava arrastrarás férrea cadena.

¡Ay Ninive! ya brilla
sobre tu pueblo indómito y perjuro,
vengadora cuchilla;
reviste el hierro duro;
de soldados corona el pardo muro.

Ya enemigas naciones
avanzan por el monte y por el llano,
presenta tus legiones;
mas ¡ay! que esfuerzo vano
opones solo en tu delirio insano.

Porque de Dios maldita
es la tenaz soberbia del Asirio,
que en maldad inaudita
con gozoso delirio
cargó sobre Israel duro martirio.

Ay Ninive! ya el dia
de maldicion se acerca, y castigada
serás, ciudad impía,
de enemigos cercada,
y al Rey de los Caldeos entregada.

Y vendrán sus guerreros
con las ropas de púrpura flotantes,
blandiendo los aceros,
como rayos brillantes
que del cielo descienden centellantes.

El sol hará de fuego
de sus valientes el bruñido escudo;
sobre tí caerán luego,
y ante su empuje rudo
tu pueblo huirá con el espanto mudo.

Retemblará la tierra
bajo la grande, inmensa pesadumbre
de sus carros de guerra,
y brillará cual lumbre
de sus lanzas la fuerte muchedumbre.

Se acercarán seguros
bajo el abrigo de marcial cubierta,
escalarán tus muros,
derribarán tu puerta,
sus gefes animando la reyerta.

Del Tigris caudaloso
las espumantes aguas, desbordadas
con ímpetu furioso,
harán, que destrozadas
se derrumben tus torres almenadas.

Tus feroces soldados
doblaran la cerviz, y á sus esposas
miraran aherrojados,
y vírgenes hermosas,
batiéndose los pechos lastimosas.

Entre el estrago horrible,
y entre el rumor del hierro golpeando,
se oirá la voz terrible,
al saqueo incitando,
de guerreros tus joyas codiciando.

Cual bramador torrente
sus aguas precipita en la llanura,
tu ejército impotente
y pueblo sin ventura
huirán cubiertos de mortal pavura.

Y marcado en tu frente
llevarás de la cólera divina
el sello eternamente,
y sobre tu ruina
la zarza crecerá de aguda espina.

Y el Caldeo, mirando
tu orgullosa arrogancia por el suelo,
esclamará, elevando
sus ojos hácia el cielo,
ambas palmas batiendo con anhelo;

¿Qué fue de aquella hermosa
ciudad de encanto y de placeres llena?
¿qué de aquella orgullosa
morada, en que sin pena
devoraba el leon la hacienda agena?

¿La segura guarida
en que ocultaba su sangrienta presa,
fue por fin destruida?
¿qué resta ya de esa
orgullosa ciudad? ¡solo pavesa!

¡Ay del pueblo precito
que en los muros de Ninive se encierra!
que del Dios infinito,
Señor de cielo y tierra,
se alza la voz que le declara guerra.

Tu arrogancia á mi acento
verás, dice, cual humo disipada,
y entre fiero tormento
tu prole desgraciada
perecerá á los filos de la espada.

Y será tu riqueza
por enemigas manos destruida,
domarán tu fiereza,
y nunca mas oida
será tu voz, ciudad envilecida.

¡Ay Ninive! que luego
va á caer sobre tí, cual lava hirviente,
ó devorante fuego,
la cólera vehemente
del Dios de los ejércitos potente.

R. de Medina e Isasi.

MELUSINA.

Historia sacada de las crónicas de Poitou y de los archivos de la casa de Lusiñan.



Reynaba en otro tiempo en Albania un príncipe llamado Elinas, poco conocido de los historiadores, si bien tuviera por sus desgracias algun título á su memoria. Contaba numerosos vasallos, palacios magníficos y populosas ciudades, y veíase poderoso y respetado. Tenia el príncipe el noble deseo de verlo todo con sus propios ojos, y visitaba á menudo sus estados. Un dia que, insiguiendo su costumbre se hallaba ocupado en una de sus reales correrías, llególe á toda prisa el príncipe Nathas, hijo de su primer matrimonio, con un mensaje que le llamaba á su capital. La Reyna habia dado á luz tres princesas, las mas hermosas que hubiese visto el mundo, y diéronlas los nombres de Melusina, Melior y Palatina. Corria el monarca á abrazar á su nueva estirpe, y olvidaba en su precipitado afan la solemne promesa que habia hecho á su esposa en el momento de su enlace; juramento fatal que nos obliga á tomar de mas lejos el curso de nuestra relacion.

Viudo Elinas de su primera esposa, buscó en los placeres una distraccion á su dolor. Entregábase una mañana al ejercicio de la caza, su diversion favorita, cuando se halló perdido en medio de los matorrales. Devorado por una sed abrasadora, su buena estrella le condujo á una pura y tranquila fuente, en cuya orilla apenas pusiera el pie, cuando una voz, salida al parecer del fondo de sus cristalinas aguas, hirió dulce y melodiosa su oido. Inclinóse hácia ellas Elinas, deseoso de descubrir su orígen, y de repente una muger hermosa como la luz del sol se le acercó con gracioso talante. Sorprendido con tan bella aparicion, quedó el Rey de Albania un momento inmóvil, mas luego vuelto en sí, dirigió á la misteriosa dama algunas corteses palabras. Al instante un paje, conduciendo del diestro un caballo ricamente enjaezado, se adelanta hácia Pressina (que tal era el nombre de la bella desconocida), y: «Noble dama, le dice, tiempo es ya de partir si así os place." Y ella sin mas tardar despidióse del Monarca, y desapareció con la rapidez del rayo.

Habian los encantos de Pressina dejado una impresion sobrado viva en el ánimo de Elinas para que la mirase ir sin curarse mas de ella. En consecuencia, despidió á sus criados que habian logrado reunírsele, y echó á andar en seguimiento de la nueva dama de sus pensamientos, á quien halló por fin en medio del bosque. «Hermosa dama, la dijo, no sin peligro podeis ya continuar vuestro camino al través de ese bosque; la noche se acerca y tendriais que andar demasiado antes de encontrar morada alguna. Si gustais volver atrás, hallaréis no lejos cómodo y seguro albergue en mi palacio." Despues de repetidas invitaciones, Pressina aceptó el ofrecimiento del

príncipe. Hiciéronle el recibimiento mas brillante, y la mansion de la hermosa huéspeda se fue dilatando por mas de una noche. Elinas, prendado de los encantos de Pressina, le reveló su amoroso ardor, y consintió la jóven en empeñarle su fe con la condicion de que su esposo jamás habia de intentar visitarla en sus alumbramientos. Sin embargo de que Pressina estuvo lejos de manifestar las causas de semejante demanda, prometió su amante acceder á todo. y he aquí el juramento que le hacia violar una funesta precipitacion.

Al ver entrar al príncipe, no pudo Pressina contener su cólera y su dolor: « Perjuro! esclamó enseñándole sus tres hijas; así cumples tus promesas! No te faltará tu castigo!" Dijo, y desapareció con su nueva prole.

Imposible es pintar la desesperacion del Monarca: quedó hecho presa de una enfermedad de languidez, que obligó á sus súbditos á traspasar la corona á las sienes de su hijo; y entretanto, Pressina se habia retirado con sus tres hijas á la isla Perdida, así llamada, porque nadie puede descubrirla ni aun despues de haberla visitado.

Sin duda ya habrá el lector comprendido que Pressina era una hada, cuyo misterioso poderío habia fascinado los ojos de Elinas; y el temor que de ser vista durante el parto tenia, dimanaba de ciertas prácticas que se observan en el nacimiento de las hadas, y que le importaba ocultar á ojos profanos.

Las jóvenes princesas, hijas de Elinas y de Pressina, permanecieron en la isla Perdida hasta la edad de quince años. Su madre las conducia todas las mañanas á lo alto de una montaña, de donde se descubria la tierra de Albania, y allí, derramando copiosas lágrimas, les decia: « Ved, hijas mias, aquel hermoso pais, vuestro padre reyna en él, y en él viviérais vosotras venturosas, á no haber sido perjuro ese desdichado Monarca."

Con tanta frecuencia les repitiera Pressina esas palabras, que despertó en ellas el deseo de conocer los pormenores de aquel acontecimiento; y logrando Melusina, la mayor, que se lo contase todo, pronto lo supieron sus hermanas. Desde entonces no pensaron las jóvenes princesas sino en vengar la afrenta de su madre. Informáronse de los caminos que conducian á Albania, y yéndose allí, arrebataron á Elinas á favor de un conjuro, y lo encerraron en el seno de una montaña llamada Brandelois. En seguida volvieron á contar á Pressina la venganza que del Rey habian tomado.

« Desdichadas! qué crímen habeis cometido! esclamó llorando la madre; no porque hubiese faltado á su fe dejaba yo de amar á vuestro padre. ¿Tocaba á vosotras castigarle? A tí, Melusina, añadió, á tí la menos digna de perdon, puesto que siendo la mayor has arrastrado á tus hermanas, te declaro que en justo castigo te transformarás todos los sábados en serpiente desde la cintura hasta los pies. Mas si alguien quiere casarse contigo y te promete no verte esos dias, vivirás y morirás como las demas hembras, y serás madre de una raza poderosa, que reinará en diversas naciones. Pero si desgraciadamente violase tu esposo su juramento, volverás á tus primeras angustias hasta el último dia del mundo; y cada vez que cambie de señor un palacio que harás construir maravillosamente, y cuando muera uno de tus hijos varones, aparecerás por tres dias, lanzando lastimeros gritos."

Iguales pronósticos hizo á Melior y á Palatina, y las tres hermanas separáronse de su madre, tomando cada una direccion diferente. Melusina se fue hácia los grandes bosques á encontrar las hadas; y dícese que alcanzó tal superioridad en las ciencias sobrenaturales, que sus prodigiosos conocimientos pasmaron así á los reyes como á sus vasallos.

Un dia, despues de haber ido vagando por la Selva Negra y la de las Ardenas, llegóse Melusina hasta la del Colombiere, en Poitou; y cansada del camino, sentóse junto á una fuente con varias hadas compañeras suyas. Hallábase en esa misma selva un jóven baron, llamado Raymundo, hijo tercero del conde de Forest, y sobrino de Aymeric, conde de Poitiers. Derramaba el mancebo copiosas lágrimas, y corria como un insensato á través del bosque, sin saber hácia donde dirigirse; pues persiguiendo á un fiero jabalí, acababa de matar por equivocacion á su tio Aymeric, en el instante mismo en que este, que era un gran astrólogo, leia en los cielos que el súbdito que matare á su Soberano, llegaria á ser el gefe de una raza poderosa, de la cual se hablaria hasta la venida del Antecristo.

Así llegó Raymundo á la fuente, junto la cual sentárase Melusina, y que las gentes del pais llamaban fuente de las Hadas, nombre que por corrupcion se ha cambiado en el de fuente de la Sed, que es el que en nuestros dias persevera.

La hija de Pressina cogió del brazo al desdichado doncel, y procuró sacarlo de su abatimiento. Quiso Raymundo ocultar su nombre y su lastimosa aventura; mas ¡cuál fue su sorpresa al oir que la desconocida dama le llamaba por su nombre, y le contaba los pormenores de su reciente desgracia! Intentó desasir la blanca y dulce mano que le detiene, pero Melusina le dijo: «Nada temais, ni vayais tampoco á figuraros que yo sea una fantasma, ó la obra de alguna conjuracion diabólica. Todo eso sucede así, porque así place al Eterno. Acordaos que vuestro Soberano pocos momentos antes de su muerte, ha leido en los cielos toda vuestra historia."

Raymundo creyendo que era voluntad de Dios que se cumpliese la profecía de su tio, dijo á la dama, que puesto que tan informada estaba, sin duda solo ella podia sacarle de tan crítica posicion.

Si hablais sin rebozo, respondió Melusina, es segura vuestra salvacion; mas habeisme de prometer casaros conmigo tan pronto como calme yo la inquietud que os aflige. Poco le costó hacer ese juramento al hijo del conde de Forest; pues la princesa de Albania, gracias al poderio de su arte, ejercia ya sobre él un irresistible ascendiente. Sin embargo, no echara en olvido Melusina la condicion del sábado, ni tuvo Raymundo por su parte el menor intento de penetrar ese misterio. De vuelta al palacio del conde de Poitiers, contó cómo un fiero jabalí habia herido á su tio Aymeric: noticia que no infundió la menor sospecha; pues, segun cuenta la crónica, la ciencia de las hadas prestó su auxilio á la mentira, y los funerales del difunto se celebraron con toda la pompa imaginable. Mientras en Poitiers andaban ocupados los ánimos en aclamar soberano al jóven Bertran, hijo del conde Aymeric, volviera Raymundo á la selva de la Colombiere á juntarse con su hermosa querida. Figúrese el lector cual fue su sorpresa al ver junto á la fuente de la Sed una capilla nuevamente edificada, donde jamás existiera edificio alguno! Encontró tambien numeroso séquito de damas y caballeros, y un jóven paje le condujo al pabellon donde le estaba aguardando su novia.

Despues de un suntuoso festin, y al despedirse Raymundo de la dama, le dijo esta: «Asi que veais reunidos á los barones para prestar homenaje á vuestro primo Bertran, acordaos de pedir la posesion de la roca en que está ese pabellon, y todo el espacio de terreno que abrace un cuero de ciervo cortado en tiras."

Concedidos sin la menor dificultad la roca y el terreno indicado, las tiras de cuero de ciervo abrazaron en su circunferencia un espacio de dos leguas, con grande pasmo de los espectadores y sumo gozo de Raymundo. El limosnero mayor del conde de Poitiers celebró el enlace del jóven feudatario y de la bella Melusina en la misteriosa capilla, que desde entonces quedó consagrada á la Vírgen, no sin que antes apurase el buen eclesiástico todo el caudal de exorcismos capaces de arrojar de ella á los espíritus malignos: ¡tanto temia no debiese la iglesia su elevacion á algun arte diabólico! Todos admiraron la gracia, el talento y la hermosura de la jóven desposada, que ya sabian era hija del Rey de Albania; circunstancia que regocijó en gran manera á la antigua casa de Poitiers, temerosa como estaba, de que Raymundo no contrajese un enlace poco digno de su rango.

Los nuevos esposos vieron deslizarse en la dicha y en los placeres los primeros años de su enlace. Cumplió el caballero de Forest escrupulosamente su promesa, y Melusina pudo todos los sábados sustraerse á las miradas de los mortales. Al mandato de Raymundo de construir sobre la roca un castillo inespugnable, acudieron albañiles á millares; siendo tanta la diligencia con que se llevó á cabo la obra, que infundió recelos de que fuese efecto de algun prodigio.

Celebróse la conclusion del edificio con una fiesta, á la cual concurrieron los condes de Forest y de Poitiers y gran multitud de forasteros, y fueron el principal tema de todas las conversaciones Melusina y su estraordinaria ciencia. En vano, hablando con su hermosa prima, intentó el conde de Poitiers arrancarle algunos de sus secretos, que ella evitaba siempre con la mayor destreza los lazos que le tendian. Dieron al castillo el nombre de Lusinem, nombre que formaba el anagrama de su castè-

llana, significando al propio tiempo en lengua albanesa cosa maravillosa, y mas tarde transformóse en el de Lusiñan. Poco á poco fueron edificándose algunas casas al rededor del castillo, por cuyo medio hízose Lusiñan ciudad populosa, y pudo Raymundo tomar en adelante el título de conde.

Mientras tanto Melusina dió á luz un niño, á quien llamaron Guy. Era muy bien formado de cuerpo, pero tenia aplastada la cara, y asombrosamente largas las orejas.

Al paso que iba verificándose el pronóstico de Pressina, acrecentábase el poderío del conde de Lusiñan. En un viaje que por consejo de su muger hizo á la Bretaña, adquirió gran reputacion, y restableció el honor de su familia vengando una antigua afrenta. Numerosas conquistas en que dió pruebas de un valor heróico ensancharon los límites de sus estados, y á su vuelta diéronse ambos esposos á fundar diferentes ciudades y castillos, estendiéndose hasta las fronteras del Poitou y de la Guyenne: Melle, Ponant, Pons, Saint Maxent y la Rochela les debieron su elevacion.

Cada año aumentábase con un hijo la prole de los dos esposos. La condesa acababa de dar á luz á Odon, niño que pudiera llamarse hermoso, á no tener una oreja desmesuradamente mayor que la otra. Nacieron luego Urian, cuyos ojos no guardaban un mismo nivel; Antonio, que tenia las formas encantadoras, pero llevaba en la mejilla la huella de una garra de leon; Reynaldo, que aunque tuerto, veia á prodigiosa distancia; Geofredo, á quien llamaron por sobrenombre el del Enorme Diente, por haber nacido con una especie de pujavante; Feremundo, cuya nariz afeaba un velludo lunar; Raymundo y Thierry, que llevaban cada uno su seña particular, y por último, el décimo de sus hijos que tenia tres ojos, y cuyo nombre calla la historia.

Crecieron y se desarrollaron todos esos niños á pesar de sus defectos. Guy y Urian partieron para la Tierra Santa, donde adquirieron entre los hazañosos gran nombradía de valientes; siendo el primero nombrado sucesor á la corona de Chipre, y subiendo el segundo al trono de Armenia. Odon llegó á ser conde de la Marca; Antonio fue elegido duque de Luxemburgo, y Reynaldo Rey de Bohemia. Por lo que hace á Geofredo, era el mas intratable pendenciero que pudiera darse. Cuando niño habia causado la muerte á una porcion de nodrizas por haberles chupado los pechos con demasiada violencia, y á los siete años matara un escudero. Feremundo siguió el camino de la virtud, y se hizo monge de la abadia de Mailleres en el Poitou. Con ser Geofredo solo amante de la carrera de las armas, concibió tan violento despecho al ver la piadosa determinacion de su hermano, que para vengarse pegó fuego al Monasterio, pereciendo en las llamas la mayor parte de los religiosos, salvándose empero Feremundo.

Hallábase Raymundo en Marmande cuando le llegó esta triste nueva, pues dejára á Melusina en Niort, ocupada en la construccion de dos bellas torres, que aun hoy dia puede admirar el curioso. El desdichado padre no quiso dar fe á la bárbara accion de su hijo, y acudió á Mailleres para cerciorarse de la realidad del crímen. Al ver las ruinas del convento, trajo á la memoria el conde los estraños acontecimientos que habian precedido á su enlace, y las peregrinas señales con que habian nacido todos sus hijos, y empezó á sospechar que tal vez no era la condesa una muger como las demas; sospecha que acreció con la promesa que de no verla en los sábados le exigiera. En semejante sazon quiso la suerte que un dia, su hermano el conde de Forest, le hablara asi: «Debo decirte que se cuentan de tu muger cosas sobremane a injuriosas á tu honor: unos pretenden que pasa los sábados en compañia de un gracioso castellano, y no falta quien asegure que ella es un espíritu infernal, que hace en este dia su penitencia.» Furioso el esposo de Melusina, tomó su espada, y olvidando sus promesas, fuese para el lugar donde sabia se ocultaba su muger en los dias misteriosos. Era justamente un sábado. En el fondo de un oscuro retrete donde jamás habia entrado, columbró el conde una enorme puerta de hierro, que en vano intentara abrir. Por último, despues de mil inútiles esfuerzos, practicó Raymundo una abertura, y he aqui lo que descubrió:

En una ancha pila de mármol bañábase una muger desnuda y sumergida en el agua hasta la cintura, suelta y esparcida la cabellera y con un peine en la mano. Remataba la parte inferior de su persona en una larga cola de serpiente, cuyo estremo agitaba con tanta fuerza, que hacia saltar

el agua hasta la bóveda. ¡Cuánto se arrepintió el conde de su curiosidad así que hubo visto el triste estado de su esposa! Huyó al punto de su presencia, é injusto en su desesperacion, arrojó de su casa á su hermano, cuyo consejo era la causa de su desgracia. A media noche, hora en que quedaba libre Melusina, vino la jóven á reunírsele, mas desapareció al asomar el dia. Fuera de sí siguió precipitado sus huellas el señor de Lusiñan, y encontróla en una pieza vecina, echada en el suelo, contraidas sus facciones, y víctima de los mas crueles dolores. Saltáronle las lágrimas de los ojos á Raymundo; y probó de levantar á su querida esposa: « No te es lícito tocarme, esclamó ella; de ahora en adelante no puedo vivir contigo. Quebrantaste tu promesa, y ese tu perjurio atrae sobre mí sufrimientos que no acabarán sino con el mundo." Revolvióse furiosa, y arrojó horribles gritos al pronunciar esas palabras, y luego añadió: « Raymundo, el cielo quiere que te anuncie tu destino antes que parta: sabe que despues de ti nadie podrá gozar en paz de tus dominios; sostendrán terribles guerras tus herederos, y Geofredo, el mas valiente de los hombres, será el único que vengue mi afrenta." En seguida volviéndose á los hidalgos que estaban allí reunidos: « No ignorais, les dijo, que el último de mis hijos tiene tres ojos; su fatal estrella le fuerza á destruir cuanto yo he edificado; por tanto, hacedle morir tan luego como yo haya desaparecido de esos lugares. A medida que daba ese mandato, íbase endureciendo su piel, y tomaban sus brazos la forma de alas. Levantóse Melusina del pavimento donde estaba echada, y arrojándose por la ventana, vióse salir una serpiente alada, que



Melusina en las cavernas de Sassenage.

dió por tres veces la vuelta al castillo y desapareció."

Despues de su desgracia, Melusina ha buscado un retiro en las cavernas de Sassenage, una de las siete maravillas del Delfinado. Desde allí hace resonar sus lastimeros gritos cada vez que muere un Lusiñan y muda de Gobernador el castillo; gritos

célebres que han pasado á ser proverbiales, caracterizando á un grito agudo con el nombre de grito de Melusina. En memoria de este estraño acontecimiento, traian las armas de Lusiñan burel de azul y plata, sostenido por dos Melusinas.

A. U.

DIVISIBILIDAD.



Una de las cualidades mas sorprendentes en el mundo físico es la divisibilidad de algunos cuerpos. La maleabilidad de los metales no presenta nada de particular; la laminabilidad de algunos es muy grande, y la ductibilidad de otros es prodigiosa; esta última propiedad no es peculiar de los metales esclusivamente, puesto que se estiende á otras sustancias. La divisibilidad y difusion de las partes colorantes y odoríferas son todavia mas admirables. Pocos son los que ignoran estas propiedades físicas de los cuerpos, pero sucede, como en todo lo demas de la naturaleza, que no se repara ni mucho menos se contempla; y esto nos ha movido á llamar la atencion de nuestros lectores sobre este importante, por cuanto curioso, punto de la física, la prodigiosa estension y subdivision de algunos cuerpos.

Principiemos por las sustancias fibrosas. *Algodon.* Una libra de algodon ha llegado á hilarse con tanta finura, que podia estenderse la hebra por 25 leguas. Y su diámetro era la 350ª parte de una pulgada. *Lana.* Otra libra de lana fue hilada de modo que la hebra tenia 33 leguas de estension, y su diámetro la 400ª parte de una pulgada. La fibra de la especie mas vasta de lana tiene como la 800ª parte del diámetro de una pulgada, y la de la mas fina como la 1,600ª parte. La hebra de seda hilada por el gusano en el capullo, tiene la 5,000ª parte de una pulgada, y la hebra tendida por la araña es seis veces mas fina, teniendo aun menos de la 30,000ª parte de una pulgada; de modo que una sola libra de telaraña podria dar un hilo tan atenuado y largo, que bastaria para ceñir con él todo el globo de la tierra, y atar las dos puntas. Hasta el cabello humano es de una tenuidad notable, el pelo mas basto de un indio no tiene mas de la 250ª parte de una pulgada, y el mas fino tiene menos de la 600ª parte; con todo, un cabello se compone de muchas fibras y tubos llenos de humores.

Laminabilidad. Una pieza de marfil, de una sola pulgada, se divide comunmente en partes iguales distintamente visibles; y por medio de un tornillo muy fino, pueden trazarse, en la superficie de una cuarta parte de pulgada, 5,000 líneas equidistantes sobre acero ó cristal con un diamante. El papel comun para escribir no tiene mas grosor que la 500ª parte de una pulgada; y la película sacada de la tripa de la vaca es diez veces mas tenue que el papel. El batihoja de oro comienza su tarea con un liston, una pulgada de ancho y 150 de largo, laminándolo por entre cilindros hasta reducirlo á la 800ª parte de una pulgada en grueso. Esta cinta de oro es cortada en cuadros, los que puestos entre hojas de pergamino ó vitela, son batidos con un martillo pesado, hasta estenderse tres pulgadas en cuadro, ó diez veces mas. Este cuadro se corta

en cuatro, y batido otra vez entre el pellejo, con un martillo menos pesado, se estiende hasta cinco pulgadas, y repitiendo el mismo proceso dos ó tres veces, con martillos cada vez mas lijeros, llegan á formarse las hojas para dorar; de modo que 376 granos de oro (valor como 5 ps.) vienen á hacer 2,000 hojas de oro, de tres pulgadas y media en cuadro, formando 80 libros de oro de 25 hojas. Este metal por consiguiente llega á estenderse á la prodigiosa tenuidad de una 282,000ª parte de pulgada. La plata puede tambien ser laminada, pero no llega á mas de la mitad del oro; y el cobre, estaño y otros metales no pueden reducirse á menos de la 20,000ª parte de pulgada. El grueso del oro que tienen los mejores botones dorados, no llega á mas de la 110,000ª parte de una pulgada.

Ductibilidad. El alambre dorado usado en los bordados es plata dorada, hecho del modo siguiente. Una barra de plata, dos tercias de largo y pulgada y media en diámetro; pesando cerca de 20 libras se cubre de oro puro con solo 800 granos, menos de dos onzas, en Francia y Alemania, aunque en Inglaterra se pone á razon de 100 granos de oro para cada libra de plata. Se estira esta barra en alambre por una serie de agujeritos en disminucion, hasta tener 80 leguas de largo, quedando el oro tan atenuado, que un solo grano cubre una superficie de 10,500 pulgadas, que corresponde á ocho varas cuadradas. Aplanado luego este alambre; adquiere mayor estension de superficie, reduciéndose entónces la capa de oro á la 5,000ª parte de una pulgada. La ductibilidad del oro puro se suponia no pasaba de la 4,000ª parte de una pulgada de diámetro, pero el Dr. Wollaston llegó á estenderlo á mucho menor diámetro. La platina es todavia mas ductible, habiendo llegado á estenderse hasta la 30,000ª parte del diámetro de una pulgada; y la tenacidad de un alambre de platina, de una 18,000ª parte de pulgada, podia soportar un grano y medio peso. Hasta el cristal, en punto de fusion, puede hilarse en hebras casi imperceptibles.

Difusion de partes colorantes Las soluciones de algunas sustancias colorantes exhiben una subdivision y diseminacion de materia la mas prodigiosa. Un solo grano de sulfato de cobre, ó cardenillo, comunica un lindo tinte azulado á una arroba de agua, y en este caso es necesario suponer, que el cobre se ha atenuado á lo menos diez millones; y con todo, cada gota de este agua es probable contenga algunos millones de partículas colorantes. Medio grano de cochinilla, disuelta en potasa liquidada, comunicará un hermoso color purpúreo á una arroba de agua.

Difusion de partes odoríferas. La difusion de los olores es todavia mas admirable. Un solo grano de almizcle, ha perfumado un cuarto grande por 20 años. Si consideramos las veces que en tan largo periodo se renovó el aire del cuarto, volviéndose á cargar con nuevas partículas de almizcle, hallaremos por la mas baja computacion, que el almizcle se habia subdividido en trescientos cuatrillones de partículas, capaz cada una de ellas de herir el órgano olfatorio. Bien sabido es el poder del olor, ó mas bien hedor del asafétida; ¿cuál será su difusion cuando, espuesto un pedazo de esta goma al aire abierto por siete semanas, no perdió mas de un grano de su peso? Nosotros imaginamos que todavia es mayor el poder difusivo del líquido del zorrino, bien conocido á muchos de nuestros lectores, aunque ignorado y no creido fuera de América. Media legua de atmósfera en estension, y quien sabe cuanto de elevacion, se impregna inmediatamente con las partículas exhaladas del líquido arrojado por aquel animalillo en su enojo; ¡cuán prodigiosa deberá ser la cantidad de partículas difundidas en tan vasta distancia, capaces, no solo de sentirse en las narices, mas hasta de excitar el estomago! Todos saben que los perros cazan por el olfato ó rastro una especie particular de animales, lo que prueba que las partículas exhaladas por una especie, son esencialmente distintas de las exhaladas por otra. El cóndoro, reposando sobre la cresta de un monte, diez ó doce mil pies de elevacion, y al parecer dormido, despierta al sentir las partículas exhaladas por la podredumbre incipiente de un animal muerto á 20 leguas de distancia. Los miasmas de la peste, en una forma mas sútil y atenuada todavia, conducen el fatal veneno á mayores distancias; estas semillas del contagio, ocultas en un fardo de mercancias, y llevado este de Oriente á Poniente, de un mundo á otro, vivificadas con el calor ú otra causa, salen al ire, se difunden por la atmósfera, y esparcen la

muerte por todo un reyno.

Difusion de los rayos de luz. La divisibilidad mencionada pierde mucho de su maravilla cuando se compara con la difusion de las particulas de luz, pues en estas no hay poder humano que pueda hallar figuras ni signos con que espresar cálculo alguno. Una vela encendida iluminará, en un momento, un espacio de una legua; sin embargo, todas aquellas partículas luminosas, que llenan tan vasta concavidad, no llegan á la milésima parte de un grano de cera ó sebo que pueda consumirse en aquel instante en la llama, humo y pavesa. Tan maravillosa es la superlativa menudencia de las partículas de luz, que no hay un solo cuerpo en la naturaleza al que no tengan acceso. El cristal, compuesto de arena y sales, resiste las partículas del agua y del aire, pero deja paso franco á la luz. La estension de esta sustancia prodigiosa es todavia mas inconcebible que la tenuidad de sus partículas; ella se estiende por todo el universo, y nos facilita ver los cuerpos mas distantes en el firmamento con el auxilio del telescopio.

Divisibilidad de la materia animada. La esperma de un bacalao, en corrupcion, contiene segun los cálculos mas bien fundados, un billon de insectos perfectos, de modo que se puede levantar en la punta de la mas fina aguja, un millar de aquellos animalillos. Sin embargo, esto es nada con respecto á la atenuacion de materia animada en los vivientes infusorios, mas conocidos con el nombre de animálculos. El *vibrio úndula*, animalillo que se halla en la yerba de los charcos, y que comen los patos, está computado ser diez millones de veces menor que un grano, semilla de cáñamo. El *vibrio lineola*, ó animálculos de infusiones vejetales, es tambien sorprendente. Una sola gota de infusion de pimienta, aumentada con un microscopio solar, presenta á la vista millares de animalillos, nadando acia un lado, corriendo acia otro, ora subiendo, ora bajando, ya parándose de repente, ó ya partiendo como si fueran á asir su presa, y evitando siempre el encontrarse uno con otro, prueba evidente de que tienen vista. Si dejamos estos animalillos infusorios, que parecen efecto de ilusion de la vista, para considerar otros insectos, hallaremos algunos tan pequeños que no exceden la 10,000ª parte de una pulgada, de modo que pudieran caber en el dedal de una muger un trillon de criaturas vivientes. Y lo que es mas, cada animalillo de estos se compone de partes organizadas, con membranas, vasos, fluidos, y órganos para sus movimientos y propagacion. ¡Cuán inconcebiblemente pequeños deben ser estos órganos! y con todo, es innegable que se componen de otras partes mucho mas pequeñas, y mas distantes todavia del alcance de nuestros sentidos. Tal es el prodigio de la divisibilidad en el mundo físico.

D. E. I.



ORIGEN DE LAS ARMAS DE FUEGO.

La invencion de armas arrojadizas, como el arco y la flecha, es probablemente coetanea con la primera generacion de los hombres, y la de armas blancas no es verosimil sea tan antigua. No seria dificil descubrir la fuerza impelente del arco, ni hallar misivos sólidos suficientes para matar animales ariscos, como prueba el hecho de ser usados por las tribus mas salvajes de la tierra; pero las armas blancas requieren un prévio conocimiento mineralógico para procurar la materia, así como el conocimiento metalúrgico para forjar y templar el hierro. El estado social de los antediluvianos nos es tan desconocido, que nos es necesario dejarlos perdidos en la densa tiniebla en que están sepultados. Que Noé y sus hijos conocian las herramientas de hierro está fuera de duda, pues sin ellas hubiera sido imposible la construccion de aquella espaciosa nave flotante que los salvó del naufragio general. Supuesto pues el uso del acero desde el tiempo de aquel patriarca, y su temprana aplicacion como armas, veamos las máquinas inventadas despues para trastornar las defensas de los enemigos.

Cuando las naciones orientales hicieron una ciencia militar de la guerra, principiaron las máquinas. Del Rey Ozias se refiere en los Libros de los Reyes, «que hizo en Jerusalen máquinas, inventadas por hombres sábios, que arrojaban desde las murallas piedras muy grandes.» Los sirios inventaron despues las *Catapultas* con el mismo objeto; los romanos mejoraron las Balistas, y en los siglos posteriores fueron usadas por casi todas las naciones, hasta que la invencion de la pólvora introdujo las armas de fuego, que es el asunto de este artículo.

Aunque muchos han considerado la pólvora como una invencion moderna, está averiguado que esta composicion fulminante ha sido usada desde la mas remota antigüedad. En un código de leyes de los brahmines se halla mencionada, como conocida de tiempo inmemorial. Marco Greco, que escribió en el siglo VIII, menciona específicamente dos especies de pólvora, ambas compuestas de «dos libras de carbon, una de azufre, y seis de salitre, todo molido y mezclado junto en un mortero de piedra.» A principios del siglo XIII, fue usada por Gengis-Khan, el tártaro, en su invasion de la China. Los mahometanos disparaban á sus enemigos cohetes enormes que mataban hombres é incendiaban sustancias combustibles. Rogerio Bacon, inglés, publicó su tratado, *De Secretis Operibus Artis et Naturæ*, al fin del siglo XIII, en el que espresa su composicion de salitre, azufre y carbon. Cuando el Rey de Túnez entró en el rio Bétis contra el Rey moro de Sevilla, traia á bordo de sus naves «ciertos tubos, con los que arrojaba rayos de fuego.» Abu-Abdalla, en su Crónica árabe de España, 1300, dice que, «el Rey de Granada Abu-Walid, llevó consigo al sitio de Baza una gruesa máquina, que, cargada con *mistos de azufre, y dándole fuego, despedia con estruendo* globos contra el Alcazar de aquella ciudad. Otro Rey de Granada en 1331

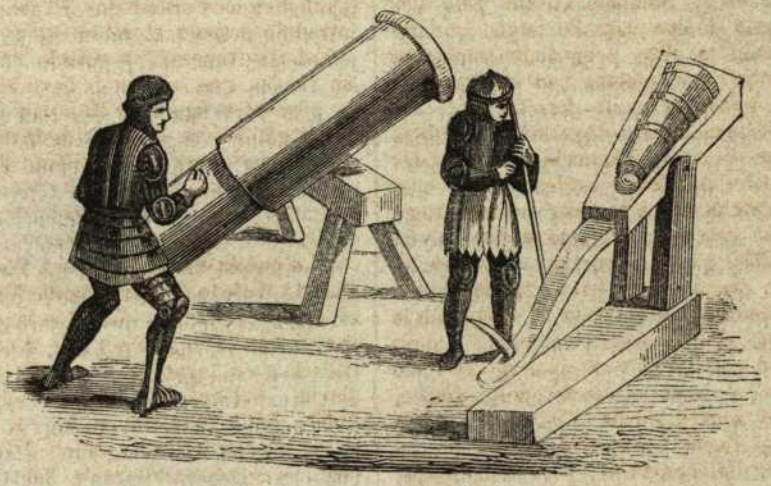
abrió brecha en las murallas de Alicante con balas de hierro, *disparadas de una máquina con fuego*. Cuando Alfonso XI de Castilla sitió á Algeciras en 1342, la guarnicion de la plaza «lanzaba muchos truenos contra la hueste, con pellas de fierro muy grandes.» Estos testimonios prueban el uso de la pólvora, asi como muestran el uso de los cañones y balas de hierro mas de quinientos años ha, introduciéndose sucesivamente en las naciones europeas modernas.

CAÑONES.

La construccion de los primeros cañones era muy tosca; se hacian con barras de hierro soldadas, y sugetas con aros de hierro muy fuertes; el calibre era excesivo, como de setenta, ochenta y hasta cien libras, de lo que debemos inferir, ó que ponian poca pólvora, ó que esta era de mala calidad. Los primeros cañones de hierro fundidos en España fueron en 1406. En el castillo de San Julian junto á Lisboa, se conserva uno del calibre de ciento, fundido, segun dice la inscripcion, en 1400.

Parece que los franceses hicieron uso de los cañones en el sitio de Puy-Guillaume en 1338, y se tiene igualmente por cierto que Eduardo III se sirvió de ellos lo mismo en la batalla de Crecy que en el sitio de Calais en 1346. Cuatro piezas colocadas sobre una altura hicieron en Crecy gran destrozo entre las tropas francesas, y contribuyeron mucho al buen éxito de la batalla, por el espanto que causaron á los franceses aquellas máquinas apenas conocidas.

Los cañones que en dicha época se llamaban *bombardas*, fueron unas de las armas de fuego mas antiguas.



Cañones antiguos.

La invencion de los *petardos* remonta á la época de las guerras civiles de Francia. Los hugonotes se sirvieron de ellos por la primera vez en el sitio de Calais en 1580. Al uso de los mismos debió principalmente el mariscal de Lesdiguieres la conquista de Montelitnart. Segun el P. Daniel, las balas rojas fueron empleadas por el mariscal de Matignon en el sitio de La Fere en 1580; pero parece que su origen es mas antiguo, pues segun Elmham cuando en 1418 un ejército inglés sitió á Cherburgo, los sitiados lanzaron con sus cañones balas de hierro candentes en el campamento inglés, á fin de prender fuego á las tiendas en que estaban los soldados ingleses.

El *obús* que no es mas que un mortero perfeccionado, fue, segun se dice, inventado por Belidor, y empleado por primera vez en el sitio de Ath en 1697. La *caro-*

nada especie de cañon corto tuvo por inventor al general Robert Melville, por el año de 1779.

Los cohetes de hierro de diferentes tamaños, y cuyo peso tenian desde diez y seis hasta cuarenta libras, fueron inventados por sir William Congrève, siendo conocidos en la actualidad con el nombre de cohetes á la Congrève. Sirviéronse de ellos los ingleses por primera vez en el sitio de Copenhague, y algun tiempo contra la flotilla de Boloña que se hallaba en Flesinga. Tambien se hizo uso de ellos en la batalla de Leipsick. En el ejército inglés hay un cuerpo destinado al servicio de estos cohetes.

ARCABUCES.

Conocido el uso de los cañones, aunque imperfecta artillería, era natural se pensase en hacerlos portátiles y usarlos con las manos. Los primeros no eran mas de un tubo de hierro, montado en un palo derecho como de una vara de largo, con un fogoncito en lo alto, y en todo semejante á un cañon; se sujetaba con el brazo izquierdo, y con la mano derecha se le arrimaba la mecha para dispararlo. Fácil es conjeturar su poca ó ninguna ejecucion; porque si en el estado de perfeccion en que están ahora nuestros fusiles, apenas tiene efecto una bala en ciento que se disparan en una batalla, ¿qué sucederia con un cañoncillo á la punta de un palo agarrado con la mano izquierda, y aplicada la mecha con la otra mano al acercarse el enemigo? Luego se mejoró con la idea de ponerle al lado un gatillo, en comunicacion con una mecha, y movido aquel, dirijia la punta encendida de esta al fogon y disparaba el cañon; asi se usó en Italia en 1430, pero tenia el inconveniente de que era necesario arreglar la mecha de nuevo para cada tiro. Por otra parte, se pensó tambien en doblar el palo ó caja, hacia la parte que se afirmaba contra el pecho, para proporcionar la mira al ojo del arcabucero, y de aquí vino el nombre de *arcabuz*.

MOSQUETE.

El mosquete es invencion española. Al principio el cañon del mosquete era muy largo, nada menos de vara y media, lo que le daba mucho alcance, pero su mérito principal consistia en el artificio para dispararlo sin mecha. Este era una máquina para sacar chispas de fuego por la friccion de dos ruedecitas de acero acanaladas, como las llaves de las escopetas de Vizcaya. El muelle tenia una cadena como la de los relojes de sobremesa, y el gatillo como el de las armas modernas; una planchita cubria la pólvora en la cazoleta, y tirando del gatillo para hacer fuego, se removia la planchita al mismo tiempo que las chispas producidas por las ruedecillas de acero caian en la cazoleta, y se disparaba la bala. Esta se puede llamar la verdadera invencion de los fusiles actuales, y mejoradas despues segun las sugestiones de la esperiencia. El primer uso de los mosquetes fue en 1524, en la batalla de Pavia, y contribuyó mucho á dar á los españoles la victoria en aquella célebre jornada. El duque de Alva llevó á Flandes un cuerpo crecido de mosqueteros, por cuyo medio pudo mantener el dominio español en los Paises Bajos. El general Strozzi introdujo despues el mosquete español en la infanteria francesa, y cuando en lugar de las ruedas que servian de llave al mosquete se puso otra figura de llave con el pedernal en el gatillo, se le dió el nombre de fusil, con que es ahora generalmente conocido.

PISTOLA.

La pistola fue inventada en Pistola, ciudad de Toscana, por Camillo Vitelli, bajo el mismo principio que el mosquete, para usarse con la mano por los soldados de caballeria, en lugar de lanza. El historiador Dávila, hablando de la batalla de Ivry en 1590, halla falta con el uso de la pistola, arma inferior en su opinion á la lanza, y dice, «en consecuencia de haber adoptado la caballeria francesa el uso de la pistola, se halló el Rey obligado á dividir su caballeria en pequeños trozos, á fin que los lanceros enemigos, encontrando poca resistencia, pasasen de largo.»

CARABINAS.

Cuando los españoles inventaron el mosquete para la tropa, hicieron otra especie mas corta para los marineros á bordo de las *carabelas* que cruzaban en el mar de levante, para protejer las costas de Nápoles y Sicilia contra los corsarios turcos y afri-

canos. Despues se pensó armar la caballeria con esta arma, y de aquí vino el nombre de *carabina* y *carabineros*. Los franceses adoptaron esta arma, pues observamos en la historia de Francia, que en las preparaciones para la guerra en Picardía, 1599, se hace mencion de un cuerpo de tropa de caballeria llamados carabineros, los cuales eran una especie de caballeria lijera al servicio de Enrique II de Francia. Montgomery dice, que «usaban una coraza inclinada hacia el hombro derecho, para poder con mayor facilidad ladear la cabeza y tomar la punteria. Sus armas eran una carabina, algo mas de una vara de largo, y una pistola. Su modo de pelear era formarse en un pequeño escuadron de poco frente y muy hondo; la primera línea descargaba primero, y abriéndose hacia los lados pasaban á la retaguardia, y disparaba la segunda fila, y así iban haciendo fuego sucesivamente, y cargando sus carabinas para una segunda descarga."

ESCOPETA.

Esta arma, así como la carabina, es una modificacion del mosquete, y parece que los españoles la fabricaron muy lijera para la diversion de la caza, pues su nombre es un diminutivo de la voz latina *scopleta*, el plural de *scopletum*, que equivale á traquido. La primera mencion que hemos podido hallar de esta arma, es en un decreto del Concilio de Tarragona, año 1591, en que se prohibe al clero el uso de las *escopletas*.

Hay otras varias modificaciones de armas de fuego, que omitiremos por ser de poca importancia, y concluiremos este artículo dando noticias de las ependencias mas usuales de las armas de fuego.

BAYONETA.

Para remediar el inconveniente de tener que sacar la espada cada soldado para defenderse de un ataque, despues de descargar el fusil, y ser mas capaz de oponerse á las picas, inventaron los suecos una daga larga con un puño de asta, para introducirlo en la boca del fusil y formar una arma ofensiva; pero esta práctica tenia algunos inconvenientes; era otra arma ademas de la espada, algo embarazosa, y lo peor era que el fusil perdia entre tanto su poder y efecto como arma de fuego. Esto indujo á un fabricante de Bayona en Francia á idear otra pieza libre de aquellos inconvenientes, y el uso de las picas habiendo principiado á desecharse, su largor no era tan esencial. Este es el origen de la bayoneta, cuya descripcion es inútil por ser tan conocida de todos.

CARTUCHERAS.

La pólvora usada al principio era muy gruesa, y habiéndose observado que cuanto mas finamente granulada tanto mas pronto se incendiaba, llevaba cada soldado dos frascos, uno grande para cargar, y otro menor con la pólvora mas fina para cebar. Luego se halló que se perdia tiempo en cargar, durante la batalla, y se recurrió al espediente de hacer tiros separados, poniendo una bala sujeta con un hilo en un tubo de papel, y echando luego la pólvora para una carga al otro lado, y retorciendo la punta del papel quedaba todo sujeto. En este estado no se necesitaba mas de morder la punta del cartucho por donde estaba la pólvora, meterlo en el cañon, y darle un solo golpe de baqueta. Al principio solo los carabineros usaban cartuchos, y llevaban quince ó diez y ocho cartuchos en una cajita de hojadelata en que habia otros tantos tubos, colgada atrás con una correa. Introducida la llave moderna en los fusiles, se hicieron cartuchos para la infanteria, los que se llevaban dispuestos en una faja á la cintura. Pronto se observaron los inconvenientes de esta práctica, y se recurrió al espediente de hacer baulitos en la forma que ahora se acostumbra.

E. I.

LAS MUGERES
DE LOS ESTADOS UNIDOS.



a gloria y la fama adquirida por el célebre Walter-Scot han escitado la emulacion de muchos escritores que han intentado imitarle; pero hasta ahora solo uno es el que si no ha llegado á superarle, por lo menos le ha igualado, y este es el anglo-americano Fenimore Cooper. Ademas de sus novelas, tan conocidas ya como las de su modelo, ha publicado Cooper varias cartas acerca de las costumbres é instituciones de los Estados-Unidos, y una de las mas interesantes es la que trata de las mugeres de aquel pais, suponiendo que la escribe un estrangero que está viajando por él.

Las mugeres, dice, de esta tierra, son hermosas, pues reunen mas que en otra alguna á la regularidad de las facciones la elegancia de las formas. Lo que las distingue sobre todo es cierta delicadeza mugeril en su talle, en su continente y en su voz. En los estados del Norte, del Este y del centro, que contienen mas de la mitad de la poblacion del pais, las mugeres son por la mayor parte rubias: sin embargo no deja de haber algunas trigueñas que se aprecian tanto como las rubias en Francia, especialmente si tienen los ojos negros. En una palabra, no es posible hallar cosa mas seductora que una muchacha americana de 15 á 18 años. Hay en la finura de su tez, en la soltura de su talle y en su inocente espresion, cierto encanto que arrebata. Creo que tambien en las inglesas se suelen encontrar semejantes atractivos; pero son mas comunes aquí que en Inglaterra. Oí decir que las mugeres se marchitan en estos climas mas presto que en los paises septentrionales de Europa, y yo desde luego me incliné á creerlo; pero he visto despues que esta opinion no es tan fundada como se quiere suponer.

La mayor parte de las mugeres se casan antes de los 20 años, y muchas hay que ya son madres á los 16, 17 y 18. Casi todas crian á sus hijos, y es mas comun ver familias de ocho y diez muchachos, que de dos ó tres. En los Estados-Unidos las mugeres no están formadas tan presto como en Francia y España pero la abundancia que hay de ellas, ha introducido la costumbre de esos casamientos prematuros, que deterioran la salud de las mugeres y deslustran su hermosura. A esta causa que influye mas de lo que parece, es necesario añadir, que no solo las mugeres envejecen mas presto, sino que las costumbres del

pais se oponen en cierto modo á que traten de ocultar los estragos del tiempo; asi es, que el colorete tan usado en otras partes para mengua de las mugeres y perjuicio de su salud, está allí tan mal visto, que ninguna se atreveria á confesar que lo emplea.

La frescura y hermoso color de los jóvenes de este pais son tales, que al principio celebré la habilidad con que se pintaban; pero un amigo me aseguró que estaba equivocado: convino en que quizás alguna secretamente haria uso del colorete, pero no podia sospecharse de ninguna de cuantas conociamos; y muchas personas me han afirmado que cuando en los Estados-Unidos una muger se pinta, se forma muy mal concepto de ella, y esta opinion me parece fundadas. Allí desde el momento en que una muchacha se casa ya no piensa sino en agradar á su marido, y encuentra tal felicidad en la union conyugal, que desprecia y le ofenden las lisonjas de los aduladores. A mí me parece natural que una muger que se contenta con el amor de su marido, mire con indiferencia y aun con fastidio los obsequios de los demas.

Rara vez se ve en los Estados-Unidos sobresalir una muger casada ni en bailes ni en saraos: allí acuden solo para estar á la vista de la juventud y contenerla en los límites de la moderacion, pero jamás para hacer el primer papel. Piensan que las diversiones bulliciosas son para la jóven que no tiene sobre sí el penoso cargo de una familia, y que en la aurora de su vida ha de buscar un compañero que la acompañe en ella hasta su término.

Como yo me he criado con cierta separacion respetuosa de las mugeres, estrañé sobre manera la libertad que reyna allí entre la juventud de los dos sexos, sin que jamás resulten consecuencias desagradables. He encontrado en Europa muchas personas que no creen, ó aparentan no creer que exista esta supuesta inocencia, y cuando les he preguntado la razon de su incredulidad, me han contestado francamente, que no podian suponer una virtud, de que ellos no se creian capaces, pero esto es como si dijesen que no puede existir en América un gobierno justo, porque no puede existir en Turquía con las costumbres y usos de los turcos. Yo no dudo que alguna vez en América se falte á la confianza de los padres, lo mismo que se engaña en Europa su vigilancia; pero la buena crianza y la delicadeza de los americanos en un punto en que se interesa tanto su felicidad, hacen que semejante libertad no tenga grandes inconvenientes, pues nadie puede dudar del teson con que los hombres pedirian satisfaccion de un agravio que heriria profundamente su orgullo. Los desafios en los Estados-Unidos no son tan frecuentes como en Europa, pero tienen consecuencias mas fatales. Pero repito, que no es de suponer que en un pais de gente sensata y muy delicada en materia de honor, un padre ó un hermano deje tranquilamente sus hijas y sus hermanas espuestas á un riesgo, cuya estension no conocen; y el mal, si existiese, traeria sin duda alguna modificacion en las costumbres. Una de las causas principales que impiden el abuso de esta libertad, es que allí no hay ociosos de ninguna clase que traten de pasar el tiempo en los escesos del libertinaje: tambien debe atribuirse á ciertos principios de virtud, defendidos generalmente con la educacion en todas las clases, los cuales impiden que el vicio eche raices.

Tu querrás sin duda que yo entre en mas pormenores acerca de la libertad que reyna entre la juventud de ambos sexos, y voy á satisfacer tu curiosidad con el auxilio de un amigo que está muy bien informado. No ignoras que las costumbres de una nacion están mas ó menos modificadas en las diferentes clases que la componen. En las familias que forma aqui aquella porcion que llaman distinguida, los jóvenes gozan de tanta libertad como en Inglaterra; pero con la diferencia que estando aquí menos desniveladas las condiciones, es mas fácil combinar las que se llaman *conveniencias* en los casamientos. Una muchacha americana baila, habla, se rie en un estrado con tanta indiferencia como en el cuarto de su madre: los jóvenes se acercan, la rodean, procuran divertirla y agradarla; y á la verdad que la tentacion es grande para el que jamás se ha visto en semejante situacion: pero para comprender bien los inconvenientes y las ventajas de semejante familiaridad, es necesario conocer el tono de las conversaciones entre las personas de los dos sexos.

De ningun modo está admitido el lenguaje de la galanteria; una muger casada

lo miraria como un insulto, y una muchacha se burlaria de él. Allí la muger que le escucha vacila en su virtud, y una jóven para darle crédito es necesario que encuentre en él toda la apariencia de la sinceridad, y aun en este caso corre riesgo de ser puesto en ridículo y despachado el que le usare, á menos que no apoye sus elogios con el ofrecimiento de su mano. No diré yo que no se escape tal vez algun chiste inocente: pero en cuanto una americana cree herido en lo mas mínimo su decoro, toma un tono grave que impone, y deja cortado al mas atrevido: ya ves que este modo muy sábio de ver las cosas, remedia en gran parte los inconvenientes que podia tener el trato franco, entre la juventud de ambos sexos. Cuando un jóven ha hecho su eleccion, busca el modo de grangearse el corazon de su querida con respeto, atenciones y miramientos: estos enjendran el amor, y en este pais, del amor resulta casi siempre un casamiento; porque rara vez el amor verdadero se vale del lenguaje de la galanteria, que solo emplean para sus fines los falsos amantes: apenas sabe espresar la boca sus emociones.

Tú sabes que en Inglaterra la conversacion entre un hombre y una muger es mas reservada y circunspecta que en ninguna de las naciones del continente; pero como cada pueblo prefiere sus usos á los demas, al paso que una inglesa censura la familiaridad de las francesas que todo lo hablan sin reserva alguna, estas á su vez ridiculizan la circunspeccion y gazmoñería de las inglesas. Es difícil decidir entre dos rivales, que por su estilo cada una tiene igual mérito. Los ingleses, esplican esta particularidad de su carácter de un modo que me parece fundado; pues dicen que esa gran circunspeccion de las inglesas, que tiene visos de timidez, dimana de su posicion insular; pero esta razon queda refutada por el hecho mismo de ser las americanas de todas clases todavia mas reservadas y modestas que las del pais de que son oriundas. Las mugeres en América se hallan bien con semejante reserva, porque están acostumbradas á ella. A los que han viajado por Europa les incomoda, y la censuran por fastidiosa: pero el amigo de que he hablado, que conoce bien las costumbres de los dos continentes, la aprueba mucho, y la considera como uno de los mayores atractivos del bello sexo.

Dice que en América la influencia de las mugeres es mayor y mas respetada que en otras partes, y lo atribuye á que allí las mugeres se dan mas á respetar, sin salir nunca de los límites que le prescribe su obligacion, y conservando siempre aquella modestia y pudor que son las prendas seductoras que mas realzan al bello sexo. Con tan atractivas cualidades gobiernan y mandan al mismo tiempo que se muestran sumisas y obedientes. Nadie que viaje por este país puede dejar de admirarse al ver la decencia y la noble circunspeccion de las mugeres, como tambien el respeto con que las tratan los hombres, y la generosa proteccion que les franquean.

Con estas restricciones, que no es posible violar sin escándalo, cualquiera puede hacerse cargo de que la libertad que reina entre la juventud de ambos sexos, casi no presenta inconveniente alguno. Sin embargo, las personas de una clase superior, las cuales de resultas de su mal casamiento tendrian que perder mas que las de una esfera menos elevada, son mucho mas rígidas en la observancia de ciertos miramientos; y así, una señorita jamas se presenta en ningun paseo, teatro ni baile, sin que la acompañe su padre, un hermano suyo ó una señora de respeto: jamas se deja ver con un hombre solo en parage que no sea muy concurrido, y esto muy rara vez, y solo con ciertas circunstancias particulares: en fin, siempre se conduce con la mayor reserva sin creer, sin embargo, que tenga que desconfiar de los hombres. En las clases inferiores hay algo menos de severidad en estos puntos por la razon que he indicado.

Antes de concluir esta larga carta voy á hablarte de otro uso que acabará de darte una idea de la sencillez de las costumbres de este pais. Se opone á la delicadeza de los anglo-americanos el ver una muger en contacto con todo el mundo, de cualquiera manera que sea. Una muger, por ejemplo, que no sea de la clase comun, no se ocupa en negociaciones ó tratos para los cuales sea necesario viajar. Y así, cuando tiene que emprender algun viaje, la primera cosa que hace, es buscar á una persona que la acompañe. Una cosa que en Francia pareceria ridícula, y que aquí es muy comun, es ver á un marido ó á un hermano reclamar para su muger ó su hermana la asistencia de un amigo que tiene

que hacer un viaje. Todo el mundo se presta con gusto á este encargo; y no hay ejemplo de que se abuse de semejante confianza. Ya ves que las mismas acciones que causarian escándalo en Europa, lo evitan en América; porque aquí las hombres tienen costumbres y buenos sentimientos, &c.

T. D. A.

BLANCA CAPELO.

Blanca Capelo, vástago de una de las familias mas ilustres del órden patricio de Venecia, segunda muger de Francisco II de Médicis, gran duque de Toscana, se vió elevada á la dignidad superior por uno de aquellos acontecimientos singulares que rara vez se hallan en las historias.

Pedro Bonaventuri, jóven florentino de familia honesta, pero pobre, mancebo de la casa de comercio que tenian en Venecia los *Salviatis* de Florencia, y que habitaba frente al palacio de Capelo, vió á la hermosa Blanca, á quien la naturaleza se habia esmerado en dotar de una rara belleza, y desde aquel instante se sintió abrasado por la llama de un amor violento. El aya que solia acompañar á Blanca á la iglesia, proporcionó al enamorado jóven una conferencia con su amada, en la que le declaró su amorosa pasion. Una figura distinguida é interesante habla en favor de Bonaventuri, y al fin es escuchado. No pudo Blanca resistirse á sus dulces palabras, y le amó desde la primera entrevista, dudando menos entregarse á su inclinacion, persuadida de que Bonaventuri era el mismo *Salviati*, dueño de una casa muy considerable en Florencia, con quien podia unirse sin que su amor propio y su familia se lo prohibiesen. Sin embargo, se desengaña en la segunda visita que su amante la hizo, y aunque pierde la esperanza de unirse á él, no por eso deja de amarle, mas le prohibe que la hable en lo sucesivo, sazonando esta prohibicion con protestas amorosas y alhagüeñas palabras, capaces de dulcificar tan inesperada amargura.

Bonaventuri, mas apasionado que antes, halló modo de poner en sus manos una carta, en la que pintando su desesperacion con las espresiones mas vivas, la suplicaba que antes de resolverse á tomar la última determinacion pasase á su casa á hablar con él, persuadiéndola se aprovechase para ello de la oscuridad de la noche y de la hora en que toda la casa estuviese entregada al sueño; despues, disipándola hasta la menor sospecha y advirtiendo que á nada la esponia aquella accion, pues no habia que hacer otra cosa que atravesar la calle, la aseguraba bajo juramento que su virtud no quedaria comprometida en aquella cita nocturna, y que sabria contener su pasion en los límites del respeto mas profundo.

Esta osada proposicion tuvo todo el efecto que el jóven florentino podia desear. Blanca, demasiado prendada ya, y con poca firmeza para negarse, sale de su casa en la noche siguiente, luego que vió la ocasion favorable para ejecutarlo con seguridad, y dejando la puerta entornada, se encamina á la habitacion de su amante, de quien se despide al amanecer; mas al querer entrar en su casa, tiene la desgracia de hallar la puerta cerrada.

¿Qué resolucion habia de tomar Blanca entonces? El dia iba á esparcir sus luces muy en breve, y con ellas era probable que se haria visible á todo el mundo un hecho tan poco honroso para ella y tan arriesgado para Bonaventuri; sin embargo, como necesitaba tomar una resolucion pronta y decisiva, no vacila un momento. Se dirije á casa de su amante, le cuenta lo sucedido, le propone la huida, lo persuade, y huyen aceleradamente.

Entran en el primer buque que se les presenta, sin tener tiempo para disfrazarse con otros trages, y habiendo salido felizmente de las lagunas, toman la derrota de Florencia. Llegan á Pistoya, donde un sacerdote les da la bendicion nupcial, y Bonaventuri conduce su jóven esposa á la casa de su padre, que vivia en Florencia con poco esplendor y de un modo muy parecido á la pobreza; mas á pesar de este cambio de fortuna, Blanca se consuela, y con el mayor agrado ayuda á su suegra en los quehaceres mas humildes de la economía doméstica. Asi vivió algun tiempo, no dejando ver su bello rostro sino á su marido y á sus suegros; pero al fin, la casualidad hizo que un dia la viese el gran duque al pasar por enfrente de sus ventanas, quien en el instante quedó prendado de los destellos de su beldad.

Esta primera impresion hizo concebir al príncipe los mas vivos deseos de conocerla. Para esto, manifiesta su inclinacion á uno de sus privados, el cual tiene una muger diestra é intrigante, que acercándose un dia en la iglesia á la suegra de Blanca, la hace muchas ofertas, y promete servirla en un todo por respeto de su nuera, y entre otras cosas le indica que conseguirá del gran duque la gracia que tuviese á bien pedirle. Esta última proposicion se acomodó tanto mas con las intenciones de Blanca, cuanto á que su espíritu se hallaba asaltado de contínuo por las vejaciones que la causa su familia, que no cesaba de perseguirla, y por cuyo motivo habia deseado muchas veces hallar recomendaciones para el gran duque, á fin de tener un amparo á que acojerse. La dama convida á Blanca, y ésta va á su casa, donde á pocos instantes se presenta el gran duque como inesperada y casualmente, al tiempo mismo en que aquella habia pasado á otra pieza, con cierto pretesto, dejando sola á Blanca. La intempestiva visita del príncipe la causó tal sensacion, que solo tuvo el arbitrio de postrarse á los pies del soberano suplicándole conservase su virtud. El gran duque la levanta benignamente, la hace una declaracion de amor llena de consideracion y respeto, concluida la cual se retira dejando á Blanca sorprendida y confusa sin acordarse de implorar su proteccion. Sin embargo, no tarda mucho en cambiar la fortuna de Blanca. A los pocos dias hace llamar el príncipe á Bonaventuri, le confiere uno de los empleos mas honoríficos de su corte, lo llena de honores y pensiones, acumula sobre su cabeza cargos distinguidos, y Blanca se ve muy presto elevada á un rango y á una fortuna brillante. El orgullo y la vanidad se apoderan del alma de su esposo, que goza poco tiempo de su prosperidad, pues á los pocos meses se granjea enemigos poderosos, y una noche muere asesinado en las calles de Florencia, en el año de 1574, á manos de una cuadrilla de asesinos pagados.

Algunos años despues de este suceso quedó viudo el gran duque por la muerte de Juana de Austria, su primera esposa. Pero mas prendado que nunca de la hermosura y gracias de Blanca, no duda un instante en sentarla á su lado sobre el trono de Toscana, y se desposa con ella el 20 de Setiembre de 1579. Venecia envia entonces á Florencia dos embajadores y al patriarca de Aquilea para asistir á las ceremonias de este matrimonio. Se lee públicamente un diploma del senado que declara á Blanca Reyna de Chipre, y uno de los enviados ciñe sus sienes con la corona real.

El gran duque y su esposa vivieron con la mayor tranquilidad y en la mas perfecta armonía. Nada habria faltado para llenar de felicidades á este matrimonio, si las amargas indirectas y dichos desmedidos del Cardenal Fernando de Médicis, hermano del gran duque, residente á la sazon en Roma, no hubieran mezclado en él alguna amargura. Las preocupaciones de este purpurado acerca de los enlaces de su familia, que segun él, solo debian hacerse con testas coronadas, le hacian hablar de aquel matrimonio en los términos mas infamantes, y apostrofar contínuamente á su cuñada, contra quien alimentaba interiormente una ojeriza mortal. Esto no obstante, cuando

el Cardenal se presentó en Florencia, la mostró el afecto mas sincero y cordial, y la gran duquesa retornando á su cuñado odio por odio, supo fingir, correspondiéndole con demostraciones aparentes de verdadero cariño.

El Cardenal llegó á Florencia en 1585, con el fin de pasar allí el otoño. Con este motivo dispuso el gran duque una batida en su hermosa posesion de *Pógio á Cayano*, distante de Florencia algunas millas, á la que asistieron su hermano y otros diversos señores de la corte. Sentáronse á la mesa con el mayor regocijo; pero no bien habian concluido la magnífica comida, cuando los grandes duques fueron acometidos casi en un mismo instante de los mas vehementes dolores, y dentro de pocas horas entregaron sus vidas á la violencia de un tósigo corrosivo.

El autor de esta horrosa catástrofe y los motivos que para ella hubo, forman un problema histórico, que aun está por resolver.

D. E. A.

COSTUMBRES Y USOS

DE LOS MOROS DE ARGEL, SU ESTADO CIVIL, CASAMIENTOS Y TRAGES.

Siendo el Coran la ley civil y religiosa que sirve de norma á la vida de los musulmanes, y no habiendo prescrito nada relativamente al modo de establecer los derechos y deberes de los ciudadanos, resulta que no existe entre los mahometanos nada que pueda indicar legalmente su estado civil, su nacimiento ó su muerte. No solo la legislacion no ha previsto nada, sino que existe entre los hombres de raza musulmana, una invencible repugnancia, fundada en parte en escrúpulos religiosos, en facilitar elementos propios para suplir este olvido de la ley.

Todo lo que tiene relacion con la vida interior, con la reproduccion, fuera del hogar doméstico, del nombre de la muger y los detalles de su existencia, les parece una locura y casi un sacrilegio. Incapaces de concebir la utilidad posible de nuestros actos civiles ó de nuestra estadística, no ven en los medios de establecerlos mas que una necia vanidad ó una odiosa fiscalizacion.

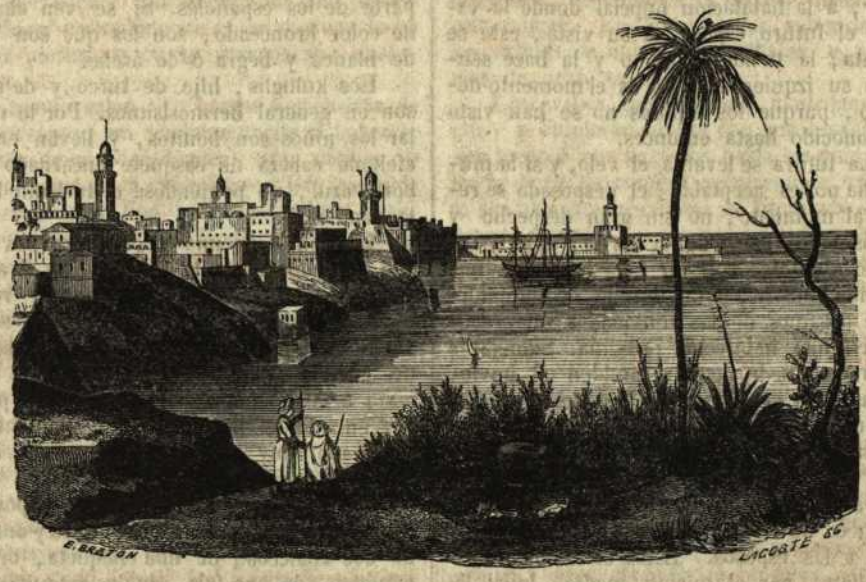
Así es que no hay que admirarse de que ningun árabe sepa su edad. Si se le apura en este punto procura evocar sus recuerdos, y responde que nació en la época de tal suceso. Por ejemplo, los jóvenes indígenas de la generacion actual, dirán que han nacido en el año de la entrada de los franceses en Argel; pero no podrán fijar el dia, lo que por lo demas les importa poco.

Esta falta de medios de hacer constar el estado civil, es una de las causas que han contribuido mas á la necesidad de la apelacion de testigos individuales, cuyo abuso en todo pais de creencias musulmanas es

tan frecuente y escandaloso.

Se ha dicho, y aun impreso, que á defecto de actas regulares, la época del nacimiento se establece por la circuncision; pero esto es un grave error, y basta para convencerse de ello reflexionar, que casi en ninguna parte, y en Argel mismo, esta operacion se efectua antes de los siete años. Ademas de que nadie entre los árabes toma fecha de la circuncision. Se ha incurrido en este error por la falsa semejanza que se ha creido sin duda hallar entre nuestra ceremonia del bautismo y de la circuncision.

No obstante, todo musulman tiene un nombre propio, al cual agrega el de su familia; por ejemplo: *Mohamet ben Omar*, es decir, *Mohamet, hijo de Omar; Aicha ben Kadur*, es decir, *Aicha hija de Kadur*; *Flissa Zudcha Ismail*, es decir, *Flissa muger de Ismail*. Pero la termina-



Vista de Argel.

cion de estos nombres es tan poco numerosa, su homónimo es tan grande, que hay casi siempre una gran dificultad para la administracion francesa en establecer ó no la identidad de los individuos de la nacion árabe.

Los nombres de artes ú oficios les quedan siempre como apodo á los descendientes; por ejemplo *Mustafa el-nedchar*, es decir, *Mustafa el ebanista; Hamet-el-atar*, es decir, *Hamet el especiero*. Pero el encontrar en los mismos oficios ó profesiones individuos del mismo nombre es tan comun, que lejos de facilitar la identidad ó de guiar en la indagacion, no hace mas que aumentar la confusion.

Los casamientos en Argel se efectuan desde la edad de 15 años en los varones, y en las hembras desde 11 á 12.

El casamiento entre los moros es una especie de mercado, que se concluye sin participacion de los interesados, entre el padre de la novia y el del jóven que quiere casarse. Desde el momento que se fija el precio y que la mitad de la cantidad convenida ha sido depositada, se procede á la ceremonia del casamiento.

En la mañana del dia de la boda, la música de la ciudad, que consiste comunmente en una dulzaina y un tamboril, se dirije á dar una serenata á los futuros esposos. Por la noche, los parientes del marido, los de la muger, y algunos amigos íntimos se reunen en el domicilio de la desposada, en donde los espera un convite. Al levantarse de la mesa, los dos parien-

tes mas allegados van á buscarla á su cuarto, y tomándola cada uno por una mano, la conducen á la casa del novio, acompañada de los demas asistentes.

Llegados á casa del esposo, todos los hombres se retiran á excepcion del padre ó hermanos de la desposada, cuya entrada es saludada con los gritos de lú! lú! lú! que las mugeres repiten en coro.

Despues de esta manifestacion de alegria general, conducen la víctima al altar, es decir, á la habitacion nupcial donde la espera el futuro esposo. A su vista, este se levanta, la tiende la mano y la hace sentar á su izquierda. Este es el momento decisivo, porque los esposos no se han visto ni conocido hasta entonces.

La futura se levanta el velo, y si la muchacha no es aceptable, el desposado se retira al momento, no sin gran despecho y disgusto por parte de la novia, que tiene que contentarse con oir toda la noche una insípida música, y un diluvio de cumplidos y de pésames de los convidados que esperan en una habitacion próxima. Semejante desgracia puede ocurrir tambien al novio, porque los derechos de desistimiento son recíprocos.

Sí al contrario las partes se convienen, una muger, «*Machsta*» encargada de la *toilete* de las casadas, da de beber en el hueco de su mano, algunos sorbos de agua á los esposos. Estos se ofrecen mútuamente, por el mismo medio, igual libacion, y en seguida se pone cada uno á su vez un poco de azúcar en la boca, quedando terminada así la ceremonia.

Entonces el marido se levanta, distribuye regalos á todos, y saludando á los concurrentes besa los tapices de la habitacion.

Despues se quedan solos los consortes, y cerrada la puerta, se preguntan recíprocamente sus nombres y se hacen regalos que consisten ordinariamente, por parte del esposo, en alguna alhaja de valor, y de la esposa, en vestidos y ropa blanca.

La funcion continúa toda la noche, hasta que se levantan los reciencasados, que á su aparicion son acojidos de nuevo con los gritos de lú! lú! lú! de la asamblea en todos los tonos posibles; despues continúan las fiestas por espacio de muchos dias, segun la posicion y fortuna de los esposos.

En general las mugeres son tratadas con muy poco miramiento por los argelinos. Consideran las deferencias de los europeos por el sexo hermoso, como una infraccion de la ley natural, que asigna la preeminencia al hombre sobre la muger. Así en este pais no son consideradas mas que como criadas de una clase superior, y soportan todas las cargas que son consiguientes á ella.

Muchas personas están en la creencia de que los moros son hombres de color morenó, y se equivocan; tienen por el contrario, el color mas blanco que la mayor parte de los españoles. Si se ven algunos de color bronceado, son los que son hijos de blanco y negra ó de árabe.

Los kuluglis, hijo de turco y de mora son en general hermosísimos. Por lo regular los niños son bonitos, y llevan en su afeitada cabeza un casquete encarnado con borla azul, no poniéndose el turbante hasta la edad viril.

Los niños de uno y otro sexo los llevan desnudos hasta la edad de 7 á 8 años, edad en que los cubren de alguna ropa; duermen sobre paja, heno ú hojas secas. Todo el tiempo que se amamantan, la madre cuando va al trabajo los lleva en una cesta á la espalda, y les presenta el pecho por encima del hombro. Ordinariamente los niños son muy robustos, y empiezan á andar muy pronto.

El vestido de los moros se compone de una camisa de mangas muy largas y anchas, de dos chalecos, de una chaqueta, de dos calzones, de una faja, de dos casquetes uno blanco y otro encarnado, y de un turbante. En verano usan un albornoz de lana blanca echado con poco esmero sobre el hombro derecho. En invierno usan un capote con mangas y capucha.

El turbante, que consiste en una tira de tela larga y estrêcha, de seda ó de muselina, se arrolla alrededor del doble casquete, y la disposicion de los pliegues, como la diferencia del tejido, distingue las varias clases. Las fajas son de lana, artísticamente trabajadas, y dan varias vueltas al cuerpo: uno de los estremos está dispuesto de modo que puede servir de bolsa. Los árabes, como los turcos, suspenden su puñal de la faja, y los escribientes su tintero.

Por lo general sus trajes se realzan con dibujos de pasamanería, adornados con botoncitos de buen gusto.

Pocos moros hacen uso de las medias;

en invierno, sin embargo, muchos usan calcetines de lana ó algodon, con sus zapatos de forma ancha y redonda; pero los indígenas de clase baja, como mozos de cordel &c., van descalzos.

Las mugeres de los árabes, distinguidas por su clase, llevan camisas de gaza muy fina, calzones como los hombres, y una especie de justillo que llega á la altura del sobaco, terminando en punta por ambos lados, y que abrochan con un botoncito debajo del pecho. Por encima de este justillo se ponen un vestido de color que cae hasta media pierna, y cuyas mangas son anchísimas.

Cuando salen, se ponen por encima de los calzones, un pantalon ancho á la turca, de tela de algodon blanco, usan medias, y calzan zapatos al estilo moro. Un jaique de tela clara muy fina las cubre todo el cuerpo: se tapan la cara hasta por debajo de los ojos con un pedazo de tela blanca, y se envuelven con un gran velo blanco que cae tambien hasta media pierna, para evitar toda mirada profana, porque en su opinion, una muger que saliese á la calle sin estas precauciones seria mancillada.

Los dias de fiesta asisten á reuniones donde, por respeto no concurren mas que mugeres: llevan las camisas de gaza ó de seda ribeteadas de cintas de color azul ó encarnado, y las mangas y pecho bordados de lentejuelas de oro ó plata. Se ponen alrededor de la frente, en forma de diadema, una cinta cubierta de diamantes: los pendientes son tambien de brillantes, y su cuello adornado con varios collares de oro y perlas: usan en los brazos y piernas brazaletes del mismo metal, y en los pies chinelas bordadas de oro ó plata.

Las mugeres de los árabes menos acomodados llevan un traje casi semejante; pero en lugar de ser de seda es de lana. Sus cabellos los llevan entrelazados con una especie de rosarios de ambar ó de coral; tambien los usan mucho para el cuello.

El colorete está en gran uso entre las mugeres, el cual lo componen ellas mismas, y se pintan las uñas, la cara, las cejas, y aun se dibujan flores en el rostro, hojas de laurel ó de mirto.

Antes de la entrada de los franceses en Argel, las moras usaban casi todas grandes *salmas*, especie de gorra de forma cónica semejante á la de los mágicos, inclinadas hácia atrás; pero han abandonado este adorno á las ancianas y á las jóvenes judias reciencasadas.

Estas *salmas* son de un metal ligero, por lo comun de plata y á veces de oro, pero delicadamente trabajadas formando calados. Su peso es insignificante, aunque su altura es prodigiosa; las hay que tienen mas de una vara de alto. Este estraño adorno de cabeza se cubre con un velo blanco que cae por la cintura y concluye por hacerlas deformes, quitándoles la gracia propia de una muger. En las grandes solemnidades las *salmas* se cubren de alhajas y pedrerías de gran valor.

Los árabes generalmente madrugan mucho, y empiezan el dia con sus devociones; van luego á sus negocios hasta las diez, que es la hora de comer, y en seguida vuelven á sus ocupaciones hasta el momento de los rezos despues de medio dia, durante los cuales queda suspendido todo trabajo y cerradas las tiendas. Un tercer rezo ó plegaria tiene lugar al ponerse el sol; cenan y se acuestan desde que es de noche, despues de un cuarto rezo.

El arte de cocina es desconocido en la Argelia. Los árabes, á quienes el cerdo está prohibido, se mantienen de la carne de buey y carnero salada; los demas alimentos consisten en *alcuzcúz*, especie de sémula muy gruesa, cocido, verduras frescas y legumbres secas, todo compuesto con aceite y muy cargado de especias; frutas, tales como la granada, naranja é higos chumbos. No beben mas que agua; pero les gustan mucho los licores, los pastelillos y almíbares, á que son muy aficionados; los perfuman con esencia de rosa.

Los moros comen en familia, sentados en esteras de junco groseramente hechas, alrededor de una mesa redonda y sumamente baja; allí no se ve ningun preparativo, nada de lujo; no se ve mas que una gran fuente en la cual cada uno mete su cuchara. El pan es mal amasado, con harina poco cernida; las mugeres de la familia son las encargadas de su confeccion.

Los árabes son generalmente muy sóbrios; tres cuartos de aceite y tres de pan, bastan al dia para mantener á un árabe.

Los moros son naturalmente perezosos La mayor parte de ellos se avergonzarian de ejercer un oficio ó profesion cualquiera.

Los ricos y gentes ociosas se reunen en

gran número en las tiendas de barberos, en los cafés y bazares, en donde pasan el dia hablando, jugando y fumando en pipa. No conocen los placeres domésticos y la dulce intimidad entre las familias; lo que les gusta en estremo son los caballos; á estos animales prodigan sus cuidados, y en ellos hacen consistir su mayor lujo: son escelentes ginetes y se les vé en las corridas de caballos (*fantazía*), ir á todo escape cargando y haciendo fuego con sus largos fusiles, y hasta cojer del suelo las baquetas que se les caen.

La caza es tambien uno de los placeres de los indígenas, y tienen particular aficion á la de los pájaros.

E. C. de A.

LA MALDITA.



Renunciando Eduardo I á la quimérica conquista de la Palestina se habia embarcado para Inglaterra, en compañia de dos caballeros que habian seguido sus banderas; y despues de haber atravesado juntos la Italia y la Francia se hallaban en Calais aguardando con impaciencia que el viento les permitiese atravesar el estrecho. Estaba tambien con ellos otro caballero que por algun tiempo los acompañó en su viaje; hombre de pocas palabras, pero ninguna sin un rasgo irónico. En vano los nobles condes habian desplegado en su presencia sus árboles genealógicos, y referido varios sucesos de su historia para empeñarle á contar la suya; pues él los habia escuchado sin interés y no habia correspondido á sus ideas. Por fin, cierto dia se trabó entre los tres la conversacion siguiente. — ¿Pensais ir con nosotros á Inglaterra? — No: algunas veces vengo á ver las aguas que bañan sus costas; pero mis huellas no se imprimirán en el suelo de mi patria. Harto me despedazan mis recuerdos, aun lejos del lugar en que pasaron los sucesos. — ¿Sabeis que vuestras misteriosas espresiones, casi hacen pensar que sois un delincuente? - Y con razon; tengo á mi cargo una muerte. Esta palabra les hizo estremecer; y el prosiguió: Habeis viajado con un homicida..... pero, pues me habeis proporcionado el gusto de hablar mi lengua patria, y pues veo que deseais conocer los sucesos que han llenado de dolor mi vida, voy á deciroslos.

Mi padre era de Bristol, y cuando cumplí la edad regular, en lugar de hacerme sentar plaza de soldado, como estaba indicado en mi situacion, pensó que peligros por peligros era mejor pasarlos con esperanza de una suerte feliz y tranquila, que no ir á regar con sangre la Tierra santa;

aunque yo, como jóven, le hablaba algunas veces de las glorias de Marte. Pobre muchacho! respondia él entonces; la gloria es una dama muy altiva; los pecheros son los que pelean, y los señores los que triunfan. En fin me dedicó al comercio, colocándome en casa de Samuel Hington, muy amigo suyo. Era este hombre tan rico como avaro, en términos que nadie le nombraba sin añadir *el judío renegado*, como si el becerro de oro no fuese ídolo de todas las naciones. Tenia una hija llamada Aliza, tan hermosa como no sabré pintaros, asi como me será imposible describir lo que pasó en mi alma el dia en que sus miradas me hicieron conocer que su corazon habia entendido al mio, y que habiamos nacido uno para otro... Sí: uno para otro, como el verdugo para el reo.

Samuel, contento al ver mi esmero y actividad me confió parte de sus negocios, lo cual me dió alas para pedirle la mano de su hija, que me negó abiertamente por ser yo de oscuro nacimiento y pobre, no parando hasta que consiguió que mi padre me hiciese viajar. Dejé mi patria llevando conmigo las promesas de Aliza, y la esperanza de hacer tal fortuna, que su padre no pudiese despreciarme.

Atravesé la Francia, la España, la Italia, y por último pasé algunos meses en Constantinopla, con tal felicidad en mis especulaciones, que me entregué á las ideas mas risueñas, creyendo que Aliza me alargaba su mano. ¡Ah! cuán poco duró tan lisonjera esperanza! recibí cartas de mi pais, y en ellas la noticia de que Aliza tenia esposo.

Es preciso haber esperimentado la pena que causa el olvido de su dama, para saber lo que entonces siente un amante. Desde entonces todo me fue indiferente: el caudal se me figuraba un peso inútil, y cesó mi actividad hasta el punto que el tiempo futuro me pareció un inmenso espacio sin término ni objeto. Pues Aliza no existia para mi; yo tampoco existia para nada en el mundo. Ocho años pasé entre el tedio y los recuerdos, cuando el deseo de ver mi patria, ó tal vez mi destino, me hizo regresar á Inglaterra. Volví á Lóndres con intencion de no permanecer en aquella capital, pues temia encontrar allí á la ingrata cuya imágen no se habia apartado de mí: temia oirla nombrar; y mas que todo, temia verla al lado del que habia merecido su preferencia. Mi padre habia fallecido; recogí lo poco que de su herencia me tocaba, y salí dirigiéndome á Oxford. A mi llegada á aquella ciudad las campanas de la iglesia de S. Miguel hacian oir su lúgubre sonido: la calle y la posada donde fuí á parar estaban llenas de gente: noté que todos manifestaban un estraño asombro, que se hablaban en secreto, y preguntando la causa al posadero, me contestó: Bien se conoce que sois recienllegado, y no sabeis que hoy se da sepultura al sesto marido de la *maldita*. Si señor, su sesto marido. Desde que entró en la ciudad (Dios la libre de sus maleficios) ya van tres con este: en Lóndres acabó con otros tres, y juraria que ya el séptimo se está preparando. Es preciso que esa muger sea hechicera, pues hasta ahora nada se la ha podido probar; de modo que es preciso confesar que es blanca como la nieve aunque es mas negra que Belcebut. ¡Paciencia! Ahora queremos que se registre el cadáver del pobre Simon Shard: tal vez se encontrará allí lo necesario para que la quemen viva.

La curiosidad me hizo suspender mi viaje: deseaba ver aquella *maldita*, y como sin duda era aquel el término prefijado por mi desgracia, su mano de hierro me clavó allí. Siguiendo el tropel de la gente llegué á una casa donde ví salir un cadáver, con todo el lujo que puede desplegarse en una ceremonia fúnebre. Allí viene la *maldita*, allí viene, gritaron con indignacion los concurrentes, y dirijiendo yo la vista hácia donde señalaban, no pude dudar que la *maldita* era mi Aliza, aquella Aliza, mas bella que nunca la habia visto. ¡Cuanto resaltaba su pecho de alabastro y las rosas de sus mejillas, entre aquellos adornos negros aunqué no tanto como sus cabellos! Casi perdí el juicio: todo lo pasado se me borró de la memoria: me hubiera arrojado en sus brazos si no me lo hubiese estorbado la multitud que nos separaba.

Sin ser dueño de mí mismo ni saber por donde iba, me hallé en una sala entre mucha gente, pero mas inmediato á Aliza. El cadáver de Shard estaba sobre una mesa, rodeado de gente armada: la justicia estaba presidiendo á su reconocimiento. Aliza presenciaba el acto con dignidad y serenidad, y por fin el juez la declaró inocente.

Los espectadores guardaron un profundo silencio; solo se oyó un grito de alegría.... yo no fui dueño de contenerle. Aliza volvió la cabeza como para dar gracias al que se interesaba en su inocencia, me vió, me conoció, y cayó desmayada, y yo maquinalmente me arrojé á sus pies, bañando sus manos con mis lágrimas.

Entretanto se llevaron el cadáver: los espectadores que tan mala opinion tenian de Aliza, marcharon descontentos de tenerla que llamar inocente; y yo, sin reparar en nada, solo miraba aquel rostro, esperando el momento en que recobrase sus sentidos. Por fin la ví abrir sus hermosos ojos, y mi nombre fue lo primero que pronunciaron sus lábios. ¡Ah Martin... en qué momento! ¿Y me amarás todavia?... Si en aquel instante hubiera yo visto sus manos teñidas de sangre, no hubiera dejado de amarla.

Bien podeis imaginar que yo no me apartaria de su lado. En efecto, apenas concluyó el término del luto, fuí su séptimo esposo, á pesar de los funestos presagios que oia por todas partes. Cuatro meses pasamos en la mayor felicidad; sin embargo, á pesar del vivo amor que ella me manifestaba, la veia á veces entregada á profundas meditaciones, y luego una estraordinaria tristeza la hacia casi insensible á mis caricias. ¿Qué tienes, Aliza? la decia yo un dia: ¿Qué deseas?..... ¿qué echas menos?..... Me amarás siempre, ¿es verdad? ¡Hay Dios! contestó ella con una especie de frenesí: si no fuese asi; si algun dia llegase á olvidarme..... antes muera yo ahora mismo en tus brazos! ¡Me seria tan cruel aborrecerte mortalmente! La espresion con que pronunció esta palabra me llenó de terror: su rostro quedó cadavérico, y sus ojos brillaban de un modo tan estraño, que procuré tranquilizarla; pero yo mismo necesitaba sosegarme. Entonces, por la vez primera, entró en mi corazon la sospecha; resonaron en mis oidos aquellas voces de *maldita homicida*; creí comprender su sentido y me llenaron de terror.

Aquella noche llamaba en vano al sueño; tardo en venir á calmar mi agitacion, ó por mejor decir á aumentarla. Me pareció ver al desgraciado Simon lanzando sobre Aliza unas terribles miradas, y alargándola su mano como para llevarla consigo. Ella temblando imploraba mi auxilio; y el espentro me dijo: Esa *me mató*, ésa *te matará*.

Yo dí un grito de horror que me despertó, y ví á Aliza que sollozando me decia: Que tienes, Martin, tú has pronunciado mi nombre, y no con cariño.—Es verdad, la respondí: debes precisamente haberlo oido; ella se puso pálida al escucharme.

Sin decirla nada mas me vestí y salí de casa, andando sin saber por donde, solo con el deseo de arrojar de mí los temores que me agitaban. Culpaba á veces mi pusilanimidad; me llamaba debil por ceder asi al espanto de un ensueño; pero la llaga era demasiado profunda para que la razon la cicatrizase. Aquella palabra de Aliza *aborrecerte mortalmente* resonó de nuevo en mi alma. Ella es altiva, orgullosa, me decia yo á mí propio: ya he sabido cómo ama, sepamos ahora como aborrece.

Este infame proyecto me lisonjeó por entonces, y le puse en ejecucion. Ya era muy tarde aquella noche cuando volví á mi casa. Aliza se precipitó en mis brazos, preguntándome donde habia estado. —¿Qué os importa? fue mi única respuesta, y ella quedó como una estátua. Al dia siguiente salí muy de mañana, y al regresar por la noche me recibió llorando..... Sí, aquellas lágrimas eran hijas del dolor. Repetí lo mismo al tercer dia: Aliza no lloró al verme: solo me hizo algunas reconvenciones cariñosas y despues me abrazó con la mayor espresion. Al cuarto dia volví á casa mas tarde que nunca. Aliza estaba pálida y silenciosa, conocí que ya habia tomado su resolucion; y determiné observarla. Cuando me creyó dormido la vi levantarse muy despacio, pálida como la vi en mi ensueño; sacó de una cajita una cosa que no pude distinguir lo que era, y echándola en una vasija la puso al fuego que habia encendido. Jamas olvidaré la espresion de su cara, alumbrada por el reflejo de la llama; y sin ser de los que dan crédito á la magia, á cada instante aguardaba que se apareciese algun espectro. Aliza se acercó á mí, y estuvo contemplándome por un rato. Sin duda su corazon luchaba entre la venganza y el amor. Este fue por entonces mas poderoso.

Ya os dije que deseaba ver donde llegaba su ódio. A la mañana siguiente cuando ella me dijo: Martin, te vas y me aban-

donas, no la respondí, sino con una mirada de desprecio que acabó de estinguir el amor que me tenia. Desde entonces mi sentencia estaba pronunciada: la leia en la calma terrible que habia reemplazado á las lágrimas y á la desesperacion. Cuando me vió entrar aquella noche, pareció sorprenderse, y me dijo: ¡Tan pronto! Sí, era bien tarde. Fingí un profundo sueño: ella se levantó como la noche anterior é hizo los mismos preparativos. Como yo habia pasado tantas noches en vela, apenas podia resistir al sueño; y sin embargo, un solo instante faltaba acaso para completar la venganza. Por fin, la ví dejar la silla en que se habia sentado: su aspecto tenia un no sé qué de imponente: llevaba en una mano aquella vasija, que exhalaba un olor á plomo derretido, y en la otra un instrumento de barro que terminaba en un cañoncillo estrecho. Entonces comprendí su idea: se me erizaron los cabellos; me arrojé de la cama, la cojí las manos, y bien pronto la sala se llenó de gente que acudió á mis gritos. Ella estaba inmóvil como una estátua, pero estátua que arrojaba fuego por los ojos.

Seis testigos irrecusables probaron su crímen y fueron las seis cabezas donde se halló el plomo que habia introducido por el oido; y cuando los jueces la preguntaron qué motivo la habia escitado á cometer tal maldad, respondió con la mayor serenidad: esos me engañaron y yo los aborrecí: pero tú infame me has vendido y te desprecio.

A pocos dias un gentío inmenso rodeaba la hoguera en que dejó de existir Aliza: todos aplaudian la sentencia: yo solo derramaba lágrimas de rabia y de remordimientos. No me aparté de aquel lugar hasta que la última chispa salió de aquel monton de cenizas; entonces partí, y llevo arrastrando mi penosa existencia sin objeto, y sin esperanza de felicidad alguna.

D. E. A.



Lunes 25 de Agosto.

Monumentos de Paris.

LA SANTA CAPILLA.



Hacia el año de 1030, el buen Rey Roberto que solo tenia de comun con Carlo Magno, el gusto por el canto llano, fundó en uno de los patios del palacio que habitaba una capilla bajo la advocacion de S. Nicolás.

Cien años despues fue reedificada esta capilla por Luis el Gordo, y posteriormente desapareció para edificar en su lugar el noble y gracioso edificio de la Santa Capilla, que aun existe, y cuyo origen fue el siguiente:

Habiendo comprado el piadoso Luis IX á Baudoim, Emperador de Constantinopla, un pedazo de la verdadera Cruz, la Corona de espinas de Jesucristo, y algunos otros monumentos mas ó menos auténticos de la Pasion, no juzgó que su capilla era digna de servir de tabernáculo á estas reliquias, que él mismo llevó sobre sus hombros desde el arrabal de S. Antonio hasta el palacio, caminando con los pies desnudos, vestido de lana y la cabeza descubierta, entre las aclamaciones del pueblo, los cánticos sagrados y el repique de las campanas: en su consecuencia ordenó, segun dice un cronista: que *se comenzase á edificar una capilla de maravillosa belleza que fuese digna de contener tan grandes tesoros.*

El nombre del arquitecto que fue elegido era una garantia de que seria una obra maestra. Pedro de Montreuil, que acababa de construir la admirable capilla de Ntra. Sra. en la abadia de Saint-Germain-des-Pres se excedió á sí mismo por la valentia y ligereza de esta nueva iglesia; así es que las altas bóvedas en ogivas, aunque descansan sobre ligeras columnas laterales, y no están sostenidas por pilares en el centro, han resistido no solamente á la accion destructora de cinco siglos, sino tambien al violento incendio de 1630, que devoró el techo y la flecha pero sin arruinar enteramente las bóvedas.

Esta obra original se compone de dos capillas baja y alta, iguales en estension: la una estaba destinada al uso particular del Rey, la otra á la de sus domésticos. La Santa Capilla alta, que es la mas bella de las dos, está adornada de vidrios en los que los pintores del siglo trece se esforzaron en alcanzar la perfeccion á que habia llegado el arquitecto: en ella se guardaban las reliquias, encerradas en una grande urna de bronce dorado. La corona de espinas estaba aparte en una triple caja de madera, de plata y de oro. Los relicarios cubiertos de pedreria costaron á S. Luis mas de cien

mil libras tornesas, dos veces tanto como toda la capilla.

Este edificio se concluyó en 1248: la capilla alta se dedicó á la Sta. Cruz, y á la Santa Corona, y la baja á la Santísima Virgen.

San Luis confió tambien á los tesoreros de la Santa Capilla reliquias de otro género. Este Rey que fue á la vez un cristiano devoto, un soberano equitativo y un ilustrado amigo de la ciencia, reunió en una sala de la Santa Capilla de 1,000 á 1,100 manuscritos así originales como copiados á fuerza de grandes gastos, relativos la mayor parte á la teología, y á los que podian acudir los sábios en sus consultas. Es la primera biblioteca pública de que se hace mencion en la historia de los reyes de Francia.

Los canónigos y capellanes de la Santa Capilla, no reconocian otra jurisdiccion que la del Papa. Los principales dignatarios del capítulo eran el Tesorero que usaba mitra episcopal, y se titulaba *archi-capellan*, y tambien *Papa de la Santa Capilla*, y el Chantre.

No era solo notable la Santa Capilla por sus reliquias y riquezas; sino por la fama que gozaba de ahuyentar á los demonios y curar á los endemoniados. La noche del Viérnes Santo, todos los pobres que eran atormentados por el espíritu maligno, eran admitidos en la iglesia que estaba á oscuras, y á la que hacian resonar con sus



Milagro de la Santa Capilla.

ahullidos. De repente, á los primeros rayos del dia se presentaba el Chantre armado del pedazo de la verdadera Cruz, y á la vista de esta santa reliquia se apaciguaban los gritos, las contorsiones y los furores de aquellos desgraciados; se rompia con grande estrépito uno de los vidrios y los demonios se fugaban.

En la noche del 19 de Mayo de 1575 fue sustraido el pedazo de la Cruz, sin que

las mas esquisitas diligencias fuesen bastantes á descubrir al ladron. Acusose á Enrique III de haber vendido esta reliquia á los venecianos.

La Santa Capilla ha perdido sus reliquias tan caras á nuestros abuelos, ha perdido su alta flecha flordelisada; y su portada ha sido mutilada cruelmente; pero no por eso deja de ser uno de los mas admirables monumentos de la edad media que posee la Francia, y el único de su género que posee París. Los recuerdos históricos del reynado de S. Luis parece que han servido de egida á esta iglesia, en la que se reunieron los archivos judiciales, bajo los auspicios de aquel Rey que fue el que redactó el primer código de leyes francesas.

M. de F.

SOBRE LA POESIA ORIENTAL.



uan importante sea el estudio y conocimiento de las bellas letras de los orientales, es cosa por demas evidente y reconocida para que nosotros nos esforcemos en probarla ó encarecerla. Y en verdad, si es de sumo interés para los pueblos cuanto hace relacion con su origen, con sus recuerdos y tradiciones, nada mas digno de llamar nuestra atencion que la antiguedad sábia y poética de esas regiones, cuna de la humanidad y teatro de sus mas grandes sucesos, fuente de nuestras razas, de nuestras lenguas, de nuestras religiones, de nuestra poesia, y conocimientos de toda clase.

Si dirijimos la vista por el maravilloso Oriente, y nos trasladamos con el pensamiento, á través de las edades, á aquellos paises en que la imaginacion y la naturaleza se encuentran tan inmediatas á su vigor primitivo, á aquel suelo que tan delicioso y poético presentan á la imaginacion los recuerdos de la historia, hallaremos en lo antiguo el origen de la literatura de todas las naciones, y en lo moderno una poesia que por lo rica, lo variada y lo numerosa, en nada cede á la famosa de los griegos y romanos. Los monumentos literarios mas antiguos, la Biblia y el Homero, al Asia pertenecen, y estas son como las primitivas fuentes en que han bebido su poesia los orientales y los occidentales.

La poesia, pues, de los hombres, como la civilizacion su compañera y natural hermana, nació con los primeros de ellos en el Oriente, brotando de su inteligencia privilejiada como una efusion del alma, como un himno espontáneo de amor, de admiracion ó de alabanza, cuyo objeto era y debia ser el celebrar la grandeza del Criador y las obras maravillosas de la creacion. Y esta poesia que allí tuvo sus orígenes y principio, y que hubo de ser sencilla, magestuosa y lozana como las primeras ideas que brotaron en el pensamiento del hombre recienformado por el Hacedor, y como las perspectivas de una naturaleza jóven y virgen, y floreciente, pura tambien y rica en imágenes, porque tal era el pri-

mer lenguaje de los humanos, conservando algunas líneas de su primera fisonomia, tomando nuevas formas, y sufriendo cambios y modificaciones segun lo iban exijiendo el transcurso de los tiempos y la índole de las gentes que la cultivaran, formó poco á poco la poesia propia, peculiar y distinta de cada pueblo; mas en los del Oriente quedó mas de su carácter y maneras primitivas, porque ellos contemplan mas de cerca que nosotros á la naturaleza y se hallan, por decirlo así, mas inmediatos á su cuna y á los tiempos de la creacion. Hoy, pues, existen notables diferencias entre la poesia de los pueblos del Oriente y los que habitan el Ocaso, y muy diversas son tambien las ideas literarias de los unos y de los otros. Y porque apuntemos algo de tales diferencias y opuestos caracteres, diremos primeramente, que en la poesia de los asiáticos reyna por lo comun cierta exhuberancia y riqueza que suelen rayar en la difusion y el desorden, no sujetándose al parecer las mas veces en sus composiciones al arte ni á las reglas literarias, sino dejando vagar su imaginacion en los campos de la poesia para cojer flores que hacinan sin regularidad ni órden. Ellos gustan sobremanera de las hipérboles, de imágenes y metáforas exageradas, de traslaciones que nosotros juzgariamos violentas, de estilo pomposo y florido, que por su misma sublimidad y magnificencia está mas espuesto á degenerar en la oscuridad ó la hinchazon. Al contrario los europeos (aquí hablamos de unos y otros generalmente) se complacen en la sobriedad de los adornos, en la elegancia regular, en la sencillez de la espresion, en la pureza de la diccion y estilo, finalmente en el órden y la simetria. Efecto de las cualidades contrarias que forman el carácter de una y otra poesia, es que la de los asiáticos no esté siempre á nuestro alcance, y no siéndoles por tanto fácil el percibir sus bellezas, la desdeñen muchos, mas, en verdad, por ser su estudio tarea enojosa é ímproba, que porque pueda dudarse de su real y verdadera importancia. Porque para poder apreciar en lo que valen los productos de pueblos y civilizaciones estrañas, no basta leer las versiones mas ó menos perfectas, sino que es preciso recurrir á las fuentes y descifrar los originales, trabajo penoso cuando se trata de idiomas tan difíciles como lo son los asiáticos; es indispensable tambien estudiar y llegar á conocer la historia, las costumbres, civilizacion, opiniones y creencias de tales pueblos, así que el lector se traslade, por decirlo así, al pais en que se hicieron los escritos, y se identifique con el poeta ó sus personages.

Si como hemos observado, la poesia de los orientales suele pecar por difusion y redundancia, graves defectos á nuestro modo de entender, la adornan en cambio admirables dotes de gala, de esplendidez y hermosura. Los orientales, moradores de campos y vergeles deliciosos en que reyna perpétua primavera, disfrutando un cielo sereno y brillante, y ardientes como su sol, saben pintar con rasgos vigorosos y felices la naturaleza y las fuertes pasiones á que viven entregados. Influyen en ello tambien las religiones dominantes en los mas de sus pueblos, que se hallan muy lejos de tener la severa austeridad de la nuestra, y no les prohiben abandonarse á los placeres del amor y á toda suerte de delicias y alhagos de los sentidos.

No siendo la poesia mas que una imágen de la naturaleza, ya la concibamos en su parte material ó ya en la moral, con naturaleza tan lozana y fecunda, fecundo y lozano debió ser el jenio poético de los orientales. Por eso en la poesia de ellos todo goza de animacion, de vida y de lenguaje. A los pájaros, las fuentes, los céfiros, las flores, hasta á los mismos seres abstractos se les dota de personalidad, de accion y de voz, para entenderse mutúamente entre si ó con el hombre. Con imágenes y comparaciones tomadas de la naturaleza describen la hermosura de sus adoradas, el valor de sus guerreros, la alteza de sus monarcas, la santidad de sus profetas y ministros de la religion, la sabiduria de sus filósofos y poetas, todo en fin, cuanto celebran en sus canciones ó poemas. Y acomodan con frecuencia tales imágenes de una manera admirable, por la propiedad de la traslacion, ó por un carácter particular con que las hacen relucir de novedad é inventiva. Así comparan á cada paso las mejillas de las jóvenes doncellas á las anémonas; ya dicen que son azucenas con rosas bañadas por el rocío, que su frente es como la luna, y su rostro como la aurora ó el sol; que sus ojos despiden saetas, que su talle es flexible y delicado como las ramas

del ban, y esbelto cual las palmeras, y que son graciosas y ligeras como las gacelas y gamuzas. Y no mas parcamente ó menos á propósito emplean sus similes é imágenes en el vuelo alto y magestuoso que suele tomar entre ellos la poesia: numerosos ejemplos de ello nos presentan las páginas sublimes de los libros sagrados y de los otros poemas orientales, como tendremos ocasion de ver mas adelante.

La poesia oriental como la de los pueblos occidentales recorre todos los géneros, el sentimental, el descriptivo, el filosófico y el épico; tiene acentos y tonos para todas las cuerdas del alma, porque tal es el carácter de toda buena poesia, pero se distingue y señala por cierta tendencia mas marcada á lo grande y lo maravilloso.

Para poner á la vista y realzar el valor y la importancia de la poesia oriental, de buen grado entrariamos á hacer de ella un cotejo ó comparacion con la clásica, que tiene en el griego y en el latin sus antiguos modelos, y es la que alcanza mas celebridad entre nosotros, como es la que ha ejercido mayor influjo en nuestra literatura. Mas no permitiéndolo la brevedad que á nuestro trabajo hemos impuesto, nos limitaremos á decir, que mal pueden disputarles su superioridad las tradiciones homéricas á las bíblicas, ni los cantos de los poetas helenos ó romanos á los que pronunciaron los profetas del pueblo hebreo (*). La Iliada ó la Eneida, sublimes arranques del entendimiento humano, no igualan por cierto el interés que ofrecen las historias de la Escritura, ni por lo grande de las empresas y hazañas que describen, ni por los héroes y caudillos que celebran, ni por la intervencion de la divinidad, y el pensamiento alto y moral que preside á todos aquellos sucesos y catástrofes, porque el entusiasmo patrio y religioso que produce la fe y confianza en un Dios, y que animaba á los hijos de Israel en sus guerras y conquistas, no puede hallarse en la mitologia gentílica con sus dioses ridículos ante la razon, é impotentes, y que no escitaban profundas convicciones ni creencias en los que la seguian. Y esto que si poco para lo que se merece el asunto, es mucho para nuestro objeto, sea dicho con respecto á la poesia de la antiguedad, clásica cuya época pasó ha largos siglos, y en cuya imitacion nos empeñamos con mas tenacidad que fruto. En cuanto á nuestra poesia moderna, hija, mas no esclava de aquella, ha recibido gran parte de la magestad y grandeza del genio oriental con la institucion de el Cristianismo, nacido en el Asia, porque el lugar destinado á la creacion del mundo fue el señalado tambien para regenerarlo.

Al entrar en detalles y pormenores mas circunstanciados sobre el carácter de la poesia de los asiáticos, permítasenos decir algo mas de la de los hebreos, que así por su antiguedad como por su escelencia, obtiene un lugar primero y principal en los fastos literarios del Oriente, y que hallamos contenida en los escritos que miramos como sagrados de sus legisladores y profetas. Ningun otro pueblo podria disputarles tal antiguedad, sino acaso aquellos antiguos egipcios discípulos del gran Trimegistes (*) tan señalados en las ciencias y las artes, y cuya enseñanza hubieron de tomar durante su larga estancia entre ellos, los hijos de Israel. La lectura de tales escritos sagrados, no hablando del espíritu y uncion divina que los anima por do quiera, presenta en admirable conjunto reunido todo lo mas bello, mas perfecto y sublime en imágenes, en figuras y en sentencias de la poesia oriental de todos los tiempos. El genio poético de los asiáticos ha entonado despues muchos cánticos de acentos semejantes; pero fue en las arpas de Sion donde resonaron en su pureza y origen. Nada hay en la poesia descriptiva mas tierno, suave y florido que el Cantar de los Cantares. Los versículos que

(*) Escelentes muestras de imitacion oriental nos presenta, entre otros, Herrera en algunas de sus composiciones. Y una prueba en favor de la preferencia que creemos merecer como objeto de imitacion la poesía antigua del Oriente sobre la antigua tambien que cultivada por griegos y latinos hemos dado en llamar clásica, es que no solo el genio poético del divino Herrera se elevó á la mayor altura, y fue muy superior siguiendo los modelos de aquella á cuanto produjo segun los de esta, sino que tambien en aquellas sus inspiraciones que la musa castellana bebió en las fuentes hebreas se halla á no dudarlo lo mejor que tenemos en el género elevado y magestuoso de la oda. Compárense sino las canciones *á la batalla de Lepanto* y *á la pérdida del Rey D. Sebastian* con la *á D. Juan de Austria*, y verase en aquellas la inspiracion mas libre, mas espontanea, mas llena de fuego y entusiasmo, porque las formas orientales en vez de esclavizar el pensamiento como las de otro linaje de poesia, le dejan tomar todo su vuelo, revestirse de todas las imágenes y figuras, y espresar mejor la variedad y el cambio de todos los afectos que han de pintarse en la oda, y finalmente, porque como observa á este propósito nuestro gran Quintana, el sentimiento y entusiasmo religioso da un verdadero y original carácter á la composicion, y un interés que no está sostenido por los recursos ficticios y medios de convencion de que se vale la poesia griega ó latina fundados en su mitología.

(*) Hermes.

vamos á citar respiran, como todo el libro, un perfume y encanto que no es ciertamente de la tierra.

«Yo rosa del campo y lirio de los valles.....»

«Como el manzano entre los árboles de la selva, asi mi amado entre los hijos. Bajo su sombra codiciada reposé, y sus frutos fueron dulces á mi paladar.....»

«Oid que mi amado me dice: «Levántate, apresúrate, compañera mia, paloma mia, hermosa mia, y llega.»

«Porque ya pasó el invierno y huyó la tempestad.»

«Las flores aparecieron en nuestro suelo: llegó el tiempo del canto de las aves: la voz de la tórtola se escuchó en nuestra tierra.»

«La higuera dió sus frutos, y las viñas florecientes esparcieron su olor.—Levántate, compañera mia, hermosa, y llega.»

Y en otro lugar del propio libro se halla esta bellísima comparacion:

«¿Quién es esta que sube del desierto cual leve columna de humo de los aromas de la mirra y del incienso y de todo leño oloroso?»

Los límites de brevedad que hemos prefijado á este ensayo no nos permiten estendernos cual quisiéramos, sobre las infinitas bellezas de todo género que adornan la poesia de los hebreos, ricas y hermosas primicias de la de todos los pueblos, cuyo acento es grave y augusto como la voz de Jehová en la boca de los profetas, y que derraman una luz risueña y pura como las primeras auroras que alumbraron en el Oriente los pasos de la naciente humanidad.

Solamente observaremos, que los mas de los escritores que han tratado este asunto, convienen en que la poesia entre los hebreos no se sujetó jamás á leyes de medida, aun en aquellas composiciones que por su forma se acercan é imitan mas á la versificacion como los Salmos, los Threnos, el *Sir Hassirim* (Cant. Cant.), sino que fruto de una inspiracion espontánea y libre que el entusiasmo patrio ó religioso hacia brotar á veces en las personas menos instruidas y sábias, eran en rigor mera prosa, animada empero de la uncion y el colorido poético. Bien que no de los escritos de David y Salomon que sobrepujaron acaso en ciencia y conocimientos á todos sus contemporáneos, puede decirse aquello de los cánticos que se hallan en diversos lugares de la Escritura, cortos poemas improvisados muchas veces por mugeres en loor de hazañas y victorias, como los de Débora y Judith, siendo en verdad harto comun en aquel pueblo el que las doncellas y mancebos saliesen á recibir al caudillo que volvia vencedor, aplaudiéndole con canciones é himnos que producidos de repente no era de suponer (en opinion de aquellos autores) que se ajustasen á arte ni regla Este modo de pensar cuadra en gran manera á los que aseguran que el verso no es parte esencial de la poesia, puesto que poesia admirable aunque sin artificio es la que se halla contenida en los sagrados libros. Nosotros creemos sin embargo, que el metro, como lenguaje particular de la poesia, nació al par que ella, y que á los pueblos que recibieron de la naturaleza en mas alto grado que otros el sentimiento poético, dióseles tambien por la misma la facilidad de espresarlo aun sin estudio en versos ó trozos medidos con mas ó menos correccion. Por ello plácenos la opinion de Josefo, célebre escritor judio, aunque de tiempos muy posteriores, que sostiene que en verso y en verso heróico por cierto, estuvieron escritos los cánticos de Moisés, y asimismo no nos parece arriesgado el juicio de los que han creido hallar en el Cantar de los Cantares especialmente, versos con cantidad y metro exacto.

Pasando á tiempos mas modernos, hallamos cultivada la poesia con insigne ventaja y hasta muy alto punto por casi todos los pueblos del Asia, convidados á ello por la belleza de su clima y por el ardor de sus pasiones, no enfrenadas por lo comun, como ya observamos, por los preceptos de sus códigos de religion. Su poesia (hablamos generalmente) no lleva por tanto ese carácter melancólico y profundo de la nuestra, hijo de los dogmas religiosos que profesamos. Mas que del alma, como la de nosotros, la poesia de ellos es de los sentidos.

No es decir con esto que el pensamiento moral sea desatendido del todo por los escritores orientales. Entre los judios y los chinos señaladamente han florecido insignes sábios y filósofos, para quienes mereciera gran interés y tuviera notable importancia la enseñanza de las costumbres, dejando espuesta su doctrina en muchos y escelentes poemas. Y diremos de paso, que las mismas fábulas

morales, ó apólogos, que se atribuyen á Esopo, parecen haber sido primitiva produccion de un filósofo del Oriente, puesto que el antiquísimo escritor que los indios llaman *Bidpai* y los árabes *Locman*, muy celebrado por Mahoma en el Corán, y cuyas *amtzdl* ó fábulas se conservan de inmemorial tiempo en el idioma árabe, sea el propio que los occidentales creen haber florecido en la antigua Grecia.

Si al ocuparnos de la poesia de los orientales, hubiésemos de señalar á los pueblos y naciones que mas en ella han sobresalido, y que cuentan tesoros literarios dignos de gran aprecio y estima, preciso nos seria hacer mencion de la mayor parte de ellos, siendo así que los árabes, los persas, los indios, chinos, tartáros, turcos, los cristianos del Asia, tienen en sus escritos toda suerte de poesias dramáticas, líricas, religiosas, épicas; y así una reseña general que en este punto quisiésemos hacer, aun cuando superficial y ligera, habria de ser tarea trabajosa y dilatada. Nos limitaremos y ceñiremos pues á tratar de los árabes, en donde debe sin duda alguna buscarse el verdadero espíritu y carácter de la poesia oriental moderna, puesto que su literatura, al par que sus armas, hubo de ejercer tanto y tan largo predominio así en las naciones del Asia como en las de Africa y Europa. Y ciertamente á los árabes han imitado ó seguido mas ó menos esencialmente otros muchos pueblos que han alcanzado celebridad literaria en el Oriente, entre ellos los persas, los indios y los turcos, pudiendo decirse que la arábiga de los buenos tiempos (porque ella tambien conoce su siglo de oro) es la poesia clásica del Oriente, como lo es en nuestros pueblos de Europa la que sigue el ejemplo y las tradiciones de los helenos y latinos. Es punto notable en la historia, que aquellas gentes rudas, de escaso número é importancia relativa, y cuyo nombre durante tanto tiempo apenas resonó entre el de los demas pueblos, llegasen á formar una nacion inmensa, fuerte y poderosa, alcanzando asimismo tan alto grado de civilizacion y cultura. Hácia los tiempos inmediatos al profeta es cuando hechos ya mas numerosos y temibles, formada y perfeccionada su lengua, y regularizada su escritura, comenzaron á cultivar con éxito las artes y las ciencias, progresando en ilustracion al par que adelantaban en conquistas, y en el califato de Almansur (*) se les ve tan cercanos ya á su grandeza y aspirando al dominio de las naciones, instruirse en las ciencias y literatura de los griegos, dando la preferencia á los escritos del gran Aristóteles. Contaban con una lengua armoniosa, elegante, rica y copiosísima en palabras y significaciones como otra ninguna, siendo así que podia valerse de multitud de nombres para espresar una misma cosa, contándose por ejemplo 50 distintos á los ojos, 500 al leon (**), 1,000 á la espalda, y al propio tenor en otros innumerables. Muy desde sus principios conocian el arte de escribir con elegancia y correccion su idioma, la composicion y medida de los versos (***), la cronologia y la historia, si bien la perfeccion de su arte poético y oratorio, de la rima y el metro, se refiere á los tiempos del célebre Harún Erraxid (****). La lengua de los árabes, segun opinion de los mismos, la formó, tomándola de la hebraica ó chaldea, Yârab hijo de Cojthan (*****) y el dialecto Homeiro-Arábigo, dicho asi del nombre de un Rey antiquísimo que dió aumento y correccion á su idioma, y halló su escritura primitiva, se tiene por ser la misma que la antigua africana ó púnica (******). La escritura inventada como dijimos por Homeir, fue perfeccionada por Moramer Ambanense, llamándose cufica por la ciudad donde primeramente recibió tal reforma, y la actual de que hoy se valen tantos pueblos en Oriente y Occidente, introducida por Ibu Mocla en 316 de la H. debió la forma elegante con que hoy se mira en los libros, á Ibu Bawab por los años de 400 de la misma era.

El ingenio y don de la poesia fue tan apreciado por los árabes, si bien bastante comun entre ellos, que asi de los califas de los primeros tiempos como de los demas

(*) *Abu Gyafar Almansur* II Califa de los Abbasidas que entró á imperar en 150 de la Hegira (de J. C. 752).

(**) Hasta 200 se ven aun en los diccionarios árabes.

(***) Véase el Lex. bibliogr. de Hagyi Jalfa. t. I. letra *Alef*. Lóndres 1835.

(****) V. Califa Abbasida que subió al poder en 170 de la H. (J. C. 772).

(*****) Los árabes se creen descendientes de *Cojthan*, y *Adnan Yârab* hijo de Cojthan (que es el *Jectán* de la Biblia (Gen. X.) fue el padre de los pueblos del Arabia feliz, por lo cual le dan el sobrenombre de *Abul-Yemen* y el primer autor de esta lengua.

(******) De las pruebas con que apoyan esta opinion es una el dístico en lengua púnica de Plauto en el *Oenulo* y que puesto en caracteres arábigos con las propias palabras puede verse en *Casiri. Bibl. Hisp. Arab. Escur.* t. II p. 26.

reyes y príncipes que los gobernaron en toda época y region, se refieren á cada paso con elogio en sus historias los liberales premios y distinguidos honores con que honraron y protejieron la mayor parte de ellos á los que sobresalian en el número y arte poético. Hallamos que se complacian los monarcas en tenerlos cerca de sí en sus palacios, en regalarles caballos generosos y hermosas esclavas, y concederles otros magníficos y régios dones, hasta permitirles en fin, grande autoridad, poder é influencia que los ponian como al nivel de las clases mas altas del estado. Y esta conducta de los soberanos, que no cuenta numerosos ejemplos de imitacion en otras naciones que por su ilustracion alcanzan entre nosotros gran renombre y celebridad, ofrece de por sí sola la mejor prueba y testimonio en favor del alto puesto que se conquistaron los árabes entre los pueblos cultos y civilizados. El celebrado escritor *Osyuthi* (*) mas versado acaso que otro alguno en las letras árabes, puesto que en sus obras retóricas y poéticas de escelente mérito, y tan numerosas que causa admiracion que él solo compusiese lo que á otros apenas bastaria la vida para leer con detencion, presentó y examinó lo mejor que los ingenios árabes produjeron hasta su época, refiere que tal precio y estimacion, sobre todo en los antiguos tiempos, dieron los árabes á la poesia, que si en algun pueblo ó tribu alcanzaba nombre un poeta salian de propósito las cercanas y amigas á darla por ello el parabien; con cuyo motivo tenian lugar ostentosas fiestas y convites en que tomaban parte especialmente las mugeres, tocando instrumentos, entonando himnos, y haciendo danzas; celebrándose todo con no menor pompa y regocijo que si fuese en sus propias bodas; considerando ciertamente por dichosos á los pueblos y gentes que disfrutaban un hombre que con su talento en la poesia los honrase, y al propio tiempo por aquella cualidad supiese trasmitir á la fama y á la posteridad sus hazañas y glorias.

Continuando en nuestra noticia acerca de la formacion y progresos de la poesia entre los árabes, diremos que asi cuando habitaban el desierto en los tiempos que ellos llaman *el-gyahilia* ó de la ignorancia, como despues que el islamismo llevó triunfante su bandera á los mas lejanos paises, se señalaron constantemente por el genio de la poesia, siendo sus primeros poetas aquellos terribles guerreros cuya vida estaba consagrada á las escursiones y combates, y que en medio del estruendo y los clamores de las batallas improvisaban cortos poemas para animarse á sí y á los suyos, ó para invocar (como pudiéramos decir de nuestros campeones de la edad media) á las damas de sus pensamientos. Asi dice el poeta *Abúl Atä Essindi*, dirijiéndose á su amada (*):

« De tí me acuerdo cuando las lanzas vibran entre nosotros,

Y al punto que beben nuestra sangre sus crispados aceros."

El mismo Mahoma (suponiendo que la ley del Islam fuese invencion suya) reunió en sí la triple cualidad de legislador, guerrero y poeta, y en el libro del Coran, aquella viva y feliz imaginacion meridional hizo ostentacion de su riqueza é inventiva, pintando con fuerte colorido y vigoroso pincel las delicias del paraiso que prometia á sus sectarios, y ofreciendo así con admirable sagacidad á los ojos de aquellas gentes, atractivos y placeres sensuales los mas á propósito para alucinar su espíritu maravilloso, ardiente y entusiasta. He aquí en dos palabras el paraiso de Mahoma:

« Los escojidos tendrán su mansion, (dice el autor del Corán en varios pasajes de su libro) en un lugar de placeres nombrado *Adu* (Eden) ó tambien *gyennat Annà im* (huertos de los deleites). Y serán aquellas moradas vergeles frondosos, bajo los cuales se deslizaran rios, y saltarán copiosas fuentes, y se gozarán perpétuas sombras. Las ramas del *thuba*, ó árbol de verdes hojas que nunca se marchitarán, como ni la felicidad que ha de habitar bajo de ellas, cobijarán los innumerables palacios de los bienaventurados. Muellemente recostados en ellos sobre lechos de oro y seda, y teniendo á su lado beldades jóvenes, de hermoso rostro y esbeltas y delicadas formas, reposarán los justos á la sombra de aromosos árboles, cuyo ramaje se inclinará y doblará sobre ellos para brindarles sus sabrosos frutos. Aves de

(*) *Mohammed ben Abi bekr*, llamado el Osyuthi, por ser natural de *Osyuth* (*Siut*) en Egipto. Floreció en el siglo IX de la H. (de J. C. XV.)

(*) En el *Hama a*, coleccion ó anthologia poética ordenada en el siglo III de la H. por Abre Temmam, escritor de los que mas honran el Parnaso árabe, y la que tendremos ocasion de volver á citar.

bizarros plumajes que poblarán los aires, haciéndolos resonar con sus cánticos, vendrán tambien á posarse junto á aquellos habitantes del paraiso, para darles con sus carnes sabroso alimento. Serviránlos gentiles mancebos y galanes doncellas vestidos de seda verde, y los encantarán con celestiales canciones las huries de ojos negros. Y tales placeres serán siempre agradables y nuevos, porque no envejecerán sus cuerpos, ni sentirán las inclemencias del calor y del frio, sino que gozarán eterna y lozana la vida, y eterna y lozana la primavera."

Antes de los tiempos del profeta los árabes solamente cultivaron en sus escritos la poesia, siendo por lo tanto en verso los únicos monumentos literarios que llegaron á la posteridad. Y si bien no les fue desconocido el pronunciar arengas y discursos en que se hiciese ostentacion de las galas y primores del lenguaje y estilo, no se dedicaron, sin embargo, al estudio de la oratoria, consignando en libros los preceptos del buen decir hasta la época de los primeros califas Abbasidas, particularmente Harún Erraxid, Almansúr y Almamun, cuyo gobierno, no menos favorable y amparador de las letras que empeñado en empresas y conquistas, les brindó proteccion y ayuda para entregarse al cultivo de todas las artes y ciencias, siendo por tanto fecunda aquella edad en insignes filósofos, naturalistas, médicos, matemáticos, historiadores y retóricos.

Los siete *Moallacats* (*) son los principales, aunque no los únicos monumentos de la poesia árabe en los antiguos tiempos. Aquellos admirables poemas, cuyo mérito les valió el que por mandato de los príncipes musulmanes fuesen escritos en letras de oro, y suspendidos á las puertas del templo de la Meka, circunstancia á que deben su nombre, pertenecen al linaje de la poesia épica y guerrera, y celebran las guerras, hazañas de los reyes y caudillos árabes de aquella época, junto con las particulares aventuras y amores de los poetas que los cantaron. Sus autores, célebres por otra parte como adalides y soldados, pertenecientes todos ellos á las tribus errantes y nomadas de los desiertos del Arabia, son *Amsulqueis, Zoheir ben Abi Salmi, Lebid Rabiá, Amru ber Kaltúm, Tharaja ben el Abad, Antara ben Xeddad el Absi* y *El-haretz*, inmediatos todos á la época de Mahoma, y de ellos Lebid alcanzó á la ley de aquel reformador, puesto que la lectura del Corán que conmovió su espíritu le hizo convertirse á ella y abrazarla con entusiasmo.

En los tiempos que siguieron al legislador árabe, la literatura de esta nacion siguió la suerte de sus armas, y siéndoles esta tan próspera y favorable la dilatada época de su preponderancia militar y política, lo fue asimismo de la literaria. Embarazados y mucho en verdad nos hallariamos si tratásemos de presentar una idea, aunque superficial y ligera, de las producciones así en prosa como en verso que al fecundo ingenio árabe se debieron desde entonces, porque los escritores árabes de tales tiempos fueron sin número y florecieron en todas las naciones, habitando tres partes del mundo, y teniendo por patria á Granada ó á Marruecos, al Cairo ó á Estambul, á Ispahan ó á Damasco, á Bassora ó á Dehli. Para formar idea acertada de la multitud de libros y autores literarios, recúrrase á sus dilatadas y numerosas obras biográficas y bibliográficas; consúltese al menos á Herbelot en su Bibl. Orient., que, si harto incompleta, nos da á conocer crecidísimo número de poetas y literatos árabes (*). Mas abajo haremos mencion de algunos al presentar fragmentos de sus poesias; entre los oradores alcanzan grande reputacion Harisi y otros cuyas obras corren impresas por la Europa. En cuanto á la clasificacion literaria de sus escritos, diremos que los hay que tienen un término medio entre la epopeya y la novela histórica y caballeresca, que por lo tanto unos los reducen al primer género y otros, al segundo: tales son el *Syrat Antar* ó aventuras de este poeta guerrero; la historia de *Timur* (**), la de Alejandro Magno, á quien nombran *Dzul-Cornain* (***) el poema de *Yúsef* y *Zoleija*, y otros que fuera prolijo enumerar.

Los *Macamats* ó declamaciones morales (****) de Harisí presentan una coleccion

(*) *Moallacats* es un plural árabe que vale *suspendidos*; y este destino tuvieron en la Kaaba de la Meka. Llamaronse tambien *Edzahebiat*, esto es, dorados.

(*) Véase tambien á *Casiri Bibl. Arab. Hisp. Esc.*—*W. Jones: Poes. Asiat. Comm.* etc.

(**) Por *Ibu Arabxah*, celebradisimo escritor, que nació en Damas en 884 de la H.

(***) El de los dos cuernos, porque señoreó al Oriente y al Occidente.

(****) Esto es: estancias. El Harisi, grande y elo-

de historias muy semejantes á nuestras novelas de costumbres, escritas en prosa y verso, y altamente recomendables por los argumentos que trata, por la erudicion y grandioso estilo de orador que las adorna. En punto á cuentos y leyendas maravillosas merecen mencionarse el *Kitáb alf leilat wa-leilat* ó libro de las Mil y una Noches, obra inmensa de que no conocemos sino pequeña parte en nuestro idioma; las historietas del *Xeij el Mohdi* (*), el *quessa Sindebad el bahri* (hist. de Sindebad el marino). A todos estos libros novelescos se les suele designar con el nombre genérico de *quessas* ó narraciones de cosas y sucesos, y hállanse escritos por lo comun en prosa mezclada de verso; y quitando la diferencia de la rima, puede confundirse la primera con el segundo por la igualdad de la frase y el estilo, y porque así en la prosa como en el verso emplean los orientales un lenguaje ostentoso y figurado, muestra evidente del ingenio poético que les ha dado con mano liberal la naturaleza. En la poesia, el género que alcanza mas celebridad es el llamado *cassida* ó idiligo, poema de cortas dimensiones, puesto que no debia pasar de cien versos, pronunciado como himno de victoria, en elogio de los príncipes ó los guerreros, y en el cual el poeta solia acompañar el hecho que se proponia cantar con la descripcion de sus amores, embelleciéndole asimismo con todas las flores de la poesia, en que son tan pródigos los orientales. Si algun otro linaje de poema podia competir con este en gala y magnificencia no era sino el *gazel*, cancion ú oda amorosa y festiva de los persas, que por lo agradable y delicada elogian y admiran cuantos se entregan al estudio de la poesia oriental.

Los árabes llaman generalmente á la poesia *Xer* y al poeta *Xaer*. El verso ó dístico toma el nombre de *beit* (tienda ó pabellon, porque á la de él comparan su estructura) y se compone de dos hemistiquios, dichos cada cual *messrá* ó puerta. La palabra *arudha* tiene para ellos la propia significacion que para nosotros *metro*. Una coleccion de poesias del mismo ó de varios autores y clases se designa con la palabra *diwan*. En la poesia arábiga se ajusta la formacion de los versos á ciertas leyes y reglas métricas, consistentes en la medida y valor numérico de los pies, y en el empleo y disposicion varia de las consonantes, de lo cual no nos ocupamos mas estensamente por ser al presente ageno de nuestro propósito.

En siete géneros ó clases suelen dividir los árabes su poesia, los que designan con estos nombres: *el hamaṣa* ó poesia heróica y guerrera; *el maratri*, fúnebre; *el àdab wa-n-nasciha*, moral y de consejo; *en-nascib* erótica, *etz-tzana wa-lmadich*, laudatoria; *el hegyá*, satírica; y *es-sefat*, lírica ó descriptiva. Cuando se reunen en un cuerpo composiciones de todas ó de algunas de estas clases, á tal coleccion se le da el nombre de diwan.

Puesto que intentamos ofrecer una idea tan aproximada cuanto nos sea posible del gusto poético de los orientales, aunque sin seguir precisamente la division indicada, fuerza será el que con sus escritos á la vista nos detengamos, bien que brevemente, sobre lo que en sus géneros mas importantes ha producido la poesia de aquellos pueblos.

El que contamos en primer lugar, y ciertamente en el que mas han sobresalido los árabes, dotados por la naturaleza de un espíritu ardiente y fiero, y un génio por escelencia conquistador, es el que nombran *el hamasa*, ó canto heróico y guerrero. Las guerras y empresas militares se revisten á la verdad entre aquellas gentes de un carácter mas grandioso y mas noblemente marcial que en otros pueblos, sobre todo en los tiempos mas lejanos; puesto que como los antiguos guerreros de Israel, personajes de las epopeyas bíblicas, acometian sus espediciones y ejecutaban sus mas memorables proezas, no alistados á sueldo por algun príncipe ó monarca, sino sirviendo tan solo á los intereses de sus tribus ó familias, que eran los suyos propios, y mirando el triunfo como su salvacion, su honra y provecho particular é inmediato. Aquellos caudillos y soldados que empeñados siempre en guerras con los de su nacion ó con los estraños, vagaban ora por los desiertos del Arabia, ora por las vecinas naciones en escursiones y correrías contínuas, llevando su hacienda y sus mujeres en la espalda de sus camellos ó á la grupa de sus corceles, y que todo lo aventuraban en la próspera ó adversa fortuna de los combates, como tambien los

cuente prosista árabe que vivió en el siglo V de la H. Los Macamats publicolos Sacy en Paris en 1822.

(*) Sábio de nuestros tiempos, y nacido en el Cairo.

que mas tarde se lanzaron á cubrir en asoladora plaga la mayor parte, si no la mas principal, de lo que habia formado los imperios griego y romano, eran tan bravos é indomables, que todos ellos podian decir con Antara (*) quien por lo guerrero al par que por lo poeta se habia ceñido el láurel de la inmortalidad entre los árabes ante-islamitas:

«Mi lecho es la silla de mi corcel."

Y aun cuando no meros guerreros que solo daban acojida al furor militar, sino que eran tambien señalados poetas, y lo que es mas admirable, caballeros generosos y fieles, llenos de sentimientos, de lealtad, de nobleza y de rendimiento amoroso á sus beldades, el espíritu invencible y guerrero mirábanlo ciertamente como el título mas poderoso que podian presentar á los ojos de su amada para merecer su cariño, diciéndoles con el mismo Antara, en otro lugar de su Moallaca:

«¿Porqué esquivarme tu vista? ¿porqué negarte á mí? ¿No soy yo quien sé triunfar de los guerreros de aceradas armaduras?"

Para espresar de todo punto las ideas y sentimientos que campean en este género de composiciones, donde el poeta canta casi siempre sus propias aventuras, muchas de ellas habríamos de copiar; mas puesto que no nos permita esto la brevedad que nos hemos propuesto guardar en el asunto que nos ocupa, presentaremos tan solo esta que Abu Temmán (**) da como de Amru ben Madi Karb, y en la que se revela poderosamente todavia, despues del vigor y originalidad que haya perdido en la traduccion, el pensamiento que predominaba en tales cantos guerreros:

«No consiste la honra en el traje suntuoso, ni en adornarse con vestiduras de grandeza;

«Porque solo da honor la sangre ilustre, y son las virtudes las que dejan la gloria en herencia.

«Fortalecime contra la fortuna, con una fuerte loriga y un robusto corcel,

«Y con la hoja ondeada que atraviesa las armaduras y cascos.

«Y el asta recia que vibra cuando la lanzo derecha contra el enemigo.

«Y hoy esperimenté mis fuerzas peleando con los de Kab y Nehda.

«Gentes son que visten hierro, y que fuertes como los leopardos se ostentan con sus armaduras y corazas.

«Cada uno de ellos acude en el dia de la batalla, defendido con cuanto á mano encuentra.

«Empero al contemplar en el trance á nuestras jóvenes doncellas, que con sus delicados pies hollaban la dura y abrasada arena;

«Y ofreciéndose á mis ojos *Lamís*, cual si fuese la luna de los cielos que brillaba:

«Resuelto cerré en fiero choque con su caudillo, y con los otros que habian jurado hartarse en mi sangre, como yo tambien en la suya.

«¡Ay! á cuantos leales y sinceros hermanos les abri entonces con mis manos el sepulcro!

«Mas no por ello desmayó mi espíritu ni dió entrada al terror ó la flaqueza, puesto que en nada á los muertos les aprovecharian mis lágrimas.

«Yo solo reemplazé á los que perecieron, ocupé su lugar, y suplí el número de los que habian de rendirse con los contrarios.

«Muriendo, me abandonaron ya los que amaba, y á todos sobreviví solo con mi espada."

Y á veces las ásperas é inaccesibles rocas, los espantosos precipicios y vastos y desamparados yermos de una parte del Arabia, por donde los encaminaban sus espediciones ó aventuras, les inspiraban cuadros sombríos y formidables, en que lo heróico y sublime del sentimiento que los dictaba, resaltaba mas con las tintas de terror y espanto que daba el poeta á su composicion. Tal se advierte en esta de un antiguo escritor árabe:

«Penetraba entre las gargantas y quiebras de los montes en donde mora el *naám* (*) y silvan los génios y fantasmas.

«Enmedio de la noche tenebrosa envuel-

(*) *Antara ben Xeddâd el Absi*, es acaso el poeta mas famoso del gentilismo árabe, cuyos hechos y maravillosas aventuras merecieron ser celebradas de los árabes de tiempos posteriores en un poema á quien puede darse la calificacion de épico, y floreció como un siglo antes de Mahoma, perteneciendo á la tribu de *Abs*, de donde toma el nombre de *el Absi*. De las demas circunstancias y hechos de su vida, que han pasado á la posteridad salvando el olvido de las edades, nos ocuparemos en otro trabajo, á propósito de una traduccion de su poema *Moallaca* que alcanza la mayor celebridad entre los escritos que de él se conservan.

(**) En el libro del *Hamasa*.

(*) El avestruz.

ta en densa oscuridad como son negros en el *Sigyan* (*) y profundas y aterradoras.

« En tanto que mis compañeros poseidos del sueño, se inclinaban abatidos como las débiles ramas del jerwá (**).

« Por mas que saliesen á mi encuentro las tinieblas como mar oscuro y sin orillas, como desierto espantable, pavoroso y sin camino.

« Donde lleva inciertos pasos el guia, y alza siniestro clamor el buho, y divaga lleno de terror el viajero."

En el género de poesia fúnebre ó *el maratzi*, la muerte del célebre guerrero *Man* (***) inspiró muchas elegias á los antiguos poetas árabes. He aquí el fragmento de una de ellas por *Hosein Essadi*, y que se cita en la misma coleccion poética del Hamasa.

« Llegaos á visitar á *Man*, y decid á su sepulcro:

« Báñente con su rocio, riego sobre riego, las nubes de la mañana.

« Tumba del guerrero ¿cómo puedes encerrar su liberalidad en tu estrecho recinto, cuando los mares y las tierras se llenaban de ella á un tiempo?

« Porque fue varon cuyos largos beneficios aun viven, y son fecundos despues de su muerte:

« Como despues de haber regado el arroyo los campos en la primavera, se convierte en fertil pradera el lugar por donde pasó.

« Mas ya con su muerte murió tambien la grandeza de ánimo, y estinguiose la generosidad y la magnificencia."

Breve pero sentida y elocuente es la siguiente plegaria con que llora una hermana la muerte de su hermano Walid ben Tharif, y que se halla en Ibu Jallikan (****).

« Sobre la cumbre de *Nehaki*, en la cima de un monte que descuella sobre los otros montes, un sepulcro atrae las miradas del que camina.

« En él se encierran ¡ay! la gloria, el honor y la nobleza, la fortaleza del heróe y la prudencia del sábio.

« ¿Porqué, pues, conservais vuestra frondosidad y lozania, árboles de la selva de Jabúr, cual si no os entristeciera la muerte del hijo de Tharif?

« El generoso mancebo que no ambicionaba otra fortuna que la de las nobles prendas, ni mas riquezas que las espadas y lanzas.

« Para quien era preciado sobre todo rico tesoro el escuadron de los fieros corceles acostumbrados á romper las espesas falanges.

« La paz del Señor repose por siempre sobre él... ¡Ay! los tiros de la muerte alcanzan siempre mas certeros al hombre distinguido y generoso."

Aun cuando el carácter moral no es una dote que ostentan con frecuencia los escritos de los árabes, todavia se encuentran en las colecciones de sus sentencias y proverbios, escelentes máximas de moralidad, y en la poesia de costumbres se hallan á veces composiciones tan notables como la que copiamos á continuacion: (*)

« El tiempo compónese de dos dias, tranquilo y apacible el uno, cercado de temores y peligros el otro. Y la vida presenta igualmente dos fases: serena y clara ésta, oscura y tempestuosa aquella.

« Responded á los que os echan en rostro las alteraciones y reveses de la fortuna que esta no se ensaña sino contra los hombres notables y distinguidos.

« ¿No veis como el mar enaltece sobre sus ondas los yertos cadáveres, y deja permanecer en el fondo á las mas preciosas perlas?

« Y como el recio soplo de los vientos no derriba sino á los árboles empinados y que ocupan las alturas?

Arboles de toda especie cubren el haz de la tierra; mas solo se arrojan piedras contra los que se muestran coronados de frutos.

Estrellas sin número ocupan el cielo; pero no sufren eclipse sino el sol y la luna.

Flores de todos matices esmaltan al vergel, y no se cojen mas que la rosa y el azahar.

... .

« Los dias prósperos infunden tranquilidad y confianza al espíritu, y en ellos no se preveen los eventos de la suerte.

(*) Profundo lugar del infierno.

(**) Arbusto llamado *Palma Christi*.

(***) *Man* fue uno de los mas distinguidos capitanes del Meruán, último califa Ommiada.

(****) En el libro del *Ambaebnaz-zaman* ó historias de los hijos del tiempo. Ibu Jallikan vivió desde 608 á 681 de la H.

(*) Se atribuye á *Xams el Mali Cabús*, príncipe de la Georgia que murió en 403 de la H. (de J. C 1005).

« Así como las noches serenas os llenan de seguridad con su calma. Pero ella es harto engañosa: porque la serenidad de las noches es á veces precursora de las tempestades."

De otro poeta árabe:

« En las alternativas de sus tiempos prósperos y adversos, es el mortal semejante á un árbol á quien segun la estacion ya se mira floreciente ó ya marchito.

« Los hombres rodean ansiosos al árbol, y le elogian y admiran mientras que duran sus frutos. Mas luego que se despoja de ellos, se apartan de él y le abandonan, no inspirándoles ya sino desvio y tristeza.

« ¡Mal haya á todos los hijos de este tiempo! Porque no se hallará uno por cada mil de ellos que ame con generosidad y desinterés!"

El dogma del fatalismo, capital entre los orientales, suele ser el pensamiento que predomina en su poesia moral, como en esta estrofa que se cita en la historia de Sindebad el marino (*).

« Deja al destino seguir su carrera, y pasa tus noches con tranquilidad de corazon:

Porque en tanto que tus ojos reposan en un sueño y cuando mas inadvertido estás, trueca el Señor en otro tu estado."

Sobre la poesia erótica ó amatoria de los árabes que llaman *Ennaseiba*, es del caso advertir, que aunque las costumbres sociales de aquellas gentes colocan constantemente á la muger en cierta condicion de inferioridad y servidumbre, aun cuando no haya sido esto observancia de todos los tiempos y lugares, no dejan de considerar al amor como una pasion, y una pasion por cierto noble y digna, y no como el anhelo de un placer puramente de los sentidos.

Ya insinuamos algo mas arriba sobre el espíritu caballeresco de los árabes, de los antiguos sobre todo, que les hacia tributar á la muger toda honra y proteccion, y la adoracion y rendimiento mas fiel, empeñándose á cada paso por ellas en guerras y aventuras, ya porque miraban interesado su honor en que no sufriesen ultraje alguno aquellos objetos de su estimacion y su ternura, ó ya porque presos del amor de una hermosa, se decidiesen á tomarla para sí á pesar de todos los obstáculos y peligros que los intereses encontrados de las tribus, ó la rivalidad de otros amadores opusiesen al logro de sus deseos. Y los cantos heróicos de aquellos antiguos poetas árabes tenian mucho de amatorios, puesto que se reducian en gran parte á celebrar los amores del guerrero cantor, como es de ver en los celebrados Moallacas. Así en la historia de aquel Antara, bravo adalid é insigne poeta, vemos al héroe, que habiendo dado término á un sangriento combate, aun no se ha enjugado el sudor de su rostro, ni envainado la espada teñida en sangre enemiga, cuando llega anhelante á los pies de su amada la bella *Abla*, para recibir en una sonrisa de ella el premio de su heroismo, y la improvisa estos versos:

« Ciertamente me acordaba de tí en tanto que las lanzas bebian

« En mi cuerpo, y los aceros de la India (*) se bañaban en mi sangre.

« Y ansiaba con ardor imprimir mis besos en las espadas;

« Porque ellas brillaban como tus dientes cuando sonries."

Así pinta un poeta árabe la entrevista de dos amantes:

« La pasion condujo al amante al lado de su amada, y en el éstasis de su ternura se convirtieron en uno solo sus dos corazones.

« Hélos que se paran junto al mar del amor, que es á la vista bonancible y delicioso. Peregrinos en la tierra, el amor es la provision que llevan en su camino.

« No hacen sino detenerse, porque el tiempo del amor y del goce es volador y breve. Y en aquel instante con las mejillas bañadas en llanto, se repiten el uno al otro:

«Culpa es, en verdad, de los dias, y no de aquellos para quienes los dias pasan, que huyan los de felicidad tan presto."

Citaremos por último estos versos que la princesa *Umm el kirám* (**) hija del Rey Almotassem (***) de Almeria, compuso á

(*) *Quissat Sindebad el b ahri.*

(*) En el testo: *Bidh el Hind.* Las espadas de la India son famosas entre los árabes por lo bien templado y cortante de su acero.

(**) Esto es: madre de los collares. Nadie ignora que son por lo comun metafóricos los nombres que usan los orientales. Así el hebreo *Susana* significa rosa ó lirio; el árabe *Azza* la preciosa, *Leila* la noche, *Wardnisán* rosa de Marzo, etc.

(***) La corte de *Almotassem* que imperó desde 446 de la H. (de J. C. 1048) fue como una academia de poetas, contándose en el número de tales aun muchos prín-

propósito de su amor por el bizarro Essammár de Denia:

«¡Oh sociedad de los hombres! á admiracion os moveré, contándoos la enfermedad y la tristeza con que el amor aflige á mi alma:

«Por aquel que resplandeció á mis ojos mas brillante que el astro de la noche (*Badr*: la luna) cuando de sus celestes mansiones desciende á iluminar la tierra.

«Basta á mi felicidad el obtener su amorosa ternura. Y aun cuando de mi lado se aparta, con el suyo está junto siempre mi corazon."

Mas el género de poesia en que se muestra mas la viveza y fecundidad de la imaginacion oriental, y en donde esta puede hacer alarde y gala de toda su riqueza, amenidad y pompa es á no dudarlo en el lírico ó descriptivo. Bien que á la clase de lírica y descriptiva podemos reducir toda su poesia, si debe darse con rigor apelacion de tal á aquella en que el poeta se espresa de contínuo por imágenes y alegorias, revistiéndose siempre el pensamiento de formas materiales, y que hablan y se hacen visibles desde luego á los sentidos. Este carácter y cualidad de la poesia de los orientales, que hemos hecho notar mas de una vez en el curso del presente relato, se manifiesta y declara por rasgos que, en lo general, agradan y seducen por lo delicado é ingenioso de la idea, como admiran y sorprenden por lo enérgico y lo osado de las alusiones y metáforas. He aquí algunos de estos rasgos tomados al azar y sin eleccion, como quien en un ameno vergel discurriendo para formar un ramo de flores, se suspende ante la multitud de ellas á cual mas gallardas y hermosas, no acertando cuales ha de escojer entre las innumerables que atraen y cautivan sus miradas.

Sobre la beldad de las mugeres:

«Si tu encontrares á mi gacela:, sus ojos en lo penetrante asemejan á dos flechas.

«Sus mejillas son como el astro que aparta las tinieblas cuando aparece con sus luces en el cielo."

—

«Cuando desata los rizos de su negra cabellera, la mañana mas clara se torna en oscura noche.

«Mas si descubre en la oscuridad su semblante, la claridad que derrama ilumina al mundo del oriente al occidente.

—

«¿Quién formó las sombras de la noche del negro de sus cabellos, y de la luz de su frente el resplandeciente brillo con que aparece la aurora?

—

«¿Por qué la jóven gacela se contempla en un espejo, cuando de él pudieran serlo sus gracias?

—

«¿Crees por ventura que puedan deleitarme las ramas flexibles del ban, despues de haber admirado la esbeltez de tu delicado talle?

«¿Ni que los colores de la rosa ó la anémona agraden á mis ojos, cuando he contemplado tus mejillas?

—

«Ví en el huerto una violeta, cuyas hojas brillaban con el rocio:

«Era semejante aquella flor á la doncella de ojos azules, cuyos párpados están bañados en lágrimas.

—

«Lució como la luna, é inclinose cual una rama del ban, y fue su olor el del ambar, y su tierna mirada la de la gacela.

—

«El cuello de *Fathima* se muestra erguido con gracia como el del *reim* (*) mas le vence en el adorno de sus atractivos.

«Su copiosa y negra cabellera se derrama cubriendo sus espaldas, como cubren el tronco de la palmera sus ramas cargadas de espesos racimos (**)."

—

Sobre un vergel:

«Las rosas crecen sobre el follage como se estiende el rubor sobre las mejillas de una virgen.

«Y el agua se desliza entre el cesped que cubre el suelo como el letargo del sueño

cipes de la familia real. Almotassem fue muy amante de las letras, dispensando á sus adeptos una acojida y proteccion que le pagaron aquellos á veces en injuriosas sátiras. Véase al orientalista *Mr. Dory* en su escelente obra: *Recherches sur l'hist. polit et litt. de l'Espagne pendant le moyen age* (Leide 1849). Los versos de que hacemos mencion y cita Dory en su libro, están tomados de *Elmaccari*, escritor africano que floreció en el siglo XI de la H. (de J. C. XVII) y compuso la historia de las dinastias mahometanas de España, que publicó traducida en inglés nuestro célebre Gayangos. (Lóndres 1843).

(*) El *reim* es una especie de gacela hermosa por la blancura y el brillo de su piel.

(**) Versos de *Amrul-queis* en su Moallaca. Fathima era la amante de aquel célebre poeta.

sobre los ojos del que se adormece.

—

De dos jóvenes durmiendo:

«Yo miré á dos jóvenes que yacian adormidos sobre la tierra...

«Eran dos soles de la mañana, dos lunas de la negra noche, dos gacelas de la soledad, dos ramos del *Naca* (*), dos imágenes de la hermosura."

—

De un batel:

«Contempla ese batel (*markab*); su vista arrebatará tus ojos. Emulo del rayo corre sobre las olas.

«Diriase que es un ave que acosada de la sed se ha precipitado en las aguas."

—

Sobre un canal:

«Su cristalino cauce es como el acero de una espada bruñida y luciente, solo que él en lugar de pavor, da gozo al que le contempla.

«Y veo nadar en él á niños de blancos cuellos, cual si fuesen estrellas en la via láctea."

—

A un sepulcro:

«¡Oh sepulcro (*cabr*)! tú no eres el cielo ni un jardin: ¿cómo pues se encierran en tí una rama flexible (*ghossn*) y una luna resplandeciente (*Cámar*)?

—

A un corcél:

«Mira ese corcél (*Thirf*). Es negro, pero manchado de blanco en la frente y en los pies:

«Es como una noche del invierno en que brilla la luna llena, rodeada de luceros."

—

A éfiro (*Saba*):

Así le introduce hablando un poeta oriental:

«Yo soy quien hago llegar á sazon los frutos; por mí muestran su hermosura las flores, y corren suavemente los arroyos y se fecundan los árboles;

«Y exhálanse los secretos de los amantes. Anunció al amanecer la visita del amigo. Yo soy el mensajero de los que aman á sus amadas. Y llevó el deleite y el bienestar á cuantos se lamentan de sus desventuras."

(*) *Naca* es un lugar que miran por santo los mahometanos en la montaña de Arafat cercana á la Meka.

Y es muy comun entre ellos arengarle de tal suerte:

«Oh céfiro, si acertares á pasar por la mansion de mi adorada, tráeme el aroma de sus suaves rizos, y sus palabras de amor."

—

La nube y la pradera (*).

«La nube llega sobre los prados, y estos se quejan á ella de las angustias en que han estado por su ausencia.

«La nube entonces se acerca, los besa, y llorando con ternura derrama sobre ellos el rocio bienhechor. Y los prados sonrien y resplandecen de júbilo por la vuelta de la que amaban."

—

En un festin (**).

«Las copas, oh Abul-alá, rebosan ya con el vino, y circulan de una en otra, en las manos de los alegres convidados. El viento sacude blandamente las ramas de los árboles, y las palomas exhalan su arrullo mecidas sobre las mas altas copas. Llega y bebe á la orilla de este arroyo del vino generoso y puro, que por su encendido color se creeria esprimido de las mejillas del gallardo escanciador que nos lo brinda.

«Ven á acompañar nuestro banquete mientras asoma la aurora, oh Abu'Amir, porque la juventud no goza de los bienes de la vida sino al nacer del dia, cuando la mano del viento abrasador aun no ha enjugado en las mejillas de las flores las lágrimas del matinal rocio."

Así por la muestra que acabamos de hacer tomando ejemplos en los poemas y escritos de los orientales, como por otro estudio y trabajo mas prolijo y conciensudo, que sobre el propio asunto se emprendiere, será de observar antes de todo el estilo y

(*) Así se espresa á este propósito *Humbert* en las notas á su *Anthologie drabe* (Paris 1819) de donde hemos tomado algunos trosos de poesia de los aquí citados.

«Los amores de la nube y la pradera, sobre todo, los de esta y el ruiseñor se hallan con mucha frecuencia entre los árabes... Mientras que los persas suelen embellecer sus ligeras poesias con el elogio de las rosas, del vino, ó del ruiseñor, los árabes cantan con preferencia la frescura del céfiro, las nubes, los arroyos, el verdor de los campos. La diferencia de sus climas respectivos esplica sobradamente esta diferencia en la eleccion de los adornos poéticos."

(**) Del poeta Rafi Ed-daulah, hijo del Rey de Almería Almotassem, Este trozo no hemos hecho sino volverlo al castellano de la traduccion del celebrado Dory en su ya citada obra. En los otros fragmentos de poesias árabes presentados aquí nos hemos ajustado casi siempre á la letra del testo original.

frases de continuo figurada é hiperbólica con que se espresa el pensamiento, cualidad que como tan inseparable y esencial, por decirlo así, á la poesia, es fuente para ella de grandes bellezas, cuando no la deslucen la afectacion ú oscuridad, lo que no es raro por cierto en la que hemos venido examinando. Son de notar asimismo la prodigalidad en los adornos, la frescura y brillantez del colorido, lo vigoroso de las pinceladas, la variedad y feliz combinacion de las tintas, y en fin toda la lozania y riqueza de invencion que reluce en aquellos cuadros. En cuanto á las dotes particulares del lenguaje, la pureza de la diccion, lo elocuente y espresivo de la frase, y otras circunstancias que dan mérito y gracias al discurso, cualidades son propias y peculiares de cada idioma, de que no puede juzgar por completo un estraño ó advenedizo en él; y esta es asimismo la causa de que aparezcan como defectos las bellezas, ó se nos hagan impenetrables y oscuros así el pensamiento mismo como las figuras y palabras que son su forma y espresion. Así, ni por nuestro gusto ni por nuestros preceptos literarios, podemos juzgar de la poesia de unas gentes que tienen su gusto y sus reglas particulares y distintas, sino que prescindiendo de nuestras teorias y opiniones en tal punto, nos será forzoso el admirar notas y caracteres de atractivo y hermosura, que nada pierden de su valor en sernos desconocidos, y por ignorados, misteriosos.

Para complemento y fin de nuestro trabajo, que ya se va alargando en demasia, habremos de hacer algunas aunque ligeras observaciones, sobre la marcha que ha seguido la poesia de los árabes segun las épocas y vicisitudes que recorrió aquel antiguo pueblo en el dilatado periodo de su existencia. Y este examen nos hará ver, no solo que la poesia de las gentes de que vamos hablando conoció sus diversos estados de infancia, de completo y cabal desarrollo y de decrepitud y decadencia, condicion natural de todas las cosas humanas, sino que tambien segun la mudanza de los tiempos, cambió y varió notablemente en su esencia y carácter, en sabor y gusto y hasta en las formas y maneras esteriores. En los tiempos primitivos y de ignorancia (el-gyahilia), cultivada la poesia por los árabes durante su estancia por las soledades del Higyaz y del Yemen (*) hubo de tomar su carácter de las costumbres peculiares de aquellas errantes familias, que no se componian sino de pastores y guerreros, siendo por tanto sencilla y al par magestuosa y sublime como la de los hebreos. En aquella época, aunque los poemas y cantares participaban en algo de la rudeza de los poetas y cantores, es sin embargo en donde á mayor altura y grandeza se elevó la poesia de los árabes, porque no retrataba sino los cuadros magníficos de la naturaleza, de que eran ellos espectadores, y que embellecia al describirlos su viva imaginacion y las escenas interesantes y maravillosas de las aventuras y las guerras. Esta poesia de las tradiciones del desierto, heróica por naturaleza, puesto que celebraba hechos y hazañas fabulosas y de tiempos fabulosos, y que á mas tenia para los árabes el prestigio de traer á su memoria las costumbres de sus mayores y los orígenes de su nacion, fue para ello objeto de imitacion y estudio, cuando ya derramados lejos del pais que fuera su cuna, y con usos, leyes y creencias del todo al todo diversas de las primitivas, su poder y prosperidad los llamaron á cultivar las ciencias y artes. Y en tiempos mas posteriores, cuando floreciente el imperio y la ilustracion árabe en nuestra Península, la poesia conoció un brillante periodo y tuvo numerosos cultivadores, como que en dos grandes escuelas se dividieron los adeptos de la arte divina: una imitadora de la antiguedad, escogiendo sus tipos y modelos en los escritores que florecieron antes de Mahoma y en los dias que mas próximos siguieron á aquel adalid, que solo fue cultivada por los sábios y personas mas ilustradas, y cuyos acentos no resonaban sino en los palacios y junto á los monarcas, poesia á quien por tanto podriamos llamar clásica: la otra popular, nacida de las nuevas costumbres y de la naturaleza del nuevo pais, inteligible al vulgo como la anterior á los reyes y magnates, y que si algo conservó de la antigua, fue acaso tan solo la medida y la formacion de las estrofas, si bien nos aventuramos á creer que las nuevas ideas fueron vaciadas en moldes nuevos tambien, y esta fue la que imitaron mas tarde los trovadores y primeros poetas castellanos, alumbrados con un reflejo de la ilustracion árabe al salir de las

(*) Nombres de la Arabia Petrea y Feliz.

tinieblas de ignorancia que envolvian la España cristiana, compañeras de su postracion y abatimiento, no pasando aun á tomarse por dechados los autores de la antiguedad romana, como hicieron mas tarde, porque esto no era compatible con su rudeza de entonces. La poesia, pues, de los árabes de los tiempos antiguos, ó heróica, no habia quedado ya sino en los libros, y se la estudiaba é imitaba como los griegos posteriores imitaron á Homero, y como las naciones que formaron un tiempo parte del imperio romano y hablaron su lengua han seguido los modelos latinos. Y hoy que yace eclipsado de siglos há el esplendor de gloria del pueblo árabe, y que su nacionalidad se puede decir que apenas en realidad subsiste, su poesia envuelta en la ruina de su imperio, escasos vestigios ha dejado de sí misma sino en los libros respetados por los estragos del tiempo; y estos tesoros de la inteligencia y saber humano son estraños é incomprensibles por el pensamiento y por el idioma en que se hallan escritos, á los modernos hijos de aquella antigua nacion.

Aqui no hemos hecho mas que trazar un débil bosquejo de las formas y carácter de que se reviste en lo general la poesia de los orientales. Hacer un exámen de las creaciones que á ella se deben, y seguirla en su historia y detalles, ni es ahora de nuestro propósito ni cosa que puede reducirse á breve espacio. Diremos en resumen y conclusion, que si la poesia de los orientales en general es de gran interes para todos los pueblos, la de los árabes en particular, tiene señalada importancia para nosotros, moradores de un pais en que fijaron por tanto tiempo sus tiendas los hijos del desierto, y donde han quedado de ellos tantos vestigios en el lenguaje, en las costumbres, y en las obras del arte. Mas adelante, si nos es posible, consagraremos algunas líneas á los escritores árabes que han florecido en este suelo (*), donde como es conocido, encendieron los muslemites una antorcha de ilustracion durante las tinieblas de la edad media.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid Julio de 1851.

(*) En la obra del escritor árabe *Mohammed Abu Abdallah ben Aljathib*, natural de Granada, titulada *Elahitha fi tarij Gharnatha* (suma de noticias de las cronicas de Granada) cuyo codice M. S. se halla en la Bibl. nac. de Madrid (Cod. GG. 26, 27 y 28) se hace mencion de hasta cincuenta célebres poetas y escritores malagueños que florecieron del siglo IV al VIII de la H. dándose de ellos algunos apuntes biograficos, y copiándose parte de sus composiciones mas celebradas. De estos literatos, pues, de nuestra patria, y de los productos de su ingenio, como de cosa concerniente á dar muestra del estado de civilizacion y cultura que alcanzaba Malaga en aquella época de la dominacion de los árabes, y á ilustrar por tanto su historia política y literaria en el mismo periodo, nos proponemos ocuparnos en otra ocasion, traduciendo y anotando los lugares del citado Abu Aljathib, en que tan preciosas noticias se contienen.



COMBATE DE NAVARINO.

El combate de Navarino es uno de los acontecimientos mas notables de estos últimos años, y merece ocupar un lugar distinguido en la historia, por los resultados que tuvo, y lo mucho que contribuyó al completo triunfo de la causa de los griegos. A la muerte de Alejandro, Emperador de Rusia, estalló en todo el imperio tan violenta simpatía en favor de los helenos, que hubiera sido imposible al Emperador Nicolás, sucesor de aquel, comprimir el fervor que origina una comun creencia. Así, pues, el gabinete de S. Petersburgo declaró á la Europa que estaba resuelto á socorrer á la Grecia, en cuya empresa le siguieron la Inglaterra y la Francia, celosas de la influencia que podia adquirir la Rusia en el Mediterráneo, si se la dejaba intervenir sola en los asuntos de Grecia.

Puestas de acuerdo estas tres grandes potencias para obligar á la Puerta Otomana á que reconociese la independencia de los helenos, envió cada una al Mediterráneo una escuadra de cuatro navios de línea, cuatro fragatas y algunas embarcaciones ligeras, cuyos comandantes se pusieron de acuerdo sobre las medidas que debian tomar á fin de lograr un armisticio, ó de impedir las hostilidades entre las fuerzas griegas y otomanas.

Habíase creido por un momento que el bajá de Egipto no participaria de las ideas de su soberano, y conforme con las disposiciones adoptadas por las tres grandes potencias, suspenderia la salida de la espedicion preparada en el puerto de Alejandria, segun se lo habian indicado aquellas. Pero sucedió todo lo contrario; y la espedicion turco-egipcia compuesta en todo de noventa y dos velas, á las órdenes de Ibrahim y del capitan Tahir Bajá salió del espresado puerto, burló la vigilancia de los cruceros de las potencias aliadas, y entró en el puerto de Navarino el 9 de Setiembre de 1827.

El almirante inglés, informado el primero de la entrada de la flota turco-egipcia en Navarino, púsose á cruzar delante de aquel puerto, esperando la llegada de las escuadras francesa y rusa. El 19 de Setiembre, Ibrahim hizo salir á Tahir Bajá con una division de su flota, con el intento de saber cómo se portaria el almirante inglés, que cruzaba solo hacia algunos dias delante de Navarino; mas al punto que sir Eduardo Codrington vió salir á las embarcaciones turcas, envió una fragata junto á Tahir Bajá, para anunciarle que era preciso volver á Navarino, y que de no, emplearia la fuerza para obligarle á ello. «Muy estraña me parece, respondió el comandante turco, esta notificacion: yo debo participarla á Ibrahim, mi general en gefe." Apenas instruido éste de tales amenazas, declaró al almirante inglés que no empezaria las hostilidades sin haber recibido para ello órden formal de la Sublime Puerta; y que en consecuencia la habia dado al capitan bajá de volver á entrar en Navarino. «Pero, añadió, saldré con toda mi flota si mi plan de campaña así lo exige; y sin miramiento á las fuerzas

combinadas que quieran oponerse á ello, me espondré antes bien á todos los peligros por mas inminentes que sean, á fin de cumplir con el deber de un general, que no debe interpretar las instrucciones de su gobierno."

El 21 por la mañana, la escuadra francesa incorporóse con la division inglesa delante de Navarino. El 23 pidieron los dos almirantes una audiencia á Ibrahim, que se la concedió. «Hemos recibido de nuestros gabinetes, dijéronle, la órden formal de hacer cesar la efusion de sangre, y de obligar á la fuerza á aquella de las dos partes beligerantes que lo rehusara; los griegos se han sometido á esa resolucion; si quereis continuar solo las hostilidades, esponeis á vuestra armada á los mayores peligros, sacrificando los intereses de Su Alteza, intereses que debeis proteger y defender."

Los dos almirantes se esforzaron á hacer comprender á Ibrahim la insuficiencia de los medios de resistencia de la Puerta contra la voluntad de las potencias aliadas. Escuchólos Ibrahim con tanta sangre fria como atencion: «Servidor de la Sublime Puerta, respondió, he recibido órdenes para hacer la guerra en Morea; sin embargo, no estando previsto el caso que se presenta, voy á despachar correos á Constantinopla y Egipto, y hasta su vuelta, aseguro sobre mi honor, que no saldrá de Navarino ningun buque de mi armada."

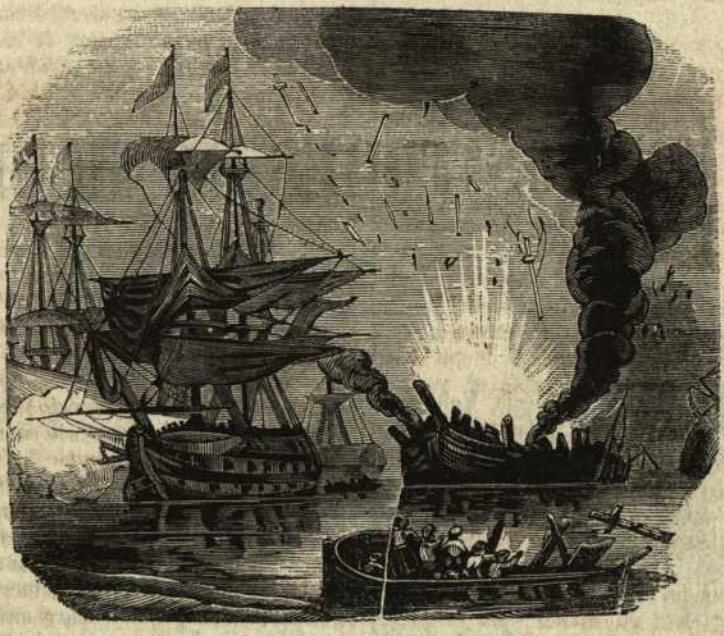
No tardó en ser violada esta seguridad. Dirigiérase la escuadra inglesa sobre Zante, y sobre Milo la francesa para rehacer sus víveres, dejando cada cual una fragata, el *Darmouth* y el *Armide*, delante de Navarino, para observar los movimientos de la flota otomana. Apenas fondeara en Zante el almirante Codrington, cuando participóle una señal como treinta embarcaciones turcas, á despecho del armisticio, habian salido de Navarino; al punto hácese de nuevo en alta mar, dirígese en derechura al almirante turco, quéjase de la falta de fe, y le declara que está pronto á oponerse á la fuerza á su paso. Por su parte, M. de Rigny, avisado al mismo tiempo que el comandante inglés, volvió á tomar con su escuadra el derrotero de Navarino. Habiendo llegado por último las fuerzas rusas, reuniéronse los tres almirantes: «Y, dice el boletin oficial publicado sobre esta entrevista, considerando la violacion del armisticio consentido por Ibrahim Bajá, la continuacion del sistema de esterminio seguido por sus tropas en la Morea, y la inutilidad de las representaciones que se le han hecho, hemos resuelto tomar posicion con nuestras escuadras en el puerto de Navarino, *para de nuevo hacer á Ibrahim proposiciones evidentemente en el interés de la misma Puerta.*"

Tomada esa resolucion, confirióse el mando, insiguiendo las instrucciones, al mas antiguo de los tres almirantes, que era el vice-almirante inglés, sir Eduardo Codrington, quien dió las disposiciones necesarias. El 20 de Octubre á medio dia, pusiéronse las tres escuadras en línea de batalla. La flota turca componíase de tres navios de línea, otro sin obras muertas, diez y nueve fragatas, veinte y seis corbetas, doce bricks y cinco brulotes. Consistian las fuerzas aliadas en diez navios de línea, diez fragatas y algunas embarcaciones ligeras.

Dada la señal para forzar la entrada del puerto, púsose el almirante inglés al frente de la línea con los buques de su division: colocóse inmediatamente detrás de él la escuadra francesa, llevando á su frente la *Sirena*, en la cual ondeaba el pabellon del almirante de Rigny; y los rusos en número de cuatro navios y de cuatro fragatas, formaban la retaguardia. Los seis buques del frente pasaron á tiro de pistola de las baterías de Navarino, sin ser molestados; todo parecia anunciar que se pasaria la jornada sin quemar un solo cartucho. Sin embargo, la fragata el *Darmouth*, que habia sido destacada de la vanguardia para ir á anunciar á los brulotes turcos que se alejasen del fondeadero ocupado por las escuadras aliadas, vino á echar el áncora junto á esos buques, y les despachó algunas embarcaciones. Un fusilazo salido de uno de los brulotes mató al midshipman, á quien confiara el capitan inglés el mando de una de aquellas embarcaciones, lo cual dió márgen á un vivo escopeteo entre el *Darmouth* y los brulotes enemigos. Eran las dos de la tarde.

Mientras tanto, habiendo el almirante Codrington enviado un bote en clase de parlamentario á bordo del navio almirante turco, un fusilazo disparado de este buque, mató al piloto inglés; y al propio tiempo una fragata arrojó dos ó tres balas á la *Sirena*, la cual contestó con una andanada

de estribor, y en un abrir y cerrar de ojos, se hizo general el combate en toda la línea. A las siete de la noche la flota turco-egipcia habia dejado de existir. Mas de cincuenta buques fueron quemados ó destruidos, sin que uno solo cayera en poder de



Esplosion del navio almirante turco.

los aliados, pues todos los que quedaban fuera de combate eran quemados por sus propias tripulaciones, y el almirante turco hizo saltar su navio con las banderolas desplegadas. «Era, dice un testigo ocular, el mas horrible á la par que el mas magnífico espectáculo, el ver cual se sucedian los incendios y las esplosiones en el estrecho recinto donde se daba el combate.» Increible fue el encarnizamiento de los turcos; varios buques aliados empeñados á un tiro de pistola, bajo su fuego, fueron tan maltratados en sus arboladuras y aparejos, que fue preciso para repararlos enviarlos á Malta y á Tolon. La escuadra francesa tuvo cuarenta y tres muertos, veinte y uno de los cuales en la sola fragata *Sirena*, montada por M. de Rigny, y sesenta heridos de gravedad. Los ingleses contaron setenta y cinco muertos y cerca de doscientos heridos. Sufrió algo menos la escuadra rusa, mas sin que mostrara menos habilidad en sus maniobras, y vigor en el combate.

Poco considerables eran esas pérdidas comparadas con las de la flota otomana, las cuales se evaluaron á muchos millares de hombres: diferencia que queda esplicada por su inferioridad en el servicio de la artillería. La mayor parte de las esplosiones que los diezmaron, fueron el resultado del desórden que reynaba á su bordo en el manejo de la pólvora, y de la torpeza de sus artilleros.

A. U.

ESCENTRICIDADES

DE COMPOSITORES DE MUSICA.



ecia Voltaire á Getry con aire de admiracion: «Sois músico, y teneis talento.» En esto, Voltaire hablaba como un tonto; pues la composicion musical ecsije mucho ingenio, y ademas una sensibilidad esquisita y conocimientos muy estensos y variados: por lo tanto, los compositores han pasado en todos tiempos por hombres de mucho talento. Rossini, por ejemplo, hubiera podido escribir un diálogo como ha puesto en música el *Barbero de Sevilla*.

Con este motivo hemos sacado de varias crónicas musicales algunos pormenores curiosos que creemos podrán interesar á nuestros lectores.

Gluck, para exaltar su imaginacion y trasladarse á Táurida, á Esparta, ó al Erebo, necesitaba situarse enmedio de un prado: allí, al aire libre, espuesto á los rayos del sol, con su piano delante y dos botellas de Champaña á los lados, escribia *Las dos Ifgenias*, *Las quejas de Orfeo*, *y Los amores de París*.

Sarpi, por el contrario, necesitaba un salon vacio y que estuviese alumbrado de un modo lúgubre, con una lámpara colgada en el techo; pues no le ocurrian ideas musicales, sino enmedio de la lobreguez y en el mas profundo silencio; así es como compuso el *Medonte*, y la magnífica cancion *La dolce campagna*.

Salieri, autor de *Tarare*, se veia obligado para amenizar su imaginacion, á salir de su casa, correr las calles mas públicas comiendo golosinas; y llevando siempre en la mano su libro de memorias y el lapicero para cojer al vuelo y anotar al punto las felices imágenes que se le presentaban á la memoria.

Cimarosa, gustaba del bullicio, y queria, cuando componia, que le acompañasen sus amigos: así escribió los *Horacios* y *el Casamiento secreto*.

Passiello, no podia dejar su lecho, y entre dos sábanas salièron á luz *Nina*, *El Barbero de Sevilla*, *La Molinera*, y otras.

La lectura de un trozo de los Santos Padres, ó de algun clásico latino le era indispensable á Zingarelli para improvisar y estender en seguida, en menos de cuatro horas, todo un acto de *Pirro* ó de *Romeo y Julieta*.

Anfossi, compositor napolitano, que murió jóven y daba las mas bellas esperanzas, no podia escribir una sola nota, si no se hallaba rodeado de capones asados, de salchichas olorosas, de jamones y de guisos.

Para reanimar su imaginacion el célebre Haydn, empezaba por mandar que le peinasen, vistiéndose en seguida con la misma elegancia que si hubiera de presentarse en un concierto, poniéndose despues una hermosa sortija que Federico, Rey de Pru-

sia le habia regalado, y mas de una vez se le oyó decir que si por casualidad se le olvidaba ponerse la sortija antes de componer, no se le ocurria ninguna idea musical; su númen desfallecia y se consumia, faltando aquel testigo elocuente de la admiracion de un gran monarca.

Gretry, cuenta en sus memorias que se sentia inspirado bebiendo té ó una limonada.

Rossini, no puede sufrir que toquen ni canten en su presencia sus composiciones, pues esto seria darle el mayor disgusto, en lo que manifiesta suma modestia; pues todo el mundo conoce la prodigiosa facilidad que este gran maestro tiene para componer, habiendo sido improvisadas la mayor parte de sus obras clásicas, y compuestas enmedio de los ardientes placeres de una vida alegre y juvenil. *La Gazza Ladra* la compuso en doce dias: la sublime particion del *Guillelmo Tell* la escribió en Paris en tres meses, y en un salon siempre lleno de gente, con el murmullo de las conversaciones mas animadas, en las cuales el autor tomaba buena parte; pero Rossini, insensible á toda especie de cumplidos de sociedad, no suspendia su trabajo mas que cuando algunos de los concurrentes se ponia á cantar ó cuando un órgano de Berberia se paraba bajo las ventanas de la casa.

Meyerbeer, el hombre de las melodias patéticas, de los cantos sentidos, de las notas graves y dolientes, vedle solo, encerrado en aquel desvan, oculto para todos. El viento muge, la lluvia cae á torrentes, los transeuntes se refugian bajo las puertas de las casas, todos hacen por huir del huracan: un solo hombre aplaude entonces aquel desórden de la naturaleza, aquella revolucion de los elementos, y es Meyerbeer, cuyas ideas nacen con las aflicciones, y cuyos dedos hacen salir del teclado los sonidos mas encantadores.

Paso, paso, á un lado, habitantes de Paris. Gente de á pie y que andais despacio, paso os digo, ved ahí que llega un caballero á galope; mirad cómo obedece el caballo al impulso del ginete, cómo corre, cómo se traga la tierra... Paso, os vuelvo á decir, dejad á ese hombre de mirar centellante, pues no solo galopa, sino que compone... Sí, lector, así es como Aubert compuso *Fradiavolo* el *Dómino Negro*, los *Diamantes de la Corona* y otras muchas obras maestras. Su caballo es el único á quien podria llamarse Pegaso, sin faltar á la verdad mitológica. Habiéndosenos informado del modo con que Aubert compuso uno de sus mas hermosos coros, vamos á referirlo. Todas las mañanas acuden multitud de gentes al mercado de los Inocentes (en Paris); pues un dia, y á pesar de las órdenes de los encargados de la policia, un hombre á caballo atropelló aquella muchedumbre, siendo imposible describir el guirigay que motivó su atrevimiento: vendedoras, pescadoras, hortelanos, empleados de policia, todos llenan el aire de gritos, solo el caballero impávido sale de aquel tropel con ademan tranquilo y satisfecho... era Aubert, que en aquel momento habia compuesto el coro del mercado de la *Mutta di Portici*. El artista que ha compuesto el *Chalet el Postillon de Lonjumeau* y otras muchas óperas tan conocidas, no hace sus particiones de un modo menos original.

Adolfo Adam, despues de haber comido se acuesta en un canapé, haciéndose tapar hasta las narices con ropas de abrigo aun en medio del verano; en seguida hace que coloquen sus dos grandes gatos, uno junto á la cabeza y el otro á los pies, y en esta posicion, que á cualquiera otro debiera ser molesta, es como él halla aquellas agradables consonancias que el público aplaude todavia en sus obras.

El T. C.

RASGOS SICILIANOS.

La Sicilia, la antigua Trinácria, esta isla, cuya singularidad debiera haber escitado la atencion de los viajeros, es á la verdad muy poco conocida; porque siguiendo estos las huellas de los que les han precedido, parece que solamente se complacen en Nápoles, en Roma ó en Venecia: desprecian aquellos fragmentos de arquitectura morisca, griega y romana que tanto abundan en la Sicilia; fragmentos derramados en el seno de las rocas trastornadas por las convulsiones de la naturaleza, que se retratan en sus cristalinas aguas, cuyo hermoso azul resplandece bajo los rayos del sol. Romanos, castellanos, musulmanes, ingleses y franceses, todos los maestros en fin de la civilizacion, han venido á su vez á gozar de la vida y establecer enmedio de estas montañas que dora el sol de la tarde las columnas de sus pórticos y las gradas de sus teatros. En esta rejion llena de recuerdos he pasado yo una gran parte de mi juventud; unas veces entre los montañeses de Alcamo, y otras entre los marineros de Trépani; ya poniéndome su gorra, ya su capa roja, único vestido que echan al desden sobre sus miembros fuertes y vigorosos. He estudiado de cerca este pais sin educacion, este espíritu nacional todavia no desenvuelto, arrodillándome delante de las procesiones de monjes que hacen temblar á su paso las poblaciones, mientras tanto que retumban á lo lejos las campanas de los conventos. Entre los hechos que he recojido, y que no son romances, sino verdaderas anécdotas, de las que ni aun he hermoseado los pormenores, los hay burlescos, estraños, pintorescos, inverosímiles y profundamente trájicos. La falta de civilizacion y la supersticion bajo que gime la Sicilia, hacen en ella muy frecuentes los crímenes. El hombre vulgar si cae en un delito huye á las montañas; el noble criminal se retira á su palacio.

Habiendo un sacerdote de Catania en 1820, llamado don Luis Giani, subido al púlpito, introdujo en su sermon la narracion trájica de un hecho cuyos autores vivian todavia, y eran de las familias mas nobles de la poblacion. Sepultado á los tres dias de este acontecimiento en un calabozo, estuvo en él por el espacio de tres años en castigo de haber dado publicidad á los delitos de la aristocracia siciliana. Fue el mismo don Luis Giani quien al salir de la cárcel me confió los detalles siguientes sobre un hecho que creo digno de ser leido y conservado. Entre Siracusa y Catania se alza un antiguo palacio de arquitectura sarracena, y de la propiedad de los duques de la Bruca. Veinte y cinco años hace que el duque, vivo todavia y padre de una jóven cuya hermosura y riquezas la habian hecho célebre, habitaba con ella esta posesion, una de las mas pintorescas de la Sicilia. De edad de 18 años, Constancia de la Bruca distinguia entre sus numerosos admiradores al hijo segundo del conde Rizzari, amigo de su padre. Segun las costumbres de Sicilia, los hermanos segundos, á quienes la ley no concede sino una miserable legítima, son regularmente destinados á

la iglesia. Alarmados el duque y el conde del amor recíproco de los dos jóvenes, se pusieron de acuerdo para alejar á Albano Rizzari y enviarle á Roma, donde debia concluir sus estudios y dar los primeros pasos en la carrera eclesiástica, que no era su vocacion, y que habia resuelto no abrazar. Partió á su destino por obedecer á su padre, se introdujo el hermano mayor de Albano cerca de Constancia, la que rehusó constantemente sus galanterías hasta el punto de negarle su mano. Dos años habian transcurrido ya, cuando viéndose desechado por aquella jóven, contrajo matrimonio con otra, muriendo á poco tiempo de la celebracion de sus bodas. Cambióse con este acontecimiento enteramente la situacion de Albano Rizzari, que constituido gefe de la familia, heredero de los títulos y de la fortuna patrimonial, se apresuró á salir de Roma obtenida ya la dispensa del Papa para pedir la mano de Constancia.

Cosa ninguna se opuso ya al cumplimiento de sus deseos. Fijóse el dia de las bodas, cuyas ceremonias habian de verificarse en el castillo de la Bruca, y la nobleza toda de las cercanías debia tomar parte en la funcion. Moraba no lejos de la Bruca un noble de una antigua familia y poseedor de bastantes riquezas, que se llamaba el caballero Bruni. Muchas veces habia solicitado la mano de Constancia, pero jamás pudo obtener el menor indicio de conseguirla. Dirijiósele una carta de invitacion, lo mismo que á todas las demás personas distinguidas de los alrededores, pero no dió respuesta alguna. Unicamente se le habian oido proferir violentas amenazas contra los individuos de las dos familias. Desde la vuelta del jóven Rizzani habia dejado su morada habitual, sin que se hubiese podido saber cual era el retiro donde se hallaba. Ninguno fijó su atencion en esta circunstancia, que debia ser por otra parte tan fecunda en trájicos acontecimientos.

Todo era regocijo y esplendor la mañana de las bodas en la iglesia de la Bruca: una multitud, que parecia participar de la felicidad de los esposos, llenaba la pequeña iglesia.

En el mismo instante en que el sacerdote ponia en el dedo de la desposada al anillo simbólico, resonó en las bóvedas de la iglesia una larga carcajada irónica é insultante, que salia al parecer de uno de los rincones del edificio. Todo el mundo volvió la vista; empero su autor quedó desconocido, y la ceremonia siguió adelante. Derramóse la multitud de los convidados por los jardines del parque de la Bruca: el baile siguió al banquete; dispusiéronse muchas orquestas, y los unos bajo la sombra, los otros en las grandes salas del castillo, se dividió en muchos grupos la muchedumbre de los bailarines y bailarinas. El punto principal de reunion era la sala de recibimiento, adornada de guirnaldas, y donde se hallaban el marido, su muger, y los gefes de las dos familias.

Serian como las once, momento en que mas animadas estaban las danzas, cuando dos personajes disfrazados penetraron en el castillo. Así en Sicilia como en Francia, el uso de las máscaras es popular y general; y se ven con bastante frecuencia mezclarse personas disfrazadas entre los bailarines que van descubiertos. Lo que únicamente exige la política, es que se manifiesten al dueño de la casa. Las maneras de los dos nuevos actores eran las de los paisanos sicilianos: su modo de danzar grotesco, vivo y atrevido. Llevaba entre sus brazos un maniquí ó figuron, parecido á un hombre, y que vestido de negro, estaba como ellos disfrazado. Leíase sobre su pecho la siguiente palabra: *Tristitia*. Este maniquí era el símbolo de la tristeza y de la melancolía; colocáronle los dos bailarines sobre un ancho canapé, hicieron ademanes de venerarle, y le amortajaron. Rodeados de todos los circunstantes, no pasó mucho rato sin que se adivinase el sentido de tan estravagante alegoría, de esta pantomima fúnebre y alegre al mismo tiempo. Dejóse á la pareja mímica cubrir la tristeza con un paño rojo, enterrarla, y seguir sus devaneos. Cesó la danza de los convidados, y se formó un círculo á su alrededor, con el objeto de admirar los gestos y actitudes de los recienvenidos Uno de ellos, el mas alto y robusto, parecia ya un hombre hecho y derecho, mientras que el segundo se asemejaba mucho al secso femenino por la lijereza de sus movimientos, por la esveltez y delicadeza de su talle. Ninguno de los dos quiso descubrirse: tan pronto herian la tierra fuertemente y á compás; tan pronto jiraban unidos y enlazados, mientras la orquesta hacia resonar con alegres sonidos los ámbitos del palacio.

Lunes 15 de Setiembre.

«¡Que se quiten las máscaras! ¡que se quiten las máscaras!" gritaban por todas partes aquellos cuya admiracion escitaban.

Mas aquel de los bailarines cuyas formas anunciaban una mujer, acercándose al conde Albano Rizzari, le indicó que deseaba hablarle: acercóse el segundo á su lado, y señaló con la mano una sala vecina. Parecia claro que la pareja, rehusando manifestarse á los demas, queria descubrirse al conde. No vaciló este en seguirlos. Comenzaron entonces de nuevo los dos bailarines sus gestos burlescos y estravagantes pantomimas; tomaron otra vez el cadáver de la tristeza tendido sobre el canapé, y precedidos del conde llevárónle consigo á la vecina pieza. Prosiguióse el baile entre los convidados, y serian ya pasados mas de veinte minutos que no habian vuelto á aparecer ni el conde ni los bailarines. Inquieta la novia, recorria con sus miradas todos los rincones de la pieza, le preguntaba al parecer con la vista á todo el mundo, pidiendo por su nuevo esposo que habia desaparecido con los enmascarados.

Volvieron estos al fin á salir; mas habian ya cambiado de estilo y de maneras, cubiertos de negros velos á la española; un crespon del mismo color flotaba sobre su gorra, tambien negra. Llevaban el maniquí todavia entre sus brazos; colocáronle de nuevo envuelto en su paño rojo sobre el canapé que ya le habia sostenido. Los dos bailarines volvieron á comenzar su danza simbólica enfrente de este tercer personaje, cuya cabeza y cuyos pies no se podian percibir. El carácter de este baile era mucho mas fúnebre que antes. La pareja se arrodillaba, hacia apariencias de llorar, alzaba los brazos al cielo, y espresaba con mil distintas aptitudes aquel mismo dolor que queria dar á entender. Cubrió súbitamente la palidez el rostro de la novia, y aturdida su hermosa hermana, que se encontraba á su lado, de aquella alteracion repentina: ¿Qué teneis? la preguntó con sorpresa.

—No lo sé, respondió Constancia; hace algunos minutos que estoy desazonada. Apenas pronunció estas palabras, dirijiéronse las dos máscaras hácia ella, y le dijeron en patué siciliano.

¡*Venite á piangere le nostre miserie*! (*)

Todo el mundo pudo oir estas palabras, pues fueron pronunciadas en alta voz. Cae Constancia desmayada entre los brazos de las personas que la rodeaban, y mientras que todos se apresuran á socorrerla, las dos máscaras desaparecen. Dejaron el maniquí sobre el canapé, cubierto de su mortaja de púrpura, no pudiendo menos de notarse la estraña inmovilidad de este personaje que se habia creido vivo. Alzóse la mortaja, se le tomó en las manos, y se conoció al punto que era un hombre cuyo cuerpo estaba ya casi helado; arrancóse la máscara, y se encontró un cadáver, el del conde *Albano de Rizzari*.

Resuenan los horrorosos gritos y profundos jemidos de las mujeres; entra el desórden y el tumulto en la reunion de los convidados, y se abre una escena tan espantosa como imposible de describir. Los amigos del conde se precipitan en persecucion de los asesinos; pero no pudieron descubrir la menor huella de su fuga. Albano habia sido ahogado entre sus manos, en aquella misma sala tan ricamente adornada para la noche de sus bodas: encontráronse allí todos los indicios del crimen, y una corona de ciprés sobre el lecho destinado á los esposos. El caballero Bruni fue el objeto de todas las sospechas. Súpose, al fin, que residia en Viena mucho tiempo antes de aquella catástrofe. Por lo que respecta á las dos máscaras, cuya figura ninguno habia visto, ya sea que hubiesen encontrado en las innumerables ruinas de la Sicilia un asilo contra las pesquisas de la policía, ya que se hubiesen refugiado en algun monasterio mas seguro todavia, fue absolutamente imposible descubrir sus huellas.

D. E. A.

(*) Venid á llorar nuestras desgracias y las vuestras.

BAÑOS TURCOS.



Estando los turcos obligados por su religion á hacer diferentes abluciones, tienen muchos baños públicos y particulares. Estos establecimientos difieren de los europeos, tanto como el modo de tomar los baños, que no deja de ser original en ciertos casos. Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de los baños turcos, publicaremos la narracion que hace de ellos el célebre Dumas, que tuvo lugar de verlos y de experimentarlos en Alejandria durante su viaje á Oriente.

«A la mañana siguiente me fuí á los baños en cuanto estuvieron abiertos. Los baños son, despues de las mezquitas, los monumentos mas hermosos de las ciudades orientales. Aquel donde me llevaron, era un vasto edificio de una arquitectura sencilla y toda cubierta de adornos ingeniosos; se entra primeramente por un gran vestíbulo, con cuartos á derecha é izquierda para dejar las capas. En el fondo y frente de la entrada, hay una puerta cerrada herméticamente; se entra por ella y se encuentra uno en una atmósfera mas caliente que el aire de afuera. Estando allí todavia es uno libre de marcharse, pero luego de haber puesto el pie en uno de los gabinetes contiguos á este cuarto, ya no es uno dueño de su persona. Dos criados se apoderan de ella y ya pertenece al establecimiento.

«Esto fue lo que me sucedió con gran sorpresa de mi parte; no bien hube entrado, dos robustos bañeros me asieron por el cuerpo; en un instante ya estuve desnudo, despues uno de ellos me ciñó un chal en la cintura, mientras el otro me calzaba un par de patines gigantescos, que me alzaron inmediatamente media vara del suelo. Este calzado insólito, no tan solo hizo imposible todo medio de escaparse, sino que como me hallaba en zancos, no hubiera podido mantener el equilibrio, si mis dos esclavos no me hubiesen sostenido cada uno por un hombro. Ya estaba en la trampa, no habia que volver atrás y me dejé llevar.

«Pasamos á otro cuarto, pero aquí, por grande que fuese mi resignacion, el vapor era tan intenso y el calor tan grande, que pensé sofocarme. Creí que mis guias se habian equivocado y metídose en algun horno. Quise desasirme, pero mi resistencia estaba ya prevista; ademas no me hallaba en traje ni en situacion apropósito para sostener la lucha, de modo que me di por vencido.

«Verdad es que á pocos instantes, quedé sorprendido de sentir conforme el sudor me corria por el cuerpo, recobrar la respiracion y dilatarse mis pulmones. De este modo pasamos por cuatro ó cinco cuartos en que la temperatura seguia una marcha progresiva, tan rápida, que al cabo empecé á creer que en cinco mil años, el hombre no habia acertado con su elemento, y que su verdadero destino era el de ser cocido ó asado. Por fin entramos en la estufa; allí el humo era tan denso que, al principio no pude distinguir nada á dos pasos de mí, y el calor tan insoportable que me sentia desfallecer. Cerré los ojos y me abandoné á la merced de los guias, que todavia me hicieron

entrar un poco mas adentro; me quitaron el cinturon, me desataron los patines, y me tendieron medio desmayado sobre una tarima que habia en medio, y que se parecia á la mesa de mármol de un anfiteatro.

«Al cabo de un rato cuando me iba aclimatando en aquella temperatura infernal, aproveché del recobro gradual de mis sentidos para echar discretamente una ojeada á mi rededor. Como el resto de mis órganos, mi vista se iba familiarizando con la atmósfera en que estaba envuelto, tan perfectamente, que pude á pesar del vapor, ver con bastante claridad los objetos que me rodeaban. Mis dos verdugos parecia que me habian olvidado momentáneamente; los veia ocupados al otro estremo del cuarto, y pensé no desperdiciar el poco de suelta que me habian concedido.

«Orientándome poco á poco, acabé de formarme una idea de mi situacion: me hallaba en medio de un gran salon cuadrado, embutido hasta la altura de un hombre, de mármoles de diferentes colores: llaves abiertas vertian sin cesar en los caños un agua humeante que iba á parar á los cuatro rincones de la sala, rematando junto á cuatro pilones semejantes á unas calderas, sobre cuya superficie veia revolotear cabezas rapadas, que manifestaban su bienaventuran-



Baño turco.

za con las mas grotescas contorsiones.

«Tan entretenido estaba con este retablo, que no hacia gran caso del regreso de mis dos bañeros. Estos venian hácia mí, el uno con una grande artesa en la mano, en la que habia disuelto jabon, y el otro con un rollo de estopa menuda. De repente sentí como si me introdujeran millares de agujas por la cabeza, los ojos, las narices y la boca: era el maldito bañero que acababa

de inundarme la cara con aquel ungüento, y que mientras su compañero me tenia por las espaldas, me frotaba rabiosamente el pelo y el pecho al mismo tiempo. El dolor fue tan insoportable que me volvió toda mi energía; me pareció tan ridículo el dejarme dar tormento de aquella manera sin defenderme, que al uno lo aventé de un puntapié, y derribé al otro de un puñetazo, y no viendo otro remedio á mi mal que una inmersion completa, me fuí hácia el estanque que juzgué mejor habitado, y me arrojé á él valerosamente; el agua estaba hirviendo. Dí un grito como de uno que se quema, y agarrándome á mis convecinos que al verme, no comprendian mi agitacion, volví sobre el borde de la tina tan velozmente como habia entrado. Por corta que fuese la ablucion, sin embargo, habia producido todo su efecto; tenia el cuerpo encarnado como una langosta.

«Permanecí un momento estupefacto, y me creí bajo el influjo de una pesadilla. Tenia junto á mí unos hombres que se estaban cociendo en una especie de caldo, y que parecia esperimentaban el mas grande placer con aquel suplicio. Esto echaba abajo todas mis ideas sobre el placer y el dolor; puesto que, lo que para mi era dolor, era placer para ellos. Decidí, pues, no fiarme de mí solo, no creer á mis propias sensaciones y dejarme llevar buenamente, sucediera lo que sucediera; mis dos verdugos me hallaron perfectamente sumiso cuando volvieron á emprender la tarea, y yo los seguí sin resistencia á uno de los cuatro pilones. Cuando estuvimos en los escalones me hicieron señal de que bajase; yo obedecí pacientemente, y me ví dentro de un agua que me pareció de treinta y cinco á cuarenta grados. Esta temperatura me pareció muy templada.

«De allí me trasportaron á otro pilon de temple mas elevado, pero que todavia se podia soportar. Permanecí como en el primero, cerca de tres minutos. De este, mis hombres me condujeron á otro que tendria unos diez ó doce grados mas que el segundo; por último me llevaron al cuarto, que era en el que habia hecho mi ensayo de condenado. Me acerqué á él con la mayor repugnancia, á pesar de lo determinado que iba á sufrirlo. Así es que, próximo á bajar, toqué primero el agua con la punta del pie; todavia me pareció caliente, pero no tanto como antes. Metí una pierna, despues la otra, y por fin todo el cuerpo; pero cual fue mi admiracion al no esperimentar el mismo escaldamiento! Y es que esta vez habia llegado por grados, y que otros pilones me habian preparado. Un rato despues, ya no me acordaba de nada, y sin embargo puedo asegurar, que el agua estaba á los sesenta ó sesenta y cinco grados de calórico; lo que adverti al salir fue que mi cútis habia subido de color; de punzon habíase tornado carmesí.

«Mis dos sayones cogieron y me ataron otro lienzo en la cintura; despues me ciñeron un chal en la cabeza, y me sacaron por las salas que habiamos pasado, cuidando á cada variacion de atmósfera, de mudarme lienzo y turbante. Llegué por fin al primer cuarto en que me habian desnudado. Ya estaba tendida una buena alfombra y una almohada, cambiáronme el lienzo y el turbante para envolverme otra vez en un ancho peinador de lana, me acostaron como á una criatura y me dejaron solo.

«Entonces sentí un placer indefinible: me creia completamente dichoso, pero con una debilidad tal, que cuando media hora despues volvieron á abrir la puerta de mi cuarto, me encontraron ni mas ni menos de la misma manera que me habian dejado.

«El nuevo personaje que salia á la escena era un jóven árabe, robusto y muy bien formado: se acercó á mi cama como hombre que queria habérselas conmigo. Lo ví llegar con cierto terror, muy natural en quien acababa de pasar por semejantes pruebas, pero estaba tan débil, que ni siquiera tuve la idea de levantarme. Empezó tomándome la mano izquierda, é hizo tronar todas sus articulaciones; pasó á la derecha y la hizo el mismo agasajo. Despues de las manos vinieron los pies y las rodillas; y por un esfuerzo hábilmente combinado, me volvió á guisa de galápago, y semejante al golpe de gracia que se da á un paciente, me hizo tronar el espinazo. Aquí ya no pude menos de lanzar un grito de terror; pensaba que me lo habia dividido en dos mitades por lo menos.

«En cuanto á mi atormentador, satisfecho del resultado, dejó la primera faena para amasarme los brazos piernas y muslos con una destreza admirable; esto duró cerca de un cuarto de hora, despues de lo

cual me dejó en paz. Sentíame aun mas débil que antes, y además todas las coyunturas me dolian. Quise tirar de mi alfombra para abrigarme, y no tuve fuerza para ello.

«Un criado trajo café, pipa y sahumadores, y viéndome destapado, me echó una cubierta de lana encima y me dejó embriagar de perfumes y tabaco. Así pasé media hora entre despierto y dormido, vagando entre las aéreas meditaciones de una deliciosa borrachera, sintiendo un bien estar desconocido, y en una completa indiferencia por las cosas de este mundo. Mi éxtasis vino á interrumpirlo el barbero, que empezó por afeitarme, luego me peinó la barba y los bigotes, y acabó proponiendo depilarme del todo; como no tenia maldita la aficion á esta ceremonia, la proposicion no tuvo resultado.

«Al barbero sucedió un muchacho, que entró para rasparme los talones con piedra pomez. Concluida esta operacion, se presentó otro criado; le hice señas de que queria salir; trajo mis vestidos y ayudé á ponérmelos, porque estaba tan débil y quebrantado todavia, que apenas podia tenerme. Volviome á llevar al cuarto que está en el vestíbulo, donde tomé mi capa. El importe del baño que habia durado tres horas, de criados, amasador, barbero, pipa, café, perfumes, &c. fue de piastra y media, es decir, once sueldos de nuestra moneda.

«Aunque ya eran las diez ó las once de la mañana, el aire me parecia muy fresco. Esto dependia de la diferencia de atmósfera, y entonces comprendí el fanatismo de los turcos por este recreo, que para mí habia sido un martirio intolerable.

«El Sábado es el dia consagrado á las abluciones femeninas, y los baños están reservados esclusivamente á la purificacion de los harems. Así es que solamente se dirigen á ellos las mugeres, formando verdaderos rebaños, tapadas con un manto de seda negro ó blanco, calzadas con borceguies amarillos, y el rostro cubierto con un pedazo de tela como de pie y medio, y del ancho de la cara, sugeto al velo que cubre la frente con una cadena de oro, de perlas ó conchitas, segun el capricho ó la fortuna de la que la lleva. Estas mugeres, que no salen nunca á pie van á los baños montadas en asnos, y conducidas por un eunuco que va delante con un garrote en la mano. Algunos de estos escuadrones llegan á sesenta, ochenta, y hasta cien mugeres, presididos las mas de las veces por sus señores, lo cual es el colmo de la fatuidad.''

M. S.

EL LAGO DE LA HADA.



Hácia uno de los estremos de la Irlanda, de aquella isla de pintoresca fisonomía, colúmbrase el lago de Killarney. Algunos siglos antes, en el mismo lugar descubria la vista un inmenso valle. ¿Cómo reemplazara el lago los árboles de hermoso ramaje y la fresca verdura de los prados?

He aquí cómo se obró el prodigio. En medio de aquel valle brotaba de un hueco poco profundo un hilo de agua, que se abria paso á través de una arena de oro, y se deslizaba un buen trecho por un suave declive para venir á caer en una pila del mas blanco y esquisito mármol, donde parecia dormir tranquila y apacible. Dia y noche manaba agua en la taza, y ni una sola gota rebosaba de sus bordes. Por donde huia? Nadie podia decirlo; mas lo que se susurraba, lo que se creia saber, es que un manantial de semejante naturaleza que sin descanso derramaba el agua en una pila que no se vaciaba jamás, era encantado.

Visitábanlo por curiosidad. Acudian las jóvenes de los lugares vecinos para sacar una agua clara como el cristal de las grutas donde moran las sílfidas, pero se apresuraban á taparlo con una ancha piedra consagrada á este uso: tales eran el terror y respeto que les inspiraba una vieja tradicion. Aunque pesada en apariencia aquella piedra, podian fácilmente levantarla los mas débiles brazos. Jamás los rayos del sol debian tocar al nacer las aguas del manantial, del contrario afligiria al valle una espantosa desgracia: así lo amenazara una hada. Aquella hada caprichosa, fantástica y colérica, apagara un dia su sed en el manantial, y tocándolo con su varita colocáralo bajo el maleficio de sus encantos.

Entre las numerosas jóvenes que con alegre paso acudian al manantial de la hada, cantando los melodiosos aires del pais, distinguíase Norah, la blanca Norah, cuyos rubios cabellos flotaban en rizos bajo una corona de flores de los campos. Admirábanla los jóvenes, y amábanla tanto sus compañeras, que le perdonaban su hermosura. La casa donde naciera, y en la cual habitaba aun con sus ancianos padres cuyo orgullo hacia aunque sencilla, no dejaba de ser la mas elegante de toda la aldea; elegancia que no dimanaba seguramente de la riqueza, sino del aseo debido á los cuidados de Norah, llegando hasta á parecer mas verde la madreselva que crecia al rededor de la puerta, y mas frescas sus flores, por cultivarlas Norah con sus hermosas manos.

Bien cuidara por cierto de volver á colocar la piedra antes de alejarse del manantial encantado. Luego, cantando siempre, bailando y riéndose, volvia á su casa sin la menor pesadumbre, sin el menor cuidado que pudiese por un solo instante alejar el sueño de sus párpados.

Tanta dicha, tanta inocencia, no podia durar largo tiempo; el amor iba á venir. Llegó con un jóven soldado de armadura de acero, amigo de los combates y mucho mas de referirlos. No tuvo mas que aparecer para encantar á Norah. El corazon de la jóven no pudo resistirse, y fue preciso entregarle. Y cuando por la tarde, al caer el sol, daba la hora de ir al manantial, Norah,

no iba ya sola. Al principio Owall la seguia de lejos, luego mas de cerca, luego en fin se encontraba precisamente al lado de ella. Sentábanse á veces en el camino para descansar, y Owall decia entonces con conmovida voz:

«Al pasar Norah, con su aire suave y modesto, todas las bocas quedan mudas; ninguna mirada se atreve á elevarse hasta á ella; la sorpresa hace callar las bocas, y el respeto intimida las miradas.

«Acompáñala un lisonjero murmullo. Sin compostura, sin orgullo, su misma sencillez la embellece. Diríase que es una criatura bajada del cielo, que habiendo tomado una forma terrestre ha conservado todo el encanto de su origen.

«Frescas y graciosas son las margaritas en la yerba, mas una sola da idea de todas ellas; mientras que millares de las mas bellas jóvenes discurrirán por el valle, sin que al verlas sea dado adivinar la belleza de Norah!"

Sus viejos padres no aprobaron aquel amor. Las historias del jóven soldado, pintando las fatigas de los campamentos y el peligro de las batallas carecian para ellos de encanto; al paso que no habia para Norah mayor placer que oirlas. Reprehendieron á su hija, prohibiéronle escuchar al que las contaba, y hasta le mandaron que se alejase de él.

Prometiólo ella deshecha en lágrimas. Para evitar el encuentro de su amante, aquella tarde tomó un camino desviado al ir al manantial del valle. Sentóse encima de la piedra despues de haberla apartado de la pila, y empezó á derramar abundantes lágrimas. Pasó la hora sin que lo echase de ver, moria la luz del dia, y ya en el alto cielo brillaban las estrellas.

Apareció de repente su amante. «Ah! no vengais aquí! esclamó, no vengais, yo no debo veros mas. Hubiéseme vuelto á la aldea! No me hubiera hecho temblar vuestra presencia; bien que estaba llorando. Vos me habeis enseñado á llorar, Owall.

—No hableis así, Norah; venid, tomemos juntos el camino de la aldea.

—Jamás, jamás! respondió ella con viveza! Siempre he guardado religiosamente mi palabra; ahora la violo, y vos sois la causa. Habia jurado á mi padre no veros mas, y sin embargo, héteos aquí!"

Andaba agitada diciendo estas últimas palabras; no la dejaba Owall, y habia tomado sus manos entre las suyas, probando calmarla. «Vuestra falta, si falta es verme, es involuntaria, díjola en un tono lleno de respeto y de ternura; vuestros padres ignoran nuestro encuentro, y si por casualidad llegaran á saberlo, estad tranquila; hay tanta indulgencia en el corazon de un padre! Y porqué no se dejaria vencer? Porqué no habia de consentir nuestra union? Seria el temor de no teneros mas junto á ellos, el temor de perderos? Permaneceré aquí con vos, con ellos; trabajaré para vosotros todos, qué no haré yo por vos, Norah, tan querida á mi alma! Mas ¡ay de mí! ya es fuerza separarnos; estamos ya junto á vuestra casa! Concededme una sonrisa; ella me acompaña y me hechiza hasta el instante en que pueda pediros otra! Consentís, Norah! Es un adios, no me lo negueis."

La sonrisa no fue negada.

En aquel instante, abrió Norah, la puerta, volvió la cabeza hácia Owall, concedióle aquella sonrisa vivamente deseada, y colorada y trémula, retiróse á su aposento, donde vino á encontrarla el sueño en medio de los mas dulces pensamientos. Creia en sus sueños haber obtenido el consentimiento de su padre; su fantasia corria al igual de su corazon. Ya se veia Norah al pie del altar, donde despues de haber declarado en alta voz y á la faz del cielo su amor, no la era preciso ocultarlo al mundo en adelante!

Despues de haber pasado toda la noche mecida por tan risueñas imágenes, despiértase, y de repente escapa de su pecho un grito de terror. Salta de la cama. «El manantial! el manantial! Me he olvidado de poner la piedra. Pero apenas amanece, todavia llegaré á tiempo." Estaba ya en el valle por el cual corria jadeando y gritando siempre: El manantial! el manantial!" En aquel instante columbró un tinte de oro en la cresta de las montañas. «Es el alba preguntóse, ó es el sol? No, no puede ser, todavia llegaré á tiempo!"

Habiendo dado algunos pasos mas, queda de repente inmóvil. Lleva una de sus manos á su frente, y queda en ella clavada en señal de desesperacion; estendida la otra, señalaba á lo lejos el manantial. Hubiérase dicho al ver á la jóven de tal modo herida de estupor, que era una estátua que por un

inaudito prodigio, ostentaba en su figura de mármol la espresion del mas vivo dolor. Ay! cierto que era el sol, y aquel dia asomaba en un cielo puro y libre de toda nube. Caian sus rayos sobre el manantial, que aquella vez derramaba el agua, y la derramaba con abundancia, con una especie de furor, esparciéndose por el valle como un torrente. Hubiérase dicho que el agua comprimida y cautiva por espacio de tantos siglos, se escapaba ansiosa de libertad.

Precipitábanse los aldeanos en desordenado tropel no sabiendo hácia donde huir, mientras nada podia sacar á la pobre Norah de su espantosa inmovilidad; ni la voz de los hombres espantados, ni el mugido de los vientos enfurecidos. Su dedo señalaba siempre el manantial; mas sin que pareciese comprender el peligro que la amenazaba, pues las olas bañaban ya sus pies. Tenia su gesto algo de maquinal. Owall, que acudia en aquel momento, se arroja y la toma en sus brazos. Volviendo en sí: «Salvad á mi padre! salvad á mi madre! esclama con una voz que desgarra el corazon. Dejadme aquí; aquí para que muera, y volad á ellos!" Pero Owall, tan ligero, tan ágil con aquella dulce carga, como el cazador con un jóven gamo, Owall trepa con paso rápido por una de las montañas que rodeaban el valle, pues no era dado ya tomar otro camino. Vano refugio! seguíanle rugiendo las olas, con aire amenazador, y como impelidas por la venganza. Cuanto mas iba subiendo Owall tanto mas iban elevándose las olas: así que hubo llegado á la cima de la montaña, párase rendido de cansancio, pone en tierra á su amante y mira á su alrededor.

Oh espectáculo horrible! El valle ha desaparecido bajo las aguas. El pequeño espacio donde ellos se encuentran no forma ya mas que una isla perdida en medio de un lago inmenso como el mar, y este espacio va siempre disminuyendo. Lo mismo sucedia con las otras montañas; presentaban igualmente sus cimas islas esparcidas por el lago, pero menos altas que aquella en que Owall habia buscado un refugio momentáneo, abismáronse antes que la suya la cual fue la última en sumergirse." Oh mi único amor, Norah mia! dijo Owall, besando la frente pálida de su amante, que no me sea dado hender contigo los vientos! Con que no hay ya mas vida para nosotros!" Y contestábale Norah. «Padre mio! madre mia! yo los he muerto!"

En brazos uno de otro aguardaron los dos amantes su suerte inevitable. Las aguas engrosaban de continuo; disminuia la isla poco á poco; ya no es mas que un punto, ya no es nada.

Al ver á aquellas dos jóvenes víctimas flotando apagóse la cólera en el corazon de la hada, y paróse la inundacion; pero sin que volviese á aparecer el valle, el cual ha quedado en el fondo del lago de Killarney.

Asegúrase que cada aniversario de aquel fúnebre acontecimiento, una ave negra, desconocida, única quizás en el universo, al salir el alba acude á sacudir sus alas en el lugar en que se sumergieron el soldado Owall y la jóven Norah, y arroja revoloteando suaves y lastimeros gritos. Aquellos gritos, encima del lago que sirve de tumba á los dos amantes, han venido á ser una especie de vivo y anual epitafio.

A. U.



MARIA LECKZINSKA.

María-Carlota-Sofía-Felicidad Leckzinska, hija de Estanislao I, Rey de Polonia, nació en Posen, entonces capital del palatinado de Posnania, el 23 de Junio de 1703, en medio de las revueltas que agitaban á su patria cuando la deposicion de Augusto y primera eleccion de Estanislao. La desgracia acometióla ya en la cuna, y hasta á la edad de doce años no conoció mas que riesgos y alarmas. Los primeros sonidos que á sus oidos llegaron fueron de instrumentos bélicos, y campañas y ejércitos los primeros objetos que hirieron su vista. Primeramente proscrita y fugitiva en medio de los estados de su padre, testigo luego de las grandes batallas de Cárlos XII, participó junto con su familia de la desgracia de este grande hombre. Despues de la memorable derrota de Cárlos XII en Pultawa, fue llevada nuestra jóven á Stetin en la Pomerania, y el viento de la adversidad la arrojó luego á Suecia, de allí á Dospuentes, y de Dos-puentes á Francia, donde entró en 1720.

Tenia á la sazon diez y siete años, era el objeto privilegiado de los cuidados de su padre, cuyas esperanzas colmara: profundamente penetrada de las grandes verdades religiosas, poseia además los talentos que exigia su alta alcurnia, en términos que hubiera sido muy difícil en esa época hallar en ninguna corte europea otra princesa de tan penetrante talento y de educacion tan esmerada. Hacia ya cinco años que el Rey de Polonia se hallaba refugiado en el suelo frances, cuando cierto dia vió llegar al cardenal de Roan, quien le pidió una audiencia secreta: tratábase de obtener su consentimiento á fin de casar á su hija con el jóven Luis XV. Entonces sintió Estanislao, segun dijo despues él mismo, igual conmocion á la del Patriarca Jacob al anunciarle que el hijo cuya muerte tanto habia llorado estaba gobernando en Egipto; y exclamó: «Bendito sea el Señor que se acuerda de nosotros: esta es su obra, él la llevará á término.» En efecto, siendo pobre, nieta de un Rey, sin patria ni herencia, sin mas dote que sus veinte años, estaba muy lejos la princesa María de llevar sus pretensiones al trono de Francia. No obstante, en Agosto del año de 1725 el Duque de Orleans, hijo del Regente, fue á Estrasburgo, en donde estableciera su morada Estanislao. El príncipe embajador iba acompañado de la servidumbre destinada á la nueva reina, con quien casó en nombre de Luis XV el 14 del mismo mes. El esterior de esta princesa era agradable sin ser seductor: el mayor embeleso de su fisonomía era el reflejarse en ella toda la bondad del corazon y todas las virtudes que hicieron nacer en la jóven la religion y el infortunio. Recibióla con transporte el Rey, que parecia á propósito para gozar desde el solio de todas las dulzuras de la vida doméstica: así que, las intrigas de cortesanos depravados, y los manejos de las ambiciosas coquetas de la cor-

te se estrellaron en la pureza de este amor conyugal. Al cabo de seis años de matrimonio, cuando alababan de intento la hermosura de alguna dama delante del Rey, todavía solia hacer diestramente esta noble pregunta: «¿Es acaso mas hermosa que la Reyna?»

Bendijo el cielo el enlace de Luis XV: asi que, nacióle un delfin, quien desde su mas tierna infancia anunciaba las mas felices disposiciones: comparábanlo á ese Duque de Borgoña de quien hablaban los ancianos con profundo sentimiento. La dichosa fecundidad de la Reyna hízola madre de un segundo hijo y de ocho princesas, que alegraban la corte con sus infantiles juegos. Nada mas modesto y laudable que el gasto de esta Reyna: ocupábase noche y dia con un caritativo celo en las necesidades de los pobres, presentábase accesible y cordial, conciliando cierta alegría sencilla con la mas profunda religiosidad. Aunque solo se sabia una parte de las limosnas que hacia, admirado su esposo de que pudiese bastar para todas, preguntaba á la Duquesa de Villars de donde podia sacar recursos. — «Hasta ahora creí, respondió la Duquesa, que Vuestra Magestad y el Contralor general tenian en ellos gran parte. — De ningun modo, repuso el Rey: nunca nos ha pedido. — «Sien-



Maria Leckzinska.

do asi, dijo Mad. de Villars, aconsejaria á V. M. que pusiese la Reyna al frente de la hacienda del estado, pues ciertamente tiene el don de hacer milagros, y estoy segura que da mucho mas del producto de sus rentas." Este maravilloso secreto de la Reyna Maria consistia en asociarse en su caridad con el Delfin, con las princesas y varias damas de la corte. Cierto dia en que el duque de la Vauguyon en un viaje á Compiegne propuso al Delfin que contribuyese á una buena obra, respondióle el príncipe: «No sabeis pues que mi madre, desde que nos hallamos en este pais me mantiene en la regla de capuchinos? No me deja ni un sueldo."

Hasta treinta años Luis XV pudo pasar por un modelo de reyes y de esposos: en-

tonces, como saliese de la edad en que aparecen con toda su fuerza las pasiones, y en que las flaquezas son mas escusables, parecia que no era de temer ninguna revolucion desagradable en sus aficiones y carácter; pero fueron ilusorias tales esperanzas; y aquí empezó para la Reyna una serie de pruebas y pesares que sufrió con una resignacion admirable. No renovaremos los tristes recuerdos de esta época de disolucion y libertinaje, ni iremos á abrir las puertas del palacio en que Luis XV, encerrado como los déspotas de Oriente, tuvo además con ellos otra semejanza estableciendo una especie de harem en el parque *aux Cerfs;* hasta dejaremos de hacer mencion de la duquesa de Chateauroux, de Mad. de Pompadour y de Mad. Dubarry: en medio de tamaño escándalo debemos tan solo admirar á la Reyna Maria Leckzinska, ángel de virtud y de blandura, rodeada de su familia, tratando de encaminar de nuevo á Luis XV por la tranquila senda de sus primeros años. La política que preside en las reales alianzas dió por esposa al Delfin la hija de Augusto II, del mismo príncipe que destronó á Estanislao. La amabilidad natural de esta jóven borró cuanto dicho enlace podia tener de desagradable para Maria Leckzinska, quien la adoptó y trató siempre como á hija. Ambas siendo débiles mugeres lucharon en vano por desterrar de la corte las malas doctrinas de que estaba inundada, y que tanto trascendian á la sociedad.

Por otra parte la inexorable fatalidad cargó su mano férrea sobre la familia real, y la muerte se llevó al Delfin, cuyas luces igualaban á su piedad. La Reyna Maria sintió profundamente esta pérdida, pues amaba en extremo á este hijo, cuyo corazon tanto simpatizaba con el suyo propio, y que con ella compartia todos los pesares. «Rogad á Dios, escribia á cierta amiga, que me dé fuerzas para soportar la pérdida que he sufrido: ¡es tan terrible! Dios no quiso dar oidos á mis súplicas; pero escuchó las suyas: todos sus deseos se dirigian al cielo; y ni aun quiso unir sus votos á las públicas rogativas que se hacian por su salud.» La muerte del Delfin hizo por algun tiempo mas estrecha la union del Rey, con la Delfina, con la Reyna y demas hijas; la primera en especial tomaba grande ascendiente en su ánimo; pero atacada de una enfermedad consuntiva, murió en brazos de la Reyna. En el corto intervalo de dos años, perdió esta otras tres hijas, de modo que tan repetidas sacudidas alteraron su salud, débil ya desde mucho tiempo, con lo que falleció el 24 de Junio de 1768, despues de algunos meses de padecimientos. Tenia á la sazon 65 años de edad y 43 de matrimonio. Su muerte, acaecida despues de la del Delfin, de la Delfina y demas hijas, excitó sospechas de envenenamiento, que habian asomado ya cuando la muerte del primero; pero carecen de todo fundamento. Luis XV sintió vivamente la pérdida de su esposa, llorándola por muchos dias en medio de sus hijos, pues la muerte acababa de arrebatarle las únicas personas capaces de volver la fuerza á su carácter y la pureza á sus pensamientos.

A. U.

El Rey árabe y el Poeta.



Hubo un Rey árabe que tenia una memoria estraordinaria. Bastabále oir recitar una sola vez cualquier oda, por larga que fuese, para aprenderla y saberla tan bien come el mismo autor. Tenia á su servicio dos personas dotadas de esta facultad en un grado casi tan sorprendente. Uno de sus mamelucos podia repetir sin titubear un trozo de verso que hubiese oido dos veces; una de sus esclavas podia recitar con la misma facilidad cualquier cosa que hubiese oido tres veces.

Cuando un poeta se presentaba en el palacio, y pedia el ofrecer sus homenages al trono y manifestar su arte, el Rey acostumbraba prometerles que, si encontraba que sus versos fuesen una composicion verdaderamente nueva y original, lo recompensaria dándole un peso de oro igual al de el manuscrito. El poeta, cierto de no haber prestado á nadie sus poesias, las recitaba con confianza; pero apenas habia acabado, cuando el Rey le decia: «Eso no es nuevo. Conozco hace muchos años lo que acabais de recitar, y aun sabia de memoria esa poesia." Y la repetia palabra por palabra con gran sorpresa del poeta, y añadia: «Este mameluco la sabia tambien, y va á repetirlas." Y el mameluco que la habia oido recitar, primero al poeta y despues al Rey, la repetia. «Tengo tambien una esclava, continuaba el Rey, que debe saberlas como nosotros; que me la traigan!" Y hacia aparecer á la esclava que, habiendo estado oculta detrás de las cortinas habia oido al póeta, al Rey y al mameluco recitar cada uno á su vez la poesia, y la volvia á repetir como si la supiese desde su infancia. El poeta quedaba confuso, no podia comprender cómo sabian sus versos otros sino él, y se creia víctima de algun mal genio; pero en fin no pudiendo alegar nada tenia que retirarse con las manos vacias.

Un famoso poeta, El Asmaée, compadeciendo la suerte de todos sus compañeros, sospechó la astucia del Rey, resolvió sufrir la prueba, y se prometia salir vencedor. Compuso una oda en que, sin sacrificar las ideas, colocó con mucha paciencia y gran maestria, las palabras poéticas de la lengua árabe mas dificiles de pronunciar y conservar.

En seguida se vistió con un traje estrangero y cubriose la cara, menos los ojos, con un lithan (pedazo de paño) segun la costumbre de los árabes del desierto. Disfrazado de este modo, se presentó en la corte del Rey, y se hizo conducir delante de él.

—Oh hermano de los árabes, le dijo el Rey, de donde vienes, y qué quieres de mí?

El poeta respondió:—Que Dios aumente el poder del Rey! Soy un poeta de la tribu de..... y he compuesto una oda en honor del Sultan nuestro Señor.

—Oh hermano de los árabes, contestó el Rey, sabes las condiciones bajo las cuales obtendrás una recompensa?

– Las ignoro, dijo el poeta. Cuales son esas condiciones, poderoso Rey?

—Si la oda que vas á recitar no ha sido compuesta por tí, no obtendrás de mí ningun premio. Pero si es nueva y si tú eres verdaderamente el autor, te daré tanto oro cuanto pese el manuscrito á que has confiado tus inspiraciones.

—Cómo habia de atreverme, esclamó El Asmaée, á apropiarme los versos compuestos por otro? Ningun súbdito ignora que mentir delante de un Rey, es la accion mas vil que se puede cometer? Los versos son mios, y me someto sin ningun temor á las condiciones que tenga á bien imponerme nuestro Señor el Sultan!

Recitó su oda. El Rey turbado, incapaz de retener un solo verso, hizo señas al mameluco; pero el mameluco no se acordaba de nada; mandó traer á la esclava que tambien se hallaba aun en menos estado de poder representar su papel.

– Oh hermano de los árabes, dijo el Rey, tienes razon! La oda es tuya indudablemente; es la primera vez que la oigo. Enseñanos tu manuscrito, á fin de darte la recompensa prometida.

—Os suplico, contestó el poeta, mandeis á dos de vuestros servidores traigan al pie de vuestro trono lo que vos me pedis.

– Que hay que traer? esclamó el Rey. El manuscrito no es de papyrus (*) y no lo traes tú contigo?

– No, nuestro Señor y Sultan. Soy pobre: cuando compuse esos versos no tenia papyrus, y tuve que grabarlos sobre un trozo de columna que mi padre me legó en herencia. Ese pedazo de mármol está sobre las espaldas de mi camello en la puerta del palacio.

El Rey habia caido en sus propias redes; el pedazo de columna reventaba al pobre camello. Para cumplir su promesa, tuvo que apurar su tesoro. Pero esta leccion no se perdió. Renunció á servirse en adelante de una astucia tan poco digna de él para con los poetas, y los recompensaba segun su mérito, con la generosidad que corresponde á la riqueza y al poder soberano.

T. por R. B.

(*) Planta de Egipto cuya corteza interior servia antiguamente de papel.



UN DRAMA EN UN TALLER.



Tengo yo un amigo pintor, llamado Filopemen Manti. No quiero entretener á ustedes con la fórmula acostumbrada de dar á conocer á mi amigo como digno rival de Van-Dik ó de Rafael, porque si Filopemen tiene ó no talento no hace al caso. Lo mas importante es que sepan ustedes que Filopemen es amigo mio, que suelo ir á visitarle, y que en su estudio ó taller es en donde ví *con mis mismos ojos* la escena trágica que voy á contaros.

Era el mes de Junio de 184...: Manti iba á empezar en aquel tiempo un gran cuadro, sobre un asunto bíblico y lo mas clásico del mundo. Adan y Eva en el momento de cometer su pecado. Ocho dias antes el artista habia avisado á dos admirables modelos, destinados á representar en su cuadro a los primeros padres de todo el género humano. En cuanto á la serpiente tentadora, Filopemen estaba aun indeciso. Era necesario crear este personage puramente de imaginacion; Manti tomó un pincel, y deseando no faltar á la verdad histórica abrió una biblia para inspirarse con su lectura. De repente arrojó el pincel y cerró el libro. Manti no se determinaba á dibujar una serpiente con cabeza y pies humanos. Entonces pensó en ponerle escamas y el cuerpo de un dragon; pero bien pronto abandonó esta idea, temiendo que le acusasen de apocaliptismo ó de mitologia; en fin, para conciliar todo lo posible su repugnancia sus deseos de originalidad y su respeto á la tradicion, se decidió á pedir prestado al teatro de *S. Cárolo* el maniquí vestido de tambor mayor infernal del baile de *la Tentacione*.

Llegó el dia de empezar el cuadro. Mi amigo se levantó la amanecer, limpió la paleta, molió los colores, preparó el lienzo y cruzó los brazos, esperando con paciencia la llegada de su Adan, de su Eva y de su eterno enemigo de la gente mortal. Yo tuve la suerte de ir este dia á su taller sin que me hubiera avisado.

Hola! chico, llegas en buena ocasion, pues hoy empiezo mi obra maestra. Siéntate y verás una maravilla: la criatura mas hermosa que ha salido de las manos de Dios. Unas formas, continuó con el entusiasmo de un artista, que pueden avergonzar á la antigua Venus. Un cutis... unos contornos... capaces de hacer caer de rodillas á un pintor, y de condenar á todo un convento de trapenses.

Manti seguia hablando, y no sé si pensaba concluir; pero por fortuna, llamaron á la puerta.

— Es mi Eva, esclamó Filopemen corriendo á abrir.

Un instante despues entró nuestra madre Eva en el taller, con un vestido de seda negro y un lindo sombrerillo de color de rosa.

— Vamos, chico ¿qué te parece? me dijo mi amigo en alta voz y poniéndome enfrente de la jóven.

La miré y me causó maravilla. Esta muger no era como las demas mugeres la hermosura de su rostro consistia sobre todo en la pureza angelical de su mirada, y en la armonia que reinaba en sus facciones y en su espresion. Su cutis era blanco como el marfil, y sus cabellos negros como el azabache Lo que mas me llamó la atencion fue el sentimiento de candor, sencillez y tristeza que brillaba en su fisonomia. En cuanto á su honor, Manti la habia calumniado;

esta muger no hubiera hecho condenar á ningun ser humano; su aspecto no despertaba en el alma sino lástima y simpatías.

Entretanto el modelo iba á empezar á desnudarse... La pobre niña buscó en vano con la vista en la sala una mampara, un lienzo, un asilo cualquiera á su pudor. No hay que reirse de este sentimiento de decencia, que parecerá pueril á algunos. A medio desnudar, recuerda el modelo que es muger, y como que le cuesta repugnancia quedarse enteramente en cueros.

Manti estaba impaciente; viendo que la pobre Eva no se daba priesa, se puso á ayudarla. El cuello le tenia ya descubierto; el sombrero y la pañoleta estaban sobre una silla. Entonces el artista pasó de la admiracion del conjunto á la admiracion detallada de las partes descubiertas.

Yo, aunque me tachen de pusilanimidad, sufria en mi interior. Filopemen me decia con entusiasmo:

—¡Mira qué espalda tan blanca y qué pecho tan hermoso! Anzola, amiga mia, ¡qué cuadro tan soberbio vamos á hacer!

Despues, volviéndose hácia mí, añadió:

—Esto es magnífico: pero deja que venga mi Adan, la perla de los modelos: es tan admirable en hombre como esta en muger; deja que venga el divino, el sublime Luis...

Yo tenia los ojos fijos en Anzola; en este momento la oí estremecerse convulsivamente; iba á soltar el último ojete del corsé: se detuvo, y adelantándose hácia el pintor, le preguntó con voz alterada:

—Maestro, ¿es Luis Casaciello de quien hablais?

—Sí por cierto, Anzola.

—Entonces, dijo recogiendo su ropa esparcida por el taller, buscad otro modelo, porque me marcho...

—¿Qué estás diciendo, interrumpió Manti, pálido de cólera y sorpresa.

—Digo que me voy, repitió Anzola continuando sus preparativos.

Manti corrió á la puerta, quitó la llave despues de cerrar, y la dijo con sonrisa irónica:

—Vete ahora.

—Corriente! dijo Anzola con frialdad, poniendo sus vestidos en el brazo de un sillon; me quedo, pero habrá sangre derramada.

El modo con que pronunció estas últimas palabras, y el trastorno de las facciones de Anzola me helaron de terror.

—Manti, le dije, alguna escena terrible va á pasar en este sitio; dale la llave á esa muger para que salga.

—Vaya! habias de salir con tus ideas novelescas, me respondió riéndose: vosotros los escritores, en todas partes encontrais dramas y escenas trágicas. ¿Quieres saber la causa de todo esto? celos del oficio. ¡Sangre derramada! ¡qué atrocidad!... algunos arañazos, y todo se concluyó.

Vamos, Manti, dale la llave, repliqué insistiendo...

—Vete con los diablos, esclamó el pintor tirando con rabia la llave al suelo.

La cogí al instante y se la entregué á Anzola.

La jóven me dió gracias con la vista, pero me dijo con firmeza y calma:

—No; ya no me voy: hace tiempo que buscaba esta ocasion, y ahora que se me presenta no la dejaré escapar. Dios y S. Genaro exijen que me quede! La voz de vuestro amigo me lo ha revelado, y me quedaré.

Entonces cogió la llave y fue lentamente á meterla en la cerradura.

Mi primer pensamiento fue quitarla, pero Anzola me contuvo, y lanzándome una mirada fascinadora, repitió: *San Genaro exige que me quede!*

No sé de qué provendria, pero esta muchacha me daba lástima, todo lo olvidé, hasta la llave fatal. Anzola se habia sentado y acababa de empezar la relacion simple y triste de su vida, y os juro que era lance grave y tierno al mismo tiempo, oir aquellas palabras llenas de amargura, salir de los lábios pálidos de aquella muger hermosa y medio desnuda; y mientras que Manti y yo escuchábamos, contó ella lo que sigue:

—Casaciello y yo hemos nacido bajo el cielo azulado de Nápoles. Nuestros padres eran unos pobres pescadores de la costa de Mergelina. Nuestras cabañas estaban juntas; ambas familias vivian en la mayor intimidad, y el mismo afecto debia unir á sus hijos. Para mí era Casaciello un hermano, y él no me llamaba mas que hermana. El, un pobre *lazzarone*, yo, una pobre hija del pueblo, pasábamos los dias juntos, corriendo tras las pintadas mariposas en las secas orillas del *Fornello*, ya cogiendo conchas en la bahía de *Puzzuolo* ó las lavas

de la *Solfatara* y ya esperando en los caminos á los viajeros para venderles nuestros pequeños tesoros. Así pasa la primera edad de los hijos de Nápoles: así corrió la nuestra; pero todo se desvanece muy pronto en nuestro clima abrasador. Llegué á ser una jóven, y Casaciello un hombre. No os diré que era bonita; pero cuando los dias de fiesta iba á misa á la ciudad, en todo el arrabal de *Chiaja*, en donde era conocida, me saludaban con el sobrenombre de *linda* Anzola. En cuanto á Casaciello, si pasaba por la calle de *Toledo* con su gorro encarnado de lana, su calzon estrecho de terciopelo negro, su cara risueña, su alta estatura, y su mirada afable y altiva á la vez, los jóvenes le consideraban con envidia, y algunas elegantes de la *Villa-Real*, se volvian á hurtadillas para mirarle.

Nuestras edades no nos habian separado. Siempre estábamos juntos; solo que ya no corriamos como en nuestra niñez: vagábamos largo tiempo por la playa con los brazos enlazados, sin pensar en nuestras anteriores diversiones, silenciosos, meditando algunas veces todo un dia, y cuando concluia, separándonos con sentimiento.

Casaciello tenia diez y nueve años, cuando yo iba á cumplir quince.

Un dia nos detuvimos mas tiempo del que acostumbrábamos en el arenal de Posilipo. La noche se acercaba: los últimos rayos del sol moribundo se habian ocultado detras de las alturas de *Ischia*. La mar estaba tranquila y tersa como un espejo de Venecia; las estrellas empezaban á brillar, y el resplandor rojizo del Vesubio se veia pintarse en la penumbra de la vela retardada del pescador, cuyo canto monótono se perdia en el espacio. Ambos contemplábamos este admirable espectáculo..... De repente sentí los ardientes lábios de Casaciello estampar un beso en los mios.

Levantéme trémula, y agarrándole una mano, corrí hácia Nápoles, y llegamos al arrabal de *Fuori di Grotta*. Me detuve en frente de la iglesia de san Genaro; penetré luego en su interior, llevando conmigo á Casaciello; fuimos á arrodillarnos en una capilla oscura á los pies de nuestro santo patrono, alumbrado por una lámpara sencilla, y dije allí á mi compañero:

—Luis, si me amas, tambien te amo yo. Pronunciemos nuestros juramentos delante de esta santa imágen.

—Júrote amor y fidelidad, respondió Casaciello con voz solemne; y si soy perjuro alguna vez, san Genaro que nos oye me maldiga y te dé valor para vengarte.

En seguida echamos á andar, y al llegar á la puerta del templo dije á mi amante:

—Desde este instante te pertenezco, soy tuya; Dios nos oye...

El modelo continuó despues de una corta pausa.

—¿Qué le parece á ustedes? Al año siguiente se marchó Casaciello secretamente del pais, con una comedianta francesa que habia hecho mucho ruido en Nápoles, y de la cual se habia enamorado perdidamente. Yo iba á ser madre; é instruido mi padre, por una estúpida indiscrecion de frai Pablo mi preceptor, me maldijo y me echó de su casa.

En mi angustiosa posicion no me quedaba otro partido que buscar á Casaciello y seguirle. Resolvíme á ello, pero antes de abandonar á Nápoles para siempre, fuí á derramar una lágrima, y á rezar por último al pie de san Genaro. La nave de la iglesia estaba sombría y desierta como la noche de nuestro juramento; caí agoviada de dolor sobre las húmedas losas; parecióme que el rostro del santo se sonreía, y creí oir una voz sobrehumana que repetia en mi oido estas palabras del traidor Luis: *si alguna vez soy perjuro, que san Genaro te dé valor para vengarte.*

Aquella misma noche emprendí mi viaje: en dos dias llegué á Terracina, y caminando á la suerte entré al mes en Florencia. Cuando llegué á esta ciudad no se hablaba de otra cosa que de dos actores que estaban de paso y que hacian furor en el teatro *Cocómero*. El entusiasmo era tal, que hasta en la miserable posada á donde fuí á parar, se ocupaban de ellos. Enteréme bien, y por el retrato que hicieron de los dos artistas, y por sus nombres, no me quedó duda de que eran los que buscaba. Pregunté donde vivian, y fui á verlos al dia siguiente. Dios me habia guiado; los encontré al punto. Al verme Luis, se puso pálido é inmutado; la francesa estaba con él.

—Casaciello, le dije, vengo á buscarte, porque no tengo mas familia ni mas amparo que tú: vengo á buscarte, porque eres mi esposo delante de Dios, y porque

por causa tuya mi padre me ha maldecido y abandonado.

Casaciello me miró, y fijando despues su vista en la francesa me dijo:

—¡*Diavolo*! Siento mucho, pobre Anzola, las desgracias tuyas; pero, muger...

—Escúchame, le repuse, conociendo lo que iba á contestar; escúchame Luis, y responde sin mentir. ¿Quieres arrojarme de aquí? dílo francamente; pero recuerda las palabras que hace un año pronunciaste en la iglesia de *Fuori di Grotta*.

—Sí, es verdad .. la iglesia de *Fuori di Grotta*... y la capilla... me acuerdo ciertamente... pero...

—Luis, acuérdate que dijiste: *Te juro amor y fidelidad, y si alguna vez soy perjuro...*

—¡*Vergine Maria*! esclamó dándose un golpe en la frente; recuerdo todo eso, Anzola..... pero sin embargo, debias conocer...

Mi corazon latió violentamente, y con trémula voz le dije:

—Demasiado veo que eres un miserable! conozco que pretendes acallar tan terrible recuerdo. Si fuese sola en el mundo, te despreciaría como mereces: pero soy madre, ¿entiendes? soy madre. Da gracias á tu hijo, porque si no me vengaría, sí, me vengaria como se venga una italiana.

Despues de haberle dicho estas palabras me iba á marchar, pero tuve que detenerme en la puerta; las fuerzas me abandonaban y empezé á llorar. La francesa, que habia callado durante esta escena, se acercó á Luis y le dijo:

—Convendrá quedarnos con esta muchacha, porque es jóven y bonita, y con el tiempo puede ser una buena cómica.

—Tienes razon, contestó Casaciello.

Dirigíose hacia mí, y cojiéndome una mano, me dijo conmovido:

—¿Quieres, Anzola, quedarte con nosotros?

Como no sabia el francés, no comprendí entonces ciertas palabras que la manceba de Luis le dijo; creí que mis lágrimas le habian conmovido, y que me demostraba algun cariño; pero poco despues conocí perfectamente que me habia equivocado

Imposible sería pintaros los crueles tormentos que tuve que sufrir el tiempo que permanecí con ellos: el ingrato se mostraba insensible á mis pesares, y con las caricias que prodigaba á su compañera me destrozaba el corazon. Algunas veces me ocurrió la idea de separarme de ellos, pero no pude decidirme.

Casaciello, en fin, resolvió poner término á mis amarguras y á sus desprecios. Un dia en Milan tuvimos varias contestaciones, me abandonaron y se dirijieron á París. Púseme en camino, despues de muchas fatigas, y llegué en los críticos momentos de dirigirme al hospital de caridad y dar á luz una pobre criatura, que solo vivió algunas horas. Restablecida ya, tuve que salir del hospital, y me encontré en la calle, sin recursos, sin relaciones, y sin medios dé buscar trabajo; solo poseia algunos reales para comer una semana, y una belleza que podia serme funesta.

En los ocho dias siguientes hice todo lo posible para encontrar alguna colocacion honesta con que hacer frente á mis necesidades; pero en vano, porque en todas partes me repelian, y solo ví adelantarse terribles y amenazadoras la miseria y el hambre. Un dia supe que la manceba de Casaciello le habia abandonado, y que éste, despreciado y silvado en la escena, se habia hecho modelo. Como esto hizo eco en la ciudad, tardó poco en llegar á mis oidos. Mi hijo no existia, que era el único que pudiera haberme hecho desistir de mi venganza, híceme tambien modelo al natural, considerando que la suerte proporcionaria nos encontrásemos alguna vez, y entonces...

Anzola iba á continuar, cuando en el estrecho corredor que conduce al taller de Manti se oyó una una voz sonora que cantaba una romanza italiana.

Anzola se estremeció y esclamó con voz alterada:

—¡El es! ¡ese es Casaciello!

Quise detenerla, pero fue en vano; porque mas rápida que un relámpago descolgó de un trofeo que allí habia un largo puñal, se lanzó á la puerta, abríola ella misma y descargó el golpe fatal...

Un cuerpo pesado é inerte rodó por el suelo. Dí un grito, y Anzola dejó caer el puñal en tierra, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Soberbio estudio de Clitemnestra! dijo Manti cruzando los brazos en ademan contemplativo.

Una estrepitosa carcajada resonó de repente en el taller.

—¡Bravo! ¡bravísimo..! el diablo ha muerto! dijo Luis Casaciello con su misma voz.

Levanté la cabeza, y ví efectivamente al mismo italiano, que continuó dirigiéndose al pintor.

—¡*Per Dio santo*! maestro, ¡sabeis que ha sido esta una admirable escena de tragedía! Pero decidme: ¿para esto me habeis mandado buscar un maniquí al vestuario de la ópera?

Creí que estaba soñando, porque miré á Luis y era él; miré despues al suelo y ví... nada menos que al demonio del baile de la *Tentacion* con los brazos estendidos hácia adelante, partida la cabeza y dando con la frente en los ladrillos. Entonces conocí el error; Anzola habia dado de puñaladas al maniquí. Una feliz casualidad hizo que el mismo Casaciello se encargase de traerlo, y esta circunstancia le habia salvado la vida. En aquel momento sentí una alegria indefinible, pero no habia concluido todo. Me precipité entre Anzola y el modelo; pero fue en vano porque la pobre jóven no era temible ya;—se habia desmayado. Dirijíme á Casaciello, quien acababa de reconocer á su antigua amiga y paisana, comprendiendo facilmente lo que habia pasado.

—Has hecho muchos ultrajes á esta muger, le dije, y es preciso repararlos en el nombre de la humanidad, en nombre de su amor...

—En nombre de mi cuadro sobre todo, que no podria empezar, interrumpió Filopemen. Cásate, Luis, te lo suplico...

—¡*Per Bacco*! respondió este meneando la cabeza y mostrando con un gesto significativo al diablo tendido á sus pies; creo que es lo mejor que hay que hacer.

—En ese caso, dijo Manti cogiendo su sombrero y su baston, vamos á la parroquia y todo queda arreglado.—Anzola y Casaciello se casaron.

T. del A.



PALACIO DE CRISTAL EN LONDRES.

EXPOSICION DE LA INDUSTRIA UNIVERSAL.



Un acontecimiento inmenso acaba de tener lugar en el mundo. Ha desaparecido el estrecho que separaba á la Inglaterra del Continente europeo; mejor dicho, el mismo Oceano no es mas que un vado fácil, que todas las partes del mundo atraviesan á su placer para venir á visitar á la que es su hermana delante de Dios, y su reyna delante de los hombres, por su civilizacion y su genio.

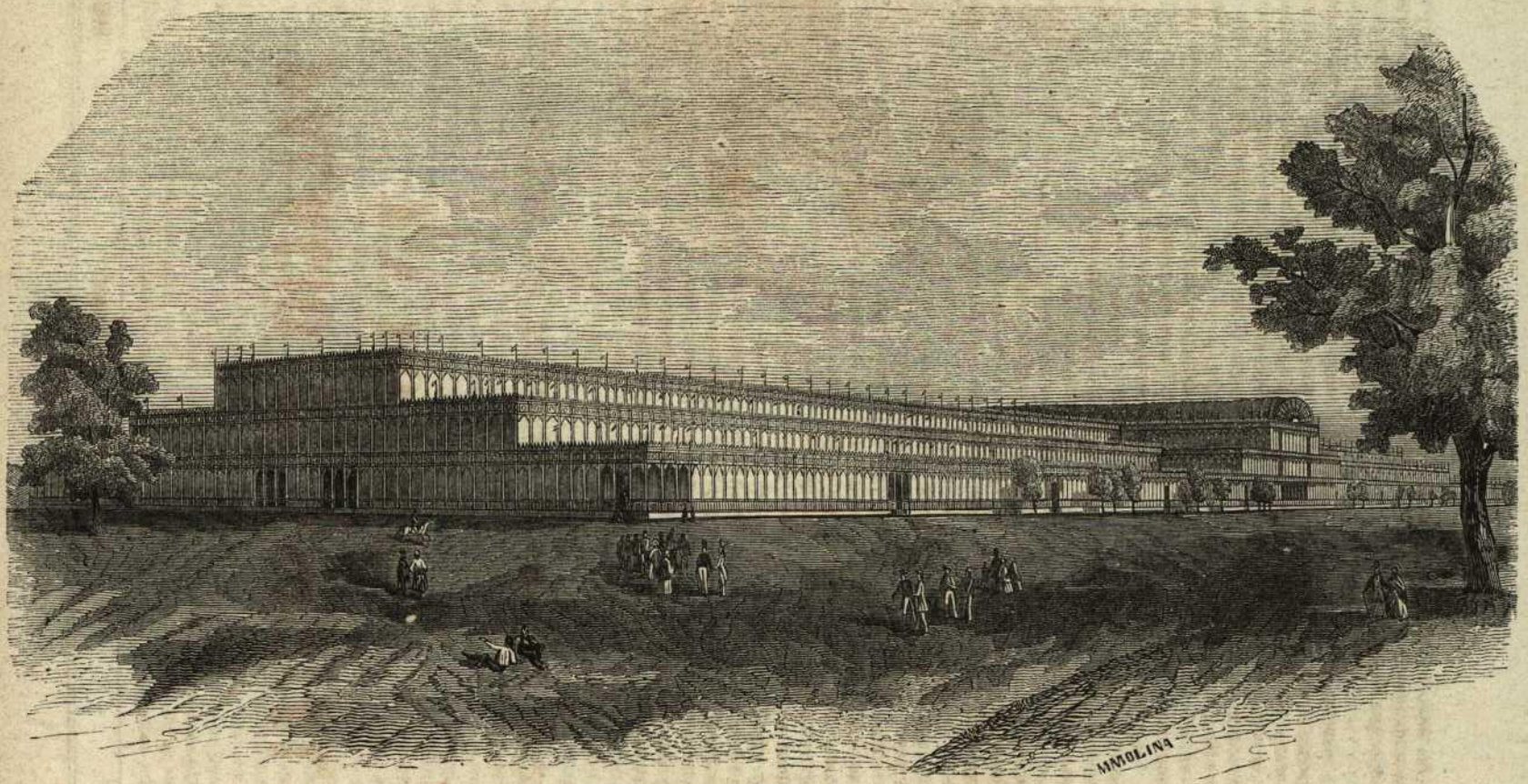
Este grande acontecimiento es la exposicion de la industria universal celebrada en Lóndres; verdadero congreso de la paz, al que han sido convocadas todas las naciones, y en donde deben confundirse para siempre las ideas, las glorias, los intereses de los diversos pueblos que componen la gran familia de la humanidad.

La gloria que la Inglaterra debe recoger de la iniciativa que le pertenece en esta circunstancia, puede dividirse entre todas las naciones que han respondido á su invitacion, hollando bajo sus pies las antiguas preocupaciones y las pasiones de otros tiempos.

¡Cuán fecundo ha sido el siglo XIX en todas cosas! Pero aun no ha pronunciado su última palabra; y el progreso que desde el primer dia de la creacion marcha con paso firme á traves de las generaciones, aun no ha llegado al punto de parada. Le es necesario marchar, marchar todavia, marchar siempre! Es necesario que continue su lucha eterna contra la rutina, contra las preocupaciones, contra los obstáculos de todo género que le obstruyen sin cesar el camino, paralizando á veces su carrera, pero sin poder detenerla.

¡Cuántos cambios en cincuenta años! Qué significan hoy dia esos obeliscos de piedra y de bronce elevados á la memoria de algunas de esas funestas jornadas, en las cuales millares de hombres sucumbian bajo el acero ó la metralla, y que las llaman victorias ó derrotas segun el mayor ó menor número de viudas y de huérfanos que dejan? ¿No son esos los vestigios de un siglo de barbarie en el que no se conocia otra lógica que la metralla, ni se concebia otro progreso que el de la mortandad y encarnizamiento?

No se dirá lo mismo del Palacio de cristal que domina el parque inmenso de la Serpentina. No se dirá que ha sido levan-



Vista esterior del Palacio de cristal.

tado para recordar el triunfo de la barbarie y de la fuerza, sino para eternizar el de la civilizacion y la inteligencia. Es el invernáculo de la industria, donde cada nacion ha colocado sus flores mas preciosas y sus mas ricos productos.

Necesitábase que el siglo XIX, siglo de revoluciones políticas, que ha celebrado á su modo, celebrase tambien el triunfo del progreso industrial no interrumpido. Hacia treinta y cinco años que la paz general habia vuelto á poner en sus sendas á la actividad humana. En vez de victorias pagadas con sangre, cada año, cada mes, por decirlo así, de esos treinta y cinco años pacíficos habia sido señalado por una victoria de la inteligencia, en provecho del bienestar público. Una larga campaña cuyo término no veremos, pero cuyo resultado no es dudoso, se habia abierto contra la miseria, plaga del cuerpo, y contra la ignorancia, plaga del alma. Tentativa heróica, lucha digna de Hércules, que no ha dejado de tener sus reveses y tambien sus víctimas, pero que infaliblemente ha de exterminar á aquellos dos mónstruos. Era necesario que en un dia dado, los combatientes diseminados sobre la superficie del globo reuniesen sus falanges, tremolasen sus estandartes los unos al lado de los otros, y que contándose, animándose, y honrándose mutúamente, mostrasen al mundo admirado el brillo de sus armas, y el esplendor de sus frentes victoriosas. Era menester que se oyese el himno de triunfo, y que no faltasen palmas y coronas á los héroes del ejército industrial.

¿Donde podia darse una fiesta de este órden? Sin una injusticia flagrante, sin una inconsecuencia absurda, en ninguna parte podia ser mas que en Lóndres.

Lóndres no tenia mas que dos rivales posibles París y Nueva-York. Por lo que hace á esta última quedaba desde luego á un lado como menor y como tributaria. Grande es la América, y grande su porvenir; pero la vieja Europa no se halla todavia en el caso de doblar la rodilla ante ese niño que hace tres siglos lo arrancaba á las envolturas de una barbarie que aun no ha desaparecido del todo. Todo lo que la civilizacion europea ha creado se halla allí, pero la iniciacion nos pertenece todavia, y en vez de recibir le damos movimiento y direccion; es decir, se lo da la Europa y cuando se dice Europa, en materia de industria la Inglaterra entra por las tres cuartas partes.

Por lo que hace á la Francia debia ceder tambien aunque no por las mismas causas. Sin embargo, siempre será suya la gloria de la idea, pues de Francia partió la de la exposicion universal Entre Francia é Inglaterra no hay desigualdad reconocida como no sea la de las riquezas y de los instrumentos de trabajo. Dense á la primera los capitales acumulados en los tres reynos, y las masas de *diamantes negros*, como los llama Dickens, que esmaltan con sus sombrias riquezas el mapa geológico de las islas inglesas, y se verá como no son los brazos ni la inteligencia los que faltan á sus trabajadores. Pero no se trata de lo que podria ser, sino de lo que es. Y siendo así, pregúntese á todo estrangero que desde Herne Bay, por egemplo, ha subido para el Támesis hasta Greenwich, y desde Greenwich hasta Westminster Bridge, si es ó no en Lóndres donde debe buscarse el centro natural, el grande *emporium*, del comercio universal. La vida está, sin duda, en otra parte, pero el corazon está allí. El oro, que es la sangre de las sociedades modernas, afluye á Lóndres por todas partes, y por todas esas venas invisibles que oculta el Océano en sus vastas profundidades. Allí se transforma, se mezcla, se refina, se sutiliza, para salir á rios y estenderse por todo el mundo. En ninguna parte como allí la inteligencia se aplica á resolver problemas útiles. En ninguna parte mejor que allí sabe amalgamarse el interés individual á un interés público, y hacer á este último sacrificios bien entendidos en un principio, para ser despues bien retribuidos; en ninguna parte se juzga tan pronto la estension práctica de un invento por los que deben patrocinarlos, y por aquellos á quienes deben ser de utilidad; en ninguna se arreglan las transacciones de todas clases con menos palabras, con menos pérdida de tiempo, con un método mas sencillo, con una regularidad mas mecánica; en ninguna parte son menos estraños á esa envidia estúpida que conduce á paralizar los negocios de un concurrente feliz; en ninguna parte son tan accesibles á esa ardiente emulacion que del mismo buen éxito obtenido por un rival sabe sacar los elementos de un progreso ulterior. En una

palabra, en ninguna parte del mundo, el espíritu de los negocios se halla mas desarrollado, y es mas activo que en Lóndres.

Por eso la señal de la primera feria universal ha partido de ese bazar inmenso, y ha conmovido el mundo como pudiera haberlo hecho el mas gigantesco de todos los acontecimientos.

Cuando la Inglaterra, que de todas las naciones de Europa era la sola que permanecia pacífica, intacta y segura, proclamó abierta la liza de las industrias, abierto el gran torneo comercial, y levantado el palacio de cristal, al que convidaba indistintamente á todas las naciones, pudo creerse que el estado de agitacion y malestar en que estas se hallaban las impidiesen acceder á la invitacion. Sin embargo, ni una ha dejado de acudir á ella. En el dia fijado ninguna ha faltado á la cita, y no ha mucho que en aquel inmenso palacio, al estruendo del cañon, y á los marciales ecos de las músicas militares, cuando la misma Reyna de Inglaterra de pie sobre su trono, rodeada de su brillante aristocracia, y despues de haber tributado un respetuoso homenage al Supremo Autor de toda grandeza y de toda prosperidad, ha declarado abierta la grande Esposicion de los productos de todo el mundo; entre los millares de espectadores asombrados por la magestad de aquella escena, grabada para siempre en la memoria del que la ha visto, la mirada de la Inglaterra ha podido reconocer todos los tipos de la gran raza humana; los descendientes de Sem, de Elem, de Assur, de Arphexad, de Ludir y de Aram; lidios, caldeos, sirios, persas y hebreos: los de Cham, de Chus, de Misraïm, de Phut y de Canaan; árabes y africanos de toda el Africa: los de Japhet, de Gomer, de Magog, de Madaïs de Javan, de Thubel, de Moloch, y de Thiras; scytas, tártaros, medos, indios, turcos, iberos, germanos, scandinavos y mongoles. Todos estaban allí: el chino de cabeza pelada; el sioux de cabeza chata; el gigante patagon; el enano de Laponia; el negro de cabello lanudo; el albino de pelo blanco; el insular de Otahiti; el hombre de Tombouctou; pieles amarillas, pieles negras, pieles rojas, pieles blancas; todos los pueblos por medio de individuos de sus razas, toda la tierra por medio de delegados! y todos estaban allí por su gusto, no á la fuerza; todos eran peregrinos voluntarios llegados de todos los puntos del globo, no para contribuir al esplendor de una metrópoli orgullosa, sino para tomar parte en una fiesta que era la suya; para tocar con el dedo las maravillas que ellos mismos han realizado; para poner en comun esperanzas que pertenecen á todos, para verificar, en fin, ese grande hecho de la solidaridad de los pueblos, que es el punto de partida de una civilizacion nueva, pacífica, fecunda, estraña á las disensiones antiguas.

Hasta ahora la raza humana no habia sabido hacer mas que degollarse y dominarse. El bello ideal de los poderes antiguos era sacrificar las masas ignorantes á unidades ó corporaciones que monopolizaban la ciencia y la fuerza colectiva. De hoy mas se sabrá que la aplicacion legítima de la fuerza general debe ser hacerla redundar en provecho del mayor número. De aquí á seis meses se dirá por todas partes lo mismo bajo el *wigwam* de las praderas; como bajo las redondas chozas de los cafres, y bajo el techo de yelo de los esquimales, que en un dia dado, y en un punto designado de antemano, sin compulsion ninguna, y á consecuencia de un libre acuerdo, hombres de todos los paises han venido á enseñarse lo que sabian y podrian hacer; que allí se han presentado maravillas inauditas; caballos de hierro mas rápidos que la gazela ó el reno; hilos sobre los cuales viaja el pensamiento mas pronto y tan luminoso como el relámpago; máquinas que cortan un trozo de hierro con la misma facilidad con que tejen un hilo de cristal; dirán que han entrevisto la posibilidad de someter por do quiera á la voluntad humana la materia rebelde, de hacer labrar un campo por un esclavo de bronce lleno de agua hirviendo; de reanimar la tierra agostada arrojando en ella algunos puñados de una amalgama química; de multiplicar las recolecciones y las vendimias hasta el punto de hacer el pan y el vino de mas facil adquisicion para todos, que el fruto silvestre y el agua del torrente. ¡Qué no dirán de tantas maravillas, prometidas al porvenir por la incansable actividad del tiempo presente! Y cómo se estremecerá de gozo todo el que tenga conocimiento de tan buena noticia! Con qué afan se preguntarán donde se ha manifestado el poder bienbechor, la fuerza sometida. Y cuán

justa no será el orgullo de los ingleses al pensar que aquella pregunta tendrá por respuesta estas dos palabras: La Inglaterra y Lóndres!

Mas para que todo fuese digno de tan grandiosa idea, se necesitaba el *Palacio de Cristal*; cualquiera otro edificio por grande, por magestuoso, por espléndido que fuese no podria competir con el que encierra la exposicion universal, porque todo en él es nuevo, desconocido. Nada es en efecto mas grande ni mas sencillo á la vez que esa admirable construccion que se llama el Palacio de cristal. Pero acaso es un palacio! No; este gigantesco edificio de molduras de hierro, y cúpulas luminosas y transparentes, es una ciudad, mas bien que un palacio. Por mas que el genio de la antigüedad haya alcanzado en el arte el mas alto grado de perfeccion, nunca pudo adivinar ni concebir un monumento de tan ligera construccion y de tanta grandeza. El pensamiento se confunde ante la inmensidad de la obra, sobre todo cuando se piensa en el poco tiempo que se ha necesitado para que este bosque de hierro, este empireo de cristal haya brotado de la tierra, y elevándose hácia el cielo como por encanto. Para que nuestros lectores puedan formarse un juicio aproximado de este gigantesco edificio, vamos á darles una descripcion geométrica del mismo.

La forma general del edificio á vista de pájaro es la de un rectángulo ó cuadrado largo, cuyo lado mayor tiene 1848 pies de largo siguiendo la direccion de este á oeste. Ocupa el centro del edificio una galeria longitunidal de 72 pies de ancho y 72 de alto. A derecha é izquierda de cada lado se hallan distribuidos los productos espuestos que se adelantan unos doce pies sobre la avenida, reduciendo asi su ancho á 48 pies. En el centro de la avenida hay colocados diferentes objetos de la industria y del arte, destinados á llenar algo el espacio, y á destruir la monotonia del golpe de vista.

En el centro de lo largo del palacio se eleva un *transsept* de 72 pies de ancho, 456 de largo y 100 de alto. En el frente de este *transsept*, y á la parte meridional del edificio que da á lo largo del Rensington-road, está la entrada principal. La galeria longitudinal está sostenida por tres cuerpos de columnas de hierro fundido, que forman la altura total de los 72 pies indicados. Estas columnas forman juntas 74 bóvedillas de 24 pies de estension, que agregadas la grande de 72 pies de ancho que forma el *transsept*, dan el largo total de 1848 pies desde la puerta del este á la del oeste, situadas en las dos estremidades de esta larga y magnífica galeria.

Visto en sentido transversal, el corte del edificio presenta por cada lado de la avenida central que se acaba de indicar una primera galeria paralela de dos pisos de 24 pies de ancho: el bajo que se halla al nivel de la avenida, y tiene veinte y cuatro pies de altura, y una galeria superior del mismo ancho y 48 pies de altura, cuyo techo está al mismo nivel que el de la avenida central. De esta suerte el techo mas elevado está sostenido en todo su largo por cuatro hileras de columnas, dos á la derecha, separadas veinte y cuatro pies una de otra, y dos á la izquierda á la misma distancia, que forman dos galerias que sirven de contrafuerte al gran cuadro de 72 pies de ancho y 72 pies de alto que constituye la galeria principal.

A la altura de 48 pies por uno y otro lado del edificio, se eleva en todo su largo un segundo techo de cristal de 72 pies de ancho que cubre una galeria de 48 pies de ancho, otra paralela de dos pisos y de 24 pies de ancho. Esta galeria es igual á la que se apoya contra la grande galeria central que se ha descrito, y comunica con ella por pasadizos transversales de 24 pies de ancho, situados de distancia á distancia; pero el primer piso no tiene mas que veinte y cuatro pies de alto bajo el techo de cristal. Las cuatro galerias del primer piso comunican entre si por las dos estremidades del palacio, y se sube á ellas por ocho escaleras de doble tramo, hechas de hierro fundido y de caoba.

Finalmente, las tres galerias situadas á cada lado de la central estan apoyadas solamente en el piso bajo, por dos galerias paralelas de 48 y de 24 pies de ancho, dispuestas como las precedentes pero con solos 24 pies de altura.

Hay pues en el piso bajo once galerias: la central de 72 pies de ancho, y á cada lado de ésta dos de 48 pies de ancho cada una, y tres de 24 pies en las posiciones respectivas que se han indicado. En el primer piso hay cuatro galerias de 24 pies de ancho.

Lunes 6 de Octubre.

En la fachada norte que da á Rotter-Row, las necesidades del servicio han hecho añadir en el piso bajo una doble galeria de 48 pies de ancho y 888 de largo.

Los hombres científicos, que en la práctica de las construcciones saben darse cuenta de todo el valor que ofrece una idea pura y elemental, no admirarian nunca bastante la sencillez del plan seguido por M. Paxton, en todas las partes del edificio. Hallar el medio de sustituir el bronce y el hierro á la madera y á la canteria; reunir á la vez la elegancia y la ligereza del dibujo á la solidez, por las figuras geométricas mas sencillas que se pueden concebir en las construcciones, tal es el problema que el hábil autor del Palacio de cristal ha resuelto de la manera mas feliz, empleando el cuadrado de 24 pies de lado, simple, doble, triple, sirviendo tan pronto de galeria como de contrafuerte, y á menudo de ambas cosas á la vez.

Es tambien muy ingenioso el medio empleado por M. Paxton, para hacer correr á lo largo de los compartimientos de su techumbre de cristal, y por las columnas huecas que corresponden á conductos subterráneos, el agua condensada del vapor interior del edificio, como tambien la que proviene de la lluvia.

Despues de haber dado una ligera idea del aspecto interior del palacio de la esposicion, daremos á conocer cómo se ha distribuido el terreno entre las veinte y cuatro naciones que han enviado á Lóndres sus productos. Estos se han dividido en cuatro grandes categorías que son: Productos brutos, máquinas, productos manufacturados, y bellas artes.

Las máquinas ofrecen un espectáculo digno de llamar la atencion, porque se hallan en movimiento. Al efecto, la comision régia ha puesto á disposicion de los exponentes una fuerza mecánica considerable, destinada á hacer funcionar las máquinas que se deseen presentar en su estado de trabajo, á fin de que se comprenda mejor su objeto y su utilidad. Esta fuerza procede de una bateria de calderas de vapor por el sistema tubu'ario, situadas fuera del edificio principal, al oeste y á una distancia de 15. pies. Un tubo de ocho pulgadas y media de diámetro que corre por debajo del piso á lo largo del muro septentrional de la parte inglesa, conduce el vapor á una série de máquinas de vapor destinadas, segun sus fuerzas y disposiciones respectivas, á mover los diferentes aparatos espuestos. De esta suerte el espectador puede asistir á la série completa de las transformaciones porque pasan la lana y el algodon desde el estado bruto hasta el hilo ó los tegidos de todas clases.

Al entrar en el edificio por la puerta Central del sud que da al *transsept* y al lado izquierdo, es decir, al oeste, se halla destinado todo el piso bajo y las galerias superiores á la Inglaterra con sus posesiones de la India, la Nueva-Holanda, Ceylan, Malta y el Canadá, ocupando una superficie de 424,232 pies cuadrados ó mas de la mitad. Al lado derecho, es decir, al este, están los 23 pueblos estrangeros, que disponen de un total de 356,542 pies cuadrados en el piso bajo y en las galerias altas, distribuidos entre aquellos del modo siguiente.

	Pies cuadrados.
Arabia y Persia reunidas.	2,016
China.	4,320
Brasil y Mégico. . .	9,408
Turquia	8 832
Grecia	1,728
Egipto	2 496
Italia.	12,672
España y Portugal. . .	3,684
Suiza.	7,872
Francia.	87,936
Bélgica	24,928
Holanda.	3,168
Austria.	38,304
Union alemana. . . .	50,688
Alemania del Norte. .	8,832
Dinamarca	672
Noruega y Suecia. . .	4,224
Rusia.	13,920
Estados Unidos. . . .	70,848
	356,542

Como se ve, la Inglaterra ha reservado á la Francia como su rival mas digna y de mas importancia, el mayor lugar entre todas las naciones estrangeras. Siguen los Estados Unidos, el Zollverein ó Union alemana, el Austria, la Bélgica, &c.

Desgraciadamente España figura como una de las naciones menos productoras; y es mas sensible, que aunque nuestra inconcebible apatia dé lugar á que se confirme

aquella idea entre los estrangeros, cuando ciertamente en primeras materias es la España uno de los paises mas favorecidos por la naturaleza, y no son pocos los adelantos hechos en la industria y la fabricacion. Muchos objetos podian haber sido remitidos á la Exposicion que hubieran sostenido dignamente la comparacion con otros extrangeros.

Sin embargo, aunque falto de órden y de concierto, y á retazos digámoslo asi, la España ha enviado á la Exposicion universal muestras de sus primeras materias, aunque tan escasas que no pueden dar una idea exacta de sus riquezas naturales. Lo mismo ha sucedido con sus industrias y manufacturas.

He aqui la lista de los productos españoles remitidos á la Esposicion: muestras de mercurio, plomo, cobalto, estaño, nikel y tierras auriferas, hulla, remitida de Guadix; azabache en bruto y pulimentado de Oviedo; liñito de Guipuzcoa; azufre cristalizado; sosas naturales de Alicante, Murcia, Granada, &c; sal comun de Almeria y Alava, y sal mineral de Córdoba; hierros, aceros, plomo, plomo fundido de Adra, Almeria y Cartagena: cobres puros de Rio-Tinto; calaminas de Asturias y blondas de Guipuzcoa; estaño de Avion, Lugo y Orense; mármoles de varios puntos; alabastros, arcilla refractaria; trigos del mediodia, del centro y del norte de la peninsula; arroz de Valencia; maices notables por la magnitud de las mazorcas ó espigas; frutos farináceos, como garbanzos, batatas, &c; cuatro especies de frutas secas que son uvas, higos, ciruelas y melocotones, de Málaga, Córdoba, Jaen, &c.; frutos oleaginosos, como aceitunas, nueces, y almendras de Córdoba, Sevilla y Málaga y otros puntos; plantas testiles, como lino, cáñamo, algodon, pita, esparto y paja de Italia, de Granada, Valencia, Murcia, Almeria, Huesca, &c.; madera de construccion de Cuba y Filipinas, plantas tintoriales, como roya, gualda, azafran, pastel, &c. de varios puntos de la Península; plantas medicinales de Málaga, Oviedo, Galicia, Leon, Córdoba, Granada, Islas Baleares y muchas otras provincias; aceites de Córdoba, Sevilla y Málaga; aceite de nueces y de linaza; resinas y gomas de Burgos: corcho de Gerona, Huelva y Sevilla; azúcar superfina de Torre del Mar; lanas de Zaragoza, de Huelva y de Segovia; pieles y cueros de Valladolid y Barcelona; sedas de Cataluña, Valencia, Murcia, Talavera de la Reyna, Palencia, &c.; cochinilla de Valencia, Alicante y Málaga; cera y miel de varios puntos.

La esposicion española ofrece entre el pequeño número de objetos industriales algunos de perfeccion notable; hay fusiles de piston de Palencia, escopetas de Vizcaya, un cañon de bronce de 6000 libras de peso, de la fundicion de Sevilla; hojas de espadas, sables y otras armas de Toledo; peines para tejer tul, sedas, &c.; de Barcelona; trabajos de cerrageria, y muebles de hierro y bronce de Madrid; filatura y tegidos de lino, cáñamo &c., del Ferrol, Logroño, y Valencia; trabajos en madera de Madrid y Barcelona; abanicos de Valencia, y de Málaga, del Sr. Mitjana; productos esteáricos de Madrid; jabones jaspeados y blancos elaborados en frio, de Madrid; productos químicos de Matanzas; cigarros de la Habana, hojas de tabaco de Manila, y algunos otros artículos, cuyo pormenor seria demasiado estenso.

Entre los diferentes productos del arte y de la industria española, que mas llaman la atencion en la Exposicion universal de Lóndres, figuran una mesa de mosaico de los señores Perez y compañia, de Barcelona, única en su clase, y en cuya composicion entran tres millones de piecesitas; una custodia de plata, construida en Madrid por el señor Moratilla, y que por sí sola basta para dar una ventajosa idea del estado en que se conserva en España el arte de platería; armas blancas de la célebre fábrica de Toledo, del mas esquisito temple; y armas de fuego del señor Zuluaga, incrustadas en oro y plata; y finalmente unos bordados en terciopelo batista, (nipis de Manila) y un vestido y mantelettas de blonda negra con flores de color, que es una innovacion no menos dificil que preciosa, introducida en la encageria, por el señor Fiter, hábil fabricante de Barcelona.

En un principio la comision real de la Exposicion manifestó la intencion de no recibir en el palacio de cristal ninguna obra de escultura, pues solo habia pensado admitir los productos de la industria universal, y asi lo comunicó á los gobiernos extrangeros; pero la comision ha faltado en

esto á su programa, y la estatuaria ha ocupado su lugar en el palacio de la Exposicion. Todo el *transsept* se halla adornado con estátuas, algunas magníficas y de un mérito sobresaliente, y otras que están como avergonzadas de verse entre tantas bellas obras del arte.

Nada se ha desatendido, pues, en esta feria universal, para la comodidad de los expositores, y el recreo de las innumerables personas que visitan la Exposicion, y para la correspondiente seguridad de tantos objetos como encierra el palacio de cristal. He aquí las disposiciones que se adoptan todas las noches al efecto. Al aproximarse aquella se hace una escrupulosa inspeccion del edificio. En seguida se encienden algunas luces de gaz que permiten á los guardianes descubrir las personas que pudieran haberse escapado en la primera inspeccion. Sesenta agentes de policia, y veinte y cuatro zapadores mineros, se hallan constantemente en vela durante toda la noche en las diferentes partes del edificio. Un cuerpo numeroso de bomberos está igualmente de servicio en el interior, y el telégrafo eléctrico permite comunicar instantáneamente con los puntos mas apartados de la metrópoli. Finalmente, una fuerza militar situada en las cercanias del palacio de cristal podria en pocos minutos suministrar cuantos ausilios fuesen necesarios.

Concluiremos este artículo, llamando la atencion de nuestros lectores sobre el extraordinario movimiento que la Exposicion ha debido producir, no solamente en Lóndres, sino en gran parte del Reyno-Unido, y la inmensa concurrencia de extrangeros que ha llamado á aquella gran metrópoli. Los productos de la Exposicion han sobrepujado los mayores cálculos y las mas lisonjeras esperanzas. Muchos dias han ascendido los visitantes al número de 60,000, es decir, tantos como encerraba el gran circo romano en sus mayores fiestas. Ningun dia han entrado menos de 15 ó 20,000; y como se ha comprado el derecho de entrada segun la tarifa establecida por la comision, los productos han sido inmensos. La Exposicion se cerrará definitivamente el dia 15 de Octubre, y segun los cálculos mas exactos, los productos ascenderán á 400,000 libras esterlinas, ó 40 millones de rs. próximamente: los gastos de la Exposicion serán de unos 20 millones, y por consiguiente quedarán otros 20 para objetos de utilidad pública.

Ignórase todavia el últerior destino del famoso palacio de cristal, aunque es de creer sea convertido en un magnífico jardin de invierno, segun el parecer de su arquitecto Mr. Paxton, quien ha escrito ya una memoria sobre la materia.

L. Y.

LA CIUDAD DE SENS EN FRANCIA.

Sens, antigua capital del *Senones*, está situada en la pendiente de un collado, al este del rio Yona, cuyas aguas besan sus muros. Es una de las ciudades mas antiguas de las Galias; conocida de César por el nombre *Angedicum Sononum*, fue despues capital de la cuarta *Lionesa*. Ha perdido ya el nombre *Angedicum*, conservando tan solo el de los pueblos que en ella antiguamente habitaron, y de quienes habla Tito Livio bajo el nombre de *Gall-Senones*. Ellos fueron quienes mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo hicieron notables establecimientos en Italia, fundaron á Siena, tomaron á Roma conducidos por Breno, y hasta se extendieron á Grecia. César sometió estos pueblos al imperio romano lo mismo que el resto de las Galias, y quedaron sujetos á él hasta el reinado de Clovis que los conquistó. Al concluir la segunda raza de reyes de Francia la ciudad de Sens obedeció á Condes particulares, primero amovibles, pero que luego se erigieron en pequeños soberanos. Expulsólos el Rey Roberto en 1005, quedando la ciudad unida á la corona de Francia.

San Saviniano predicó el cristianismo en Sens en los siglos II y III, por lo que la ciudad le venera como su patrono.

La iglesia metropolitana, situada en una plaza espaciosa, está dedicada al primer mártir San Estéban, y es uno de los edificios mas bellos del reino. Entrase por tres puertas grandes de arquitectura gótica; adornan la fachada dos corpulentas torres, una de las cuales sostiene una linterna de granito que contiene el reloj de la ciudad. Pocas iglesias hay que posean mayor número de reliquias, y que esten tan suntuosamente adornadas Consta de tres naves, siendo la de enmedio muy magestuosa; y en las ventanas y rosetones hay vidrieras pintadas por Juan Courin. Encima del altar mayor hay un magnífico baldaquí, sostenido por cuatro columnas de pórfido. El coro está ricamente adornado, y en su centro hay un mausoleo de mármol blanco, erigido en honor del Delfin hijo de Luis XV que fue en él enterrado, y con él la princesa de Sajonia su esposa. Han sido reparadas las mutilaciones que hizo la revolucion en este mausoleo, obra primorosísima de Gouston y de su discípulo Julian Beauvais. La primera figura representa el Amor, cuyas miradas se dirigen hácia un niño colocado á sus pies que rompe el Himeneo: en el último plano hay la efigie del Tiempo, que cubre con un fúnebre velo dos urnas unidas con guirnaldas de cipré y de siemprevivas. En la parte interior vese al Genio de las ciencias y artes sumergido en el desconsuelo, al paso que la Inmortalidad junta en un haz los simbólicos atributos de las virtudes de los esposos, y la Religion que depone en sus urnas una corona.

La Catedral de Sens contenia en otro tiempo otros varios mausoleos que llamaban la atencion de los aficionados: quedan todavía restos del que fue del Cardenal Duprat, en que hay cuatro bajos relieves de un

trabajo delicado: lo que falta á este bello monumento destruyólo el frenesí de la revolucion, lo mismo que otros varios sepulcros, entre ellos el del Cardenal Duperron. Detrás del coro nótase un grupo primorosamente trabajado en estuco, que representa el martirio de San Saviniano. La capilla de la Vírgen está adornada tambien con exquisito gusto, lo mismo que otras varias en que abundan buenas obras de pintura y escultura. Hay contigua á la iglesia una sala que contiene los retratos de todos los Arzobispos de Sens. En esta ciudad hanse tenido varios concilios, y entre ellos el mas célebre en que San Bernardo hizo condenar á Abelardo por hereje. En 1163 refugióse



Puerta de Notre-Dame, en Sens.

en esta ciudad el Papa Alejandro III y permaneció en ella dos años; tambien fue en la misma el retiro del célebre Santo Tomás Bechet, Arzobispo de Cantorbery.

En 1348 todavía no estaba Sens rodeada de fosos, hasta que Cárlos V siendo todavía Delfin, temiendo que cayese en poder de los ingleses, mandó á los habitantes que los construyesen. Derramábanse en estos fosos las aguas del Yona y del Vanne. Mas tarde se rellenaron, y por fin desaparecieron quedando en su lugar umbrosos paseos.

En 1531 á fin de limpiar la ciudad y preservarla de incendios hicieron circular por las calles las aguas del Vanne, de suerte que aun corren por las principales y mantienen la limpieza. Como el pueblo de Sens se declarase á favor del partido de la Liga, púsole sitio Enrique IV en 1590; pero tuvo que levantarlo despues de tres infructuosos asaltos, y solo cinco años despues se

apoderó de esta ciudad. Hállase esta en parte cercada de antiguas murallas, en las que se ven arcos semejantes á los de las construcciones romanas, y en las cercanías se hallan restos de antiguos caminos que conducen á las vecinas ciudades. De las nueve puertas de Sens hay tres anteriores al siglo XIV, ó construidas en él, que son las de *Notre Dame*, de *Saint Antoine* y de *Saint Remy*.

Consérvase en la biblioteca pública de esta ciudad el manuscrito de la famosa *fiesta de los locos* y la *Prosa del Asno*, uno de los mas curiosos monumentos de la locura humana; parece que ese manuscrito se escribió á mediados del siglo XIII. Es un cuaderno de pergamino de forma prolongada, muy rara en los antiguos manuscritos; pero conócese que le dieron una forma proporcionada al sitio en que debia guardarse. Está anotado y escrito con esmero, y los adornos son tan estrambóticos como la fiesta que representan.

Darémos una idea sucinta (y perdónese la digresion) de lo que era la *Fiesta de los locos*. Dieron este nombre á ciertos regocijos á que se entregaban los clérigos, diáconos, y sacerdotes en varias iglesias durante el oficio divino y en determinados dias, principalmente desde las fiestas de Navidad y la Epifanía. Para descubrir el orígen de tales ceremonias, fuerza es tomarlo de muy lejos, de las fiestas del paganismo, en que ocupaban el primer lugar las saturnales y lupercales, las calendas de enero. A pesar de ser escandalosas semejantes ceremonias, subsistieron en todo ó parte, en medio del cristianismo, á despecho de Concilios, Papas y Obispos, que de todo echaron mano para abolirlas y en vano; con esta ocasion se establecieron públicas rogativas, procesiones y ayunos; nada pudo reprimir tamaños desórdenes. La catedral de Sens fue donde con mas solemnidad y aparato se hacian tales fiestas en que honraban al asno con un culto particular. El dia de Natividad, despues de las vísperas bailaban y saltaban los clérigos y diáconos en medio de la iglesia, luego pasaban á la eleccion de un *Obispo ó Arzobispo de los locos*, la que confirmaban con multitud de estravagantes y ridículas bufonadas, entre ellas la de incensar al electo con humo de zapatos viejos que ponian al fuego. Vestian luego á un asno con una capa pluvial y le introducian en la nave del templo, donde los concurrentes le recibian con aclamaciones disfrazados grotescamente y cantándole coplas al asno.

De todos los animales espectadores y actores de esas necedades ninguno dejaba de reir como no fuese el pobre asno, que se veia obligado á rebuznar muy á menudo.

A una legua y media de Sens hay la fuente de Veron, célebre por sus particularidades: está situada al pie de una montaña, y tiene una pila ó taza de cerca ocho toesas de diámetro: á pocos pasos da impulso á un molino. El agua de esta fuente tiene la propiedad de petrificar en poco tiempo el musgo que tiene en contacto, de que resultan piedras leves y esponjosas, dentro de las cuales aun se percibe el musgo de que se forman. Esto es tan cierto, que de cuando en cuando se quitan las petrificaciones; pues á no hacerlo impedirian dar vueltas á la rueda del dicho molino. Piérdese el arroyo en una cercana pradera á cosa de quinientos pasos de su manantial. Frontera á este del otro lado del rio Yona hállase la aldea de Etegny, en la que se concluyó en 1576 la paz entre Enrique III y el Duque de Alenzon á solicitud de la madre de ambos Catalina de Médicis.

A. U.

TRADICION ESCOCESA.

La balada del jóven Tamlano que se cantaba aun en tiempo de Walter Scott, en la selva de Ettrick, muy célebre en las tradiciones poéticas de la Escocia, produce bajo una forma viva y animada todas las particularidades relativas á la ecsistencia y á las costumbres de las hadas. Esta balada brilla de imaginacion y poesía; tiene un no sé qué de fantástico y caprichoso y ofrece alternativamente esas frescas imágenes y esas tintas que en las historias amorosas de la antigua Escocia, hacen algunas veces un contraste tan estraño con el carácter sombrio, duro, triste y salvaje de esta poesía tradicional.

El dominio de Carterhaugh, que posee el jóven Tamlano, es un sitio temido, á donde se recomienda que no vayan las jóvenes. Menos prudente que sus compañeras la jóven Juanita, coquetilla de curioso humor, se aventura á arrostrar todos los males que le han anunciado. Adornada con su bello manto, y sus hermosos cabellos rubios, ricamente enlazados con joyas de oro, se dirige hácia Carterhaugh y va á sentarse junto á la fuente donde encuentra al caballo de Tamlano sin ginete. De repente, un hombrecito de apariencia estraña y lenguaje misterioso, aparece junto á ella como si saliese debajo de la tierra; la toma por la mano y la conduce entre las hojas verdes y las matas de rosas.

Cuando Juanita volvió á casa de su padre, estaba pálida y descompuesta. Desde aquel dia se tornó triste, lánguida, y no se mezcló ya en los bailes, olvidándose de peinar su cabellera. Empezaron á despertarse sospechas contra ella, y su padre lleno de tristeza le dijo un dia: «Ah! pobre Juanita, sospecho que vas á ser madre.—Entonces será una cosa maravillosa, replicó ella, porque nunca tuve amante alguno.

Sin embargo, se dirige otra vez al dominio de Carterhaugh para hablar al jóven Tamlano.

La balada sigue del modo siguiente:

Cuando llegó á Carterhaugh, se dirigió á la fuente, y volvió á ver el caballo sin ginete.

Apenas habia cogido dos rosas, cuando apareció el jóven Tamlano y le dijo: No cojais mas; ¿por qué cogeis esas rosas en este verde jardin?

—Es preciso que me digais la verdad, Tamlano, no debeis mentir. Decidme si habeis entrado alguna vez en una santa capilla, ó si habeis sido bendecido en nombre de Cristo.

—Os diré la verdad, Juanita, y no mentiré. Mi padre era un caballero como el vuestro, mi madre era una castellana.

Rodolfo conde de Murray fue mi padre; Dumbar, conde de Marches el tuyo. Nos amamos cuando éramos niños: quizá te acordarás aun!

Cuando llegué á tener nueve años, mi tio me llamó junto á él para cazar y hacerle compañía.

Vino un viento del norte, un viento agudo y penetrante; un profundo sueño se apoderó de mí y caí del caballo.

La reyna de las hadas se apoderó de mí para hacerme habitar sobre la colina verde, y me ha trocado en espíritu de hechicería. Hermosa, mírame bien.

Nosotros los que vivimos en pais de hechicería no conocemos penas ni enfermedades: dejo mi cuerpo cuando quiero, y lo vuelvo á tomar en seguida.

Podemos habitar á nuestro antojo en la tierra ó en el aire; nuestra forma y nuestras proporciones pueden achicarse ó agrandarse á nuestra voluntad; una cáscara de nuez puede servirnos de mansion tan bien como un soberbio palacio.

Dormimos en el dulce cáliz de las rosas, bailamos sobre el arroyo, loqueamos ligeramente sobre la brisa, y jugueteamos sobre un rayo de sol.

No me cansaria pues de habitar este pais si no fuera por el tributo que se paga al infierno cada siete años; y estoy tan grueso que temo me elijan á mí.

Esta noche, Juanita, es la noche de Hallowèen, y si quieres reconquistar á tu amante, no tienes tiempo que perder.

Esta noche es la noche de Halloween, y la que quiere volver á ver á su amante debe velar junto á Miles-Cross.

—Y ¿cómo te veré, Tamlano? ¿Cómo te reconoceré entre tantos caballeros sobrehumanos?

—La primera tropa que veas pasar, dí no, y deja que se aleje, la segunda tropa que veas pasar puedes estar segura que estaré en ella.

Deja pasar el caballo negro, Juanita, y luego deja pasar el caballo bayo; pero precipítate hácia el caballo blanco como la leche, y derriba á su ginete.

Porque yo monto el caballo blanco como la leche, y camino siempre sobre la derecha; me conceden esta honra porque soy un caballero cristiano.

Mi mano derecha llevará guante, Juanita, mi mano izquierda irá desnuda; con estas señas me conocerás. Seguramente estaré allí.

Me transformarán entre tus brazos en culebra y en sapo; me transformarán entre tus brazos, Juanita, en un haz ardiendo.

Me transformarán entre tus brazos, Juanita, en barra de hierro candente; pero tenme firme y no me sueltes porque no te haré daño.

Sumérgeme primero en una cuba de leche y despues en una cuba de agua; tenme firme y no me dejes escapar, que yo seré el padre de tu hijo.

Me darán en tus brazos, Juanita, la forma de una paloma, despues la de un cisne, y en fin me darán en tus brazos, la forma de un hombre desnudo: echa sobre mí tu manto verde y volveré á ser lo mismo.

Sombría, sombría estaba la noche, espantoso era el camino, mientras que la bella Juanita con su manto verde se dirigió á Miles-Cross.

Los cielos estaban negros, la noche oscura y el sitio era temible; pero Juanita permanecia allí, con el deseo ardiente de abrazar á su amante.

Entre media noche y la una, un viento del norte desgarró la nube, y oyó pasar por el viento sonidos estraños y misteriosos.

En el momento de la mas espesa oscuridad oyó resonar las campanillas de plata atadas á las bridas de los caballos, y Juanita estaba tan alegre como pudiera haberlo estado de cualquiera otra cosa del mundo.

Sus flautas de paja de avena dejaban oir sonidos asombrosamente agudos, notas mas altas, producidas por los tallos de cicuta y por las cañas de los pantanos herian el oido; pero los sonidos graves y los sombríos pensamientos no pertenecen á los espíritus de hechicería.

La bella Juanita esperaba con valor firme sobre aquel páramo solitario, y á medida que el tropel avanzaba, el ruido le llegaba cada vez mas alto.

Fuego fatuo marchaba delante haciendo brillar su luz, y muy pronto vió toda la tropa de hechiceros cabalgar á su vista.

Primero pasó el caballo negro, todo negro; en seguida pasó el caballo bayo, y se lanzó sobre el caballo blanco como leche, derribando al ginete.

Lo separó de su caballo blanco y dejó sueltas las riendas; entonces se levantó un grito de angustia:

«Lo hemos perdido para siempre!"

Le transformaron entre los brazos de Juanita en lagarto y en culebra; pero lo tuvo firme para que llegase á ser el padre de su hijo.

Le dieron en fin en sus brazos la forma de un hombre desnudo; lo rodeó ella con su manto verde, y reconquistó á su amante.

Lunes 13 de Octubre.

Entonces habló la reina de las hadas saliendo de una mata de azucenas.

«La que viene á apoderarse del jóven Tamlano, tiene por cierto un buen novio.»

Entonces habló la reina de las hadas saliendo de una mata de centeno.

«Ha tomado el mas lindo caballero de toda mi comitiva.

«Pero si hubiera sabido Tamlano, que una dama te rocaría, te hubiera arrancado los ojos azules para poner en lugar dos ojos verdes.

«Si lo hubiera sabido Tamlano, antes de salir te hubiera arrancado tu corazon de carne, para poner en su lugar un corazon de piedra.

«Si hubiera tenido ayer el espíritu que me ha venido hoy, hubiera pagado siete veces mi tributo al infierno antes de dejarte robar.»

E. A.

VIAJES.

EL DESIERTO Y EL KHAMSIN.

Muchos son los viageros, que guiados por su amor á la ciencia, ó animados de un espíritu religioso ó aventurero, han pasado al Oriente, á ese pais, cuna del género humano, y señalado por tantos prodigios y maravillas. La relacion de sus viages ha sido siempre leida con gusto, y su repeticion no ha cansado, por la variedad que en ella se nota, hija, sin duda, de la diversidad de impresiones que han debido experimentar, segun el caracter de cada viagero, á la vista de la inmensidad del desierto, de sus abrasadoras arenas, de su atmósfera sofocante, de la transparencia de su cielo, de su luz, de sus colores, del mágico atractivo de aquellos lugares, señalados todos y cada uno con un prodigio, y que traen á la memoria los sucesos mas notables acaecidos desde la creacion.

Uno de estos viageros, el célebre Dumas, ha descrito tambien algunas de esas grandiosas escenas. Creemos que se leerán con agrado la relacion que hace del paso por el desierto de la caravana que lo conducia. Dice asi:

«Tualeb dió la señal de partida, y al momento rompimos la marcha.

«Apesar de que el sol iba declinando, para nosotros, pobres europeos, era devorador; al trote y con la cabeza baja, teníamos de cuando en cuando que cerrar los párpados porque la reflectacion de la arena nos tostaba los ojos; la atmósfera estaba calmosa y cargada, y el horizonte de color rojizo dibujábase distintamente en un cielo impregnado de vapores amarillentos. Acabámos de

dejar detras los últimos vestigios del bosque petrificado, y ya iba acostumbrándome al trote de mi acémila, del mismo modo que llega uno á familiarizarse con los balances de una embarcacion. Bécara iba junto á mí entonando una cancion árabe, pausada y monotona, lo cual junto al movimiento del dromedario, y á aquel aire de plomo que nos doblaba las cabezas, aquel polvo ardiente que cegaba, empezaban á causarme sueño, como los cantos de una nodriza arrullan á un niño en la cuna. De repente mi animal dió una reculada, poco faltó para que me echase fuera de la silla; abrí los ojos buscando maquinalmente la causa de esta sacudida, y era que habia tropezado con el cadáver de un camello medio devorado por las fieras; entonces ví una línea blanquecina que se estendia hacia el orizonte cuya línea la producian restos de osamentas.

La cosa era bastante estraordinaria para que dejase de pedir esplicaciones; llamé pues á Bécara que no dió lugar á oir la pregunta, y mi asombro no habia escapado á aquella profunda penetracion de que todos los pueblos primitivos y salvages estan tan eminentemente dotados.

—El dromedario, me dijo acercándose á mí, no es un animal molesto y fanfarron como el caballo: camina sin detenerse, sin comer ni beber, nada hay en él que revele enfermedad, cansancio ó languidez. El árabe que desde tan léjos escucha el rugido del leon, el relincho del caballo ó la voz del hombre, apesar de ir tan prócsimo á su dromedario, solo oye de él su respiracion mas



Caravana en marcha.

ó menos fuerte, mas ó menos precipitada, pero jamas una queja ni un gemido; ahora, cuando la naturaleza cede al sufrimiento, cuando las privaciones han agotado sus fuerzas, cuando la vida falta á los órganos, el dromedario se echa, tiende su cuello en la arena y cierra los ojos. En este caso, el ginete que pierde toda esperanza se apea, y sin siquiera hace el menor esfuerzo para levantarlo, porque está convencido de que en la índole de su cabalgadura no cabe el engaño ni la pereza, descincha su silla, la pone á otro dromedario y prosigue su camino, abandonándole, para que por la noche, los javalís y hyenas acudan á el olor y no dejen del pobre animal, mas que el esqueleto. Ahora bien, nosotros vamos por el camino que conduce del Cairo á la Meca, dos veces al año la caravana va y viene por él, y estas osamentas que tan amenudo se renuevan, y que las tempestades del desierto no han logrado dispersar del todo; esas osamentas digo, que pueden seguir sin guia y que te descubririan los oasis, los pozos y las fuentes donde el árabe va á buscar sombra y agua, y que acabarian por conducirte

hasta el sepulcro mismo del profeta, son de esos dromedarios que caen y no vuelven á levantarse. Tal vez si te bajases á ecsaminar de cerca sus despojos, encontrarias huesos de menos tamaño y de estructura diferente, y esos pertenecen tambien á cuerpos que han sucumbido á la fatiga, que han hallado su reposo antes de llegar al término de su viaje; huesos de creyentes, que consultando su fervor religioso antes que sus fuerzas físicas, han querido á todo trance cumplir con el precepto que prescribe á todo buen musulman hacer por lo menos una vez en su vida, esta romeria, y que encenegados en los placeres ó engolfados en sus negocios, han andado demasiado tardios en emprenderlo en la tierra para ir á completarlo despues allá en el cielo. Añade á estos algun turco estúpido ó arrogante eunuco que quizá se durmieron á la hora en que debian estar despiertos, y se desnucaron al caer; cuenta tambien con la peste, que por lo regular diezma la mitad de una caravana, con el simun que concluye á veces con la otra mitad, y fácilmente comprenderás por qué este coto fúnebre renace tan pronto como el anterior, desaparece para indicar á las futuras generaciones el mismo camino que siguieron sus padres.

«Sin embargo, continuó Bécara cuyas ideas, festivas en lo general, tomaban con la facilidad que distingue á su nacion, el tono del asunto en que momentáneamente se fijaban, no todas las osamentas están en este sitio, algunas veces cinco ó seis leguas á la derecha ó izquierda se encuentra el esqueleto de un dromedario y su ginete, y es porque, este, cuando llegan los meses de Mayo ó Junio, es decir, los grandes calores, suele acometerle una especie de locura. Entonces, se sale de entre la caravana, parte al galope siempre en la misma direccion y es de todo punto imposible el poderlo contener; por esto, lo mejor es dejarle hasta el momento en que pierde de vista la caravana, pues suele detenerse por su voluntad y vuelve fácilmente á la fila, pero en caso contrario, esto es, si continua descarriándose hasta perder de vista á sus compañeros, que perdidos una vez ya no hay esperanza de volverlos á encontrar, no hay mas sino atravesarle el cuello con la lanza ó darle un pistoletazo en la cabeza, y sin mas retardo volver á unirse con ellos, porque las hyenas y los jacales no tan solo están al acecho de los dromedarios que caen, sino tambien de los hombres que se estravian. He aquí porque te dije antes que solia encontrarse un esqueleto de hombre con otro de dromedario.

«Este largo razonamiento de Bécara, lo escuché con los ojos fijos en el camino, reconociendo en la multitud de osamentas de que estaba sembrado, su lúgubre realidad; entre ellos habia algunos de una antigüedad tal, que estaban convertidos en polvo y mezclados con la arena, otros cuya solidez y blancura, semejaba á la del marfil, y otros en fin, que en los fragmentos de carne que aun tenian adheridos, manifestaban ser mas reciente la muerte de aquellos á quienes pertenecieron. Confieso ingenuamente que la idea de descrismarme si llegaba á caer del dromedario, muy posible, de que me sofocase el simun, que no dejaba de acontecer, ó la de que me acometiese una enfermedad, suposicion todavia mas natural, y la otra no menos alhagüeña de quedar tendido en medio del camino, para que la misma noche me devorasen las hyenas y jacales, y por último, el pensar que ocho dias despues, mis huesos servirian de señal á los peregrinos; todo esto, digo, no me hacia maldita la gracia. Esto por razon natural me traia á la memoria á Paris, mi habitacion, pequeñita, sí, pero tan caliente en invierno como fresca en verano; mis amigos, que en aquel mismo instante pasaban su vida á lo parisiense, trabajando, frecuentando los teatros y los bailes, que yo habia abandonado por venir á oir desde lo alto de un dromedario los discursos fantásticos de un árabe. Preguntábame á mí mismo qué locura habia sido la mia en venir á estos parages, y qué buscaba en ellos; felizmente en el momento mismo en que me hacia estas preguntas levanté la cabeza, y mis ojos se encontraron con aquel océano inmenso, aquellas olas de arena, aquel horizonte flaco y ardiente; contemplé aquella caravana, aquellos dromedarios con sus prolongados cuellos, aquellos árabes con su traje pintoresco, toda aquella naturaleza estraña y primitiva, cuya descripcion no se encuentra mas que en la Biblia, y parece acabada de salir de las manos de Dios, y al cabo llegué á persuadirme, de que todo esto valia la pena de dejar el lodo de Paris y atravesar el mar, á riesgo de dejar algunas osamentas mas en el desierto.

«Esta brusca sucesion de pensamientos tan diversos, separando el espíritu del cuerpo, logró libertar á este de los padecimientos que tanto lo habian atormentado el dia de la partida. Iba á mis anchas sobre el dromedario, como si desde que nací no hubiera hecho otra cosa, y Bécara que veia mis progresos con el amor propio de un maestro, me acababa á cumplimentos. Los demas árabes, menos locuaces que su compañero, contentábanse con cerrar la mano de modo que el dedo pulgar sobresaliese á los otros, y alargando el brazo en direccion horizontal, me decian: Taïb! Taïb! lo que en lengua árabe es el colmo del elogio, y corresponde á nuestro superlativo *muy bien*. Por lo demas, con aquel aire de indiferencia, bajo del cual ocultan una curiosidad inagotable, no nos perdian un punto de vista, porque cada movimiento, cada gesto que hacíamos, por imperceptible y disimulado que fuese, era objeto de sus observaciones, que se comunicaban brevemente en voz baja por medio de una seña ú ojeada, siendo un ejercicio en que despliegan una maravillosa habilidad. Visto la persona le toman las señas, tomadas estas ya no se les borran de la memoria, y es fama, que de regreso á su tribu el árabe hace una descripcion tan exacta del viajero que ha conducido ó siquiera encontrado, que aun cuando haya pasado mucho tiempo, si por casualidad lo vuelven á ver, lo reconocen al momento.

«Continuamos nuestro camino Bécara con su cántico y yo con mis meditaciones, cuando en uno de aquellos momentos en que el sol que principiaba á ocultarse detrás del Mokkatan, me permitió alzar los ojos, divisé un punto negro en el horizonte; era este el árbol del desierto, el límite que divide en dos partes iguales el camino del Cairo á Suez. Un sicomoro aislado semejante á un islote en medio del mar, y á quien en vano se procura descubrir un compañero. Quien lo plantó justamente á igual distancia de ambas ciudades? Nadie lo sabe. Los árabes y todos sus antepasados siempre lo habian visto allí, y segun decian, fue Mahoma, que habiendo hecho alto en aquel paraje, y no teniendo sombra bajo que guarecerse, echó un grano mandándole que se convirtiese en árbol. Bajo de este sicomoro hay un pequeño monumento mal construido y peor conservado, consiste en un sarcófago que encierra los huesos de un honrado musulman, y de cuya santidad se acordaban nuestros árabes, pero no de su nombre.

«En cuanto el guia lo descubrió se echó á galope, y los nuestros á su imitacion echaron al suyo, con una ligereza que no tenian que envidiar al caballo mas corredor. Esta andadura, como mas suave que el trote, era mil veces mas cómoda, tanto, que fuí el segundo en llegar al árbol, y sin aguardar á que mi dromedario se bajase, me afiancé del pomo de la silla y me eché al suelo.

«La frescura que aquella sombra proporciona fue para nosotros un placer que no puede concebir sino el que lo esperimenta; de modo, que para hacerlo completo quisimos beber un poco de agua, pues la de las botellas la gastamos en la parada del medio dia, y la lengua se nos pegaba al paladar. Desliaron un odre y nos lo trageron; al tacto sentí que el agua estaba á la misma temperatura que el aire, mas no por eso dejé de arrimar la boca y tomar un buche; pero no sé qué fue mas violento, si el tomarla ó el arrojarla al suelo. En mi vida me acuerdo haber tomado cosa mas mala. En un dia el agua se habia puesto rancia, fétida, corrompida. Bécara, habiendo visto el gesto horrible con que manifesté la impresion que me causara, vino hácia mí, pero yo sin decirle nada le dí el odre, tanta priesa me daba en espectorar hasta la última gota del líquido abominable, y como en esto de aguas era un conocedor esperimentado, que olfateaba un pozo ó una cisterna antes que sus camellos, todos desconfiaban de mi gusto estragado y esperaban en silencio el fallo que él debia dar. Empezó por mujir el odre, meneó la cabeza de arriba á bajo prolongando el lábio inferior lo cual significaba que habia algo que decir; por último toma un buche que revolvió entre los dientes y el paladar escupiéndolo al instante, diciéndome que tenia mil razones: en efecto, el movimiento, el calor y los odres nuevos eran las tres circunstancias combinadas que la habian echado á perder, y desde aquel momento, nuestra sed se aumentó diez grados, y llegó á convertirse en rabia, cuando Bécara nos dijo que al dia siguiente por la tarde encontraríamos en Suez un agua escelente.

«No paró en esto, sino que nosotros creia-

mos haber acampado allí aquella noche, pero Tualeb lo dispuso de otro modo, y despues de descansar media hora, fue preciso volver á montar en los camellos, los cuales menos alegres que nosotros, manifestaron la poca importancia que siempre le dieron á la tal parada. En cuanto á los árabes nada de comer ni beber: aquello era incomprensible.

«A las dos horas, durante las cuales, segun el trote á que iban los dromedarios, debimos hacer cinco leguas de Francia por lo menos, Tualeb empezó á cloquear á los dromedarios, lo cual parece que era la señal convenida, porque al instante se detuvieron y bajaron. Apeámonos hechos pedazos de tan larga jornada, y mohinos por no tener agua que beber á pesar de haber hecho provision. Los árabes parecian participar de nuestro mal humor, y estaban silenciosos y pensativos, solo Bécara se mantenia algo alegre.

«A pesar de esto, la tienda estuvo armada en un momento, y superando el cansancio, saqué mi papel de dibujar, que, como lo traia en la cintura se habia puesto como una sopa, lo puse á secar sobre la abrasada arena, todavia caliente por los últimos rayos del sol, y me volví á acostar rogando á Dios, que por mas indignos que fuésemos se dignase repetir el milagro de Agár.

«Abdallah sin embargo se habia remangado sus anchas mangas, y dándose toda la importancia de un cocinero, nos hacia la comida, compuesta del pan y guisado consabido, todo condimentado con el agua de los odres. Los árabes hacian todo lo posible por ayudarle, ya partiéndole la leña en astillas con sus puñales, ya encendiéndola á soplos, ya apartándole el arroz y volviendo de un lado á otro las galletas sobre las brasas. Mohamet y Bécara se entretenian junto á ellos, en purificar el agua trasegándola. Acordéme entonces de que el carbon candente es un depurativo, y ofrecí mi ayuda á nuestros químicos, que como me vieran en disposicion de emplear un medio desconocido, no juzgaron ofendido su amor propio y me dejaron operar. La mitad del brasero de Abdallah lo trasbordamos dentro del agua, en seguida la colamos en un lienzo, y Bécara nuestro olfateador en gefe repitio la probatura. Ahora su respuesta fue satisfactoria, y en efecto el agua estaba potable. Esta noticia hizo saltar á Mayer de su alfombra, adonde se habia acostado á dormir resuelto á no cenar por temor de que su sed se aumentase. Encendieron luz, y Abdallah nos trajo el arroz en una ortera; nos pusimos en rueda, y agrupados como sastres hicimos por comer con un poco de pan algunas cucharadas del susodicho arroz; pero estábamos todavia muy distantes de comprender el mérito de la cocina de Abdallah, en consecuencia le dijimos que cuanto antes se llevase su arroz y sus galletas y que nos tragera dátiles y café. En aquel instante Mohamet se acercó á nosotros con un semblante contrito, lo cual indicaba que algo tenia que pedirnos. Yo que conocí su intencion volvíme hácia él despues de haber tragado, sin tomarle el gusto, medio vaso del agua purificada.

—«Que hay, Mohamet, le dije.

—«Hay, respondió él, que los árabes están tristes.

—«Porqué están tristes?

—«Porque tienen hambre.

—«Pues si tienen hambre que coman.

—«No desean otra cosa, pero lo malo es que no hay.

—«Cómo, pues qué, no hicieron provisiones? el ajuste fue ese.

—«Es verdad, pero como solo son dos dias del Cairo á Suez, creyeron que estriñéndose un poco, podrian pasar sin comer.

—«Y no pueden, he?

—«Si pueden, pero están tristes.

—«Lo conozco muy bien; pero, no han comido nada desde ayer?

—«Sí, han comido dos ó tres habas con los dromedarios.

—«Pues bien, dí á Abdallah que les haga pronto de cenar.

—«No hay necesidad, sobra con el arroz y las galletas que hemos dejado.

—«Que estás diciendo? la racion de tres para quince?

«Oh, dijo Mohamet, y si hubieran almorzado temprano, todavia tendrian suficiente para tres comidas.

«Mr. Taylor no pudo menos de decirle sonriendo.

—«Tomadlo y coméoslo amigos, y que Jesus haga con vosotros el milagro de los cinco panes.

«Mohamet se volvió á los del círculo que aparentaban no escuchar lo que nosotros

deciamos y les instruyó de que la peticion estaba concedida, cuya noticia volvió el contento á todos los semblantes, preparándose cada cual á tomar parte en el espléndido festin que nuestra munificencia les concedia.

«El círculo se dividió en dos. El primero se componia de Tualeb, Bécara, Araballah, Mohamet y Abdallah, ocupando cada uno el sitio que le correspondia. Tualeb como gefe, Bécara para contar historietas, Araballah como guerrero, Mohamet como intérprete, y Abdallah como cocinero. En el segundo estaban los otros doce que, ocupando una clase menos elevada en la escala social, debian comer los últimos y alargar la mano por entre los primeros. La cosa se hizo con la mas admirable precision. Mohamet dió la señal tomando una porcion de arroz con la estremidad de sus cinco dedos, Tualeb hizo lo mismo siguiéndole los demás, luego entró la segunda tanda, que con igual destreza que la primera ni un grano de arroz dejaron caer, hasta que vaciaron la salvilla, lo que no tardó en suceder. Entonces Bécara se levantó en nombre de la sociedad con el objeto de darnos las gracias, preguntándonos nuestros nombres, á fin de que él y sus compañeros los recordasen en memoria de nuestra generosidad; dímoselos añadiendo tambien dos dátiles por barba; para que no tan solo conservasen ellos nuestros nombres, sino que los trasmitiesen á sus descendientes.....

.....

«Continuamos al dia siguiente, en la misma direccion de la víspera, es decir, descendiendo hácia la orilla del mar. Hacia largo tiempo que divisábamos á Thor á nuestra izquierda, pero á medida que nos adelantábamos, nos parecia perder esta ciudad toda su importancia, de suerte que juzgamos que no merecia que hiciésemos un rodeo para visitarla. Asi es que practicamos un ángulo agudo á la derecha, y despues de una ó dos horas de marcha por la arena finísima que puebla las orillas del mar Rojo, volvimos á internarnos en las montañas; al ponerse el sol descendimos en un *ouaddí* delicioso, llamado el valle de los Jardines. Algunas palmeras de penachos flotantes, y sicomoros de hojas negras y lustrosas cubrian con su sombra un manantial de agua fresca y pura. Aquel oasis prescribia un alto, y levantamos nuestra tienda al pie de un grupo de palmeras.

«La noche estuvo deliciosa; poseiamos agua y frescura, dos tesoros que tarde ó nunca dispensa el desierto. A la mañana siguiente despertamos descansados y animosos, poniéndonos inmediatamente en camino con la mejor disposicion de espíritu.

«Al momento de partir, nuestros árabes se señalaron entre sí algunas líneas rojizas que surcaban el horizonte; sin embargo, pareció no ocuparles aquel fenómeno en adelante, y nosotros habíamos ya olvidado aquellos síntomas desagradables, que no se habian ocultado á nuestra vigilancia, cuando al entrar en el ouaddí Pharan, sentimos pasar al rededor de nosotros algunas de aquellas aereas bocanadas, respiraciones calenturientas del desierto. No tardó el calor en hacerse insoportable; la arena, levantada por una brisa insensible y parecida á un vapor de la tierra, nos rodeaba con una nube que nos quemaba los ojos, y á cada aspiracion penetraba en la nariz y en la garganta. Nuestros árabes, por su parte, parecian, apesar de la costumbre, sufrir aquellos inconvenientes que parecia debian serles familiares; dijéronse entre sí algunas palabras, y poco á poco los restos de la enemistad de la víspera, se desvanecieron á vista del comun peligro. Las dos tribus unidas se mezclaron, y hasta los mismos dromedarios parecieron buscarse los unos á los otros, galopando con agitacion y alargando sus largos cuellos de serpiente, de modo que su labio inferior rozase con el suelo. De vez en cuando se desviaban del camino y daban vueltas irregulares y repentinas, como si la tierra les quemase los pies. «Alerta! alerta! dijo entonces Tualeb. Repitieron en seguida los árabes aquel aviso, que escuché sin poder comprender de qué peligro estábamos amenazados. Acerqueme á Bécara para preguntarle de qué provenia aquella incomodidad que esperimentábamos todos, asi hombres como animales; pero Bécara por toda respuesta cogió la estremidad de su capa, y echándosela por encima de la espalda se embozó de manera que estuviese cubierta la nariz y la boca. Hice otro tanto por mi parte, y volviendo á mi lugar ví que nuestro ejemplo habia sido imitado por los árabes, de quienes solo se veian los negros y brillantes ojos, mas negros y brillantes aun bajo sus capas y albornoces. En fin, al cabo de un cuarto de hora ya no habia que preguntar

nada, franceses y árabes, sabian la verdadera causa de su mal estado. El desierto nos prevenia con todos sus signos y nos hablaba con todas sus voces: era el Khamsin.

«Empezamos á seguir con incertidumbre nuestro camino, porque la arena se levantaba como un nuero entre el horizonte y nosotros. A cada instante nuestros árabes, cuyos ojos no podian atravesar aquel flamante cendal, titubeaban y prorrumpian en imprecaciones que denotaban asaz su impaciencia. Entre tanto la tempestad aumentaba progresivamente; ya el desierto parecia un mar de lava, los surcos de arena que hollábamos estaban agitados y movedizos como otras tantas olas, y atravesábamos cual el hábil nadador que hiende la oleada, la cima ardiente de aquellos montecillos. Apesar de la precaucion que habiamos tomado de cubrir nuestras bocas con las capas, respirábamos tanto aire como arena; nuestra lengua se pegaba al paladar, la vista se ofuscaba y cubria con manchas de sangre, nuestra respiracion jadeante y sonora y revelaba á falta de palabras nuestros mútuos sufrimientos Muchas veces he sentido la violenta emocion del peligro, pero jamás he esperimentado una impresion semejante á la que sentí en aquellos momentos, y que segun mi sentir debe ser muy semejante á la de un náufrago perdido en una tabla en medio de una mar borrascosa. Andábamos como unos insensatos, sin saber á donde, siempre con mayor velocidad y mas tinieblas, porque la nube de polvo que nos rodeaba se hacia cada vez mas intensa y quemadora. Por fin Tualeb dió un grito penetrante; era la orden de hacer alto. Los dos gefes Bécara, Araballah y el árabe que marcharon aquel dia á la cabeza de la caravana, se reunieron en consejo; eran los pilotos mas esperimentados en aquel mar aterrador en que nos habiamos estraviado. Los pareceres fueron emitidos sucesivamente, y apesar de la situacion, ó mas bien á causa de la situacion suprema en que nos hallábamos, emitidos con una prudente moderacion y una solemne lentitud. Durante este tiempo las oleadas de arena eran mayores y mas ardientes. En fin, Tualeb reasumió las distintas opiniones estendiendo los brazos hácia el sud-oeste, y la marcha frenética volvió á empezar desde luego, pero esta vez sin perplegidad ni desvio y siguiendo las huellas de los chaiques, que vista la gravedad de las circunstancias habian tomado el mando de la caravana. Nos dirijiamos hácia punto conocido, pero no teniamos el gusto de preguntar cual era; sabiamos únicamente que si lo errábamos estábamos perdidos.

El desierto era imponente y melancólico: parecia vivir, palpitar, y humear hasta en sus entrañas. La transicion habia sido rápida y singular; no era ya aquel oasis de la víspera, el reposo al pie de las palmeras y el sueño templado con el murmullo agradable de la fuente; era la arena inflamada, los duros sacudimientes del dromedario, la sed devoradora, inhumana, insensata; la sed que hace arder la sangre, que fascina la vista, y muestra al infeliz que quema los lagos, las islas, los árboles, las fuentes, la sombra y el agua. No se si sucedia lo propio á los demás, pero de mí sé decir que era presa de una verdadera locura, de un sueño, de un delirio sin fin, que cedia á todas las estravagancias de mi imaginacion. De vez en cuando se postraban nuestros dromedarios, y surcaban con su cabeza la arena ardiente para encontrar debajo de la superficie un resto de frescura, pero al momento volvian á levantarse jadeantes y calenturientos como nosotros, y emprendian de nuevo su marcha fantástica. Ignoro cuantas veces se repitieron estas caidas, tampoco sé cómo fuimos tan felices para no ser aplastados bajo el peso de nuestros equipages, ó sepultados en la arena; únicamente me acuerdo de que apenas habiamos caido, Tualeb, Bécara y Abadllah estaban al lado de nosotros, rápidos y diligentes, pero mudos como unos espectros, volviendo á levantar hombres y camellos, y volviéndose á poner luego en camino silenciosos y cubiertos con sus capas. Si aquella tempestad hubiera durado una hora mas, estoy cierto que nos habria sepultado á todos. Pero de repente pasó una ráfaga de viento é iluminó el horizonte como si se hubiere corrído el telon de un teatro. El Mokalteb! esclamó Tualeb, el Mokalteb! repitieron todos los árabes. Luego la arena se levantó de nuevo entre nosotros y la montaña; pero Dios, como para prestarnos fuerzas nos habia mostrado el puerto deseado. El Mokalteb! el Mokalteb! repetíamos nosotros sin saber lo que era, pero juzgando que era el puerto, la salud y la vida. Cinco

minutos despues, nos deslizábamos como serpientes en una caverna profunda, pero cuya boca estrecha é irregular dejaba pasar poco calor y menos luz, mientras que nuestras cabalgaduras arrodilladas y con la cabeza vuelta, y estendida hacia á la roca, habian ya caido en una inmovilidad que les hacia parecer, vista su piel parduzca y cubierta de arena, á otros tantos camellos de piedra. En cuanto á nosotros, sin inquietarnos por la tienda, la cama y la comida, nos acostamos desnudos, devorados á la vez por un entorpecimiento y un delirio parecidos al sueño y á la calentura y permanecimos hasta el dia siguiente sin hablar, sin dormir, sin movernos, tendidos boca abajo como una estátua derribada de su pedestal.

«La tempestad continuaba sin interrupcion llegando sus ahullidos hasta nosotros; con todo cesaron sus mugidos gradualmente. Hácia el medio dia siguiente, ya casi habia perdido toda su fuerza, siendo entonces ella la que resollaba á su vez y tocaba casi á su agonía. Habia treinta horas que nada habiamos comido, y el hambre nos volvia á la vida; en cuanto á la sed jamás nos habia abandonado. Levantóse Abdallah é hizo los preparativos para el almuerzo. Durante este tiempo los árabes buscaron un manantial en todos los ángulos de la caverna, pero inútilmente; fue preciso contentarnos con el agua envenenada de nuestros odres. Haciamos tristes y silenciosos, nuestra parca comida de arroz y dátiles, cuando Mohamed entró con aquel aire compasivo que le era familiar cuando tenia que hacer una peticion. Los árabes, segun su loable costumbre, nada habian llevado consigo, y la escolta se habia duplicado. Con todo, partimos entre treinta, el almuerzo que Abdallah habia dispuesto para tres: pero que probablemente enterado de la cosa, habia alargado algun tanto; cada árabe recibió el hueco de la mano lleno de arroz y un dátil; es verdad que nosotros no comimos mucho mas.

«Cambió el viento al tercer dia, y apesar de las tristes apariencias de la atmósfera, abandonamos la caverna de Mokatteb, porque juzgamos que con nuestro aumento de bocas, las provisiones no nos permitirian detenernos mucho en el camino. Cuando volvimos á aparecer á la luz, nos miramos y nos asustamos mútuamente, tanto nos pareciamos á unos espectros. Los padecimientos de aquellos tres dias, estaban profundamente trazados en nuestros semblantes; teniamos la vista empañada y vidriosa, la piel seca, la respiracion jadeante, y el cuerpo enteramente encorbado. No tardamos en descubrir el mar, y como nuestro camino pasaba algun tiempo por sus inmediaciones, los árabes se acercaron á la orilla y llenaron su boca de agua, que derramaron luego en las narices de sus dromedarios, y esta operacion les volvió á dar al instante todo su acostumbrado ardor. Viniéronme tentaciones de bañarme, pero no me atreví, por temor de no poder resistir á los deseos de beber: con todo, por mas salobre que hubiese sido el agua del mar, no habria llegado ni remotamente á la fetidez y corrupcion de la de nuestros odres.

«Hácia la noche descubrieron nuestros árabes una cisterna; pero temiendo que nuestros violentos deseos para beber aquella agua helada, despues de una tan larga abstinencia y violento calor, no fuese perjudicial á nuestra salud, levantaron la tienda á alguna distancia del manantial, presentándonos Bécara algunos instantes despues nuestros jarros llenos de agua fresca. Fue aquello una verdadera fiesta, disponiendo nuestro apetito para la cena. Parecia que aquella agua tenia una virtud aperitiva, y que producia igual efecto en nuestros árabes, porque durante la noche se comieron todo el azúcar y el resto de las provisiones. En cuanto á los dátiles, nos habiamos comido los últimos en la caverna de Mokatteb.

«No conocimos el desfalco hasta el almuerzo del dia siguiente, porque Abdallah nos sirvió únicamente sus infames galletas de raiz seca y café, que jamás pudimos probar. Pedimos otra cosa; y entonces fue cuando descubrimos la verdad. El feliz desenlace del peligro pasado, y la conviccion de que habia sido una violenta necesidad la que habia obligado á nuestros hombres á aquel saqueo, nos hizo algun tanto indulgentes, y esta indulgencia llevó sus frutos. Por la noche despues de haber comido con nosotros el resto del arroz, que no era muy considerable en verdad, acabaron con el café y la raiz seca.

«Al dia siguiente al ponernos en camino, hacia un tiempo hermosísimo; Tualeb

Lunes 20 de Octubre.

dió la señal de partida poniendo su dromedario al galope. Seguimos su ejemplo, y durante seis horas anduvimos al trote, sin poder acertar la causa de aquella velocidad. En fin, al medio dia, divisamos las fuentes de Moisés, en donde nos habíamos detenido á la ida; redoblaron los dromedarios su rapidez, aspirando desde una legua de distancia la frescura de su emanacion. Llegados que fuimos á las palmeras se arrodillaron por sí mismos, y los árabes levantaron la tienda con una actividad y diligencia que jamás habia visto en ellos; cinco minutos despues supimos la verdadera causa de su deferencia y prontitud: no teníamos nada absolutamente que comer; dátiles, azúcar, panecillos, café, raices secas, todo lo habian devorado. Nos decidimos entonces á apelar á las infelices galletas que habíamos despreciado la víspera; pero habiendo sido conocida nuestra repugnancia por ellas, habian desaparecido las pocas que quedaban mientras nosotros dormíamos. Felizmente poseíamos agua en abundancia: bebimos de ella un jarro lleno, y nos volvimos á poner inmediatamente en camino, aun cuando teniamos mas deseos y necesidad de reposo; lo urgente de la posicion nos habia vuelto las fuerzas, era preciso llegar al paso del mar Rojo á la hora oportuna, sopena de ayunar todo el dia y noche siguiente. En cuanto á nuestros dromedarios, eran de bronce, y semejantes al sol de Luis XIV, adquirian nuevas fuerzas á medida que adelantaban. Habíamos hecho ya catorce ó quince leguas por la mañana, é hicimos casi la mitad mas, desde las dos hasta las cinco. Llegamos en fin al vado, ecshaustos y sin aliento; pero era ya demasiado tarde, las aguas estaban en su flujo.

«La situacion no era de las mas agradables, porque en semejante lugar ni aun teníamos agua; con la esperanza de llegar á tiempo, y confiados por otra parte con la certeza, que para no desconsolarnos nos habian dado nuestros árabes no habíamos pensado siquiera en llenar de agua nuestros odres, de suerte que moríamos absolutamente de hambre y de sed. Si el sol hubiese estado en toda su fuerza, estoy cierto que nos hubiéramos vuelto todos rabiosos. En fin, viendo Bécara nuestra angustia, nos dijo que habia algunas veces un barquero con un batel en la otra orilla, y que tirando un pistoletazo al aire, que era la señal, era probable que vendria á buscarnos. Aun no habia terminado su observacion, cuando ya yo habia disparado: esperamos diez ó doce minutos con ansiedad, y vimos con pesar nuestro que no habia sido oido. Entonces Mr. Taylor mandó una descarga general de todas nuestras armas, siendo esta vez la maniobra coronada con el mas feliz éxito: vimos la dichosa embarcacion abandonar la orilla opuesta y deslizarse ligera sobre las olas. No tardó un cuarto de hora en abordar en donde nosotros la aguardábamos; entramos en ella inmediatamente, haciendo seña á Abdallah y á Mohamet para que nos siguieran. Por lo que toca á los árabes, quedáronse para guardar los equipajes; pero nuestro primer cuidado al desembarcar fue de volverles á enviar á Mohamet con algunas provisiones; en cuanto á nosotros, nos dirigimos hácia Suez con toda la fuerza que el estómago habia dejado á nuestras piernas. En fin, llegamos corriendo á casa de Mr. Comanoulg, que nos recibió con los brazos abiertos, y nos dió la cámara de Bonaparte. Confieso con vergüenza, que entramos en ella con una disposicion de ánimo muy diferente de la que habíamos esperimentado la vez primera que habíamos hollado su suelo; teníamos verdaderamente necesidad de alguna cosa mas substanciosa que los recuerdos, por mas gloriosos que fuesen. Mr. Comanoulg tuvo la bondad de anticiparse á nuestros deseos, es verdad, y creo bien que por nuestra parte hicimos á lo menos la mitad del camino; el hecho es, que nos improvisó una cena de que se disculpó, y por la que le dimos un millon de gracias.

LOS BENEDICTINOS

DE SAN NICOLAS EL VIEJO.



El convento de san Nicolás, que es el mas rico de Catánia, y cuya cúpula sobrepuja en altura á todos los monumentos de la poblacion, ha sido construido á mediados del siglo pasado, habiendo servido para su planta los dibujos de Contini. Su iglesia y su jardin son notables; la iglesia por sus columnas de mármol verde antiguo, y por un bellísimo órgano, obra de un monge calabrés que exigió por único pago ser enterrado debajo de su obra maestra; el jardin, por la dificultad vencida: efectivamente, el fondo es de lava, y toda la tierra que le cubre ha sido llevada á mano.

La regla del convento de san Nicolás era en otro tiempo muy rígida; los monges debian residir sobre el Etna, en los límites de las tierras habitables; y á este efecto su primer monasterio estaba construido á la entrada de la segunda region, á tres cuartos de legua por encima de Nicolosi, última aldea que se encuentra subiendo hácia el cráter. Pero como á la larga todo se debilita, la regla perdió poco á poco su rigor, y ya no se reparaba el convento Habiéndose resentido muy pronto dos salas por el peso de las nieves, se construyó la famosa sucursal de Catánia, que tomó el nombre de san Nicolás el nuevo y ya no permanecieron los Benedictinos en san Nicolás el viejo mas que el verano. Mas tarde san Nicolás el viejo fue abandonado, así en verano como en invierno. Ultimamente, una banda de ladrones, gentes que no reparan en comodidades, se apoderaron del edificio medio destruido, fijaron allí su domicilio, y los buenos padres que no trataron de suscitar discusiones con semejantes huéspedes, les abandonaron el tranquilo goce y posesion del convento.

Esto dió lugar á una equivocacion bastante curiosa.

En 1806 el conde de Weder, aleman de vieja alcurnia, partió de Viena para visitar la Sicilia; se embarcó en Trieste, tomó tierra en Ancona, y se detuvo en Roma y en Nápoles para tomar algunas cartas de recomendacion. Volvió á embarcarse y llegó á Catánia.

El conde de Weder conocia de antiguo la existencia del convento de san Nicolás, y la reputacion que tenian los buenos padres de poseer entre los legos el mejor cocinero de toda la Sicilia. El conde que era un gastrónomo muy distinguido, no se habia olvidado de hacerse dár en Roma por un Cardenal con quien habia comido en casa del embajador de Austria, una carta de recomendacion para el superior del convento de san Nicolás. La carta era urgente;

en ella el conde era recomendado como un piadoso y ferviente peregrino, y reclamaba para él la hospitalidad durante todo el tiempo que quisiese estar en el monasterio.

El conde era sabio á la manera de los alemanes, es decir, que habia leido una gran cantidad de libros viejos del todo olvidados; de modo que podia citar en apoyo de sus asertos, por erróneos y ridículos que fuesen, cierto número de nombres desconocidos que daban una especie de magestad gigantesca á sus paradojas. Entre aquellos libros habia un catálogo de los conventos de Benedictinos esparcidos en la superficie del globo, y habia visto y retenido con la tenacidad de un ingenio de allende el Rhin, que la regla de Benedictinos de san Nicolás de Catánia les obligaba, como he dicho, á permanecer en el último límite de la *regione coltivata*, y en el primero de la *regione nemorosa*. Por lo mismo, cuando hizo venir un arriero y este le preguntó á donde queria ir, el conde respondió sin titubear: *A San Nicolo sul l'Etna*.

No podía equivocarse en ello, y la indicacion era completa: sin embargo, el arriero arriesgó algunas observaciones; pero el conde le cerró la boca diciendo: Yo pagaré bien; todo el mundo conoce el poder ordinario de semejante argumento. El arriero saludó al conde, y media hora mas tarde volvió con su mula.

—Y bien? dijo el conde.

—Y bien, Escelencia? respondió el arriero, que en calidad de guia comprendia todas las lenguas.

—Y mi eqnipage?

—Vuestra Escelencia lleva su equipage?

—Ciertamente.

—Oh! dijo el arriero, es que S. E. hubiese hecho mejor en dejarlo en la posada.

—Eh! yo no dejo jamás mi equipage; entendeis? dijo el aleman.

—El arriero respondió con un gesto imperceptible, que queria decir: Cada uno es libre de hacer lo que guste.

Y se fue á buscar la segunda mula. Sin embargo, cuando la hubo ya cargado, el buen hombre creyó de su obligacion hacer todavia una observacion.

—¿Está V. E. decidido.?

—Ciertamente, respondió el conde, colocando un enorme par de pistolas en su acémila.

—¿Y va á san Nicolás el viejo?

—Precisamente.

—¿V. E. tiene pues, amigos en san Nicolás el viejo?

—Tengo una carta para el general.

—Para el capitan? querrá decir V. E.

—Para el general he dicho.

—Hum, hum, dijo el siciliano.

—Por otra parte, yo pagaré bien, pagaré bien, ¿oyes, belítre?

—Disimule V. E., continuó el guia; pero puesto que V. E. se encuentra con tan buenas disposiciones, ¿le seria igual pagarme anticipado?

—Anticipado! y por qué?

—Porque son las tres, no llegaremos antes del anochecer, y yo quisiera volverme inmediatamente.

—¿A la noche? A lo menos cenaremos en el convento.

—En el convento?

—Sí, en san Nicolás.

—Oh! ciertamente que se cena allí; y mas seguridad hay de encontrar la mesa puesta por la noche que de dia.

—¡Habrá farsantes! dijo el conde cuyo rostro se iluminó con un relámpago gastronómico. Toma, aquí tienes por la buena noticia que me das. Y en el mismo momento le puso en sus manos dos pesos que sacó de su bolsa perfectamente provista.

—Gracias, Escelencia, respondió el arriero, una vez pagado no tendré ya nada que decir

—Bien! partamos inmediatamente! repuso el conde.

—Cuando V. E. guste.

—El guia ayudó al conde á montar, y se pusieron en camino cantando aquel una especie de cántico, que parecia mas á un Miserere que á una tarantela; pero el conde estaba preocupado con la cena que iba á tener, para echar de ver todo lo que este preludio tenia de melancólico.

El camino se hizo silenciosamente. El guia habia creido, viendo la confianza del conde apoyada en dos grandes pistolas, que estaba mejor relacionado con los que ocupaban san Nicolás el viejo, y que tal vez era uno de los que componian alguna partida de Bohemia, unida en intereses con la de Sicilia. Por su parte sabia que personalmente no tenia nada que temer, porque los arrieros eran sagrados para los ladro-

nes, y mayormente, como se deja ver, cuando les presentan nna buena ocasion como la del conde.

Sin embargo, en cada lugar que encontraba el arriero se paraba con un pretesto ú otro. Esto era como una especie de transaccion que hacia con su conciencia, para dar al conde tiempo de hacer sus reflexiones y de volver atrás si le parecia bien. A cada alto, el conde tenia una voz mas apagada como efecto del hambre que padecia.

—Adelante! vamos, adelante, hombre; no vamos á llegar jamás! Volvieron á tomar el camino, seguidos con las miradas siniestras de los paisanos que acababan de saber por el guia ol objeto de este estraño peregrinage, y que no comprendian cómo sin ser escoltados se tuviese la idea de hacer el viaje de san Nicolás el viejo.

Atravesaron de este modo á Gravina, santa Lucia de Catánia, Mananunciata, y Nicolosi. Llegados á esta aldea, el guia hizo un último esfuerzo.

—Yo en lugar de V. E., cenaria y dormiria aquí, y mañana iria paseando á san Nicolás el viejo.

—No me has dicho tú que se encontraria buena cena y buena cama en el convento?

—Ciertamente, respondió el guia, si quieren recibiros bien.

—Pero cuando te digo que tengo carta para el general.

—¿Para el capitan?

—No, para el general.

—En fin, dijo el guia, pues que V. E. lo quiere absolutamente....

—Ciertamente, que lo quiero.

—En ese caso, vamos.

Y los dos viajeros se pusieron en camino.

—Asi como lo habia dicho el arriero, era ya de noche y no hacia luna, no viéndose mas que á cuatro pasos delante de sí. Pero como el arriero conocia muy bien el terreno no habia peligro de perderse: tomó una pequeña senda que se separaba á la derecha, y luego empezaron á dejar lo cultivado para entrar en los bosques. Al cabo de una hora se distinguió una masa negra en cuyas ventanas se divisaba una luz.

—Allí está san Nicolás el viejo, dijo en voz baja el arriero.

—Oh! dijo el conde, ciertamente que está en una situacion bien melancólica.

—Si V. E. quiere, replicó vivamente el guia, volveremos á Nicolosi, y si V. E. no quiere dormir en la posada, hay un escelente hombre que no os negará una cama. M. Gemellaro.

—Yo no le conozco. Por otra parte, á san Nicolás es á donde quiero ir y no á Nicolasi.

Cerevello de tudesco! murmuró el arriero. Despues, haciendo andar á sus mulas, se volvió á poner en marcha, y á los cinco minutos se encontraron á la puerta del convento.

El convento no tenia nada que pareciese poder competir en seguridad. Era una fábrica vieja del siglo XII, en la cual se leian fácilmente los estragos de cada irrupcion que habia habido desde el tiempo de su fundacion. La fecha de todos los incendios y de todos los terremotos estaba grabada sobre la piedra. En ciertos dentellones que se descubrian sobre un cielo azul obscuro y lleno todo de brillantes estrellas, era fácil reconocer que una parte del edificio se arruinaba. Sin embargo, las murallas que rodeaban el edificio parecian bastante bien tratadas, habiéndose formado en él varias troneras; lo que le daba la apariencia de fortaleza, mas bien que de monasterio.

El conde miró todo con un aire tranquilo, y ordenó al arriero que llamase. Este que ya habia tomado su partido, levantó un antiguo aldabon de hierro carcomido por el tiempo y lo dejó caer con toda su fuerza. El golpe resonó en todos los ángulos del convento, y una campana, con un eco bastante ágrio, secundó el mencionado golpe. Casi al mismo tiempo se abrió una ventanita hecha á diez pies de altura, saliendo por ella un cañon de hierro que se dirigia al pecho del conde; al mismo tiempo una cabeza barbuda se presentó en la abertura, y con una voz que no tenia nada de monacal, preguntó: ¿Quien está ahí?

—Amigo, respondió el conde, apartando con la mano el cañon del fusil; amigo.

Al mismo tiempo, le pareció que salia por la ventana un escelente olor de asado que le regocijó el alma.

—Amigo! amigo! refunfuñó el hombre de la ventana. ¿Quién nos probará que lo sois?

E incontinenti volvió á poner el cañon en la direccion primera.

—Carisimo hermano; respondió el con-

de, apartando de nuevo y con la misma sangre fria el arma que le amenazaba, comprendo muy bien que tomeis vuestras precauciones antes de recibir á los estrangeros, y yo haria otro tanto en vuestro lugar; pero tengo carta del Cardenal Morosini para el general.

—¿Para el capitan? respondió el hombre que tenia el fusil.

—No, no, para el general.

—En fin, eso no importa. Estais solo? continuó el interlocutor.

—Dos solos.

—Aguardad, vamos á abrir.

—Hola! Hola! huele bien el asado, dijo el aleman bajando de su mula.

—Escelencia, preguntó el arriero que durante este tiempo habia descargado el equipaje del conde: ¿no tiene necesidad de mí?

—Tú no quieres quedarte? replicó el conde.

—No, dijo el arriero; con vuestro permiso; mas quiero dormir en otra parte.

—Muy bien; haz lo que quieras, dijo el conde.

—¿Quereis que venga á buscaros? preguntó el arriero.

—No, el general me hará conducir.

—Muy bien. Adios, Escelencia.

—Adios.

—En este momento la llave sonaba en la cerradura; el guia saltó en una de sus mulas, tomó la brida de la otra, y se marchó al trote. Estaba ya á cincuenta pasos cuando la puerta se abrió.

—Ah! huele bien, dijo el aleman aspirando el olor que venia de la cocina: huele muy bien ciertamente.

—Os parece tal? preguntó el estraño portero.

—Oh! sí, en verdad, dijo el conde; algo hay de bueno.

—Es la cena del gefe, que está de camino y que aguardamos de un momento á otro.

—Entonces llego á buena hora! dijo el conde riéndose.

—Qué ¿os conoce el gefe? dijo el portero.

—No, pero tengo carta para él.

—Ah! eso es otra cosa. Veamos!

—Aqui está.

El portero tomó la carta y leyó.

Al reverendísimo generale dei Benedictini del convento de san Nicolo di Catánia.

—Ah! ya comprendo, dijo el portero.

—Ah! comprendeis; me alegro mucho, dijo el conde dándole un golpe en el hombro. En este caso, amigo mio, si comprendeis, buscad mi equipaje y tened cuidado, en el portamanteo está mi bolsa.

—Ah! allí está la bolsa. Bueno es saberlo, dijo el portero cojiendo apresuradamente el portamanteo, habiendo tomado despues todo el equipaje.

—Vamos, vamos, continuó; bien veo que sois un amigo, Venid, venid.

—El conde no le dió lugar á repetirlo y siguió á su guia.

—El aspecto interior del convento no era menos estraño que el esterior. Por todas partes ruinas, toneles abiertos, etc., y en ninguna parte un crucifijo ni imágenes de santos. El conde se detuvo un instante, porque era uno de los que tienen la mala costumbre de detenerse cuando hablan, y manifestó á su guia la admiracion que le causaba semejante desmantelamiento.

—Qué quereis! le respondió el guia; estamos aislados, como habeis podido verlo, y como la montaña está llena de bribones que no temen ni á Dios ni al diablo, no dejamos que nos quiten lo poco que poseemos. Lo que tenemos de mas preciso está bajo llave en las bodegas. Por otra parte, sabreis que tenemos otro monasterio en la llanura, muy cerca de Catánia.

—No, no lo sabia. Ah! con que teneis otro monasterio? Toma, toma, toma!

—Ahora examinad vuestro equipaje, para que podais vos mismo atestiguar al gefe de que nada le ha faltado.

—Oh! es bien facil. Una maleta, un saco de noche y un portamanteo. Os recomiendo el portamanteo, pues allí esta mi bolsa.

—Segun eso, son tres objetos solamente. No es así? Entonces no es nada.

—Es mucho.

—Os parece así?

—Sí que me parece.

—Muy bien: aguardad, dijo el portero, haciendo entrar al conde en una especie de celda, yo espero que dentro de media hora el gefe estará de vuelta en este mismo sitio.

Y al mismo tiempo iba á separarse de él.

—Oid! oid! Entre tanto podré bajar á la cocina? puede ser que dé buenos consejos al cocinero.

—No tengo inconveniente, dijo el portero: aguardad aquí; voy á poner el equipaje en seguridad, y vengo inmediatamente.

¿Podreis decirme cuanto hay en la bolsa?

—Tres mil seiscientos veinte ducados.

—¿Tres mil seiscientos veinte ducados? bueno, replicó el portero.

Teine trazas de hombre de bien, murmuró el conde mirando cómo se separaba el hermano que se llevaba toda su ropa. Tiene trazas de hombre de bien.

A los diez minutos el guia habia vuelto ya.

- Si quereis bajar á la cocina, dijo el siciliano, podeis hacerlo.

—Sí quiero. ¿Dónde está la cocina?

—Venid.

- El conde siguió de nuevo á su guia, que le condujo á las cocinas del convento. El asador estaba provisto, todos los hornillos estaban encendidos, y grandes marmitas hervian por todas partes.

—Bueno, dijo el aleman deteniéndose en la última escalera y mirando todo aquel suculento espectáculo; bueno, dijo, parece que no he venido en dia de ayuno. Buenos dias, cocinero, buenos dias!

—El cocinero estaba ya prevenido y recibió en su consecuencia al conde con toda la atencion que debia á un gastrónomo. El conde se aprovechó de ella para levantar la cobertera de todas las marmitas y probar todas las salsas. De repente, dirijiéndose al cocinero que iba á echar sal en una tortilla, le quitó de las manos la vacija en que estaban los huevos.

—Qué es eso? qué es eso? qué es eso? qué es lo que haces, hombre? qué es lo que haces? esclamó el conde.

—Cómo! ¿què es lo que hago? preguntó el cocinero.



- Sí, qué es lo que haces? te pregunto

—Echar sal en la tortilla.

—Pero, desgraciado, no se echa sal en la tortilla. Se echa azúcar y almívar; buen almívar de grosella.

—Vamos, qué diablo! replicó el cocinero procurando arrancarle la vasija de las manos.

—No por cierto no señor! dijo el conde, yo soy el que haré la tortilla, dame el aimívar.

- Ah! dijo el cocinero, acalorándose un

poco, nosotros veremos quién manda aquí.

—Yo! dijo una voz fuerte. ¿Qué teneis que decir?

El conde y el cocinero se volvieron, y un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, vestido con un hábito de fraile estaba on pie en la escalera: era alto, y tenia la fisonomía agreste é imperiosa de los que están acostumbrados á mandar.

—El capitan! esclamó el cocinero.

—Ah! dljo el conde, ahi está el general, bueno. General, continuó dirijiéndose hácia el fraile. Yo os pido me disimuleis, pero teneis un cocinero que no sabe hacer tortillas.

— Sois el conde de Weder, dijo el fraile en buen francés.

— Sí, verdaderamente, mi general, respondió el conde sin dejar los huevos ni el tenedor con el cual se disponia á batirlos, soy el conde de Weder en persona.

—Entonces ¿seréis el que me ha traido carta de recomendacion?

— Si señor, yo mismo.

—Sed pues bien venido, conde.

— El conde se inclinó.

—Solamente, continuó el fraile, siento mucho que la situacion separada del convento, su larga distancia de todo lugar habitado no nos permitan recibiros mejor; pero somos solitarios, pobres en estas montañas, y perdonareis si nuestra mesa no está provista mas ventajosamente.

— Cómo, cómo, mejor provista! al contrario; la cena me parece escelente, y cuando haya hecho la tortilla con almivar...

— Pero, capitan, dijo el cocinero.

—Dad almivar al señor, y que haga su tortilla como le parezca mejor, dijo el fraile.

—El cocinero obedeció sin replicar.

—Conde, dijo el fraile, no tengais reparo, obrad como en vuestra casa, y cuando la tortilla esté hecha, subid, que allá aguardamos.

Esto es negocio de cinco minutos solamente! subo luego, pero sin embargo haceos servir.

—Ya lo oyes, dijo el fraile al cocinero, sirve la cena.

—Y él volvió á subir la escalera. Un instante despues, dos hermanos bajaron y se pusieron al servicio del cocinero. Durante este tiempo, el conde triunfante, disponia su tortilla, y cuando estuvo concluida, subió tambien á cenar.

El superior le aguardaba con toda la comunidad que se componia de unos veinte hermanos, en un refectorio bien iluminado, donde se habia dispuesto una mesa perfectamente cubierta. El conde se admiró del lujo de plata que sobre ella habia, como igualmente de la finura de los manteles y servilletas. El convento habia sacado de su tesoro y de su roperia todo cuanto habia de mejor, para honrar á su huesped.

En cuanto á la habitacion, contrastaba singularmente por su aspecto destrozado con el lujo de la mesa que se habia presentado. Era una sala grande que habia sido en algun tiempo capilla y en el altar de la cual se habia hecho una chimenea; las paredes no tenian mas ornamentos que telas de araña que las cubrian, y algunos murciélagos atraidos por la luz revoloteaban bajo el techo, entrando y saliendo segun su capricho por las ventanas destrozadas.

Ademas un arsenal completo de carabinas cubria pintorescamente toda la pared.

El conde dirigió una mirada sobre todo, y admiró la abnegacion religiosa de los buenos padres, que poseyendo tales tesoros, como los que se presentaban á su vista, vivian sin embargo espuestos á la intemperie como los antiguos solitarios del monte Carmelo y de la Tebaida. El superior qne observó su admiracion:

— Señor, le dice, sonriéndose, yo os ruego nos disimuleis por la pobre comida y poca alegria que se encuentran aquí. Puede ser que os hayan pintado el interior de nuestro convento como un lugar de delicias. Ved como la sociedad nos juzga, señor conde. Así cuando volvais al gran mundo, espero nos hareis justicia.

— Ciertamente, general, respondió el conde, yo no sé lo que se come ordinariamente, pero he visto abajo una disposicion bastante regular, á no ser que falte el vino.

—Oh! respondió el superior, no os dé cuidado, con respecto el vino, es muy bueno.

— Muy bien! si el vino es bueno, tenemos todo lo necesario.

—Solamente, añadió el superior, temo que nuestros modales os parezcan poco mona-

cales. Por ejemplo, nosotros tenemos la costumbre de no cenar jamás sin tener á cada lado un par de pistolas; precaucion prudente contra los accidentes que pueden suceder á cada minuto en un lugar aislado como este. Escusad si á pesar de vuestra presencia no abandonamos nuestra costumbre.

A estas palabras, el superior levantó su ropa, sacó de su cintura un par de escelentes pistolas, y las colocó cerca de su plato.

—Muy bien, muy bien, general, respondió el aleman; las pistolas son el amigo del hombre. Yo tengo tambien pistolas. Pero lo que me admira sobre manera es lo mucho que se parecen las vuestras á ellas.

—Es muy posible, respondió el superior reprimiendo una sonrisa; son muy buenas armas, las he hecho venir de Alemania, de los Kunkenreiter.

—De los Kunkenreiter? Precisamente es eso. Haced pues, traer las mias que están en mi equipaje, general, para compararlas un poco.

—Despues de cenar, conde, despues de cenar. Poneos en frente de mí. Sabis hecar la bendicion.

—La he sabido en otro tiempo, pero ya la he casi olvidado.

—Peor es eso, peor es eso, dijo el general, porque yo contaba con vos para decirla; pero si la habeis olvidado nos pasaremos sin ella.

—Nos pasaremos sin ella, respondió el conde, que á todo se avenia, nos pasaremos sin ella.

Y el conde, efectivamente, engulló su sopa sin bendicion, lo que hicieron igualmente los demas. Cuando concluyó, el capitan le pasó una botella.

—Pruebe V. este vino, le dijo. El conde, dudando que fuese un vino añejo, llenó su vaso, lo tomó por el pie, y examinó un instante al ausilio de una lámpara que estaba próxima, el líquido amarillo como el ámbar, despues lo llevó á su boca y lo probó con la lentitud de un buen práctico.

—Estoy admirado, dijo el conde; yo creia conocer todos los vinos y no conozco este! á menos que no sea de una materia nueva.

—Es Marsala, conde, un vino que no se conoce, y que sin embargo merece conocerse. Oh! nuestra pobre Sicilia encierra una multitud de tesoros olvidados.

—¿Cómo decís que se llama? preguntó el conde llenando otro vaso.

—Marsala.

—Marsala... Muy bien! es un vino muy bueno; compraré de él. Se vende caro?

—A dos cuartos la botella.

—¿Cuanto? repuso el conde que creia haber oido mal.

—A dos cuartos la botella.

—¿Dos cuartos la botella? Vosotros habitais el paraiso terrenal, general; ya no me voy de aquí, voy á hacerme benedictino.

—Gracias por la preferencia, conde; cuando querais os recibiremos.

¡A dos cuartos la botella! volvió á repetir el conde bebiéndose el tercer vaso.

—Solo debo preveniros que tiene un defecto, añadió el superior.

—No tiene defecto ninguno, repuso el conde.

—Disimuladme si os digo que calienta mucho la cabeza, que embriaga.

—Embriaga? dijo el conde con desprecio; aunque bebiera un azumbre estaria ni mas ni menos que si hubiese bebido un vaso de jarabe.

—Entonces no tengais reparo, dijo el superior, haced lo que gusteis: os prevengo únicamente que tenemos otros todavia.

En virtud del permiso que acababa de dársele, el conde se puso á beber y comer como un verdadero aleman. Y es menester confesarlo, sostuvo admirablemente la reputacion que gozan sus paisanos. Los frailes escitados por el superior hicieron lo mismo, de suerte, que no tardó mucho en romperse el silencio religioso que habia reynado desde el principio; cada uno comenzó á hablar en voz baja á su compañero, y despues en voz mas alta á todos los demás. Al segundo plato cada uno gritaba y contaba las aventuras mas estrañas. El conde, por poco que comprendiese el siciliano, no dejó de conocer que se trataba de golpes atrevidos, ejecutados por ladrones en conventos saqueados, de gendarmes ahorcados, de religiosas arrebatadas. Pero no habia que admirarse de ello, puesto que la situacion de los benedictinos y su distancia de la poblacion debia hacerlos testigos mas de una vez de semejantes escenas. El *Marsala* marchaba siempre sin perjuicio del Siracusa seco, del moscatel de Calabria y malvasía de

Lipari. Sin embargo de lo fuerte que era la cabeza del conde, su vista comenzó á turbarse y su lengua á entorpecerse. Entonces los monólogos sucedieron poco á poco á las conversaciones, y las canciones á los monólogos. El conde que trataba de no ser menos que ellos, buscó en su repertorio anacreóntico alguna cosa análoga, y no encontrando en el momento mas que la cancion de los ladrones de Schiller, se puso á cantar fuertemente el famoso *Stephen, morden, huren, balgen,* al cual respondian todos con aplausos generales. No tardó mucho en parecerle que todo daba vueltas al rededor de sí, y á entrever que los frailes dejaban sus hábitos de religiosos y se trasformaban en bandidos. Aquellas figuras ascéticas cambiaban de carácter y se llenaban de una alegria feroz, convirtiéndose la comida en una especie de orgía. Sin embargo, se bebia siempre, y cada vez que se bebia eran vinos nuevos y mas activos: vinos de la bodega del príncipe de Paterno ó de la de los dominicanos de Aci-Real. Se daban golpes en la mesa con las botellas vacías para pedir otras, y dándolos derribaban las luces; el fuego entonces se comunicaba á los manteles, de los manteles á la mesa, y en lugar de apagarlo, arrojaban á él las sillas, bancos y sillones.

En un instante, la mesa se convirtió en una inmensa hoguera, al rededor de la cual los monges se pusieron á danzar como si fuesen demonios. En fin, en medio de toda esta gresca y algazara la voz del capitan resonó diciendo: *Le monache! le monache!* Un hurrá general acogió esta voz, y un instante despues se abrió una puerta y se presentaron cuatro religiosas arrastradas por cinco ó seis bandidos, recibiéndolas todos con la mayor griteria. El conde veia todo esto como un sueño, y le parecia que una fuerza superior clavaba su cuerpo en su sitio mientras que su espíritu estaba en otra parte. Los bandidos se arrojaron á ellas; el capitan quiso hacer oir su voz, pero su voz fue envuelta por clamores generales. Pareciéndole entonces al conde que el capitan tomaba las famosas pistolas que se semejaban tanto á las suyas, creyó oir dos tiros y cerró los ojos alucinado por la llama. Cuando los abrió vió sangre, y dos ladrones que se revolcaban en ella en un rincon, no percibiendo despues ya nada, porque sus ojos se cerraron segunda vez sin que pudiese volverlos á abrir, sus piernas flaquearon, y en fin cayó como una mole: estaba enteramente embriagado.

Cuando el conde se despertó era medio dia; se esperezó, se sacudió y miró al rededor de sí; estaba tendido debajo de un árbol en la senda de una selva; tenia á la derecha Nicolosi, á la izquierda Pedara, delante Catánia y detrás de Catánia el mar. Habia pasado la noche al sereno acostado sobre la arena, y apoyada su cabeza sobre su portamanteo, sin otro dosel que la inmensa bóveda celeste. Al principio no se acordaba de nada, y permaneció algun tiempo como un hombre que sale de un letargo; finalmente, su pensamiento, por una operacion lenta y confusa en el primer instante, retrogradó y no tardó mucho en recordar su salida de Catánia, la perplegidad de su arriero, su llegada al convento, su altercado con el cocinero, la acogida del general, la comida, el vino de *Marsala*, las canciones, la orgía, el fuego, las religiosas y los tiros. Miró de nuevo al rededor de sí, vió una maleta, su saco de noche y su portamanteo; abrió este y encontró su cartera, la pipa de espuma de la mar, el saco de tabaco y su bolsa, que con grande admiracion suya le pareció tan intacta como si nadie la hubiese tocado, la abrió con ansiedad y la encontró llena de oro, y además un billete que abrió vivamente y leyó lo que sigue:

SR. CONDE:

Os suplicamos nos disimuleis por habernos separado de vuestra compañia tan bruscamente, pero una espedicion de la mayor importancia nos llama hacia Cefalí. Espero que no olvidareis la hospitalidad que os han dado los benedictinos de S. Nicolás el Viejo, y que, si volveis á Roma pedireis á M. Morosini que en sus oraciones no se olvide de nosotros pobres pecadores.

Encontrareis todo vuestro equipaje á escepcion de las pistolas, que os pide el permiso de guardar como un recuerdo vuestro

DON GAETANO.
prior de S. Nicolás el Viejo.
16 de Octubre de 1806.

El conde de Weder contó su dinero y nada le faltaba.

Cuando llegó á Nicolosi, encontró e'

pueblo en movimiento; durante la víspera, el convento de santa Clara habia sido allanado, la plata saqueada, y las cuatro monjas mas jóvenes robadas, sin que se pudiese saber nada ellas.

El conde volvió á encontrar á su arriero, subió en su mula, vino á Catánia, y habiendo sabido que un navio estaba para darse á la vela con direccion á Nápoles, se embarcó y dejó la Sicilia aquella misma noche.

Dos años despues leyó en el *Allgemeine Zeitung*, que el famoso gefe de bandidos Gaetano, el cual se habia apoderado del convento de san Nícolás el viejo, sobre el Etna, para hacer de él una caverna de ladrones, despues de un terrible combate sostenido contra un regimiento ingles, habia sido preso y ahorcado, con grande alegria de los habitantes de Catánia, que habian llegado ya á estar en cierto modo bajo su dominio.

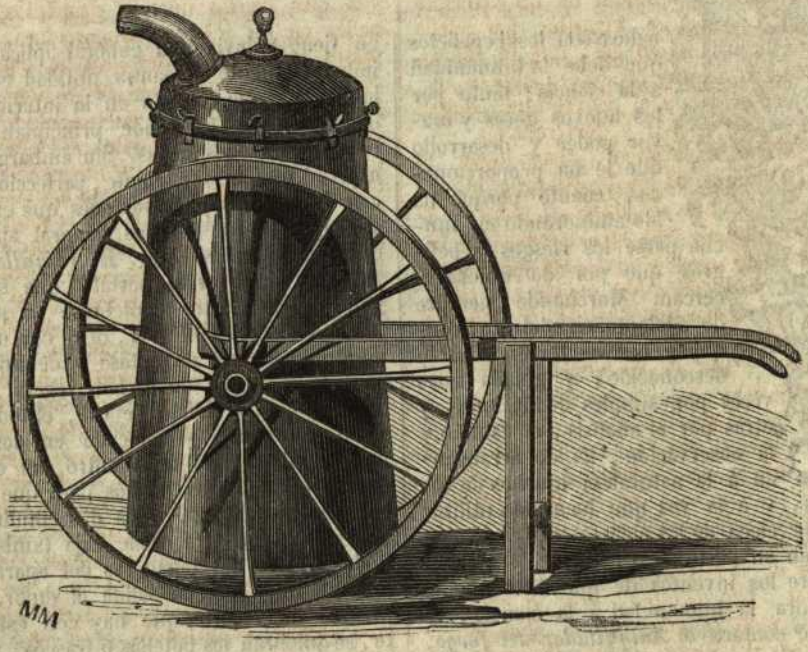
E. A.

EL ANIQUILADOR DEL FUEGO.

Muchos son los beneficios que debe la humanidad á la ciencia; tanto por los nuevos goces y mayor poder y desarrollo que le ha proporcionado, cuanto porque ha ido aminorando en mucha parte los riesgos y peligros que por do quiera la cercan. Marchando siempre de adelanto en adelanto, conquista nuevos terrenos en lo desconocido; y guiada unas veces por simples deducciones, y otras por el analisis, el estudio y la observacion, ha ido arrancando á la naturaleza muchos de sus secretos, y á la vez que ha sabido utilizar la accion ciega de los elementos, la ha combatido en su parte destructora.

Entre los inventos de que últimamente es deudora la humanidad á la ciencia, es digno de contarse el *Aniquilador del fuego*, aparato inventado por M. Philipps, para apagar los incendios, y el cual, aun cuando no tiene todavia una general aplicacion, es indudablemente de suma utilidad en todos los fuegos que ocurren en lo interior de los edificios, que es donde principian por lo comun estas desgracias. Sin embargo, es de esperar que mas adelante, perfeccionándose con las mismas observaciones que en su uso se hagan, será de mas general aplicacion como cree su inventor. El *Aniquilador del fuego* es un aparato portátil, que se compone de las partes siguientes: un pequeño frasco de ácido sulfúrico, otro con un compuesto de clorato de potasa y de azúcar, y un ladrillo hecho de carbon vegetal, nitrato de potasa y sulfato de cal, el todo mezclado con agua, y colocado en dos cilindros, embutido el uno dentro del otro, y con varios agujeros hechos para que pueda tener salida el gaz; estos dos cilindros están metidos en otra doble caja tambien cilíndrica. Las dos tapaderas del aparato tienen un tubo que da salida al vapor. Oprimiendo un resorte que hay con este objeto, se quiebran las botellas ó frascos, y puestos en contacto los diversos ingredientes que contienen, producen la ignicion. Al punto




MM

que el ladrillo se ha encendido empiezan á desprenderse los gazes, y pasando á traves de los agujeros de los cilindros, van á obrar sobre el depósito de agua, y producen el vapor, que mezclado á dichos gazes se escapa con estos rápidamente por el agujero ó piquera de la máquina, y estendiéndose en forma de nubes en la atmósfera del fuego, lo extingue casi instantáneamente. Hay que advertir, que este vapor no exhala ningun olor insoportable, y que puede aspirarse sin perjuicio ninguno.

La figura esterior del aparato es la de una cafetera, habiéndolos de mano para el interior de las habitaciones, y otros grandes sobre un pequeño carreton para los incendios de mas importancia. Una clase y otra están demostradas en las láminas que acompañan este artículo.

En todas las esperiencias que se han hecho en Lóndres y en París, las llamas se han estinguido instantáneamente al simple contacto del gas, cuando no han tomado grande incremento. Pero como quiera que los mayores incendios, es fácil cortarlos acudiendo á combatirlos en los primeros momentos, es casi seguro que pueden evitarse con el *Aniquilador del fuego*, pues reconcentrado el incendio en un principio en un punto dado, es imposible que pueda resistir á la accion del gas, que lo sofoca, envolviéndolo en una atmósfera que le impide el contacto con el aire comun, que es en el que puede vivir y desarrollarse.

El último experimento tuvo lugar en París el Domingo 31 de Agosto prócsimo pasado, en el campo de Marte, á cuyo efecto se habia levantado una linda casa, echa toda de materias combustibles. He aquí lo que sobre este acontecimiento publicó la *Ilustracion francesa*, que traducimos para que al mismo tiempo se forme una idea de los principios en que se ha fundado M. Philipps para llevar á cabo su invencion.

« Se ha hecho un nuevo experimento del aparato Philipps contra los incendios; hablemos, pues, del inventor y de su invencion. M. Philipps es uno de esos atrevidos innovadores que combaten en brecha el viejo saber humano, que hace siglos está parapetado en la fortaleza del axioma; y para demostrar, por ejemplo, *urbi et orbi*, á la ciudad y al mundo, que el agua no es el enemigo del fuego, habia convocado cien mil escépticos al campo de Marte. A este anuncio, la multitud habia esclamado: Oh! oh! vaya un necio presuntuoso que quiere convencerme que una vez ardiendo mi casa, bastará para apagar el fuego oponerle esos utensilios, semejantes á grandes cafeteras, y que place á su inventor llamar *Aniquiladores del fuego*. A lo cual M. Philipps podia haber respondido á modo de explicacion si le hubiera sido posible hacerse entender de todos: Pensad que el agua es un elemento mas permanente que el fuego, cuya existencia es momentánea. Encended un cerillo, y tendreis el fuego en toda su fuerza; arrojadlo en el agua, y le vereis reducido á la nada; pero por qué? porque segun decis, el agua es enemiga del fuego. Pues no hay tal; es porque el fuego no puede vivir, no puede respirar, por decirlo asi, sin aire. La prueba, es que echando el cerillo en un vaso lleno de aceite se obtiene el mismo resultado. ¿No habeis visto incendiarse inmensos edificios, almacenes, teatros, y resistir las llamas á la accion del agua, no obstante los mas prontos y eficaces auxilios? De lo cual M. Philipps hubiera sin duda deducido, que léjos de ser enemigos el fuego y el agua, son aliados muy estrechos, compuestos el uno y la otra de los mismos principios combinados en las mismas proporciones. De las partes constitutivas del agua se puede hacer fuego, y cuando el fuego cesa de ser fuego se convierte en agua. ¿Cómo el agua, este cuerpo compacto que obra como tal, podria obrar instantáneamente sobre las partículas de gaz que engendrán la llama? Trátase, pues, de recurrir á otro gaz, de naturaleza tan sutil como el elemento atacado, y que mezclado al gaz de las llamas, se apodere de ellas y las ahogue. Tal es precisamente el descubrimiento de M. Philipps, y tal el vapor de que carga su aparato.

«Stn embargo, los mismos á quienes la demostracion oral hubiera parecido concluyente, aguardaban el esperimento para quedar convencidos; y al aspecto de aquella casa en miniatura, atestada de combustibles y de materias inflamables que se disponian á incendiar en el Campo de Marte, todos se decian: «He ahí un espectáculo que promete, y tendremos buen fuego, suceda lo que quiera." En efecto, una humareda espesa anuncia el incendío, y á poco las llamas se elevan por los aires: entonces varios hombres, provisto cada uno de su cor-

respondiente aparato, circulan al rededor de aquel gran brasero, cuyo fuego se estingue gradualmente, y ya no puede ser dudoso el éxito del esperimento. Cierto es que para llegar á concluir del todo el fuego fne menester recurrir á los bomberos, pero el objeto principal de la operacion estaba cumplido, y el gaz producido por el aparato habia ahogado la llama por donde quiera se habia puesto en contacto con ella."

S. C.

A LA LUNA.

Hunde en el rojo occidente
El sol su cárdeno disco,
Y allá sus trémulos rayos
Sepulta en el mar sombrío.
La negra noche amagando
El mundo envolver dormido,
Con la tímida luz lucha
Del crepúsculo indeciso.
No entona triste avecilla
Con lastimero quejido,
Entre el espeso ramaje
Sus enamorados trinos.
El ronco mar azotando
Ruge el aquilon bravío,
Y allá en el vecino puerto
Busca el pescador abrigo.
Replega la flor sus hojas
Dentro su cáliz marchito,
Hasta que vida le vuelve
El benéfico rocío.
Y en tanto cierra la noche,
Y todo al fin sumergido
En la sombra y el silencio
Se mira en un tiempo mismo.
Solo tú á tan negras horas
Vagando en callados giros,
A prestar vienes, oh luna,
Con tus fulgores hechizo;
Solo tú alegras cruzando
El firmamento infinito,
Su velo al tender la noche
Impenetrable y tupido;
Solo tú al que en su amargura
Se mostró el cielo enemigo,
Calmando su afan, ofreces
A sus pesares alivio;
Porque tu luz tiene, oh luna,
No sé qué encanto divino,
Que el espíritu embelesa,
Y ahuyenta el dolor impio.
Yo tambien consuelo hallo,
Mis penas tambien olvido,
Cuando en la noche callada
Enagenado te miro;
Cuando del estruendo lejos
Y mundanal torbellino,
Solitario en mi quebranto
Vuelan á tí mis suspiros;
Cuando vagar siento amadas
Mil sombras en torno mio,
Y misteriosos murmuran
Dulces ecos á mi oido.
¡Oh cuantas veces, oh luna,
Seguir tu curso me has visto,
De ese rutilante cielo
Por el pabellon magnífico!
¡Oh cuantas vino mi frente
A herír tu rayo argentino,
Sín que la hoguera calmase
De mis mundanos delirios!...
Salve, luminar hermoso,
Que reflejando tranquilo,
El denso manto entreabres
Que el mundo vela sombrío;
Salve tú, que á aumentar vienes
Con melancólico brillo,
Del misterio de la noche
La mágia y el atractivo.
Cruza ese campo de estrellas
Que grupo esmalta infinito,

Y fulgurando, la gloria
Pregonan del que las hizo.
Ve en buenhora, y no retardes
Tu vuelo no interrumpido,
De los pesares de ausencia
Oh mensagera y testigo.
Ve en buen hora, y si te duelen
Mis lágrimas y suspiros,
Cuenta, oh luna, á la que adoro
Las que por ella he vertido.

AMADOR JOVER Y SANS.

LA CITÉ DE LÓNDRES.



lo que se llama en Lóndres *la Cité*, es una especie de pequeño reyno aparte, con una administracion, una justicia, una policia y unas costumbres muy distintas á lo demas de Lóndres.

La parte de Lóndres llamada *la Cité* forma una especie de llanura que empieza en la conclusion de *Strand*, en la puerta llamada *Temple bar* (*) y se prolonga hasta la de las minorias. El otro límite de la *Cité* revindica á la posesion de toda la rivera del Támesis. A la izquierda, la *Cité* se estiende desde Holborn hasta *Primrose spital*. La iglesia de San Pablo se encuentra en el centro del antiguo Lóndres.

Tal como está hoy, Lóndres tiene de extension diez veces lo que era antiguamente. En su longitud de OE. á E. cuenta 12 millas (mas de 4 leguas), y en su latitud, esto es, de S. á N., desde *Stokwell* hasta *Hollo way*, 6 millas (dos leguas y media).

Las construcciones, que no cesan de hacerse en los alrededores de Lóndres, harán de esta capital, si no se detiene el afan de construir, una ciudad que excederá á todo lo que nos recuerda la historia de mas maravilloso. En efecto, la especulacion destruye de dia en dia sin compasion bellos parques, jardines deliciosos, campos fértiles en que la vegetacion es admirable; de modo que todos los años se aglomeran otras nuevas poblaciones á las que ya se han confundido con la antigua ciudad.

En cuanto al viejo Lóndres, es decir, á esta *Cité* que no es mas que una fraccion mínima de un todo gigante, no consta mas que de 120,000 habitantes, mientras la poblacion entera de Lóndres asciende á dos millones y doscientas mil almas, sin contar los 100,000 provincianos y extrangeros que la visitan cuotidianamente. Entretanto, esta *Cité*, excesivamente orgullosa porque se encuentra muy rica, se considera como un pequeño estado que, encerrado en otro mayor, censerva entre sus muros sus leyes, sus usos y sus costumbres. La *Cité* no quiere

(*) *Temple bar* (barrera del Temple) es una antigua puerta, llamada asi por estar adherida á la parte de la *Cité* que lleva por nombre *the Temple*.

someterse á las leyes generales que rigen, no solo á la gran ciudad de que forma parte, sino á todas las demas provincias del reyno. La *Cité* no quiere marchar con el tiempo; desea quedar estacionaria, y se exaspera cuando se tiende á variar sus instituciones, aunque sea para cambiarlas, de informes y defectuosas que son todavia, en ilustradas y completas.

La *Cité* se gobierna y administra por una corporacion municipal, compuesta de un *Corregidor*, varios *Regidores*, *Sheriffs*, de un *Recorder* y un *Common council* (Consejo municipal).

El corregidor se nombra de entre los regidores; su nombramiento se hace por eleccion, y el ejercicio de sus funciones no dura mas que un año.

Los regidores se nombran á perpetuidad; cada uno de ellos se elige en el *ward* (cuartel), donde esté establecido como comerciante; y si no ejerce ocupacion en la *Cité* se nombra en el *ward* en que se encuentra la corporacion á que esté agregado.

Los *sheriffs*, que son dos solamente, se eligen como los regidores: este es uno de los privilegios que ha conservado la *Cité*, pues los *sheriffs* se nombran en todas las demas partes del reyno por la Reyna.

Los *sheriffs* no se eligen mas que por un año.

El *recorder* es un oficial de la *Cité*, cuyas atribuciones son difíciles de explicar, pues tan pronto preside las causas de tribunales de primera instancia, como sirve en el tribunal criminal de *Old-Bailey* para cumplir con cargos idénticos á los del ministerio público de Francia.

El *recorder* por lo tanto se elige de entre los abogados de nota. El *Corregidor*, los *aldermen* y el Consejo municipal son los que eligen al *recorder*.

Su sueldo es el de 3500 libras esterlinas (87,500 francos)

El *Town Council* (consejo municipal) se compone de 27 miembros elegibles. Cada *ward* tiene en el Consejo su representante.

Las elecciones se hacen en la *Cité* en la gran sala *Guidhall*. Son electores todos los individuos de la *Cité* que aparecen en la lista de *freemen* (hombres libres). Para ser *freemen* es preciso tener tienda abierta, ó bien ocupar casas, almacenes, astilleros &c. &c., y pagar mas de 10 libras esterlinas (250 francos) de contribucion.

En virtud de las antiguas costumbres de la *Cité* no se admiten mas que *freemen* para agentes de cambio, corredores, &c. &c.; y esto consiste en que para ser declarado *freemen* es necesario pagar cierta suma en la caja municipal.

Los *libertes y franchises* se confian á la guarda de las diversas autoridades abajo designadas.

La primera autoridad es el *lord-maire*, que tiene el sueldo de 800 libras esterlinas (200,000 francos).

Los *sheriffs* son generalmente comerciantes ricos que merecen una gran confianza de sus conciudadanos; por lo demas, no pueden ejercer esta dignidad de ciudadania sin entregar 600 libras esterlinas (15,000 francos) en la caja municipal. Los costos de equipages, y las fiestas que como el *lord-maire* se ven precisados á dar, les cuestan unos 100,000 francos lo menos, por los doce meses que están investidos de estas funciones.

Los *aldermen* se escogen por las notabilidades comerciales de la *Cité*. Como ellos son la base en que se fundan para perpetuar la dinastia anual de *Mansion-house*, es indispensable que los *aldermen* sean hombres opulentos.

A pesar de laa reformas que el Parlamento ha hecho y continúa haciendo en materia de legislacion y organizacion judicial, los magistrados de Lóndres se oponen á que se introduzca en la *Cité* las mejoras que se desprendan de la legislacion en general, y siempre repiten el derecho de que se gobierne aquella á su gusto, en virtud de sus antiguos privilegios y prerogativas, no escritas en ningun edicto ni estatuto, pero que están sin duda consagradas por el tiempo. Guillelmo el conquistador, sin entrar en ningun detalle, se atrevió á prometer á la *Cité* que nadie atentaria á variar sus usos y costumbres. La primera de estas ventajas es, á los ojos de los magistrados, la de no someterse á las leyes generales, de modo que *Mansion-house* está acostumbrada á protestar contra todo bill presentado al Parlamento, que pueda por su generalidad serla aplicado.

Asi cuando se establecieron los *County courts*, el Parlamento tuvo, en vista de las reclamaciones de la *Cité*, que esceptuar de la aplicacion de la ley á aquella pequeña

porcion del territorio, y se hizo un acta especial para reformar un número de pequeños tribunales que administraban justicia confusamente en los diversos cuarteles ó barrios de que la Cité se compone.

El egoismo de la Cité ha llegado hasta el estremo de manifestar una resistencia obstinadísima á la voluntad del Parlamento, de una medida de salubridad pública, como era la supresion de los cementerios intramuros. Esta vez el Parlamento se ha hecho obedecer al fin.

Los tribunales existentes en la Cité se llaman Lord Maire court (tribunal del corregidor), y Sheriff court (tribunal del sheriff).

La corte del lord maire es un tribunal de policía con las atribuciones de los de su especie.

La corte del sheriff es para la Cité la County court ó el tribunal de primera instancia.

El tribunal del lord maire está en Mansion-house, y el del sheriff en Guildhall, presidido siempre por el recorder.

Tambien hay en Guildhall un tribunal de policía, cuyo gefe es uno de los sheriff. Este tribunal es para la mitad de la Cité, lo que el del lord maire para la otra mitad.

Aunque la corte del lord maire parece no ser mas que un tribunal de policía, reune las funciones de tribunal de comercio y tribunal civil. Si un comerciante se queja de la mala fe de otro respecto á la calidad de las mercancías; si un tuno, bajo un falso pretesto ó impunemente, toma el nombre de otro para maniobras fraudulentas; si un tendero, un fabricante ó un agente no se conducen con fidelidad, el tribunal de Mansion-house actúa inmediatamente sobre el asunto, y si encuentran delito envia al culpable á ser juzgado por los tribunales. En este caso estiende una órden de prision etc. etc.

Tambien tiene la Cité una atribucion civil de una importancia incalculable, que el tribunal del lord maire y el del sheriff se abrogan. Esta es la de embargar préviamente los bienes de un individuo que sostenga un pleito de intereses, bajo la responsabilidad de la otra parte. Esto se llama atachmen. Si es dinero se impone en los Bancos, y para las mercancías ó efectos hay un local ó depósito, donde se encuentran telas, efectos, y á veces hasta cargamentos enteros.

Este acto de precaucion ha sido causa de pérdidas enormes, pues los procesos que se siguen no encuentran muy pronta solucion ante los tribunales superiores ó en la córte de la Cancilleria.

Pero este es uno de esos usos de la Cité, al que, sin estar escrito en ningun bando de órden, es preciso someterse; asi como los oficiales y la fuerza pública se someten á las órdenes de la autoridad de quien dependen.

Como se ve, no es indispensable la plaza del lord maire, pues sus adjuntos le suplen en sus funciones judiciales y en las administrativas; asi es que lord maire es mas bien un gefe del palacio de su pequeño reino. Poco importa que exista una Reyna de la Gran Bretaña, poco importa que esta Reyna tenga ministros y administraciones centrales; la Cité no tiene que ver, ni con el gobierno ni con las leyes generales de Inglaterra. La Cité se administra á su capricho, y el gefe de su ayuntamiento es el Rey, el ministro y el administrador de su semi-distrito y semi-nacion.

En el Cité es donde la córte de Old-Bailey tiene sus sesiones, é independientemente sus juicios separados de las córtes de Westminster, donde sus jueces son el lord maire, los aldermen y los sheriff. Estos señores no dan por cierto á sus determinaciones la forma de los debates, dejando á los jueces ex-profesione las sentencias de prision. La Cité se empeña en conservar sus usos, y el Parlamento, aunque organice la córte central criminal, mantiene en la municipalidad de la Cité el derecho de separarse de la verdadera judicatura.

El recorder hace en la primera sesion del tribunal criminal, un discurso á los jurados, para esplicarles los crímenes y delitos de que se compone la lista de los negocios que hay que ventilar, y señala la mayor ó menor gravedad de ellos. Pero aunque el recorder imita en esto al ministerio público en Francia, no hace requisitoria, y no toma la palabra despues de los debates para dar sus conclusiones.

Se puede juzgar por todo lo que precede cuál es la antigüedad ó fecha vetusta de los usos y costumbres de la Cité, que se guardan y conservan, á pesar de algun contra-sentido que se desprende, comparándolos

con la marcha de los siglos.

Este es aun mas raro, por suceder en la parte mas visitada de Europa, que guarda esos usos burlescos, nacidos de las antiguas rivalidades de la plebe y la nobleza como prueba visible de lo que eran los tiempos del feudalismo.

Asi es que el dia de la toma de posesion de lord maire, al ver su cortejo se creeria cualquiera presenciando una cabalgata de carnaval, por la variedad de trages, tanto de los magistrados municipales como de las corporaciones de artesanos y el equipo de los hombres de armas que figuran en esta procesion teatral, que se verifica en el centro de la ciudad, donde de todas partes del globo acuden presurosos los comerciantes, los sábios, los poetas y los artistas.

Apenas se puede el estrangero persuadir de que esto se verifique cerca, no del palacio de cristal, sino del de mármol y el de bronce (la Bolsa y el Banco), donde los negocios se tratan con una superioridad tan marcada, y con una grandiosidad, que todas las demas naciones admiran y envidian á pesar suyo.

D. C.

Historia Natural.



LOS LLAMAS.



Los *llamas* ó camellos de nuevo continente, son mas pequeños que los del antiguo mundo, y como no tienen, como estos, sus dedos unidos por una especie de zuela, pueden trepar por los montes con la misma facilidad que las cabras: tampoco tienen bolsas ni callosidades en el pehco y rodillas; ni dientes molares puntiagudos entre el canino y el primer molar ordinario: están cubiertos de pelos largos y sedosos, que se tienen en grande estima para la fabricacion de telas, muy raras en la actualidad. Estos animales, mansos y timidos, se defienden sin embargo algunas veces con sus pies, y manifiestan sn cólera escupiendo á la cara de los animales que los atacan: esta facultad de escupir con tanta abundancia la deben al mecanismo de su estómago, en el cual se secreta tambien el agua. Son indígenas de la gran cordillera, donde la mayor parte de ellos se crían en la region de las nieves perpetuas, en tanto

que otros viajan en innumerables manadas por las faldas de las montañas.

Mr. Cuvier parece no admite mas que dos especies de este género, que á lo menos cuenta cinco perfectamente justificadas. Este naturalista ha podido observar cuidadosamente en la Malmaison (Francia) á dos individuos de la especie *Lama* de Buffon, *camelas glanca* de Lineo, macho y hembra. Procedentes de Bogotá, estos animales pasaron por Santo Domingo donde se detuvieron algunas semanas: tenian 4 pies y algo mas de alto, y 6 de largo, de figura rara, con un cuello estraordinariamente grande, pequeña la cabeza, y el labio superior prolongado y proeminente hasta mas allá de las narices; sus orejas, bastante largas, son muy movibles, y sus ojos salientes y vivos daban á sus espesas y sedosas cejas una mirada dulce. Su cola está adornada de pelos sedosos y largos. El color general de estos llamas es de un moreno oscuro con visos de negro y reflejos rosados; pero en el estado doméstico varia y toma tintes mas claros. Este precioso animal se encuentra principalmente en la parte ecuatorial de los Andes, donde hace mucho tiempo han reducido considerables rebaños al estado de domesticidad. Su lana es muy utilizada; y su carne muy buena, de la que hacen un consumo considerable en el Perú, sin que por esto parezca disminuirse la raza. Es un escelente animal de carga, y hay hasta 300,000 llamas empleadas constantemente en el servicio de las minas del Potosí: carga por lo comun de 150 á 200 libras, y anda de cuatro á seis leguas al dia; su voz es una especie de relincho; la hembra concibe de cinco á seis meses, y pare un solo individuo.

E. de M.

ENTRE LA COPA Y LOS LABIOS.

Despues de haber bebido bajo el emparrado el primer vaso de Lácrima-Christi, el hombre de la capa habló el primero:

—Con que, capitan Enrique, dijo á su compañero, habeis conocido á la Zorzina?

—Lo bastante para dar señas muy esactas de ella, respondió el oficial.

—Si no me engaño, sería en el tiempo que florecia en Brescia.

—Si, en el tiempo que florecia en Brescia, en Padua, en Parma, en Venecia y en toda la Italia.

—No os preguntaré, capitan, si esta fue una época feliz para vos; pero me acuerdo que era un gran honor ser distinguido por la divina cantatriz.

—Es verdad, y no creo sea una vanagloria decir que me miraba con alguna deferencia.

—Peor eleccion pudo haber tenido. Noble fisonomía, gran fortuna, una larga espada austriaca al lado de un traje ricamente guarnecido: teneis todas esas dotes personales, que agradan á esas reinas de teatro, y que trastornaron sin duda la cabeza de la pobre niña. Pero decidme, os amó?

—Entre nosotros, seré franco: empezó á amarme. Por lo demas, es una locura, una historia pueril que ningun aliciente tenria para vos.

—Al contrario, os lo juro, soy entusiasta de todo aquello que es arte y poesía, y acostumbrado desde mi salida de la escuela á oir el canto de los ruiseñores de nuestra Ausonia, encuentro un gran placer en todo lo que la pertenece, y con mucha mas razon siendo de la Zorzina.

—En ese caso no tengo objeccion que hacer y voy á complaceros diciéndoos cómo conocí á la Zorzina.

—Corriente.

Al pronunciar estas últimas palabras; el hombre de la capa echó por segunda vez vino en el vaso del oficial, y este retorciéndose sus bigotes rubios hacia arriba, empezó su relacion sin mas ceremonia.

—Hace cuatro años..... cinco?... si, cinco años, estábamos de guarnicion en Brescia. En esta época la Zorzina hacia allí furor y llamaba la atencion de toda la ciudad. A las tres noches de ir al teatro me enamoré.....

—Como todo el mundo.

—Como todos los oficiales del regimiento, al menos. Los ojos de ninguna muger me habian trastornado el corazon como los suyos. Ella conoció bien pronto mi turbacion, pero sin hacerme caso. Envié cartas sobre cartas, ramilletes sobre ramilletes: trabajo perdido! La prima donna estaba comprometida; tenia por amante á cierto artista.

—Un pintor?

—Sí; un pintor, que celoso hasta del entusiasmo del pùblico, debia ser su esposo para arrancarla á sus triunfos. Toda esperanza se desvanecia; sin embargo, una tarde que atravesaba la plaza de san Jacobo, una dueña deteniéndome por el capote, me dió con aire misterioso un paquete de cigarros que contenia un billete.

—Un billete de la Zorzina?

—Justamente.

—Qué felicidad; ¿y qué os decia esa encantadora muger?

—Mil ternezas, que acababan con esta recomendacion: «Estad mañana al anochecer en la villa de Montefiascone: allí os esperaré.»

—Y qué hicisteis?

—Buena pregunta! acudir.

—Efectivamente, se daba una fiesta en la villa. Estábais convidado?

—No, entré por fraude; pero, en último caso, mi espada me hubiera franqueado la puerta.

—Continuad.

—Los salones y los jardines iluminados con magnificencia, rivalizaban en esplendor con un cielo cubierto de estrellas. Un tropel bullicioso gozaba de los mayores placeres en sus salones, y los grupos solitarios de paseantes no menos felices sin duda, disfrutaban de la sombra en los jardines. Solo circulaba de boca en boca el nombre de la Zorzina, la famosa cantatriz que hacia dos años era las delicias de Brescia, y debia al dia siguiente salir á las tablas por última vez y para su beneficio.

—Cuantos irian solo por verla y oirla!

—Desde veinte leguas á la redonda. Pero volvamos á mi historia.

—Teneis razon.

—Figuraos que en el momento que entré, ví sobre un terraplen aislado una muger vestida de blanco y coronada de flores; estaba apoyada, inmóvil, sobre la balaustrada de marmol...

—Semejante á Julieta esperando á Romeo.

—Ciertamente. Me dirigí á ella, y el ruido de mis pasos la sacó de su éstasis.

—Sois el capitan Enrique? me dijo con una voz tan dulce que hubiera ahogado el vago sonido de una arpa eólica.

—Si, yo soy, respondí, soy el capitan. No he podido resistir al deseo de veros; me he deslizado de entre la multitud; os he buscado por todas partes; os he encontrado; soy feliz!

—Ah! dijo con la misma voz, no sé por qué tiemblo. Me parece que es una imprudencia, añadió separándose de mis brazos que la estrechaban, si Giulio nos sorprendiese!

—Giulio! esclamé: quién es ese Giulio?

—Ah! es el hombre á quien he hecho la promesa fatal de pertenecer: es un gran pintor; pero su ardiente pasion me fatiga, me molesta.

—Os dijo eso?

—Me lo dijo estremeciéndose, y al mismo tiempo veia sus hermosos ojos agitarse con violencia. Pero en este momento oimos una voz ' y aparecieron luces por las ventanas, en direccion del terraplen en que nos hallábamos.

—Me buscan, dijo la Zorzina. Es preciso que me presente y que cante; compadéceme, Enrique, y márchate al instante.

—Adios, mi Semíramis, respondí, y besándola una mano escalé la balaustrada. Algunos minutos despues, cuando me encontré en el jardin, volví otra vez á mirar á la divina criatura; quitaba de su corona una flor, de sus adornos una sortija, y arrojándomela esclamó:

—Todo para tí!

—Acaba ahí vuestra historia, capitan?

—Casi casi, prosiguió el oficial. Al dia siguiente, el teatro de Brescia estaba espléndidamente iluminado, y enfáticos carteles anunciaban en gruesos caracteres: La *Semiramis*, ópera séria, para el beneficio y la despedida de la señora *Zorzina*. La gente se precipitaba por todas partes, y como un mar furioso; batia sus olas tumultuosas las puertas del teatro: al fin se abrieron y la turba entró. A los pocos momentos, la sala estaba llena; el público rebosaba en el teatro y en los corredores; cada uno pretendia colocarse: aquí disputaban, allí se golpeaban, por todas partes gritaban, y el ruido era capaz de hundir las paredes; pero al cabo de algun tiempo se apaciguó súbitamente como una borrasca, y siguió un profundo silencio; iba á empezar la funcion.

—Pero ¿y la beneficiada? ¿Ya no hablais de la beneficiada?

—Esperad un poco. Despues de la sinfonía, el público entusiasmado pidió á voces á la cantatriz. El telon no se movia. Redoblaron los gritos: nada. Siguió la algazara, se mezcló la rabia, rompieron las banquetas, y amenazaron hacer lo mismo con las arañas. Al cabo de un cuarto de hora, en fin, levantaron el telon y vieron adelantarse lentamente al autor que se inclinó tres veces. El silencio era sepulcral.

—Señores, dijo, en vano se ha inten-

tado buscar á la signora Zorzina: ha desaparecido.

Al oir estas palabras, el público se salió triste, silencioso, y sin comprender bien lo que se trataba. Sin embargo, al dirigirme á mi casa, mas silencioso y triste que los demás, supe que circulaban varias conjeturas sobre aquella rara desaparicion de la primera cantatriz de la Península.

—La signora Zorzina, decía uno, ha tenido miedo á las consecuencias de su vida profana, y ha partido para Roma, donde tomará el velo.

—La signora Zorzina, esclamaba otro; se ha marchado á Francia disfrazada de contrabandista.

La signora Zorzina, decian en un grupo, por haber dado oidos á un oficial austriaco, su amante la ha dado de puñaladas.

Esta última version, como es de suponer me hizo fijar el oido, como un caballo que por la primera vez oye el estampido del cañon en la batalla; pero en vano me acerqué al grupo de donde habian salido estas palabras. Nadie pudo aclarar mis dudas.

—De modo que nunca habeis vuelto á saber de la Zorzina?

—No, nunca: solo he visto de ella la flor que me habia dado, que despues se deshojó, y la sortija de su mano imperial que no se ha separado de mi pecho ni un solo instante. Pero, qué teneis? A qué viene romper el vaso?

—Ah! perdonad, es que recuerdo una historia. Donde acaba la vuestra, que apenas conocía, empieza otra, de la que estoy muy instruido.

—Qué quereis decir? Sabeis qué se hizo despues la Zorzina?

—Sí.

El oficial se apoderó del frasco; llenó los vasos, y despues de haber bebido, esclamó:

—Hablad, os escucho.

El hombre de la capa continuó:

—La noche en que la *prima-donna* debia presentarse por la última vez en una ópera, hacía su tocador en su propio palacio, delante de Giulio, el pintor que sabeis; no tardó en estar pronta, y nada le faltaba para ir á cantar su papel de reyna de Babilonia. Nunca le habia parecido tan hermosa al artista. La corona venia tan bien en su frente como el sol en el cielo: sus dos hermosos ojos brillaban bajo sus negras cejas, semejantes á dos diamantes engarzados en azabache; sus cabellos relucientes dibujaban en sus mejillas pálidas una línea curva digna del pincel de Rafael; su boca se desvanecia en una inefable sonrisa. En fin, todo en ella era gracia y poesía. Al verla Giulio, no fue dueño de sí. La fiebre se habia apoderado de él, la doble fiebre de los zelos y de la inspiracion, este horroroso trabajo durante el cual el hombre desaparece para hacer lugar al semidios ó al demonio; hora fatal en que Mozart estaba loco, y en que Byron corría á escribir un verso que pudiese horrorizar al mundo entero.

—Pero qué hizo Giulio?

—La dijo: Al fin vas á ser mia.

—Ah! espera un dia, le respondió ella, un solo dia.

—Un dia! Ah! Zorzina, te acuerdas solo de tu gloria desechando mi amor.

—Giulio: por qué me dices esas cosas? Concédeme aun este dia, será el último de mis dias de gloria. He prometido y lo cumpliré. Despues de esta representacion de la *Semiramis*, puedes disponer de mí.

El jóven no contestó: solamente llevó la mano á su frente, como si le hubiese iluminado una idea repentina.

—Partimos? preguntó la hermosa niña.

Bajaron, y un carruage esperaba á la puerta del palacio. En el momento en que entraban, Giulio dijo una palabra al oido del cochero, y la silla saliió con la rapidez de un pájaro.

—A donde vamos, Giulio? esclamó de repente la Zorzina alarmada. Esta calle no conduce al teatro! Todo Brescia me aguarda en él, y estamos en la calle del Podestá, cerca de tu taller!

No respondió, y habiéndose parado el carruage, llevó á esta muger cubierta de gasa y flores á una especie de celda, cuya puerta se habia abierto.

—Ah! qué vá á pensar Brescia! decia la cantatriz. Diez años de fatigas, Nápoles entusiasta, Bolonia tributaria, Venecia reclamándome sin cesar; la gloria y los cuidados de mi vida, todo me lo robas, Giulio!

—Y ¿qué importan esas frivolidades? Tres mil manos debian aplaudirte y arrojarte coronas; pero yo no hubiera podido dormir esta noche; hubiera rabiado de zelos, al pensar que todos iban á embriagarse

con tu voz y con tu vista. Mira, he aquí en este caballete un cuadro sin concluir, el *martirio de santa Cecilia*. Los verdugos y los instrumentos del suplicio están hechos solo falta la virgen. Es preciso que seas, esta virgen, Zorzina, y voy á inmortalizar en este lienzo, tus grandes ojos negros y tu corona de flores.

—Pero, Giulio, es un desprecio. Necesitas una santa, y yo soy una cómica. Es preciso que manifieste sufrimientos y gritos, y soy semejante á la estátua de la voluptuosidad, cargada de rosas y cubierta de pedrerías.

—No importa! despójate de ese oro y de esos adornos!

—Pero no soy aun la virgen cristiana. Con este manto real, soy la muger de Assur.

—Caigan estos mantos, estos alfileres, este broche de diamantes. Rompe los nudos de este corsé.

—¿Pero estoy asi menos profana? Sonriemenos mi boca? ¿Tiene mi cuerpo menos languidez.

—Prepárate. Los verdugos vienen ya con todo el aparato de la tortura! Cuán hermosa estarás asi atormentada!

—Pero el suspiro de mi alma, no se dirige hácia un cielo desconocido, sino al pasamano de la escalera del teatro que se me escapa, Giulio!

—Vas á consagrarte á Cristo, porque están ahí los verdugos! Considera que están ahí, delante de tí! Estiende tus dos manos para que te encadenen! Espera, van á atarte á un poste! Lloras? Tu cuerpo se desgarra ya con las correas? Ah! cuán hermosa estas asi, Zorzina!

—¿La habia atado de veras? preguntó el capitan Enrique.

—No solamente la habia atado, sino que la pintaba asi, pálida y poseida de no sé qué frenesí, azotándola, y golpeándola en el pecho.

—Pobre muger!

—Decid mas bien: «Pobre pintor!» El sufria mas que ella: al martirizarla se había constituido en criado del prefecto de Roma, y gritaba:

—Vamos, confiesa que César es Dios, y reniega del Nazareno, ó vas á morir! Las tenazas están hechas ascuas y se abren ya, van á llevarte al suplicio y á descuartizarte, ¿entiendes, Zorzina? á descuartizarte!

—Me horrorizas!

—Pero jamas te he visto tan hermosa; ¿qué será cuando estés en la cruz? entonces me parecerás sublime! Vamos, en cruz! en cruz!

—Perdon, Giulio!

—No! no hay perdon! muere!

—No soy Cecilia, dama romana, soy Zorzina, la cantatriz; perdóname!

—Cesa tus quejas, porque vas á morir! y como continuaba este horroroso delirio, tomó un martillo y dos clavos y la fijó por los brazos, y por los pies á una especie de horca.

—Ah! acabad esa terrible historia, esclamó el capitan Enrique, que sentia inundar su rostro de sudor. ¿Sois un egipcio de los tiempos antiguos, y quereis privarme de la alegria que infunde este vino, contándome una relacion tan horrorosa?

—¿No me habeis preguntado ahora poco el paradero de la Zorzina?

—Es verdad, pero ¿quién hubiera podido suponer semejante drama?

—Tened un poco de paciencia, no sabeis todavia sino una de las partes del desenlance. Es preciso que os diga la otra.

—No, no me hableis mas de esa historia, me ha puesto de mal humor. He venido á esta taberna á beber bajo el emparrado, el Lácrima-Christi, á fin de distraerme, y me contais historias sepulcrales. No! basta!

—En ese caso, no sabreis como la Zorzina fue arrojada al mar.

—¿Qué decis! Aquel cuerpo divino, mas puro que una Venus griega!!

—Despues que acabó de pintar su *martirio de santa Cecilia*, y que envió, sin firmar, el cuadro al museo de Brescia, Giulio desclavó el cuerpo divino de que hablais, le atravesó en su caballo y partió en direccion recta, hasta que encontró el Adriático, donde lo arrojó.

—El genio sangriento de Shakespeare jamas ha imaginado una cosa tan horrible. Ese Giulio debe ser un tígre con rostro humano...

—O un probe loco enfermo.

—Le disculpais?

—Le compadezco.

—Qué se ha hecho despues?

—Está entregado á las mas estrañas locuras. Frio y silencioso, aunque artista, ha tenido por queridas mas cantatrices que nin-

gun hombre de su edad y condicion. No ha encontrado á su lado sino disgustos y desesperacion. Entre estas mugeres y él le parecia siempre ver levantarse la sombra de la Zorzina, tal como estaba en su taller, cubierta de gasa y coronada de flores. Pero teneis razon, capitan, es muy fúnebre esa historia. Bebamos!

—No, no bebamos. Este frasco está vacio y se hace tarde; y ademas, quereis que os lo diga? ese diablo de pintor, me preocupa. Sabeis donde está en este momento?

—El mismo lo ignora á lo que se dice, pero debe estar en todas partes donde se encuentre un recuerdo ó una reliquia de la Zorzina.

—Todo eso es muy raro.

—Muy raro, convengo; escuchad aun, sin embargo. Un dia dijeron á Giulio: «El que Semiramis ha preferido á vos en la villa de Montefiascone, ha recibido de ella una flor y una sortija que conserva siempre.» Desde entónces el artista no ha abandonado un solo instante al hombre que le habia robado su felicidad.

Estas palabras del bebedor de la capa fueron pronunciadas con voz lenta y amenazadora á la vez. Al oirlas, el capitan vió de repente desgarrarse el velo que le cubria la vista, y levantándose de su asiento con una conmocion terrible esclamó:

—Sois Giulio! Os reconozco en fin, vos sois el que ha derramado la sangre de la Zorzina. Hace cuatro años que vuestra capa negra me persigue sin cesar como un espectro siniestro. Pero esta persecucion va á acabar. Decid á las gentes de la taberna que os traigan una espada, porque vamos á batirnos!

Era en efecto Giulio, y por toda respuesta dijo:

—Pidamos mas bien otro frasco, y sigamos bebiendo, capitan.

—No contento con ser un asesino, quereis tambien demostrar que sois un cobarde? Rehusariais cruzar el acero conmigo? No os batis?

—Batirme! respondió el pintor, seria inútil. El vino que hace dos horas bebemos, está envenenado.

E. A.

LOS GITANOS EN VALAQUIA.



Hace algunos meses que me hallaba en Valaquia en casa de un amigo mio, comerciante en una de tantas miserables aldeas, compuesta de cabañas, de las cuales puede llamarse dueño el primero que llegue, si tiene un caballo bien enjaezado, un vestido á la estrangera, y un algunas piastras de capital. En aquel pais, sometido de antemano al que quiere tomarse el trabajo de conquistarlo, y donde no hay mas industria que la de sacar todo el partido posible de la servidumbre, el palo es el único lazo que liga al amo y al esclavo: el primero manda y pega: el segundo presenta la espalda y obedece. Pero uno y otro son igualmente perversos, ignorantes y degradados: el rico no posee ni aun la triste habilidad de encubrir su corrupcion con el barniz de la elegancia.

Mi amigo estaba ausente; su vida era laboriosa, activa y llena de peligros, como es la de todos los comerciantes en los paises orientales. Habiame dejado solo en la aldea, y yo, jóven y sin esperiencia, en medio de una poblacion, cuyo idioma conocia poco, y menos las costumbres, pasaba el tiempo, para imitar á los válacos de distincion, en fumar, beber, cazar, pasear á caballo y fastidiarme, sin mas entretenimiento que el de ver á los turcos apalear á los paisanos.

Una tarde estaba en el corral de la cabaña haciendo rodear con una empalizada algunos géneros que debian quedarse allí por la noche, cuando un estruendo súbito y desconocido llamó mi atencion. Al principio sonaba á lo lejos, pero crecia y se acercaba á cada momento. Componíase de voces humanas, cantos agudos y desusados, gritos de niños y de mugeres, ahullidos de animales, etc. No es fácil decir cuan espantosa era esta armonía discordante en medio de las estensas llanuras de Valaquia. A haberme hallado en el desierto, hubiera creido que era una tribu de beduinos, ó una carabana; y no me engaño mucho, pues en los desiertos de la Valaquia no faltan carabanas, y mucho menos beduinos. «¿Qué es esto? pregunté al criado principal de mi amigo, vigoroso gañan, convertido á pesar suyo, en dependiente del escritorio. ¿Qué es esto, Bivalaki?»

—«La octava plaga de Egipto, mi señor.»

—«¿Cómo, son langostas?»

—«No, mi señor, son *gitanos*.»

—«¿Gitanos? esclamé temblando, por los géneros de mi amigo que estaban en campo abierto. Las lanzas estendidas de los árabes no me hubieran causado tanto miedo, como imaginar las uñas encorvadas de los gitanos robando en los sacos. «¿Y han de pasar la noche aquí? Es menester echarlos á toda costa.

—«Dios nos libre, mi señor. Estaremos de centinela toda la noche, y los ladrones se contentarán con las gallinas de la aldea: ¡pobre de la que haya salido del gallinero!

—« ¿Pero hemos de sufrir que esos bandidos pongan en contribucion al pueblo? Reunamos alguna gente, y obliguémoslos á alejarse. »

—«Créame, mi señor, no se meta con esa gente, y obrará con prudencia. Los gitanos son como las zarzas, que pican á los que se acercan á ellas.»

El consejo era muy juicioso, mas no lo seguí. Hícele señas de que viniese conmigo: el valeroso Rivalakí, no por haberme aconsejado con prudencia, dejaba de estar dispuesto á defenderme de las consecuencias de mi necedad. Pusímonos en camino, y llegamos al campamento de los gitanos, que estaba á doscientos pasos de la aldea. Las tiendas eran de pieles de cabras, y muy malas. La entrada estaba á la parte opuesta de la aldea, y pude llegar sin ser visto. Por uno de los numerosos desgarrones que tenia una tienda ví lo que pocas veces han logrado ver los ojos de un cristiano. Al rededor de un gran fuego encendido delante de la puerta, estaban amontonadas algunas criaturas humanas confundidas entre muchos cuadrúpedos, sin mas superioridad sobre ellos que estar mas cercanas al fuego, sin duda para acelerar el importante negocio de la cena que se guisaba en una inmensa caldera. Niños desnudos y de color de cobre, pendientes del pecho de sus madres, del mismo color y desnudez, presentaban el cuadro mas deforme de la miseria. Dije *sus madres*, y me engañé, porque en aquella república, donde todo es comun, no hay esposas ni madres. La nodriza da el pecho al chico que tiene junto, que podrá ser su hijo, mas ella no lo sabe. El cerdillo mama de la burra, el perrillo de la vaca, el gato de la perra. Todo está confundido, no hay diferencias de castas, ni relaciones de familia en esta horrible armonía, en este caos de la naturaleza, donde el hombre no tiene mas superioridad que la de la fuerza, mas lazos que los de la casualidad, mas agentes morales que la brutalidad de sus deseos.

Un perro de la tribu, ó los oidos no menos vigilantes de los gitanos, me sintieron. Hubo un movimiento general en aquella masa confusa, donde todos se agitaron y cobraron vida, como en un hormiguero que se desbarata. Dos ó tres hombres salieron aceleradamente de la tienda, y me preguntaron en lengua válaca, y con bastante desvergüenza, *qué queria*. Viéndome vestido á la estranjera, se pusieron mas humildes, y cuando les dije que estaba resuelto á enviarlos á pernoctar mas lejos de la aldea, el vocabulario servilísimo de los paisanos válacos no les suministró palabras bastantes viles para espresar sus súplicas. Estaban tan fatigados, la otra aldea estaba tan lejos; no tenian necesidad sino de lo que no se niega á un perro, tierra para acostarse y agua para beber: ¿cómo tener la crueldad de despedir á una pobre tribu que venia á mi puerta á comer el pan de la miseria, sin pedirme siquiera las migajas que caian de mi mesa?... Lo confieso, sin embargo, mi corazon endurecido por el trato de los válacos, siempre pobres y pordioseros, no se conmovió con sus largas lamentaciones. Insistí con firmeza, y mientras mas levantaba mi voz, mas bajaban la suya mis antagonistas, principalmente al ver el terrible palo que blandia mi compañero, como para apoyar mi discurso, porque en Valaquia nada resiste á estos argumentos: el que apalea siempre tiene razon. Enfadado al fin, arranqué del suelo una de las cuerdas de la tienda, y el edificio se bamboleó. Habia hecho mal, y no tardé en conocerlo: la tribu se sublevó toda entera: cuatro ó cinco mugeres sin mas vestido que sus largos desgreñados cabellos, con los ojos centelleantes, y dirigiendo hácia mí sus dedos encorvados, se pusieron á vomitar, en su idioma bárbaro, todas las maldiciones que puede pronunciar la lengua humana. Y cuando les faltaron las palabras, y desgañitadas no podian ni aun respirar, cada una de ellas, cogiendo por el pie al niño que tenian en los brazos, les hacian describir en el aire un círculo como el de una honda, amenazándome pegar con ellos. Yo me retiré espantado de este último rasgo de elocuencia: mi fiel criado estaba tan amedrentado como yo; y mirando hácia atras con una inquietud visible, mostraba aconsejarme que buscásemos nuestra seguridad en la fuga. Convine en ello, y siguiendo demasiado tarde el consejo que debia haber tomado al principio, me retiré apresuradamente, con un trotillo que se parecia algo á la carrera, abandonando á su suerte la tribu que mi imprudencia habia incomodado momentáneamente. No olvidaré que á pesar de la rapidez con que hice mi retirada, fuí perseguido hasta la aldea por toda la tribu,

inclusas las mugeres, niños, caballos, perros, cerdos, etc. y sus ahullidos discordantes fueron á mi alcance, aun mucho despues de haber llegado á aquellos límites, que no se atrevieron á pasar.

Cuando llegué á mi puerta esperé al criado que se habia quedado atrás. Llegó en breve, pero no solo, porque traia por los cabellos (que es el modo de asegurar á los presos en Valaquia) á un hombre alto y moreno, vestido con una túnica larga de lino, el cinto de lana, espardillas y gorro de piel de carnero, que son los adornos comunes de los gitanos y de los válacos.

Era el gefe de la tribu. Llevaba en la cintura, única insignia de su autoridad, un azote corto y pesado, armado de correas y nudos de alambre, que les sirve para conservar el órden en su indisciplinada cuadrilla. Rivalaki le habia encontrado junto á una casa de la aldea, donde venia á pedir limosna, ó á robar, segun se le ofreciese la ocasion. Yo estaba de mal humor, como sucede cuando se ha obrado mal: me alegré de haber hecho aquel prisionero, y me propuse que sus espaldas pagasen la desgracia de mi aventura. Le hice entrar, y los palos que se le dieron al instante, le testificaron mis buenas intenciones, que él habia ya adivinado. Mi objeto en tenerlo arrestado no era satisfacer una venganza mezquina, sino infundir miedo á sus compañeros, deteniéndolo como en rehenes, y poniendo á su libertad la condicion de que se irian al instante. Por desgracia, yo hice la cuenta sin la huéspeda, y sin los terribles ahullidos que empezó á dar desde el primer palo, en lugar de la paciencia heróica que los válacos muestran en semejantes ocasiones. En un momento se puso la tribu infernal junto á mis ventanas, como una tropa de demonios. Nada faltaba: ni los cuadrúpedos ni las brujas morenas con sus hondas vibrantes, que balanceaban en sus manos alrededor de la empalizada cuya caida temia: y aun me amenazaban con que arrojarian los niños en el suelo del patio, *y que yo lo pagaria*. Aquellas mugeres desaforadas hubieran aterrado á la guarnicion mas intrépida, y asi no tardé en capitular. Querian y pedian á su gefe con el mayor empeño: porque el gran Señor no inspira mas respeto á sus vasallos, que un gefe de gitanos á su tribu: sus palabras son leyes: su mirada un favor: su azote un cetro: es á un mismo tiempo legislador, sacerdote y amo. Los artículos de la capitulacion se formaron con prontitud. Restitui á la tribu su *fetiche* adorado, reservándome solamente el terrible azote como trofeo de mi victoria: añadí á su libertad el regalo de algunas gallinas, y los gitanos se retiraron muy satisfechos.

Despues de una noche que pasaron con mas tranquilidad ciertamente que yo, comiéndose las gallinas de los cristianos, y burlándose de ellos, al rayar el alba desapareció esta cuadrilla de mal agüero, con gran satisfaccion de los habitantes de la aldea, principalmente mia.

Aun faltan algunas pinceladas á este cuadro de los gitanos en el Oriente. Estas tribus selváticas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que se encuentran en todos paises, salieron de Egipto, que parece haber sido su patria primera; con nociones vagas de una religion antigua, que es forzoso hayan alterado notablemente en sus emigraciones. Entre ellos hay una tradicion popular que anuncia la antigüedad de su creencia, porque dicen muy frecuente: «*Teniamos una casa de piedra; los cristianos nos la tomaron y nos dieron la suya que era de madera. Esta se quemó, y nos quedamos sin casa.*» En cuanto á las costumbres de los gitanos, se pueden conocer cuál son por la anterior relacion.

E. A.

TÍVOLI.

La ciudad de Tívoli dista unas cinco leguas de Roma; su fundacion se atribuye á Tibur, Corax y Catilo, y fue edificada por los años 462 antes de la fundacion de Roma, despues de expulsos los sículos que ocupaban el pais. Del primero de los tres hermanos mencionados tomó el nombre de *Tibur*, que corrompido ha pasado á Tívoli. Esta ciudad resistió á los romanos por espacio de cuatrocientos años, y no la sujetaron hasta el de 401 de Roma. Mucho la celebraron los poetas del siglo de Augusto: en ella moraban Horacio, Tíbulo y Mecenas; Augusto fue allí tambien á menudo, y tenia audiencia bajo los pórticos de Hércules. Fue patria de Caton el Censor, del Papa Simplicio, y de otras muchas celebridades de diferentes títulos y especies. Esta ciudad, en otro tiempo tan rica, encierra ahora unos siete mil habitantes, mendigos casi todos; de suerte que se ve al artesano abandonar su trabajo, ly su tienda al negociante, para ir á pedir limosna á los viajeros.

Contiene Tívoli muchas *villas*, ó edificios grandes: el mas espléndido es el que en 1549 mandó construir el Cardenal Hipólito de Este, hijo de Alfonso duque de Ferrara; pero como no se repara lo necesario, va cayendo y arruinándose. Quiérese que en este palacio compusiese Ariosto gran parte de su inmortal poema; pero es opinion enteramente equivocada, puesto que la fábrica de la *villa* de Este es posterior á la muerte del poeta, acaecida en 6 de Junio de 1533.

El monumento de la antigüedad mas curioso de Tívoli es el templo de Vesta, cuya arquitectura muestra el estilo de los primeros tiempos del arte. Dice Plutarco, que Numa Pompilio dando al templo que erigió á Vesta una forma circular, quiso simbolizar la del universo, débil fundamento que sirvió á los anticuarios para atribuir á Vesta el templo de Tívoli. Tiene este 12 pies y medio de diámetro, y estaba circuido de diez y ocho columnas, de que solo subsisten diez, de órden corintio, estriadas, y revestidas de estuco, de 18 pies de alto, sin contar el capitel adornado con festones. La *Cella*, destruida en parte, está formada de tova, y tiene dos ventanas lo mismo que el templo de Vesta Roma. Está situada á orillas del precipicio á que se lanza el Anio, hoy *Teverone*.

A la izquierda de este hermoso templo hay otro que creen ser el de la Sibila Tiburtina. Tiene la forma rectangular, y le adornan cuatro columnas de órden jónico. Ese pequeño templo se ha convertido en una iglesia, dedicada á San Jorge. Desde un terrado situado al frente del templo de Vesta descúbrense admirables puntos de vista. A la derecha vese el Anio que llega magestuoso en medio de las casas de Tívoli; luego fáltale de repente el terreno y cae formando una cascada de 50 pies de alto y 120 de ancho, abismándose entre las peñas, y no reapareciendo hasta que llega á la cueva de Neptuno. Antes el Anio caia perpendicularmente en esta cueva; pero ahora no sucede así, á causa de un derrum-

bamiento que tuvo lugar en 1826, y que arrastró consigo veinte y cuatro casas con todos los bienes de sus desgraciados dueños. Leon XII hizo construir la actual cascada, que ofrece mayor seguridad.

A la izquierda de la misma cascada, y del mismo lado, precipítase el Anio por una brecha que abrió el Bernin. Esta otra cascada, bien que no tan abundante como la primera, tiene 250 pies de elevacion y es



Salto del Bernin y cueva de Neptuno.

sin disputa mucho mas bella. Pero antes de llegar á estas dos cascadas, se divide el Anio en diferentes brazos, que despues de haberse derramado por la ciudad y servido para algunos molinos, vuelven á reunirse. Desciéndese al fondo del abismo por un tortuoso sendero, en que se halla una inscripcion, por la que se viene en conocimiento de haber sido el general francés Miollis quien hizo construirlo, para satisfaccion del curioso viajero. A medida que se va bajando gózase la vista en todos los puntos de la bella cascada del Bernin; pero lo mas sublime está en la parte inferior del sendero: pues á la izquierda preséntase la magnífica cascada, y á la derecha una vas-

ta y sombría caverna en que resuena un horrendo estrépito. Esta es la cueva de Neptuno, en que el Anio se precipita. Con sentimiento apartaria la vista el viajero de un espectáculo tan interesante, pero se halla en una situacion tan incómoda como peligrosa: inundado de una parte por el agua que se quiebra en las peñas y forma á manera de rocío, y por otra expuesto á cada paso á caer en el torrente á causa de lo húmedo y resbaladizo del suelo; desgracia que se ha visto con harta frecuencia. Las aguas de la caverna de Neptuno y las de la cascada del Bernin reúnense para caer de nuevo en la caverna de las Sirenas. La de Neptuno debe este nombre al célebre Mr. Bernet, pintor de Marina.

Subiendo otra vez á Tívoli, y bajando luego por una estrecha escalera excavada en la peña, llégase á la caverna de las Sirenas, especie de puente natural bajo del cual se precipita por tercera vez el Anio.

Desde Tívoli atraviésase este rio por el puente Lupus, que hizo levantar Sixto V; y en seguida, despues de un largo rodeo, llégase al otro lado del valle, en cuyo fondo corre el mismo Anio. Preséntase á la vista un paisaje vistosísimo: á la izquierda vense los saltos del rio, en frente los templos de Vesta y de la Sibila, y la ciudad de Tívoli; y mas lejos por una abertura descúbrense los campos de Roma, ciudad de los Césares, y la cúpula de San Pedro; por último, á la derecha se extienden frondosos collados llenos de encinares y olivos: en este delicioso sitio dícese que estuvo la casa del poeta Cátulo.

Luego hallámosnos en frente de la mayor de otras pequeñas cascadas, que sale de la ciudad por un canal, forma un gran salto de unos cien pies, y junto con otros arroyos de menor consideracion va á desembocar en el Anio.

A pocos pasos de este sitio hállase á mano izquierda un pequeño templo dedicado á San Antonio, construido encima de otros fragmentos antiguos, restos de la ciudad de Horacio. Casi en frente existe la iglesia de Nuestra Señora de Quintiliolo, edificada en el terreno en que estuvo la casa de Quintilio Varo, y aun se encuentran interesantes ruinas. Preséntanse luego á la vista una multitud de pequeñas cascadas.

Estas aguas salen por diferentes conductos, y presentan con sus variados juegos un punto de vista sumamente agradable. El chorro mas alto se precipita de la poblacion de Mecenas que dominaba majestuosamente la cascada.

Para bajar al fondo del valle pásase un límpido arroyo que llaman *Aguoria* por un puente antiguo, llamado *Celius*, de un solo ojo, y muy bien conservado. Las mismas piedras que forman el arco del puente sirven para el pavimento, construccion particular que tiene muy pocos ejemplos.

Súbese otra vez á Tívoli por la via Tiburtina, bastante bien conservada en este punto; y que pasaba por el puente del *Celino*. A mano derecha en un *viñedo* vese un edificio redondo de los siglos V ó VI, que no sé porqué motivo se le dió el nombre de templo de la Tos. Es probable que siempre ha sido un templo cristiano; pero no hay duda en que lo fue en la edad media, puesto que aun conserva vestigios de pinturas sagradas. Allí junto está la ciudad de Mecenas; y la importancia de sus ruinas pruébanos su antigua magnificencia y esplendor. Atravesábala una bóveda que daba paso á la via Tiburtina, bóveda que se halla perfectamente conservada. Vense aun varios aposentos, pórticos, columnas dóricas, coronando al edificio un espacioso terrado, desde donde se ven los campos de Roma en toda su extension. Debajo de los edificios hay una gran cuadra subterránea que generalmente llaman las caballerizas de Mecenas. Por un lado de esta cuadra se ha abierto un canal que da paso á un rápido torrente, el cual saliendo de un arco forma el salto principal de las cascadas. En el dia, Mecenas y los cortesanos de Mecenas han cedido su lugar á los herreros, y al tumulto de las fiestas y regocijos ha sucedido el mugido de las aguas y el estrépito de los yunques.

A U.

EL FABRICANTE DE PIEDRAS FUNERARIAS.

BOSQUEJO DE COSTUMBRES.



En calidad de amigo de la familia halléme en el caso de cumplir con un amargo y triste deber. La señora N., á quien acaba de privar la muerte de una querida hija, se echaba en cara á sí misma el no haberla vacunado, y está persuadida de que tan sencilla precaucion hubiera sido suficiente para preservar la hermosura y la vida de su niña; por lo mismo me encargó que mandase preparar una tumba de mármol blanco, y que hiciese inscribir en ella el nombre, edad y naturaleza de la dolencia que tan precozmente le habia arrebatado el fruto de sus entrañas. Traté yo que renunciara á esta última resolucion; pero insistió ella sin dejarse convencer, hasta que fuí al almacen de Mr. W..., fabricante de monumentos funerarios de los que mas en boga están hoy dia en Lóndres para las gentes de tono.

Aun muy temprano todavia, halléle ya acompañado de dos caballeros que habian llegado pocos minutos antes que yo. Análogo al mio era su objeto «Necesito una piedra tumularia» dijo el mas anciano de los dos.—¿Para hombre ó para muger? preguntó el fabricante.—Para un hombre ya de cierta edad.—Vengan VV. conmigo, señores, repuso M. W..., suponiendo probablemente que iba yo con aquellos caballeros; voy á llevar á VV. al almacen de los hombres, que allí tienen numeroso surtido de tumbas que hacen al caso.

Seguímosle, y nos condujo á un vasto cobertizo relleno de piedras tumularias de todas formas y dimensiones, apiladas unas sobre otras, y ordenadas de inscripciones varias en letras capitales.—Solo una cosa preguntaré á VV., y es el asunto del epitafio, dijo M. W...: ¿era casado el difunto? —Sí señor. —¿Y dejó una viuda inconsolable?—Sí.—Pues entonces vamos á buscar la fila de los maridos.—Sus hijos han quedado tambien inconsolables.—¡Ah! ¡era padre de familia! Eso ya es otra cosa: los padres de familia estan allá mas lejos.

Y diciendo y haciendo, llevónos á lo mas retirado del almacen, donde vimos como hasta una docena de piedras de todas dimensiones. Mientras removian los mozos aquellas tumbas, y enseñaban sus inscripciones al comprador, acerqueme yo á M. W... y le felicité del buen arreglo y clasificacion de los productos de su fábrica.—V. aprueba mi método, me respondió; no es malo efectivamente, y por lo mismo convienen generalmente mis artículos á cuantos me honran con su confianza. Lo que es antes, mil veces conocia el inconveniente de hacer esperar á mis parroquianos, y sucedia que mis clientes, despues de haber encargado algun epitafio de su propia inspiracion cuando corrian calientes aun sus lágrimas, ponian el grito en los cielos en seguida por el precio á que habian consentido desde un principio, asi que pasaba la primera esplo-

sion de su dolor. Entonces, el menor defecto de ejecucion les servia de pretesto para suscitar mil disputas, que terminaban siempre en desventaja mia. No pocas veces hube de sufrir agrias reconvenciones de parte de los herederos, que venian á contestar los estravagantes encomios acordados por algun amigo al pobre difunto, y me pagaban todos al fin en la propia moneda. El dolor es pródigo; pero la reflexion que le sigue no es de la misma naturaleza.

Con objeto, pues, de evitar desagrados que no es fácil preveer, resolví hacer preparar de antemano los epitafios, cuidando de inscribir en ellos virtudes generales para todas las clases de la sociedad. Tengo buenos maridos y escelentes padres de familia á todos precios; amigos sinceros para todos los rangos, y respetuosos hijos de mármol, con emblema ó sin él, segun la voluntad ó capricho de los que sobreviven; y gracias á Dios, está ampliamente provisto el almacen, porque aquí no hay mas que escoger. Tengo siempre cuidado de dejar en blanco los nombres y apellidos, y para la comodidad de los que quieran inscribir en la tumba los títulos y dignidades del difunto. Tambien tengo allá dentro un cuarto para las virtudes y los talentos; pero esto se paga á tanto por letra.

Mientras que así hablaba Mr. W..., los parroquianos que antes que yo habian llegado eligieron dos inscripciones iguales, una sobre mármol y otra sobre piedra. Acercóseles Mr. W..., felicitólos por el esquisito gusto que tuvieron en escoger la mejor pieza del almacen. El mármol que era de primera calidad costaba 25 libras esterlinas y cinco la piedra; Mr. W.. añadió que moderaba sus precios por el deseo que tenia de complacer á sus nuevos parroquianos. Sin embargo, las letras que habia que añadir no se comprendian en el precio, y las que indicaban aquellos caballeros aumentaban el valor de las inscripciones de un *shelling* por letra. Supongo que serian parientes muy lejanos del difunto, porque regateaban mucho el precio de los epitafios. —«Yo nunca pido mas de lo que vale, decia Mr. W... Vean VV. en otra parte si lo encuentran mas barato. Ademas (añadió por no perder aquella ocasion de venta) tienen su mérito sin duda esa tablilla de mármol y esa inscripcion en letras de oro; aunque á los ojos de una persona sensible no constituya esto el verdadero dolor. Un monumento de piedra es tan respetable como otro cualquiera. Ese, por ejemplo (señalándolo con el dedo) puede acomodar á VV. quizá. Su inscripcion es modesta. «¡El mejor de los padres! ¡El mas tierno de los esposos!» No se puede dar cosa mas delicada. Las letras son grandes, bien proporcionadas, y puédense leer fácilmente de lejos sin tener que pararse, que no es poca ventaja.

—La tumba nos acomoda, dijo el de mas edad de ambos compradores; pero no me gusta su inscripcion: la cantidad de letras que tiene, aumentada ademas con los nombres del difunto, doblará el precio de la piedra; y encargado como estoy de tributar con rigorosa exactitud los honores debidos al difunto, y de velar por los intereses de la viuda y del huérfano, quisiera hallar algun medio que conciliase el respeto debido al muerto, con la economia necesaria á los vivos.—Yo creo efectivamente, dijo el mas jóven, que podriamos dejar aparte una de las dos líneas destinadas á commemorar las virtudes del difunto, porque son sobrado largas; este solo lema: «El mejor de los esposos» dice lo bastante; «El amor de los cónyuges» que termine en una separacion, diérales un solemne mentis.—¿Por qué no me dijeron VV. todo eso desde un principio? repuso el fabricante: ahí en aquel rincon tengo lo que hace al caso: «Aqui descansa (con un blanco para el nombre) un buen padre, un buen marido...»

Despues de este largo debate sobre el grandor de las letras, convinieron al fin que serian de una ó dos pulgadas, y fijaron el precio de todo en cinco libras. Asi que los hubo acompañado Mr. W... hasta la puerta, «Buena vicoca por cierto, dijo entre dientes, hacerme perder tanto tiempo por semejante bagatela.»

Volvió inmediatamente nuestro fabricante, y trajo consigo á un hombre de unos cincuenta años, cuyo carruaje acababa justamente de ponerse á la puerta. Seguíles hasta el almacen de las mugeres, en el cual noté el mismo órden y elegancia que en el de los hombres. Ornadas estaban las tumbas con esquisito gusto, y variadas con fantástico arte; pero las virtudes se prodigaban allí con mayor generosidad. Apenas se veia un solo epitafio que no encerrase media docena de ellas. En todas se celebraban

la fidelidad, el candor, la modestia, la discrecion, &c., &c. « Estas cualidades, observó Mr. W..., no van siempre muy bien juntas; pero su union en un momento no hace daño ninguno ni echa á perder nada."

El recienvenido miraba con aire desdeñoso todos los monumentos que á su alcance tenia, y ninguno hallaba á propósito para conmemorar las cualidades de la muger que habia perdido.

Enseñóle al fin uno Mr. W... en el cual se habian agotado todas las fórmulas de la alabanza, toda la ciencia del panegírico, y encantado el hombre, esclamó alegremente: – Ese sí que me gusta; solo habrá de añadir usted estas tres palabras: « Por su inconsolable esposo." Me lo enviará usted esta noche, de modo que lo encuentre en mi casa cuando vuelva de la ópera. Mañana voy á comer al campo, y quiero ver qué efecto hace en el sitio que lo vamos á colocar. Sacó entonces su bolsillo, pagó al fabricante, y fuese sin haber hecho siquiera la mas ligera atencion en la presencia de otra tercera persona.

Así que quedamos solos espliqué á Mr. W... el objeto de mi visita; confesóme que ninguna tumba tenia de mi pedido, y despues de leer la nota que le presenté: « El ejemplo de la señora N. es muy bueno, dijo: si en las piedras tumularias se indicaran los verdaderos motivos que las hacen levantar, encerraria semejante publicidad muchas y útiles lecciones; y luego (añadió con ese mohin peculiar con que todo lo reasumen á su interes propio) ese método de franqueza llevaria la ventaja de hacer un poco mas largos nuestros epitafios.

D. L. I.



FENIMORE COOPER.



Fenimore Cooper, nació en Burlington en la New-Jersey, el 15 de Setiembre de 1789 Su padre, el juez Cooper, que poseia territorios considerables en el Estado de New-Yorck, construyó la quinta Cooperstown, que su hijo debia habitar. El jóven Fenimore recibió en Burlington, con un preceptor particular, los primeros rudimentos de una educacion clásica, concluyendo despues sus estudios en Albani bajo la direccion de un miembro del clero, que le preparó para estudiar en Yale-College, donde entró en 1802. Nada anunciaba que sus gustos sa inclinasen á la literatura: era un jóven lleno de salud, de fuerzas, vigoroso y poco dócil, y cuyo espíritu independiente se arreglaba mal con la vida del colegio.

Una preferencia instintiva por el mar, y su pasion á las aventuras, le obligaron á solicitar su admision en la marina, y en 1803 entró en ella con el rango de midshipman. Seis años permaneció en el servicio.

La influencia que esta primera parte de su vida ejerció mas tarde en sus obras, es considerable: de este modo se halló en estado de pintar con mas escrupulosa verdad la existencia en que él habia tomado parte, tanto maniobrando, como mandando maniobrar él mismo. De aquí nació sin duda su incontestable superioridad en las novelas marítimas.

El año de 1810 abandonó Cooper la marina, para casarse con la muger que hoy llora su pérdida. Vino á habitar á Westenester en las cercanías de New-York; pero aquí permaneció poco tiempo, en razon á haberse establecido definitivamente en su propiedad patrimonial de Cooperstown, donde se dedicó esclusivamente á escribir las novelas que le han hecho tan célebre.

Ya habia publicado antes de esta época un primer ensayo, *Precaucion*, que estaba distante de prometer las obras que le seguirian. Una de estas fue el *Espia*, que puso las primeras bases de su reputacion; se afirmó despues con la aparicion de *Los plantadores*, á la que siguió el *Ultimo de los mohicanos*. El nombre de Cooper se estendió rápidamente de costa á costa del Océano, y sus obras maestras, llenas de novedad, traducidas en todas las lenguas, vinieron á luchar con las creaciones de Walter Scott. En sentido de muchos, le lleva bien poca ventaja el bardo escocés.

Poco tiempo despues de la publicacion del *Ultimo de los mohicanos*, esto es, en 1826. Cooper hizo un viaje á Europa, donde pasó muchos años, y donde publicó sucesivamente el *Bravo*, el *Corsario rojo* y la *Pradera*, que han sido las mas nombradas.

Despues de su vuelta á los Estados-Unidos, continuó escribiendo obras numerosas,

en las que no se veia ya tanta originalidad. La vista de otra sociedad, y otras costumbres que notó en su viaje, habian cambiado al escritor, antes vírgen en sus creaciones. Introdujo despues la sátira política en sus composiciones; y como sus simpatías eran numerosas, sus escritos perdieron la originalidad y superior serenidad que resaltaban en sus obras precedentes. Cooper habia sido el poeta de una naturaleza casi vírgen; pero se hizo despues historiador parcial, y crítico no muy justo. Su valor moral no perdió menos que su valor literario.

Pero estas faltas desaparecerán en la perspectiva del porvenir. Las bellas páginas que ha sembrado él mismo entre mil novelas de pobre intriga y pensamientos poco generosos, harán callar las diatrivas y oscurecer los rencores.

Su memoria está protegida por las creaciones que han hecho popular su nombre, en todos los paises en que la imaginacion ejerce su imperio.

Esta popularidad universal le ha elevado á un rango de los mas altos en las glorias literarias de este siglo. Cooper no era solo un escritor americano, sino un escritor cosmopolita; ha dado un nuevo mundo á los lectores de todos los paises: algunos de los personajes de sus obras son tipos dignos de figurar al lado de los de Walter Scott, mientras las páginas donde pinta el Océano, la floresta, el desierto, tienen una belleza y una poesia que nadie posee como él.

La pérdida de Cooper la sienten, no solo sus compatriotas, sino todos los que han leido sus obras, y el número de sus lectores es inconcebible.

E. O.



Fenimore Cooper.

LAS AGUAS DE BAREGES.



Uno de los caminos mas agradables para ir á Bareges es el de Bañeras, pequeña ciudad situada á la entrada del valle de Campan, al pie de una colina, de la cual brotan aquellas hermosas aguas que traen á aquellos lugares tan numerosa afluencia de estranjeros. Gran parte de las casas de Campan son de mármol, sacado de una cantera que se encuentra á los alrededores de la aldea. Embellecen á aquella comarca muchísimos encantos: hállase allí una naturaleza graciosa, apacible, amena, y el pais es bien cultivado, y rico en bellas praderas que atraviesan en todos sentidos colinas risueñas. Recibe el Aduor en su sinuosísima corriente gran número de arroyuelos que se deslizan por un lecho de mármol, y forman acá y acullá cascadas sobre un fondo blanco y verde, bosques de flores y ramilletes de matorrales. Las casas son limpias y de agradable aspecto, elevándose delante de la mayor parte de las habitaciones majestuosas encinas y castaños, en medio de los cuales pastan numerosos ganados. Levántase en el fondo el vasto muro de los Pirineos dominado por el pico del Mediodia.

Hállase junto á Campan la célebre gruta de Montagne Grise, habitada por hadas, encantadores y gnomos, la cual ha dado márgen á una multitud de cuentos y tradiciones populares que se estienden hasta el valle de Roncesvalles, y remontan al tiempo de Carlo Magno. Al salir del valle de Campan éntrase en el de Aura, en el cual se halla la hermosa aldea de Grip, y desde allí vése completamente el pico del Mediodia, que por largo tiempo fue tenido por el pico mas alto de los Pirineos; mas las recientes observaciones barométricas han probado que el Monte perdido y el Vignemale le sobrepujan en algunos centenares de toesas.

La mayor parte de los viajeros, atraidos á los Pirineos por la esperanza de recobrar la salud, mas bien que por el deseo de contemplar la grande y hermosa naturaleza, no emprenden lejanas correrias para ir á admirar las imponentes escenas que ofrece en las altas montañas de la cadena central.

Excita sin embargo su curiosidad la nombradía de algunos parajes pintorescos, y pocos hay que antes de alejarse de la comarca no quieran gozar de su aspecto por una sola vez siquiera; pero los muros de rocas que coronan las fuentes de Gabanier, son para ellos lo que á primera vista parecen, el último confin del mundo. Sin embargo, desde las mismas alturas de aquellas gargantas, cuyo recinto parece inaccesible, y no dejan en ninguna parte la memoria de comunicacion con el pais que las rodean, ¡qué inmenso campo no se abre á los ojos del viajero curioso y observador! ¡qué cosa mas fecunda en emociones como una subida á la brecha de Rolando! Una vez llegado

al tercio de la montaña, queda uno admirado á la vista de los inmensos pastos, que uno no esperaba encontrar en tan inclinados declives, encima de las peñas de donde se precipitan las pequeñas cascadas y junto á un inmenso valle de nieve. Considerable número de plantas y flores raras en los climas templados crecen y despliegan sus brillantes colores al lado de esas escarchas que recuerdan las tristes soledades de las comarcas polares. Desde este lugar colúmbranse ya los ventisqueros que cubren las plataformas y las excavaciones naturales trazadas en el flanco septentrional del Marbore. ¡Qué agradable sorpresa cuando torciendo hácia el Sur echamos de ver la famosa brecha que inútilmente intentamos descubrir durante tres horas de camino!

Llenos de gozo quisiéramos descubrir las vistas y admirar despacio la singular arquitectura de aquella obra, en la cual la naturaleza parece que ha trabajado sobre un plan que admira por su simetria y regularidad; pero pronto se apodera de nosotros un frio intenso que nos recuerda los peligros que no nos es dado evitar sino con el movimiento y actividad de una marcha rápida. Llégase por último á la brecha de Rolando, ancha excavacion que no tiene menos de 40 pies de profundidad, y en la cual reynan constantemente las nieves: por mas que se sepa que la conexion de las rocas en medio de las cuales se encuentra la brecha no tiene menos de 200 pies de abertura; que su elevacion varia de 60 á 100 toesas; que las dos cumbres de Tayllon y del Cylindre que las dominan á igual distancia, se elevan, la primera como unas 90 toesas, la segunda como unas 169, es imposible, antes de haber alcanzado la base, imaginar el efecto que produce su colosal magnitud sobre los sentidos del admirado espectador.

Así que se ha atravesado el arriesgado paso del Elcalette, desciéndese al valle de Bareges. La ciudad, de la cual toma su nombre, está situada en una garganta estrecha y encerrada en un pequeño espacio, siendo por lo demas su posicion en medio de aquellas altas y rectas montañas de muy pintoresco aspecto. De diez años á esta parte hase procurado hacer la mansion de Bareges mas cómoda y agradable para los estranjeros, sin embargo de que algo queda que hacer aun respecto á eso, pues cuentan tan cara la vida, que un hombre solo no puede gastar menos de doce francos cada dia.

Lo que mejor puede hacerse durante la primavera es visitar el pico del Mediodia. Al paso gózase por algunas partes de una vista magnífica. Los pastores y aquellas gentes no conocen sino sus valles y sus montañas, ni sospechan que nada haya mas en este mundo. En su lengua rica, espresiva, poética, cada espresion encierra el sello de una alma fuerte y una viva imaginacion.

Las disposiciones poéticas de aquellos pastores se manifiestan con mas energía en lo alto de las montañas, pues si bien en las regiones inferiores hállanse habitaciones fijas en las cuales hay comodidad y hasta lujo, en las comarcas superiores es del todo diferente.

Los pastores llevan en ella una vida nómada, construyen para cierto tiempo estrechas cabañas, que derriban cuando la falta de pastos les obliga á conducir mas lejos sus ganados, y mueren muchos de ellos sin haber descendido una sola vez al llano, siéndoles enteramente desconocidas las ciudades mas cercanas, tales como Pau y Tarbes; bien que os hablarán largamente de la milagrosa gruta de Montagne Grise y de la hondonada de Rolando.

Los mas instruidos discurren sobre la historia de su pais, cual si hubiesen leido el Ariosto ó la crónica del Arzobispo Turpin: muy pocos saben leer, y en cuanto á la escritura apenas pueden formarse una idea. Jamás oyeron hablar de Luis XVI, ni de ningun otro Rey de Francia, ni de la revolucion, ni de Napoleon, ni siquiera de las guerras de Francia y España. Solo por algunos cuentos populares les es conocido Enrique IV, á causa de la proximidad del Bearnés.

Por lo demas tienen entera fe en las tradiciones: un anciano os hablará de los descubrimientos que ha hecho de la caverna de un encantador; otro conoce exactamente el sitio del castillo de acero que servia de cárcel á Gradasse, y el lugar en que Rolando se batió con Ferraqui. Al oir las relaciones de aquellas gentes estáse á punto de creer que el Ariosto compuso su *Orlando furioso* segun los antiguos romances de los trovadores.

Sin embargo de que el camino que conduce á lo alto del pico no ofrece peligros ni dificultades, no deja de ser fatigoso para

los que no están acostumbrados á trepar por altas montañas, y si se llega sin muchos esfuerzos hasta el valle de Couret, cuesta mucho mas trabajo alcanzar el valle de Oncet, desde el cual hasta el estremo del pico hay todavia 350 tóesas. Solo el deseo de estudiar la estructura de los Pirineos puede determinar al artista á traspasar aquellas barreras colocadas por la naturaleza. Fijos los ojos en el desenvolvimiento pintoresco de las montañas y en el valle de Gavarnie que ocultan blanquizcos vapores, y del cual multitud de cimas parecen salir como de un Océano sin límites, busca en vano á su alrededor asuntos propios á sus trabajos.

Todo se toca y se confunde: ni un solo objeto sobre el cual pueda reposar la vista, nada que no lo hayan hecho bambolear los siglos, ni una forma que haya el tiempo respetado. Si al alcanzar las alturas no se eleva la imaginacion por un instante sobre nosotros mismos, el aspecto de los abismos y de las simas, la desnudez, el desórden de los montes grupados por todas partes, pronto nos vuelven á sumergir en la nada de nuestro ser, late el corazon con violencia, túrbase la vista, la disposicion del alma conmovida, pónese luego en circulacion con la profunda melancolía del cuadro cuya influencia quisiérase sacudir; las ingeniosas ficciones de Ariosto desaparecen ante las realidades, y consérvase apenas el poder de admirar.

Nadie en otro tiempo permanecia en Bareges durante el invierno, y sus habitantes se retiraban á Lyon ó á las diez y siete aldeas esparcidas por el valle; mas desde que los médicos envian á los enfermos para que pasen en ella el invierno, quédanse, por mas riguroso que este sea. En invierno los lobos bajan de los Pirineos en innumerables manadas, y penetran en las habitaciones de los hombres, quienes tienen un medio muy sencillo de garantirse de sus ataques, y consiste en no salir jamás sin ir provistos de un pequeño palo de madera resinosa encendido, cuya llama chisporroteante impone respeto á aquellos vigilantes huéspedes.

Si durante el dia se encuentra á alguno en la calle, se le disparan denodadamente tiros desde las ventanas: es sin embargo muy cuerdo no salir de noche, pues en ella acuden en mayor número. El cura de Ahae, pequeña aldea situada en las montañas junto á Eaux-bones, volviendo una noche de administrar el Viático á un moribundo, vióse atacado, hace ya algunos años, por lobos hambrientos, que devoraron á él y á su caballo. Al dia siguiente encontraron sobre la nieve algunos trozos de su sotana, rastro de sangre y huesos de caballo. Fue igualmente presa de aquellos terribles animales un pobre ermitaño de los alrededores.

En una batida general verificada por órden del Prefecto de los altos Pirineos, no se mataron menos de 500, y sin embargo algunos dias despues apenas se conocia que hubiese disminuido el número. Lo que al acercarse á Bareges afecta de un penoso modo; es el espectáculo de ese gran número de militares y de otros individuos franceses y estranjeros, que mutilados paséanse cojeando ó con el brazo en cabestrillo, con aire triste y valetudinario por la carretera, esperando la hora de ser admitidos en los baños que deben aliviar sus sufrimientos y procurar su curacion.

Las aguas termales de este lugar son sobretodo soberanas para las heridas producidas por armas de fuego, por lo cual hase establecido un hospicio con la reunion de varios edificios, donde son hospedados y cuidados á costa del gobierno los militares franceses. Gracias á la disposicion interior de la casa de baños, y á la estension que cada dia va adquiriendo, mas de 1500 enfermos pueden todos los años aprovecharse de los conocidos beneficios de aquel manantial, uno de los mas saludables de la comarca.

E. A.

VICTOR GERARD.

I.

LA CARTERA.



Era el año de 1823. Hacia una de aquellas noches tan crueles para el pobre, que sin fuego y muchas veces sin pan, no tiene contra el frio y el hambre otro recurso que el sueño. La escarcha caia con fuerza silvando al través del aire. Las calles estaban cubiertas de nieve, y la niebla apenas dejaba percibir el resplandor de los reverberos; si de tiempo en tiempo, en medio de la oscuridad de la noche, aparecia alguna persona como una sombra á lo largo de una acera desierta, era fácil conocer por la rapidez con que caminaba, el deseo que tenia de llegar pronto á donde acogerse.

Las diez daban en la iglesia de san Eustaquio, cuando un jóven que parecia poseido de una fuerte emocion, subió precipitadamente la escalera que conducia á un cuarto pequeño de la calle *Montmartre*, y vino á sentarse, ó mas bien á dejarse caer en un sillon. Su rostro estaba pálido, su mirada era fija, y su corazon latia con violencia. De dónde venia? qué habia visto ó hecho este jóven? Habria presenciado ó ejecutado algun crimen? No: habia tropezado en su camino con la fortuna, la habia recogido, y ahora pensaba qué debia hacer. Acababa de hallar la cartera que tenia en la mano, y entreabriéndola, habia visto que estaba llena de billetes de banco. El jóven era pobre, y podia ser rico, guardando lo que la casualidad le habia hecho encontrar. Esta era la causa de su agitacion; queria saber si obraria bien buscando al dueño de la cartera para devolvérsela, ó si se enriqueceria con un robo de cuyo secreto estaba seguro.

—¿Qué haré? decia entre sí con ansiedad. Esta pregunta vagaba sin cesar en sus lábios, y las palabras *si* y *no* daban á entender sus diversos pensamientos. La lucha de su corazon que le decia: «*Sé pobre para ser honrado*,» contra la pasion que esclamaba; «*é rico para Sser feliz*,» era demasiado fuerte para que pudiese prolongarse.

En el momento en que se hubiera dicho que estaba decidida, se le escapó un grito: acababa de fijar su vista en un retrato, cuyos ojos parecian reprenderle. Este retrato era el de su padre; pensó en este noble anciano á quien habia visto morir dos años antes en aquel mismo aposento, pobre, pero orgulloso porque no tenia de qué acusarse, y se acordó de sus consejos olvidados tan pronto.

Con este recuerdo se enterneció, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas; pero esta emocion fue corta, pues la tentacion volvió bien pronto, y el jóven se acostó vestido llamando en su ayuda al sueño; este huia de él; pero las malas ideas siguieron atormentándole con el acento mas dulce y mas penetrante.

Una hora despues se levantó y estaba sosegado; la sangre habia subido del corazon á la cabeza, y repiraba con libertad. Por la decision que brillaba en sus ojos, se podia adivinar que habia al fin resuelto el fatal problema.

—No es la casualidad, decia, quien me ha puesto esta fortuna en mi mano; yo

no creo en las casualidades! Dios es quien ha tenido lástima de mi aflixion; y procurando sonreirse añadia: Hágase su voluntad!

Entonces se acercó á su pupitre, abrió la cartera, volviendo la vista por temor de leer un nombre que no queria conocer, y despues de haberla desocupado, la arrojó al fuego.

Sesenta y cinco billetes de á mil francos habian caido.

El dia siguiente partio para Italia.

II.

MARIA.

Un mes habia pasado. En un dormitorio situado en un piso tercero de una casa en la calle de *Mail* velaban dos jóvenes. El interior de este cuarto era triste y pobre, pero se notaba aquella limpieza que es el lujo de los desgraciados. A la incierta luz de una lámpara, se veian á una jóven bordando en tapiceria, y á un jóven escribiendo. En el rostro de aquella estaban pintados el sufrimiento y la tristeza; sus ojos no se fijaban en el bordado, sus dedos no casaban bien los hilos de colores en la tela donde estaba dibujada una escena de *Wateau*.

Eugenio trabajaba con ardor; algunas veces detenia la pluma; pero al fijar su vista en la bordadora, volvía á escribir con mayor rapidez. Estaba pálido; el trabajo, el insomnio y la reflexion habian arrugado su frente, hinchado sus ojos, y esparcido una tinta enfermiza sobre su rostro naturalmente delgado. Ella tenia unos diez y seis años; blanca, ojos morenos, dulces y melancólicos.

Dirijia continuamente sus miradas hácia una alcoba, cuyas cortinas estaban corridas. De repente una de estas cortinas se alzó, dejando ver á un anciano enfermo y flaco.

—Dame agua, hija mia, dijo con voz débil.

La jóven se levantó, dió de beber al enfermo, le besó en la frente, y colocándole su almohada, se puso á trabajar.

Dieron las doce.

—Basta de vela, Maria, dijo el jóven; otro dia acabareis el bordado.

– Es menester que lo entregue mañana.

– Para qué?

Maria bajó los ojos sin responder.

—Sabeis que cobro mañana el sueldo del mes, replicó Eugenio, tendremos algunos dias de plazo.

La jóven le dió la mano, que Eugenio estrechó entre las suyas.

Cuán bueno sois! querido amigo. Cuando mi padre perdió el destino con que nos manteniamos, y el pesar le causó esta terrible enfermedad, de la cual no escapará, qué hubiera sido de nosotros sin vos. Dios mio!

—No era yo su sobrino, su hijo adoptivo? No era obligacion mia el socorreros? Ah! por qué no soy rico? Pero, id á descansar, Maria, os lo ruego.

La jóven, que intentaba eludir los ruegos de su primo, le dijo:

—Habeis visto á Jacobo, el amigo de vuestro hermano?

– Si.

—Y sabe algo de la conducta de Victor?

– Nada.

– ¿Qué habrá sido de él? ¡Ah! este invierno nos ha sido fatal. La desgracia que redujo á mi padre al estado en que se halla, y la desesperacion de Victor, datan casi de un mismo dia. Vuestro hermano estaba muy triste la última vez que le vimos.

—Sí: la ambicion del siglo se habia apoderado de él; deseaba gozar de las locuras de nuestra juventud dorada, y le gustaba mas divertirse que cumplir con su obligacion.

—¡Desgraciado, puede ser que haya puesto término á sus dias!

—No lo creo; muchos dicen: «Me mataré;» pero pocos lo hacen. Habrá ido á buscar fortuna fuera de Francia... sentando plaza quizá.

– Quisiera que lo indagáseis.

—Pero en nombre del cielo! prima, retiraos; es tarde, y esta noche me toca velar.

La jóven recogió el bordado y se dirigió á la alcoba de su padre que estaba durmiendo, volvió, y despidiéndose de Eugenio, entró en su aposento.

III.

REGRESO.

El piloto habia gritado: ¡Tierra! y Victor habia desembarcado en Marsella despues de un año de escursiones por Italia.

Aquella misma tarde se dirigia en la diligencia á París. Despues de su partida de Génova su alma estaba sumida en un gran decaimiento que habia sucedido á la lucha activa de su conciencia contra sus tentaciones, y hasta el momento de entrar en la ciudad no pareció despertar. Ocupaba solo la berlina, con la cabeza apoyada en la portezuela, aspiraba el aire de Enero, y recorria con la vista los paisages monotonos de un camino tan largo, sin ayudar á las reflexiones indecisas que, por decirlo así, vagaban á su alrededor.

—A qué distancia estamos de Paris? preguntó una voz que salia del interior.

—A tres leguas.

Victor se estremeció, y arrojándose bruscamente en el fondo del coche, pasó la mano por su frente esclamando:

—París! ya en París! en esta ciudad de donde huia, creyendo alejar los remordimientos. Es esto un sueño? He visto bien la Italia? Hé respirado bien el aire de sus hermosos cielos? ¡Qué, Dios mio! ni la belleza de la creacion, ni el arte, su hijo sagrado, como ha dicho Dante, han podido curarme. El corazon, es pues el único espejo que puede reflejar? Sí, y mi espejo está empañado... ¡Oh! es preciso lavar esta mancha, repararla y espirar; pero dónde? ¿cómo?... Aun no habia resuelto el terrible problema..... ¿Qué haré?..... ¿qué haré.

Así en el corazon de Victor se mezclaba el arrepentimiento con la desesperacion; de repente el coche paró: habia llegado á París.

Iba á dirigirse á una fonda, cuando oyó que le llamaban; se volvió, y al reconocer á uno de sus antiguos amigos, esclamó:

—Buenos dias, Jacobo!

—Hace mil años que no te veo!..... se pierde uno con tanta facilidad en París!

—Vengo de viajar.

—De donde vienes?

—De Orleans; y tú?

—De Roma.

—De veras! dijo Jacobo con sorpresa; la Italia... es mas poética... pero á qué has ido? y cómo? Quiero saberlo todo, pues soy frenético por la Italia... quiero que me hables de ella; así, no te abandono, te vienes conmigo?

—A dónde?

—A almozar con mis amigos.

—Acabo de llegar y deseo descansar del viaje.

—No importa, vendrás..... He hecho..... no sé qué..... una especie de elegia, una oda..... al *Campo-Vaccino*. Quiero que des tu parecer. No hay cuidado; tiene lo mas cien versos, y almorzaremos antes.... Eres mio, te lo ruego, lo exijo.

Victor cede; la franqueza de su amigo le hace olvidar sus tristes pensamientos y sigue á Jacobo, que le hace una infinidad de preguntas á las cuales se apresura á responder.

Al volver una calle, Victor se detuvo de repente y vacilaba en seguir.

—Mas qué tienes? le dijo Jacobo.

—Qué calle es esta?

—Pero... la calle *Traversiére Saint-Honoré*.

—Tomemos por otro camino.

—Qué idea!... Llegas de Italia, y traes supersticiones? Esa es moda de allá, pero no temas: hoy es Mártes, mañana estamos á 13 y no veo grajos en los tejados, ni carro fúnebre á mi izquierda.... Pero, qué pálido estás! ya no me rio. Qué tienes?

—Nada, contestó Victor con prontitud y echó a andar.

A los pocos pasos se paró de nuevo como si reconociese aquel sitio.

—Qué diablo! esclamó Jacobo agarrándole por el brazo y llevándole casi por fuerza; ven y oirás mi composicion: me hablarás mucho de Italia, pues ya te he dicho cuanto me gusta.

Victor no respondió, y sin detenerse dejó á su amigo que hablara cuanto quisiera.

IV.

REMORDIMIENTOS.

Pocos momentos despues Victor estaba sentado en una mesa bien servida y rodeada de diez jóvenes, que hallaron la alegria en el borde de su vaso, en medio la agudeza y en el fondo la disputa. Trataron de algunas cuestiones, unas graves y otras ligeras. El almuerzo iba pronto á concluirse y la embriaguez se apoderaba de todos, cuando Jacobo anudando la conversacion interrumpida hacia algunos minutos, dijo de repente:

—Esta mañana, al atravesar la plazuela

de *Bussy*, he leido un cartel concebido en estos términos:

« Una cartera que contenia cien mil francos en billetes de banco, se ha perdido ayer por la tarde en la travesia de la plaza de *Odeon*, á la calle *Dauphine*. Se darán cinco mil francos de recompensa al que la entregue" seguian las señas.

Victor se estremeció.

—Cinco mil francos de recompensa continuó Jacobo. No conoceis que es un disparate?

—Disparate? dijo uno, y por qué?

—Porqué? porque la cartera habrá caido en las manos de un hombre de bien que la entregará sin recibir nada, ó en las de un bribon que sabrá lo bastante de matemáticas para comprender que el todo es mayor que la parte.

—Es verdad! dijeron al mismo tiempo cuatro ó cinco voces, bebamos! A tu salud, Jacobo!

Todos menos Victor apuraron los vasos.

—Un bribon, un bribon! sois demasiado filósofos, dijo el jóven que estaba sentado en frente de Victor. Pues bien yo confieso que si Dios ó la casualidad me hiciesen poseedor de una fortuna como esa, la tendria por bien adquirida y no la devolveria.

—Y seria para vos una desgracia! murmuró Victor como hablando consigo mismo. Sí: una desgracia! porque vuestra vida tan ligera hoy, se os haria pesada, porque todos los goces que os proporcionase ese dinero, estarian envenenados.

El jóven le miró y esclamó:

—Pardiez! al oiros se diria que erais un náufrago hablando de la tempestad. Habreis pasado por esta prueba? Sí: pobre mártir! reparad cuanto ha sufrido! que palidez cubre su frente...

—Caballero! esclamó Victor fuera de sí.

El jóven reia á carcajadas.

—Sois un insolente!

—Qué decís?

—Un miserable!

Una bofetada le impidió continuar. Un instante se contuvo aterrado; el silencio habia sucedido al tumulto.

Victor se levantó poco á poco, hizo un esfuerzo para hablar y dijo:

—Caballero, uno de los dos morirá.

Ninguno se interpuso; escogieron los padrinos, y dos horas despues los dos campeones se hallaban con la espada en la mano enfrente uno de otro.

El combate fue corto. Victor cayó casi al momento atravesado el pecho de una estocada. Los médicos que llamaron, hicieron su reconocimiento y declararon que la herida era mortal. El jóven se sonrió amargamente, pidió lo necesario para escribir y con mano trémula puso estos dos renglones:

A M. Eugenio Gerard.

« Ven pronto; si quieres abrazar á tu hermano

Victor.

El médico salia del cuarto del enfermo, cuando Eugenio entró: en su rostro consumido estaba pintado un profundo sufrimiento, pero soportado con valor, y sus vestidos lustrosos del mucho uso, revelaban los cuidados que se les habia prodigado á falta de otros.

—Hermano mio, esclamó Eugenio adelantándose hácia Victor y abrazándole con efusion. Pero qué tienes? Dios mio! qué pálido estás! Ah! sangre, dijo horrorizado estendiendo sus manos al pecho del enfermo.

—Si, una herida...

—Peligrosa?

—Puede ser... valor hermano!..... Esta herida cerrará otra mas dolorosa...

—Cuál?

—Una que no se separa hace mucho tiempo de aquí, respondió Victor poniendo la mano en su corazon.

—Qué quieres decir, habla, habla!

—Sí, hablaré; pero antes, mírame, Eugenio... esos vestidos...

—Anuncian la miseria, no es verdad? Sí, la miseria que hace padecer, pero no humilla, gracias al cielo.

—Y lo ignoraba, cuando hubiera podido... Aquí calló.

—Mi desgracia ha empezado, Victor, el dia de tu partida precipitada, y despues no ha dejado de perseguirme... Por qué no he sufrido yo solo? Otros han tomado parte en mis padecimientos; un anciano á quien queria como á mi padre, y que me llamaba su hijo, una jóven linda y pura que me llamaba su hermano y que debia darme muy pronto otro nombre mas dulce.

—Mi tio y Maria!

—Sí: las pruebas fueron crueles; pero hemos tenido resignacion y esperanza. Nin-

guno de los tres ha llorado solo.

—Pero mi tio era cajero de la casa *Lefort* y su destino le daba para mantenerse.

—Le perdió.

—Por qué?

—Voy á contártelo todo... pero sentiré fatigarte si te sientes peor; mas espero que pronto te repondrás, no es verdad?

Sí, respondió Victor con voz triste é irónica; pero Eugenio no le comprendió.

—Pues bien, dijo entonces sentándose al lado de su hermano, dame tu mano; así hablaré mejor.

—Una noche de invierno hace tres meses (época dolorosa para mí) en que habia una cuarta de nieve por las calles, estaba sentado leyendo en un rincon de la chimenea, junto á Maria que bordaba, cuando mi tio volvió. Fue derecho á su pupitre, le abrió, y registrando sus bolsillos dió un grito, quedándose pálido como un cadáver.

—Qué le habia sucedido?

—Encargado por la casa de comercio donde estaba empleado, de cobrar una suma considerable á un rico banquero italiano...

—Le robaron?

—No; perdió la cartera que contenia aquella cantidad.

—La perdió?

—Sí, hermano mio, pero sosiégate.

—Y esa cartera contenia setenta y cinco mil francos?

—En efecto, esclamó Eugenio admirado y levantándose del sillon.

—Y la perdió en la calle *Traversiére Saint-Honoré*?

—Sí, dijo Eugenio; pero de donde sabes?

—Yo fuí el que la encontré.

—Tú?

—Sí, yo: Victor Gerard.

—Y qué hiciste de ella?

—Guardármela.

—Oh! desgraciado!

—Sí, desgraciado! muy desgraciado! porque esa fortuna que habia robado para dulcificar mi vida no he podido disfrutarla y es la causa de mi muerte. ¡Oh! insensato, que busqué la felicidad en locuras pagadas á precio de oro, de un oro vergonzosamente adquirido y vergonzosamente sembrado en el camino del placer! Que no haya padecido como tú, hermano mio! Escucha, Eugenio, todavia me queda una gran parte de ese dinero, cuarenta mil francos... que serán para ti y para mi tio.

—Olvidas que no te pertenecen?

—Ah! sí, tienes razon; voy á escribir, dame papel y pluma.

Eugenio le dió lo que pedia y Victor escribió:

A. M. Lefort.

«Os pido perdon desde mi lecho de muerte: la cartera perdida hace un año, por un noble y desgraciado anciano, yo la encontré. De setenta y cinco mil francos que contenia quedan cuarenta mil que no han sido disipados; los cuales os serán entregados por M. Eugenio Gérard. Tened compasion del desgraciado

Victor.»

Este, despues de haber cerrado la carta, sacó de debajo de la almohada su cartera y la entregó á su hermano, arrojándose en sus brazos.

En este momento entró el médico.

—Caballero, dijo Eugenio yendo á su encuentro, el herido es mi hermano; salvadle, salvadle por piedad!

—Le salvaré, respondió el médico, obedeciendo á una seña de Victor.

Eugenio se acercó á su hermano y le dijo:

—Lo vés; curaremos las dos heridas; adios, hermano mio, y se marchó precipitadamente.

A las diez de la mañana del dia siguiente Eugenio entraba muy contento en el cuarto de su hermano.

—Restablécete pronto, le dijo, y nuestra felicidad será completa. Oh! Dios mio! qué pálido estás! tus ojos se cierran!

—Es el sueño, contestó Victor sonriéndose tranquilamente, háblame de tu felicidad.

—M. Lefort ha leido tu carta y te ha perdonado; pero no es esto todo; fue á ver á mi tio, se conmovió de su posicion, y vuelve á tomar mañana el destino que desempeñaba.

—Bendito sea Dios! esclamó Victor, cuyos ojos ya cerrados se fijaban en el cielo. Háblame, querido Eugenio!

—Concibe cual será mi dicha, cuando estés bueno, ya se ven colmados todos mis deseos. M. Lefort ha sabido que mi permanencia en la casa que trabajo dependia de una cierta suma, y esos cuarenta mil francos...

—Te los ha prestado?

—Sí: ya puedo casarme con Maria. Oh! si supieses cual es mi alegria! Recobra pronto la salud, ya estás arrepentido. El arrepentimiento es el hermano de la tranquilidad, el precursor de todos los sentimientos dulces y generosos.

Victor estrechó la mano de Eugenio; se inclinó dolorosamente, exhaló un profundo suspiro, y cayó sobre su almohada murmurando:

—Adios, hermano, Dios es justo!

Habia muerto.

D. A.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BELLAS ARTES,

EN BRUSELAS.

Mientras que la activa y mercantil Inglaterra, convidaba á todo el mundo al grandioso espectáculo de su exposicion de la industria universal, la Bélgica que es igualmente uno de los paises mas industriosos de la Europa, recordando que era la patria de Van Eyck, el inventor de la pintura al oleo, de Rubens y de Van Dyck, y que debe al arte los mas hermosos títulos de su gloria, concibió la feliz idea de abrir una exposicion universal de las Bellas Artes. Y en efecto, este pensamiento se ha llevado á cabo, y Bruselas ha podido envanecerse de contar en su seno muchas celebridades, y muchas obras notables; á pesar de que la falta de tiempo y la poca publicidad, no han permitido á muchos artistas de Alemania y de Inglaterra presentar á la vista de los aficionados y de los inteligentes las concepciones de su genio.

No es nuestro ánimo dar una idea detallada de los pormenores de esta exposicion. Como se comprenderá, esto solo podria hacerse por medio del exámen y de la crítica de los cuadros presentados. Sin embargo, diremos que el número de las pinturas al oleo ha ascendido á unas 1100; y que como es de suponer la Bélgica ha espuesto el mayor número, y sin duda por la proximidad la Francia ha enviado mas que las otras naciones que han figurado en esta exposicion.

El objeto principal de este artículo es dar á conocer á nuestros lectores la notable acogida que han tenido los artistas, los obsequios de que han sido objeto, y últimamente la magnífica fiesta que se ha celebrado en honor á las artes y en obsequio á la familia real.

Los artistas que con motivo de la exposicion belga han concurrido á Bruselas, han hallado palabras amigas y fraternales abrazos; han hallado la hospitalidad que no se limita al pan y á la sal del árabe, sino que hace del huesped la felicidad y casi el ídolo del hogar doméstico.

Jamas, preciso es decirlo, han hallado los estrangeros una acogida igual á la que Bruselas ha hecho á los artistas de los demas paises. Allí no ha habido preferencias de género ni de escuela. Todos los artistas han sido hermanos: al aceptar el albergue que se les ofrecia cada uno decia su arte,

y á penas se le preguntaba su nombre.

A la hospitalidad de los individuos se ha agregado la del Rey, la del gobierno, la de los grandes funcionarios.

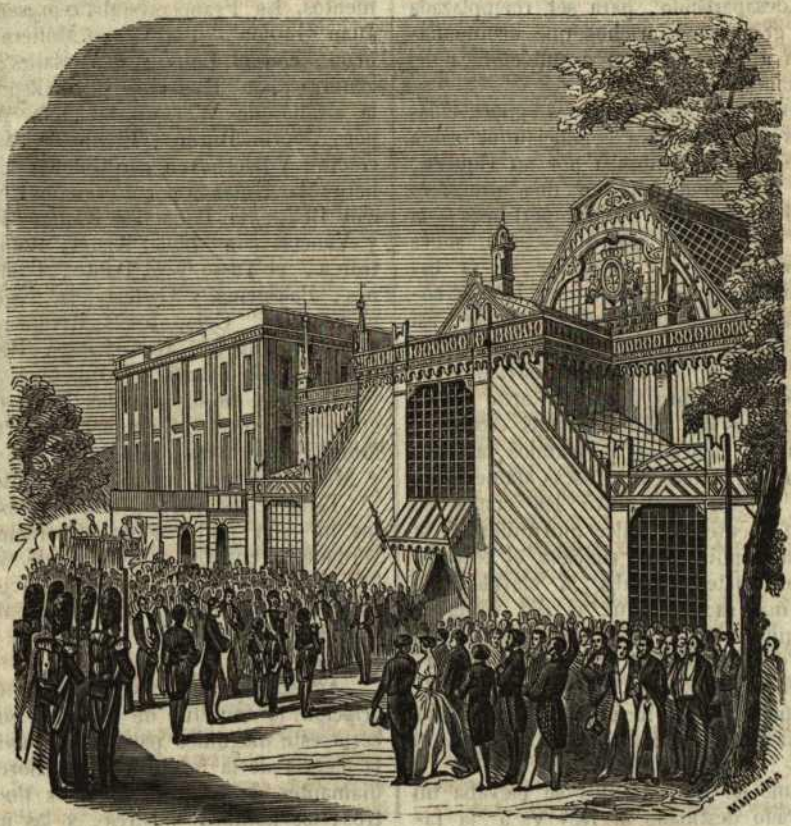
Un espléndido banquete se ofreció desde luego por M. Cárlos de Brouckere, burgomaestre de Bruselas y presidente de la comision directiva del salon, á los artistas belgas mas notables, y á todos los expositores extrangeros.

Algunos dias despues, el *Círculo artístico y literario*, de acuerdo con los pintores de todos los paises dió al Rey la fiesta memorable de que vamos á hablar. Al dia siguiente S. M. convidó á comer á todos los que habian cooperado á aquella inmensa obra. El Rey trató á los artistas de igual á igual: estos lo habian recibido en su casa, y él los recibia á la vez en la suya, no eligiéndolos, sino diciendo: Como yo fuí vuestro huesped, sed ahora los mios.

Dos dias despues el conde M. Amadeo de Beaufort que habia desempeñado con el mayor zelo las funciones gratuitas de director de las Bellas Artes, abrió á todos los expositores extrangeros las puertas de uno de sus palacios; y antes de la fiesta artística M Dumont, que es uno de los arquitectos que mas honran la Bélgica, habia dado una *soirée* cosmopolita en los salones apenas inaugurados de su casa.

Esta cortesia é íntima union de todas las clases del mundo artístico, hace prejuzgar el entusiasmo y animacion que ha debido reynar en ese baile, cuyo mágico adorno nos queda que describir.

Para esta solemne fiesta que tuvo lugar el 24 del prócsimo pasado mes de Setiembre, se levantó como por encanto un edificio particular, con la concurrencia de todos los artistas, bajo la direccion de M. Balat, cuya fachada esterior, en el acto de la recepcion del Rey y de la familia real, va representada en el grabado siguiente.



El golpe de vista del monumento levantado al efecto, es á la vez espléndido y original, sobre todo de noche al resplandor de las luces que lo iluminan. Pertenece al estilo byzantino, á esa expresion á la vez rica y severa de los primeros tiempos de la fe cristiana. El arquitecto ha pedido á Santa Sofia su inmensa y monumental nave, sus pilares formando minaretes, sus ricas pinturas, y sus artesonados esmaltados de oro y azul. Pero no se crea que el arquitecto ha seguido el estilo byzantino pesado y bárbaro que en el siglo décimo dió á la Europa catedrales como las de Angulema y de Cahors. Nada de eso. En este monumento levantado á las artes por las artes mismas hallaremos la cúpula, las pechinas, los minaretes, las arcadas duplicadas, los arcos cayendo sobre graciosas columnitas; pero las estrellas, las cabezas salientes, los dientes de sierra, los zigzags, los chapiteles cúbicos, en una palabra la escultura pesada y apiñada de los byzantinos ha desaparecido, para ser reemplazada por los graciosos caprichos que acompañaron á la gran revolucion arquitéctonica del siglo décimotercio.

Cuatro elegantes avenidas guarnecidas de flores y de verdura conducian al salon del baile, que deslumbraba por su riqueza, y en el que se nadaba en una atmósfera de fuego impregnada de mil perfumes; la inmensa bóveda del salon descansa sobre sólidos pilares. Todo alrededor de él esbeltas columnitas sostienen dos hileras sobrepuestas de arcadas; las columnas, así como la balaustrada de las galerias, parecian de oro, y los capiteles estriados de rojo y de azul sobre fondo de oro. En los cuatro ángulos del salon, anchas escaleras, cubiertas de delicados y blandos tapices, conducian por medio de frescas alamedas de arbustos florecientes, entre los cuales se ocultaban fuentes de dulce murmullo, á la galeria suspendida que rodeaba el edificio. Por todas partes brillaba la claridad de un dia mas radiante que el dia verdadero, iluminando con sus caprichosos reflejos las deslumbradoras *toilettes* y el mármol veteado de azul de los desnudos hombros y cuello de las hermosas. Las armas de las naciones figuraban tambien en el salon.

En uno de los estremos se elevaba un rico estrado destinado al Rey y á la familia real. Todos los ángulos se hallaban ocupados por estátuas que se reproducian en el fondo de los espejos, encuadrados en marcos de yervas y flores, y en los que reflejaban por todas partes los dorados y las luces de la bóveda y de los artesonados.

Las pinturas producian el mejor efecto. El *genio del arte*, trazado á grandes rasgos sobre la cúpula, y repartiendo laureles á los nombres de Rubens, Miguel Angel y Rafael, domina toda la historia artística del mundo, representada sobre los arcos por composiciones debidas á los mejores artistas. Los medallones se hallan encerrados en cuadros de flores primorosas, echadas allí por el pincel de M. Robie.

Doce grandes vistas de ciudades se hallaban mezcladas en la galeria superior con los retratos de los mas grandes artistas y literatos de todos los tiempos. Cada nacion ha visto allí representados á sus hijos mas ilustres al lado de sus mejores monumentos. La Francia estaba representada por Juan Goujon, Perrault, Moliere y Lebrun, con el Louvre y Versalles; la Inglaterra por Hogarth y Shakspeare con la abadia de Wetsminster; la Alemania por Alberto Durero, Euvin de Steinback, Goëthe y Beethoven con Colonia y Nuremberg; la Holanda por Erasmo y Rembrandt con Delft; la Italia por Roma, Florencia y Venecia con Miguel Angel, Rafael, Petrarca, el Tasso y el Dante, Pablo Verones, Palestrina y Galileo; la España con el Escorial, Cervantes y Rivera; la Bélgica por Rubens, Justo-Lipse, Hembing y Grétry, con Bruges y Amberes.

Despues en los ángulos habia cuatro figuras de muger: Clemencia Isaura, Ana Maria Schuermans, Margarita de Navarra y Maria Robusti, la hija del Tintoreto.

Todas estas vistas, todos estos retratos no son pinturas de decoracion; son verdaderos cuadros, muchos de los cuales, quitados de aquellas paredes para ser colocados en un marco dorado, ocuparan dignamente su lugar en un salon ó en un museo.

Agregando nuestros lectores á esta descripcion la multitud de encantos que ofreceria este magnífico palacio, la animacion, la alegria de la multitud, las flores y los diamantes de las *toilettes*, los lindos rostros, los nombres ilustres, y las notas lle-

nas de sentimiento de la orquesta, murmurando como cantos divinos enmedio de los esplendores de una naturaleza mágica y encantada, acabarán de formarse la mas aproximada idea de la fiesta ofrecida al Rey, y en honor de las artes, dada por los artistas de la exposicion belga de 1851.

A LA SOMBRA DE LOS LIMONEROS.

I

I.



Hay en el departamento del Vau, uno de los mas pintorescos y curiosos departamentos de Francia, un rinconcillo de tierra que parece haberse escapado de las costas italianas para venir á habitar la Provenza. Sentada en las montañas descarnadas y brillantes que rodean á Tolon, y las vastas selvas de castañares que sombrean el valle del Var, yace dormida la ciudad de Hyéres en medio de encantadoras campiñas tan lujosamente plantadas, cual si fuesen un jardin inglés.

Mientras que al Sur el Mediterráneo acaricia con sus perezosas olas la dorada playa, varios bosques de naranjos y limoneros cubren las faldas de las colinas que se inclinan hácia el Norte; bosques de encendidos granados, vallados de lilas y rosales silvestres, matorrales de espinos en flor atraviesan la verde campiña y cubren bajo sus flotantes cortinas blancas, quintas tapizadas de cepas de viñas. En esta tierra poética donde la tierra está matizada de flores, han conservado los habitantes las anacreónticas tradicciones de la edad de oro; cuando el sol traspone en el espléndido horizonte tiéndense los pastores á la sombra de los naranjos tocando con indolencia el rústico caramillo. Melibeos con casacas de terciopelo departen en las praderas con Titiros, con calzas de cuero, y á menudo bulliciosas y risueñas Galateas se ocultan tras de las matas atisvando á los cazadores que costean los arroyuelos. Es el ambiente tan perfumado y tan dulce que los médicos británicos han tomado la costumbre de enviar allí á todos los tísicos de que no saben como zafarse, y lo maravilloso es que los tísicos no quieren ya morir en su nueva patria; los hay tambien que curan y vuelven despues á su ciudad natal para asistir al fúnebre cortejo de sus doctores que los creian convertidos en polvo; estos resultados han parecido tan originales á los ingleses acostumbrados á vestir de antemano el luto por los enfermos que viajan por órden de la facultad, que muchos de ellos solo por *Spléen* han ido á fijarse en Hyeres.

Así que gracias, á su contínua presencia

han logrado los ingleses hacer de este pequeño pais una Albion en miniatura. Todas las señoritas tienen ojos azules; el café ha sido destituido en favor del té; las gentes del campo comen *plum pudding*: un tropel de *poneys* van galopeando por las sendas; los fondistas hablan un idioma estraño y raro, que es una mezcla de silvido inglés y de jerga provenzal; y no es raro el ver á los *dandys* indígenas casarse con herederas británicas, como en otro tiempo los reyes se casaban con pastoras.

Habia en 1839 no lejos de... una encantadora casita de campo, cuyas verdes persianas se abrian á la sombra de unos magníficos plátanos como á una media legua del mar. Un jardin plantado de naranjos, olmedillas y acarias se estendia en derredor de la casa construida al pie de un cerro todo cubierto de viñas y olivares, hasta una pradera sembrada de margaritas y botones de oro. Al final de este jardin, á quien su dueño daba por complacencia el nombre de *parque*, habia un pabellon, y detrás de él junto á la misma pradera un argentino arroyuelo que susurraba entre guijarros y perfumadas plantas acuátiles.

En una hermosa mañana del mes de Setiembre, aun antes que el sol hubiese derramado sus rayos de oro sobre la espuma de las pequeñas olas, que se agitaban sobre la orilla, un caballero con una chaqueta blanca de algodon, un pantalon de mahon y un sombrero de paja, rondaba al rededor del pabellon regando aquí y allí, cantando por lo bajo, los hermosos rosales cuyas galanas rosas se entreabrian anilladas por los primeros albores de la mañana. De cuando en cuando se paraba mirando al suelo, en el que se veian distintamente las huellas de numerosos pasos estampadas en el húmedo cesped.

—¡Hum! ¡hum! prorrumpia entonce el caballero dejando en el suelo su regadera; alguien ha pasado por aquí esta noche. ¿Pero quién diantres podrá ser?

Un instante despues echó de ver que la puerta estaba abierta, y que estaban desordenados los muebles en lo interior del pabellon. Sin embargo, muy cierto estaba de haberlo cerrado él mismo la víspera, y de haberse llevado la llave. Rascóse el caballero la frente con inquietud y entróse en el pabellon preparándose á examinar cuidadosamente todos los rincones para asegurarse de si faltaba algo, cuando oyó un ruido de pasos; púsose á mirar una estrecha rendija y vió venir por la pradera á un campesino que venia con la chaqueta al hombro.

—¡Hola! ¡Hola! dijo el caballero, aqui llega Andres; ¿de donde podrá venir ahora ese tuno?

Cuando llegó Andres enfrente del pabellon, se paro junto á un puentecillo rústico que habia sobre el arroyo y se puso á mirar en derredor suyo; el caballero bajó la cabeza y observó en silencio de modo que no le viesen. Cuando se creyó seguro de estar solo, arrojó Andres su chaqueta á la orilla opuesta y se fue tras ella sin pasar por el puente.

—Impertinente, murmuró el observador irritado de la crítica en accion, que acababa de hacer Andres de sus obras.

Cuando estuvo este al otro lado del arroyo se puso á examinar el terreno, escogio un sitio donde la yerba estaba mas espesa y crecida, echóse perezosamente al pie de un naranjo, se espereza, bosteza, cierra los ojos y se duerme á pierna suelta.

Pero apenas empezaban los sueños á acariciar su imaginacion, cuando el jardinero dejó su observatorio para venir á tirarle de las orejas.

Andres levantó maquinalmente el brazo para dar un bofeton al importuno que así turbaba su sueño, cuando al abrir los ojos, reconoció á M. Dufaux.

—¡Oh! el amo, esclamó poniéndose inmediatamente en pie.

—El mismo, bribon, respondió M. Dufaux volviendo á agarrar á Andres por las orejas. ¿Qué haces ahí?

—Es que... mi amo, me andaba paseando, replicó Andres, procurando desprender su cabeza.

—¿Durmiendo, no es eso? Vamos á ver, tunante, añadió M. Dufaux arrastrando á Andres hácia un banquillo de madera que habia junto al pabellon, mira que vas á responder francamente ó te envio á paseo por mucho tiempo. ¿De dónde vienes?

—Venia de...

—¿Pasando por la pradera, tunante? ¡cuenta con ella!

—¡Ay! ¡ay, basta!... venia de allá abajo, dijo, Andres dirijiendo la mano en direccion de una casa, cuyo colorado tejado brillaba detrás de una cortina de poblados álamos.

—¿De casa de Lady Lovelery?

—¡Caramba! no estaba solo; estaba con el señor Gustavo.

—¡Mi hijo! ¿y qué va á hacer allí?

No sé, respondió Andres con tono estúpido y dando vueltas al sombrero entre sus dedos.

—Escucha, Andres, dijo M. Dufaux despues de un momento de silencio, vas hablarme como si fuese yo tu confesor, si no, ya no tendremos largas conversaciones juntos. ¿Cuánto has ganado aquí?

—Cien escudos por año me dais, mi amo, además de la comida y casa.

—Tendrás cuatrocientos francos ó nada; escoje.

—No es dificil la eleccion.

—Entonces, ¿podrás decirme desde cuando va mi hijo á visitar á Lady Loveley?

—Desde hace un mes, ó seis semanas.

—Es decir desde que mis claveles y mis rosas empiezan á marchitarse.

—¡Qué quereis! el señor Gustavo hace que me acueste tan temprano!

—¿Cómo es eso?

—¡Pues claro está! á las cinco de la mañana.

—¿Y se renuevan muy amenudo sus visitas?

—¡Oh! no; solo cuando hace buen tiempo. Pero como ahora hace casi siempre buena orilla...

—De donde se sigue que andais corriendo toda la noche... Os estais entonces en casa de Lady Lovely.

—Nunca, solo cuando llueve.

—¡Hola! ¿con que tambien cuando llueve?

—Si señor, alguna que otra vez. Cuando no, nos andamos paseando á caballo en los prados ó á la orilla del mar.

—¿Es decir que todas las noches?

—Mi amo ha debido notarlo, si ha examinado su caballo, que se ha vuelto asmático... ¡Pobre animalito!

—¡Buena está la conducta! esclamó M. Dufaux. Irse á correr por ahí con una aventurera y reventar mi caballo!

—¿No habeis oido hablar, interrumpió el impasible Andres, de unos duendes que andan rodando hace un mes en los bosques y asustan á los aldeanos, que ya no se atreven á salir de sus casas? Pues nosotros somos esos duendes, porque la señora lleva una amazona negra, el señor Gustavo tiene una chaqueta y un pantalon blanco, y yo un vestido pardo.

—¿Luego vosotros sois los que habeis venido al pabellon esta noche?

—Si señor; cuando nos cansamos, allí vamos á descansar. Siempre se lleva el señor Gustavo la llave, pero yo soy quien la toma.

—¡Tunante!

—Caramba, qué quereis, me habeis prometido cuatrocientos francos para que os dijese la verdad; pues bien, estoy ganando mi dinero.

—Bien está; ahora vete. No digas una palabra á mi hijo, porque si no te echo de casa. Sigue obrando como si nada me hubieras dicho, y aguarda mis órdenes.

—Entonces me voy á dormir, dijo Andres por lo bajo al marcharse.

—¡Padre mio! esclamó de repente una niña que venia corriendo, aquí están las cartas y periódicos.

—Gracias, hija mia, la contestó M. Dufaux dándola un beso en la frente. La que acababa de hablar de este modo, era una muchacha que vendria á tener de diez y seis á diez y siete años; unos magníficos cabellos castaños hechos trenzas adornaban su frente, que tenia la blancura y pureza de la azucena; su rostro era dulcísimo y risueño, y su talle delicado y gracioso.

Echó M. Dufaux una rápida ojeada sobre su correspondencia; vagó una sonrisa de complacencia en sus lábios, y tomando á su hija de la mano, le enseñó á un jóven que atravesaba el jardin con la escopeta al hombro.

Este es nuestro huesped sir Henri, la dijo. Ve á preguntarle si ha hecho buena caza, y di que nos vayan preparando el desayuno. Necesito estar á solas un momento.

Por los modos con que la señorita Emma fue á ejecutar las órdenes de su padre y salió del pabellon para salir al encuentro de sir Henri, se podia inferir que no la era esto desagradable.

II.

M. Dufaux habia reunido una bella fortuna en el comercio de Oriente hacia ya algunos años. Viendo arrugarse su frente,

habíase retirado á su quinta situada en las cercanías de Hyeres. Tenia dos hijos, una jóven y linda hija, y un jóven dos ó tres años mayor que su hermana; con gran ternura amaba á los recuerdos que su difunta esposa le dejára; pero un secreto dolor se mezclaba á su suerte, que sin este ligero tributo pagado á los tribulaciones de la vida humana hubiera dado envidia á los elegidos del paraiso.

Si bien su hijo Gustavo abrigaba un escelente corazon, tenia tambien su imaginacion un tanto vagamunda, que hasta entonces habia sido siempre un obstáculo á los proyectos concebidos por el sábio propietario. Gustavo no habia hecho caso alguno de los discursos prudentes, por los que M. Dufaux le instaba eligiese alguna carrera, y con deplorable obstinacion continuaba pintando paises, ó improvisando en el piano, en una palabra, en no hacer nada.

Sin embargo, en Mayo de 1839 al partir para Hyeres M. Dufaux tenia el corazon lleno de alegria, porque su hijo habia al fin consentido en aceptar un empleo en el foro, que algunos amigos de la familia estaban encargados de conseguir. Casi en la misma época un jóven inglés á quien Gustavo conociera en los salones de la prefectura marítima, y en el que las gracias de su hermana Emma hicieran una viva impresion, habia venido á pasar la estacion agradable cerca de su casa de campo. Un proyecto de casamiento rodaba en la cabeza de M. Dufaux, y todo caminaba perfectamente cuando su prudencia le señaló graves desórdenes en la conducta de Gustavo.

Gustavo que nunca pasára por cazador, habíase de repente apasionado por la caza: ausentábase de noche para tender redes á los conejos que no existen en Provenza, y batia el campo casi la mitad del dia. Sorprendiásele muchas veces rodando en un bosque, y como de ello se le advirtiera, el jóven cazador pretendió haber descubierto una compañia de perdices. Algunos compañeros entusiasmados por la noticia habian hecho una batida general en el hosque y sus cercanías, y solo habian cojido dos cuclillos que de tiempo inmemorial vivian en paz aquellas soledades.

Gustavo no traia ademas nunca ni caza ni pesca. Todo esto daba mucho que pensar á M. Dufaux, que no ignoraba la presencia en una aldea vecina de una madama inglesa que vivia aislada y misteriosamente. El bosque llegaba hasta su morada.

Miss Ana Lovel habia llegado una hermosa mañana á Hyeres en una berlina tirada por cuatro caballos, nada se sabia de su posicion social; pero como pagaba generosamente, y tenia doncellas y elegantes lacayos, hablábase de ella en el pais con gran consideracion. Sin embargo, á nadie recibia, y parecia evitar la visita de extranjeros. Como M. Dufaux nunca habia estimado á las personas misteriosas, fruncia el ceño al oir el nombre de miss Lovel, y la calificaba de aventurera.

Las revelaciones de Andres produjeron gran turbacion en su ánimo, y no se necesitó menos que la lectura de su correspondencia y periódicos para calmar su irritacion.

El Sr. Guarda-sellos se habia al fin decidido á nombrar á Gustavo magistrado del tribunal de Narbona; veíase su nombramiento en el *Moniteur*, y el diario oficial venia acompañado de una carta que invitaba al jóven juez á ir á tomar cuanto antes posesion de su destino. Por otra parte M. Dufaux habia recibido las mejores informaciones sobre la posicion y fortuna de Sir Enrique Ferguss, que cada dia se complacia mas en la sociedad de Emma. El anciano marino veia al fin aproximarse el dia en que se realizáran sus mas caros votos, y asi fuese contento á almorzar.

Era ya mas de medio dia cuando Gustavo apareció en el salon.

Ah! vos ya aquí, caballerito, le dijo M. Dufaux con tono medio risueño medio enojado, mas vale tarde que nunca.

—Pasóseme la hora esta mañana cazando, respondió Gustavo, que ahogaba un bostezo como un hombre que acabara de despertar.

– Bien, bien, otra vez hablaremos de caza y pesca, por ahora sígueme á mi gabinete, donde tengo que hablarte de negocios sérios, muy sérios.

—Siguióle Gustavo, y cuando se hallaron sentados en la pieza que el digno propietario llamaba gravemente su despacho, el padre mostró al hijo el ejemplar del *Moniteur* y la carta del ministro.

M. Dufaux frotábase las manos en tanto Gustavo leia.

—Qué tal? Ha sido mas pronto de lo que pensábamos. Mis amigos se co-

noce han ganado por asalto tu nombramiento.

—Les estoy agradecido, respondió Gustavo.

—Sin duda, replicó M. Dufaux sin parar su atencion en la pequeña mueca con que su hijo acompañara sus palabras. Es preciso que inmediatamente escribas una carta dando las gracias al ministro; toma, ahí tienes plumas y papel.

M. Dufaux cediendo el sillon á su hijo empezó á pasear por el cuarto soñando para su hijo la cartera de la justicia.

—Veamos cómo has redactado eso, dijo al tomar la carta firmada ya por Gustavo. ¿Pero qué significa esto? Una dimision.

—Sí, padre mio, no tengo aficion á la magistratura, y no me siento con fuerzas para ejercer esas eminentes funciones que piden un celo, una aptitud y una gravedad que no poseo: no quiero engañar la confianza del ministro.

M. Dufaux ahogábase de cólera. Al fin poniéndose ante Gustavo á la manera de Ciceron delante de Catilina:

—Hasta cuando abusarás de mi paciencia?

—Dios mio, apresuróse á contestar el jóven; cuanto vais á decirme ya lo sé; pero puedo por ventura cambiar mi naturaleza? Vd. tiene bastantes bienes para sus dos hijos: no soy ambicioso, y todo lo que deseo es vivir siempre aquí, á vuestro lado, en este hermoso pais, bajo este azulado cielo. Siéntome muy aficionado á los trabajos campestres, y me parece que si la dicha está en alguna parte debe ser aqui, en estos campos sembrados de flores.

Esta pastorela no parece hizo gran impresion en el ánimo de Mr. Dufaux.

—Es decir, esclamó, que preferis á un trabajo honroso y regular el placer de pasear por los campos dia y noche, de noche especialmente? Pensais por acaso, caballerito, que no sé vuestros pasos?

—Que, padre mio, suponeis.....

—Supongo la verdad; he podido cerrar los ojos sobre vuestros nocturnos paseos con lady Lovely, en tanto creí no podian comprometerme vuestro porvenir; pero ahora que esta locura os hace olvidar vuestros deberes, sobre poner un término....

Viendo que no podia disimular mas largo tiempo, Gustavo tomó el partido de confesar la verdad.

—No haré un misterio de mis sentimientos hácia Lady Ana Lovely, y creóla digna de inspirarlos á todo hombre de honor.

—Bien, seguramente; y cómo se os ha venido tan bella pasion?

—Como nacen todas, padre mio, por casualidad. Una noche del mes de Julio, al atravesar ese bosque que veis desde esta ventana alcancé á distinguir un velo verde que flotaba entre los árboles; la curiosidad me impulsó á marchar en aquella direccion y halléme bien pronto en presencia de Lady Lovely sentada en un banco de cesped, y teniendo sobre sus rodillas un libro de poesía que no leia.

—Bravo

—Y qué hicísteis despues de tan pintoresco encuentro?

—Claro está, recorrí el bosque el dia siguiente á igual hora, no tardando en descubrir el velo verde; el dia siguiente y los demás aconteció lo mismo, y cuando el sol desaparecia en occidente perdiame en el bosque.

—Y no volviais hasta que el sol volvia á nacer. Hé aquí un buen modo para pasar el tiempo!

—Es por ventura tan gran crimen pasearse al incierto lucir de la luna?

—Y reventar á mis pobres caballos. Pues bien, caballero, una dama no se pasea de noche con un jóven cuando se respeta un poco.

Mistress Lovely tiene todas las trazas de una aventurera.

—Oh! padre mio, esclamó vivamente Gustavo, podeis hablar asi de una señorita que es tan virtuosa como bella.

Si tuviera la virtud que dices, hace mas de un mes que el casamiento hubiera sancionado vuestras relaciones.

—Si, sin duda; pero razones de familia no le permiten consentir en el cumplimiento de mis mas ardientes deseos.

—Bah! bah! cuentos y no mas: en semejantes circunstancias no hay razones de familia, todas las razones del mundo no son mas que malos pretestos. Además, ahorradme largos discursos demostrándome sus raros méritos; yo no la conozco, y esto basta para que no consienta sea vuestra esposa. Lo mejor que teneis que hacer es olvidarla.

—Jamás, padre mio.

Cómo se entiende, esclamó Dufaux tirando del cuello de su camisa; la olvidareis, os digo. Oh! yo tengo mucha esperiencia de estas cosas; antes de casarme con tu madre tambien tenia yo..... pero dejemos esto, me retiro, porque no quiero encolerizarme, quemad esa carta: haced vuestro lio y no hablemos mas. Tengo que ocuparme de otras cosas de que mas tarde te daré aviso.

Cuando Gustavo se encontró solo corrió al jardin muy encolerizado contra Andrés, á quien acusaba de haberlo vendido.

Hallólo muy ocupado en podar unos arbolitos; porque en su cualidad de factotum, Andres ayuda de cámara, cochero en caso de necesidad, era tambien jardinero en sus ratos perdidos.

—Ah! hete aquí, buena pieza, esclamó Gustavo al verlo.

—Perdon, señorito, ya me esperaba vuestra visita y vuestro discurso. Sé á fe mia, cuanto me vais á decir; pero si hubierais estado en mi lugar, habria querido ver lo que haciais.

—Sí, sí, pillastron...

—Escuche V. Entre la puerta y una buena bolsa no he dudado, pero no se incomode V. y escúcheme. Podia esto durar mucho tiempo? Por mi parte yo no podia mas: hacer la centinela de noche, rondar por los campos, cojer costipados, y trabajar de dia para descansar, no era á la verdad buen oficio. Por mi fe, yo no estoy enamorado para esto: así, dado que esto tenia que concluir, mas vale hoy que mañana. V. ganará tambien en ello, conociendo al fin los sentimientos de esa señora. Mi opinion es, salvo vuestro respeto, que cuando una muger quiere á un hombre, se lo dice francamente, se abrazan y se van á casar á la iglesia ó á casa del alcalde. Yo no comprendo todos esos discursos que os relata cuando voy detrás de VV. Un sí, ó un no, es lo mejor y mas claro. Si me creeis, lo mejor es ir al bosque que ya conoceis y esplicarse...

La familiaridad de Andres estaba esplicada con su situacion: era hermano de leche de Gustavo, y cuando niños habian jugado juntos. Gustavo hizo caso de las reflexiones de su amigo, y conociendo que lo mas prudente era tomar un partido, echó á correr en la direccion del bosque.

Miróle Andres alejarse, y cuando le hubo perdido de vista siguió arreglando sus plantas de claveles.

Así á lo menos dormiré esta noche, dijo filosóficamente.

Entretanto habia tomado Mr. Dufaux el camino del pabellon, y cruzando una calle del jardin tropezó con su hija que caminaba lentamente con la cabeza inclinada.

—Buenos dias, señorita, le dijo alegremente al antiguo amador: he arreglado los negocios del hermano, ahora vamos con los de la hermana, que no me parecen muy dificiles. M. Dufaux sin dejar de decir, le dió una palmadita en el carrillo, le besó, y continuó su camino hácia el pabellon donde divisaba á sir Enrique Ferguss, sentado y con la cabeza apoyada en las manos.

Cuando estuvo á pocos pasos alzó Emma los ojos; lloraba perlas que caian sobre su seno agitado; miró á su padre y dijo meneando la cabeza. Esta mañana era dichosa, ahora no puedo serlo!

Si algun cazador matutino hubiera salido á la pradera al dia siguiente, habria encontrado á Gustavo que pisaba la yerba empapada de rocío, lentamente, con las manos en los bolsillos y doblada la frente al suelo. Se paraba á menudo, miraba al cielo, rojizo con los fulgores del alba, y echaba á andar otra vez sin hacer caso del esplendente espectáculo del dia naciente.

—Es cosa estraña, decia, muy estraña! Será preciso que sea sustituto; y he de renunciar á toda esperanza?

Cuando llegó á la orilla del arroyo, saltó como lo habia hecho Andres el dia anterior sin servirse del puente.

Andres estaba podando unos rosales junto al pabellon.—Vamos! señorito, qué hay? le dijo dejando las tijeras.—Qué quieres que te diga, hijo, lo mismo hoy que ayer.—Se ha negado?—No del todo.—Aceptó?—Enteramente no.—Entonces qué ha hecho?—Un larguísimo discurso. Parece que no puede. Mistress Lovely no será nunca mi muger; pero siempre será mi amiga.—Ya! y es eso cuanto habeis alcanzado? Nada mas! Pero lo que mas me irrita es que no he podido lograr que se enfade. Cuando iba yo á enojarme, ella me daba á entender que hacia mal, y así se ha pasado la noche.—Por vida de..., señorito, que debeis dejarla ya. Otra vez pasareis mejor el tiempo.—Qué quieres que haga?—Bah! estais cansado, dormid, y el sueño todo lo con-

suela. Cuando Madelona la gorda me dejó por Periquillo, me fuí á acostar, y al dia siguiente me desperté alegre como unas sonajas.

Encojióse de hombros Gustavo al oir esta leccion de filosofía y se puso á pasear por el jardin meditando. Pero en el momento mismo en que iba á pasar por los plátanos que sombreaban la puerta de la casa, le sacó bruscamente de sus meditaciones la voz de M. Dufaux.

—Es milagro que volvais ahora, esclamó su padre presentándose á su vista; es una conducta muy arreglada para un magistrado; pero ya hablaremos de eso en otra ocasion. Os he estado esperando toda la noche, señorito. No sabeis lo que ha ocurrido aquí mientras que ibais no sé dónde y con no sé quién?

—Pues qué hay? Preguntó vivamente Gustavo, á quien inquietaban el acento y gesto de su padre.

—Lo que hay es, que desde que habeis desaparecido para seguir vuestros pasos amorosos en los bosques, toda la casa anda aquí revuelta y de arriba abajo. Vuestra hermana Emma está llorando que se me parte el corazon. La pobre muchacha no se queja; pero su silencio y sollozos ahogados me causan un pesar espantoso.

—Pero qué le ha sucedido esclamó Gustavo seriamente alarmado esta vez.

—No comprendeis. Ese M. Ferguss que nos presentásteis y que recibimos bajo nuestra palabra, es un miserable. Despues de hacerse amar de vuestra hermana, ha rehusado su mano; la ha rehusado cuando yo se la ofrecia cordialmente.

—Pero qué razones ha alegado?

—Qué sé yo? Razones vagas, razones de familia, como las que dio Lady Lovely! Miserables subterfugios que no he querido escuchar. Y ahora qué haré para consolar á Emma? pobre muchacha!

M. Dufaux, dominado por la conmocion se acercó las manos á los ojos, y vió Gustavo filtrarse lágrimas por entre los dedos.

—Si no puedo consolarla, sabré al menos vengarla, esclamó temblando. M. Dufaux se lanzó á contenerle; pero su hijo iba ya lejos.

De repente formara Gustavo su proyecto. Queria una satisfaccion á toda costa; y aunada con su cólera la exasperacion que la repulsa de Lady Lovely encendiera sordamente en su alma, crecieron de punto, y con el deseo mas ardiente de venganza llegó á casa de sir Enrique Ferguss.

Cuando se presentó en casa del jóven inglés, estaba sir Enrique sentado escribiendo.

Levantóse con precipitacion, y una rápida sonrisa iluminó su rotro alterado por sombría tristeza, y saludando al hermano de Emma, le señaló con el ademan una silla que Gustavo rehusó inclinándose con frialdad.

—Esperaba vuestra visita, querido Gustavo, dijo el jóven isleño, y con todo os estaba escribiendo. Me creereis muy culpable?

—Se me figura, caballero, respondió Gustavo, que despues de vuestra singular conducta pareceis eso mismo á todas las personas de honor. Tengo derecho para pedir una satisfaccion, y la ecsijo.

—Bien, replicó sir Enrique; no me niego á vuestro deseo; pero antes de rompernos la crisma, me permitireis que os dé algunas esplicaciones.

—Para qué?

—Es que me importa no pasar plaza de píllo!

—Difícil seria ya.

—Oid, Gustavo! podeis matarme despues de haberme oido: no me insulteis de antemano. Supongo, añadió despues de una pausa, que M. Dufaux no os ha esplicado los motivos de una negativa que me ha desgarrado el corazon.

—Cómo habia de hacerlo? si no las ha oido!

—Por eso quiero dároslas. Escuchad pues: luego os dejaré en completa libertad de ajustar las condiciones del combate, si lo que voy á deciros no os satisface del todo.

—Hablad, pero sed breve.

—Me suponeis muy rico, Gustavo; lo parezco en efecto; pero la fortuna que disfruto no me pertenece todavia, ni me pertenecerá nunca. En realidad no tengo nada ó muy poco: mis riquezas aparentes producen de una herencia que me dejó un tio, viviendo y siendo mayor general al servicio de la compañía de las Indias. Tenia este tio fama de muy original como ha acabado de probarlo por su testamento. Legaba toda su fortuna, tierras, rentas, contratos, á

mi hermana y á mí, sobrinos carnales; pero para entrar en plena posesion de esta riqueza inmensa, era menester que nos casemos uno y otro, simultáneamente el mismo dia, en el mismo parage, antes de tres años, con dos personas que fueran hermano y hermana como nosotros.

No pudo Gustavo contener una esclamacion.

—Os admirais, no es verdad? replicó Enrique: pues escuchad: si una de estas consideraciones no fuera observada, toda la hacienda del mayor general pasa á los colaterales. Al parecer no hay cosa mas fácil que cumplir la voluntad del testador; asi se me figuraba; pero pronto he conocido que era un error. Tres años hace que mi tio ha muerto; el término fatal espira dentro de pocos meses, y nos ha sido imposible á uno y á otro encontrar la ocasion favorable.

—Es singular, murmuró Gustavo respirando con dificultad.

—Una vez, una sola vez columbramos el momento de consumar el doble himeneo. Pero la víspera del dia fijado para la ceremonia, mi futura, empapada en lecturas romancescas, se ha dejado robar bonitamente por un estrangero que se fingia príncipe italiano. Desde entonces solo he tropezado con obstáculos y dificultades: la casualidad deshacía lo que la casualidad habia comenzado. Deseando casarnos para conservar esa fortuna, queria sin embargo contraer un enlace de inclinacion, y esta pretension nos ha perdido. En una palabra, al cabo de dos años de pesquizas infructuosas, hemos conocido que las condiciones del testamento eran inejecutables.

—Y qué ha sido de vuestra hermana?

—Fatigada de las incomodidades de nuestra posicion, ha llegado á renunciar á una boda que como á mí la parece imposible. Se ha espatriado, ha mudado de nombre y está viajando por Italia. Hace algun tiempo que no he recibido noticias suyas, y en la última carta me noticiaba su proyecto de venir á establecerse en Francia: no sé si lo habrá egecutado. Ya veis que si he rehusado la oferta de M. Dufaux para aceptar la mano de Emma, ha sido porque el honor prescribia dejar concluir el plazo, aunque el amor no permitia hacer estas reflexiones cuando vine á fijarme á vuestro lado. Ahora que sabeis mi historia, quereis que nos batamos todavia?

—Mas bien creo, esclamó Gustavo alargándole la mano, que todos vamos á casarnos. Sí, querido, continuó riéndose del asombro de sir Enrique, es imposible que dos testamentos tan originales ecsistan á la par en Inglaterra, y corro á cerciorarme. El corazon me dice que seremos cuñados: marchad, sir Enrique, marchad á ver á mi padre: allá estaré yo dentro de un instante con vuestra hermana, con mi muger.

Escapó Gustavo corriendo, dejando á sir Enrique inmóvil de asombro; pero en la dicha se cree fácilmente, y sir Enrique, impelido por un sentimiento inesplicable, se encaminó al pabellon.

Allí encontró á Emma que habia ido á ocultar sus penas donde hasta la víspera se viera tan dichosa. Fácil se comprende lo que pudieran decirse. El corazon de Emma se abrió á la esperanza que sir Enrique anunciaba, y ya no se trataba de separacion y olvido cuando apareció Gustavo, conduciendo alegremente á Lady Lovely del brazo.

—Cuando yo decia que era vuestra hermana, gritó. Ves cuanto hemos trabajado por ser felices, cuando hace tres meses que teniamos á la puerta la felicidad.

Enteraron á M. Dufaux de lo que habia, quien abrazó á su nuera con regocijo.

Pero á fin de que ninguna circunstancia imprevista pusiese nuevos obstáculos á su doble mision, tal prisa se dieron á hacer los preparativos, que la isleta de Hyeres contaba dos matrimonios mas, antes de trascurrir quince dias.

M. Dufaux se estregaba las manos volviendo de la iglesia.

—Confieso, decia, que la casualidad hace grandes milagros, pero un hombre prudente no debe fiarse, y si Lady Lovely no hubiera sido miss Ferguss, lo mismo se hubiera quedado mi hijo sin destino.

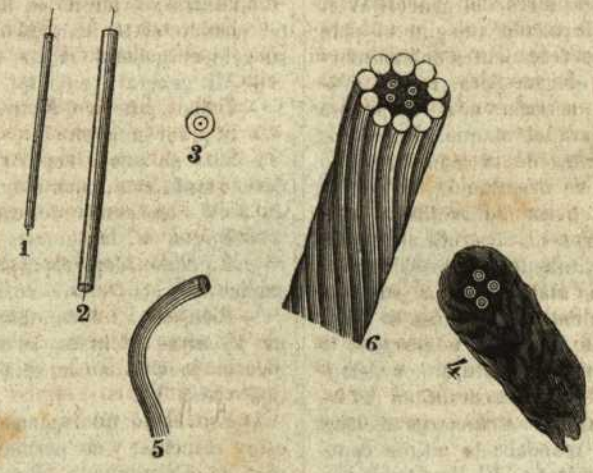
D. A.

TELEGRAFO ELECTRICO-SUBMARINO.



Conocido es ya de todos el establecimiento del telégrafo eléctrico-submarino entre Calais y Douvres, que hace tiempo está funcionando, como tambien el accidente sobrevenido á su colocacion por ser corto el cable que encerraba el conductor eléctrico, accidente que se remedió inmediatamente en la misma mar, añadiendo lo que faltaba de cable hasta la costa de Francia. El aparato, aunque de un trabajo maravilloso, es bastante sencillo, como puede verse por los grabados que acompañan á estas líneas.

El cable de alambre en el cual va encerrado el conductor eléctrico, ha sido fabricado en el espacio de tres semanas, por medio de una máquina inventada al efecto por el ingeniero inglés M. Fonwick. Por este medio se confia preservar el hilo conductor de los accidentes que hicieron fracasase el primer experimento que se hizo con un simple alambre metido en una envoltura de gutta-percha. En la actualidad corren en el fondo del mar á todo lo ancho del estrecho, cuatro hilos, con un doble forro de gutta-percha, y cubiertos estos con el cable. Dichos forros se hallan igualmente cubiertos con una tela preparada en una composicion de brea, sebo, &c. Al parecer nada puede destruir este aparato defensivo; y la comunicacion telegráfica eléctrica-submarina entre Francia é Inglaterra está asegurada.



Núm. 1. Primer forro de gutta-percha.
Núm. 2. Segundo que cubre al primero.
Núm. 3. Corte del forro núm. 2.
Núm. 4. Hilos en el forro de tella embreada.
Núm. 5. Alambre galvanizado.
Núm. 6. Cable hecho de alambre galvanizado.

EL BASTON DE FEDERICO I.



Poco tiempo despues de la guerra de sucesion bábara (1773) debia ejecutarse en Silesia una maniobra de caballeria, cuyo plan habia sido concebido por el mismo Rey: ocho regimientos debian concurrir á ella y los valientes húsares del general W... formaban el ala izquierda. Segun el plan del Rey todos estos regimientos debian marchar en direccion oblícua para tomar despues en columna cerrada y á escape un punto designado para el ataque. Desde los primeros movimientos de la maniobra uno de los regimientos se desordenó, la confusion se introdujo en las demas filas y apesar de los esfuerzos de los oficiales para regularizar el movimiento y restablecer el órden salió mal la maniobra. En su consecuencia el regimiento de húsares de W.. que formaba el alá izquierda y cerraba la marcha, desfiló como era natural por delante del Rey en un completo desórden; el teniente Maurer, uno de los mejores oficiales de aquel cuerpo, mandaba la ultima compañia de este regimiento. El Rey habia visto aquel desórden con una indignacion que crecia por momentos, y segun costumbre el último oficial pagó por todos. Federico dirigió precipitadamente su caballo hácia el teniente Maurer con el baston levantado como en accion de pegarle. El teniente se libró de la cólera del Rey, metiendo espuelas á su caballo aunque le persiguió algunos minutos.

El furor de Federico no tardó en calmarse, y mandó que de nuevo empezase la maniobra; pero aquella vez dió órden que el movimiento se operase sobre el flanco izquierdo, de modo que el regimiento que estaba á retaguardia se halló á la cabeza.

Todo se ejecutó perfectamente, y el Rey quedó satisfecho.

Apenas volvieron los húsares á su cuartel cuando el teniente Maurer se presentó á su gefe el general W... y le dijo:

—Mi general, pido mi retiro.

—Usted, querido Maurer? ¡es posible!

—Si, mi general.

—Eso no puede ser, y no debo concederlo, tanto mas, cuanto que le he nombrado á V. mi ayuda de campo.

—Doy á V. las gracias, mi general, pero no puedo aceptarlo; pido mi retiro y le suplico á V. lo apoye con S. M.

—Piénselo V. bien, amigo mio, no tiene V. otros recursos, el conseguir un empleo en lo civil no le será á V. fácil, ¿de qué vivirá V?

—Eso es lo que menos cuidado me da, estoy resuelto, y no permanezco un instante mas en el regimiento. Razones poderosas me obligan á obrar asi.

—Pero cuales son?

—El Rey me ha amenazado hoy con un baston, y no ha sido poco el haberme li-

brado de un tratamiento que me hubiera deshonrado para siempre; el regimiento ha sido testigo de esta escena, y no me estrañaria que ningun oficial quisiese alternar conmigo en adelante.

—Está bien, le dijo el general dándole la mano, pero le ecsijo á V. que no dé ningun paso. El Rey ha obrado mal, pero tiene tantas cosas en la cabeza que.... espere V. hasta mañana.

Maurer lo prometió, añadiéndole que insistia en su designio.

Aquella noche habia gran reunion en palacio, el general W... á quien Federico estimaba mucho asistió á ella, y se hallaba enfrente del monarca; se habló de la maniobra, que si bien se habia hecho mal en un principio, se ejecutó despues perfectamente, porque el regimiento de W... habia tomado buena direccion: se elogió al regimiento y al general, y este despues de dar las gracias, dijo: «Es sensible que esta maniobra me cueste el mejor de mis oficiales »

—Cómo así? preguntó el Rey.

– El teniente Maurer, á quien V. M. elevó al grado de oficial sobre el campo de batalla en la accion de Burkersdof, pide su retiro.

—Su retiro! y por qué?

El general contó entonces el hecho con la mayor franqueza.

El Rey guardó silencio algunos minutos, despues dirigiéndose al general le dijo: Con que es un buen oficial?

– Si señor, escelente.

—Está bien! y despues de una breve pausa mudó la conversacion.

A la mañana siguiente las tropas debian maniobrar de nuevo, los regimientos se escalonaron, y Maurer se hallaba á la cabeza de su compañía, cuando el Rey se acercó á él.

– No te llamas Maurer?

– Sí.

—Escucha, añadió el Rey con tono cordial y benévolo desentendiéndose de aquel modo brusco, ten entendido que ya eres capitan, yo quería decírtelo ayer, pero me fue imposible el alcanzarte, porque corrias como un endemoniado.

El teniente ya no pensó en su retiro.

D. A.

JUBILEO.



La palabra jubileo viene de raiz hebrea *jobab*, que significa *gritar de alegria, saltar, orar*. Los judíos habian dado este nombre al año de su jubileo, porque al principio de este año, solemne entre todos, los levitas recorrian las tribus, las ciudades y las aldeas de la Tierra Santa, anunciando la buena nueva con trompetas de oro, en forma de cuerno de ariete, en memoria del carnero que inmoló Abraham en lugar de Isaac en el monte Moria. Ademas, no se limitaba á esto el uso de las diversas trompetas, pues servian en las grandes ceremonias, tales como la fiesta de la espiacion, la de los tabernáculos, la de la Pascua, y se usaban igualmente en los combates en el momento decisivo. Este medio fue el que empleó Josué para animar á los soldados contra los cananeos.

Mucho se ha escrito sobre el lugar y el tiempo en que se instituyó el jubileo; sobre lo cual estan muy desacordes los autores. Fundándose algunos en el capítulo 2.° del Génesis, en dónde se dice que Dios descansó despues de su obra grande, le hacen remontar al principio del mundo, y al séptimo dia de la creacion que fue el dia primero de descanso. Unos le colocan á la entrada de Noé en el arca, y otros pretenden que el primer jubileo se celebró por Abraham, despues de la derrota de los cinco reyes y la libertad de su sobrino Loth. Estas opiniones y otras muchas mas, no estribando sobre ningun testo de la Escritura, ni estando apoyadas por razon ninguna aun especiosa, no se han tomado en consideracion. El sistema que ha prevalecido es del que coloca el establecimiento del jubileo en el mes de setiembre de 2544, 1500 antes de Cristo, es decir, cincuenta años despues de la entrada de los hebreos en la tierra de Canaan.

Los judios contaban siete semanas de años, y al cabo de estas llegaba el jubileo. Aquí los autores han suscitado una nueva dificultad; componiendo siete veces siete el número de cuarenta y nueve, han preguntado si el jubileo seria el año 49 ó 50. La dificultad no es séria, porque la ley es formal en ese punto. Se dice efectivamente en el versículo 1.° del cap 25 del Levítico, que Dios ordena se santifique el año quincuagésimo, *porque es el año del jubileo*. Está claro, por consiguiente, que el año del jubileo era distinto del 49. Hay ademas la opinion unánime de los judios, que son autoridades muy competentes en la cuestion. Maimonides dice en el capítulo 10:

El año del jubileo no entra en la cuenta del 49: al quincuagésimo es el jubileo, y el quincuagésimo primero es el primero de los siete siguientes. Rabbí Menachem dice la misma cosa, en su tratado sobre el Levítico: *El cuadragésimo nono es el año de descanso, y el quincuagésimo el del jubileo.* No es este el lugar de esplicar en qué se distinguia del jubileo el año de *descanso*, que volvia cada siete años, contando desde la posesion del pais de Canaan.

El jubileo, pues, se publicaba al ruido de la trompeta, el año quincuagésimo, el dia décimo de Tirzi (Setiembre) segun Saliano. Dábase la órden por el sanhedrin, y esta órden, dice Maimónides en el capítulo 10 de su tratado, debia egecutarse por todo el mundo; es decir, que todo hebreo debia tocar una trompeta todo el dia 10 de Tirzi, que era el dia de propiciacion. Esto es lo que ha hecho decir á Juriano en el capítulo 22 de su historia, que en este dia se debia oir un hermoso ruido en toda la tierra de Canaan.

El jubileo, que daba á los hebreos grandes privilegios, les imponia tambien numerosas obligaciones. Este año no se labraban ni sembraban las tierras. Los campos, las viñas, los árboles, quedaban sin cultivo; y por la ley que decia: *No sembrarás tu campo ni podarás tu viña*, se prohibia no solo labrar un campo, sino quitarle las piedras, y ponerles setos ó vallados; podar los árboles, recojer sus hojas, cubrir las plantas y resguardarlas del frio, de las aves y de los insectos. Lo que la tierra, asi abandonada producia sin cultivo, era comun para todos los habitantes del pais.

Los dos grandes privilegios que nacian del año del jubileo, el año de la alegria, el *año aceptable*, era la libertad de los esclavos y la vuelta de las propiedades á sus antiguos dueños.

El décimo dia de Tirzi, en el momento en que la trompeta anunciaba el jubileo, todos los esclavos hebreos quedaban puestos en libertad, en toda la estension de la Tierra Santa. Aunque la manumision de hecho no se verificase sino el dia décimo, los esclavos eran libres de derecho desde el primero; y lo prueba el que durante los nueve dias, se reunian para beber, y recorrer las calles coronados de flores.

En cuanto al retorno de las propiedades á sus antiguos dueños, retorno que se verificaba, aun cuando hubiese cambiado muchas veces de mano desde el dia de la primera venta, los autores judíos lo esplican diciendo, que los hebreos habian pensado siempre que la propiedad de la tierra, pertenece solo á Dios; y que nunca se habian considerado sino como usufructuarios. Estaba pues entendido, que no se compraba sino el usufruto, el cual, naturalmente, tenia mas ó menos valor, segun lo distante que estaba el dia de la ventana del del jubileo. Sin embargo habia contratantes estipulaban por un número de años que escedian á los del jubileo, y en este caso, dice el Maimónides en el capitulo 10 de su tratado del descanso y del jubileo *la venta era valedera: el que vendia su campo por* 60 *años no lo recobraba en el jubileo*, porque *solo las cosas vendidas por venta pura y simple eran las que volvian á sus dueños.*

Esta ley del retorno de las propiedades á sus antiguos dueños, tenia por objeto restablecer cada 50 años la tierra de Canaan en su primera division hecha por Josué. Pero habiéndose multiplicado las familias, y divididas al infinito las propiedades, y debiendo volver una heredad despues de 50 años á todos los herederos del vendedor, resultaron de aqui inesplicables complicaciones. La cosa duró á pesar de eso hasta la cautividad de Babilonia. Pero despues de esta cautividad, mezcladas, dispersas y diezmadas las tribus y las familias, la vuelta al antiguo estado de cosas fue imposible; de modo que desapareció el jubileo, y al mismo tiempo la manumision de los esclavos y el abandono de la tierra. Partiendo desde el *segundo templo*, como dice Maimónides, el jubileo quedó solamente para el uso del computo ó suputacion, es decir que se contaban siete semanas de años, en seguida el año quincuagésimo, y despues se volvia á empezar por uno hasta siete.

El jubileo establecido por los Papas no se parece al de los hebreos.

El jubileo de los católicos es una indulgencia plenaria y general. Y hay que inferir de aquí, que el jubileo, como hoy se practica, remonte á los primeros siglos de la era cristiana. Se encuentran ejemplos numerosos de indulgencias dadas por los Apóstoles, y en particular la concedida por San Pablo al corintio incestuoso, y de la cual se habla en el versiculo 10 del capí-

tulo 2.° de la epistola á los corintios. Bonifacio III, electo Papa en 606, dió indulgencias plenarias á los caballeros de san Juan de Jerusalen, y san Gregorio, electo el año 590, las hizo estensivas á todos los que iban á visitar las iglesias de Roma.

Mecerai (compendio cronológico de la historia de Francia), encuentra en los juegos seculares de los romanos en honor de la fundacion de Roma, el orígen de estas indulgencias Pretende que, aun despues de la abolicion del paganismo, conservaron los pueblos la costumbre de dirigirse á Roma el año primero de cada siglo, pero que entonces visitaban los sepulcros de san Pedro y san Pablo. Los Papas alentaron estas grandes peregrinaciones.

Para hallar la institucion del jubileo que conocemos, es menester llegar á Bonifacio VIII, en el año 1300. La palabra *jubileo*, sin embargo, no fue empleada, ni por este Pontifice, ni por los Papas que le sucedieron. Sixto IV, electo Papa el año de 1471, fue el primero que por una bula publicada el año de 1473, denominó asi á la indulgencia plenaria y general concedida por sus predecesores.

Bonifacio VIII, habia querido que la gran indulgencia no se hubiese concedido sino al fin de cada siglo; pero Clemente VI, considerando que pocas gentes de las que nacian al principio de un siglo veian su fin, y además que el jubileo se hacia cada año quincuagésimo, que era un año de remision, ordenó en 1342, que el jubileo se celebraría en adelante cada cincuenta años.

Gregorio XI que le sucedió en 1370, creyendo que el transcurso era demasiado largo, lo redujo á treinta y tres años, que era la edad que tenia Cristo cuando murió. Pero su bula quedó sin efecto, porque el Papa, muerto antes del año que habia prefijado, Urbano VI, que le sucedió en 1378, no concedió el jubileo el año 1383, que era el trigésimo tercero desde el jubileo de cincuenta años que Clemente VI, habia hecho celebrar en 1350.

Cincuenta años despues, es decir, en 1400, Bonifacio IX dió un nuevo jubileo, y las cosas siguieron así, conforme á la órden de Clemente VI, hasta Paulo II, que redujo á veinte y cinco años el plazo de un jubileo á otro. Desde entonces, es decir, desde mas de trescientos años hace, no se ha cambiado en nada la órden de Paulo II, y los Papas han dado con regularidad un jubileo cada veinte y cinco años.

El último que se ha celebrado en el mundo católico, es el de 1826, bajo el pontificado de Leon XII.

No hablemos del que hubo en 1847, al advenimiento de Pio IX, y que duró cuarenta dias, desde el 16 de Marzo hasta el 24 de Abril. Estos jubileos, que los Papas tienen costumbre de conceder el año de su consagracion, propiamente hablando, no son jubileos; son únicamente indulgencias plenarias que dan en forma de jubileo; *ad instar jubilæi*, como dice Sixto IV en su bula 1473.

Los hechos que preceden, no tienen mas valor que el interés histórico que escitan.

D. A.

LA ULTIMA ENTREVISTA.



En 1259, el Emperador Toedoro Lascaris yacia moribundo en su lecho, con un hábito de religioso y las manos unidas sobre el pecho.

Reconciliado con Dios, se hallaba dispuesto á la muerte, y disgustado de las grandezas humanas, no la hubiera temido sin el pensamiento de su hijo Juan, pobre niño de edad de nueve años, cuya débil cabeza no podria sostener la pesada diadema de Nicea.

El Emperador lloraba, porque necesitaba de una persona que sostuviese la corona en la cabeza de Juan, y solo veia á su lado enemigos.

Jorge Acropólito, no podia haber olvidado que por órden del Emperador habia sido azotado como un esclavo.

Musalon habia sido arrojado del consejo á puntapies.

Miguel Paleólogo... Oh! si olvidase una noche funesta..... quizá la olvide, porque solo esta vez se habia mostrado cruel el Emperador con Miguel.

—Decid á Miguel Paleólogo que quiero hablarle, gritó Teodoro Lascaris á los guardias.

Uno de ellos fue en su busca, volviendo bien pronto con Miguel Paleólogo.

Era de noche: una lámpara alumbraba tan solo la tienda del Emperador, y agitada sin cesar por el aire, apenas despedia algunos resplandores. Dos mugeres y un sacerdote, arrodillados junto al lecho velaban por el enfermo. Cuando Teodoro vió aparecer la alta estatura de Miguel, les hizo una seña para que se retirasen, y estos dos hombres permanecieron silenciosamente mirándose uno á otro.

El Emperador rompió el silencio para preguntarle:

—Miguel ¿me aborreces?

—Si.

—Y á pesar de eso te llamo en mis últimos momentos, para exigir de tí un inmenso beneficio.

—Beneficio que ningun otro podria hacerte! ¿no es verdad?

—Miguel, sabes que siempre te he querido.

Una sonrisa amarga é irónica se marcó en los lábios del Paleólogo.

—Miguel, no juzgues con tanta severidad mi conducta para contigo. Si algun dia reinases, sabrias qué desgracia es reinar, y al mismo tiempo cuan disculpable fuí poniéndote preso, cuando me decian: «*Quiere quitarte la corona, conspira contra tí, es jóven, elocuente, querido de la tropa.....*» Pero déjame acabar porque los instantes son preciosos. Escucha: Voy á morir, y dejo un hijo, pobre niño, sin amparo ni proteccion. A tí y á Musalon os nombro tutores suyos. ¿Aceptas este título?

—Le acepto.

—¡Y me juras en mi lecho de muerte, y delante de Dios que nos oye, que serás para mi hijo un padre tierno y desinteresado?

—Oyeme bien? Mañana en tus funerales, asesinarán por órden mia á Musalon y á su familia, para ser yo el único tutor de tu hijo. Dentro de ocho dias meteré á

este en un calabozo, á orillas del mar; y dentro de un año, haré que le salten los ojos con un hierro ardiendo.

El Emperador haciendo un esfuerzo sobrenatural, se arrojó de la cama á los pies de Paleólogo esclamando:

—Perdon! perdon para mi hijo! Vengate en mí, atraviésame con tu espada, pero ten compasion de él!

—¡Atravesarte con mi espada! moririas muy pronto!

—Oh! piedad! te lo pido por lo mas sagrado...

—Teodoro Lascaris, Dios es justo. En este calabozo donde morirá tu hijo, me has hecho estar tres años. El hierro ardiendo que saltará sus ojos, te ha servido para escitar á los gatos monteses que devoraban á mi hermana, metida en un saco lleno de estos animales.

—Pero..... este es un niño inocente!

—Aquella era una muger inocente!

—¿Y qué crímen ha cometido?

¿Cuál cometió mi hermana? No querer casar su hija con tu favorito Musalon. Has destrozado el corazon de una madre; yo destrozaré tu corazon de padre. Has asesinado á una muger; yo asesinaré á un niño. Te pago con la pena del Talion: es muy justo.

—Bien! esclamó Lascaris, aun soy Emperador y sabré hacerme obedecer. Guardias!

—Silencio, cadaver; no sabes que un Emperador moribundo no reina ya? Mas por qué le impido que grite? añadió quitando su pie: nadie acudirá, y si alguno viniese, á una señal mia le escupiria en el rostro. Y se sentó junto al lecho del Emperador.

Pasó una hora sin que se oyera otro ruido que el estertor del moribundo.

De repente, el estertor cesó y un movimiento convulsivo agitó el hábito de Teodoro.

Miguel se inclinó sobre el cadáver y le sacó del pecho el edicto del Emperador que nombraba tutores de su hijo á Miguel Paleólogo y á Musalon.

Soldados, esclamó: Teodoro Lascaris ha muerto, y desde este momento soy regente del imperio de Nicea, esta ha sido la última voluntad del Emperador.

—Viva Miguel Paleólogo! gritaron millares de voces.

Al dia siguiente, en los funerales del Emperador Teodoro Lascaris, asesinaron á Musalon.

Un año despues, en una fortaleza, á orillas del mar, le saltaban los ojos á un pobre niño que ni aun fuerzas tenia para defenderse de sus verdugos.

E. B.

UN NIGROMANTICO.

Pocos años hace que en un pueblecillo del Piamonte acaeció el suceso que vamos á referir.

Sentados al rededor del hogar de una posada algunos viageros, estrangeros la mayor parte, se entretenian en la conversacion que habia suscitado un jóven italiano que pasaba á Verona. Hablábase de cuentos y tradiciones populares, de apariciones y vampiros: el jóven italiano era un incrédulo que de todo hablaba para mofarse de todo, pero no habia reparado en el ceño adusto de un venerable anciano que arrellanado en un rincon le escuchaba con orgulloso silencio.

—Si, señores, acabó diciendo el italiano; las apariciones no son mas que unos entes de razon forjados por cerebros enfermos y delirantes...

Una voz tremenda le interrumpió:

—Jóven, esclamó el anciano con acento aleman, hay secretos que no te es dado penetrar; hay abismos que no puedes sondear. Las apariciones pueden ser reales y verdaderas.

—¿Quién me lo probará?

—Yo; ahí está mi bolsillo. Apuesto esa cantidad contra otra igual, á que te hago aparecer la persona que tu quisieres.

—Si fuera Rey apostaria mi corona, mi reino, mis palacios, todo...; pero no poseo nada, la cantidad que tengo en mi poder no iguala á esa suma, y por último, buen anciano, habeis puesto el bolsillo porque conoceis que nadie os lo igualará.

Al oir estas razones y sorprendidos los demas viageros por la singularidad de la apuesta, se apresuraron á reunir entre todos la cantidad necesaria que pusieron á favor del jóven. En pocos momentos todo estuvo dispuesto. El italiano fue encerrado en un cuarto de la posada, y el aleman con voz estentórea entonó una cancion en un leguage que nadie entendia.

—¿Qué ves? esclamó el anciano.

—Veo una sombra que se aglomera poco á poco junto á la ventana.

—¿Tienes miedo?

—No.

—¿Y ahora?

—¡Parece que la sombra toma una forma humana, y que se va acercando hácia mi!

—¿Tienes miedo? replicó el aleman rechinando los dientes.

—No, dijo el jóven algo turbado..... Pero ¡gran Dios!... ¡Es Alfieri! ¡el amigo que perdí en Verona!... ¡el mismo!... ¡se acerca á la mesa!... ¡toma la pluma!... ¡ha firmado!... ¡es su misma letra!... ¡Viene hácia mí con los brazos abiertos!... ¡me quiere abrazar!... ¡piedad!... ¡piedad!...

Todos los viageros pemanecian estupefactos y llenos de horror.

—Socorred á ese imprudente jóven, dijo el anciano; su vida peligra.

Todos se precipitaron en el cuarto, que olía á azufre; el italiano se habia desvanecido, y sobre la mesa habia un papel firmado por Alfieri.

Cuando el jóven volvió en sí, miró con ojos desencajados hácia todas partes. Dónde está el hechicero? preguntó. Voy á asesinarlo... El nigromántico se habia mar-

chado ya. Lleno de furor el italiano sale de la posada jurando buscarle y vengarse de él.

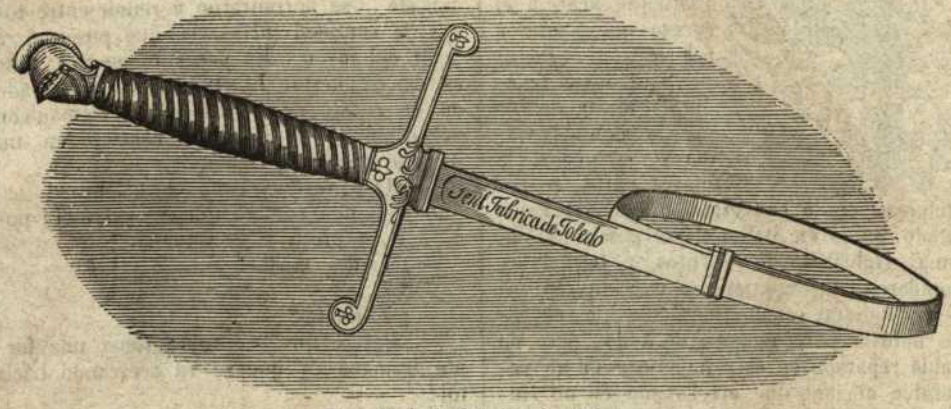
Los viageros quedaron mirándose unos á otros, y la posadera estaba consternada creyendo que habia hospedado al demonio en su casa.

Poco despues se supo que el aleman y el italiano eran dos solemnes bribones que se confabulaban juntos para limpiar bolsillos, inventando medios parecidos á la apuesta de que acabamos de hablar.

T. M.

ARMAS NOTABLES

PRESENTADAS EN LA ESPOSICION DE LONDRES.



Espada de la fábrica de Toledo.

Entre los diferentes objetos de la industria y de la fabricacion presentadas en la exposicion universal de Lóndres, la de las armas ha ocupado su lugar correspondiente, habiéndose presentado algunas muy notables, no solo por su excelente fabricacion cuanto por el lujo y valor de muchas de ellas, cuyas guarniciones y adornos han sido de los mas rico y bien trabajado que puede darse. Fabricantes de diferentes paises, han ido á competencia, y cada uno se ha hecho, notar por una especialidad: este por la baratura de las armas, aquel por lo bien acabado y riqueza de los adornos, el otro por la seguridad que ofrecen y excelente temple de las armas blancas.

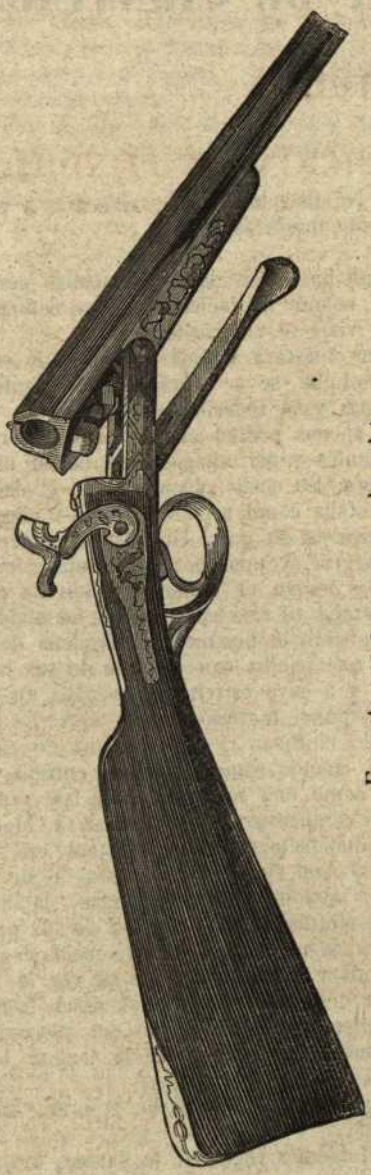
Bajo este último punto, nuestra fábrica de Toledo, ha sostenido su antigua nombradia, y bien sentada reputacion, presentando una espada, metida en su vaina y enroscada como una serpiente, sin perder nada de su fuerza ni de su elasticidad: tan fino temple ha llamado como debia la atencion. Ademas ha presentado algunos pares de pistolas, admirablemente ricas y bien trabajadas.

Mucho ha llamado tambien la atencion una escopeta que se carga por la culata, y cuyo grabado acompaña á estas líneas, como igualmente el de la espada de Toledo, y el de una *probeta* ó máquina para probar la pólvora. Cualquiera que sea el porvenir

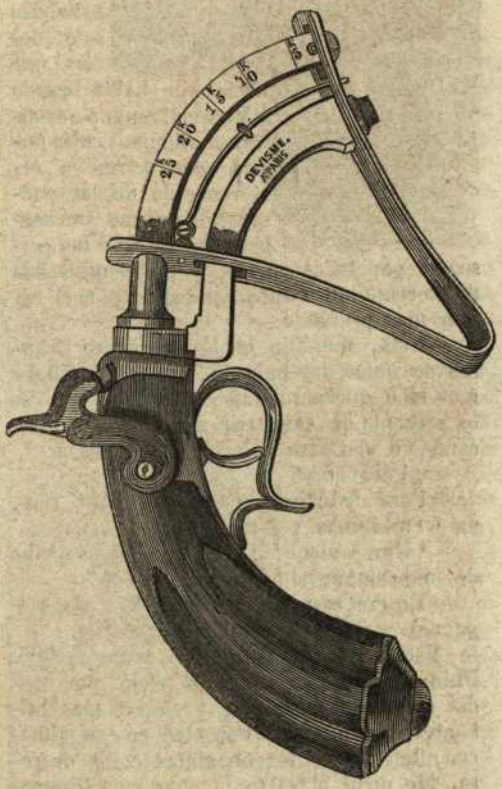
de este nuevo modo de cargar las armas, por la culata, es lo cierto que el nombre de M. Lefaucheux, se conservará en los anales de la armeria para designar este método. Aunque no ha sido el inventor, lo ha modificado y perfeccionado en tales términos, que sin duda le pertenece de derecho.

La opinion de los cazadores, y sobre todo de los ingleses, está aun dividida entre los dos sistemas; sin embargo, el nuevo de Lefaucheux gana terreno, militando á su favor, que el que lo ensaya una vez no lo abandona tan facilmente.

La invencion de la *probeta* pertenece á M. Devisme. Es un instrumento que todo cazador debia tener á su disposicion, y emplearlo muy á menudo. La pólvora es susceptible de mas faltas que las que se le atribuyen. Por otra parte, toda arma de fuego merece un estudio particular para saber fijamente la cantidad de pólvora que necesita, y nada ayudará mejor á este estudio que el ingenioso invento de M. Devisme.



Escopeta que se carga por la culata.



Probeta de M. Devisme.

UNA AVENTURA TRAGICA DE CARNAVAL.



Estaba decidido á no ir al baile. En solo dos dias que hacia que habia llegado á Venecia, ninguna aventura, ningunos celos podian conducirme á él: el recuerdo de las personas de quienes me acababa de separar me perseguia por todas partes, y desde mi salida de Portsmouth estaba combatido por el esplin mas profundo.

—Ireis, me dijo el jóven viajero frances de quien he hablado, ireis; no faltaba mas sino que perdiérais la ocasion que se os presenta de concurrir á un baile de máscaras en el teatro principal de Venecia.

—¿Para qué?

—Para divertiros, para ver, para reir, para embromar y ser embromado.....

—¡Embromado! ¿y quién diablos me ha de embromar, si nadie me conoce?

—En ese caso... disfrácese V., me respondió con una admirable sangre fria.

Esta salida me hizo reir, y me decidió. Fuimos á casa de un judío viejo que vendia trajes de máscaras, y elejí el mas brillante dominó que encontré en su almacen; tafetan verde con cintas color de rosa. Me dirijí al teatro, á cuyo aspecto renació mi alegria; estaba lleno de bote en bote. La juventud italiana comprimida durante todo el año, se entregaba con el mayor entusiasmo al goce de estas noches de delirio. Ni un solo soldado; máscaras y nada mas que máscaras.

. . . .

Aun no habia dado dos vueltas por el salon, cuando la prediccion de mi compañero de viaje se vió realizada.

Una máscara vestida de paje á la española antigua se acercó á mí. Su sombrerete gris y la redecilla que cubria su cabeza, apenas podian ocultar ni sostener los abundantes y perfumados rizos de su negra cabellera. Su cuello, blanco como el alabastro, estaba como sepultado en los pliegues regulares de su gola. Un vestido de terciopelo negro, y unas botas finísimas, cuyas espuelas tenian el brillo y sonido de oro, completaba su rico equipaje. Me he olvidado sin embargo de una magnífica cadena de pedreria que pendia con desaliño de sus hombros, y á cuya estremidad colgaba un lindísimo puñal morisco, oculto entre los pliegues del cinturon, y que brillaba de cuando en cuando como un arroyo entre la yerba ó como una serpiento entre las ramas; ambas comparaciones pertenecen á Moore.

Indudablemente esta máscara era una muger. Aun cuando la anchura de sus caderas, la comba de sus rodillas, la finura de su cintura, y la pequeñez de sus pies y sus manos no me hubiese convencido de ello, el temblor y la dulzura de su voz la hubieran descubierto cuando al pasar bruscamente su brazo por dentro del mio me dijo con el dulce ceceo de la lengua lombarda:

—¿Cómo te has hecho esperar, señor conde?

—Hablemos ingles si te parece, respon-

dí yo con osadía, y fuera títulos, que pueden oirnos.

Sin duda alguna con esta contestacion me aventuraba demasiado, pero no me quedaba otro recurso, porque el poco italiano que yo habia aprendido, y mi execrable pronunciacion (de la cual se habia burlado muchas veces la Malibran), me hubieran vendido infaliblemente. A pesar de esto no las tenia todas conmigo.

En efecto, al principio me miró con admiracion, pero al instante siguiente me dijo en muy mal ingles:

—Teneis razon.

Me es imposible dar una idea del placer que me hicieron esperimentar esas palabras.

—¿Quién, pues, os ha detenido? volvió á preguntar de nuevo el paje español.

—¿No lo adivinais?

—¿Habeis permanecido hasta ahora en palacio?

—Sin duda.

—Debiais haberme escrito.

—¿Podia yo acaso?

—Debiais haber podido, y no dejar que me consumiera esperándoos.

—Esa impaciencia me lisonjea.

—¡Qué simple estais esta noche!

—¡Y vos, qué hermosa!

—¡Ah! dijo ella volviendo la cabeza hácia otro lado con aire de fastidio: Guardad esas tonterias para vuestra esposa.

Mucho me alegré de saber que era casado. Mi bella incógnita continuó:

—Aseguran que es muy hermosa la condesa, ¿es cierto?

—¿Y qué os importa, con tal que lo sea menos que vos?

—Basta de lisonjas necias, y no mintais con tanto descaro.

—Confesad que esta noche á su lado os habeis olvidado de mí.

—Olvidado ¡ah!... (aquí me hizo mucha falta saber el nombre de mi desconocida) ¡Olvidado! ¿será preciso repetiros lo que tantas veces os he dicho? Y me metí en una elocuente y detenida comparacion entre el matrimonio y el amor, á los cuales consideraba yo como incompatibles. Hablé de la monotonía de los dias pasados al lado de una muger tonta y celosa, cuya fidelidad es un mérito, y cuyas caricias son un deber. Hablé de mi infeliz existencia y de mi esclavitud legal, cuyo único consuelo eran las horas demasiado cortas pasadas al lado de una hermosa é interesante amiga.

Durante mi discurso sentí mas de una vez el brazo de mi compañera que estrechaba convulsivamente el mio, lo que me pareció una consecuencia clara de mi profunda elocuencia; ¡qué de temores disipaba yo! ¡qué de agonías desparecian al encanto de mis amorosas palabras y espresivo lenguage! ¡cuán dichoso creia yo en aquel instante al corazon que palpitaba contra mi brazo! Sobre todo, (y en esta parte de mi improvisacion me detuve largo rato) sobre todo las alusiones picantes, las espresiones desdeñosas, y el inmenso sayo que le corté á mi esposa la condesa, produjeron en ella un efecto admirable. Se aproximaba á mí, se manifestaba ansiosa de estas demostraciones de ódio y desprecio, ponia su cabeza sobre mi hombro, y sus ojos, que brillaban con una alegría cruel, querian penetrar el sentido de los mios, escudriñar su espresion y no perder ninguno de sus movimientos. Me obligaba á repetir mis sarcasmos como la lisonja mas agradable para ella, se reía con frenesí, y me los hacia esplicar y comentar tantas veces como me lo permitia el temor de ser descubierto, que nunca me abandonaba.

Solo la torpeza ó el enajenamiento mental en que se encontraba mi compañera, me habian podido libertar de este peligro que cada vez era mas inminente; pero yo estaba ya decidido á seguir la aventura, porque mi pareja habia conseguido interesarme, y no era cosa de haber perdido el tiempo tan en valde. Asi es que me aproveché de la primer coyuntura favorable para decirle que estaba cansado. Si llegamos á estar solos, decia yo para mi sayo, y es necesario descubrirse, tendremos jarana sin duda, pero ¿quién sabe hasta qué punto puede llegar en una muger la sorpresa, la vergüenza, y el deseo de vengarse de un amante que no acude á una cita, y que probablemente la abandona por otra? A mas de esto, ella no opondrá gran resistencia, temerosa de un escándalo.

¡Dios sabe las deliciosas ilusiones que me hacia ver esta lógica de baile de máscaras!

—¿En qué pensais? me dijo bruscamente el paje español, tirando con violencia de mi brazo. ¿Os vais al vestuario? Venid por aquí.

Mi ignorancia me puso á pique de ser descubierto, pero no me fue difícil disculpar mi error por una distraccion, cuyo motivo fue acogido con una sonrisa encantadora.

—Tengo sed, dijo ella por única respuesta. Estaba visiblemente conmovida, temblaba como la hoja en el árbol, y apretaba fuertemente su pecho contra mi mano.

—Vamos al café, dije yo, conmovido hasta el último grado por la turbacion en que la veia.

—No, respondió ella con viveza. Refrescaremos en la habitacion que he alquilado para esta noche.

Y cogiendo un pequeño pito de marfil que estaba atado en el mango de su puñal, lo sonó con fuerza.

Un dominó azul de gran corpulencia se presentó á nuestra vista inmediatamente.

¡Tace, é presto! dijo mi pareja antes de que el otro hablara.

El respondió con una inclinacion de cabeza y se alejó.

Esta manera de mandar y de ser obedecida me hizo reflexionar mucho acerca del fin que tendria el embrollo en que yo me habia metido.

¡Tace, é presto! me repetia yo á mí mismo.

Esta breve fórmula se puede aplicar del mismo modo á una puñalada, que á servir un vaso de limonada ó de sorbete; de modo que si esta broma no agradaba á mi pareja, y se creia comprometida, corria el peligro..... pero ya era tarde, y para volverse prudente en aquel caso, era necesario ser *cobarde*. Habíamos llegado delante de la puerta de su habitacion, porque una ligera presion de su brazo me lo habia hecho conocer. Tocábamos ya en un desenlace, que sin duda debia ser tan original y misterioso como el principio de la intriga; asi era, que la sangre ardia en mis venas de tal modo, que mi pulso daba 120 pulsaciones por minuto.

De repente se estremeció mi compañera.—¿Qué significa esto? dijo con una voz sofocada.

Y yo siguiendo la direccion de sus miradas me enteré de la causa que habia producido esta brusca interpelacion.

En medio de la procesion de máscaras que desfilaba por delante de nosotros, habia dos sumamente juntas, agarradas del brazo, hablando en voz baja con ademan muy tierno. Al menos la simpatia de sus movimientos, sus manos entrelazadas y la contemplacion amorosa en que se encontraban, eran señales evidentes de una pasion ecsaltada.

El mas alto de los dos máscaras tenia puesto un dominó verde con cintas de color de rosa, y el otro, vestido de paje á la española antigua con sombrerete gris, redecilla, traje de terciopelo con gola, espuelas de oro, cinturon de seda y una cadena al cuello.

¿Qué significa esto? repitió mi compañero despues de un minuto de silencio; pero esta vez rechazándome y echándome al mismo tiempo una mirada escudriñadora.

¿*Who are you*? dijo ella. ¿Quién sois vos? Y al mismo tiempo echó mano á su puñal, el que yo detuve en el acto.

—¡Soltadme, esclamó, soltadme, señor ingles, ó sois muerto! ¡soltadme! A sus gritos habian acudido ya algunas personas, lo que me obligó á obedecer. Apenas se vió libre, cuando se lanzó entre la multitud que se abria para dejarle paso, sorprendida de sus ademanes, y desapareció entre ella como un sueño interrumpido, ó como una engañosa aparicion. Me preparaba á seguirla, cuando fui detenido por el dominó azul, que volvió trayendo una bandeja de plata cubierta de helados.

¡Miserable! esclamé dándome un fuerte golpe en la frente, al ver por entre las puertas de la habitacion que habia dejado á medio cerrar el dominó azul, los espejos, los sofaes y alhajas de que estaba adornada; ¡miserable! ¡cuando menos es duquesa!

. . . . . .

Confuso, irritado, me dejé caer contra una columna, y á falta de amor me puse á filosofar. No sabia á qué atenerme: ó mi paje era la querida del conde á quien este habia sacrificado públicamente á una rival, ó era la misma condesa, que provista de buenas noticias tendía un lazo á su marido, y queria conducirlo hasta el momento crítico de cojerlo *in fraganti*, y adquirir por este medio una independencia que quizá deseaba con ansia.

Sumergido estaba en estas reflecsiones, cuando al volver á entrar en el salon, distinguí entre la multitud á mi copia del dominó verde, y á uno de los pajes españo-

les colgado de su brazo. ¿Era este paje el mio ó el suyo? Me hubiera sido imposible adivinarlo, atendida la semejanza que ecsistia entre los dos, si no me hubiera sacado de mis dudas mi bella desconocida, que iba detrás de ellos sin quitarles ojo, y seguida de tres dominós azules agarrados de brazo y sin hablar con nadie.

Las otras máscaras se mezclaban entre si, se separaban, se confundian en la multitud; pero la pequeña procesion que acabo de describir, avanzaba constantemente en el mismo orden, como buques que caminan de conserva.

¿Seria una broma lo que se meditaba, ó alguna venganza atroz? ¿Debia yo intervenir en este negocio y avisar al caballero á quien tanto se escoltaba? Tales eran las preguntas que yo me hacia, no con pequeña inquietud, la que tomó incremento con la escena que ví pocos minutos despues.

Eran las tres de la madrugada, el baile estaba en toda su fuerza, y el salon en estado de plenitud. De cuando en cuando las máscaras hacian un esfuerzo para bailar, aunque inútil á causa del gentio inmenso que obstruia el paso. Decididos, por último, los danzantes á abrirse paso á toda costa, se dividieron por grupos, y se lanzaron sobre las inermes máscaras que vagaban en torno suyo. Facil es calcular el bullicio que ocasionó esta descarga vigorosa del masculino secso: los gritos y las maldiciones se confundian con el ruido de la orquesta; la muchedumbre, á imitacion del metal que entra en fusion, se mezclaba con estrépito, rodaba y se veia precisada á dejar el campo á los bailarines, saliéndose en tropel á las habitaciones inmediatas.

En este momento el pequeño grupo que fijaba toda mi atencion, estaba en uno de los ángulos salientes que formaba la orquesta. En uno de aquellos terribles vaivenes se separaron con violencia el dominó verde y su paje: en vano procuraron reunirse, yo los ví buscarse, luchar con la multitud y terminar por perderse de vista. Un rato despues, y cuando ya reinaba alguna mas tranquilidad en el salon, volví á encontrar al dominó verde que traia del brazo á uno de los pajes. El otro con los tres dominós azules habia desaparecido.

Estas escenas me parecieron incomprensibles, pero de muy mal agüero. Conocia el peligro que corria en avisar al conde del en que se encontraba, pero mi honor me impedia vacilar; habiendo tomado esta resolucion, me precipité en su busca enmedio de aquella confusion sin hacer caso de los ¡*Diabolo! Briccone!* ¡*Pazzo maledetto* ¡*Sangue di Dio!* que resonaban á mis espaldas, y que eran evidentes señales de la sorpresa y el coraje que ocasionaba la incivil impetuosidad con que arrollaba los grupos. Llegado al último corredor, en el que segun mis antecedentes debia encontrarse el conde, solicité el paso, el cual me fue concedido no sin trabajo; me precipito, llego, diviso el sitio en que pocos momentos antes lo habia percibido... ¡ya no estaba! Tiendo en vano la vista por todas partes, en vano pregunto por él dando sus señas; todo el mundo se me rie en las barbas, y me responden remedando mi acento inglés: un grupo de bufones me coje en medio y me lleva como una pelota por el mismo sitio de donde venia, hasta tirarme en medio del salon principal, molidos los huesos, aturdido de los horribles vaivenes y empujones que habia sufrido, y con una sed devoradora. A pesar de todo, aun busqué al conde durante un cuarto de hora, pero desesperanzado ya de encontrarle, me retiré á la fonda donde habitaba. Mi sueño fue fatigoso en estremo; soñé con interminables procesiones de dominós y figuras sombrias, con horribles ahullidos que me parecia escuchar, y con bailes estravagantes, todo esto mezclado con instantes de silencio y de obscuridad, de luces confusas y de apariciones fantásticas.

Sudando y enfermo salí de esta horrible agonia, cuando abriendo mi criado las ventanas, entró en mi habitacion el perfumado ambiente de la mañana y los térsos rayos de un sol de invierno...

Pocas horas despues, me encontraba á la puerta de un café al lado del canal Laccio, entregado á aquella dulce embriaguez que queda despues de las fatigas de una noche semejante, contemplando el hermoso cielo de aquel pais, y aspirando la ambrosía de aquel aire embalsamado, cuando el grito de *Viva l'Italia!* que oí á algunos pasos de mí, llamó mi atencion hácia el objeto de donde salía. Este era un jóven mendigo que, levantándose del mármol adonde habia pasado la noche, saludaba con este grito patriótico la vuelta del padre de la luz.

¡*Viva l'Italia!* volvió á esclamar, y habiéndome percibido al mismo tiempo me tendió la mano, se sonrió y me pidió un *poverotto paolo* que yo no pude rehusarle, atendida la manera con que me abordó.

—¡*Ah, signor mio!... Pieta!.. Stupendo, Orribile!...* Al pronto creí que este era un nuevo ataque que el mendigo proyectaba contra mi bolsa, y me volví hácia el lado opuesto de donde habian salido aquellas esclamaciones: me habia equivocado: el que las habia hecho era un paisano, cuyos vestidos anunciaban riqueza, y que leia un periódico con vivas demostraciones de sorpresa y horror.

Como la *Gaceta austriaca* no suele contener ningun artículo propio para enardecer la imaginacion, mi fisonomia tomó sin duda cierto aspecto de curiosidad que obligó á mi vecino á presentármela con mucha afabilidad, indicándome al mismo tiempo el artículo que habia motivado su sorpresa. Estaba concebido en los términos siguientes:

»Aviso importante. Unos pescadores han encontrado esta mañana en el canal Orfano el cadáver de doña Felipa R... cantarina napolitana. Se cree que se ha ahogado al salir de las máscaras, porque llevaba un vestido de paje á la española antigua.»

Mas abajo se leia el párrafo siguiente:

«Asesinato horrible. – En una habitacion del teatro, arrendada ayer por unos desconocidos, han encontrado los operarios del establecimiento el cadáver del conde Jacobo L. Segun la declaracion de los facultativos que en el acto envió el señor gobernador, parece que S. E. ha sido víctima del veneno mas activo que se conoce. Verificada la diseccion del cadáver se ha visto que la garganta y los pulmones del conde estaban hechos carbon. La policía está encargada de la aprehension de los asesinos, pues indudablemente este hecho tiene relacion con la muerte de la cantarina italiana de que hemos hablado. El que averigüe el paradero de los culpables recibirá mil escudos de gratificacion, y si es uno de ellos obtendrá su perdon.»

»Aseguran que la condesa L. ha salido esta mañana de Venecia.»

—«¿Qué dice V, de todo esto? me dijo con impetuosidad el paisano. Ved aquí un ingenioso medio de estraviar la opinion: ¡quién no creería que la condesa era culpable, y que los celos eran origen de un tan horrible asesinato! Pero no hay tal, el conde ha muerto porque hacia sombra á personages elevados; porque...

La indignacion de este buen hombre me pareció que iba á comprometerle, y ya me preparaba á rectificar sus ideas contándole lo que yo sabia de esta aventura, cuando el jóven mendigo que ya habia perdido de vista, se arrimó con precipitacion á nosotros, y colocándose detras de la silla donde estaba sentado el paisano, puso un dedo en su boca indicándome el silencio, dirigió luego su mano hácia los torreones del palacio de San Marcos que desde allí se divisaban, y en seguida me señaló la oreja del paisano y su propia lengua, acompañando esta elocuente pantomima con una mirada y una sonrisa de desprecio, mas enérgicas que el discurso mas vehemente.

Lo entendí. El entusiasmado patriota, el hombre que desconfiaba tanto de los tiranos, el imprudente carbonario que yo trataba de calmar..... era un espía.

T. M.

EL DIA DE REYES

FESTEJADO POR LOS NEGROS EN LA ISLA DE CUBA.



Hay en Santiago de Cuba separado del centro de la poblacion un sitio bastante estenso, que rodeado por espesísimos bosques, y con un suelo desigual y fangoso, se halla revestido de un carácter montaraz y salvaje, el cual es conocido con el nombre de *los Hoyos*. Cubierto todo él de *bahios ó conucos*, es habitado esclusivamente por negros libertos y por esclavos, que mediante una cuota semanal que pagan á sus amos, gozan el privilegio de vivir y trabajar por su cuenta. Formando, digámoslo asi, una pequeña colonia, se encuentran entre sus moradores, ademas de los *criollos*, los naturales de cuasi toda la Nigricia, como son los *carabalís*, *mandingas*, *lucumi*, *cangás*, *fufús* y todos los que con nombres de la geografía ó bien peculiares son conocidos en las Antillas. Reunidos en este parage en las primeras horas de la mañana del dia de Reyes, y cada provincia ó tribu por separado, escojen de entre ellos el varon que por su edad y virtudes merece mejor concepto, á quien dan el nombre de *Rey*. Hecha la eleccion, se dirigen al *conuco* cuyo local sea mayor, y adornándolo con colchas y cortinas, improvisan un trono en cuya cúspide hacen sentar la *real persona* vestido de gran uniforme. Durante el dia cuida de su persona una guardia de oficiales, nombrados tambien á votacion, de la cual se ponen dos centinelas al pie del trono, y otros dos en la puerta de la calle, observándose para su relevo los mismos trámites que marcan nuestras ordenanzas. La única consigna de esta tropa bisoña se reduce, á mantener el órden en la *real estancia* durante el tiempo que la *magestad* está presente, permaneciendo esta lo mismo que los centinelas en una actitud de inmovilidad tal, que mas bien que personas animadas parecen seres petrificados. El uniforme de esta grandeza de un dia se compone de pantalon blanco ó negro, chaleco blanco, casaca militar de una hechura, cuyos autores si vivieran podrian decirnos algo de las aventuras de Cristobal Colon y Américo Vespucio; sombrero galoneado de tres picos, cuya antigüedad iguala á la de las casacas; bandas de los colores que mas les agradan, y por último de espadas, que bien puede asegurarse nacieron un par de siglos antes que los sombreros y las casacas. En contraste con la tranquilidad y silencio de la *real habitacion*, se nota la algazara en las piezas interiores, producida por la reunion de todas las mugeres de la tribu que allí se halla congregada, y que rodeando una mesa cubierta de licores y de dulces de *coco* y *guayaba*, brindan repetidas veces por el dia, por el *Rey* y por los *oficiales*, cuyos esposos ó amantes son la mayor parte de ellos. Cuando movida de la curiosidad entra alguna persona blanca á visitarlas, acuden corriendo una porcion de aquellas deidades africanas, y cruzándose las preguntas de *¿su mesé*

quiere aguarenta? ¿quiere su mesé guayaba? el anisá é mu buena, mi amo, lo acosan á uno hasta que por fin logran ver correspondida su oferta, que siempre es hecha de todo corazon. Llegada la mitad de la tarde se estienden los manteles y sirven la comida, que preside el Rey con su acompañamiento; durante la cual las libaciones se menudean tanto, que regularmente acaban por encontrarse en un estado completo de embriaguez. Concluida la comida se hallan preparados los músicos y empieza el baile, durante el cual siguen vaciando botellas y aligerando el peso de los platos que contienen los dulces. A las once de la noche los esclavos que viven con sus amos se retiran á descansar, prolongando la fiesta hasta el amanecer del dia siguiente los libertos y los que viven independientes Estos últimos suelen divertirse en algunas fiestas mas del año, pero los que se hallan al lado de los amos, tienen que esperar trescientos sesenta y cuatro dias para volver á divertirse uno.

En *Baracoa*, *Canry*, *Cobre* y todos los demas pueblos del Sur de la isla, se observa el mismo método para celebrar el dia de Reyes que en Santiago de Cuba. En la *Habana*, *Matanzas*, *Cárdenas*, ó sean los del Norte, es muy distinto, pues cuanto es el órden y tranquilidad en aquellos, es el desórden y alboroto en estos.

Citaremos la Habana como ciudad mas populosa, y en ella veremos retratadas todas las demas.

Desde que el sol anuncia á los pacíficos habitantes de Cuba el dia en que la Iglesia celebra el aniversario de la adoracion de los tres Reyes, empiezan á salir de sus casas y *conucos* todos los hijos de Guinea, y reuniéndose en distintos puntos, se forman en cuadrillas de cuarenta, sesenta ó mas individuos de ambos sexos y de todas edades. En oposicion á los de la parte del Sur, que eligen por su gefe á un anciano de virtudes conocidas, los negros de la Habana escojen en cada cuadrilla el mozo que por su robustez y fuerte musculatura pueda resistir en todo el dia el pesadísimo cargo de *Rey*. Vestido con una redecilla de cuerda delgada que le tapa la parte superior del cuerpo, coloca en ella una porcion de cintas y escarapelas, cargadas de lentejuelas y trapos de colores, que le hacen parecer un arlequin: en la cintura, suspendido por unos tirantes que descansan en los hombros, lleva un arco, del cual penden en todo su círculo mechones de cerda, hasta ocultarle las rodillas. Los brazos y piernas los lleva cubiertos tambien con el mismo adorno, mezclados con profusion de cascabeles y campanillas, y por último, un gorro á lo indio lleno, de plumas que coloca en su cabeza, completa un trage que participando de indio, arlequin y payaso, forma un conjunto que le da el aire de un diablo escapado de algun conciliábulo de brujas. En derredor de este ser privilegiado, vestido con la mejor ropa que tienen, adornados con cintas y la cara pintada de blanco y encarnado, marchan todos los demas de la cuadrilla, llevando en sus manos *cuernos-marinos*, *stuches y tumbas ó sacatanes*, cuyos instrumentos, construidos y tocados sin arreglo ninguno, forman una discordancia tan ronca y monotona, que únicamente oyéndola una vez en cada año es como no causa fastidio.

Estas desorganizadas y bulliciosas comparsas, con su *Rey* á la cabeza, recorren primeramente las casas de sus amos y conocidos; despues toda la poblacion, estendiéndose por las calles de *Orelly*, *Obra-pía*, *Villegas*, *Obispo*, los muelles de *Caballería* y de *Luz*, alameda de *Paula*, y saliendo por las puertas de *Tierra* y *Arsenal*, se internan en las calles de estra-muros, mucho mayores en número y espacio que las de dentro. Invadidas una vez y otra por estas oleadas rehacientes, son abandonadas despues de haber recogido los invasores algunos reales, para regresar por las puertas de *Tacon* y *Punta* al centro comun, á la plaza de armas, donde se halla el palacio del capitan general, quien desde los balcones, en union de sus parientes ó amigos, les regala tambien algunos reales.

El aspecto que la plaza de armas presenta á las doce del dia, es imposible describirlo con su verdadero color, pues al estrepitoso ruido que producen algunos miles de negros amontonados allí con sus voces é instrumentos, hay que agregar el que causan las siete músicas militares, con las bandas de tambores y cornetas de la guarnicion, que acuden á esta hora á tocar en aquel sitio.

A la una, las músicas se retiran á sus cuarteles, y las comparsas vuelven á recorrer las calles hasta la mitad de la tarde,

que se dirigen á comer y descansar un poco, para volver á entregarse á la diversion, á sus bailes favoritos, la *danza* y el *tango* que duran hasta las diez de la noche. A esta hora, rendidos por las voces y correrías que en el dia han dado, y por las muchas botellas de licor que durante la comida y baile han sepultado en sus estómagos, se retiran á descansar para emprender de nuevo los trabajos á que cada uno está destinado. Uno de los principales motivos porque la esclavitud goza en este dia, es porque en él se concede la libertad por suerte á uno de sus individuos en cada poblacion.

T. M.

IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO,

EN PARIS.

Muy pocos arquitectos logran ver concluido el monumento que empezaron; pero Mr. Lebas, mas afortunado que otros muchos, despues de haber formado el plan de Nuestra Señora de Loreto, puede hoy gozar de la contemplacion de su obra. Con todo, su dicha no será completa, pues aunque hay mucho que alabar en el edificio, hay algo tambien que justamente puede criticarse; separando sin embargo las faltas de que es responsable el arquitecto, de las que son debidas al espíritu parsimonioso de nuestro siglo, que une tan á menudo la miseria al lujo.

Echáronse los fundamentos de Nuestra Señora de Loreto en un suelo tan húmedo, que la mayor parte debieron edificarse sobre tablas y estacas.

La fachada, puesta encima de una escalinata, compónese de cuatro columnas y dos pilastras corintias que sostienen el fronton, formando un peristilo. A cada lado hay un pabellon con su puerta. El fronton encierra un gran bajo-relieve de 30 pies de base, que representa un homenaje á la Vírgen, esculpido por Mr. Leboeuf Nanteuil, del Instituto: no falta mérito y nobleza á este relieve, y solo puede achacársele cierta simetría harto estudiada.

Debajo en el friso léese en letras doradas esta inscripcion:

BEATÆ. MARIÆ. VIRGINI.
LAVRETANÆ.

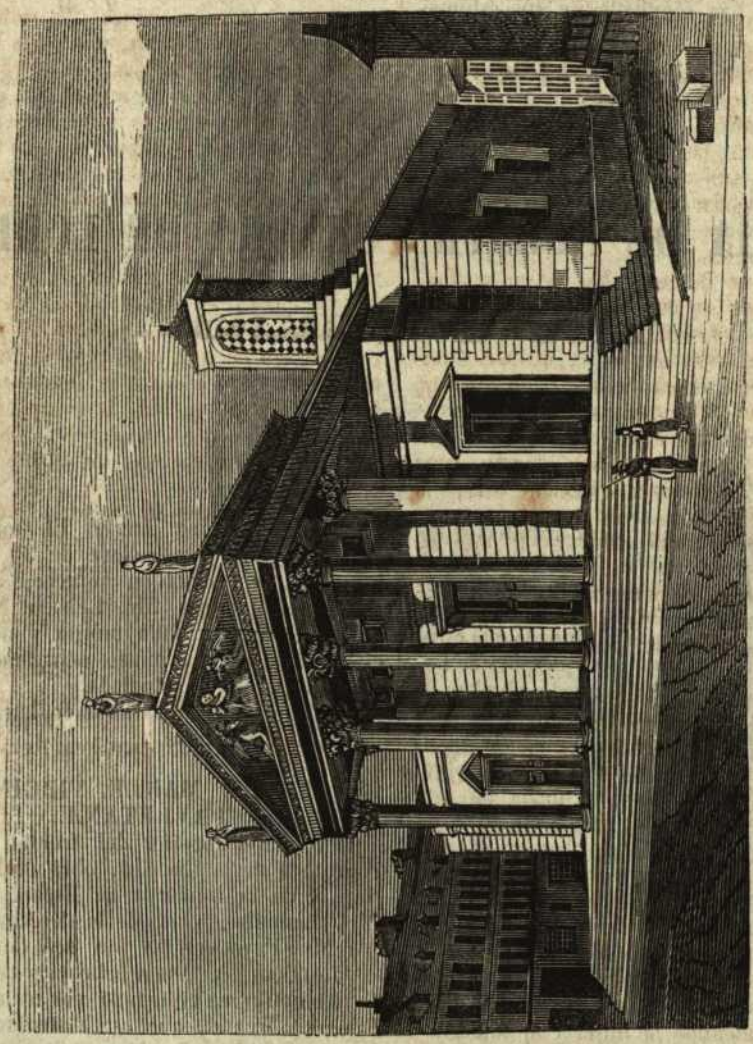
El ángulo superior del fronton sostiene la imágen de la Caridad, obra de Mr. Laitie; el de la izquierda la Esperanza, por Mr. Lemaine; y el de la derecha la Fe por Mr. Foyatier: las tres son de mármol de Conflans, y tienen ocho pies de altura.

Al entrar en el templo nos hallamos debajo del órgano, que está sostenido por dos columnas jónicas de estuco, imitando el amarillo antiguo: es obra de Mr. Cavalier de Tolosa, uno de los mas hábiles fabricantes de Francia. Alábase el sonido de este instrumento; pero el enmaderamiento es muy inferior al que se admira en muchos antiguos templos.

A imitacion de Santa María la Mayor de

Roma, la iglesia de Nuestra Señora de Loreto se halla dividida en cinco naves, por cuatro filas de ocho columnas tambien de estuco como las que sostienen el órgano, y en todo semejantes á estas

La nave central, mucho mas elevada que las otras; se halla adornada con ocho cuadros, cuatro grandes y otros tantos pequeños, que representan asuntos sacados de la historia de la Vírgen. Los cuatro menores representan el *Nacimiento de la Vírgen*, obra de Monvoisin; la *Anunciacion*, de Mr. Dubois; la *Asuncion*, de Mr. Dejuinne; y la *Visitacion*, de Mr. Coutan; y los cuatro mayores representan el *Matrimonio de la Vírgen*, de Langlois; la *Purificacion*, de Mr Vinchon; la *Adoracion de los Magos*, de Mr. Granger; y *la de los Pastores*, de Mr. Hesse.



Iglesia de Nuestra Señora de Loreto, en Paris.

El techo, artesonado de madera pintada y dorada, es obra de gran riqueza; sin embargo, tales artesones llanos parecen muy

impropios de un templo, pues comunican al edificio un aire de salon de baile, muy ageno de un lugar dedicado al culto.

Los tímpanos de los arcos que forman la nave mayor estan adornados con cuatro hermosas figuras hechas por Mr. Schnetz: y son los profetas Jeremias, Ezequiel, Isaías y Daniel.

Los techos de las naves laterales están artesonados con maderas doradas, siendo el fondo de los espacios intermedios azul con rosetones blancos.

Finalmente, las dos últimas naves, cuyo techo es azul con estrellas de oro contienen las capillas, tres de cada lado, que se comunican, y estan solo separadas por los confesonarios.

En la cima de cada altar se ve la efigie de algun santo, y en los lados hay además ocho cuadros; los de mayor mérito son: la *Lapidacion de San Estévan*, de Mr. Conder; *el Rescate de un Cautivo*, de Schnetz, y *San Jacinto*, de Alfredo Johannot.

El púlpito, cuyo dosel esta sostenido por dos ángeles, puede con razon citarse como un modelo de elegante sencillez; muy al contrario debemos decir de ese inmenso banco de los obreros que obstruye el paso de la nave mayor.

El coro es muy reducido, pero se olvidaron de destinar un sitio para los músicos, y asi es necesario colocarlos encima del órgano.

El lado derecho del coro está pintado al fresco por Mr. Drolling, imitando una tapicería, y representando á *Jesucristo disputando con los doctores*. Enfrente hay otra pintura de Mr. Heim, cuyo asunto es la *Presentacion al templo;* y encima de estas pinturas se ven carteles en que estan inscritos los nombres de los Apóstoles.

Adorna á la tribuna la *Coronacion de la Vírgen*, obra de Mr. Picot, pintada sobre un campo dorado por el estilo de las antiguas pinturas al fresco. El sobrepintado de amarillo forma un miserable contraste con esta magnificencia. Como ya dije al principio, esta estraña mescolanza de lujo y de mezquindad se halla muy á menudo en este templo, por ejemplo, encima del altar mayor hay un baldaquí de yeso que sostienen dos hermosas columnas de granito con capiteles de bronce dorado.

A los lados del coro hay dos capillas no acabadas, y cerca de ellas dos sacristías, que por un error de cálculo difícil de esplicar no tienen ninguna comunicacion entre sí.

Solo queda que hablar de la cúpula, en que debe estar pintada la *Asuncion*, confiada al pincel de Mr. Delorme, quien en las cuatro pechinas desplegó el mayor talento, pintando en ellas los cuatro Evangelistas.

No acabaremos el presente artículo sin preguntar á los arquitectos qué significa ese campanario semejante á una jaula de papagayo, que tal desmérito comunica al interior del templo, y corona tan lastimosamente el frontispicio?

En resúmen, la nueva iglesia de Nuestra Señora es un *bonito* edificio, recargado de ornato, pero que carece de la principal circunstancia, la de corresponder á su destino.

J. S.

LA BELLA PAULINA.



Raimundo VIII, último Conde de Tolosa, se hizo célebre en la historia por su galanteria, sus virtudes, su valor, y las guerras que tuvo que sostener para conquistar sus propios estados, que su desgraciado padre habia perdido. Por fin, á fuerza de aliento y perseverancia llegó á recobrar su herencia, y la paz fue el feliz resultado de sus largas fatigas.

Entre los jóvenes caballeros que entonces se encontraban en la corte de este príncipe, y que se habian distinguido mas en las últimas campañas, el que les superaba á todos por su intrepidez, fuerza prodigiosa, agilidad en los combates y elevacion de carácter, era el noble y brillante Blacas, oriundo de una ilustre familia, y señor de Moustiers. El conde de Tolosa le honraba con una amistad particular. Blacas reunia á un valor el mas intrépido, un corazon humano y generoso: temerario en los combates y franco en la corte, no solamente carecia de aquella falta de finura, que muchos militares creen que les cae bien, sino que al mismo tiempo que era sumamente cortés y atento, estaba igualmente lleno de agrado é indulgencia para con los demas. Sus rivales le querian, á pesar de toda la ventaja que les llevaba; y esto provenia de que con su altivez y aire de menosprecio no hacia alarde de ella, y sobre todo, de que haciendo poco caso de la fortuna, jamás se habia aprovechado de su favor para solicitar gracias.

Sin embargo, Blacas no carecia de ambicion; pero esta era tan noble y elevada como su alma, y como no iba en busca mas que de gloria, ni codiciaba otra cosa, no se figuraba que razon alguna pudiese llegar jamas á tener que reprimir sus deseos, ni veia fortuna, clase, ni gerarquía que pudiese ser superior á su aliento, sentimientos y valor. Es verdad, que aun no habia formado proyecto alguno positivo sobre su colocacion, estado y grandeza; bien que la idea de conquistar un trono no le habria causado mas impresion que la de alcanzar de un golpe, en los ejércitos, algunos grados mas con su valor. El jóven conde de Tolosa estaba enamorado de su audacia, de su franqueza y del aire original que daban á su espíritu la altivez de sus sentimientos y la jovialidad de su carácter. Mas de una vez habia tratado de buscarle una esposa, y propuesto las mas ricas herederas de su pais; pero siempre inútilmente; pues Blacas se hallaba todavia tan indiferente por las riquezas, como insensible al amor Con todo, era muy susceptible de una grande pasion; pero hasta entonces su estremada delicadeza no le habia dado lugar á escoger.

Raimundo tenia una hija única, de edad de diez y seis años, criada lejos del teatro de la guerra, en una quinta antigua, á veinte leguas de Tolosa. Ninguno de los grandes de la corte habia visto aun á aquella jóven princesa, llamada Urosia, cuya hermosura alababan todos. El conde dió el encargo á Blacas de llevarla una carta, en la que la daba aviso, que antes de acabarse el verano la haria ir á la corte. A mas

de esto, Blacas debia decir de palabra á la princesa, que el conde trataba de ajustar su casamiento con el de Poitiers, hermano del Rey de Francia, y que iba á pasar á Paris solamente con este objeto. Blacas marchó al dia siguiente, con órden de ir á encontrar al conde en la corte de Luis, tan pronto como hubiese despachado su encargo.

Al segundo dia de su viage Blacas seguido de un escudero y un page, se encontró al punto de medio dia en un bosque, que no distaba mas que unos tres cuartos de legua del castillo de la princesa Urosia: atravesando el bosque, oyó de repente á lo lejos unos gritos agudos de mugeres. Dió pues espuelas al caballo, para que corriera á galope, y voló hácia el parage de donde salian los gritos; y el page y el escudero fueron tras él. Hallaron á una muger desconsolada, en una litera que unos ladrones tenian detenida. A la vista del valiente caballero, los ladrones se escaparon, y la dama, que Blacas acababa de libertar, que era una señora de cuarenta años, y de un rostro magestuoso, manifestó á su libertador el mas vivo reconocimiento. Sabiendo Blacas que dicha señora iba á Tolosa, quiso ponerla en seguridad fuera del bosque. Entregó pues al page la carta del conde, con órden de entregarla á la princesa, y hacerle saber que dentro de una hora estaria allí. Despues de haber escoltado á Doraliza (este era el nombre de la señora) hasta el camino real, se volvió al bosque, y se encaminó al castillo de la príncesa con toda la velocidad de su caballo. En la avenida encontró ya su page, que le salia al encuentro. Le preguntó qué tal era la jóven princesa: y el page habló de su hermosura con tanto entusiasmo, que movió la curiosidad de Blacas, de modo que le hizo nuevas preguntas. El page le dijo que habia hallado á la príncesa en lo último del parque, en un bosquecillo de lilas, cantando y tocando el laud; que llevaba un vestido azul, un cinturon, un collar de ámbar y un ramo de lila en sus hermosos cabellos rúbios; que las buenas proporciones de su fisonomía y el brillo de su figura eran incomparables. El page aun estaba hablando cuando habiendo ya pasado el puente levadízo, el jóven caballero entraba en el grande patio del castillo. No le aguardaban tan pronto; un viejo escudero muy sordo y cuasi ciego lo recibió, le dijo que la príncesa estaba aun en el parque, y se ofreció á acompañarle allí. Blacas se apea del caballo, y le sigue, viendo á lo lejos el bosquecillo de lilas, que estaba todo lleno de flores; enfadándose de que su guía caminase con tanta lentitud, le dijo que ya veia el bosquecillo, y que iria solo; á lo que sin aguardar respuesta, dejó al escudero, y continuó rápidamente su camino. Acercándose al bosquecillo, oyó tocar el laud, y los sonidos melodiosos de una voz que cantaba los himnos de Ntra. Sra de Beanvecer. Se adelanta precipitadamente, entra en el bosquecillo, y á la vista del objeto encantador que se le ofrece delante, queda inmóvil, asombrado y lleno de admiracion!... Ahora reconoce que su page no supo pintarle mas que el trage y adornos de la divina Urosia, pero que no ha llegado ni á dar idea de su incomparable y penetrante belleza. Despues de haberla contemplado en silencio durante algunos minutos, decidido enteramente Blacas á no hablarle del esposo que le tienen destinado, se inclina profundamente, fija una rodilla en el suelo, pone una mano en su corazon, y levantándose de repente, se aleja y desaparece. Atraviesa el jardin corriendo, encuentra junto al castillo á un page que lo convida á entrar en la grande sala del palacio, en donde la princesa acompañada de las demas Sras. debe ir: no contesta, y se vuelve á la corte, monta en su caballo, y marcha tan veloz como un rayo, para ir á Paris á encontrar al conde de Tolosa. Blacas, corriendo sin detenerse, en breve llegó á Paris; halló allí al conde, y con toda la franqueza de su carácter, le confesó todo lo que pasaba en su interior; le dijo que habia un instante fijado su suerte, y que adoraba á Urosia. La sorpresa del conde fue estremada: Pero, querido Blacas, le dijo, ¿cuál es vuestra esperanza?—La de hacer las cosas mas estraordinarias para merecerla.—¿Cómo; acaso creeis que podriais inducirme á renunciar á la alianza del conde de Poitiers, de un gran príncipe?—Quereis una corona? Hablad, señor, yo sabré conquistarla.—¿Con qué derechos aspirais á conseguirla?—Con los principales que son el valor y la virtud ¿Un simple gentil hombre normando, Tancredo de Hantevilla, no aseguró el trono de Sicilia á sus hijos?..... Se habla de una cruzada, me alistaré en

ella, seguiré á Luis, y levantaré tanto mi fama como mis hazañas, que me haga digno de la dicha á que tengo aliento de aspirar. Vos delirais tan de buena fe, replicó el conde, que es imposible contestaros con severidad; lo que puedo solamente deciros, es, que es muy estraño que hayais tenido la idea de casaros con mi hija, cuando creo tan imposible el formar esta union como el juntar dos montañas. Esta estraña comparacion nada tenia de particular en la boca del conde, que solia usar frecuentemente una manera de hablar y unos hipérboles de esta suerte. Blacas en lugar de desconsolarse, se sonrió: Sr., dijo, si renunciamos fácilmente á una esperanza atrevida, solo nos queda la ridiculez, al paso que la perseverancia ennoblece la ambicion; y es tal que daria un carácter elevado á la misma locura. Juzgad si estoy dispuesto á dejarme acobardar por el primer obstáculo. —Pero este es insuperable.—No Sr., yo lo venceré. A estas palabras el conde se puso á reir; sin embargo prohibió á Blacas el que buscase medios de volver á ver a la princesa. Este le aseguró que lejos de tener semejante intento, huiria la vista de Urosia hasta el momento que el conde autorizara su amor. Este le contestó que en tal caso jamás la volveria á ver; respuesta que no causó ninguna inquietud á Blacas. El príncipe le encargó tambien que no hablase á nadie de aquella locura, y Blacas contestó que el que llega á tener un confidente tal como él, no debe buscar otro.

Despues de esta conversacion, Blacas se fue á Paris. Antes de marchar, tuvo el consuelo de saber con certeza que la negociacion del casamiento de la princesa y del conde de Poitiers, presentaba grandes dificultades, y que en caso de verificarse, no seria hasta al cabo de dos años

Blacas se presentó en su señoría de Monstiers, que solo distaba diez leguas del castillo de la princesa. Habia cerca de la pequeña ciudad de Monstiers dos enormes montañas, muy escarpadas y distantes como de unos doscientos y cuarenta pies una de otra. Por una singular casualidad, la una de ellas se hallaba en el territorio de Blacas, y la otra en aquel donde estaba situado el castillo de la princesa Urosia. Acordándose Blacas de la conversacion enfática del conde de Tolosa, concibió con el mayor placer el proyecto de juntar por un lazo duradero aquellas dos fronteras. Esto era al mismo tiempo para él una empresa caballeresca, un dulce preságio y el mas dichoso emblema. En medio de la cima de cada montaña, Blacas hizo fijar una cadena de hierro tendida el aire, adornada en medio con una estrella de bronce, muy grande. La divisa de Blacas era una estrella con estas palabras: *Sobre todos*. Esta divisa no era muy modesta, pero tal era entonces el espíritu del siglo. Las divisas declaraban á un mismo tiempo los designios y los sentimientos; se queria sobre todo grandeza. Por otra parte, Blacas no daba á la suya mas que un sentido moral; decia que solamente significaba, que por su carácter era superior á todos los acontecimientos; pero queriendo tomar una divisa que se refiriera á su amor, hizo pintar en su escudo un gran velo blanco, con estas palabra; *La gloria lo levantará*.

Blacas hizo publicar por toda la Provenza un cartel, por medio del cual desafiaba á todos los caballeros que hubiese, sosteniendo *que la dama de sus pensamientos era la mas jóven, la mas bella y la mas completa hermosura de todas las damas de Francia y de todo el universo, amadas en aquella época*. El parage para los combates fue señalado por él mismo, entre las dos montañas que habia unido con la cadena de hierro. Pronto se vió acudir á Monstiers un sin fin de jóvenes y brillantes caballeros, tan adictos á la gloria de sus damas, como al suceso de sus amores. Los combates duraron quince dias. En todos salió vencedor Blacas; y mostró una fuerza física igual á su intrepidez; lo que le hizo merecedor del nombre de valiente y cortés. Despues de haber vencido á sus adversarios, los recibia en su castillo, cuidaba de los heridos con el mas tierno cariño y daba fiestas magníficas á todos. Estos juegos bélicos le inmortalizaron y arruinaron. Despues de tan raras hazañas se vió obligado á vender una parte de sus tierras y á empeñar lo restante. Pero habia adquirido mucha gloria, y esto era entonces para un caballero adelantar su fortuna

Blacas no habia olvidado los gozos de Ntra. Sra. de Beanvezer, que habia oido cantar en el bosque de lilas. La imagen de esta Vírgen reverenciada, gloriosamente esculpida en yeso pintado, estaba en un viejo nicho de piedra, en una colina á las

puertas de la ciudad de Monstiers. Blacas hizo edificar entre las dos montañas, debajo de la cadena de hierro, una hermosa capilla, en la cual trasladó la estátua de Ntra. Sra. de Beanvezer, santificando de este modo el parage que él habia ilustrado con su valor. Despues de haber concluido todos estos asuntos, que lo tuvieron ocupado mas de cuatro meses, se volvió á la corte del conde de Tolosa. Cuando se halló solo con este príncipe: ¡Y bien, señor, le dijo, yo he encadenado dos montañas, y vos mismo habeis juzgado que la union á que me atrevo á aspirar, no seria ya difícil de formar! Esto era un modo de hablar sin meditar.—Yo he sabido, al llegar aquí, que el casamiento con el conde de Poitiers estaba deshecho.—Ya lo volveré yo á juntar. No, no, Sr., pues al saber que yo he encadenado dos montañas, debeis renunciar á la alianza del conde; convenid, en ello, Sr.—Mi querido Blacas, vos sois el mas estravagante y el mas valeroso de todos los caballeros.—El mas valiente, Sr., lo dudo; pero cuando vuestros lábios pronuncian semejante sentencia, ellos me declaran yerno vuestro. El mas valiente es quien debe serlo.

Esta conversacion se terminó como las demas, el conde se divirtió un ratito con el arrojo de Blacas, en seguida le impuso silencio.

Blacas pasó todo el invierno en la corte. La princesa no estaba; siempre vivia en su castillo, estando el conde decidido á no hacerla venir á Tolosa sino cuando estarian concluidos los arreglos de su casamiento. Los primeros hermosos dias de la primavera trajeron consigo para Blacas los recuerdos y las esperanzas: y se dió prisa para volver á Monstiers. Fue á su capilla de Beanvezer, la que halló enriquecida en el interior de una cantidad de piadosas ofertas, cuasi todas remitidas por princesas y damas. Entre estos dones advirtió con emocion, un cinturon y un collar de ámbar, que creyó conocer. Informóse de lo que era aquello; le dijeron que dos mugeres, la una avanzada en edad y la otra tapada la cara con el velo, y acompañadas de un viejo escudero, habian ido á hacer sus plegarias en la capilla, y habian dejado allí la ofrenda, pero que ignoraban absolutamente sus nombres y su condicion.

Blacas, al oir esto, reconoció á Urosia y á su viejo escudero, y supuso fácilmente que la muger anciana era la que cuidaba de la princesa. Estas reflexiones sobre este particular le ocasionaron unas muy dulces esperanzas. La princesa no ignoraba que el caballero que habia visto en el bosquecillo se llamaba Blacas; el page se lo habia anunciado y nombrado. Urosia tambien sabia que este habia edificado una capillita entre las dos montañas, y ella habia hecho en dicha capilla un peregrinage misterioso! ¿Dar un piadoso homenage á la Sta. Vírgen no era en cierto modo honrar al fundador?

Blacas no gozó por mucho tiempo de los encantos de la esperanza; supo al tercer dia de su llegada que por fin la princesa habia marchado de su viejo castillo, encaminándose hácia Tolosa. Esta nueva consternó al jóven caballero, pues era evidente que el casamiento de Urosia se habia vuelto á ajustar, supuesto que el conde la llamaba á su corte. Blacas resolvió ir á visitar el castillo, en donde habia visto á la que tanto adoraba. Llegó allá, y su primer cuidado fue correr al bosquecillo de lilas, que encontró floreciendo, porque estaban en la misma sazon del año anterior. Al entrar lleno de una turbacion inesplicable, creyó ver todavia allí aquella hermosa é interesante beldad, objeto de una pasion tan violenta como romancesca. Despues de una larga y dolorosa meditacion mira con tristeza al rededor de sí, reconoce el naranjo junto al cual estaba apoyado cuando contemplaba á Urosia; pero ve al pie de aquel árbol un tiesto lleno de juanes de noche que antes no estaba; se acerca, y lee esta inscripcion grabada en el tiesto: *Oculta de la vista de todos*. Se imagina que esta divisa hace referencia á la romería secreta de Beanvezer, á donde la princesa habia ido cubierta con un velo. La noche sorprendió á Blacas en el bosquecillo, que tanto apreciaba; por fin, sale de él con precipitacion y como á la fuerza, llevándose consigo un juan de noche que suspirando se puso en el pecho. Deseoso de saber cual era su suerte sale de Montiers, y se vuelve á Tolosa, en donde le aguardaba una noticia fatal. En lugar de ir á palacio, se apeó en un parador, donde supo que el dia anterior se habia anunciado un torneo, en celebridad de la boda de la princesa con el conde de Poitiers, añadiendo que dicha boda se celebraria al dia si-

guiente. Blacas desesperado juró no volver mas á la corte; pero con todo se decidió á combatir en el torneo, con la esperanza de vencer á su rival. En los dias siguientes vió llegar á su parador á varios caballeros, los cuales casi todos habian combatido contra él en las montañas de Beanvezer; pero entre ellos habia uno, que no habiendo podido aceptar entonces dicho cartel, le propuso un combate particular en el torneo. Blacas consintió, segun los términos de su cartel; á pesar de la pérdida de sus esperanzas conservaba su amor: y sostenia siempre con el mismo ardor *que la dama de sus pensamientos era la mas bella y la mas perfecta de todo el universo;* su adversario se llamaba el caballero del Lirio, porque tenia por divisa un lirio con estas palabras: *¡Menos brillante y menos puro que ella!* Este caballero no ocultaba el nombre de la que amaba apesar de sus rigores; era la hermosa Paulina llegada seis meses habia á Tolosa, lugar de su nacimiento; pero tan modesta como bella, estaba siempre cubierta de un velo de pies á cabeza. Hacia como cosa de un año que habia hecho el voto de no quitarse el velo hasta que se casase, y rehusaba todos los partidos que se le presentaban, lo que la indicaba muy lejana del casamiento. Por otra parte alababan igualmente su dulzura, sus virtudes, su conducta y sus habilidades. El caballero del Lirio la habia visto diferentes veces antes de su voto, y estaba perdidamente enamorado de ella. Paulina insensible á todos los homenages, en vano procuraba quitarle una esperanza que él se esmeraba en conservar. Quedó decidido, con el permiso del soberano, que Blacas y el caballero del Lirio combatirian en la grande plaza de Tolosa, en presencia de una parte de la corte, de todas las damas de la ciudad, y de un pueblo inmenso. Blacas habria querido tener por testigo de este combate á aquella que era el objeto desconocido de él; pero la princesa Urosia quedó encerrada en palacio. Todos sabian que la bella Paulina era la dama del caballero del Lirio; se esperaba que esta honraria con su presencia el combate de su caballero, pero ella no compareció.

Cuando los dos caballeros comparecieron en la arena, todos admiraron su buen semblante, y sobre todo el talle magestuoso y la gracia de Blacas. El caballero del Lirio montaba un soberbio caballo blanco, que desgraciadamente habia tenido la imprudencia de no probarlo mas que una vez, y que creia que tenia tanto de seguro como de bello; pero apenas hubo dado algunos pasos por la plaza, cuando de repente al oir los sonidos bélicos de los clarines y trompetas guerreras, el caballo se desbocó y no conoció mas freno. En vano el caballero se valió para domarlo de todos los medios que pueden dar el valor y la destreza. Todos admiraron sus esfuerzos, pero fueron infructuosos. Este caballo fogoso, queriendo salir de aquel recinto, iba á traspasar las barreras, que no tenian mas que tres pies de alto. El pueblo espantado daba gritos agudos; en este peligro, Blacas baja de su caballo, y lo entrega á su escudero, y se arroja hácia el caballero del Lirio, con una mano coje el caballo por la brida, con la otra le ayuda á saltar en tierra; en seguida, tomando á este furioso caballo por sus largas clines ondeantes, se lo cargó sobre sus hombros, y le arrastra, á pesar suyo y á pesar de toda su resistencia, acompañado de las aclamaciones y aplausos de todos los espectadores, confundidos de una osadia y de una fuerza tan estraordinaria... la que sin embargo lo era mucho menos entonces de lo que hoy nos parece, porque la fuerza física de los antiguos caballeros estaba tan egercitada y era tan prodigiosa, que se podrian citar mil casos aun mas maravillosos que este.

Blacas, cargado con el caballo de su adversario, salió del recinto, y le puso en manos de dos hombres que se apoderaron de él sin ningun temor, porque ya habia perdido toda su audacia y su fuerza. El caballero del Lirio fue á abrazar á Blacas, el que habiéndose convertido en libertador suyo, habia ganado la victoria sin combatir. Condugeron á Blacas en triunfo á su parador; y de todas las ventanas le tiraban ramos y coronas de flores. Estaba alojado en cuartos bajos, que daban á la calle. Por la tarde, oyó poner algo en el borde de su ventana, y halló un tiesto de flores, rodeado de una corona de laurel; se acercó á la luz del dia, y entonces vió con la mas viva emocion, que aquellas flores eran juanes de noche! Al instante se acordó de las que habia visto en el bosquecillo de lilas, y de la divisa: *Oculta de todos los ojos.* ¿Era una casualidad, ó un don de la prin-

cesa? Pero esta estaba en vísperas de su casamiento. ... Sin embargo ¿á qué aquel misterio, y porqué aquella ofrenda era tan tardia? ¡No hay duda que no debia ser de ninguna persona presente á lo que habia pasado!... Tal vez Urosia, por un simple movimiento de admiracion, le habia enviado su flor favorita. Estos pensamientos le ocuparon toda la noche, y no pudiendo cerrar los ojos, se levantó á los primeros resplandores del dia. Fue á pasear á pie fuera de la ciudad, en unas praderías que pasaban al traves de un torrente: al llegar junto á él, distinguió una señorita cubierta de un velo, la que, habiendo dado ya algunos pasos sobre una frágil tabla, se disponia á pasarla; iba acompañada de una muger, que parecia ser persona subalterna. Blacas creyó que veia á la bella Paulina, y no se engañaba. Al ruido que hizo, ella volvió la cabeza, y viéndole, se turbó, titubeó y cayó en el torrente; la muger que la acompañaba dió unos gritos horribles; Blacas sin esperar, se arrojó al torrente, tomó á Paulina en sus brazos, y la llevó á la pradería. Esta, como no habia permanecido en el agua mas que un breve instante, no estaba desmayada. Manifestó su reconocimiento con una voz, cuyo sonido encantador penetró hasta lo profundo del corazon del jóven caballero. Paulina le convidó á ir á descansar en la casa de campo de su madre, que distaba unos cincuenta pasos de la pradería. Blacas aceptó esta proposicion, le ofreció su brazo, y se dejó guiar por ella. Paulina habia conservado su velo mojado, y hasta tuvo el cuidado de recoger todos los pliegues sobre su cara, de modo que era del todo imposible el distinguir su fisonomía. Cuando hubieron llegado á la casa, Blacas reconoció con estrema sorpresa que la madre de Paulina era la dama á quien habia salvado la vida en el bosque que conducia al castillo de la princesa Urosia. En efecto, era Doralisa la que derramó lágrimas al volver á ver á su valiente libertador, y que tambien habia venido á serlo de su hija.

Paulina se fue para ir á quitarse su vestido mojado; condujeron al caballero á una habitacion, en la que se apresuraron á darle ropa blanca y vestidos para mudarse. En aquellos tiempos antiguos era una obligacion de hospitalidad el tener siempre algunos vestidos prevenidos para los viageros. Al volver á la sala, donde Doralisa le aguardaba, Blacas encontró allí á Paulina, pero siempre cubierta con un velo. Esta se adelantó hácia él, y le presentó una copa de oro llena de hidromiel preparado por sus manos. Blacas se disculpó con mucha finura y gracia de haber aceptado el desafio del caballero que se batia por ella, añadiendo: Yo no habia tenido el honor de veros. Yo no tengo ningun caballero, respondió Paulina; si combaten por mí es sin mi permiso, y estoy menos dispuesta que nunca á conceder semejante derecho. Doralisa preguntó á Blacas, si se habia hecho inscribir para el torneo. Sí señora, contestó, yo pelearé allí. En tal caso, dijo, debemos ofrecer á nuestro libertador una pieza de nuestro trage, á su eleccion: la dama que servis no deberá tomarlo á mal, es un derecho que nos impone vuestra generosidad y nuestro reconocimiento. Estaré muy ufano, replicó Blacas, de traer estas señales honoríficas el dia del combate. A estas palabras, despues de reflexionar un rato, pidio á Doralisa un brazalete de cabellos rúbios que tenía en su brazo. Inmediatamente se lo dió diciendo: Son cabellos de mi hija. Ya lo habia acertado yo, dijo el caballero, recibiendo con viva emocion aquella trenza rúbia, que le acordaba los hermosos cabellos de Urosia. En seguida volviéndose del lado de la bella Paulina, le pidió su velo, porque tenia una viva curiosidad de verla. Paulina no titubea, se quita inmediatamente el velo, pero no descubre mas que un talle elegante y perfecta. Un nuevo velo tapa enteramente su rostro. Blacas suspira, y poniendo una rodilla al suelo para recibir el velo: Juro, dijo, por mi honor, que el dia del combate, me servirá de coraza y escudo; no traeré otra defensa. ¡Oh cielos! esclamó Paulina asustada, ¿qué es lo que decís, Sr.? vos combatiríais sin coraza y sin escudo, y yo seria la causa!... Lo he jurado, respondió Blacas, y ya sabeis que un caballero no puede retractar su juramento. Pero traquilizaos, bella Paulina; este precioso velo es para mí la prenda de la victoria. — ¡Ah! No váyais á ese torneo. — Yo he jurado combatir y nada puede impedírmelo. Paulina cesó de hablar, pero bajó tristemente la cabeza, y se la oyó suspirar. Ved pues, prosiguió Blacas, como por una casualidad esta singular accion me conviene. Por mi divisa he tomado un velo se-

mejante á este, con estos términos: *La gloria lo levantará.* Compareceré enteramente cubierto con este velo; venceré; por lo menos entonces habré adquirido la gloria de levantarlo; pero no me aprovecharé de ello. Me bastará que mi triunfo sea conocido de vosotras..... ¿Y sin duda tambien de vuestra dama? dijo Paulina con una voz trémula y baja. ¡Ay, respondió Blacas, yo amo sin esperanza! Es verdad, he dado un sentido particular á mi divisa! Me alababa de que la gloria me daria un dia el derecho de declarar una pasion que se ignora..... y ahora una suerte horrible me condena á un silencio eterno!... Siendo así, Sra. mia, no combatiré por el amor, combatiré por el honor y por la amistad; este velo del pudor y de la virtud será mi egida, y vuestra proteccion es el solo prémio que codicio. ¡Ah! Sr., respondió Paulina, por mas que os oculteis bajo un velo, quien podria dejar de conoceros!... Vuestras hazañas dirán quien sois.

Durante esta conversacion, Blacas no se cansaba de contemplar el talle y las manos hechiceras y delicadas de la bella Paulina; le parecia volver á ver á la princesa. Tenian su misma blancura, su elegancia, su grandeza, y su gracia. Se figuró que su cara tambien debia semejarse á la de Urosia. ¿Podia una muger ser enteramente bella sin tener con ella alguna semejanza? Esta idea se apoderó totalmente de su espíritu, que cuando á traves del velo de Paulina, queria figurarse que veia su rostro, la imaginacion le representaba inmediatamente el de Urosia; con lo que un encanto irresistible lo retenia en aquella casa. Estuvo allí hasta la tarde, y se llevó la imagen de Paulina tan perfectamente idéntica á la de Urosia, que no le era ya posible pensar separadamente en ninguna de las dos. Volvió allí todos los demas dias, y enamorándose cada dia mas de Doralisa y de su amable hija, contestó á sus preguntas con mayor confianza. En la víspera del torneo, Paulina parecia agobiada de tristeza, y rogó con instancia á Blacas que no fuese á ese torneo, pues que debia combatir en él sin coraza y sin escudo. Blacas le repitió lo mismo que le habia ya dicho. Paulina conoció en fin que todos sus esfuerzos relativamente á esto eran inútiles. Doralisa preguntó á Blacas si la pasion que lo hacia tan desgraciado estaba arraigada? Señaló la época, y declaró que ella habia nacido el mismo dia en que él habia tenido la dicha de libertar á Doralisa. ¿Pues qué, contestó esta última, esto fue pues en el castillo de la princesa? Yo vi á Urosia!... Esta es toda mi respuesta.—Urosia!... En donde la vísteis?—En uno de los bosquecillos del parque; y por respeto al príncipe que me enviaba, no la hablé; pero al dejarla juré consagrarle mi vida..... ¡Oh noble y virtuoso caballero! esclamó Doralisa abrazando á Blacas con un profundo enternecimiento. En este instante Paulina tomó la mano de su madre, la besó, y la tuvo mucho tiempo entre las suyas.....

Cuando Blacas se levantó para irse, Paulina quiso despedirse de él, pero la palabra espiró entre sus lábios. Una rosa que ella traia en su pecho se le cayó; Blacas la recogió y la halló bañada en lágrimas, se la puso junto al corazon y desapareció. Blacas lleno de turbacion entró en su casa. Antes de acostarse regó, segun su costumbre, sus juanes de noche; pero ¡cual fue su sorpresa al ver al rededor del tiesto una tira de papel, en la que habia esta inscripcion: *Oculta á la vista de todos ¿pero puedo yo serlo á la vuestra?*

¡Gran Dios! esclamó desconcertado, ved aquí pues la divisa de Urosia!... Ya no hay mas dudas, de ella vienen estas flores, y parece que se queja de que yo haya podido dudarlo!..... Yo soy amado!... Pero ¡qué momento este para semejante confesion! ¡Justo cielo, dentro de dos dias se casará con el conde de Poitiers! A lo menos dentro de este tiempo quedará vencido por mi!...

Blacas, mas agitado que nunca, no durmió, y toda la noche no hizo otra cosa mas que pensar en la interesante Urosia, y en la misteriosa y encantadora Paulina. Al dia siguiente, por la mañana, se puso en los hombros un ligero trage, se envolvió con su velo que le ocultó el rostro y le tapó el cuerpo; pero lo hizo mas relevante por medio de unos corchetes de piedras preciosas en el brazo derecho que tenia desnudo y adornado con el brazalete de Doralisa. Ató á su temible lanza un ramito de juanes de noche, y en este trage montó un caballo magníficamente enjaezado, y se trasladó á la arena. Allí supo dos cosas que le causaron una estraordinaria turbacion: la primera era que Urosia no compareceria en público pa-

ra dar el prémio, y que tampoco asistiria al torneo; la segunda, que el conde de Poitiers no combatiria, porque estaba detenido en Paris á pesar suyo por asuntos pertenecientes al estado, y no podria llegar á Tolosa mas que dentro de siete ú ocho dias. Blacas buscó en vano á la hermosa Paulina en los catafalcos llenos de todas las damas de la corte, de la ciudad y de los alrededores; ella no se hallaba allí!...

Cuando Blacas compareció á la arena, todas las miradas se dirigian á él con mucha mas curiosidad que sorpresa, porque estaban acostumbrados á ver entre los caballeros la mas estravagante galantería. Blacas en aquel torneo se esponia á grandes peligros; pero como por otra parte no traia cosa alguna de peso tenia una ventaja inmensa sobre todos los demas caballeros, por su fuerza prodigiosa, su destreza y ligereza naturales, cuyo ejercicio nada incomodaba. Apenas le vieron maniobrar su caballo y entrar en la lucha, cuando todos los espectadores, como lo habia previsto la bella Paulina, repitieron su nombre. Animado por el entusiasmo universal que inspiraba, y por aclamaciones redobladas, hizo prodigios: parecia que montaba un caballo con alas, y que se burlaba de los vanos esfuerzos de sus pesados adversarios que ni podian alcanzarle ni evitarle: su caballo, lleno de ardor por llevar una carga tan ligera, parecia volar como el Pegaso, y su terrible lanza tenia toda la fuerza de la clava de Hércules. Desarmó, derribó y venció á todos sus rivales: no recibió ni una sola herida: y únicamente se le rasgó el velo al fin de los combates, y abriéndose por el medio, dejó ver su cabeza desnuda, adornada de una larga y soberbia cabellera, y descubrió su rostro á la vista de los espectadores transportados de admiracion. Blacas fue conducido solemnemente al palacio para recibir el premio. Este ya no era el guerrero del que acababan de admirar la intrepidez y la continencia audaciosa y fiera; iba á volver á ver á Urosia, y estaba turbado y trémulo!... Le hicieron atravesar un sin fin de aposentos; al fin de una galeria se paró estremecido; oia cantar en un gabinete vecino los gozos de Ntra. Sra. de Beanvezer; y era la dulce voz de Urosia, y su laud!... La voz para, abren una puerta, y entra en una pequeña sala en la que le dijeron que aguardase un poco, y lo dejaron solo. Atónito, confuso, no sabia en qué pensar; ¿Urosia acaso le debia recibir en secreto? ¿Cómo podria ocultarse de la corte que la rodeaba, y de la vijilancia de su padre? Pero ¿porqué no se observaba ninguna de las fórmulas usadas? ¿Porqué no lo condugeron á la gran sala de audiencia? ¿A qué este misterio, esta soledad?.. Se perdia en estas reflexiones, cuando oyó ruido detras de él; se vuelve, y vé á Doralisa y á su hija. .... La bella Paulina tenia en sus manos una larga y magnífica cadena de piedras preciosas, y adelantándose hácia el caballero le dijo: La princesa me ha encargado ofreceros de su parte este premio del valor..... ¿Cómo, respondió Blacas, que no la veré?... No, Sr.,—¿Contra todas las leyes de la caballeria rehusa el darme ella misma el premio que habia destinado al vencedor?—Sr., respondió Doralisa sonriéndose, ha creido que os seria mas agradable el recibirlo de las manos de mi hija. La galantería natural de todos los caballeros impidió á Blacas el replicar, y se dejó caer sobre una silla poniéndose las manos en la cara. Sr., prosiguió Doralisa, despues del honor que habeis hecho á mi hija de combatir con su velo, ella debe quitarse por vos el que la cubre..... No, no Sra., respondió secamente Blacas, yo no soy digno de semejante favor; y no merezco en nada hacerle romper su voto.—Es verdad, ella ha jurado no quitarse el velo mas que por su esposo! Luego puedo dejarlo caer, dijo Paulina. Sr. prosiguió ella, sabed en fin que vos no habeis visto jamas á Urosia, y reconoced á Paulina..... A estas palabras el velo se desprende, y el dichoso Blacas descubre en la bella Paulina á la que él desde un año á esta parte adoraba bajo el nombre de Urosia. Seria imposible pintar su sorpresa y el esceso de su alegría; se arrojó á los pies de Paulina, é hizo brillar sin temor todos los transportes de un amor, oculto hasta entonces con tanto cuidado: en seguida pidió esplicaciones, y Paulina le participó como criada con Urosia en aquel viejo castillo, siempre por una voluntad de la princesa se habia vestido del mismo modo que ella. Vuestro page, prosiguió, vió en efecto á la princesa, que estaba sola y tocando el laud en el bosquecillo de lilas cuando le condugeron allá. Despues de la partida del page, se fue al palacio para da-

ros audiencia en él, y yo fuí al bosquecillo donde me hallásteis, porque el viejo escudero sordo y cuasi ciego que os acompañó, no sabia, ó bien no habia entendido que Urosia ya no estaba en los jardines. Saliendo del parque, no quisisteis ver á la princesa al pasar otra vez por el castillo, y dió una estraña opinion de vuestra cortesía. En fin, yo tambien soy rubia como la princesa, traia el mismo vestido, estaba en el bosquecillo donde vuestro page la habia dejado; asi es que su semejanza y todas las circunstancias de nuestra entrevista ocasionaron la equivocacion que os ha engañado tanto tiempo.

Yo debo, dijo Doralisa, añadir algunos pormenores á esta relacion. Vos hicisteis por vuestra parte tan grande impresion en el corazon de Paulina, que á pesar de lo que amaba á la princesa, jamas se atrevió á decirle que os habia visto; su juicio y su modestia no hallaban mas que estravagancia en vuestra accion, pero no podia apartar vuestra imágen de su memoria: desde aquel instante, juró en lo íntimo de su corazon no casarse, y ocultarse de la vista de todos; entonces fue cuando se cubrió con un velo; con intencion de guardarlo eternamente, hizo voto de no quitárselo mas que por su esposo. Cuando oyó hablar de la capilla que vos habiais erigido á Ntra. Sra. de Beanvezer; fue allí en romeria á llevar su ofrenda. Cuando inopinadamente os vió en el torrente de la praderia, esperimentó una turbacion tan grande, que no pudiendo sostenerse en sus piernas trémulas cayó en el agua. Ahora ya podeis imaginar que ella fue la que puso sobre vuestra ventana, á favor de la obscuridad, los juanes de noche que habia tomado por divisa. Despues de vuestra segunda visita, me abrió su corazon, y ya sospechaba algo de la verdad; yo le aconsejé que tuviese con la princesa la misma confianza, quien exigió de ella que no se diese á conocer sino despues del torneo, y del modo que ella se lo prescribia. Este es el motivo de haber guardado silencio, cuando en la víspera nos contásteis en fin vuestra historia, y entonces ya no nos quedaron mas dudas. Urosia para dejaros en vuestro error hasta el desenlace, no ha querido comparecer en público. Esta amable princesa ha hecho todos los preparativos de vuestro casamiento, que se celebrará mañana en la capilla de palacio.

Blacas escuchó esta relacion con la ternura de un reconocimiento apasionado, y toda la embriaguez de la mas pura dicha.

Al dia siguiente, el valiente Blacas recibió la mano de la bella Paulina, colmados uno y otro de los beneficios del conde de Tolosa y de la princesa Urosia; celebráronse las bodas con una magnificencia real, y todos convinieron en que no se habia visto jamas union mas acertada, pues era justo que el mas valiente y mas leal de todos los caballeros, obtuviese la preferencia de la mas modesta y mas perfecta beldad.

T. M.

LAS MARIPOSAS.



Ciertamente parece estraño que un animal tan bello, que todo es vivacidad y alegria, movimiento y gracia, deba su origen á un gusano torpe y sombrio, ocioso y repugnante, de conocida estupidez, falto de hermosura y casi sin movimiento. Y sin embargo nada es mas verdadero: la encantadora y apetecida mariposa, que dá á la primavera nuevos atractivos, que desafia en su plenitud la luz mas deslumbradora del sol, no es al comenzar su existencia sino una oruga embrutecida y ciega que rampa por la tierra, hasta apegarse al vegetal que en su escaso instinto busca para alimentarse, y á quien harto pronto despues destruye y aniquila. Las orugas ó capullos en que por breve espacio de tiempo elaboran su transformacion son de forma angulosa, y se fijan por la cola á la parte del vejetal á que se adhirió su larva ó gusano. Estas larvas constan de 16 patas.

Por el número de las que tienen las mariposas, y por otras diferencias basadas en levísimos caracteres, se forman unos treinta géneros en el grupo de los lepidópteros diurnos. Los principales géneros son el *Papilio* ó mariposa propiamente dicha, que comprende las mariposas de cola, como la *Machaon* ó del hinojo, la *Padaliro* ó tea, las *Parnasianas* y las *Pierides* que abundan en nuestro pais, como son las de la col y del rábano, y las llamadas *Aurora* amarilla limon, y la *Cleopatra*. Es tambien notable el género *Ninfa*, que se subdivide en *Sátiros*, *Ninfas verdaderas*, *venesas y arginas*, y el género *Argos*. Todos ellos comprenden subdivisiones especies y variedades, marcadas con nombres poéticos, sonoros y apropiados por el feliz nominador é inmortal clasificador Linneo. Las dos familias de lepidópteros crepúsculares y nocturnos comprenden géneros importantísimos por los daños ó beneficios que causan á los sembrados ó á la sociedad humana. Las *noctuas*, *esfinges*, *bómbices*, *falenas y polillas*, aunque no son pertenecientes á las diurnas, merecen nuestra consideracion. Cabalmente uno de los beneficios que el estudio de la entomologia puede traernos, es conocer á esas orugas desoladoras de nuestros huertos y jardines, y aprender á estinguir el gérmen de la posteridad de esos animales, á veces tan fatalmente destructores. La familia de las polillas comprende sola numerosas especies, como son las de la cera, la de las colmenas, la de los tapices, la de los paños, la de las pieles, la de las semillas, y la de otros infinitos objetos que les sirven de alimento.

Una coleccion de mariposas, bien disecadas, conservadas y dispuestas en cuadros con simetria y primor, es una de las mejores joyas que puede ostentar un naturalista en su gabinete. Aunque en nuestra España se cogen algunas grandes y bellas mariposas, las mas lindas vienen del Asia y de la América, especialmente del pais

virginal que riega el rio de las Amazonas. La China las tiene muy notables, y de nuestras Filipinas se nos remiten hermosísimas. Parece, en efecto, que esa linda criatura, en compensacion de su vida efímera, goza del raro privilegio de conservar las galas de su belleza hasta mucho tiempo despues de muerta. Pero su disecacion exige cuidados muy prolijos. Con gran tiento y delicadeza deben colocarse sobre corchos finos y entre naipes, secarse asi, sostenerse con alfileres, y ponerse con algun preservativo ya secas, y sin que se les quiebren las antenas, ni padezca ninguna partecilla. Otros las conservan en cuadernos, para lo que las preparan con una solucion gomosa, y despues las prensan entre vitelas y papeles finos.

El olvido en que hasta poco há yacia entre nosotros la zoologia, aun mas que los otros de la historia natural, no nos ha hecho participar del gusto muy frecuente en otros paises de cazar estos insectos y de reunir preciosas colecciones. Tal vez por lo mismo que habitamos en un clima privilegiado y sobre un suelo rico en producciones naturales, una desatencion indolente nos hace insensibles á sus atractivos.

Las generalidades indicadas á propósito de este pequeño ser, pueden dar una idea del interes que ofrece su estudio; cuando se desciende á la exposicion de sus amores, transformaciones, costumbres y familias. Brinda este estudio, á la verdad, con puros manantiales de deliciosa poesia. El teólogo ve en las transformaciones de la mariposa, en su transicion de oruga á insecto volador, una imágen de la metamorfosis consoladora, del paso de esta vida de llanto y afan á otra eterna de reposo y gloria, ofrecida por Dios á los hombres justos. Alfonso de Lamartine, al describir esta interesante criatura, dice en armoniosos versos, que el encantado destino de la mariposa, reducido á nacer con la primavera, y morir con las rosas, á nadar sobre el puro cielo en las alas de los zéfiros á mecerse en el seno de las flores medio abiertas, á embriagarse de luz y de aromas, á sacudir, jóven todavía, el polvo de sus alas y volar como un soplo á la azulada bóveda de las moradas eternas..... es muy semejante al deseo, que sin descansar ni satisfacerse nunca, todo lo desflora hasta volver al cielo á buscar los supremos deleites. Inspirado por el mismo objeto nuestro insigne poeta Melendez Valdés, despues de describir la rica librea de este insecto, lo ofrecia á la contemplacion de su amada, volando de flor en flor y vagando de placer en placer, como un ejemplo claro que pregona las aparentes dulzuras de la inconstancia y de la novedad.

D. A.



INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Caballos árabes. Página 141.
Divisibilidad de algunos cuerpos. 246.
Los Llamas. 346.
Las Mariposas. 413.

ESTUDIOS ASTRONOMICOS.

Saturno, sus satélites y anillo. 98.

ESTUDIOS HISTORICOS.

El Mayor André. 43.
Sitio y toma de Calais. 180.
Origen de las armas de fuego. 249.
Combate de Navarino. 283.
Jubileo. 386.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Los hermanos De Witt. 7.
Faustino Soulouque Emperador de Haiti. 32.
Noticia del pintor Murillo y de sus obras. 53.
Metastasio. 89.
Juan Wolfgang Goethe. 110.
Santiago Rodriguez de Velazquez. 165.
Infancia y juventud de Walter Scott contadas por él mismo. 183.
Josefina. 217.
Maria Leckzinska. 298.
Fenimore Cooper. 362.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Sobre la poesia oriental. 268.

VIAJES.

Los árabes. 22.
Ispahan. 36.
La Caverna del tigre. 39.
La gruta de Elias en el monte Carmelo 59.
Entre Christiania y Drontheim. 68.
La ciudad de Sens en Francia. 317.
El Desierto y el Khamsin. 322.
Tívoli. 356.
Las aguas de Bareges. 364.

COSTUMBRES.

La Luna de miel. Costumbres inglesas. 18.
Familia egipcia. 48.
Conduccion en palanquin de las mugeres moras. 73.
Tienda egipcia. 158.
Familia árabe de camino. 171.
Las mugeres de los Estados-Unidos. 253.
Costumbres y usos de los moros de Argel, su estado civil, casamientos y trages. 258.
Rasgos sicilianos. 288.
Baños turcos. 291.
Los gitanos en Valaquia. 353.
El fabricante de piedras funerarias. 359.
El dia de Reyes festejado por los negros en la isla de Cuba. 399.

LEYENDAS HISTORICAS.

Los dos Amantes. 10.
Justicia feudal. 15.
Domingo el guirnaldero. 25.
Grizel Cochrane. 70.
Historia del Pasquin. 159.
El Santon Abrahen Alguerbi. Episodio del sitio de Málaga por los Reyes Católicos. 209.
Causa célebre. 215.
Melusina. 241.
Blanca Capelo. 256.
El baston de Federico I. 384.
La última entrevista. 389.
La bella Paulina. 404.

NOVELAS, CUENTOS Y ANECDOTAS.

Dos hermanas. Tradicion flamenca del siglo XVII. 49.
El amor médico. 56.
Un duelo. 62.
Miss Olivia. 74.
Los hermanos de leche. 91.
Cuadro del diluvio. 94.
El lobo. 96.
La hija de los bosques. 100.
Por ir á Paris. 108.
El hábito hace al monge. 111.
Una venganza conyugal. 116.
Angelo Del-Cano. 123.
Las monedas de oro prestadas. 143.
Un diamante. 161.
El hombre verde. 172.
El diamante gordo. 177.
Un misterio. 191.
Rosamunda. 196.
El narrador del desierto. 200.
La vieja solterona de Boston. 219.
El castillo de Oznar. 231.
La Maldita. 262.
El lago de la Hada. 295.
El Rey árabe y el poeta. 301.
Un drama en un taller. 303.
Tradicion escosesa. 320.
Los benedictinos de san Nicolas el viejo. 331.
Entre la copa y los labios. 348.
Victor Gerard. 367.
A la sombra de los limoneros. 375.
Un nigromántico. 391.
Una aventura trágica de carnaval. 394.

POESIAS.

La Despedida. 35.
En el aniversario de la muerte de D.ª M. R. 67.
Paráfrasis de un fragmento de la profecia de Nahum. 239.
A la Luna. 342.

ARQUITECTURA CIVIL.

Nueva casa construida para la imprenta y oficinas del Avisador Malagueño. 106.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

El Coliseo en Roma. 12.
Ruinas de Pompeya. 226.
La santa capilla, en Paris 266.
Palacio de cristal en Lóndres para la Exposicion de la industria universal. 308.
Iglesia de Ntra. Sra. de Loreto, en Paris. 401.

INDUSTRIA Y APLICACIONES CIENTIFICAS A MEJORAS MATERIALES.

El ferro-carril de Aranjuez. 117.
Campanas de bucear 207.
Exposicion de la industria universal en Lóndres. 308.
El Aniquilador del fuego. 339.
Exposicion universal de Bellas artes en Bruselas. 372.
Telégrafo eléctrico submarino. 383.
Algunas armas notables presentadas en la Exposicion de Lóndres. 392.

MISCELANEA.

Semana Santa. Funcion del Santo Sepulcro en Lebrija. 113.
Fragmentos del código indio. 169.
Excentricidades de varios compositores de música. 286.
La montaña inaccesible. 336.
La Cité de Lóndres. 343.

REVISTA

PINTORESCA.

939-b